HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

los imperios del antiguo oriente

II. el fin del segundo milenio

E. CASSIN/J. BOTTÉRO/
J. VERCOUTTER



Esta Historia universal SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, África y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia. Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia. En la Historia universal SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo. Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

Este tercer volumen incluye: Babilonia bajo los casitas y el imperio asirio medio. Hititas, hurritas y mitanios. Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio. El imperio nuevo en Egipto. El mundo egeo.



Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter

LOS IMPERIOS DEL ANTIGUO ORIENTE II

El fin del segundo milenio

Historia Universal Siglo XXI - 3

ePub r1.0

jaleareal 16.10.16

Título original: *Die Altorientalischen Reiche II. Das Ende des 2 Jahrtausends*

Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter, 1966

Traducción: Mercedes Abad, Arturo Bodelón, Genoveva Dieterich & Jesús Sánchez Maza

Editor digital: jaleareal

ePub base r1.2





ADVERTENCIA SOBRE LAS TRANSCRIPCIONES

Se transcriben los nombres turcos, sumerios y semitas de acuerdo con las siguientes equivalencias aproximadas:

ḍ, ṣ, ṭ: consonantes llamadas enfáticas, pronunciadas con gran esfuerzo articulatorio, que no existe en las lenguas europeas.

j, dj (en turco c): inglés *jungle*, italiano *gioia*, pronunciación africada de la *y* castellana (*un yate*).

ç, ch: *ch* castellana.

g, gh, ğ: *g* fricativa de *llegar*.

ḥ: *h* aspirada fuerte.

kh, ḫ: *j* castellana.

sh (en turco ş), š: *sh* inglesa, *ch* francesa.

z: *z* inglesa y francesa, *s* francesa de *chose*.

ā, ē, etc.: vocales largas.

ʼ: Ataque vocálico semejante al que acompaña en alemán a una vocal inicial (*ʼalif* árabe, *ʼāleph* hebreo).

ʻ: Sonido gutural del *ʻayn* árabe o *ʻayin* hebreo.

Se excluyen de estas normas los nombres que por una u otra causa tengan una forma castellanizada ampliamente consagrada por el uso, en particular los bíblicos. En nombres acadios, etc., se indican también como ā, ē… las vocales largas por contracción (â, ê… en la notación usual). En cuanto a las transcripciones del egipcio, nos atenemos lo más posible a las aproximadas de Drioton y Vandier (*Historia de Egipto*, trad. cast. de la 3.ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1964), por ser las más difundidas en nuestros países. Deben leerse de acuerdo con la tabla anterior, teniendo en cuenta además que con *â* se indica la presencia de una vocal y del sonido ʻ, que sólo se representa aislado en

el nombre de dios Reʿ (Rēʿ) y los compuestos con él; se prescinde por lo general de señalar la cantidad vocálica y de distinguir entre h y ḥ, k y ḳ.

Cuando en la lista anterior se reseñan varios signos para la transcripción de un sonido, es el primero de ellos el que usamos preferentemente en el texto.

1. Babilonia bajo los casitas y el Imperio Asirio Medio.

I. BABILONIA

Introducción

En 1594, las tropas hititas se apoderaron de Babilonia, poniendo fin así a la vacilante primera dinastía babilónica. Este suceso, que en sí mismo no tiene ningún valor particular (hacía mucho tiempo que Babilonia soportaba ya ataques por diferentes sitios, que cada vez le era más difícil rechazar), marca, sin embargo, el final de una época. Las condiciones políticas que prevalecían en el «Creciente fértil» se habían modificado. Los pueblos «nuevos», hurritas, hititas y casitas, que desde hacía siglos amenazaban aquella región, iban infiltrándose por varios sitios con mayor o menor éxito, constituían pequeños principados en algunos lugares, y conferían a ciertas zonas una «coloración» nueva, han conseguido ya agruparse en entidades políticas y formar estados que desempeñaban primeros papeles en la historia. Una de las consecuencias importantes que de ello deriva es que Babilonia no representa ya el elemento central de la política del «Creciente fértil». Su importancia política sigue siendo, sin duda, considerable, pero sin alcanzar la que tiene como factor de cultura. Pues si el mundo oriental, en efecto, no está ya centrado alrededor de Babilonia, habla, sin embargo, el babilonio, en la medida en que esta lengua es la de la adminis-

tración y la de las cancillerías. A este propósito se impone una comparación con el latín de la Edad Media, de la misma manera que es evidente el paralelo entre la importancia de las diversas escuelas de escribas y la de los conventos. Sin embargo, el babilonio no es únicamente eso; es también una lengua técnica, una especie de «lengua franca» que dota a lo que se llama la civilización material de una gran parte de su vocabulario.

Dentro del nuevo equilibrio de fuerzas que se establece, ciertos estados, como Asiria, sufren un oscurecimiento provisional, ya que se encuentra este país englobado en el reino que han fundado los hurritas desde los Zagros hasta el Mediterráneo. De suerte que se puede decir que, en la segunda mitad del segundo milenio, Mesopotamia se ve sometida a dos influencias preponderantes: la de los casitas, que se ejerce sobre todo en el interior de las fronteras y en los confines del antiguo reino de Hammurabi, y la de los hurritas, que desde el Éufrates medio se extiende hacia el norte y cubre Asiria y las regiones de los Zagros hasta alcanzar el Elam, en donde el elemento hurrita que nos ha revelado la onomástica se superpone a los substratos más antiguos y a elementos casitas.

PRIMERA PARTE: LOS ACONTECIMIENTOS

a) El afianzamiento de la Dinastía Casita

Los casitas, en acadio *kashshū*, cuya importancia será preponderante en el sur del valle de los dos ríos después de la caída de la primera dinastía babilónica, indudablemente aparecieron en Mesopotamia mucho antes de esta fecha. Probablemente a partir de los primeros siglos del segundo milenio, los casitas debieron comenzar a descender de las montañas del Este, atraídos por las riquezas del país y por las posibilidades de tra-

bajo que ofrecía. Pero la ausencia de nombres propios casitas en los documentos anteriores a la primera dinastía babilónica nos induce a pensar que debía de tratarse de una progresiva y lenta infiltración de elementos dispersos más que de una irrupción de grupos organizados.

La primera mención de una fuerza armada casita se encuentra en la denominación del noveno año del rey Samsuiluna de Babilonia (1749-1712), que se designa como «año: ejército de los casitas». En una forma muy abreviada, quería sin duda significar que el hecho memorable del año anterior[1], o del año en curso, había sido el asalto de los invasores casitas, rechazado victoriosamente. Por otro lado, se sabe que uno de los primeros años del reinado del sucesor de Samsuiluna, Abieshukh (1711-1684), está fechado, lo mismo que había hecho su padre, con una derrota del ejército casita.

Este mismo Samsuiluna construyó una fortaleza, Dūr-Samsuiluna, cerca de la actual Khafajī, en la confluencia del Diyāla y del Tigris. Ahora bien, es muy posible que los casitas llegaran a Babilonia siguiendo precisamente el curso del Diyāla por su orilla izquierda. Esta hipótesis se hace aún más verosímil por el hecho de que uno de los primeros reyes casitas de Babilonia, Agum II (hacia 1580), lleva en una inscripción el título, entre otros, de rey de Alman y de Padan. Alman debe ser identificada con la actual región de Kholwān, en Irán, región muy cercana al nacimiento del Diyāla. Los casitas descendieron probablemente a Babilonia a lo largo de la ruta Kholwān-Khānaquīn-Samarra. Y es muy posible que el nombre que lleva actualmente toda esta región iraní, Khūzistān, conserve reminiscencias del nombre del pueblo casita que vivía en ella durante el segundo milenio. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que para Estrabón los *kissioi* eran los habitantes de la Susiana.

Parece, además, indiscutible que una región llamada «país de los casitas» siguió existiendo durante la dominación de Babilo-

nia por los casitas y después de ella.

Rechazados por Samsuiluna, los casitas deben haber intentado abrirse un camino por otro lado, pero ignoramos dónde. El único hecho notable parece ser un documento económico de Terqa, centro del reino de Khana, que nos informa de que el rey del país es probablemente casita, dado su nombre: Kashtiliashu.

De todas formas, en el momento en que Murshili se adueña de Babilonia hacia 1594, los casitas habían llegado ya con toda seguridad a constituir una fuerza suficientemente homogénea y poderosa para pretender, después de un periodo intermedio, reemplazar a los hititas, una vez que Murshili había vuelto con sus tropas a su país.

No es tampoco muy difícil que algunos grupos casitas se hubieran instalado en Babilonia desde la época de Samsuditana (1625-1597) por diversos motivos (¿funcionarios militares, personal especializado en la cría de caballos?), y que en el momento del avance hitita hayan tomado partido por los invasores y los hayan ayudado mucho en sus ataques, coronados de éxito, para apoderarse de la capital. En Nippur, en los contratos fechados en el año 16 de este rey, entre los que adquieren beneficios sacerdotales, se observa la presencia de individuos que llevan nombres indudablemente casitas, como Enlil-galzu y Damu-galzu. Un dato más en el mismo sentido es la existencia, en la propia Babilonia y hacia finales de la primera dinastía, de un cierto Agum en cuyas casas habitaban los mensajeros que el rey de Alepo envió al rey de Babilonia. El título de «conde» (*bukāshum*) que tenía, atestigua que este Agum era un personaje importante y sus relaciones con el rey de Alepo, capital de una región fuertemente «hititizada», podrían en rigor constituir otro indicio de que existían contactos entre los elementos casitas instalados en Babilonia y los hititas.

Es difícil, sin dejarnos llevar demasiado por la hipótesis, situar históricamente los orígenes de la dinastía casita, que con el rey Agum II (es decir, *Agum-kakrime*, en casita) se instalará definitivamente, a principios del siglo XVI, en Babilonia, donde se mantendrá durante más de cuatro siglos. Según las listas reales babilónicas, a Agum II le debieron preceder varios reyes. Sumando la duración de los distintos reinados que las listas reales atribuyen a los predecesores de Agum, Gandash, el primer rey casita, aparece como contemporáneo de Samsuiluna. En un documento de época neobabilónica, escrito en un acadio incorrecto, este Gandash se titula rey de las cuatro zonas del mundo, rey de Sumeria y de Akkad, y, finalmente, rey de Babilonia. Sin duda se puede considerar falso este documento y también se puede pensar que se refiere a un rey que no sea Gandash. Sin embargo, algunos especialistas (H. Lewy, S. Smith) lo consideran auténtico y han formulado la hipótesis de que en la época de Samsuiluna los casitas ya habían realizado varias incursiones en Babilonia, al menos una de ellas con éxito, lo que autorizaría a Gandash a adornarse con los mismos títulos que el rey al que había vencido. Una cuarta solución sería pensar que este documento fue redactado por un rey casita posterior con el fin de glorificar al que consideraba como el antepasado de la dinastía. Esta interpretación justificaría los pomposos títulos, puramente honoríficos en este caso, de rey de las cuatro zonas del mundo y de rey de Sumeria y de Akkad, pero no aclara las incorrecciones que se encuentran en el texto.

De los sucesores de Gandash, Agum I (¿se trata del Agum que lleva el título de *bukāshum*?), Kashtiliash I (¿el mismo que es rey de Khana?), Kashtiliash II, Abirattash, UR-zigurumash, Kharbashikhu y Tiptakzi, apenas sabemos más que los nombres. Hay que llegar hasta Agum II, y sobre todo hasta sus sucesores, para estar mejor informados, si no de las conmociones que han precedido a la instalación de una dinastía extranjera en

Babilonia, por lo menos de los orígenes de los invasores. En efecto, Agum II declara que «proviene» de «la semilla pura de Shuqamuna», uno de los dioses casitas más importantes, y añade que ha sido llamado por los grandes dioses Anum y Enlil, Ea y Marduk, Sīn y Shamash, lo cual, en cierta manera, constituye una profesión de fe. El título de «llamado» por los dioses aparece como una innovación. El rey, aunque declara su naturaleza de extranjero en tierra babilónica, se presenta como nombrado por los grandes dioses el país, que le proporcionan sus títulos credenciales y su legitimidad, y salda su deuda para con los dioses babilónicos haciendo traer del «lejano país de Khana» las estatuas de Marduk y de Ṣarpanitu, la pareja divina tutelar de Babilonia, e instalándolas de nuevo en su santuario, el Esagil, renovado.

Esta alusión al regreso de las estatuas divinas plantea un problema estrechamente relacionado con los sucesos que han precedido a la caída de la primera dinastía babilónica. Es evidente que la captura y el rapto de las estatuas de Marduk y de Ṣarpanitu no fue posible sin una conquista, aunque fuera momentánea, de Babilonia. En este caso, ¿quién es el conquistador extranjero que ha llevado las estatuas de los dioses a Khana? ¿Se trata del mismo Murshili I, el vencedor de Babilonia? (y en este supuesto, ¿por qué Khana?) ¿O bien de un rey casita que fuera soberano de Khana en la época de Samsuiluna, tal como pretende H. Lewy? Esta hipótesis, que daría cuenta de la mención de Khana en la inscripción de Agum II como lugar del que se trajeron las estatuas divinas, nos obliga también a aceptar como válidas un cierto número de hipótesis nuevas. Sea como fuere, el epíteto de «lejano» atribuido al lugar de Khana en relación con Babilonia sigue siendo igualmente enigmático en ambos casos.

Los títulos con los que se adorna Agum II merecen ser mencionados. Se declara rey de los casitas y de los acadios y rey de

Babilonia; después de vanagloriarse de haber poblado densamente el país de Eshnunna, se titula rey de Alman (que, como acabamos de ver, es quizá la auténtica Casitia), rey de Padan, ciudad situada en la frontera nordeste de Babilonia (véase a continuación), que los elamitas no cesaron de reivindicar, y también rey del país de Gutium, región que en aquella época parece corresponder *grosso modo* al actual Kurdistán[2]. Sus dominios se debían extender así por el este, y no solamente a lo largo del Diyāla, sino que ocuparían también, además de la Casitia, la región que se extendía hacia el lago Urmia. Naturalmente, hay que aceptar esta enumeración a beneficio de inventario. Puede observarse asimismo que la inscripción no dice nada sobre el sur de la Mesopotamia, que en aquella época debía estar completamente sometido al rey del País del Mar, Gulkishar, o a uno de sus inmediatos sucesores. Es muy probable que este último se aprovechara del avance victorioso de los hititas sobre Babilonia y de la caída de la ciudad para apropiarse de territorios situados más al norte. Así se explica que Gulkishar pudiese hacer donación de tierras en una región tan septentrional como Dēr (actualmente Badra).

En la misma inscripción, Agum II declara que es él quien afianzó el trono de su padre. Parece ser que éste se llamaba UR-zigurumash y que Agum no le sucedió inmediatamente, sino después de Kharbashikhu y de Tiptakzi que fueron probablemente tíos suyos. Recordemos otra vez que, cuando nos referimos a los casitas, el título de rey (*sharru*) debe admitirse con cierto escepticismo. Más que de un verdadero monarca, se trataba de un jefe que ejercía su autoridad sobre un grupo de soldados instalados en una región determinada, en la que imponía temporalmente la ley. Se comprende que Agum II, al asentarse en Babilonia como sucesor de Hammurabi, considerara que la autoridad y el poder que había heredado de su padre se encontraban singularmente ampliados y reforzados.

Esta inscripción es significativa e instructiva por diversas razones. Por ella sabemos, en efecto, que los casitas, desde su instalación en Babilonia, se erigieron en fieles celadores de la religión babilónica. El retorno de Marduk y de Ṣarpanitu se ve rodeado de todo el ceremonial necesario según el estilo babilónico. Ya sabemos la significación religiosa que daban los babilonios a la marcha de su dios titular: aunque llevado por el enemigo, suponían que había abandonado voluntariamente la ciudad para castigar a sus habitantes por su poca veneración o por algún pecado cometido contra él. El regreso de Marduk (después de veinticuatro años de exilio entre los hititas[3]) sólo podía realizarse acompañado de todas las muestras de respeto que el dios exigía de sus fieles. La restauración y el embellecimiento del templo son descritos minuciosamente por Agum II. Sin embargo, la mención de Shuqamuna incita a pensar que los casitas, aunque no han dejado literatura religiosa escrita en su lengua, se caracterizaban por una organización religiosa a la que en modo alguno habían renunciado en provecho de los dioses babilónicos.

Se conoce muy poco o casi nada del sucesor de Agum II, exceptuado su nombre: Burnaburiash I. Según la «historia sincrónica»[4], Puzurashshur, rey de Asiria, y Burnaburiash, rey de Babilonia, pactaron «un tratado de alianza y reforzaron sus fronteras y sus territorios con sólidas fortificaciones». No puede haber duda sobre la identidad del aliado asirio, ya que sólo puede tratarse de Puzurashshur III, quinceavo rey de la dinastía de Adasi, que según la lista de los reyes de Asiria reinó hacia el 1540[5]. Este sincronismo nos es doblemente precioso, pues, al permitirnos situar con algo más de precisión el reinado de Burnaburiash I, nos indica el principio de la dominación casita en Babilonia, referencia cronológica que concuerda aproximadamente con los datos que por otras fuentes se conocían (veinticuatro años de exilio entre los hititas).

Uno de los hijos de Burnaburiash, Kashtiliash III, sucedió en el trono a su padre; otro hijo, Ulamburiash, aprovechando un momento en que el rey del País del Mar, Eagamil, estaba ocupado en una incursión contra el Elam, consiguió someter el sur de Babilonia. Así cuenta los hechos una crónica babilónica: «Eagamil, rey del País del Mar, vino a Elam; para oponerse a su ejército, Ulamburiash, hermano de Kashtiliash, del país de los casitas, reclutó sus tropas y, después de haber sometido el País del Mar, le impuso su dominio». Ulamburiash se arrogó el título de rey del País del Mar (*shar māt tamtim*) y llegó a ser rey de Babilonia después de Kashtiliash; de esta forma Babilonia recuperó durante un cierto tiempo su antigua unidad. Unidad, a decir verdad, constantemente amenazada, pues ya el sobrino de Ulamburiash, Agum III, que había sucedido a su tío, tuvo que reprimir en el País del Mar una revuelta tan violenta que no dudó, según dice también la crónica babilónica, en destruir el templo de Ea, Egarauruna. Procedimiento de extrema necesidad, cuya finalidad era probablemente terminar con la resistencia del pueblo sublevado arrasando el templo del *numen* protector del país.

b) La apertura hacia el mundo exterior: Asiria y Egipto

La avalancha de las tropas hititas sobre Babilonia, el florecimiento del poderío hurrita a costa del debilitamiento de Asiria, y el interés que manifestaba Egipto por la Siria del Norte, son los factores que cambiaron el tradicional equilibrio de fuerzas en Mesopotamia. Pero, más que del rompimiento de un equilibrio, podría hablarse de la superación de una situación tradicional. Se trata, en efecto, del paso de una política «de ámbito cerrado» o a lo sumo regional, a una política general de expansión imperialista, que no se contenta ya con anexionar las ciudades y las regiones limítrofes sino que tiende a la posesión de

territorios alejados. Pues no se trata ya de expediciones lejanas y prestigiosas, pero temporales, del tipo de las de Sargón de Akkad, cuyo objetivo era más económico que estratégico; ahora se trata de la ocupación permanente de regiones extranjeras. La política deja de ser centrípeta, y se hace centrífuga. Egipto, bajo el mando de Thutmosis III, llegará a realizar diecisiete campañas en Siria y alcanzará el Éufrates, dando un carácter estable a la conquista de los territorios a los que ya había llegado Thutmosis I. En el Éufrates el rey de Egipto encuentra al de Babilonia, encuentro que, mediante un cambio de presentes, marcará el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países. Hacia Siria septentrional convergen también las aspiraciones de los hititas y de los mitanios. De suerte que se puede decir que, en la segunda mitad del segundo milenio, ya no es Mesopotamia quien excita las ambiciones de los otros países, sino que éstas se orientan hacia el Mediterráneo, hacia las ciudades costeras de Siria, y hacia las ciudades mercantiles del interior, principalmente hacia Alepo.

¿Cuál es, pues, el papel que desempeña Babilonia durante este período de política expansionista? Es muy probable que, bajo el reinado de Agum II y de sus sucesores inmediatos, la necesidad de afianzar el poder haya obligado a los reyes a ocuparse sobre todo de la reorganización administrativa del país en el que acababan de instalarse. Como toda nueva dinastía (y más siendo extranjera) la de Agum II es muy probable que tuviera necesidad de apoyarse en una parte de la población autóctona. La creación de una nueva organización territorial, de la que se hablará posteriormente, les permitirá dominar con absoluta seguridad a las familias influyentes, cuya fidelidad se aseguraron con la concesión de tierras. Pero, por primordiales que fueran las necesidades de la política interior, no tardaron en aparecer los objetivos expansionistas. Como hemos visto, Ulamburiash organiza una expedición al País del Mar, por no hablar de los

conflictos de fronteras que enfrentan a babilonios y asirios desde la época del reinado de Burnaburiash, conflictos que hicieron necesaria la instalación de fortificaciones a lo largo de toda la frontera entre Babilonia y Asiria. Las hostilidades, además, se reanudaron más tarde, tal como nos dice el cronista de la historia sincrónica, y obligaron bajo los reinados de Karaindash y de Ashshurbēl nishēshu a nuevas rectificaciones fronterizas. No es en absoluto imposible que el rey de Babilonia al que, según los anales, encuentra Thutmosis III, durante la decimoséptima campaña de Siria del Norte, en las orillas del Éufrates, y del que recibe presentes fuera Karaindash. Este encuentro, el primero entre un faraón de Egipto y un monarca babilonio, es importante en la medida en que pone de manifiesto la voluntad de Babilonia de estar presente en la gran política internacional en un momento en que el poder unitario ha sufrido un rudo golpe con la pérdida de Alepo. Gracias a fuentes egipcias se puede calcular la fecha de este encuentro hacia el 1457, y, según parece, inauguró un período de relaciones amistosas entre ambas cortes; se hicieron frecuentes los envíos de embajadas, y las cartas de el-Amarna, dirigidas por los sucesores de Karaindash en el trono de Babilonia, parecen hablar de los años de su reinado como de una época en la que la amistad de los dos soberanos brilló esplendorosamente. Los documentos relacionados directamente con Karaindash que han llegado hasta nosotros se refieren sobre todo a su actividad como constructor de templos y protector de Uruk.

En el Eanna de Uruk es donde el rey, que se llama a sí mismo «pastor favorito» de Ishtar, hará construir el templo dedicado a Inanna (Ishtar, en sumerio), sin ninguna duda uno de los edificios más originales de la arquitectura casita. La forma alargada de la cella muestra un extraordinario parecido con el templo prehistórico de Tepe Gaura (ver HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, volumen 2). Un hecho sintomático es que uno de sus hijos lleve

ya un nombre completamente semítico y babilonio, Izkar-Marduk.

Con Karaindash se encuentra por vez primera la mención de Babilonia como «país de Karduniash». En una inscripción referente a la construcción del templo de Inanna, Karaindash se titula «rey de la ciudad de Babilonia, rey de Sumer y de Akkad, rey de los casitas, rey de Karduniash». Por este nombre, ciertamente casita[6] y cuya atribución a Babilonia es probablemente muy anterior a Karaindash, es por el que se designará en lo sucesivo a Babilonia en ciertas inscripciones de los reyes de la dinastía casita, pero, sobre todo, en el extranjero, de lo cual dan fe los documentos egipcios, hititas y sirios. Los asirios entendían por Karduniash la parte de Mesopotamia, al sur de sus fronteras, que se encontraba bajo la soberanía casito-babilónica.

c) Florecimiento de Babilonia con Kadashmankharbe y Kurigalzu

El hijo de Karaindash que le sucedió, Kadashmankharbe[7] luchó contra los suteos (*sutū*), según una crónica babilónica que sin embargo supone a Kadashmankharbe nieto del rey de Asiria, Ashshuruballiṭ, que todavía no había nacido en aquel tiempo. Es muy posible que se trate de los suteos del desierto sirio, como cree H. Lewy: Kadashmankharbe ordenó su exterminio «de levante a poniente», construyó al mismo tiempo una fortaleza sobre el monte KHI-KHI, excavó un pozo e instaló en aquel sitio una colonia, a fin de proteger el lugar de las incursiones de los nómadas. H. Lewy considera que la expedición contra los suteos se debe incluir dentro del cuadro de relaciones amistosas entre Egipto y Babilonia, y que posiblemente se organizó para ayudar al sucesor de Thutmosis III, Amenofis II, a pacificar Siria.

El sucesor de Kadashmankharbe, Kurigalzu I, fue también el continuador de su política. Con él Babilonia alcanzó de nuevo el rango de gran potencia. Su nombre permanece ligado a la construcción de Dūr-Kurigalzu, ciudad situada en el actual emplazamiento de Aqarqūf, a unos 17 kilómetros al noroeste de Bagdad, en una posición naturalmente defendida en su lado norte por las montañas de Jebel Ḥamrīn. La edificación de un palacio y de numerosos templos induce a creer que Kurigalzu, al emprender allí la construcción de esta ciudad, no se limitaba a seguir el ejemplo de Samsuiluna, que con la construcción de Dūr-Samsuiluna había pretendido sobre todo reforzar la frontera del noroeste contra las expediciones de los ladrones de las montañas. Es muy probable que, al trasladar su residencia a un lugar tan protegido naturalmente, su objetivo no fuera únicamente estratégico, sino que tendiera también a independizarse de Babilonia y de los sacerdotes del Esagil. El apego que manifiesta al culto de Enlil (dos de sus hijos llevarán nombres teóforos compuestos de Enlil), los títulos que ostenta de «rey sin igual entre sus predecesores» y de «rey de la totalidad» no dejan ninguna duda sobre las intenciones que tenía este soberano de alcanzar un rango al que no había llegado ningún rey casita y de hacerse reconocer como investido en la tierra del poder que Enlil tenía entre los dioses. Otros elementos vienen a reforzar esta hipótesis. En primer lugar, su determinativo divino[8], del que ningún otro rey desde la dinastía tercera de Ur había hecho preceder su nombre, vuelve a ser adoptado por Kurigalzu. Por otro lado, el hecho de que, en una inscripción[9], considere que su persona está adornada por los dioses con los atributos que a ellos les son propios, manifiesta sin equívoco su deseo de relacionar su realeza con prototipos antiguos, sobre todo con los reyes de la dinastía de Akkad (véase volumen II).

«En Babilonia, mansión de los reyes casitas, ciudad eterna, en el templo de Shumaliya y de Shuqamuna, los grandes dioses

han realzado la función de Kurigalzu, la han adornado con los atributos del “esplendor” (*melammū*) y la han condecorado con las insignias de la realeza». Estas líneas, de una inscripción cuyo original ha llegado hasta nosotros[10], hacen una alusión manifiesta a la coronación del rey. Un hecho significativo es que los dioses personales de la dinastía casita, la diosa Shumaliya, y el dios Shuqamuna, aparezcan en primer lugar, por lo que no parece que se trate del Esagil, el templo de Marduk en Babilonia, ni de este dios en el momento de la entronización. Mientras que el dios Shamash, el sol, que parece haber recibido una veneración mucho mayor en la época casita, y el trío de los grandes dioses, Anu, Enlil y Ea, son nombrados inmediatamente después, únicamente más lejos se hará alusión al favor que Marduk testimonia a Kurigalzu. Es también muy posible que, de rechazo, la creación de una ciudad como Dūr-Kurigalzu haya acelerado el proceso que iba a hacer de Babilonia una ciudad privilegiada cuyos habitantes gozaban de ciertas franquicias, principalmente de la exención de impuestos. Kurigalzu es «el que ha independizado a los habitantes de Babilonia, el que ha liberado a su pueblo de las cargas para aquel que ama a su gobierno (del rey), el dios Marduk… que ha instalado a los habitantes de Babilonia en una verde pradera».

d) Las relaciones entre Babilonia y Egipto en la época de Tell el-Amarna. El comercio del oro y del lapislázuli

En política exterior, parece no haberse modificado la línea seguida por las tres generaciones precedentes de alianza con el faraón, sino haberse intensificado, según parece revelar el envío de una princesa casita, hija de Kurigalzu, a Amenofis II.

Esta política de Kurigalzu se manifiesta también en su negativa a la propuesta hecha por ciertos reyezuelos de Siria de que

reemplazara a Egipto en esta región. Hay en esto señales de una determinada continuidad, pero también testimonio de que en aquel momento, como ha visto muy bien H. Lewy, Babilonia había afianzado su posición interior y conquistado ante la opinión internacional una posición sólida que le confería igual categoría que Egipto y el reino hitita. Esto se debía en gran parte a la situación precaria del imperio egipcio y a las dificultades interiores de Mitanni, pero también a la talla política de Kurigalzu.

De su hijo, Kadashmanenlil, conocemos mucho mejor el carácter que la actividad política. Las pocas cartas que forman la correspondencia entre Kadashmanenlil y Amenofis III, conservadas por los archivos de el-Amarna, abundan sobre todo en recriminaciones de tipo familiar, principalmente en relación con la suerte de la hermana de Kadashmanenlil, convertida en esposa de Amenofis, a la que nadie, entre los enviados del rey de Babilonia, había vuelto a ver en la corte, y también respecto a una princesa egipcia que Kadashmanenlil quería para esposa. A propósito de esta cuestión, merece la pena conocer la respuesta de Amenofis: «Hasta ahora, ninguna hija de rey egipcio ha sido dada en matrimonio a nadie». A lo que Kadashmanenlil responde: «¿No eres tú el rey? Obra como te parezca bien. Si das (tu hija) en matrimonio, ¿quién podrá decir algo en contra?». Pero Amenofis no se da por aludido. Por el contrario, parece tener grandes deseos de enriquecer su harén con otra princesa casita, que Kadashmanenlil terminará por enviarle. Las mujeres extranjeras de origen real que llegan a la corte de Egipto, princesas casitas de Babilonia o hurritas de Mitanni, parecen ser así uno de los elementos claves de aquel comercio real que es uno de los comercios existentes en aquella época; porque, sin duda, se trata propiamente de un comercio, sin que el término suponga ningún matiz peyorativo.

Los reyes asiáticos envían a la corte de Egipto a sus hijas, que darán sucesores a los faraones, y así se teje, con los lazos de sangre por trama, la alianza entre las cortes de Egipto, de Babilonia, de Mitanni y de otros países. Pero si la corte de Egipto desea tener a princesas extranjeras, no da, por el contrario, esposas a las otras potencias. A cambio de las jóvenes esposas, Egipto ofrece algo tan precioso como la sangre: el oro, del que los reyes casitas tienen cada vez mayor necesidad para poder satisfacer su sed de constructores de palacios y de templos, que consagran sobre todo a los dioses autóctonos. Todas las cartas de Kadashmanenlil rebosan de la misma queja: «Si no me envías oro, no puedo continuar los trabajos que he emprendido». «El oro no ha llegado todavía, ¿cómo podré seguir la construcción que he comenzado?». «El oro ha llegado por fin, pero es de mala calidad; después de pasado por el fuego, no queda de él más que una cantidad despreciable». Y llega a hacerse proverbial la frase de Burnaburiash II (1375-1347), hijo de Kadashmanenlil, en una carta a Amenofis IV: «Entre reyes, fraternidad, amistad, alianza y buenas relaciones existen (solamente) cuando son grandes los presentes de piedras preciosas, plata y oro».

El oro, además, aun conservando intactas sus cualidades de metal precioso y solar por excelencia que hacen de él el símbolo de la riqueza orgullosa, «la que corresponde a los dioses y los reyes», se ha convertido también en esa época en un valor económico. Sin que sepamos exactamente cómo se ha producido tal hecho, en un momento dado encontramos ya que en Babilonia (Burnaburiash II), y antes en Nuzi, se acepta como medio de pago, como «moneda», junto con la plata y otros metales menos preciosos, como el estaño y el bronce. En Nuzi, un siclo de oro es el precio que se paga por 19 homer de cebada (unos 160 kilos), que se entregarán después de la cosecha. Cosa rara: la relación entre oro y plata (= 9 x 1) permanece constante.

e) *Burnaburiash y la confirmación de la independencia asiria*

El reinado de Burnaburiash II, sucesor de Kadashmanenlil, fue largo. Su correspondencia con los faraones se extiende, en efecto, a lo largo de un período que cubre los últimos años del reinado de Amenofis III, el de Amenofis IV y una parte del de Tutânkhamón. Al igual que su abuelo y su padre, lleva el título (que nos resulta, sobre todo al final de su reinado, un poco desvalorizado) de «rey de la totalidad» (*shar kishshati*). Sus cartas nos revelan a un hombre infinitamente más fino que su padre y a un buen político.

La situación internacional daba pruebas, por su misma inestabilidad, de que en aquella parte del mundo se estaba gestando un nuevo equilibrio de fuerzas. Mitanni, presa de graves divisiones interiores después de la muerte de Shuttarna y el asesinato de su sucesor, tenía en el trono a un rey todavía niño, Tushratta. Los asirios, aprovechándose de las revueltas que se producían en Mitanni, comenzaban a agitarse. Una gran confusión, por otro lado, domina nuestros conocimientos de Asiria durante la primera mitad del siglo XIV. Es muy posible que la supremacía de Mitanni sobre Asiria no fuera eliminada de un solo golpe por Ashshuruballiṭ. Más bien hay que admitir que se dieron algunos períodos de independencia nacional a lo largo de la ocupación extranjera. ¿Debemos creer también que Mitanni era, en la primera mitad del siglo XIV, la única potencia que hipotecó en provecho suyo la independencia asiria? ¿O debemos imaginar, como ya se ha hecho, que Babilonia, desde la época de Kurigalzu I, había reemplazado a Mitanni en Asiria? H. Lewy, fundándose en algunos hechos, cree poderlo probar. Verdad es que Burnaburiash II, en una carta al faraón, califica a los asirios de «súbditos» suyos, y se indigna de que una embajada asiria haya osado presentarse en la corte de Egipto como si hubiera sido enviada por el rey de Babilonia. Todo este párrafo

nos puede hacer pensar que en aquella época Babilonia dominaba el norte de Mesopotamia, dominio del que los asirios pretendían liberarse al entablar relaciones con Egipto. ¿Pero, por otro lado, cómo puede coincidir una soberanía babilónica en el norte de Asiria con el envío hecho por Tushratta de la estatua sacratísima de Ishtar, desde Nínive a la corte de Egipto, a fin de restablecer al faraón enfermo? Para disponer así de la estatua de la diosa y seguir en eso el ejemplo de su padre, Shuttarna, que ya la había enviado una vez a Egipto, Tushratta debía tener por entonces, según parece, grandes poderes en aquella parte de Asiria.

Se podrían también hacer cábalas sobre la significación que toman en este contexto algunos hechos, como, por ejemplo, el envío por Ashshuruballiṭ de una de sus hijas a la corte de Babilonia, para convertirse allí en la esposa de un hijo de Burnaburiash o de este mismo. Como antes hemos visto a propósito de las princesas de Asia que afluían a la corte de Egipto, es posible que esto fuera signo de la inferioridad del rey de Asiria ante el rey de Babilonia. O bien que, al obrar así, Ashshuruballiṭ desplegara un juego político de lejanos objetivos y contara poder, algún día, ejercer a través de su hija el dominio de Babilonia.

Es difícil decirlo. El hijo de la princesa asiria Muballiṭatsherua se llamaba Karakhardash y fue el sucesor inmediato de Burnaburiash en el trono, pero su reinado fue de corta duración. La historia sincrónica nos informa de que los nobles casitas se sublevaron contra él y le mataron. Hay en esta breve mención de un suceso sangriento un dato histórico que nos interesa: no es solamente la hostilidad nacionalista a ultranza de los elementos casitas para con el hijo de una asiria la que ha hecho cristalizar, contra el joven rey, el descontento de sus súbditos; entre la boda de Muballiṭatsherua y la subida al trono de Karakhardash tiene lugar una serie de sucesos, de resultas de los cuales cambia completamente la situación en Asiria.

Ante todo, el nuevo avance de Shuppiluliuma por el norte de Mesopotamia hasta Washshukanni, que rompió fatalmente la cohesión de Mitanni, ofreció al mismo tiempo a Ashshuruballiṭ la tan esperada ocasión de acceder a la independencia. Para Burnaburiash, ya lo hemos visto, una Asiria en plena ascensión no podía considerarse más que como una amenaza constante y directa para Babilonia. Su sagacidad política debía llevarle hasta desear que el reino mitanio, surgido de las ruinas, fuera lo suficientemente fuerte como para constituir un contrapeso de Asiria. Probablemente fue un plan trazado con objeto de no debilitar al gobierno de Artatama, el usurpador que había sucedido a Tushratta en el trono de Mitanni, lo que le hizo negar el derecho de asilo a Mattiwaza, hijo legítimo de Tushratta, quien con 2000 carros al mando del oficial Akiteshup había huido de su país e intentaba conseguir ayuda para reconquistar el trono.

Ya hemos visto que el deseo de Burnaburiash de mantener a Asiria en una especie de tutela política era irrealizable. La independencia de este país estaba avalada por el faraón de Egipto, y el hecho de que Ashshuruballiṭ, en una carta, se considere ya en un plano de igualdad con el faraón lo prueba claramente. Cuando Burnaburiash muere, Ashshuruballiṭ tiene la posibilidad de controlar la política babilónica valiéndose de su nieto, y es esta situación la que sin duda alguna los grandes de Babilonia quieren modificar suprimiendo a Karakhardash e instalando en su lugar a un verdadero casita, Nazibugash.

El desarrollo de los acontecimientos demostró que los temores de los sublevados eran fundados. La reacción de Ashshuruballiṭ al asesinato de su nieto fue inmediata. Con el pretexto de vengar a Karakhardash, penetra en Babilonia, mata a su vez a Nazibugash, el «hijo de nadie» que los babilonios habían puesto en el trono y consagra rey a Kurigalzu II (1345-1324), hijo de Burnaburiash. El reinado de Nazibugash no debe haber durado más que unos meses.

f) Kurigalzu II: la conquista de Elam

El rey que Ashshuruballiṭ, en cierto modo, impuso a los babilonios pasará a la historia como Kurigalzu *ṣikhru*, es decir, el segundo de ese nombre; lo cual, dicho sea de paso, parece destruir de un golpe la existencia de un hipotético rey Kurigalzu cuyo reinado se situaría en el siglo XVI y que habría precedido a los otros dos reyes del mismo nombre. En este caso, en efecto, Kurigalzu, el hijo de Burnaburiash, al ser el último de los tres, no se consideraría el segundo. No parece que deba tenerse en cuenta la posible traducción de *ṣikhru* por «pequeño, joven», que indicaría que Kurigalzu era todavía un niño cuando fue elevado al trono por el enérgico Ashshuruballiṭ.

No se tienen referencias sobre la política que siguió Kurigalzu para con Asiria durante los últimos años de la vida de Ashshuruballiṭ. Según la crónica sincrónica, en cuanto el sucesor de este último, Enlilnarāri, ocupó el trono, Kurigalzu se sublevó y atacó a los asirios. «Enlilnarāri, rey de Asiria, luchó cerca de Sugagi que se encuentra junto al río Idiglat (Tigris). Lo derrotó (a Kurigalzu) y mató a sus soldados. Se llevó consigo su campamento». A consecuencia de esta derrota, se procedió a una nueva rectificación de las fronteras entre los dos países, cortando en dos los territorios que se encontraban en la ruta que desde Subaru va hacia Babilonia.

Que esta operación se terminara para Asiria con la anexión de algunos territorios nuevos nos lo confirma Adadnarāri I (1307-1275), quien llama a su abuelo Enlilnarāri «el que destruyó al ejército casita y a la totalidad de sus enemigos, el que ensanchó fronteras y territorios».

La derrota resolvió durante un tiempo los asuntos por la parte asiria. Kurigalzu concentró entonces su atención en el otro enemigo tradicional de Babilonia, el Elam, del que los reyes casitas parecían haberse desinteresado desde hacía varias

generaciones. Hay que decir que en esta ocasión la iniciativa no parece haber sido de Kurigalzu, sino del «rey de Elam», cuyo nombre (Khurpatila) es absolutamente hurrita. Después de haber concentrado tropas en la zona de Dūr-Shulgi, al otro lado del País del Mar, desafió a su adversario para que viniera a atacarle. Vencido en la batalla que él mismo había provocado, se vio perseguido hasta Elam, a donde se había retirado. Kurigalzu avanzó hasta Susa, que ocupó, devastando a su paso las regiones de Barakhse y el Elam. En las excavaciones de Susa se han encontrado importantes monumentos destinados a conmemorar la victoria de Kurigalzu contra Khurpatila, entre otros un fragmento de una estatua en piedra calcárea, encontrado en la acrópolis, que debía de representar a Kurigalzu. Inscrita en el hombro izquierdo lleva la siguiente leyenda: «Kurigalzu, rey de la totalidad, que venció a Susa y al Elam, que convirtió en ruinas a Markhashi»[11].

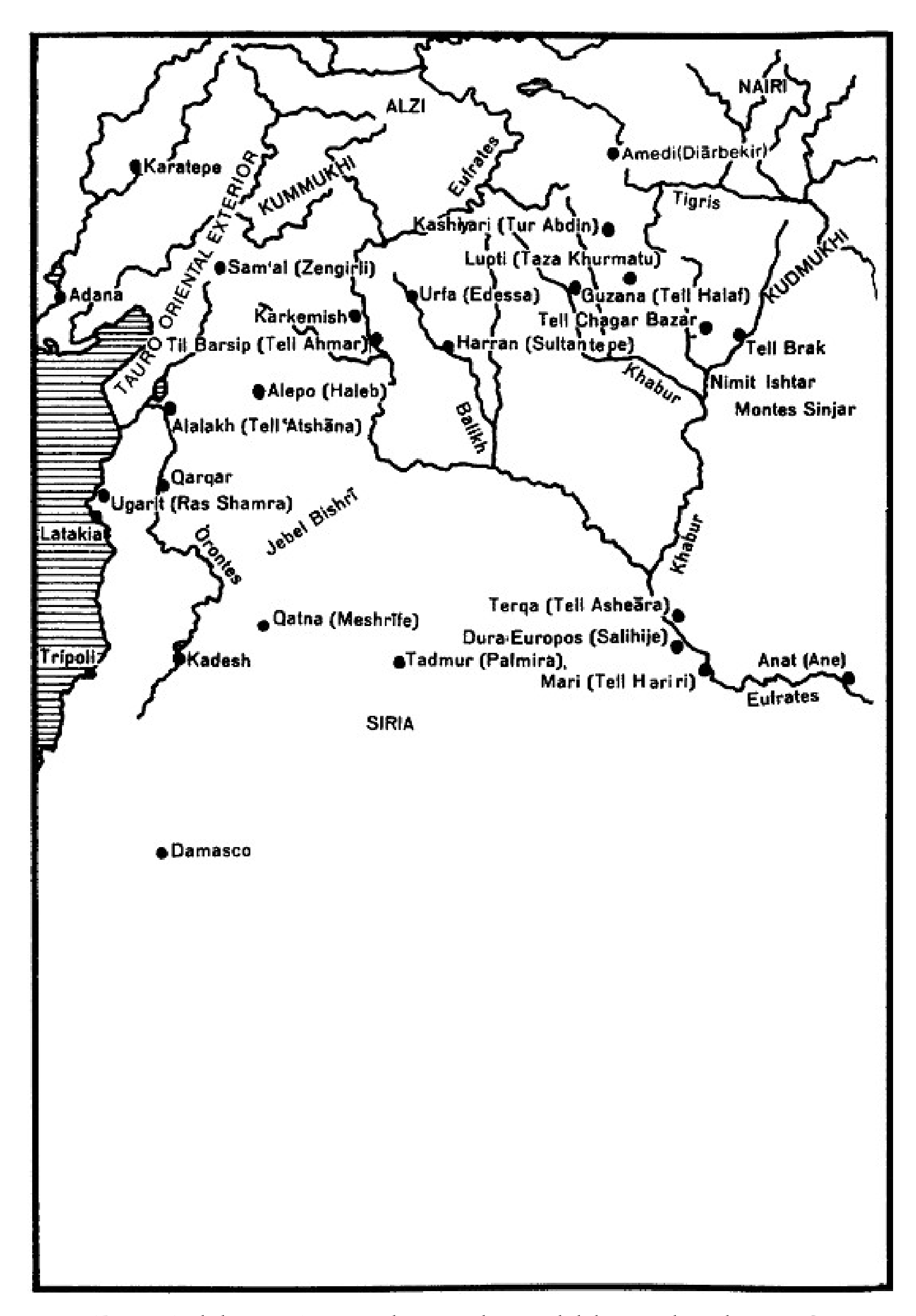


Fig. 1a. Babilonia y Asiria en la segunda mitad del segundo milenio a. C.



Fig. 1b. Babilonia y Asiria en la segunda mitad del segundo milenio a. C.

El rey no dejó de mostrar su veneración a los dioses locales dedicando un escarabajo de ágata al dios Sakharan y la empuñadura de un cetro al dios Enlil. En el botín que se llevó de la

ciudad conquistada figuraba una tablilla de ágata dedicada antiguamente a Inanna «por la vida de Shulgi» (cf. Volumen II); y que Kurigalzu ofreció a Enlil en el gran templo del dios en Nippur añadiendo una inscripción de unas cuantas líneas en las que relataba la toma del palacio de Susa.

Sin embargo, por muy importante que fuera la victoria de Kurigalzu, no podía dar lugar a un dominio duradero de Babilonia sobre el Elam. Este país restableció muy pronto su unidad bajo una dinastía local fundada por Ikekhalki, probablemente originario de Malamir, a 180 km al sur de Susa.

g) Las relaciones entre Babilonia y el Imperio hitita en tiempos de Kadashmanturgu y de Kadashmanenlil II

También el sucesor de Kurigalzu, su hijo Nazimaruttash (1325-1298), parece haber buscado victorias militares por Oriente, pero en regiones más septentrionales que el Elam. Siguiendo probablemente el curso del Diyāla, avanzó hacia el país de Namri, que se cita en esta ocasión por primera vez. Parece ser que, por lo menos al principio, el ejército babilonio no encontró resistencia seria por parte de la población local, y es verosímil que una decena de poblados que cayeron en sus manos fueran adjudicados al territorio de Nippur. Pero estos éxitos no podían por menos de despertar entre los asirios la sospecha de que los babilonios podían ya sacarles delantera en regiones a las que ellos mismos aspiraban. La reacción asiria fue, pues, muy rápida, y el ejército babilonio, según parece, sufrió una terrible derrota. Sabemos, además, que el conflicto terminó otra vez con un reajuste de las fronteras y con un tratado entre Nazimaruttash y Adadnarāri, del que posiblemente poseamos un fragmento. Otro fragmento todavía inédito que nos viene de Asur parece relatar también las cordiales relaciones entre el

sucesor de Nazimaruttash, Kadashmanturgu (1297-1280), y Adadnarāri. Pero las victorias de Adadnarāri en el norte, y sobre todo la toma de Khanigalbat, no podían conducir más que a un estrechamiento de las relaciones diplomáticas entre Babilonia y el imperio hitita.

Este imperio veía con creciente inquietud la existencia del estado tapón de Mitanni, cada vez más precaria después de los sucesivos golpes que le habían asestado los ejércitos asirios desde los tiempos de Ashshuruballiṭ.

Ya el matrimonio de Shuppiluliuma con una princesa babilónica de la que sólo conocemos el nombre hitita, Tawananna, se había realizado con estas miras. Las relaciones de amistad entre los dos estados se estrechan aún más bajo los reinados de Nazimaruttash y de Muwatalli. Pero es únicamente bajo el reinado de Khattushili cuando los lazos de amistad se transforman en un verdadero pacto de alianza y de asistencia mutua, creando entre los dos países relaciones de las cuales no parece haber estado ausente el elemento humano. En efecto, una de las cláusulas preveía que, en caso de muerte de uno de los aliados, el superviviente cuidaría de los hijos del desaparecido y los ayudaría a conservar el poder. Aunque de los dos reyes hubiera podido ser Khattushili el que, en razón de su situación de usurpador del trono, tuviera más necesidad de la alianza con Babilonia, parece que en definitiva fue Kadashmanturgu el que más se benefició de ella. Al morir, después de haber reinado quince años, dejó un hijo muy joven bajo la protección de un ministro todopoderoso, de nombre característicamente babilonio, el *rēsh sharri* Itti-Marduk-balāṭu. Khattushili cumplió su promesa y escribió a los notables de Babilonia pidiéndoles que protegieran el trono del joven rey Kadashmanenlil II (1279-1265).

Pero Ittimardukbalāṭu, cuyos designios personales no eran los mismos, consiguió influir en el rey niño calumniando a Khattushili, de lo que resultó un período de enfriamiento en las

relaciones de las dos cortes. Khattushili se queja de que Babilonia no envíe ya más mensajeros a Khattusha so pretexto de que corren peligro de ser asaltados por los bandidos akhlamū, a lo que Khattushili replica que «en el país de mi hermano hay más caballos que paja. ¿Tengo quizá que reunir también mil carros para que los mensajeros puedan llegar hasta Tuttul?». Con este motivo se oye hablar de las bandas de *akhlamū*, es decir, de los nómadas que más tarde, según el apelativo de uno de sus clanes, se llamarán *aramū*, los arameos. Aunque la frase de Khattushili sea ciertamente irónica, el peligro debía ser real. La ruta desde Babilonia a Khattusha, que seguía el Éufrates, se hacía muy insegura a partir del curso medio del río. Además, los akhlamū en esta época son tan pronto bandas mercenarias armadas al servicio de una potencia (los hititas, por ejemplo) como bandas que operan por su propia cuenta. Entre los hombres que defienden las puertas en Nippur se señala ya la presencia de un grupo de akhlamū. Por otro lado, parece posible que se dedicaran también a actividades completamente pacíficas y que se emplearan en grupos o aisladamente como obreros de las explotaciones agrícolas.

Su perfecto conocimiento del desierto hacía, igualmente, que los nómadas (akhlamū, suteos y otros) fueran excelentes guías para las grandes travesías; indispensables, aunque no siempre muy dignos de confianza, si hemos de creer la desdichada experiencia de un mensajero del rey de Asiria que se dirigía a Egipto con un guía suteo. A ellos se recurría para el transporte de mercancías, y en dos ocasiones, según se sabe, los akhlamū condujeron caravanas cargadas de oro. Se les esperaba con impaciencia en Nippur, adonde tenían que llegar; en una ocasión, parece que siguieron un trayecto desacostumbrado, más al sur, hacia el mar. También en las cartas que expide desde Tilmun (actual Baḥrain) un funcionario babilonio al gobernador de Nippur se habla de las cantidades de dátiles que los akhlamū han

robado y, aunque el mismo funcionario, en otra carta, se queja de ellos como de gente «que usan un lenguaje de enemigos y de bandidos», no hay duda de que se trata asimismo en esta ocasión de akhlamū contratados como conductores de caravanas.

El reinado de Kadashmanenlil II duró quince años, pero en definitiva se le pueden atribuir con certeza muy pocos monumentos. Así, por ejemplo, es muy probable que la estela en la que se renueva una donación de tierras hecha por el gran Kurigalzu, el «rey sin rival», hijo de Kadashmankharbe, a un sacerdote de Enlil, deba atribuirse más bien a Kadashmanenlil I[12].

Su personalidad se nos aparece como reflejada en un espejo a través de los consejos que le da su «protector» Khattushili III en sus cartas. Este último alude a la edad varonil a la que ya ha llegado Kadashmanenlil, que entonces se da al noble deporte de la caza. La mención de la guerra, que viene inmediatamente después, nos deja ver la íntima unión que se veía entonces entre estas dos actividades. Las palabras de Khattushili no eran vanas, y en general se suelen interpretar como destinadas a sugerir a su «protegido» la idea de la conquista de Asiria. No sabemos si el rey casita siguió el consejo de combatir a un enemigo que, según la opinión de Khattushili, él superaba numéricamente «de dos a cuatro veces». Si el carro de paseo ofrecido al dios Marduk en la fiesta de Akītu (con motivo de una victoria conseguida por un rey de aquella época del que sólo se conserva la segunda parte de su nombre, Enlil) fue donado por Kadashmanenlil II, podría deducirse entonces que se siguió el consejo del rey hitita y que su empresa se vio coronada por el éxito. Pero tampoco en este caso nos prueba nada que no se trate del primer rey de este nombre.

h) Decadencia política y crisis económica

No sabemos casi nada de la política extranjera de los dos reyes que sucedieron a Kadashmanenlil II, Kudurenlil I, que reinó nueve años (1264-1255), y su hijo Shagarakti-Shuriash, que reinó trece (1255-1242). Por el contrario, se ha exhumado un gran número de textos fechados durante sus reinados, tanto en Nippur como en Dūr-Kurigalzu. Parece que en aquel tiempo estuvo en su apogeo una familia de banqueros, de la que se han conservado parcialmente los archivos. El gran número de préstamos que nos revelan estos archivos hace pensar que el auge de esta familia está quizá en relación con una situación económica difícil en el país. Esta idea se ve reforzada por los numerosos casos de prisión por deudas que se han podido señalar en la misma época. De las dificultades derivadas de la situación económica da testimonio el enorme número de personas que, por culpa de las deudas o simplemente obligadas por la necesidad de subsistir, aceptan situaciones de dependencia no muy distintas de la esclavitud. Muchos documentos de aquel tiempo dan cuenta del traslado de familias enteras de un lugar a otro, según las necesidades de la mano de obra, bajo la garantía de un funcionario del Estado, que se hace responsable en caso de huida e incluso de invalidez de alguno de los deportados, y ello con su propia libertad. Es posible que un decreto de liberalización de impuestos (*zakūtu*) concedido a los habitantes de Nippur por Shagarakti-Shuriash, que se menciona en un texto todavía inédito, esté directamente relacionado con una situación económica cuya gravedad hacía necesarias tales medidas de liberalidad. La huida de familias enteras hacia regiones momentáneamente más prósperas, fuera de las fronteras de Babilonia, era en verdad un fenómeno muy frecuente durante todo aquel período e incluso antes. Así encontramos a los khabiru, originarios de Akkad, es decir, de Babilonia, que se encuentran en Nuzi, hacia la mitad del siglo XV, en situación de esclavos voluntarios.

No nos faltan testimonios de la actividad constructora del rey Shagarakti-Shuriash. Nabónido (555-539) le atribuirá la construcción del templo de Eulmash, en Sippar. Su actividad se extiende a los templos de Dūr-Kurigalzu, y manifiesta su devoción a los dioses de Nippur dedicándoles *agalmata* en materiales preciosos: un bloque de lapislázuli para Nusku y un falo de magnesita para Enlil. Señalemos también un objeto que perteneció a este rey: una perla de cornalina, en la que se puede leer su nombre, que se ha encontrado en Asiria, en Kalkhu (la actual Nimrūd), que quizá llevó hasta allí alguno de los babilonios que el rey Tukultininurta, de Asiria, había de deportar algunos años más tarde.

i) La caída de Babilonia: la «cautividad asiria» de Marduk

El cerco alrededor de Babilonia era cada vez más estrecho. Cuando Kashtiliash IV (1242-1235) sucedió a su padre, la situación era la siguiente: al sureste, en Elam, reinaba Untash-GAL, el miembro más poderoso y enérgico de la dinastía fundada por Ikekhalki. A pesar de su incansable actividad de constructor de templos (su nombre quedará siempre unido a la construcción, entre otros, del *zigurat* de Choga-Zambil, a 42 kilómetros al sudeste de Susa), Untash-GAL no perdía de vista la difícil situación política en que se encontraba Babilonia. Al norte y al noroeste, Tukultininurta esperaba su hora.

No sabemos en qué momento Untash-GAL se declaró en lucha contra Babilonia. Un documento importante a este respecto es, sin duda alguna, la estela encontrada en Susa, en la que Kashtiliash asigna a Agaptakha, un refugiado de Khanigalbat, cierto territorio situado junto a la ciudad de Padan, en la frontera nordeste, en la misma región que Lupti y Zaban[13], ciudad cuyos derechos ya había reivindicado Agum II al principio de la

dinastía casita, titulándose rey de Alman y de Padan. Esto nos prueba, en todo caso, que en la época de Kashtiliash estos territorios estaban ya incluidos en las fronteras nordeste de Babilonia. Otro documento que nos puede ayudar a encontrar la fecha de la agresión de Untash-GAL es una estatua mutilada de un dios, encontrada igualmente en Susa. Según la inscripción acadia grabada en ella, esta estatua que Untash-GAL llevó como botín a Susa representa al dios Immeria, al cual no conocemos por ninguna otra referencia. Una cosa es, sin embargo, cierta: el ataque de Untash-GAL tuvo lugar antes del ataque asirio. Otra estela, encontrada también en Elam, confirmaba la donación hecha mucho antes por Kurigalzu II a un combatiente que se había distinguido en una guerra contra Asiria.

No hay que perder tampoco de vista que el reinado de Kashtiliash no debe haber durado más de ocho años. Ahora bien, sabemos que, durante por lo menos los cinco primeros, las actividades desarrolladas en el palacio de Dūr-Kurigalzu fueron normales, como atestiguan las cantidades de oro y de piedras duras que se entregaron a los artesanos para la fabricación de objetos preciosos. Es posible, pues, que el ataque elamita tuviera lugar durante los últimos años del reinado de Kashtiliash, poco antes de declararse las hostilidades con los asirios.

El avance de Tukultininurta (1244-1208) hasta Babilonia se realizó después de su conquista de la región de Gutium, entre los distritos de Sukus y de Lallar. He aquí cómo relata el vencedor los sucesos: «Con la ayuda de Ashshur, de Enlil y de Shamash, los grandes dioses, mis señores, apoyado por Ishtar, dueña del cielo y de la tierra, que marchaban todos al frente de mis ejércitos, alcancé a Kashtiliash, rey de Karduniash, para entablar con él combate. E impuse la derrota a sus tropas, e hice besar el suelo a sus guerreros. En medio del combate, alcancé con mi propia mano a Kashtiliash, el rey de los casitas. Y con mis pies, como si fuera un escabel, hollé su nuca señorial. Prisione-

ro y encadenado, le arrastré ante Ashshur, mi señor. Me apoderé del país de Sumer y de Akkad en su totalidad, hasta sus fronteras; y en el mar inferior (el Golfo Pérsico), por donde el sol aparece, establecí la frontera de mi estado». Tal es el hecho, brevemente relatado, en un estilo conciso y sin concesiones retóricas. Kashtiliash, a quien al principio se llama rey de Karduniash, no es, seis líneas después, más que el rey de los casitas.

Se puede medir el eco que levantó en Asiria esta conquista por el hecho de que proporcionara tema a un poema épico en torno a Tukultininurta y Kashtiliash. Se poseen varios relatos de la derrota infligida por los asirios a Kashtiliash. Desgraciadamente, lo que se produjo después está menos claro. Según una crónica, Tukultininurta, después de haber hecho prisionero al rey y de haberle llevado a Asiria, marchó de nuevo contra Babilonia y arrasó esa vez las murallas de la ciudad. El rey manifestaba de esta manera que la ciudad había perdido su independencia. En cuanto a los habitantes, un gran número de ellos fue ejecutado y muchos otros deportados a Asiria. Tukultininurta saqueó los tesoros del templo principal, el Esagil, y de sus palacios. Mandó después «levantar» al gran dios Marduk de su trono y lo puso en camino hacia Asiria. Se nombró un virrey de toda Babilonia. «Durante siete años, Tukultininurta gobernó así en Karduniash. Después de ellos, los grandes del país se sublevaron y sentaron en el trono de su padre a Adadshūmauṣur». Este texto está en contradicción con la lista real babilónica, que cita como sucesores inmediatos de Kashtiliash, antes de Adadshūmauṣur, a Enlilnādinshūmi y a Kadashmankharbe II, que gobernaron cada uno de ellos un año y medio, y a Adadshūmaiddina, que ejerció el poder durante seis años. ¿Quiénes son estos tres reyes? ¿Se trata de virreyes nombrados por Tukultininurta? Se ha señalado que, incluso prescindiendo de la contradicción menor que hay entre la crónica, según la cual Babilonia estuvo completamente sometida a Tukultininur-

ta durante siete años, y la lista babilónica, que atribuye nueve años en total a los tres sucesores de Kashtiliash, parece difícil que una lista real babilonia considerara como reyes legítimos a los gobernadores del ocupante. Este problema es, por el momento, insoluble. Un solo hecho nuevo ha hecho su aparición en estos últimos tiempos: una inscripción en una espada, publicada recientemente[14], prueba que Adadshūmauṣur era verdaderamente hijo de Kashtiliash. Además, una estela nos proporciona un dato significativo: los reyes Adadshūmauṣur (1218-1189) y Melishikhu (1188-1174), que suceden a Adadshūmaiddina, ratifican una donación de tierras concedidas por este último, hecho que pudiera parecer extraño si Adadshūmaiddina no hubiera sido más que un virrey nombrado por los asirios.

Fueran reyes legítimos o lugartenientes del rey de Asiria, parece de todas formas que Babilonia atravesó durante estos gobiernos por un período de debilidad y de incertidumbre política. Los elamitas no tardaron en aprovecharse de esta situación. Ya habían presenciado, impotentes, cómo Tukultininurta se anexionaba las ciudades que siempre habían esperado poder recuperar de Babilonia. En Babilonia meridional, la debilidad del poder central debía de ser aún más evidente que en el norte del país, muy próximo a las fronteras asirias. Contando con esta debilidad, el rey elamita Kiten-Khutran se lanzó por vez primera al ataque de la baja Mesopotamia. Después de haber atravesado el Tigris, se apoderó de Isin y continuó su marcha hacia el centro, sometiendo a Nippur. Después de volver a atravesar el Tigris, arrasó Dēr, sin respetar ni siquiera el templo Edimgalkalamma, y se llevó consigo a numerosos prisioneros. A esto siguió la caída de Enlilnādinshūmi (1225). Unos años más tarde, los elamitas estimaron propicia la ocasión que les daba la revuelta de los notables de Babilonia contra el poder asirio para intervenir una segunda vez. Después de cruzar nuevamente el

Tigris y de apoderarse de Isin, llegaron a Marad, donde encontraron a las tropas babilónicas; pero parece ser que, a pesar del éxito militar, se vieron obligados a retroceder.

j) El despertar de Adadshūmauṣur y el dominio babilonio en Asiria.

Las cosas iban a cambiar muy rápidamente en Babilonia. Otra vez la potencia asiria, que con Tukultininurta había alcanzado la cima, iba a hundirse. Al haberse vuelto loco (o considerársele como tal) Tukultininurta desaparecía de la escena política, asesinado por uno de sus hijos que se había puesto al frente de una revuelta fomentada por los nobles asirios. Y en el trono de este «señor de la guerra» se sucedieron tres de sus hijos (de 1207 a 1193), todos igualmente insignificantes según parece. El último de ellos, Enlilkuduruṣur, llegó a ver Asiria invadida por las tropas babilonias mandadas por Adadshūmauṣur, hijo de Kashtiliash. La crónica, sin duda novelada, cuenta que en el tiempo en que los dos reyes habían entablado combate el príncipe Ninurtaapilekur, descendiente de Erībaadad I, que se hallaba exiliado en Babilonia, consiguió ganarse la confianza del ejército asirio, se puso a su frente y marchó sobre Asur, conquistándolo. En cuanto al rey babilonio, levantó el campo y se volvió a su país. Parece posible desentrañar la trama histórica que sirve de soporte a este adornado relato: Adadshūmauṣur, a su vez, desea ver instalado en el trono de Asiria a un hombre que le inspire más confianza que el hijo del antiguo conquistador de Babilonia. Su protegido, Ninurtaapilekur, que descendía de un auténtico rey asirio, era el hombre que necesitaba. De esta forma, la entrada de los ejércitos babilonios en Asiria no tenía otra finalidad que la de garantizar el éxito de una operación política.

Adadshūmauṣur, como sus títulos atestiguan, continúa la tradición de los reyes casitas de devoción al dios Enlil, del que es «el pastor favorito», y a la ciudad santa de Nippur, de la que es «proveedor». Es muy sorprendente, sin embargo, que este rey libertador no se haya aprovechado de su superioridad sobre los reyes asirios contemporáneos suyos; de esta superioridad son una prueba, entre otras, los términos de su carta a Ashshurnarāri III (1203-1198) y a Ilukhaddā para conseguir el retorno de la estatua de Marduk, retorno que, por muy singular que pueda parecer, tampoco tendrá lugar bajo el reinado de Ninurtaapilekur, quien había recobrado, sin embargo, el trono gracias en buena medida a la ayuda de los babilonios, sino únicamente durante el corto reinado de su nieto Ninurtatukultiasshur.

Una cuestión se presenta a propósito de Melishikhu, que sucedió a Adadshūmauṣur. ¿Se trata de aquel Melishikhu que se decía hijo de Kurigalzu en una inscripción, grabada en la empuñadura de una maza de guerra, que se ha encontrado en Babilonia en un edificio de la época de los partos?[15]. La ausencia de cualquier título real no es un obstáculo para atribuir la inscripción a un rey. Se podría admitir que se trata del sucesor de Adadshūmauṣur. El término *māru* no tendría en ella su auténtico significado de hijo, sino el de vástago de la dinastía. El reinado de Melishikhu, lo mismo que el de su hijo Mardukaplaiddin (Merodac-Baladán; 1173-1161), primer rey de la dinastía casita que lleva un nombre compuesto con Marduk, debió ser un período de calma, como atestiguan las numerosas donaciones de tierras. Una de estas donaciones fue hecha a favor de una hija de Melishikhu, que llevaba el nombre, gracioso y significativo, de «la diosa Nana es de sangre voluptuosa». El *kudurru* en que se expresa la donación alude a grandes trabajos de saneamiento de un territorio pantanoso a fin de hacerlo apto para los cultivos. Se trata de tierras situadas al borde del Canal Real. Las tie-

rras y zonas saneadas estaban libres de todo impuesto y el jefe del distrito no las podía cruzar.

Mardukaplaiddin fue contemporáneo de Ashshurdan de Asiria. Bajo el gobierno de Zababashūmaiddina (1160) la situación de Babilonia empeoró, y terminó por ser muy grave. Ashshurdan atravesó el Zāb inferior y se apoderó de diversas ciudades, entre las cuales estaban Zaban e Irria, y del territorio de Ṣallu. Ṣallu es una región fronteriza, objeto de constantes litigios entre los dos pueblos. En cuanto a Irria, también se la cita varias veces en las donaciones de tierras. Esta ciudad, de bastante importancia, era cabeza de toda una provincia, y Mardukaplaiddin, que debía darse cuenta de la proximidad del peligro, acababa de instalar en ella a un hombre de confianza. Zaban, cuyo nombre recuerda al del río Zāb, posiblemente se encontrara en los mismos parajes, no lejos de Lupti, que ocupaba quizá el emplazamiento de la actual Taza-Khurmatu, al sur de Nuzi. Pero, en definitiva, la operación militar de Ashshurdan no era más que una expedición, y Asiria no se encontraba todavía con fuerzas suficientes para intentar una guerra de larga duración contra Babilonia.

k) El desbordamiento elamita

De consecuencias muchísimo más graves fue, por el contrario, el ataque largamente premeditado de los elamitas, cuyo recuerdo había de perdurar como una pesadilla en la memoria de las futuras generaciones. El victorioso rey de Elam, Shutruknakhkhunte, hizo grabar en varias estelas el relato de su campaña. Fue por el sur, atravesando el Ulaī (el actual Karun), por donde el ejército enemigo se desplegó sobre Babilonia, conquistando ciudades y pueblos e imponiendo pesados tributos en plata, y a veces en oro, a sus habitantes. Así fueron tomadas

Eshnunna, Dūr-Kurigalzu, Sippar y Opi. En esta campaña se llevó a cabo, además, un inmenso saqueo de obras de arte, que el rey llevó consigo a Susa, donde las han exhumado las modernas excavaciones. Arrancando a los templos todos aquellos testimonios de un pasado prestigioso, el rey elamita intentaba conquistar de alguna manera, al mismo tiempo que el país, las fuentes de esta civilización de la que eran deudores desde hacía siglos él y su pueblo. Los puntos de referencia de Babilonia se encontraban desde aquel momento en Susa: en Eshnunna, una estatua de Manishtūshu; en Sippar, la estela de Narāmsīn que conmemora su victoria contra Lullubi y quizá también la de diorita en que están grabadas las leyes de Hammurabi; en otro distrito (¿Kish?), el obelisco de Manishtūshu, en Akkad, otras dos estatuas de este rey. Tampoco fue olvidado el pasado más reciente, como atestigua la estatua de Melishikhu, de la que se apoderó Shutruknakhkhunte en Karintash (la actual Karend, en la ruta caravanera que va hacia Kermānshāh). Sin duda pretendía borrar incluso las trazas de la presencia babilónica en esta región, que él consideraba suya, y para ello se llevaba la estatua del rey casita. Si se examina el recorrido de los ejércitos elamitas siguiendo el orden de las ciudades conquistadas, se puede ver que el rey, después de haberse apoderado de algunas ciudades del bajo Diyāla, se dirigió al oeste, hacia el Éufrates, conquistando Sippar. Luego de haber cortado así Babilonia en dos partes, descendió directamente hacia el sur, en dirección de Kish. Babilonia, aislada del resto del país, caía casi sin resistencia en sus manos. «Shutruknakhkhunte expulsó a Zababashūmaiddina e hizo desaparecer a su gobierno», dirá una crónica más tardía. Después dejó el poder a su hijo mayor, Kudurnakhkhunte, «cuyos crímenes fueron aún mayores que los de sus padres, y sus pecados más graves todavía que los de ellos». En efecto, el nuevo rey organizó una especie de ocupación permanente de Babilonia, lo que produjo la cristalización de varios

focos de resistencia bajo un mismo jefe, Enlilnādinakhi (1159-1157), «rey que trató a Elam como a país enemigo». La resistencia que desde entonces ofreció aquel pueblo que se había dejado conquistar sin demasiado esfuerzo desencadenó la cólera de Kudurnakhkhunte. «Y barrió a toda la población de Akkad como si fuera el diluvio. Convirtió a Babilonia y a los lugares de culto famosos en un montón de ruinas». Enlilnādinakhi, último rey de la dinastía casita, fue conducido cautivo a Elam, y el dios Marduk fue exiliado una vez más. En el país se instaló un gobernador que no era de origen babilónico.

En una estela en muy mal estado de conservación en la que se relata una donación de tierras hecha por Enlilnādinakhi, este último se llama «rey de Sumer y de Akkad», lo cual parece demostrar que fue efectivamente rey y que ejerció el poder real a pesar de las circunstancias excepcionales.

l) *El sur toma el relevo: la segunda dinastía de Isin*

Los términos que emplea el cronista para expresar el alcance del desastre, entre otros «diluvio» y «montón de ruinas», parecen indicar que la represión de Kudurnakhkhunte significó para los babilonios el fin de una época, una experiencia definitiva, inexorable y niveladora. Sin embargo, no parece que todo terminara para Elam cuando el último rey de la dinastía casita murió deportado y se terminó la conquista de Babilonia.

Shilkhakinshushinak, que sucedió a su hermano Kudurnakhkhunte poco después de la conquista de Babilonia, tuvo ya que realizar, a finales de su reinado, una serie de campañas en los territorios que bordeaban a Babilonia por el nordeste. En efecto, se estaban formando por aquella zona ciertos focos de resistencia que eran una amenaza para el Elam. Conocemos también algunos nombres de localidades que se conservan en la

estela que relata la primera de estas campañas. Se trata de «Bīt-nappākhē» (casa de los herreros) y del lugar llamado «Sha-bar-barē» (de los lobos), que debían encontrarse en la frontera entre el territorio de Nuzi y Asiria. El primero, efectivamente, debe de ser idéntico al «Khalṣu-nappākhē» (distrito de los herreros) y el segundo a la ciudad de Barbara, que aparecen mencionados varias veces en los documentos de Nuzi. Las operaciones se desarrollaron, pues, hacia los territorios del Zāb inferior.

Más tarde se trata de una región, Ukarsilla-Epekth, es decir, del *ugar Ṣallu* en el que, unos años antes, Ashshurdan había hecho una incursión, y del monte Ebekh (actual Jebel Ḥamrīn). Los nombres de las localidades que conocemos en parte, como Maqta, que hay que situar probablemente en el Jebel Kumar, Kibrat (quizá el Kibri de los textos de Nuzi, actualmente Kifri) nos permiten ver que estas operaciones se desarrollaban en la misma frontera entre Babilonia y Asiria; y hay que añadir que con resultado muy variable, porque los mismos nombres de ciudades se repiten varias veces, lo que significa que la misma localidad fue tomada y abandonada en más de una ocasión. En otro párrafo se nos relata otra incursión en la región de Nuzi. En él se citan las ciudades de Nuzi, Arrapkha (actual Kirkūk), Anzugalli (probablemente muy cerca de Nuzi), Khambati (en otros documentos Khabati) y Shanishe (en los textos de Nuzi, ¿Shannash?) Partiendo de una región que se encuentra al norte del Diyāla, el rey elamita avanza por la zona situada entre el Tigris y los montes Zagros hasta algunas leguas de Arbeles. Atacando las regiones limítrofes, esperaba asegurarse el control de las rutas naturales este-oeste que descienden a lo largo del curso superior del Diyāla hacia la llanura babilónica. Pero, durante este tiempo, había nacido en Babilonia una nueva fuerza. Casi al día siguiente de la conquista elamita, Mardukkabitahkhēshu, un jefe local, conseguía ya reunir alrededor suyo, en Isin, a todos los que no aceptaban el vasallaje de Elam. El deseo de inde-

pendencia de Isin se vio evidentemente favorecido por su posición geográfica, entonces excéntrica en relación con los centros vitales de Babilonia; desde Isin el movimiento de rebelión se extendió a otros centros más al norte. A la muerte del rey Ashshurdan de Asiria, Mardukkabitahkhēshu (1156-1139) y luego su hijo Ittimardukbalāṭu (1139-1131) habían adquirido ya una posición lo bastante fuerte como para poder intervenir en los asuntos interiores de Asiria, favoreciendo a uno de los dos pretendientes al trono, Ninurtatukultiashshur, contra su hermano Mutakkilnusku. Es muy probable que el breve reinado de Ninurtatukultiashshur (aproximadamente un año) reforzara aún la influencia babilónica en Asiria. Y por fin Marduk, después de un exilio de más de un siglo, pudo volver a su templo de Babilonia. Gracias a la dinastía de Isin, surgida del diluvio de fuego y de cenizas de la derrota, Babilonia, treinta años después, volvía a ser de nuevo dueña de su destino.

m) Nabūkudurriuṣur I

Por parte de Elam, el peligro, en efecto, se había evitado momentáneamente. Shilkhakinshushinak había intentado una vez más penetrar en Babilonia, pero su tentativa fracasó, después de un primer éxito inicial, y tuvo que volverse. Esta libertad de maniobra es la que permitió quizá a los sucesores de Ittimardukbalāṭu desarrollar una actividad creciente en otros sectores. Así vemos a Ninurtanādinshūmi (1130-1125) atravesar la frontera septentrional y llegar a los alrededores de Arbeles. Nabūkudurriuṣur (Nebukadnezar, Nabucodonosor I; 1124-1103), a su vez, intentará penetrar en Asiria por otros puntos. La alusión a la ciudad de Zanqu o Zaqqu parece probar un avance de los babilonios hacia los montañas del nordeste, mientras que el ataque de la ciudad de Id, si su identificación con Ḥīṭ es exacta, es testimonio de un intento de penetración en las regiones del

Éufrates medio. Aunque las fuentes asirias quitan importancia a estos ataques y declaran que fueron rechazados, los títulos de Nabūkudurriuṣur, que le califican, entre otras cosas, de vencedor de Lullubi y de Amurru, serían la prueba de que los babilonios veían estos sucesos de manera muy diferente. En todo caso, rechazados o vencedores, el hecho es que por el momento la iniciativa parece ser de los babilonios.

De este despliegue de actividad no había de tardar en dar una nueva prueba Nabūkudurriuṣur atacando seriamente a Elam, con ánimo de aprovechar las ventajas que le proporcionaban la debilidad y la indecisión de su nuevo rey, Khutelutushinshushinak. Según parece, hubo dos expediciones. Una fue motivada, al menos en principio, por el deseo de acudir en ayuda de dos refugiados de una ciudad elamita, Dīn-sharri, que habían pedido y obtenido la protección de Nabūkudurriuṣur. Los documentos de fines de la época casita hablan con frecuencia de la llegada de refugiados de Elam o de otras partes, pero, en general, se trata de gentes que abandonan su país por razones económicas o judiciales. Los que aquí nos interesan, Shamua y su hijo Shamaia, son con toda probabilidad refugiados políticos. Padre e hijo, que pertenecían a la clase sacerdotal (Shamaia es sacerdote del dios Ria), habían huido «del rey de Elam». La campaña emprendida por Nabūkudurriuṣur se vio coronada por un éxito que superaba su objetivo inicial: la estatua de Bēl (Marduk) fue liberada y traída de nuevo a Babilonia. En cuanto al dios Ria, se le concedió una gran propiedad en la región de Opi, propiedad que fue confiada a los protegidos elamitas del rey babilonio. La segunda expedición, de la que se posee un relato más detallado, fue emprendida por este príncipe «al que el rey de los dioses, Marduk, hizo tomar las armas para vengar a Akkad». Tuvo lugar en pleno verano, en el mes de Tammuz, y los carros babilonios siguieron la ruta caravanera que va, desde Dēr y contorneando el Pusht-ikuh, hasta la actual Dizful en el

Ulaī; allí tuvo lugar el encuentro con las tropas de Khutelutus-hinshushinak. «Por orden de Ishtar y de Adad, señores de la batalla», la fortuna militar se puso de parte de los babilonios. «El rey de Elam dio media vuelta y desapareció; en cuanto al rey Nabūkudurriuṣur, permaneció firme en la victoria». Se apoderó del país de Elam y saqueó sus riquezas. A su regreso a Babilonia, el rey recompensó al jefe de los carros de combate, Laktishikhu, según parece, uno de los que más contribuyeron a la victoria. El relato de las dos campañas elamitas se ha conservado en sendas estelas. Es posible que las operaciones militares que justifican, por un lado, el acto de donación al dios Ria y, por otro, los dones concedidos a Laktishikhu, no correspondan en realidad más que a una sola campaña victoriosa de Nabūkudurriuṣur.

Es muy posible también que esta victoria marque el declive definitivo del poder elamita. Durante cerca de tres siglos no oiremos hablar más de Elam, ni dispondremos de más documentos elamitas. En cuanto a los documentos mesopotámicos, no mencionan tampoco a Elam hasta el 821, fecha en que los elamitas, aliados con los arameos, serán vencidos por los asirios.

n) El empuje de los nómadas y el fin de la segunda dinastía de Isin. La segunda dinastía de los Pueblos del Mar

Al corto reinado del hijo de Nabūkudurriuṣur, Enlilnādinapli (1102-1099; el único documento que se le puede atribuir con certeza es un juicio relativo a la posesión de un terreno), sucedió el de Marduknādinakhkhē (1098-1081). Otra vez Asiria, después de aproximadamente un siglo de debilidad, había alcanzado una de las cimas de su desbordante vitalidad guerrera con Tiglatpileser I (1115-1077). Pero también, una vez más, se había precisado la amenaza permanente que los nómadas

hacían pesar, desde hace muchos siglos antes, sobre el valle de los dos ríos. Empujados de oeste a este por la invasión de los «Pueblos del Mar» y acuciados por la necesidad de subsistir, los nómadas del desierto iban a transformarse en una entidad política definida: los arameos. Volvía a producirse el mismo fenómeno de coagulación que ya hemos visto con los casitas y los hurritas.

Es muy posible que, ya dos siglos antes y en una carta encontrada en Dūr-Kurigalzu, haya que reconocer a los arameos en los *khirana*, de quienes allí se dice que se hallan instalados, en parte, al norte, en las ciudades de Subartu englobadas en el territorio asirio, y, en parte, en el medio Éufrates, en el país de Sukhi y de Mari. Pero, a finales del siglo XVII el Éufrates no parece ya constituir una barrera suficiente para contenerlos, y Tiglatpileser se ve obligado a emprender catorce campañas militares para intentar arrojarlos al otro lado del río y confinarlos allí.

Se sabe que, en el décimo año de su reinado, Marduknādinakhkhē consiguió una victoria sobre Asiria. Una estela nos informa de que, para recompensar la valiente conducta de uno de sus nobles durante una guerra contra los asirios, Marduknādinakhkhē le concedió tierras. La insistencia que se pone en subrayar el carácter victorioso de esta guerra (el príncipe real que figura entre los testigos de la donación es designado como «hijo del rey de Babilonia que ha vencido a Asiria») nos obliga a tomar en serio este testimonio aunque, con todo, no haya que exagerar su importancia.

Por parte asiria, están atestiguadas dos verdaderas campañas militares contra Babilonia en la época de Marduknādinakhkhē, pero es posible, además, que la persecución de los arameos en la región del Éufrates haya inducido a Tiglatpileser a hacer frecuentes incursiones en territorio babilonio, como una a Rapiqu, que él menciona incidentalmente. En la primera campaña,

los asirios franquearon la frontera norte de Babilonia, es decir, el Zāb inferior, y llegan hasta Lupti, apoderándose de la ciudad de Arman, en el territorio de Ṣallu, ciudad que ya habían arrebatado a los babilonios en la época de Adadnarāri I y que había sido después reconquistada. La campaña condujo, pues, a una rectificación de la frontera.

La segunda campaña, mucho más seria, terminó con la conquista de Dūr-Kurigalzu, de Sippar de Shamash, de Sippar de Annunītum, de Babilonia y de Opi. Babilonia fue saqueada y el palacio real incendiado. Pero, según parece, la resistencia de los babilonios continuó y los asirios sólo consiguieron la victoria más tarde en una dura batalla, gracias a los carros de Tiglatpileser. Es posible que estos sucesos tuvieran lugar poco antes de las hambres catastróficas que, según una crónica, asolaron Mesopotamia septentrional y en las que «las gentes se devoraban unas a otras». Los arameos de «las tiendas» se pusieron en camino e invadieron Asiria, cuyos habitantes, para salvar sus vidas, se refugiaron en las montañas del norte del país, abandonando sus ciudades al saqueo de los nómadas. La crónica añade que Marduknādinakhkhē, rey de Karduniash, desapareció para siempre y fue reemplazado en el trono por su hijo Mardukshapikzērimāti (1080-1068). Durante una parte, al menos, del reinado de este último se establecieron relaciones amistosas entre Babilonia y Asiria. Pero la amistad entre los dos países, que la crónica sincrónica se complace en poner de relieve, llegaba ya tarde. La derrota que Tiglatpileser había infligido a Marduknādinakhkhē, al debilitar el poder central, no podía sino favorecer a los arameos. Pero aquel gran guerrero era, como sucede a menudo, un político mediocre y de corto alcance. Babilonia, debilitada, debía ser la primera en hundirse bajo los ataques de los arameos. Un rey de origen arameo, aunque llevaba como su padre un nombre babilonio, Adadaplaiddina (1067-1046), iba a reemplazar en el trono al último rey de la dinastía de Isin. No

sabemos qué crédito debe concederse a un documento neobabilónico que insinúa que fue con ayuda del propio Ashshurbēlkala (1074-1057), sucesor de Tiglatpileser, cómo el arameo accedió al trono después de la muerte de Mardukshapikzērimāti. La crónica sincrónica admite igualmente que el rey asirio se alió con Adadaplaiddina (cuando este último llegó a ser rey de Babilonia) y que se casó con su hija, la cual aportaba una rica dote. Si no favoreció los planes del arameo para hacerse con el poder en Babilonia, Ashshurbēlkala aceptó al menos los hechos, con la esperanza quizá de que la presencia de los arameos en Babilonia disminuiría, aunque fuera momentáneamente, la presión de las bandas nómadas contra Asiria.

Pero fue lo contrario lo que se produjo: los suteos invadieron Babilonia: «El suteo… se llevó a su país el botín de Sumer y de Akkad». Una estela procedente de Sippar, de la primera mitad del siglo IX, menciona esta terrible invasión de los suteos, que sembró la ruina en Babilonia. El templo de Shamash en Sippar, el célebre templo Ebabbar, fue destruido y se interrumpió el culto del dios. El hecho de que el culto del Sol no fuera restablecido durante el reinado de los tres sucesores de Mardukaplaiddin es una prueba de la debilidad de su poder. Sólo veinte años más tarde el primer rey de la segunda dinastía del País del Mar, Shimmashshikhu (1024-1007), emprendería, entre las ruinas del templo, la búsqueda de la estatua del dios; «pero no se reveló a él». Pese a ello, después de reconstruir el recinto de la cella, restableció las ofrendas regulares e instaló en el templo a un sacerdote *bārū*. Las ofrendas se interrumpieron durante la carestía que hubo en el reinado de Kashshūnādinakhkhē (1006-1004), pero volvieron a hacerse con el tercer y último rey de la dinastía, Eulmashsakinsumi. Los nombres típicamente casitas que tienen los dos primeros reyes nos hacen pensar que se trata de descendientes de los casitas que se habían refugiado

en el extremo sur cuando se hizo inútil toda resistencia contra los elamitas.

SEGUNDA PARTE: LA SOCIEDAD

a) Estructuras Sociales

α) Régimen de la propiedad y administración del territorio

Los documentos que nos informan sobre la vida económica de Babilonia en la época casita son de dos tipos principales: por un lado, los archivos económicos del templo de Nippur y del palacio de Dūr-Kurigalzu, y por otro, los *kudurru*, que, según su nombre indica, son piedras-límites. Tanto los archivos como los *kudurru* nada dicen, en general, de los siglos XVI y XV. A partir de Burnaburiash II es, pues, cuando podemos comenzar a hacernos una idea de las transformaciones sufridas por la economía babilónica. En estas circunstancias, ¿está justificado considerar que los cambios que observamos en aquel momento se habían producido ya en época anterior al siglo XIV, época de la que casi ninguna noticia ha llegado hasta nosotros? Es muy probable que muchas de las modificaciones se hubieran producido antes, es decir, a partir del momento en que la dinastía casita reforzó su posición en el país. Hay que pensar que la Babilonia en la que se instalaron como vencedores los casitas no era ya más que un pálido reflejo del país en que había reinado Hammurabi. Muy seriamente comprometido por el sur, en la región de Ur y de Larsa, y por el centro, en Nippur y en Isin, con el sucesor inmediato de Hammurabi, Samsuiluna, el poder babilonio ya no se ejercía, en el momento de la invasión hitita, más que en las regiones de Babilonia y Sippar; esto hacía más

fácil, en cierto sentido, una transformación de las viejas estructuras administrativas y territoriales a medida que se iban reconquistando las regiones que habían formado parte antiguamente del reino de Babilonia.

Estas transformaciones se refieren principalmente al régimen de la tierra. Es entonces regla general que en las guerras de conquista hay que recompensar ante todo a los buenos servidores, otorgándoles funciones en la jerarquía administrativa y tierras en las que disfruten de todos los derechos del señor. Una estela nos relata, por ejemplo, la donación de tierras por parte de Kurigalzu (II) a un guerrero en premio a su valerosa conducta durante la guerra de «Subartu», es decir, contra Asiria. Esta práctica tiene como resultado la aparición de una nueva clase privilegiada de propietarios del suelo que están, ellos y sus familias, ligados al rey por lazos de dependencia y de fidelidad. A partir de este momento se plantea una cuestión: ¿a qué grupo social pertenecen estos guerreros que se han distinguido en los combates?

No estaremos lejos de la verdad si suponemos que se trata, sobre todo, de aquellas tropas de élite que eran los combatientes de los carros; esto equivale a decir que la posesión de la tierra parece entonces ligada a ciertas técnicas militares que hacen en aquel momento su aparición y que introducen en Oriente Medio los hurritas y los casitas. Los templos se benefician también ampliamente de las donaciones de tierras por parte del rey[16] y ven extenderse sus dominios. Todo esto se produce en detrimento de los antiguos terratenientes, quienes, a menudo, se aprovechan de una buena ocasión o del absentismo de los nuevos propietarios para volver a instalarse en sus antiguos dominios o para someter a litigio las donaciones reales. Esta situación da lugar a procesos que duran a veces tres generaciones o más, y que se relatan, junto con la sentencia que ponía fin (provisionalmente) al proceso de reivindicación, en

una piedra llamada *kudurru*. Aunque la costumbre de relatar las transacciones inmobiliarias sobre una piedra que se colocaba o levantaba luego en el suelo sea muy antigua (véase, por ejemplo, el obelisco de Manishtūshu), son, sin embargo, los casitas los que generalizan su empleo, haciendo de este hito (del que debía conservarse una copia en el templo) un símbolo que encarna los derechos de un individuo y de sus herederos sobre un bien inmueble. Poniendo la inscripción bajo la protección de divinidades que se representan a veces por sus símbolos, garantizan la irrevocabilidad de la decisión jurídica tomada por el rey.

La recomendación que se lee muy a menudo de no ocultar la piedra en un lugar oscuro o secreto tiende a evitar que ésta se vea imposibilitada de «declarar el derecho» del poseedor del bien. Aquí se ve intervenir sucesivamente varios niveles de pensamiento, algunos bastante primitivos, incluso arcaicos; nada impedía, en efecto, que la piedra fuera desplazada o su inscripción borrada, y por esta razón puede parecer bastante pueril el confiarle la publicidad del acto. Pero es muy posible que en la mente de los babilonios, como en la de otros pueblos, la fuerza de la piedra residiera, por lo menos al principio, en los dioses que se habían representado en ella, así como también (y quizá mucho más) en el hecho de que sus raíces se hundieran, por así decirlo, en el seno de la tierra. El caso es que los *kudurru* nos han dado a conocer todo un escalafón de personal administrativo y nos han informado ampliamente sobre el derecho de aquella época.

Vemos también la reaparición del *khazannu,* cuyo nombre, aunque quizá no sus funciones, se había hecho raro bajo la primera dinastía (durante la cual había sido probablemente reemplazado por el *rabiānum*). El término se traduce aproximadamente por «alcalde», pero, en realidad, sus atribuciones rebasaban ampliamente las que en nuestros días se conceden a un alcalde; eran éstas de muchas clases: administrativas, policíacas,

judiciales y fiscales. Constantemente nos encontramos con este personaje, y no solamente en Babilonia sino también en las regiones vecinas, en Nuzi y hasta en Siria (Alalakh).

Por muchas que fueran las ventajas de su cargo, las responsabilidades del «alcalde» debían pesar mucho sobre sus hombros. Podemos suponerlo así gracias a un documento, encontrado en Nuzi, que da instrucciones al alcalde de la ciudad de Tashukhkhe. Éste no solamente debía preocuparse del estado de la ciudad que administraba, sino que era también responsable de todo lo que sucediera en el campo circundante. Si se producía un acto de rapiña o si el enemigo hacía una incursión y se apoderaba de algunas personas o las mataba, era el desgraciado *khazannu* quien cargaba con la responsabilidad. Si un ciudadano de Arrapkha se fugaba de su ciudad y se refugiaba en Tashukhkhe y, después, dejaba su refugio para dirigirse a otro país, era también el alcalde quien debía responder de su falta de vigilancia. Una de sus funciones esenciales era, además, cuidar de que los trabajos comunes fueran ejecutados puntualmente por los habitantes de la ciudad que administraba, y que los impuestos en especie que se exigían de los granjeros se entregaran a su debido tiempo. El *khazannu* tenía asimismo que ocuparse de la transformación que los alimentos así recogidos debían sufrir antes de ser depositados en los almacenes. Era, por ejemplo, el alcalde quien debía hacer prensar los granos de sésamo a fin de extraer de ellos el aceite, y vigilar que éste se depositara en cámaras precintadas (*bītkunukki*).

El *khazannu* tenía como superior al *bēl-pikhāti*, gobernador de una provincia, y al *shākin-māti*, prefecto, que supervisaban la administración de la provincia o de la región en la que residían. Las ciudades más importantes tenían, además del *khazannu*, un prefecto. El gobernador de Nippur seguía teniendo la denominación de *guennaku*. Es muy difícil saber qué funciones se comprendían en los numerosos términos que encontramos en los

kudurru, de los que algunos se refieren a la administración del territorio. Sabemos, por ejemplo, que el *laputtu*, el *aklu* y quizá el *shākin ṭemi* ocupaban en la jerarquía burocrática grados inferiores a los del *khazannu*. Pero fuera de esto, muy pocas cosas conocemos sobre sus auténticas actividades en aquella época. Debe hacerse una mención particular del *zazakku*, en presencia del cual, tanto en Babilonia como en Nuzi por las mismas fechas, se hacía la medición de las tierras que habían sido donadas por el rey, o bien de las que iban a añadirse a las propiedades reales (Nuzi).

Junto al rey aparecen varios funcionarios llamados *rēsh sharri*, y de entre ellos algunos nos son conocidos, como Kidin-Marduk, que sirvió bajo Burnaburiash II y del que se poseen dos sellos. Fue además un propietario de tierras muy importante, ya que se conoce un poblado que lleva su nombre. La voz *sukallu* no parece haber designado a un visir propiamente dicho. Se trata ciertamente de un funcionario muy importante, pero el hecho de que se le nombre a veces después de otros varios prueba que en aquella época no estaba, por lo menos en Babilonia, en la cumbre de la jerarquía. En Nuzi, estas funciones eran asumidas, a veces, por un príncipe (*mar sharri*). En cuanto a la administración del palacio y del templo, estaban a cargo del *shatammu*; este término parece haber designado a un oficial encargado de custodiar los bienes del palacio y del templo y de tomar nota de cualquier objeto que entrara o saliera de los almacenes. Un documento de Dūr-Kurigalzu nos habla, en efecto, de un *shatammu* del templo, quien, al comienzo de sus funciones, señala que una cierta cantidad de bronce, que ha salido sin duda temporalmente, no ha vuelto jamás al templo. Otro *shatammu* del templo es encargado por el alcalde de Babilonia de poner una cadena de cobre en la cintura de un refugiado elamita. Otros *shatammu* estaban al mando de los almacenes en los que se conservaban los géneros alimenticios (aceite, ce-

bada, etc.) y de los almacenes de equipos (*bīt unāti*). Algunos términos que designan a los correos son completamente nuevos y demuestran que los casitas habían introducido algunas modificaciones en el ámbito de la mensajería; así, por ejemplo, los *kallē nāri u tābāli*, mensajeros por tierra y mar, son mencionados en los *kudurru* junto a los correos ordinarios (*lāsimu*) entre los funcionarios a los que se prohibía el paso por las tierras que disfrutaban de ciertas franquicias.

Se tiene la impresión de que el carácter palaciego que los reyes casitas dieron a la economía se hacía extensivo a los templos y de que se llevó mucho más lejos que en la época anterior el proceso de laicización. Nippur, que es nuestra principal fuente de informes económicos, parecía depender completamente de la corte a través de numerosos funcionarios del rey. Es al rey a quien se achacan los excesos de autoritarismo a los que se entregan sus funcionarios en el ejercicio de sus cargos. Los reyes casitas se presentan como bienhechores de las ciudades-templo de Nippur y de Sippar, y lo son efectivamente; pero, por otro lado, estas ciudades aparecen totalmente englobadas en un sistema que casi no les deja ninguna libertad. En el caso de Nippur esto es tan cierto que el mismo rey asumirá a veces el título de *guennaku*, que es el del gobernador de Nippur.

β) Las clases sociales y la guerra

En lo concerniente a la estructura social de Babilonia, se tiene la impresión de que, mucho más aún que bajo la primera dinastía, se da gran importancia a una organización dualista caracterizada por la existencia de una clase de funcionarios y oficiales, la «gente del carro», y una clase de aldeanos y de artesanos, oprimida por los impuestos y sobre todo por las prestaciones personales de todo tipo. Sobre esta clase recaen los tra-

bajos pesados de la construcción y del mantenimiento de diques y canales. Encuadrados en equipos más o menos numerosos y conducidos por jefes, los campesinos excavan los depósitos y los canales, cultivan las huertas, y muy a menudo se ven sometidos a los malos tratos de los funcionarios reales, según sabemos por diversos documentos. Además de los trabajos obligatorios (*ishkaru*, *tupshikku*, *ilku*), estaban sometidos a impuestos en especie para el templo o para el rey.

La exención de los trabajos obligatorios y de las prestaciones personales revestía, por esta razón, una importancia capital. Nunca se había empleado con tanta frecuencia como en esta época el término *zakūtu*, franquicia. Significa que las tierras que se beneficiaban de ella estaban libres de una parte mayor o menor de los impuestos y cargas debidos al poder central. Los funcionarios del rey, de cualquier clase que fueran, no tenían derecho de entrada en estas tierras que eran «libres» en el sentido de que sus habitantes gozaban de todos sus derechos. Ahora bien, como por casualidad, las tierras «francas» que disfrutaban de tales prerrogativas eran precisamente las que habían sido concedidas por los reyes a los representantes de las clases «nobles». Naturalmente, el cuadro de la estructura social que acabamos de describir es esquemático pero probablemente es también exacto en sus líneas generales.

Volviendo a la organización administrativa, se ha podido comprobar que la terminología ha cambiado muy poco en relación a la de épocas anteriores; esto no excluye, sin embargo, que hayan evolucionado las funciones que los términos designan. Las nuevas clases dirigentes se sirvieron quizá, en gran parte, de las palabras que ya estaban en uso bajo sus antecesores para designar empleos a veces muy distintos. Por el contrario, y según se ha podido apreciar, donde los términos nuevos parecen ser más numerosos es en todo lo que se relaciona con el ejército y con los armamentos. Es más que probable, por

ejemplo, que el término *shakrumash* designara a un oficial con funciones militares, y esto se deduce también de documentos posteriores a la dinastía casita. Bajo la dinastía de Isin, el rey Marduknādinakhkhē recompensa con una donación de tierras a un *shakrumash* que se había distinguido durante la guerra con Asiria. También parece deducirse de algunos pasajes más antiguos que el *shakrumash* ejercía su mando en unidades de carros, y así se explica que el término que le designa no sea babilónico, sino casita. En efecto, cuando se examina el elemento esencial de estas unidades, el carro de guerra, se comprueba que aunque se le haya designado siempre con el viejo término acadio de *narkabtu*, los nombres de varias de sus partes no son acadias, sino, por el contrario, casitas. Esta antinomia traduce, en el plano lingüístico, una realidad histórica. Los acadios conocen el carro desde hace varios siglos, pero únicamente gracias a los pueblos procedentes del este, buenos criadores de caballos, se ha convertido en un instrumento relativamente rápido y sólido, capaz de transformar la táctica de la guerra de movimiento. Al mismo tiempo, se acentúa la diferencia entre carro de guerra y carro de transporte. Las transformaciones que los recién llegados a Babilonia introducen en el carro de guerra conciernen en su mayor parte a la rueda, de la que tanto la llanta (*allak*) como los radios (*anakandash*, *akkandash*) tienen nombres casitas. La caja del carro, muy aligerada, reposa únicamente en dos ruedas, mientras que el carro de transporte (*eriqqu*), tirado por bueyes o asnos, sigue siendo de cuatro ruedas. Estas últimas no son ya macizas, sino compuestas de un círculo vaciado sostenido por cuatro o seis radios. Aunque el cuero y la madera constituyen todavía los materiales esenciales del carro, el bronce entra cada día con mayor frecuencia en su fabricación; se emplea sobre todo para recubrir las ruedas, pero, además, muchos accesorios debían ser de bronce, como el *shakhumash*, que servía quizá pa-

ra mantener las riendas, o el *kamusa*, que, con toda probabilidad, impedía que se enredaran las riendas.

El carro necesitaba ya una técnica compleja, que requería la cooperación de varios artesanos: carpinteros, curtidores, guarnicioneros, herreros. Su fabricación nos permite, pues, la comprensión de uno de los mecanismos más significativos de esta economía: sólo una economía centralizada, como la del Palacio, podía reunir no sólo las materias primas importadas, como la madera dura necesaria para el armazón y el bronce, sino también las materias primas de producción local, como el cuero y la lana, y, sobre todo, el elemento esencial, la mano de obra especializada que la construcción del carro exigía.

Las razones económicas que acabamos de enumerar sólo justifican, en parte, la estrecha relación que existe entre el carro de guerra y la sociedad de tipo palaciego que domina en Babilonia, como en todo el Oriente Medio, en la segunda mitad del segundo milenio. Razones de otro orden hacen del carro el producto ejemplar de esta sociedad: sobre todo su asociación íntima con el caballo, conocido desde hacía varios siglos en el sur de Mesopotamia, pero mal utilizado, que llega a ser la personificación de la guerra y de la caza como actividad de una clase, o mejor dicho, de una casta. Como dice el caballo de la fábula[17]: «De duro cobre, como de un vestido, estoy cubierto… sin mí, ni rey, ni gobernador, ni sacerdote, ni príncipe andan los caminos… muy cerca del rey y de (su) consejero está mi establo». Carros y caballos, en efecto, se han hecho elementos tan importantes en sus costumbres, que los reyes, cuando se escriben, no se olvidan de mencionarlos entre los saludos que se dirigen; forman parte de las casas reales de la misma manera que los infantes, las mujeres del harén y los oficiales del rey. Los caballos constituyen todavía una de las riquezas más apreciadas de Babilonia, y por esta razón son un objeto de ese comercio real en forma de dones y contra-dones que se implanta, entre

Babilonia y Egipto, desde que se establecen las relaciones diplomáticas entre ambos países en la época de Karaindash, y, por otra parte, entre babilonios e hititas. Veamos en qué términos Khattushili III pide caballos en una carta a Kadashmanenlil: «Envíame caballos (pero) sementales jóvenes y de gran tamaño; los sementales que tu padre me había enviado, así como los caballos que tú mismo me mandaste, eran bonitos, pero se han vuelto caballejos y pencos… En el país de Khatti hace mucho frío y los caballos viejos no pueden vivir. Que los caballos que mi hermano me envíe sean jóvenes sementales, porque de jamelgos mi país está lleno».

A menudo, son las ciudades y los pueblos los que tienen que construir los carros para el palacio a título de prestaciones obligatorias (*ishkaru*). Estos carros, recogidos después por funcionarios, como los demás productos manufacturados, eran distribuidos a los diversos organismos (ejército, policía) según sus necesidades. Una economía de este tipo sólo podía subsistir gracias a una maquinaria administrativa y burocrática muy importante que englobaba en un apretado círculo toda la producción del país y que se encargaba luego de introducir en el circuito los productos manufacturados. Este sistema económico, que hace pensar en una bomba aspirante-impelente, funcionaba en aquella época de igual forma en los pequeños Estados de la periferia de Babilonia, que estaban sometidos, más o menos directamente, al vasallaje de Mitanni. En Nuzi, por ejemplo, la riqueza de documentos nos permite ver, quizá aún mejor que en Babilonia, el mecanismo de las redes de producción y de distribución. Para funcionar convenientemente, el sistema hacía imprescindible que el personal administrativo inferior, y sobre todo los jefes de pueblos y ciudades, fueran honestos y dejaran llegar a su destino los productos que estaban encargados de recoger como impuestos. Algunos protocolos relacionados con «alcaldes» (*khazannu*) deshonestos, uno de los cuales

lleva el nombre casita de Kushshikharbe, nos informan de en qué circunstancias y por qué medios podía hacerse oír la *vox populi*, incluso en una sociedad tan totalitaria. Cuando el Palacio se apercibía de que un alcalde prevaricador podía poner en peligro el frágil equilibrio del circuito económico, del que el Palacio mismo era el centro, le acusaba. Entonces los simples ciudadanos podían dar libre curso a sus quejas: a uno de éstos, Kushshikharbe había robado el abono, al otro, las puertas de su casa, de forma que ésta no tardó en ser saqueada; a un tercero, las cubiertas que estaba poniendo en su tejado; en ocasiones, había golpeado a los pastores, o encarcelado para obtener un rescate a pacíficos aldeanos, cuyas mujeres se había llevado a su propia casa. Pero mucho más grave era todavía que hubiera librado de su prestación personal, a cambio de una cantidad de vino considerable, a un individuo sujeto a trabajo obligatorio, o que hubiera transformado en puertas para su propia casa la madera destinada al Palacio. La extrema fragilidad de todo sistema de este tipo residía precisamente en la dificultad de reclutar personal que se contentara sólo con oprimir un poco más en beneficio propio a sus administrados, sin dañar en demasía la parte que correspondía al Palacio.

La introducción de unidades de carros en el ejército debía, además, transformar los métodos de guerra. En esto también ha resultado preciosa la documentación de las ciudades periféricas, que nos proporciona, para un periodo relativamente antiguo (siglo XV, primera parte del siglo XIV), datos sobre el armamento de estas unidades y sobre los hombres que las componían. La división del ejército en dos alas, que ha sido comprobada también durante el periodo babilónico antiguo, adquiere ahora, gracias a los carros, una nueva importancia. Los documentos relativos a la intendencia hacen constantemente alusiones al aprovisionamiento de los hombres y de los caballos de «la derecha» y de «la izquierda». El transporte del forraje, efec-

tivamente, planteaba problemas que debieron influir en el desarrollo de las operaciones. No se trataba ya únicamente de alimentar a los hombres sino también a los caballos, y esto debe haber pesado mucho en el momento de elegir el periodo durante el cual convenía comenzar una expedición militar.

Cada tiro comprendía, en general, dos caballos más un caballo suplementario. El equipo de hombres de un carro de guerra (*rakib narkabti*) se componía, a lo que parece, de un cochero, del combatiente, del arquero, y, a veces, del ayudante (*kizū*). En lo esencial, el equipo de los hombres del carro consistía en una cota de malla (*ṣiriam* o *ṣariam*, término extranjero, quizá hurrita) sobre la cual se llevaba un peto (*dutiwa*, palabra posiblemente emparentada con *dudittu*, que significa pectoral en acadio), y por fin un casco (*qurbiṣu*) de cuero, las tres cosas reforzadas con láminas de bronce. Una cota de malla y un peto del mismo tipo, que tenían el mismo nombre, cubrían también a los caballos, como para subrayar la solidaridad guerrera que unía a los hombres con ellos. Constantemente se movilizaban equipos de artesanos especializados para que conservasen y reparasen el material militar depositado en un arsenal situado junto al Palacio y dependiente de un mayordomo que, en Nuzi, tenía el título de *shākin bīti*. Una meticulosa contabilidad llevaba la cuenta de las salidas y entradas del material militar en el arsenal, así como del estado de las armas ofensivas, arcos y flechas en primer lugar. La mayor parte de los «documentos» mencionaba si se trataba del equipo perteneciente a los hombres del ala izquierda o del ala derecha del ejército. De este equipo militar normal se distinguía el destinado al rey y a los príncipes, tanto por el valor de la materia preciosa de que estaba hecho, como por la habilidad artesana del que lo había fabricado: látigos cuyo puño representaba una cabeza de pato y cuyo mango estaba adornado de oro y de plata, carcajs incrustados de metales preciosos, e incluso carros recubiertos, a veces, con motivos de oro. Ence-

rrados en los «tesoros», estos objetos, que muy frecuentemente eran regalos de príncipes extranjeros, no se sacaban más que cuando el rey tenía que utilizarlos.

En cuanto a los caballos, de los que Babilonia estaba tan magníficamente provista que era costumbre comparar su número al de los tallos de paja, su cría se hacía según los mismos principios aplicados casi por todo el Próximo Oriente en aquella época, preceptos recogidos en un manual cuyo autor pasaba por ser el mitanio Kikkuli. Algunas regiones habían adquirido, en cierta manera, el monopolio de un tipo particular de caballos. Por ejemplo, se hacían venir caballos blancos, muy apreciados para los tiros de ceremonia, de Kharsamnā, en Anatolia. Pero sobre todo las regiones de los Zagros (en las que, todavía en el último siglo, los viajeros se asombraban del maravilloso espectáculo que presentaban las crías de caballos medio salvajes que pastaban libres en los riquísimos campos) continuaban proporcionando grandes cantidades de sementales que reforzaban los rebaños de la llanura, bien alimentados y bien cuidados, pero debilitados por el clima húmedo y cálido. También para esto nos son de gran ayuda los documentos de Nuzi. El palacio de esta ciudad exportaba vestidos, uno de los principales recursos de la región, a otros países, y recibía a cambio caballos. Además del rey, poseían su propia cuadra otros personajes de rango elevado, como los príncipes y las princesas, los altos funcionarios y el alto clero (por ejemplo, las grandes sacerdotisas o *entu* de los dioses más importantes: Adad e Ishtar). Pero era sobre todo el ejército el que hacía un consumo importante de caballos, pues constantemente era necesario renovar los que inutilizaban la fatiga, la enfermedad, o simplemente la vejez.

Lo que sabemos de la organización militar suscita una cuestión importante: ¿existe en Babilonia, en aquella época, un ejército permanente dispuesto a ponerse en marcha en cualquier momento y a intervenir rápidamente en donde se hiciera

necesario? ¿O se trataba simplemente de un ejército constituido por gente reclutada a toda prisa, según las necesidades del momento? Hasta ahora, sólo los archivos de Nuzi son suficientemente abundantes en la materia para sugerirnos una respuesta. Pero, incluso en Nuzi, los documentos relacionados con el ejército se refieren casi únicamente a formaciones de carros, y no dicen casi nada sobre la infantería (*ERÍN. GÉR*: *sābū shēpi*: ¿tropas a pie?). Las informaciones que nos dan estos documentos, aunque parciales, nos permiten, por lo menos, saber de qué tipos de hombres estaban compuestos los grupos que formaban las tropas de los carros. Se puede decir, por ejemplo, que los jefes parecen permanentes, pues sus nombres se repiten con regularidad en un gran número de textos, y tienen a sus órdenes a hombres designados como *rakib narkabti*. Algunas de estas tropas formaban en las batallas la guardia del rey o de los príncipes hijos del rey, o bien guardaban las puertas del Palacio o de otros edificios oficiales, e incluso eran enviadas para vigilar la cosecha de trigo, amenazada por los ladrones. Sus jefes podían además ocupar una función administrativa más o menos importante, como las de *sukallu*, *khazannu*, *shākin māti*, médico o escanciador. Hay que distinguir entre los *rakib narkabti* y los que eran designados como *akhkhē*, hermanos o camaradas, como diríamos ahora, que eran quizá jóvenes que se ocupaban de los carros y de los caballos en espera de llegar a ser conductores, para lo que se necesitaba habilidad y entrenamiento.

Entre los soldados de infantería se encontraban a menudo artesanos, como herreros, alfareros, albañiles y, a veces, médicos e incluso sacerdotes (*sangu*).

La división del ejército en dos alas, que también parece haberse hecho durante el periodo paleobabilónico, adquiere entonces, gracias a los carros de guerra, una importancia nueva. Pero, ¿en qué consiste realmente la división de los grupos de carros en carros de derecha y carros de izquierda, a la que

constantemente se refieren tanto los documentos de la intendencia sobre las distribuciones de trigo y de forraje a las diferentes unidades, como los concernientes al estado de los equipos de armas y de caballos? No tenemos ningún medio de saber si esta nomenclatura correspondía a un orden de batalla determinado, si respondían a la simple necesidad práctica, para el jefe militar, de tener las mismas unidades y los mismos hombres, durante el transcurso de campañas sucesivas, a su izquierda y a su derecha, o bien si esta dicotomía del ejército reproducía una organización general del espacio, organización que, por otro lado, volvemos a encontrar en la designación de las ciudades en el interior de un distrito y también de los campos sometidos al impuesto. De estas tres hipótesis, que de todas formas no se excluyen una a otra, probablemente es la última la que más se acerca a la realidad. Pero cualquiera que sea la hipótesis a la que se conceda más crédito, parece indudable que el reparto de los grupos de carros en unidades de derecha y en unidades de izquierda presupone un destino determinado de los hombres de estas unidades.

La lectura de estos documentos sugiere otra cuestión: la de los soldados de reserva. En las listas que parecen relacionarse con el ejército, el nombre de uno o de varios individuos está seguido, en numerosas ocasiones, del término *shinamunu*, escrito a menudo *2-mu-nu*, es decir, segundo, doble. El mismo término se aplica igualmente a individuos que tienen que ejecutar una prestación. Se ha pensado que en todos estos casos *shinamunu* significa sustituto, y que, especialmente cuando se trataba de soldados, había que considerar que este término designaba a un soldado de segunda clase o a un «reservista». Junto a los *shinamunu*, están también los *kikamunu*, es decir, de tercera categoría. El hecho de que, por lo menos una vez, se haya encontrado *khamishmunu*, escrito *5-mu-nu*, quinto, deja muchas dudas sobre la exactitud de esta hipótesis.

Merece también la pena hablar de la época que se elegía para la guerra. En el preámbulo de la relación que Sargón II de Asiria hace al dios Ashshur de su octava campaña militar, se dice: «En el mes de Tammuz, que determina los consejos de las naciones, el mes del valiente hijo mayor de Enlil, del fuerte entre los dioses, de Anushat, que el maestro de la ciencia Ninigiku ha inscrito en la antigua tablilla para la reunión de los ejércitos y la formación de campos»[18]. Era, pues, al menos en principio, para estar de acuerdo con una venerable costumbre por lo que el rey asirio comenzaba sus campañas en verano, ya que el mes de Tammuz era el cuarto mes del año babilónico, que comienza en marzo-abril. De la misma manera, algunos siglos antes, Nabūkudurriuṣur I, según sabemos, comenzó en pleno mes de Tammuz su expedición contra el rey de Elam, Khutelutushinshushinak.

Es posible que algunas consideraciones económicas y estratégicas pesaran mucho en la elección del verano como estación favorable para el comienzo de las operaciones militares[19]: la disponibilidad de hombres que habían terminado los trabajos agrícolas, la disponibilidad de provisiones abundantes y reunidas en los silos y, sobre todo, la posibilidad de hacer maniobrar a los carros en un suelo seco en el que no se hunden las ruedas, lo que sin duda debió constituir un gran triunfo para las expediciones de los carros a las llanuras del sur, muy a menudo inundadas.

b) Estructuras familiares

α) Relaciones entre la familia y la posesión del suelo

Sería, sin embargo, inexacto creer que la estructura estatal de la economía babilónica, cuyos contornos acabamos de trazar

rápidamente, no permitió el mantenimiento de la autonomía de que gozaban los diferentes grupos sociales de la época precedente. Es posible que, en ciertos casos, se hiciera mayor incluso la importancia de aquéllos. En efecto, el principio en que se inspiró Hammurabi, y en menor grado también los legisladores que le precedieron, en el ámbito del derecho penal y más particularmente en los casos de daño a personas, fue el de transformar la venganza en castigo. Se trataba con ello de quitar a las familias el derecho a hacer ellas mismas justicia y reemplazar la venganza «ilimitada» que exigía el honor por un castigo determinado que el poder central se encargaría, quizá, de infligir al culpable. El talión, que es una codificación limitada además a los que son iguales en rango y en edad, es también una especie de tarifa de la venganza que permite conciliar las exigencias del «honor», con respecto al cual las capas amorreas de la población babilónica debían ser, como todos los beduinos, extremadamente intransigentes, con los imperativos de un poder centralizador que no podía tolerar las considerables pérdidas de vidas humanas y de energía que impone la satisfacción del honor. Al proceder así Hammurabi apuntaba también hacia otro objetivo: romper la cohesión de la familia, cuya solidaridad encontraba en la venganza nueva ocasión de reforzarse. La familia extensa, privada por un lado de sus propiedades territoriales mediante la comercialización de la tierra y, por otro, del medio de afirmar su totalitarismo en el ejercicio de la venganza, se convertía así en un organismo dislocado, reducido a su célula primitiva, la familia nuclear, sobre la que el poder podía actuar más eficazmente según sus conveniencias.

Los sucesos que se produjeron a la caída de la primera dinastía fueron, por el contrario, favorables al resurgimiento de las familias extensas. Tanto la carencia de un poder fuerte, que caracteriza por lo menos el primer siglo de la dominación casita, como, en segundo lugar, la importancia que adquirieron los

centros rurales en relación con las ciudades babilónicas, que deben haber sufrido un período de decadencia, son dos elementos que han podido contribuir a la consolidación de las familias extensas. En efecto, algunos términos que designan una extensión territorial se aplican igualmente a un grupo de gentes unidas entre sí por lazos de parentesco, descendientes a veces de un antepasado común. Palabras como *dimtu*, que partiendo del sentido original de «torre» termina por tener a la vez el significado de «pueblo fortificado» y de «distrito controlado o poseído por un oficial del rey» (*bēl-dimtu*), o como *bītu*, «casa», «comunidad familiar» e igualmente «lugar», «territorio», aparecen frecuentemente en los documentos de la época. Así, por ejemplo, en el *kudurru* mencionado anteriormente, el rey Marduknādinakhkhē recompensa a un oficial concediéndole tierras situadas en Bīt-Ada, la «casa de Ada»; el agraciado ofrece en regalo unos caballos al jefe de Bīt-Ada, es decir, al que es, por lazos de sangre, el jefe de la población de aquellos lugares. En esta ocasión, la denominación local encubre una realidad humana, un clan.

La misma tierra está envuelta en una apretada red de intereses a veces contradictorios. Ha perdido la elasticidad que había adquirido anteriormente bajo la primera dinastía babilónica, con la que prácticamente había entrado en el comercio. El hecho de que entre las transacciones comerciales que conocemos no se encuentren prácticamente ventas inmobiliarias es prueba de hasta qué punto el suelo se ha convertido en un bien inalienable, que sólo se transmite ya por herencia o por donación real.

β) Descendencia patrilineal y «colaterales»

A la descendencia familiar patrilineal en la que los bienes se transmiten según un eje vertical: padre-hijo-nieto, se yuxtapone a veces una «descendencia» de desarrollo horizontal en la cual la transmisión de bienes se realiza de hermano en hermano. Testimonio inequívoco de esta tendencia son las adopciones de fraternidad que se encuentran con mucha frecuencia en esta época no solamente en Babilonia, sino también en territorios limítrofes, como en Nuzi, región fuertemente dominada por influencias hurritas, y en Elam, e incluso en territorios más alejados, como Ugarit, a orillas del Mediterráneo. En Nuzi, por ejemplo, las adopciones de fraternidad se deben en su gran mayoría a un elemento que pertenece a un medio casita, como atestiguan los nombres de los adoptados y de los adoptantes. Lo mismo que las adopciones filiales, las de fraternidad tienen por objeto permitir a gentes extrañas a la familia el acceso al reparto de los bienes del adoptante. Pero el hecho de que se trate de instituir una fraternidad ficticia, en lugar de una filiación, demuestra que la transmisión puede hacerse también según una «descendencia» horizontal. En Nuzi, la adopción como hermano tiene lugar entre individuos que lo son ya por la sangre, probablemente con la finalidad de permitir a uno de los hermanos adquirir, además de su parte de la herencia, una parte de la del otro.

Esta organización familiar, cuyos rasgos originales podemos apreciar gracias a las huellas que ha dejado en los documentos, nos prueba en todo caso que el pueblo casita, en el que durante mucho tiempo se ha visto un conjunto de bárbaros, poseía ya estructuras sociales propias. También se ha pretendido, según un esquema un poco simplista, que, inmediatamente después de instalarse en Babilonia, los dirigentes casitas trataron de asimilar la cultura babilónica, bien o mal, a fin de hacer olvidar la rudeza de su origen. Vemos, por el contrario, que no renunciaron a su organización familiar.

c) El derecho

α) Formalidades jurídicas en la apropiación del suelo

En muchos otros ámbitos manifiestan también una cierta originalidad. Anteriormente hemos insistido en los aspectos que toma en esta época la transferencia del suelo. Tenemos que añadir ahora que una nueva terminología aparece en los *kudurru*. Esta nueva terminología es testimonio de que existía un nuevo procedimiento jurídico, muy diferente del que estaba en vigor durante la Dinastía I, en relación con la cesión inmobiliaria. El rey envía a sus funcionarios a los mismos lugares que son objeto de transferencia, para que marquen los límites y confirmen oficialmente la posesión al recipiendario. La publicidad de que se rodea el contrato se expresa en tres verbos: *shapāru, mashākhu* y *kunnū,* es decir, enviar, delimitar y confirmar[20]. Los funcionarios que proceden a la medición del suelo son el gobernador de la ciudad y el escriba del rey, y a veces se les unen algunos otros funcionarios reales. El «alcalde» (*khazannu*) puede reemplazar al gobernador de la ciudad.

β) Las fianzas

Se puede decir, por lo demás, que toda esta época se caracteriza por una renovación de las formalidades jurídicas. Goza de gran difusión la marca de la uña o del borde del vestido del deudor en la tablilla, a modo de sello, herencia del antiguo derecho babilónico. Al mismo tiempo, aparece una curiosa expresión para designar la fianza. La tercera persona que se erige en garante del deudor es llamada «el que golpea la frente» de este último (*mākhiṣ pūti*). Es muy posible que para comprender verdaderamente esta expresión sea necesario considerar el proce-

dimiento seguido para la constitución de un garante. Éste no interviene en el momento en que el deudor contrae su deuda, sino después, cuando el deudor insolvente se ve apremiado por el acreedor. El garante golpea entonces la frente del deudor y le hace salir de la cárcel (*bīt kīli*), que en aquel tiempo muy bien podía ser una ergástula en la que le tuviera encerrado el acreedor.

La responsabilidad del garante ante el acreedor parece a veces limitarse a que el deudor no huya y pueda presentarse al acreedor al término del plazo de la deuda. La misma expresión para designar la fianza se encuentra igualmente en un territorio limítrofe de Babilonia, en Nuzi. Pero allí interviene entre el deudor y el acreedor el *mākhiṣ pūti* a fin de garantizar que el deudor cumplirá la obligación que ha adquirido en la fecha fijada. Es, pues, en el momento en que se crea la obligación, cuando el deudor se compromete a restituir a fecha fija el importe de la deuda, cuando el *mākhiṣ pūti* interviene. A veces, el deudor es un artesano que ha recibido un pedido para la fabricación de un objeto y que ha cobrado ya el precio de dicha fabricación, en cuyo caso el fiador se compromete a que el trabajo sea entregado a tiempo. Pero otras veces se trata de un préstamo cumulativo hecho a varios individuos ligados entre sí por lazos laborales (¿trabajadores de una misma granja?); se establece entonces una especie de fianza solidaria entre los deudores, de suerte que el acreedor podrá exigir el pago de la deuda a uno o a otro de ellos, y en este caso se dice que uno es fiador (*mākhiṣ pūti*) del otro.

d) La religión

α) Los dioses de la dinastía casita

De la misma manera que no abandonaron sus estructuras sociales, los casitas no renunciaron a sus dioses. Estas dos actitudes, no es necesario decirlo, son estrechamente solidarias. Sin duda, una de las primeras preocupaciones de Agum, ya hemos hecho alusión a ello, fue recuperar las estatuas de Marduk y de Ṣarpanitu, que habían sido llevadas lejos de Babilonia durante la invasión hitita. La vuelta de la pareja divina a su ciudad tenía el significado de una restauración del orden, alterado por la invasión enemiga y por la caída del último rey de la I Dinastía babilónica. Al admitir que todo lo que se hace en el mundo de los hombres es un reflejo sutil de la voluntad de los dioses, el restablecimiento de Marduk en su templo era una prueba de que, a pesar del cambio de dinastía, quedaba asegurada la continuidad de Babilonia. Pero no sería justo interpretar este acto, la vuelta de Marduk, como una afirmación de la piedad, en lo sucesivo exclusiva, que los reyes casitas tendrían para con los dioses babilonios a costa de los propios dioses. La demostración de que tal interpretación carece de fundamento es la actitud de Kurigalzu I, entre otros. En el momento de su coronación, cuando se arroga el título de rey de la totalidad (*shar kishshati*) y pretende enlazarse así, más allá de la I Dinastía, con los reyes de Akkad y, sobre todo, con Sargón, Kurigalzu no se dirigirá a Marduk, sino a los dioses de su dinastía, Shuqamuna y Shumaliya. Son éstos los que, junto con la tríada suprema, Anu, Enlil y Ea, cubren al rey de «esplendor divino», atributo esencial de los soberanos «universales». Son también Shuqamuna y Shumaliya quienes, hasta el final de la dinastía e incluso después, aparecerán en las inscripciones como los dioses protectores del rey.

Lo poco que sabemos del panteón casita nos viene en gran parte de dos fuentes: un vocabulario casita-acadio, que contiene un cierto número de nombres divinos, y una lista de nombres propios casitas con su traducción, elemento por elemento,

al acadio. Así averiguamos que Shuqamuna, por una parte, parece ser considerado como una divinidad idéntica a otra divinidad no acadia, Shugab; por otra parte, uno y otro son asimilados tan pronto al dios acadio Nergal como al dios acadio Nusku. En cuanto a Shumaliya, «la que vive en las cumbres», «la señora de las montañas puras», «la que atraviesa los torrentes», se la relaciona con otra divinidad extranjera al mundo acadio, Shigurra-Shiburra. Aunque los nombres de algunos de estos dioses, como, por ejemplo, Shumaliya, puedan relacionarse con las lenguas indoeuropeas, el elemento shu- por el que comienzan todos ellos indica que forman un grupo y que tienen entre sí una afinidad lingüística. Por esta causa, el problema se plantea de esta manera: en el momento en que los casitas desempeñan un papel preponderante en Babilonia, estas divinidades parecen estar indiscutiblemente relacionadas con la región de los Zagros; pero, ¿fueron llevadas allí por los casitas, o bien pertenecen a un estrato más antiguo que ellos?

Otros nombres de dioses nos son revelados por la lista y el vocabulario a los que acabamos de aludir: Kharbe, asimilado a Enlil; Marattash, a Ninurta; Sakh, a Shamash; Shikhu, a Marduk (pero, en el vocabulario, Shikhu = Sīn); Khala-i, a Gula; Kamulla, a Ea; la diosa Mizir, a la diosa Gasham; Buriash (que es llamado también «el dios casita») es asimilado tan pronto a Adad como a Bēl-Mātāti. No parece dudoso que se tributara un culto a Shuqamuna y Shumaliya como dioses de la dinastía; sin embargo, el hecho de que ningún texto hable de un templo dedicado a esta pareja divina implica que estaría más bien instalada en una capilla del interior del palacio real.

Más tarde, en el primer milenio, aún encontramos testimonios del culto rendido a Shumaliya en Asiria por Shamshiadad V y por Asarhaddón. En los *kudurru,* Shuqamuna y Shumaliya son citados varias veces junto a Nusku, el dios del fuego, y a Bēlit-ekalli, la diosa llamada «la señora del Palacio». El conte-

nido de las maldiciones de las que estos dioses eran causa nos muestra, por lo demás, en qué medio se ejercían sus funciones divinas: «que Shuqamuna y Shumaliya maldigan al que infrinja lo que está establecido en esta estela», «que en su cólera le hagan detestado en Palacio», «que el dios se haga su enemigo y el rey le odie» y otras parecidas. A este respecto se nos plantea otra cuestión: ¿hay que ver en la mención, frecuente en los *kudurru*, de los «dioses del rey» (*ilāni sha sharri*) una referencia precisa a Shuqamuna y Shumaliya? Cuando Burnaburiash, al escribir a Amenofis IV, desea que «los dioses de Burnaburiash» se pongan de parte de su corresponsal es muy posible que desee hacer extensiva al rey de Egipto la sombra bienhechora de los dioses de la dinastía casita. No faltan, además, alusiones precisas a Shuqamuna y a Shumaliya como «dioses del rey», pero hay que tener en cuenta que la expresión «dioses del rey» no es típica de una civilización determinada, sino que es común a toda un área cultural. El hecho de que se encuentren primero en lugares como Qatna muestra bien claro que los hurritas tuvieron algo que ver, quizá indirectamente, con su importación y su difusión en Babilonia y en otras partes. Desde un punto de vista histórico-religioso, la existencia de «dioses del rey» no deja de tener importancia ya que, a pesar del rango social elevado en que se sitúan, tienen una afinidad segura con esos «dioses», especie de lares, a los que, en la misma época y en medios muy claramente hurritas, se rendía un culto familiar. Sabemos que estos dioses se materializaban en imágenes que se transmitían por herencia del padre al hijo mayor. Esto se atestigua ampliamente en Nuzi, y de ellos se encontrará una ramificación lejana hasta en los relatos de los patriarcas bíblicos, con los *terafim* de Jacob (Génesis, 31).

No tenemos ninguna prueba de que se rindiera culto a los otros dioses que aparecen muy a menudo en los nombres propios, lo que no excluye que alguna de estas divinidades haya

podido desempeñar un cierto papel bajo el nombre de un dios babilonio al que se la hubiera asimilado. También pueden ser a veces muy instructivos los saludos con los que comienzan las cartas. En general, el remitente desea a su corresponsal la protección de los dioses del lugar de origen de la carta: Gula, Shamash, Marduk, el «dios poderoso» (literalmente: que pesa), es decir, Adad, etc. A veces, el que escribe pide para el destinatario la protección colectiva de los dioses de algún lugar determinado. A este respecto, encontramos incluso los «dioses del Éufrates», lo que nos recuerda la importancia que tenía en aquella época la ordalía, y sobre todo la ordalía por el río, en la literatura jurídica y religiosa. Sobre la práctica de la ordalía en la época casita se presiente que constituye un fenómeno propio de toda un área cultural que se extiende de Mari al Elam, pasando por Nuzi y Babilonia, más que un factor característico de un solo pueblo.

β) Escepticismo y dios personal

Ante la vasta herencia de literatura religiosa que recibieron, los escribas casitas no ahorran esfuerzos ni energías. Un ingente trabajo de copia de textos antiguos babilonios y sumerios se realiza en esos momentos en los venerables centros de cultura que fueron Uruk, Nippur, Sippar y Babilonia. Aunque a su estilo le falta a menudo la elegancia de sus predecesores, el escriba casita es muy respetuoso con el espíritu de los textos y llega en su admiración por el pasado hasta los límites de lo posible. Esta afición por el arcaísmo es evidente en las inscripciones reales y en las grabadas en los sellos.

En adelante, familias de escribas, en las que probablemente la elección de los alumnos se hace en forma de adopción para el aprendizaje, reemplazan en los grandes centros a los antiguos

é. dubba, que han desaparecido (cf. vol. II). Los escribas se presentan cada vez más como los conservadores de la tradición, principalmente porque se va acentuando la distancia que separa la lengua hablada de la escrita. En efecto, partiendo del dialecto típico de su época, los escribas llegan a crear una lengua literaria en la que se conservan ciertas formas del antiguo babilonio.

Pero su trabajo no se limita a copiar. Algunas obras literarias creadas por ellos atestiguan una renovación en el pensamiento. En estas obras aparece un concepto nuevo de las relaciones entre el hombre y los dioses, una actitud diferente del hombre ante el pecado. En una de ellas, *Ludlul bēl nēmeqi,* sin duda la más importante, el héroe, que tiene el nombre de Shubshi-meshrū-Shakkan, típico de esta época, es un hombre piadoso sobre el que se ensaña el rigor divino.

Sin embargo, desde la tercera tablilla sabemos que el dios Marduk volverá a dar al héroe la vida y el bienestar físico. El problema que se plantea así es el siguiente: ¿cómo un hombre cuya actitud es conforme a las normas rituales y que incita a los que le rodean a la práctica de la piedad hacia los dioses y al respeto hacia el rey puede sufrir la suerte reservada en principio a los pecadores? De aquí procede esta nota de desengaño: «¿Quién conoce la voluntad de los dioses del cielo? ¿Quién conoce los proyectos de los dioses de los infiernos? ¿Cómo pueden conocer los mortales los designios de un dios? El que hoy vive, mañana estará muerto. El que hace un instante estaba abatido, vuelve a levantarse… La condición (de los hombres) cambia tan rápidamente como pueden abrirse y cerrarse las piernas…». Y aunque el poema tiene un final feliz, el acento pesimista de estos versos es un indicio de la inquietud espiritual de aquella época. Bien es verdad que las condiciones de los tiempos han podido influir en esta manera de ver las cosas. La dura experiencia de una ciudad como Babilonia entregada al

saqueo, el empobrecimiento del país y la instauración de una dinastía extranjera pueden haber suscitado en las mentes de los babilonios serias dudas en cuanto a la verdad del dogma de que la desgracia no puede ser sino la consecuencia de un pecado voluntaria o involuntariamente cometido.

Otro ejemplo interesante de la mentalidad de la época, un texto de inspiración completamente piadosa (que reacciona quizá contra la postura desilusionada y escéptica de que da pruebas el *Ludlul bēl nēmeqi*) pretende justificar todo el mal que se cierne sobre los hombres por el incumplimiento de un acto ritual. Remontando el curso de la historia, el autor llegará incluso a explicar la derrota de Narāmsīn (cf. Volumen II) porque se le olvidó ofrecer pescados en el templo de Babilonia, el Esagil, que no existía todavía en tiempos de ese rey. Pero estos intentos de interpretación ritualista de la historia apenas podían disipar las dudas. Las nuevas pruebas a las que iba a ser sometida Babilonia, la marcha de su dios primero a Asiria y después a Elam, aunque los teólogos intentaran justificar la ausencia de Marduk por su descontento con su pueblo (como, por ejemplo, en el poema de Irra), iban a aumentar al escepticismo en cuanto a la eficacia de la acción de los grandes dioses del universo en favor de sus súbditos. De esto resultaban diversas consecuencias: por un lado, la necesidad creciente de apoyarse en un dios personal más próximo al hombre que los grandes dioses; en esta época se emplea cada vez con más frecuencia la palabra *ilu*, dios, con el significado de suerte, fortuna de un hombre. Por otro lado, el papel creciente de la magia, a la que se recurre para escapar de la posesión de las potencias demoníacas, engendradoras de enfermedades y de infortunios. Al mismo tiempo, se comprueba, curiosamente, una renovación de los estudios médicos en el venerable centro de Nippur. Cartas escritas en él atestiguan, en efecto, la existencia de una especie de clínica en la que eran hospitalizados cantores del templo, hombres y mu-

jeres, entre los que había un cierto número de origen extranjero. Entre los enfermos se encuentra una princesa real. El médico, que los cuida de una manera completamente racional, informa regularmente de la evolución de las enfermedades que sufren. Él mismo forma parte, como corresponde, del templo de la diosa Gula, la «gran curandera», es decir, de la facultad de medicina más calificada de la época.

γ) El triunfo de Marduk

Pero también la religión oficial ha evolucionado. La dinastía casita había intentado enlazar con la gran tradición de Akkad a través del culto rendido a Enlil. Uno de los títulos de estos reyes había sido el de «virrey de Enlil» (*shagin* ^{d}*enlil-la*), epíteto que remonta a los tiempos de Narāmsīn. También se llamarán «favoritos de Anu y de Enlil» (Kurigalzu II); «Proveedor que teme a Enlil» (Kadashmanturgu); «Nombrado por el señor de los dioses», es decir, Enlil (Kurigalzu II).

Todos los títulos casitas reflejan, pues, la veneración por Enlil. Es imposible saber hasta qué punto esta veneración desbordaba de las esferas oficiales. Los nombres propios hubieran podido darnos algunas indicaciones útiles, pero como la mayor parte de nuestra documentación proviene de Nippur, la ciudad santa de Enlil, es normal que la inmensa mayoría de los nombres teóforos sean compuestos de este dios.

La caída de la dinastía casita y la subida al poder, en las condiciones que ya sabemos, de la segunda dinastía de Isin, debían conferir a Babilonia y a su dios un papel de primera importancia en la medida en que, precisamente, los reyes de Isin deseaban distinguirse de los reyes de la dinastía derrocada. Estos últimos habían venerado a Enlil y su ciudad, Nippur, y habían hecho de Dūr-Kurigalzu su residencia. Los recién llegados de-

mostrarán a Babilonia y a su dios Marduk un afecto y una veneración sin altibajos. Para destacar la conexión que existe entre la Babilonia de la época Hammurabi y la de Nabūkudurriuṣur I, este último se da a veces el título de «Sol de su país», imitando así al mismo Hammurabi que se había llamado en el prólogo del Código «Sol de Babilonia». Nabūkudurriuṣur I es designado como «el príncipe exaltado, el hijo escogido de Babilonia»; se le considera no solamente como «el príncipe amado de Marduk», lo que sería común, sino como aquel a quien «Marduk, el héroe entre los dioses, ha señalado un destino sin igual», o aquel a quien «Marduk, el rey de los dioses, ha hecho tomar las armas para vengar a Akkad».

¿En qué medida algunos caracteres de Babilonia, que parecen acusarse en esta época, como el de ciudad eterna y el de ciudad santa, han podido favorecer la ascensión de Marduk hacia la realeza divina? ¿O es que, por el contrario, son consecuencia de ella? Lo único que puede afirmarse es que la personalidad de Marduk se enriqueció en esos momentos con nuevos aspectos, y que su poder, superando ampliamente al de *numen* de la ciudad, se convirtió en cierto modo en el de un gran dios del universo. Esto equivale a decir que, en lo sucesivo, se le atribuyen algunos de los atributos de Enlil; pero, como muy justamente se ha hecho observar[21], de la asimilación de estos atributos a la antigua personalidad de Marduk había de resultar una divinidad muy diferente de Enlil, mucho más poderosa en cierto sentido y mucho más universal de lo que nunca había sido Enlil. En el momento en que Babilonia se va convirtiendo cada vez más en un microcosmos y en el centro del mundo, el último canto del Poema de la Creación, *Enūma elish,* consagra el triunfo de Marduk, presentándolo como el que organiza el universo y el que distribuye atributos y funciones a los otros dioses.

Hemos intentado trazar muy imperfectamente los caminos tortuosos que han seguido los diferentes modos de pensar y de sentir de esta época. Escepticismo y empleo de la magia, necesidad de establecer relaciones de causa a efecto, esbozo de un pensamiento racionalista: sabemos que, en lo sucesivo, los sacerdotes babilonios no abandonarán ya estos caminos. Cuando los clamores de los círculos teológicos exalten a los grandes dioses del universo, se dejará oír una voz discordante que dirá: ¿para qué? Vemos también hasta qué punto son semejantes los problemas que se plantearán a los sacerdotes de Israel. Lo mismo que Job, en un registro menor, ciertamente, pero no menos conmovedor, hacia el año mil antes de Cristo el héroe de la Teodicea plantea el problema de lo precario de la justicia divina, que permite vivir feliz al que practica el mal, e inversamente, se ensaña con el inocente. Y no encontrará más solución que implorar la misericordia de esos seres, tan volubles en el fondo, que son los dioses.

II. ASIRIA

a) La decadencia de Asiria y la expansión de Mitanni

Si la historia de Babilonia en el siglo XVI, después de la invasión de la capital babilónica por los hititas, nos produce a menudo la decepcionante impresión de algo inconsistente y vacío sobre lo que flotan algunos datos proporcionados por listas reales muy frecuentemente contradictorias, esta impresión se acentúa aún más cuando se trata de Asiria. Por una extraña inversión, resulta que los conocimientos que tenemos de Asiria en la segunda mitad del segundo milenio son de un tipo absolutamente opuesto a los que se tienen de este país en los siglos XIX y XVIII. Gracias a los documentos concernientes a la colonia asi-

ria de Kanish, nos es posible comprender la vida económica de una sociedad de comerciantes y el minucioso engranaje de los circuitos de exportación y de importación. Lo que sabemos del funcionamiento de los telares familiares (que fabricaban los vestidos destinados a servir de moneda de cambio para obtener materias primas procedentes de Anatolia) y las informaciones de que disponemos sobre el comercio y la banca nos proporcionan alguna luz sobre la vida de esta sociedad mercantil. En cambio, sabemos muy poco de los reyes que se sucedieron al frente de este país.

En el siglo XVI ya hacía tiempo que las fuentes económicas no suministraban datos y, aparte de algunas inscripciones reales y de las famosas listas de los reyes, de Asiria lo ignoramos todo. E incluso cuando, en siglos posteriores, la documentación es mucho más rica, se referirá principalmente al rey, a la corte y a todo lo que le rodea. Desde el momento en que el ilustre Shamshiadad I (1815-1782) y sus hijos desaparecen de la escena política y, entre los profundos desórdenes de esta época, un tal Adasi (1700), «hijo de nadie», consigue imponerse y fundar una dinastía, hasta comienzos del siglo XV en que vuelven a hablarnos los textos, somos espectadores de una obra de teatro representada por actores invisibles y mudos detrás de un telón sin alzar en el que están escritos los nombres de los reyes.

En realidad, se cree saber que Asiria comenzó muy pronto a formar parte del mundo mitanio. La toma del poder por el «usurpador» Shuninua, citado en las listas como el décimo rey después de Adasi, podría muy bien significar el comienzo del dominio total de los mitanios en el país. Las escasas y breves inscripciones relativas a edificios religiosos que los reyes nos han dejado nos informan al menos de un punto: la continuidad de los títulos asirios. El rey afirma ser «sacerdote» (*ishshiakku*) del dios Ashshur.

No está probado, además, que la dominación de los mitanios en Asiria se dejara sentir siempre con la misma intensidad. Hubo ciertamente momentos de relajamiento en que los príncipes asirios manifestaron veleidades de independencia. La historia sincrónica, a la que ya hemos hecho alusión, nos recuerda algunos de estos momentos: aquel, por ejemplo, en que Puzurashshur III de Asiria y el rey casita Burnaburiash fijan de nuevo sus fronteras, o cuando Ashshurbēlnisheshu y el rey casita Karaindash firman un tratado y prestan juramento en las fronteras de sus estados. El hecho de que hayan firmado un tratado y llegado a acuerdos internacionales es prueba de que los asirios consiguieron recuperar durante períodos más o menos largos su soberanía nacional. Es muy significativo el que estos mismos períodos de independencia parezcan coincidir con ciertos aspectos de la actividad real. Así, por ejemplo, Ashshurbēlnisheshu, que firma un tratado con Karaindash, reconstruye las murallas fortificadas que rodean la Ciudad-Nueva, es decir, la parte de Asur, de forma trapezoidal, que constituye su extremo sur. Ahora bien, el constructor de esa muralla había sido precisamente Puzurashshur III, que, como acabamos de ver, también había tratado de igual a igual con un rey de Babilonia. Y así como la destrucción de las murallas de una ciudad era uno de los primeros actos realizados por un conquistador a fin de poner de manifiesto su conquista, es natural que la reconstrucción de esas mismas murallas significase y manifestase la independencia recobrada.

Sólo a partir de estos elementos indirectos podemos intentar dibujar con algunos débiles trazos la situación de Asiria durante el siglo XVI. De la misma manera, el hecho de que Saushsatar de Mitanni se llevara de Asur una preciosa puerta de oro y de plata que colocó en su capital Washshukanni como un trofeo, parece probar que obró así como represalia por un movimiento de revuelta rápidamente reprimido. Mitanni, no lo olvidemos,

es en aquella época dueña de toda la región que comprende desde Nuzi hasta Alalakh, en el Mediterráneo. Y Asur, que se encuentra englobada en sus estados, debía estar gobernada por príncipes locales vasallos de Saushsatar.

En cambio, otros pequeños estados en los que se dejaba sentir más directamente la influencia hurrita debían tener al frente a príncipes hurritas. Esto sucedía en el principado de Arrapkha (hoy Kirkūk), cuyo rico y próspero territorio, a caballo entre Asiria y Babilonia, estaba situado a lo largo de las colinas de poca altura situadas al sur del Zāb inferior. De él formaban parte varios centros «urbanos», entre los cuales estaba Nuzi, construida en el emplazamiento de la antigua Gashur (véase vol. II), muy cerca de Yorghan-Tepe. En esta última ciudad se han exhumado, procedentes en parte de los archivos de familias locales influyentes, unas cinco mil tablillas escritas en acadio. Los archivos privados[1], por el hecho de que permiten seguir la historia de una misma familia durante varias generaciones, proporcionan preciosos informes cronológicos de un período que en otros sitios es todavía oscuro. Arrapkha era la sede del gobierno central. El nombre de algunos de los reyes locales que conocemos por los textos no deja ninguna duda sobre su origen hurrita (Kibiteshup, Itkhiteshup) y lo mismo pasa con el nombre de los príncipes (*mārsharri*) que residían en los palacios de las ciudades más importantes, como Nuzi, Zizza y Apenash: Khishmiteshup, Shilweteshup, Akiya, etc. La onomástica de las familias que gravitan alrededor del Palacio no presenta trazas de otro sustrato que no sea el hurrita. De todo ello hay que deducir que la presión política se producía junto con una presión demográfica igualmente fuerte del elemento hurrita. Así, los nombres de los escribas de los documentos más antiguos son a menudo acadios, pero la grafía que emplean es típicamente hurrita. ¿Son Nuzi y Arrapkha ciudades de fundación hurrita? Se sabe que Arrapkha es mencionada en los documen-

tos de la primera dinastía babilónica y Nuzi en las cartas de Mari y de Shusarrā (véase vol. II). Sin embargo, los documentos más antiguos que se han encontrado en Nuzi apenas se remontan a más allá del segundo cuarto del siglo XV. Se debe, pues, suponer que al asentamiento en la región de una primera oleada de invasores hurritas han seguido otras. Las invasiones germánicas pueden servirnos de ejemplo de estos movimientos desordenados de «oleadas» que afluyen sucesivamente a un mismo territorio y de las luchas que estos movimientos provocan entre los primeros y los segundos ocupantes.

A la última de estas oleadas hurritas se debe probablemente el perfeccionamiento y la difusión de esa forma original de adquirir la tierra que es la adopción del comprador por el vendedor. Los documentos más antiguos son del tiempo de Baratarna, rey de Mitanni. En ese tiempo, el rey de Arrapkha debía llamarse Kibiteshup. Su sucesor, Itkhiteshup, debió ser contemporáneo de Saushsatar, rey de Mitanni. Existe una transferencia de tierras, que lleva el sello de este rey, concerniente precisamente a la princesa Amminaia, probablemente nuera de Itkhiteshup. En estos momentos Tekhiptilla, cuya madre había comenzado ya a adquirir tierras, aumenta considerablemente su patrimonio territorial. Gracias a los textos podemos seguir paso a paso la prosperidad y la decadencia de esta familia. Sus hijos continúan el ejemplo de los padres y agrandan sus propiedades, pero ya en menor medida. Sus nietos se ven ocupados muy a menudo en hacer frente a las reivindicaciones de los antiguos propietarios de las tierras que intentan recuperar lo que han seguido considerando como bienes propios. Por esto se entablará una serie de procesos que arreglarán las cosas provisionalmente.

La economía de Nuzi es de tipo palaciego, y de ella hemos hablado ya a propósito de la economía babilónica. Su terminología administrativa es la común en su mayor parte, aunque, sin

embargo, algunos funcionarios, como, por ejemplo, el *nagīru*, parecen haber desempeñado en Nuzi funciones especiales. A veces se les encuentra encargados del transporte de la cebada y del forraje de una ciudad a otra en caso de escasez; lo mismo que el *mārshipri*, generalmente un mensajero, está destinado en ocasiones a ser un enviado especial encargado de las relaciones entre las ciudades. No existe en Babilonia, pero es típico, en cambio, de la burocracia asiria, el *khalzukhlu*, jefe de distrito, que reside en las ciudades importantes, investido de funciones administrativas, judiciales y militares.

En cuanto al personal del Palacio, estaba constituido por un número considerable de servidores de ambos sexos. Cada una de las mujeres del harén tenía cierto número de sirvientes. Los niños de corta edad eran confiados a nodrizas. El Palacio, además, tenía numerosas cantoras, algunas de las cuales figuraban entre las esposas del príncipe.

En tiempo de guerra el príncipe se rodeaba de una guardia especial, y las milicias vigilaban las puertas de la ciudad y de los edificios más importantes. El término hurrita que servía para designar al jefe de estos guardianes significa «jefe de decena».

Aparte de aquellos a quienes se llamaba *ardu*, servidor, palabra que tiene un significado muy extenso, otras personas se encontraban en una situación de semiesclavitud, como los *talukhlu* y los *ubbutu*, que ejercían diversos oficios. Muy distinta era la situación del *khabiru*. A menudo extranjero proscrito, expatriado solo o a veces con su familia, su condición de extranjero sin relaciones con el país que le acoge le obliga a buscar la protección de un dueño. Cuando su lugar de origen se indica, viene de Asiria, de Inzalti, país que todavía no ha sido identificado, o de Babilonia. A propósito de este último país, es muy notable que jamás se le haya designado en Nuzi como Karduniash, sino siempre como Akkad. En cuanto al país de los casitas (Kunzukhkhe, Kushshukhkhe) que se menciona en varias ocasiones

como lugar de procedencia de fugitivos aislados o en grupos (en este caso se trata sobre todo de mujeres), debía de corresponder a la auténtica Casitia, región situada al este en los montes Zagros. El país de Lullu/Nullu, reserva de mano de obra servil, se menciona muy a menudo en los textos y es el mismo que Lullum/Lulluli (véase vol. II).

Si la documentación económica de Nuzi nos permite, gracias a su riqueza y a su variedad, conocer bastante bien la sociedad de este pequeño estado, es muy difícil, en cambio, situar su historia dentro de la historia contemporánea de los países que lo rodean. Intentemos brevemente alguna precisión. Mitanni aparece siempre designado, excepto en el sello de Saushsatar, como Khanigalbat. Sus relaciones con Arrapkha son muy estrechas. Algunas formaciones militares o paramilitares originarias de Mitanni parecen haberse estacionado en los territorios de Arrapkha-Nuzi de forma más o menos estable, por lo menos a partir de cierta época, y se les dan carros, caballos y raciones de comida.

Por otra parte, las relaciones de Arrapkha-Nuzi con Babilonia se hacen muy cordiales en un momento dado. Un príncipe hace un viaje a Babilonia cargado de presentes y vuelve allí con mandatarios babilonios, pero es imposible precisar en qué momento tiene lugar este viaje. Sabemos, además, que en otra ocasión algunos babilonios han sido asesinados en territorio de Nuzi. Casi puede decirse que de Asiria no se trata nunca en los documentos de Nuzi. Los asirios aparecen hacia el final, con la última generación de la familia Tekhiptilla. En un informe, el nieto de éste menciona a un cierto número de personas que han sido raptadas por los asirios durante una incursión al territorio de Tursha, ciudad situada en la orilla meridional del Zāb inferior, y que se encuentran en ciudades situadas en territorio asirio. Estos datos diseminados no nos permiten ni comprender la historia de las relaciones exteriores de Nuzi ni, mucho

menos, saber quién ha destruido Nuzi hacia mediados del siglo XIV. El único hecho cierto es que Arrapkha, en la época de Tukultininurta, figura como una posesión babilónica.

b) *Continuidad y cambio en Asiria*

Pero volvamos a Asiria. Cuando las dificultades interiores de Mitanni se hicieron más agudas y pusieron en peligro la unidad de este vasto territorio, Asiria intentó en varias ocasiones conseguir la independencia. Así, por ejemplo, Ashshurnādinakhkhē (1402-1393), sobrino de Ashshurbēlnīshēshu, aprovechó los disturbios ocasionados por el asesinato de Shuttarna II para intentar restablecer relaciones diplomáticas con Egipto. Lo consiguió, e incluso es tratado por el faraón en un plano de igualdad con Mitanni[2], ya que recibió la misma cantidad de oro que este último. Pero se hará preciso que los hititas lleguen a quebrantar el dominio de Mitanni para que por fin Asiria se convierta en un país independiente.

Sin embargo, a partir ya del último cuarto del siglo XV y gracias a algunos documentos jurídicos encontrados en Asur, nuestros conocimientos sobre la sociedad asiria adquieren alguna consistencia. Se trata sobre todo de préstamos garantizados con fianzas y contratos de venta de esclavos y de bienes inmuebles. Esto nos prueba que en Asiria, contrariamente a lo que tenía lugar en Babilonia por la misma época, la tierra había conservado su «movilidad». Es un bien enajenable, pero, sin embargo, su transferencia está rodeada de algunos procedimientos jurídicos que hacen entonces su aparición, como, por ejemplo, la confirmación de la venta que tiene lugar ante el rey y que llega a producir la constitución de lo que se llama un *tuppu dannatu* (literalmente, tablilla válida). Una ley[3], de redacción algo más tardía, precisa las formalidades a las que estaba

sometida la venta de bienes inmuebles en Asur y en las otras ciudades de provincia. El pregonero tenía que anunciar tres veces durante un mes el nombre del comprador y del vendedor, así como las características del inmueble que se ponía a la venta, a fin de que los que tenían que hacer valer algún derecho pudieran presentarse a reclamar su título de propiedad ante los funcionarios del registro (*qīpūtu*). Únicamente después de este triple anuncio público se extendía el contrato en tres ejemplares y en presencia de uno de los ministros del rey, del escriba de la ciudad y de los funcionarios del registro real, si se hacía en la capital, o en la del alcalde y de tres ancianos, si tenía lugar en otra ciudad. Esta ley, que acompañaba a otras que regulaban las relaciones de «hermanos en pro indiviso» de un bien que poseían en común, tenía ciertamente como finalidad el impedir la transferencia de un bien «pro indiviso» hecha por uno de los copropietarios sin conocimiento de los otros.

La manera de fechar los contratos según el epónimo (*līmu*)[4] es prueba de una cierta estabilidad y continuidad en las instituciones, al contrario de lo que sucede en Babilonia, donde la antigua costumbre de fechar los contratos en relación con el suceso importante del año precedente o del año en curso fue abandonada y reemplazada por el año del reinado del rey. Asimismo, todavía es el estaño el que sirve como medio de pago, lo mismo que en los tiempos antiguos. Por el contrario, los campos se miden en *ikū*, que designan aquí una unidad de longitud de la que el *kurmānu*, que también se encuentra en Nuzi y en Alalakh, es un submúltiplo. Algunas porciones de territorio de un solo propietario llevan todavía el nombre antiguo de lote (*pūru*). La exactitud de las medidas con las que se pesa el trigo es garantizada por el «granero» del Palacio (*bīt khiburni*).

De estos textos se saca la impresión de que la sociedad asiria todavía no ha cambiado considerablemente en sus estructuras jurídicas y administrativas. Pero si se examinan los nombres

propios de las personas que intervienen en los contratos, sea a título de testigos o como contratantes, se comprueba que muchos son de origen no acadio y probablemente hurrita, lo que prueba que la sociedad asiria ya estaba en esta época impregnada de elementos hurritas. Las bodas mixtas con mujeres hurritas eran motivo de que los hijos del matrimonio llevaran a menudo el nombre de uno de los parientes de la mujer. Los nombres propios nos proporcionan otro testimonio de la «hurritización» de la sociedad asiria. La presencia en los documentos de los siglos XV y XIV de nombres teóforos compuestos de Adad, que es el equivalente acadio del gran dios hurrita Teshup, demuestra la intrusión entre los dioses asirios de las divinidades extranjeras.

c) Renacimiento político de Asiria. Ashshuruballiṭ y sus sucesores

Después de un período de relativa independencia, del que puede verse una prueba en el título de «regente» (*shākin*) de Enlil, que lleva Erībaadad (1392-1366) por primera vez después de Shamshiadad, Asiria volvió a caer, a lo que parece, bajo dependencia extranjera. A Ashshuruballiṭ (1365-1330), hijo de Erībaadad, debe el país su liberación definitiva del yugo de Mitanni, que probablemente hubiera sido imposible sin la gran derrota que Shuppiluliuma infligió a Tushratta, derrota que acabó con el poderío de Mitanni. Pero, para los reyes de Asiria de los siglos posteriores, el nombre de Ashshuruballiṭ se convertirá en el símbolo del valor y de la autonomía; no es casual que el último rey de Asiria, después del desastre de 612 a. C., tomara este nombre afortunado.

El primer síntoma de la recuperada independencia se manifiesta en el deseo de entablar relaciones internacionales. A este respecto es muy significativo que el título de rey (*sharru*) y de

gran rey (*sharru rabū*), que se da a sí mismo Ashshuruballiṭ en sus cartas al faraón Amenofis IV y en su sello, y que representa una innovación en relación con sus predecesores, lo emplee casi exclusivamente en sus comunicaciones con el extranjero. Asiria, que entra en ese momento a formar parte de los acuerdos internacionales, se sitúa entre los otros países gobernados por un rey. Pero en el plano interior, en las relaciones con su pueblo, Ashshuruballiṭ prefiere denominarse con los antiguos títulos: *ishshiakkum* (escrito unas veces *ensi* y otras *sangu*), sacerdote del dios Ashshur, y *uklum*, jefe, para resaltar la continuidad con el pasado. Las dos cartas escritas al faraón manifiestan, por las diferencias de tono que revelan, una progresiva afirmación del poder del rey asirio. En la primera se limita a enviar algunos presentes, pero no solicita nada; con estos regalos, Ashshuruballiṭ quiere atraerse al faraón, y sabe que son más fructíferos si no obligan a nada en cambio. Mientras que en la segunda carta los preciosos regalos van acompañados de una importante petición de oro, que le permitirá terminar el palacio que está construyendo en su capital. En lo sucesivo, el faraón y Ashshuruballiṭ se sitúan en un mismo nivel, son «hermanos», y entre hermanos los regalos se destinan precisamente a tejer y reforzar los lazos de la amistad que ya existe. Estas cartas ponen en evidencia toda una dialéctica de los presentes. Los regalos que el rey asirio envía son, ante todo, objetos de prestigio: caballos blancos de tiro, un carro y una joya, una cuenta en forma de dátil, de lapislázuli. ¿Se trata, tal como se ha pretendido, de la pequeña cuenta de lapislázuli que formaba parte de un collar encontrado en Tanis, cerca de la momia del faraón Psusennes I (véase vol. IV), por arqueólogos franceses? Según la inscripción cuneiforme que en ella está grabada, esta joya era un exvoto dedicado a la tríada suprema de Baltil (otro nombre de la ciudad de Asur), Ashshur, Enlil y Ninlil, por el primer ministro Ibashshilu por la vida de su hija mayor. En realidad, in-

cluso la forma del objeto, una esfera, aparte de las particularidades gráficas de la inscripción, prueba que no fue Ashshuruballiṭ, sino un rey posterior, el que la envió a Egipto. Sin embargo, este regalo es muy significativo, ya que nos indica que en el objeto reputado precioso entraban otros componentes además del puro y simple valor económico. El carácter precioso, y hasta cierto punto único, de esta simple cuenta de lapislázuli se debe al hecho de estar grabada con una inscripción y dedicada a los poderes divinos de la ciudad. Es, pues, por su valor religioso, más aún que por su precio, objeto de un regalo regio.

Pero la recuperada independencia no debía ser suficiente para satisfacer a Ashshuruballiṭ, quien debía desear anexionarse algunos de los territorios limítrofes con Asiria que habían formado parte del Estado de Mitanni. Nos lo prueba su ataque contra Musri (actualmente Jebel Maklūb), al noroeste de Nínive, donde vivían tribus contra las que habían de luchar tiempo después los asirios.

«El que derrotó los ejércitos del vasto país de Subari», como le llamará su nieto, probablemente se dirigió después al mismo Burnaburiash, rey de Babilonia que algunos años antes le consideraba aún como una potencia de segundo orden y, en cierto aspecto, vasallo suyo, con el fin de tratar de conciliarse con él; el envío de su hija, Muballiṭatsherua, a la corte de Babilonia para ser allí la esposa de un hijo (?) de Burnaburiash o del propio rey debía favorecer este propósito.

Cualesquiera que fueran las intenciones que Ashshuruballiṭ tenía respecto a Babilonia, es probable que, en su tiempo, se dejara sentir de nuevo en Asur la influencia de la cultura babilónica. Tenemos de ello numerosos indicios, como la presencia de un escriba babilonio junto al rey, la existencia en un templo de Asur de culto a Marduk y el hecho de que en esta época aparezcan frecuentemente nombres propios compuestos con el elemento divino Marduk.

La sublevación de los nobles casitas contra el hijo de Muballiṭatsherua, seguida del cortó reinado de Nazibugash, obligó al rey a emplear la fuerza y a intervenir por las armas al asentar a su protegido Kurigalzu en el trono de Babilonia.

La conducta seguida por Ashshuruballiṭ debía ser también la de sus sucesores, Enlilnarāri (1329-1320)[5], hijo suyo, que tuvo que enfrentarse con Kurigalzu sin que se sepa con qué resultado, y sobre todo Arikdēnilu (1319-1308). Este último aparece en lo sucesivo con el título de rey, y el de rey poderoso, en todas las inscripciones. Una crónica de su reinado nos describe varias expediciones más o menos importantes que llevó a cabo en los territorios limítrofes. Un ataque contra el país de Nitgimkhi, situado quizá al este de Asiria, se hizo con carros y terminó con el robo de las cosechas y de los ganados de los vencidos. El rey hubo de luchar contra los turukku. Los mismos datos se encuentran parcialmente en la inscripción de Adadnarāri I (1307-1275), hijo de Arikdēnilu, quien proclama a su padre vencedor de los distintos pueblos de las montañas del este (entre otros, turukku y kadmukhi), así como de los nómadas akhlamū, suteos e iauru. El territorio de estos nómadas, que aquí se citan juntos, debía estar situado inmediatamente al oeste de Asiria. Adadnarāri I, el sucesor de Arikdēnilu, es quien finalmente llega hasta el Éufrates. En adelante los anales reales asirios nos hablarán periódicamente de los bandidos nómadas, y aunque en cada ataque afirmen haberlos vencido, realmente sus fuerzas serán cada vez más importantes.

d) *Los grandes conquistadores*

Es muy posible que las operaciones militares de Adadnarāri contra Nazimaruttash, rey de Babilonia, tuvieran lugar después de su subida al trono. La ocupación de los poblados situados en

la llanura de Ṣallu, motivo de permanente litigio entre asirios y babilonios, terminó con una nueva rectificación de las fronteras.

Hacia 1300, Adadnarāri, aprovechándose de que los hititas, protectores del nuevo estado de Khanigalbat, estaban en lucha con Egipto, avanza hacia el norte, consigue ocupar Washshukanni, la capital, lleva al rey Shattuara prisionero a Asur, y le devuelve luego a sus estados contra el pago de un tributo. A la muerte de Shattuara, la sublevación de su hijo obliga a Adadnarāri a invadir de nuevo el país y a someterle. Las ciudades que enumera en una gran inscripción están situadas en un vasto trapecio cuyos puntos extremos hacia occidente alcanzan el Éufrates, por el norte a Karkemish y por el sur a Rapiqu (cuya situación exacta no se ha podido determinar aún), mientras que Lupti (actual Taza Khurmatu) por el sur y Elukhat (quizá la actual Salah, al este del macizo de Ṭūr'Abdīn) por el norte marcan sus límites orientales.

Estas conquistas convierten al rey en «el que rechaza a todos sus enemigos del norte y del sur, hollando sus países», y facilitan la creación alrededor de Asiria de una zona de seguridad que refuerza su posición estratégica, colocándola, por el momento al menos, al abrigo de invasiones. Es esto probablemente lo que justifica el título de «rey del universo» (*shar kishshati*) que se otorga Adadnarāri y que antes sólo había usado[6] Shamshiadad.

Después de su victoria sobre Mitanni, Adadnarāri pretende ser reconocido, a escala internacional, por las grandes potencias. Quizá fuera al intentar conseguir la amistad del rey hitita Muwatalli cuando recibió de éste la respuesta altiva e irónica (cuyo tono nervioso nos revela, sin embargo, cierta inquietud) que se ha conservado en una carta: «Has ganado con las armas… y te has convertido en un gran rey; pero, ¿por qué hablas

siempre de fraternidad?… ¿Acaso hemos nacido tú y yo de una misma madre?».

Con Adadnarāri parece dar comienzo un nuevo tipo de relato histórico. En una gran inscripción, nos cuenta su lucha con Khanigalbat, y se esfuerza, a veces con poca habilidad, en describir los hechos según un encadenamiento lógico. Revela claramente, además, casi todos los caracteres esenciales de ese personaje típico que es el rey asirio, aunque faltan todavía algunos de ellos, como la «ferocidad», que tan marcada se ha de hacer más tarde. El rey es «el primero de sus soldados», el «valiente enviado de los dioses» para hacer la guerra; por vez primera se expresa la idea, tan corriente en lo sucesivo, de que la guerra es deseada por los dioses.

Shalmanasar (1274-1245), su sucesor, tiene que enfrentarse desde el primer año de su reinado con un nuevo enemigo, del que se oye hablar por vez primera: Uaraṭru, es decir, Urarṭu. En tres días consigue el rey derrotar a su adversario y apoderarse de un importante número de localidades. Fue destruida Arinna, «la ciudad de los sólidos cimientos, fortaleza de la región montañosa», y el rey eligió entre los hijos de los vencidos a los que le convenían mejor para hacer de ellos sus servidores[7]. Es evidente que debemos entender por Urarṭu algo infinitamente menos importante que el país contra el cual lucharán más tarde los asirios. La rapidez con la que Shalmanasar consigue la victoria es prueba de que no se trataba todavía más que de algunas tribus establecidas cerca de la frontera asiria.

Después de Urarṭu, toma la ofensiva Khanigalbat, quien ya se había liberado del poderío asirio viviendo aún Adadnarāri. El ejército de Shattuara II, en previsión del ataque, había sido reforzado con tropas de Khatti y de los akhlamū. «Avanzaban llenos de ardor en imponente masa contra mis tropas extenuadas de fatiga y de sed. Entablé el combate y les infligí una derrota decisiva. Diezmé totalmente sus poderosas tropas y perseguí al

rey bajo la amenaza de mi flecha hasta la puesta del sol». El territorio conquistado es el mismo que ya había sometido Adadnarāri y se extiende desde la ciudad de Taidi (que más tarde fue incorporada a la provincia de Amedi, actualmente Diyarbekir) hasta Irridi (actualmente Ordī, al nordeste de Kharran [?]), y comprende el territorio de los montes Kashiyari hasta Elukhat, el distrito de Sudi (la actual Sada, a 31 kilómetros al norte de Nesībīn), y también el de Kharran, hasta Karkemish. Pero en esta ocasión el rey anexiona estas ciudades, con la región que las rodea, a Asiria. Si comparamos el estilo de Shalmanasar al de su padre Adadnarāri, es evidente que el tono se ha hecho considerablemente más ampuloso. En primer lugar se afirma enérgicamente la noción de guerra-cruzada religiosa. El rey va a la guerra contra Urarṭu «con ayuda de Ashshur y de los grandes dioses», y es «el que no tiene igual, aquel a los pies del cual Ashshur y los grandes dioses obligan a postrarse a los reyes y príncipes». Y es «por orden de los grandes dioses y por el alto poder de Ashshur» por lo que Shalmanasar marcha a reconquistar Khanigalbat. De acuerdo con un procedimiento muy antiguo de adivinación, se consulta al dios antes de librar combate.

Se elabora, además, todo un ritual de guerra y de conquista. Cada uno de los reyes posteriores añadirá un detalle personal, pero las líneas generales quedan fijadas desde ahora. Como en Arinna, se recogerá un poco de polvo de la ciudad destruida para amontonarlo ante la puerta de la capital y que pueda servir de monumento recordatorio a las generaciones futuras. La corte se llenará de jóvenes pajes, hijos de los vencidos, que, educados a la manera asiria, serán quizá un día fieles funcionarios del rey de este país. En Shalmanasar se observa una cierta complacencia en describir las crueldades cometidas: «Degollé como corderos a las tropas hititas y a los akhlamū, sus aliados». Y cada vez se siente más la necesidad de dar cifras: se sacó los ojos a

14 000 soldados enemigos en la guerra contra Khanigalbat; 180 poblados[8] fueron destruidos y convertidos en ruinas. Esta enumeración de matanzas ¿estaba destinada a producir pánico y, en consecuencia, puede hablarse, como se hace en estos últimos tiempos, de «acción psicológica»? Sin duda el trato que se daba a los vencidos, y que no era monopolio exclusivo de los asirios, tendía a producir entre ellos un terror que los sometiera definitivamente a los vencedores. Pero el relato detallado en los anales de la suerte reservada a los vencidos no tenía por finalidad obrar psicológicamente sobre éstos. Pues los anales escritos no podían ser leídos de hecho más que por una ínfima minoría de gente instruida. Y en cuanto a algunas de las mutilaciones que en tiempos de Shalmanasar I sufrían los prisioneros, como, por ejemplo, el dejarlos ciegos, cosa de la que por primera vez se habla entonces, tenían sobre todo la finalidad de disminuir la capacidad militar del pueblo enemigo. Por ello, el traer a colación el pasaje de Sam. I, 11, que algunas veces se estima comparable, carece de justificación, porque en aquella ocasión los amonitas, al amenazar a los habitantes de Jabes con privarles del ojo derecho, querían marcar a éstos con una señal deshonrosa. Por el contrario, conviene no olvidar que en Nuzi, territorio cercano a Asiria, se sacaban a veces los dos ojos al que era culpable de incumplimiento de contrato, y lo mismo se hacía cuando un esclavo se negaba a reconocer el lazo de dependencia que le ligaba a su dueño.

Es curioso que esta ostentación de crueldad parezca emparejada, entre los asirios, con la proclamación cada vez más precisa del carácter religioso de la guerra. El dios Ashshur se ha convertido en un dios guerrero y, aunque en sus orígenes nada parecía destinarle a estas funciones, marcha ahora a la cabeza de las tropas asirias. Además, su asimilación con el gran dios Enlil será muy pronto completa. Ya en tiempos de Shalmanasar se recorrió una etapa muy importante de esta evolución: Ninlil,

compañera de Enlil, aparece en las inscripciones como la esposa de Ashshur. El dios, la ciudad y el país entero, que llevan el mismo nombre de Ashshur, constituyen una entidad única. Este hecho favorece aún más la oposición entre el pueblo asirio y el resto del mundo. La noción de bárbaro se hace extensible a todo lo que no es asirio, exceptuada Babilonia. En efecto, al mismo tiempo que se afianza la personalidad guerrera del pueblo asirio, se hace cada vez más claro su complejo de inferioridad respecto a Babilonia. ¿Y cómo podría ser de otra manera? De Babilonia viene todo lo que se relaciona con la cultura, en territorio babilonio se encuentran las ciudades santas Nippur, Sippar y Uruk, por no hablar de la misma Babilonia con su dios Marduk, que hacía ya tiempo que ejercía una indudable fascinación en las clases superiores de la población asiria. Este sentimiento de inferioridad no tardará en mezclarse con un sentimiento de culpabilidad para con Babilonia cuando, algunos años más tarde, Tukultininurta (1244-1208) extiende su imperio hasta el país hermano, destruye Babilonia y lleva prisioneros a un gran número de sus habitantes. Entonces se intentará justificar la agresión imputando a los babilonios la iniciativa de las hostilidades.

e) Tukultininurta I

Antes de atacar a Babilonia, este incansable señor de la guerra tendrá que someter algunas regiones que se habían vuelto a liberar de la tutela asiria y conquistar otras. Es Tukultininurta el que termina la inmensa obra cuyos cimientos y primeros muros comenzaron los reyes anteriores, desde Ashshuruballiṭ. Pero continuamente se ve comprometido el equilibrio de este tinglado construido gracias a una excelente organización militar y al valor y a la resistencia de las tropas asirias. En cuanto el ejército abandona los lugares que acaba de conquistar y en los

que ha hecho reinar el terror durante un cierto tiempo, la influencia asiria se funde como la nieve bajo los rayos del sol y todo vuelve al estado en que se encontraba antes. Es evidente que la clase militar asiria llegó a constituir en aquella época un ejército entrenado. Pero, por el contrario, los asirios no son capaces de administrar los territorios tan difícilmente conquistados y la última cosa que pueden esperar es someterlos al pago de tributos por algún tiempo.

Así, a pesar de las proclamas de victoria, hechas en un tono tan enfático que transforma el relato de las operaciones militares en un poema épico, la realidad era muy diferente. Cuando el ejército asirio conseguía, venciendo a veces considerables dificultades, abrirse camino a través de los desfiladeros de las montañas, muy a menudo los habitantes de los poblados, nada deseosos de entablar batalla, habían ya huido hacia las cimas. El único recurso que quedaba a los soldados era matar a los pocos aldeanos que no habían podido escapar y prender fuego a las pobres casas o a las tiendas de los campamentos. Después de haber robado algunas cabezas de ganado, reemprendían, vencedores, la marcha; pero los habitantes no tardaban en salir de los lugares en que estaban escondidos y la vida volvía a empezar. A pesar de las transformaciones del armamento y del material militar, no ha cambiado mucho la guerra de los pueblos de la llanura (ejemplos muy recientes nos lo prueban) contra los de las montañas de los alrededores. Sin embargo, para el pueblo asirio la guerra se había convertido en una necesidad indispensable ya que la seguridad de la Asiria propiamente dicha, que ocupa ahora toda la Mesopotamia superior, requería que ésta estuviera rodeada por una tierra de nadie cada vez más vasta.

Otro peligro amenazaba a Asiria, más grave quizá, por más insidioso, que el que representaban para ella los estados constituidos contra los que había luchado. Los nómadas, durante mucho tiempo acantonados al otro lado del Éufrates, habían atra-

vesado el río y poco a poco se habían esparcido por la vasta tierra de nadie situada entre el Tigris y el Éufrates. Ya se ha hablado de los akhlamū como aliados de Mitanni contra Shalmanasar. Se trata ahora de los suteos, tributarios esta vez de Tukultininurta, a quien ofrecen sus rebaños. Las inscripciones dejan entrever los sentimientos mezclados de terror que estas poblaciones, sin caracteres definidos, suscitaban entre los asirios. Su técnica consistía en hostigar al enemigo, sin exponerse ellos, evitando entablar batalla seria en la que hubieran podido ser derrotados. Su número, que aumentaba cada vez más, infundía miedo a los reyes asirios. Entre las frases grandilocuentes y los partes de victoria, se siente la presencia de una cierta angustia. Shalmanasar decía de los guteos, el eterno enemigo de los pueblos de la llanura, que eran «innumerables como las estrellas del cielo». Se vanagloriaba, sin embargo, de haberlos vencido, de haber quitado la vida a inmensa cantidad de ellos y de haber llenado la vasta estepa con sus cadáveres. Pero apenas diez años después Tukultininurta tendrá de nuevo que combatir contra ellos, y conseguirá infligirles una severa derrota, arrinconando sus tropas en un terreno pantanoso. La matanza fue tal que los profundos valles y los lechos de los torrentes se llenaron con montones de sus cadáveres.

Ya al principio de su reinado se siente orgulloso de haber caído como el diluvio sobre el país de los uqumeni, en el territorio de los guteos; a pesar de las dificultades del terreno, no le defrauda su confianza en el dios Ashshur, y sus soldados consiguen dominar a las tropas enemigas. El rey de aquéllos, Abulli, es arrastrado hasta Asur. Lo mismo hace, después, en los países de Elkhulia, Sarnida y Mekhri, en los que Tukultininurta hace que los guteos, a los que ha enrolado en sus tropas, corten árboles que le van a servir de vigas maestras en el nuevo palacio que piensa construir en Asur. Probablemente ejecutaran este trabajo porque eran buenos leñadores, pero, además, el respeto

casi religioso que los asirios tenían a los grandes árboles debía hacerles preferible que fueran talados por gentes consideradas de condición baja.

El rey se dirige después contra los kudmukhi, que se habían dedicado a saquear una parte del territorio asirio, y reconquista cinco ciudades fortificadas. Su paso a través del país se compara con un terremoto. La región que va desde los montes Kashiyari hasta Alzi se había sacudido ya el yugo asirio en vida de Shalmanasar; después de haber implorado la ayuda de su dios Ashshur, Tukultininurta se lanza al asalto de este territorio. Prende fuego a sus poblados, que arden con sus habitantes, y los supervivientes son hechos prisioneros. Ekhliteshup, rey de Alzi, huye con los suyos, a través del territorio de los nairi, hacia un país desconocido. En esta ocasión es cuando se menciona por primera vez, a propósito de un rey asirio, el *pulukhtu* del rey. Con esta expresión se designa la emanación luminosa que se desprende de la persona del soberano en la cumbre de su potencia guerrera.

Asiria se extiende en aquella época desde las orillas del Zāb inferior hasta el Éufrates, y comprende toda la zona del antiguo Mitanni más algunos territorios al este y al norte. Algunos años más tarde, Tukultininurta se anexionará aún una gran parte del país de Nairi, en el que se le someterán cuarenta reyes. Sin embargo, y es necesario volver a repetirlo, las fronteras de este considerable estado son muy inseguras y pueden verse sometidas a litigio en cada momento.

Hacia el onceavo año de su reinado es cuando Tukultininurta ataca a Babilonia, la somete y hace prisionero al rey Kashtiliash IV. Algunos casitas fueron transportados a Asiria, a Kalkhu (actualmente Nimrūd). Sabemos que el índice de mortalidad ocasionado por la falta de víveres era muy considerable entre ellos. Ya Shalmanasar había comenzado el «exilio» de los habitantes de Nakhur, al este de Kharran. Las deportaciones

estaban a la orden del día, según testimonia el asentamiento de 28 000 hititas en el interior de las fronteras asirias que consta en dos inscripciones tardías de Tukultininurta. Y aunque el número, evidentemente, se haya exagerado, ello prueba que el desplazamiento de las poblaciones era considerado uno de los medios más eficaces de pacificar una región turbulenta. La caída de Babilonia permitió a Tukultininurta extender sus dominios hacia el Éufrates, y así anexionó Mari, Khana, Rapiqu y las «montañas de los akhlamū». Otras ciudades al sureste de Asiria, entre las cuales se cuenta Arrapkha, caen también en poder de los asirios y se ven sometidas al pago de tributos.

La finalidad de las conquistas de Tukultininurta no era únicamente la de crear alrededor de Asiria una zona de seguridad cada vez más vasta. Eran a la vez empresas rentables desde el punto de vista económico, pues someter a poblaciones que vivían en regiones provistas de unas materias primas que faltaban por completo en la llanura mesopotámica significaba un inmediato enriquecimiento, gracias al saqueo, y una inversión, en razón de los tributos anuales a los que eran sometidos los vencidos. El poder real se medía por la importancia de estos tributos; Tukultininurta es llamado el «que recibe tributos de los países de oriente hasta occidente»; y, a propósito de los nairi, el rey dirá: «Les impondré tributos y "dones voluntarios" por todos los días venideros».

Las entregas, principalmente las de maderas y metales, permitieron la construcción de palacios y de templos en Asur, que ya contaba con muchos de ellos desde el reinado del predecesor inmediato de Tukultininurta. En este último la actividad de constructor y la de guerrero parecen tener idéntica importancia. Construyó, en efecto, dos nuevos palacios, uno de los cuales, situado al este del gran zigurat del templo del dios Ashshur, ya había comenzado Shalmanasar, reconstruyó por completo el venerable templo de Ishtar en Asur, que estaba en muy mal es-

tado a pesar de las restauraciones y ampliaciones sucesivas, y, en el emplazamiento del antiguo templo, erigió un nuevo edificio, más vasto y con habitaciones suplementarias, al que añadió una cella dedicada a Ishtar KUD.nitu. Las excavaciones y las inscripciones nos han revelado que Asur, en tiempos de Tukultininurta, se había convertido en una ciudad importante. Pero el proyecto más grandioso de Tukultininurta era el de enlazar su nombre al de un conjunto de edificios religiosos y profanos que él llamó Kar-Tukultininurta. Se trataba, en realidad, de una residencia para él y su corte, a tres kilómetros al norte de Asur, en el emplazamiento actual de Tulūl Aqir. Es probable que el viejo rey diera gran importancia a la construcción de su palacio «extramuros», ya que para embellecerlo no dudó en quitar del nuevo palacio de Asur algunas columnas de madera de cedro que en él había. Estas columnas tenían ya una larga historia: eran el botín conseguido por Adadnarāri I en la ciudad de Nakhur, al este de Kharran, durante su campaña contra Khanigalbat. Colocadas en su palacio, ya habían sido desplazadas otra vez por Tukultininurta, que las había instalado en el nuevo palacio.

Todas estas reformas y los constantes embellecimientos realizados en el palacio real respondían, además, a consideraciones que no eran solamente de prestigio. A medida que se había ido afianzando la concepción de un Estado centrado alrededor de la persona del rey, el palacio, que era al mismo tiempo su residencia y el lugar de donde emanaba el poder, había adquirido una importancia cada vez mayor. A ello se añade que la función religiosa que el rey desempeñaba como regente del dios Ashshur tenía a menudo su escenario en el palacio. Adadnarāri hace ya alusión a la capilla interior del palacio «en la que está el trono al que viene a sentarse cada año el dios Ashshur». Es muy significativo a este respecto un pasaje de una inscripción de Tukultininurta relativa a la construcción de un nuevo palacio:

«El rey amenaza con terribles maldiciones a aquel de sus sucesores que impida a los dioses que viven en la ciudad de Asur entrar en el interior del palacio durante una fiesta (o) que los llame a otro palacio». Había, pues, fiestas en las que los dioses eran los invitados del rey. La más célebre se llamaba *tākultu*, por la comida que el soberano ofrecía a los dioses en forma de sacrificio. La primera alusión a la celebración de esta fiesta tiene lugar en la época de Adadnarāri y de Shalmanasar I, y alusiones al ceremonial del *tākultu* en otras ciudades de Asiria se encuentran en documentos de la época de Tukultininurta en Shibaniba (actual Tell Billa) y en Nínive durante el reinado de Ninurtatukultiashshur. El *tākultu* duraba varios días y el rey era uno de sus personajes principales: él mismo hacía sacrificios a los dioses por la mañana y por la tarde mientras que un sacerdote, *zammeru*, recitaba los textos litúrgicos que conferían significado a los ritos ejecutados por el rey. Después de haber nombrado a los dioses en cuyo honor se celebraban los sacrificios, el sacerdote pronunciaba la bendición para la ciudad, para el país y para el rey de Asur. La finalidad principal del rito era, pues, atraer las bendiciones de las divinidades al eje central alrededor del cual se organizaba la vida del país.

Todas estas victorias, toda esta actividad guerrera incansable han hecho de Tukultininurta un ser aparte, un personaje de epopeya. «El dios Enlil, como un padre, le ha exaltado como a su primer hijo», y se le tiene por alguien que «con ayuda de Ashshur y de los grandes dioses recorre las cuatro zonas del mundo». Su presencia es irresistible, los reyes huyen ante él, es «el sol de todos los pueblos», «el que dirige después de Shamash las cuatro zonas del mundo». No es necesario creer que se haya copiado de los hititas esta comparación del rey con el sol, pues ya Hammurabi, en el prólogo del Código, se había llamado «sol de Babilonia»[9]. La veneración por Shamash de los reyes asirios es casi igual que la que tienen al dios nacional Ashshur. Pero

mientras en Babilonia se complacen en exaltar al sol como fuerza moral que ejerce su vigilancia sobre las acciones y los pensamientos del hombre y cuya función es esencial, por esta misma razón, en la vida económica y jurídica[10], los asirios ven sobre todo en el sol sus cualidades de vitalidad desbordante y guerrera, su fuerza abrasadora parecida al fuego, que sigue siendo en aquella época el medio más eficaz de destrucción que tienen los ejércitos. Es muy posible también que el corto período durante el cual Sippar cayó en poder de los asirios[11] haya aumentado la influencia que Shamash tenía entre ellos. Cuando Ashshurnādinapli (1207-1204), sucesor de Tukultininurta, tiene que hacer frente a una crecida del Tigris que pone en peligro su capital, el mejor remedio que encuentra es solicitar la ayuda de Ashshur, el dios de la ciudad, y la de Shamash, para que los dos hagan volver el río a su lecho.

Para los asirios, el sol era igualmente el fiador de los tratados y de los juramentos, y así, en el poema épico sobre Tukultininurta y Kashtiliash, poema cuya finalidad propagandística es evidente, los dioses abandonan Babilonia porque su rey ha roto el juramento. El poder divino supremo (*enlillūtu*) huye de las ciudades babilónicas y Marduk sale de su templo. Los hombres de Tukultininurta detienen a unos mercaderes babilónicos que llevan una carta de Kashtiliash. Tukultininurta pone esta carta ante Shamash, quejándose de que el rey babilonio no haya cumplido su juramento. Es, pues, a Shamash a quien se dirige antes que a nadie, como a un juez ante quien se quieren hacer valer unos derechos. A lo largo de todo el poema parece que Tukultininurta sólo se decide a una lucha abierta contra Kashtiliash obligado por la constante mala fe de éste. Los guerreros que acompañan al rey asirio le incitan a terminar aquel litigio antes de que sea demasiado tarde. Y cuando se entable la batalla final, su resultado deberá ser forzosamente favorable a los asirios, ya que los dioses luchan a la cabeza de los ejércitos. Como

compensación, las riquezas de Babilonia se repartirán entre los dioses de Asur.

Los últimos años de Tukultininurta siguen estando rodeados de misterio. Y son también oscuras las razones de la hostilidad que demostraron al rey algunos elementos de la clase dirigente asiria. Sería difícil comprobar todas y cada una de las causas hipotéticas que se le han atribuido, entre otras la cólera del alto sacerdocio (provocada por los favores con que rodeaba el rey el culto de Marduk y la cultura babilónica) y las críticas de los funcionarios y administradores del estado al soberano, atacado de megalomanía y tan obstinado ahora en construir como lo estuviera antes en hacer la guerra. Tukultininurta desaparece de la escena política, asesinado, según parece, por uno de sus hijos durante un complot en su residencia de Kar-Tukultininurta. Pero ya antes de la muerte del rey, Babilonia había conseguido liberarse de la servidumbre a la que estuvo sometida durante algunos años.

f) Nueva decadencia asiria

Con Tukultininurta, Asiria había estado constantemente en su apogeo, y por eso es más inexplicable el eclipse de casi un siglo que va a atravesar después. Los sucesos que siguieron a la muerte de aquel rey son muy difíciles de adivinar a través de los escasos datos que tenemos, dispersos y a menudo contradictorios. Sin embargo, parece deducirse de ellos que el enérgico hijo de Kashtiliash, Adadshūmauṣur, rey de Babilonia, continuó durante muchos años aún dominando el escenario político. Escenario, cierto es, singularmente reducido en lo sucesivo a la Mesopotamia central y septentrional. Resumiendo los sucesos de casi un siglo en pocas líneas nos encontramos con que, después del corto reinado de un hijo de Tukultininurta, Ashs-

hurnādin(o nāsir)apli, probablemente el mismo que le mató, Adadshūmauṣur trata en una carta a los dos reyes asirios posteriores, que quizá reinaran juntos[12], como si fueran sus vasallos. Algunos años después, Adadshūmauṣur toma la iniciativa de las operaciones contra Asiria. Los hijos del vencido y del vencedor de antaño se enfrentan, pero los papeles ahora se han cambiado. La operación queda saldada con la subida al trono, en Asiria, de un protegido de Adadshūmauṣur, el príncipe Ninurtaapilekur (1192-1180), del linaje de Erībaadad I. Posiblemente fuera descendiente del hermano de Ashshuruballiṭ.

Casi nada sabemos de Ashshurdan (1179-1134), el hijo de Ninurtaapilekur, que tuvo un largo reinado: cuarenta y seis años. Parece ser, sin embargo, que en su tiempo la política asiria se hizo más independiente de Babilonia. Una prueba de ello es, quizá, una expedición militar contra las ciudades babilónicas situadas en la frontera entre los dos estados. Pero Babilonia se hundirá pronto a causa de la derrota militar que le infligirán los ejércitos elamitas, e ignoramos todo lo concerniente a Asiria en esta época. Únicamente cuando Babilonia vuelva a conocer, gracias al dinamismo de la segunda dinastía de Isin, una situación más normal, se restablecerán las relaciones entre los dos países. Ninurtatukultiashshur, hijo de Ashshurdan, restituyó a los babilonios la estatua del dios Marduk, que Tukultininurta les había arrebatado casi un siglo antes.

Por un extraño azar, y aunque el reinado de este rey no duró quizá más de un año, estamos muy bien informados sobre la administración civil y religiosa relacionada con el Palacio durante este corto período gracias al descubrimiento de varios archivos de más de cien tablillas. Sin embargo, el hecho de que el nombre de Ninurtatukultiashshur no esté nunca acompañado en dichas tablillas del título que le designa como rey (*uklum*) ha llevado a fechar este depósito en tiempos del reinado de Ashshurdan I, cuando Ninurtatukultiashshur no era aún más que el

hijo del rey. Sea como fuere, estos datos sobre la vida del palacio real en una época en que nuestros informes son tan escasos nos han revelado un gran número de datos concretos y precisos sobre el funcionamiento de la corte. Estos archivos tratan sobre todo de prestaciones de ganado menor y también de bovino, ofrecidas al Palacio por diferentes funcionarios: ganaderos principales (*rāb niqidāte*), jefes de distritos (*bēl pakhīti*), mayordomos (*abarakku*) de ciudades o de personalidades importantes, alcaldes (*khaziannu*), entre otros el de Nínive, y jefes de ciudades (*rāb ālāni*). Además, también ofrecen ganado al Palacio real los jefes (reyes) de pequeños principados, los nómadas suteos, y los habitantes de Sukhi. Todas estas entregas reciben la designación general de *namartu*, don, mientras que por «don gracioso» (*rimūtu*, literalmente: amabilidad) se designa la redistribución que el rey hace del rebaño que ha recibido a las personas a quienes quiere honrar. Sin embargo, la mayor parte del ganado entregado al Palacio real estaba destinada a ser empleada en las comidas de Ninurtatukultiashshur, a ser distribuida a personas dependientes del Palacio (y a este respecto es de destacar una donación hecha a Mutakkilnusku, hermano de Ninurtatukultiashshur, que poco después arrojará a éste del trono), a servir de alimento a los leones y cachorros de león del parque zoológico del rey, o bien a ser sacrificado en el transcurso de las ceremonias religiosas. De aquel ganado que no tenía destino inmediato preciso se encargaba un funcionario llamado «cebador» (*sha kurushti*), quien a su vez lo confiaba a empleados tales como los jardineros, los molineros y los cerveceros, que lo cebaban por cuenta del Palacio.

Merecen destacarse las ceremonias religiosas. El sacerdote purificador (*mashmashu*) recibía corderos y carneros para la «purificación» de algunas de las mujeres del rey o también para ritos de expiación en determinados días del mes. El sacrificio de un cordero tiene a veces carácter propiciatorio, como cuan-

do, por ejemplo, se inaugura el nuevo harén. Se sacrifica un buey el día 10 del mes *kuzallu* (tercer mes del calendario asirio) ante la «Señora del Palacio» (d'Bēlit-ekalli), divinidad cuyo culto se extiende por toda la zona que va desde Mari, a través de Asiria, hasta Nuzi.

Con Ashshurrēshishi (1133-1116) Asiria resurge de la depresión en que se encontraba y comienza una fase de recuperación. En una inscripción relativa a la restauración del templo de Ishtar en Nínive, que había quedado muy dañado después de un terremoto, el rey alude entre sus títulos a operaciones victoriosas contra los akhlamū, los lullume y los guteos. En dicha inscripción se le llama «el que extermina a las vastas hordas de los akhlamū y que ha deshecho sus tropas», «el que ha derrotado al país… de los lullume, y la totalidad de los guteos y el conjunto de sus montañas, y el que los ha obligado a arrodillarse a sus pies». Ni uno ni otro título nos enseñan nada nuevo. En ambos casos debía tratarse de las acostumbradas operaciones de los reyes asirios para rechazar lo más lejos posible a los grupos de beduinos que rondaban la frontera occidental y para librar a su territorio de los ataques de los pueblos de la montaña. El exterminio de las hordas de akhlamū no debió surtir un efecto decisivo, a juzgar por la saña que puso en combatirlos el sucesor de Ashshurrēshishi. El último elemento de los títulos de este último alude quizá a su política con los babilonios: «vengador del país de Asur». ¿Se llama así en razón de una actitud de independencia, que él debió iniciar, frente a un país ante el cual los reyes asirios, sus predecesores, se habían sentido hasta entonces más o menos sometidos? En todo caso, sabemos por las crónicas que Ashshurrēshishi tuvo que luchar primero contra las tropas babilónicas de Ninurtanādinshūmi, que habían sitiado a Arbeles, y después contra su hijo y sucesor Nabūkudurriuṣur I, que había penetrado en territorio asirio e intentado apoderarse de la fortaleza de Zanku. En ambas ocasio-

nes, aunque al parecer los asirios rechazaron los ataques enemigos, la iniciativa fue de los babilonios.

g) El reinado de Tiglatpileser I

Con Tiglatpileser (o Teglatfalasar; 1117-1077) la fortuna se pone de nuevo completamente a favor de Asiria. En el momento en que ésta comienza otra vez una política expansionista se había modificado por completo la situación internacional con la que tenía que encontrarse. En sustitución del imperio hitita, desaparecido definitivamente desde hacía casi un siglo, existían pueblos de origen traco-frigio, pueblos turbulentos, ya que no estaban todavía definitivamente instalados en las regiones que habían venido a invadir. Contra uno de ellos, los *mushki,* Tiglatpileser combatirá desde el primer año de su llegada al poder. Estos mushki, que habían ya ocupado durante cincuenta años el país de Alzi y de Puruluniz «confiados en su fuerza», se habían propagado al país de Kummukhi. Tiglatpileser, después de haber reagrupado sus carros y sus tropas, se lanza a través de los montes Kashiyari, llegando al país de Kummukhi, y derrota a las tropas mushki, compuestas de 20 000 hombres a las órdenes de cinco jefes. El rey se complace en evocar la sangre de los enemigos muertos que, según una expresión que empleará a menudo en sus inscripciones «cubría las cimas de las montañas y los valles». En el exterior de las ciudades enemigas amontona las cabezas decapitadas de los guerreros «como montones de grano». Después de apoderarse del botín y de los dioses de sus enemigos, incorpora a sus tropas 6000 soldados mushki que habían desertado y le habían jurado sumisión.

Parece que de repente Tiglatpileser se encuentra en la necesidad de reclutar soldados de las tropas extranjeras para cubrir las pérdidas de su ejército. El elevado precio de estas guerras en

vidas humanas fue probablemente una de las razones del brusco hundimiento de la pujanza asiria después de Tukultininurta.

En los años posteriores continúan las conquistas de Tiglatpileser, que se extienden hacia el norte y el noroeste sobre el territorio del antiguo imperio hitita. Las tropas enemigas se dispersan ante el avance asirio «como pájaros sobre las cimas de sus altas montañas». Inútilmente, ya que los carros asirios se lanzan en su persecución y llegan a cercarlos y obligarlos a rendirse. A pie cuando los carros no pueden superar las asperezas del terreno, el rey prosigue la guerra contra todo el que se le resiste, incendiando ciudades y aldeas, matando, saqueando e imponiendo tributos. Después avanza por las regiones que habían constituido el reino de Mitanni: deporta al interior de las fronteras asirias a 4000 soldados de Kashki y de Urume, pero, a pesar de los partes victoriosos, el enemigo resiste. Incluso cuando el rey declara que ha derrotado definitivamente una región se sabe, algunas líneas más abajo, que ésta, pese a haber quedado reducida a cenizas, ha debido ser reconquistada. Si bien el tono de la narración va siendo cada vez más excitado y apasionado, ya sabemos a qué atenernos. La lógica de la guerra de conquista es tal que Tiglatpileser, para guardar los territorios que considera de importancia vital para Asiria, estará obligado a extender su campo de acción a regiones cada vez más alejadas. Avanzando así a territorios que ningún rey asirio había hollado, acabará por alcanzar el «mar superior», el mar de Nairi (lago de Van). Desde allí continúa hacia el oeste, abriéndose paso a través de las altas montañas de esta abrupta región. Construye con árboles un puente sobre el Éufrates suficientemente sólido para que sus tropas puedan atravesar el río. Nuevas batallas les esperan en la otra orilla. Los reyes de Nairi, con sus aliados, intentan en vano contenerle. El ejército al cual se enfrenta está provisto de carros, pero es derrotado y perseguido por las fuerzas asirias hasta el lago de Van. El botín debió haber sido conside-

rable: se habla de 120 carros, aunque esto parece excesivo. Algunos jefes son llevados como rehenes a la corte de Asur. Hecho esencial, la victoria sobre la confederación de Nairi parece haber tenido como consecuencia la sumisión sin la menor violencia del territorio de Malatya.

La ciudad queda perdonada a cambio de rehenes y se le impone como contribución un bloque de plomo de cien kilos. La vía de la costa mediterránea queda así abierta, pero el rey no alcanzará el mar de Amurru sino más adelante: «Por orden de Anu y de Adad, los grandes dioses mis señores, avancé hacia las montañas del Líbano e hice talar vigas de cedro para el templo de Anu y de Adad». Señalemos de pasada que el rey invoca la autoridad de los dioses que le han ordenado expresamente cortar los cedros, árboles sagrados de una montaña que, desde siempre, se ha considerado en Mesopotamia como un bien inaccesible y mítico. El rey menciona igualmente los tributos que recibió de Biblos, de Sidón y de Arwad, así como los animales exóticos que trae de su expedición, monos, un «caballo de mar» y un *nakhiru* (tal vez una ballena o una foca) que había arponeado durante una travesía.

A la vez que tienen lugar estas guerras ásperas y crueles, que logran abrir a los asirios la vía de Siria y del Mediterráneo, se proseguía otra guerra menos prestigiosa, pero no por eso menos importante. En la época de Tiglatpileser, los akhlamū, a los que su padre Ashshurrēshishi había declarado vencidos para siempre, se habían vuelto más amenazadores que nunca. El rey los persigue por el desierto, desde el país de Sukhi, a orillas del Éufrates medio, hasta Karkemish. El río no constituye un obstáculo para Tiglatpileser: atraviesa el Éufrates en pos de los nómadas que buscan refugio en la otra orilla. Pero, aunque llega a apoderarse de seis ciudades, el enemigo se dispersa sin dar batalla en la vasta región entre Tadmor (actual Palmira) y el Jebel Bishrī. El rey atraviesa el río veintiocho veces, es decir, una vez

a la ida y otra a la vuelta de cada campaña, lo que hace un total de catorce campañas contra los akhlamū. Los asirios conocían también a estos últimos con el nombre de arameos.

El ataque contra Babilonia debe situarse hacia el año treinta del reinado de Tiglatpileser. El rey nos ha dejado el itinerario que siguió la primera vez: atraviesa el Zāb inferior, que debía constituir en ese momento la frontera entre los dos estados, y se apodera del territorio de la ciudad de Tursha(n), que había formado parte antiguamente del estado de Arrapkha, de la ciudad de Arman y de la llanura de Ṣallu hasta Lupti. Después de haber franqueado el río Radana (hoy Tauq Chāi), se apodera de las ciudades situadas al pie del monte Kamulla, que forma parte del Jebel Ḥamrīn actual. Entonces vuelve a encontrar las tropas babilónicas y las derrota, llevándose consigo a Asiria a los habitantes de las ciudades y un gran botín. Aproximadamente en la misma época se sitúa la conquista de varias ciudades de Sukhi, junto al Éufrates medio. Pero este ataque no debía quebrantar aún definitivamente el poder babilónico. Sólo se llegó al corazón de Babilonia en una segunda campaña. Los grandes santuarios de Dūr-Kurigalzu, Sippar de Shamash, Sippar de Annunītum, Babilonia y Opi, fueron tomados. El palacio del rey Marduknādinakhkhē fue entregado a las llamas. Pero no parece que esta derrota supusiera el final de los combates, ya que otras dos veces, en diferentes epónimos, Tiglatpileser habrá de disponer sus carros de combate en orden de batalla contra el rey de Babilonia, con el fin de derrotarlo definitivamente.

Los anales de Tiglatpileser representan, desde el punto de vista estilístico, una evolución considerable respecto a todo lo que se ha hecho en este sentido. Atribuir esta evolución a un hombre, el rey, o a sus escribas, revelaría una osadía o una ingenuidad exagerada. En realidad, esta evolución nos hace tomar conciencia de la importancia de la transformación que se operó

en Asiria durante más de un siglo, período durante el cual nuestros conocimientos se limitan a detalles de tipo casual.

Tiglatpileser no fue solamente un infatigable guerrero, sino que su nombre va unido igualmente a un importante trabajo de copia y de clasificación de textos literarios y jurídicos. Gracias a él disponemos de recopilaciones de leyes, como las «leyes asirias», y de decretos, como los «edictos del harén».

Las leyes asirias, escritas sobre tablillas de las cuales solamente nos han llegado tres en buenas condiciones, pueden considerarse recopilaciones de normas jurídicas concernientes a las personas y a los bienes. En ausencia de una fecha precisa de redacción, se ha convenido en ver en ellas documentos escritos en diferentes épocas, entre el siglo XV y el siglo XII a. C.; las tablillas C y G son probablemente las más antiguas y las A y B las más recientes.

Tal como se presentan, a pesar de su naturaleza jurídica mal establecida, estas recopilaciones tienen el mérito, esencial para nosotros, de ilustrar claramente algunos aspectos de la sociedad asiria. Tomemos, por ejemplo, la tablilla A que es la más completa: toda una serie de casos de delitos que pueden cometer mujeres de condición libre. Vemos que cuando una mujer se hace culpable de actos cuyo castigo incumbe a una autoridad extrafamiliar (como robar un objeto en un templo, proferir blasfemias o golpear o herir a un hombre) recae únicamente sobre su persona la responsabilidad de su acto, mientras que cuando una mujer libre y casada roba un objeto en una casa extraña, sólo cae bajo la venganza de la víctima del robo, en caso de que su marido no acepte devolver el objeto robado y pagar un rescate, y rehúse asumir él mismo la tarea de castigarla. En este caso, según otros dos párrafos (57-58), el marido sólo puede infligir a su mujer castigos que la mutilen en presencia de una autoridad extrafamiliar.

Numerosos párrafos estudian el adulterio y la violación. La calumnia, delito tan viejo como el hombre, ocupa cuatro párrafos. Son particularmente importantes para el estudio de la estructura familiar de esta época varios artículos que se refieren a la mujer que vive bajo el techo paterno aun cuando esté casada. Algunos artículos esclarecen las formalidades del matrimonio. Si un hombre que vive con una mujer desea hacerla su esposa legítima, no tendrá más que poner un velo sobre la cabeza de su mujer, en presencia de cinco o seis vecinos, y declarar: «Ella es mi esposa». Mientras no realice este rito, la mujer es su concubina y los hijos nacidos de esta unión sólo heredan a su padre en ausencia de hijos legítimos. Llevar el velo en público aparece como una obligación de la mujer casada o viuda y, en general, de todas las asirias. Incluso cuando una concubina acompaña a la esposa principal en público, debe tener el rostro cubierto con un velo. Por el contrario, las prostitutas del templo pueden circular libremente por la calle con la cabeza descubierta.

En cuanto a las simples prostitutas y a las esclavas, el llevar el velo en público les está simplemente prohibido. La ley obliga, a quien encuentra una prostituta o una esclava con velo, a arrestarla. Después de la presentación de testigos será condenada a cincuenta garrotazos, se cubrirá de pez su cabeza y su acusador recibirá sus ropas (excluyendo las alhajas). Pesadas penas amenazan al que se sustrae a este deber y deja marchar a la culpable.

Otros párrafos parecen otorgar la misma importancia para la conclusión del matrimonio a dos actos que, no obstante, son de naturaleza diferente: la unción de la cabeza de la esposa y la entrega de regalos nupciales (*khuruppāte*) por el esposo a la casa de su suegro. El cumplimiento de uno sólo de estos dos actos puede conferir al matrimonio un carácter definitivo. Incluso cuando la muerte o desaparición del esposo no ha permitido la consumación del matrimonio, la joven podrá ser entregada a

cualquiera de los hermanos o hijos del desaparecido, si tienen más de diez años. Solamente en el caso de que en la familia no haya ningún niño de más de diez años el padre de la joven podrá recuperarla devolviendo los regalos que había recibido a cambio de ella.

Ciertos párrafos prevén castigos muy severos (vida por vida) para el que ha hecho abortar a una mujer casada o a una prostituta golpeándola. En el caso de que se tratara de una mujer que todavía no hubiese dado un niño varón a su marido, el culpable será reo de muerte. Pagará igualmente con su vida en el caso de que la mujer muera a consecuencia del aborto. Una mujer culpable de maniobras abortivas sobre sí misma será empalada y su cadáver privado de sepultura.

La tablilla B estudia sobre todo la legislación sobre bienes raíces. Algunos artículos conciernen a los casos en que varios hermanos tienen una propiedad en común. Particularmente digno de interés es el párrafo ya comentado (más arriba) que regula la publicidad en caso de venta inmobiliaria. El desplazamiento de mojones-límites está severamente castigado: amputación del dedo al culpable, cien garrotazos y un período de trabajos forzados. A este objeto se distingue entre grandes y pequeños mojones, pudiendo estos últimos separar las parcelas de una misma propiedad, mientras que los grandes son los que limitan una propiedad. Las relaciones entre acreedor y deudor en lo que se refiere a los préstamos son objeto de la tablilla C. La venta de personas o animales que un acreedor retiene para uso personal en calidad de aval está prohibida formalmente. El acreedor que vendiera a un extraño a la persona que se encuentra en su poder como aval, perdería el importe de la deuda, debería pagar además al deudor la suma conseguida por la venta del aval y soportaría la pena de garrote y cuarenta días de trabajos forzados. En caso de muerte de la persona vendida, el acreedor debería pagar según el principio de «vida por vida».

Otros párrafos de la misma tablilla estudian el caso, ciertamente frecuente, de robo de animales. Se ofrecen dos posibilidades al acusado una vez que se ha establecido su culpabilidad: sufrir la pena que la ley impone por su delito o bien presentarse ante el rey habiendo restituido la cosa robada y someterse al castigo que éste tenga a bien infligirle.

Por los edictos, los reyes asirios, desde Ashshuruballiṭ hasta Tiglatpileser, buscaban reglamentar también las relaciones, sumamente delicadas, entre el personal de la corte, cada vez más numeroso y diferenciado, y las mujeres del rey que residían aparte, en un edificio del palacio real. Lo interesante de estos decretos es que nos permiten conocer el funcionamiento de la corte asiria, al menos durante los dos últimos siglos del segundo milenio. De hecho sería imprudente generalizar. Los empleos cambian de nombre de un siglo a otro, y tampoco es seguro que al transmitirse de una época a otra continúen designando exactamente la misma función. No se sabe, por ejemplo, si el *ākil ēkalli* (jefe del palacio) del siglo XIV tenía las mismas funciones que el *sha mukhkhi ēkalli* (el que está al frente del palacio) del siglo XIII y el *rāb ēkalli* (grande del palacio) del siglo XII. Es cierto que a medida que el estado asirio se agrandaba se diferenciaba más él papel de los funcionarios. El *ākil ēkalli* aparece, en la época de Ashshuruballiṭ, como el intermediario entre el rey y el mundo exterior. El rey se enteraba solamente por medio de este funcionario de la muerte de una persona, aun tratándose de un pariente próximo, a fin de que su pureza no se mancillara. Los edictos destacan el papel del *nagīr ēkalli*, cuyas funciones debían superar con mucho a las de un pregonero del palacio, encargado de proclamar las decisiones reales por todos sus rincones para que nadie las ignorase. De hecho debía ocupar el segundo o tercer rango después del rey. Los eunucos (*sha rēshi*) se encontraban evidentemente entre el personal masculino de la corte que podía aproximarse más fácilmen-

te a las mujeres del harén, pero aun en este caso debían someterse a un ceremonial escrupuloso. Un eunuco no podía penetrar solo en la parte reservada. Además, cuando encontraba a alguna de las «mujeres del rey» (*sinnishati sha sharri*), es decir, una de las mujeres que pertenecían al harén sin llevar el título de esposa, debía detenerse a siete pasos. Asimismo, cuando el eunuco era llamado por una de las mujeres y se daba cuenta de que ella no estaba vestida convenientemente, sin cubre-sexo o con los muslos descubiertos, no debía dirigirle la palabra. Si contravenía estas prescripciones, se le infligían cien garrotazos y su acusador recibía en recompensa sus vestiduras. Los eunucos tampoco debían ser testigos de una pelea entre dos mujeres ni de discusiones de su parte. Se debe tener en cuenta que estas prescripciones no establecen una diferencia absoluta entre un eunuco y otro cortesano que no lo fuera. Entre las mujeres del harén real el primer lugar correspondía a la madre del rey. Se sabe la importancia que, en el reino de Judá, tuvo la madre del rey Salomón, Betsabé, por no hablar del papel que desempeñó más tarde la famosa Naq'ia, viuda de Senaquerib, durante el reinado de su hijo Asarhaddón. La seguirán en importancia la esposa o las esposas del rey. Según el orden ceremonial, la madre del rey y su esposa seguían inmediatamente a los hijos y al hermano del rey. A la esposa del rey seguían, desde el punto de vista jerárquico, el resto de las «mujeres del rey» de las que se ha tratado más arriba. Entre estas últimas figuraban jóvenes asirias de familias nobles e hijas de reyes extranjeros; tenían a su servicio esclavas que les debían obediencia absoluta, pero no tenían que mostrarse muy duras con sus sirvientas. En caso de desobediencia de una esclava hacia su dueña, ésta no tenía derecho a administrarle más de treinta garrotazos y, si la muchacha moría bajo sus golpes, su dueña era la responsable.

Después de Tiglatpileser, el poder asirio sufre una época de estancamiento seguida de un declinar inevitable. De sus hijos,

ni Ashshurbēlkala (1074-1057) ni Shamshiadad IV (1054-1051) tenían su temperamento guerrero. El primero intentó, sin grandes resultados, conservar Urarṭu bajo la tutela de Asiria. Se puede pensar igualmente que las sucesivas pérdidas en vidas humanas, durante más de treinta años de guerras casi ininterrumpidas, no eran extrañas al ahogo que testimonian los sucesores de Tiglatpileser. Las múltiples alianzas que este rey había intentado establecer entre Asiria y los pueblos vencidos, imponiendo tributos y guardando junto a él como rehenes a los príncipes extranjeros, iban a deshacerse una tras otra. Durante este tiempo, en la llanura, los arameos eran dueños y señores de Babilonia, donde uno de sus jefes había llegado a ser rey.

2. Hititas, hurritas y mitanios

I. FUNDACIÓN DEL ESTADO HITITA

Hasta fines del siglo pasado el nombre de hitita (*khitita*) se conocía solamente a través del Antiguo Testamento, y con él se designaba a uno de los pueblos establecidos en Palestina. La cita más interesante en este sentido se halla en Génesis 23, donde se relata que Abraham compró a los hititas (*hijos de Heth*), en calidad de extranjero, una tumba hereditaria cerca de Hebrón, en el país de Canaán.

Asia Menor es el ámbito histórico en el que se desarrolló la historia de los hititas, condicionada al principio por las características geográficas de esta península, pero que más tarde, al extenderse el imperio hitita hacia el sureste, desbordará sus límites.

Asia Menor es el eslabón que une el Próximo Oriente con el mundo egeo, como confirman las estrechas relaciones culturales que ya existían en la prehistoria y en la Edad Antigua entre ambos mundos. Las excavaciones realizadas en los últimos años por J. Mellaart en Çatal-Hüyük (llanura de Konya), que por primera vez han revelado una cultura urbana neolítica en Asia Menor, estrechamente relacionada con Cilicia y la región del Éufrates, han abierto perspectivas sorprendentes[1].

También ha sido importante el descubrimiento de una gran provincia cultural metalúrgica, de finales del tercer milenio a. C., que abarca la Tróade y Capadocia del Norte (excavaciones de Alaca-Hüyük, Horoztepe)[2].

Las relaciones del reino hitita de Asia Menor con Occidente durante el periodo histórico están poco investigadas. Esto se debe, en parte, a que Asia Menor occidental y el mundo egeo carecieron, a juzgar por nuestros conocimientos actuales, de escritura. Por tanto, es imposible localizar las regiones y lugares de la parte occidental de la península que aparecen mencionados en textos hititas y hacerse una idea concreta de la constitución del estado hitita y de sus monarcas a través de los documentos de la época.

Nuestra imagen de la cultura y de la historia hititas está, pues, determinada en gran medida por sus relaciones con el sureste, donde se hallaba el centro de gravedad de la cultura urbana babilónica, caracterizada por la escritura cuneiforme (recuérdese que su influencia llega hasta Khalpa, Karkemish y Ugarit), y donde se cruzaban, concretamente en Siria del norte, las grandes arterias de intereses comerciales y políticos, que determinaban la historia del Próximo Oriente.

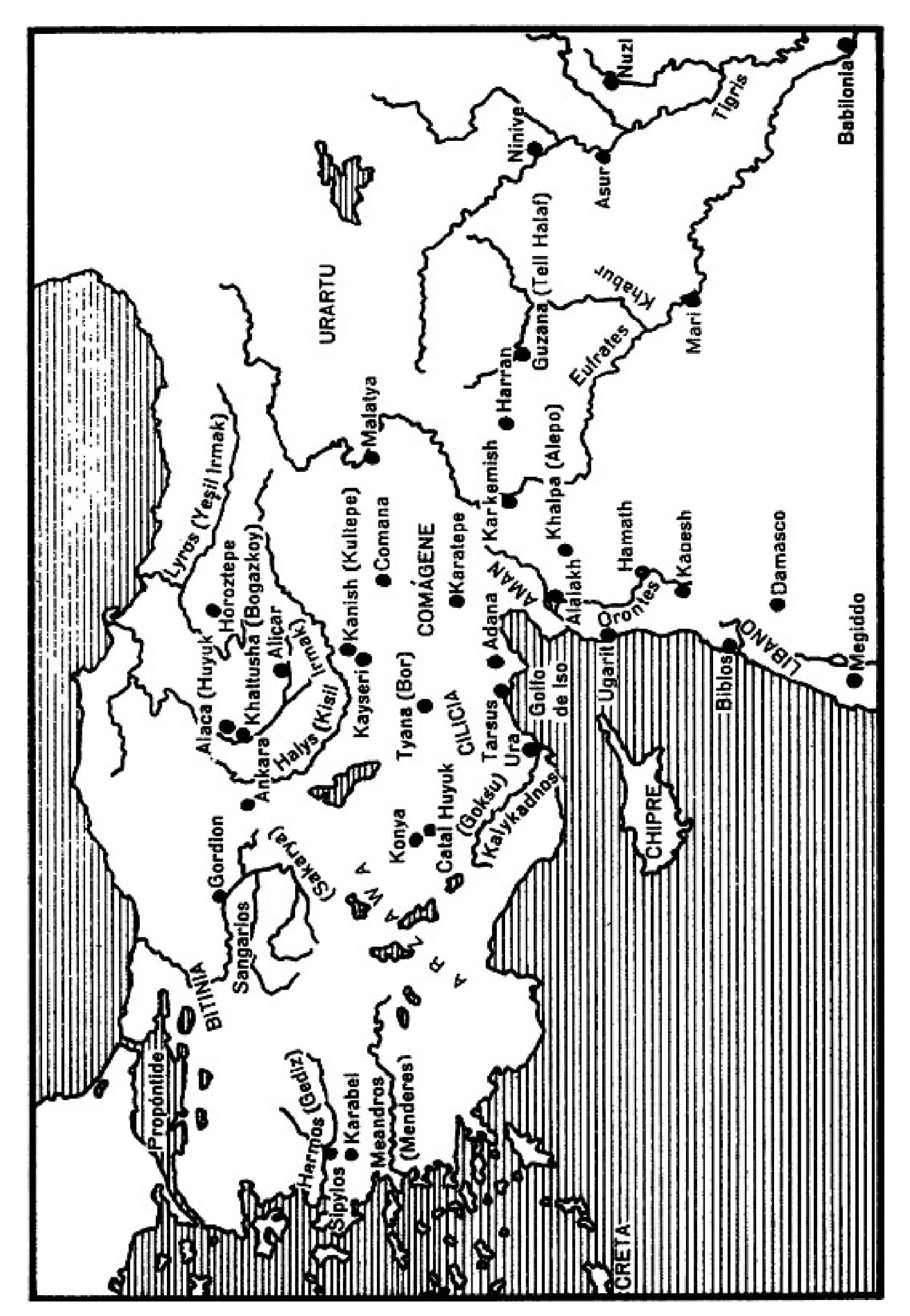


Fig. 2. Asia Menor bajo el dominio de los hititas.

En la antigüedad, Asia Menor se insertaba en la comunidad del Próximo Oriente como productor de materias primas: ma-

dera para la construcción, cobre y plata. Las primeras noticias de ello están contenidas en un poema épico relativo a Sargón de Akkad (2340-2284)[3]. En esta «novela histórica», llamada *Rey de la batalla*, los comerciantes incitan al rey de Mesopotamia a la guerra contra la ciudad de Burushkhanda, probablemente la misma Burushkhanda que más tarde los textos de Kültepe presentan como una de las ciudades más destacadas de la antigua Asia Menor y que hoy se puede localizar al sur del Lago de la Sal (Lago de Tuz)[4].

En dicho texto, el jefe de los comerciantes dice: «Hemos invocado el nombre de Sargón, rey del universo. Que descienda a nosotros, queremos recibir poder, porque no somos guerreros». A su expedición se oponen «malos caminos, rutas difíciles; el camino de Burushkhanda sobre el que quieres caminar es un camino del que me quejo… de siete horas dobles… El monte Galashu… manzano, higuera, carrascas…»[5].

La descripción da una idea aproximada de las dificultades de la marcha, debidas al terreno montañoso y a la longitud del camino. Sin embargo, existían diversas rutas a través de las montañas, utilizadas por los nómadas trashumantes y los comerciantes, como, por ejemplo, el impresionante desfiladero de Kalykadnos (hoy Göksu) que conducía desde la costa sur a la llanura de Konya, la ruta por el puerto cilicio desde Tarso y Adana hasta Tyana-Bor, y otros varios caminos de montaña, que, partiendo del valle del Éufrates, conducían por Malatya a la meseta de Kayseri y al curso superior del Halys. A pesar de todo, la meseta del Asia Menor forma, como espacio geográfico, una región casi totalmente cerrada, con una abertura hacia el este, donde se pierde sin demarcación concreta en las montañas armenio-curdas. Entre la sierra del Ponto y el arco del Tauro al sur, se extiende una amplia meseta de una altura media de 800 m. Al carecer de un centro natural y de un río caudaloso que fuera la arteria vital del país (como el Nilo y el Éufrates,

que fomentaban la ordenación política a gran escala) los diversos valles tendían a una vida política independiente.

El Mar Negro está separado de la meseta por tres cordilleras paralelas, que alcanzan en el este alturas superiores a los 3000 m y que sólo pueden ser salvadas por difíciles y agrestes rutas montañosas. Dos ríos, el Halys-Kizil Irmak y el Lykos-Yeşil Irmak, se abren camino a través de la altiplanicie, en estrechos valles rocosos. Ninguno de estos ríos permite la navegación al interior del país. Tampoco hay espacio, en el estrecho desfiladero de rocas, para una ruta que permita el intercambio entre la meseta y las ciudades de la costa. La existencia singular de Paflagonia o del reino de Mitrídates, que conocemos por épocas posteriores, se debía a características geográficas; podemos suponer que en tiempos más antiguos sucedería algo parecido[6].

Hacia el oeste, la meseta desciende escalonadamente y ofrece cómodas posibilidades de comunicación con la recortada zona costera a través de los valles fluviales del Sangarios-Sakarya, del Hermos-Gediz y del Meandros-Menderes. En el norte, la Propóntide, con la península bitínica, constituye un camino de acceso a la meseta muy utilizado por los grupos nómadas de los Balcanes.

En el sur, la estepa licaona, llana y sin ríos, constituye la zona más seca de Asia Menor, que se interpone entre la meseta y los accesos a la zona costera egea. Al formar una barrera hostil a la cultura, obliga a las dos grandes rutas de comunicación a describir un rodeo, hacia el norte y hacia el sur. La segunda ruta atraviesa Ikonion-Konya.

La región del Lago de la Sal, hoy desértica, hace suponer por sus numerosos *hüyüks* (antiguos asentamientos sobre colinas) una provincia cultural densamente poblada en el pasado. La salinización creciente del suelo acabaría con las excelentes con-

diciones de vida que en un tiempo ofreció la región. En general, podemos afirmar que la vegetación y la fauna primitiva no podrían darse en las condiciones actuales. Huesos de ciervos y jabalíes, representaciones de estos animales halladas en los relieves de Alaca-Hüyük[7] y alusiones escritas, demuestran que debió existir un espacio vital idóneo con bosques y valles húmedos.

En esta región, correspondiente a las antiguas Galatia y Capadocia, surgieron desde comienzos del Calcolítico tardío, es decir, desde comienzos del tercer milenio, los primeros centros urbanos en lugares favorecidos por el agua, el terreno o por la situación en rutas importantes. Desde entonces las condiciones básicas de colonización en Anatolia se mantuvieron constantes a través de los siglos hasta la época clásica.

Dejando a un lado los relatos legendarios de Sargón y Narāmsīn de Akkad[8], el período histórico se inicia en este territorio con la época de actividad comercial asiria y el hallazgo de los grandes archivos comerciales de Kanish, junto a la actual Kültepe, al norte de Kayseri[9]. Los estratos inferiores, IV y III, de esta colonia carecen aún de documentos escritos y los pocos hallazgos arqueológicos publicados sólo permiten establecer unas relaciones muy generales con Siria septentrional. Sin embargo, el estrato II, en el que se han hallado centenares de cartas y documentos, nos coloca en terreno histórico ya que en sus documentos se hace mención de Sargón de Asur y de su sucesor Puzurashshur[10]. Según la cronología media podemos situar este estrato y sus documentos en el siglo XIX. Gracias a que se conocen ochenta epónimos anuales de los textos así fechados, se puede afirmar que la historia de este estrato abarca aproximadamente un siglo.

Además de una estrecha relación con la metrópoli, Asur, las cartas muestran las dimensiones de la actividad comercial en

Anatolia, cuya organización, con sede central (*kārum*) en Kanish y diversos establecimientos diseminados, alcanzaba hasta las estribaciones de la sierra del Ponto y la región de Konya.

Los comerciantes extranjeros se establecieron largos años en Anatolia, algunos de ellos se casaron con mujeres indígenas, emplearon a los habitantes como criados y establecieron relaciones comerciales con ellos. En los aspectos externos de su vida, como pueden ser el lugar de asentamiento y los utensilios domésticos, se amoldaron a las condiciones de Anatolia, por lo que su legado cultural material puede considerarse un testimonio del desarrollo cultural de Anatolia[11]. Pero la lengua, la escritura y los nombres propios demuestran que los habitantes de esta colonia, situada fuera de las murallas de Kanish, eran extranjeros.

Los testimonios de nombres indígenas de personas y dioses tienen gran importancia para la reconstrucción histórica de esta época, ya que permiten conclusiones sobre la composición étnica de Capadocia oriental. Sobre todo se puede plantear la cuestión de hasta qué punto estos textos mencionan indígenas de Anatolia o inmigrantes de los grupos lingüísticos indoeuropeohititas. La discusión de este problema no ha llevado aún a una conclusión unánimemente aceptada; A. Goetze opina desde hace tiempo que junto a nombres anatolios (protokhatti) aparecen indudables testimonios de lenguas indoeuropeas[12]. Esta opinión sobre los nombres propios se ve confirmada por los apelativos *ishkhiuli* (hitita *ishkhiul* = contrato) e *ishpatalu* (hitita *ishpant* = noche)[13], pero recientemente ha sido rebatida enérgicamente con el argumento de que ambas palabras hititas carecen de una etimología indoeuropea de atribución segura, y que se trata probablemente en ambos casos de préstamos de una lengua indígena[14].

En el primer caso, las tribus indoeuropeas inmigradas se establecerían en Anatolia antes del siglo XIX; en el segundo, penetrarían en la meseta después del periodo de actividad comercial asiria, a cuyo fin quizá contribuyeran (destrucción de kārum Kanish II)[15]. El problema se complica al no saberse con certeza si la oleada inmigratoria tuvo lugar por el oeste, es decir, a través de los Dardanelos y el Helesponto, o fue una invasión por el este y en ese caso seguramente a través del Cáucaso (Derbent). El material arqueológico, especialmente la cerámica, de variadas formas y decoraciones, no permite ninguna deducción segura, como tampoco la permite el punto de vista de F. Sommer[16], tan atractivo en su momento.

Sin duda el estado actual de la investigación constituye el obstáculo principal que impide dar una respuesta clara a las cuestiones tratadas más arriba. Los resultados arqueológicos de las excavaciones turcas en el establecimiento comercial de Kanish, que se están realizando desde 1948, sólo se han publicado parcialmente. Miles de tablillas de barro tienen aún que ser catalogadas y analizadas científicamente. Así se comprende que sólo en fecha reciente se hayan tomado en consideración los estratos arqueológicos II y IV en lo que se refiere a los documentos escritos hallados en ellos y a su situación histórica en general[17].

El establecimiento comercial, que probablemente estuvo rodeado de murallas en un tiempo, se encuentra fuera del recinto amurallado de la antigua ciudad de Kanish (actualmente Kültepe). Las excavaciones arqueológicas en la colina de la ciudad comenzaron hace pocos años; los resultados sobre el orden de los distintos estratos y su correspondencia esencial con los estratos IV-Ia del establecimiento comercial no han sido aún publicados[18]. El arqueólogo Tashin Ŏzgüç se ha limitado a constatar que el establecimiento comercial y la ciudad fueron destruidos simultáneamente por un incendio. En vista de los resul-

tados aún incompletos de la investigación, cualquier descripción histórica tiene que contar con muchas fuentes de error, aunque parece que los datos procedentes de las excavaciones de Kültepe, Alişar y Boğazköy dan una imagen bastante exacta de la cultura y los sucesos de los siglos XIX y XVIII a. C.

Según estos datos, Anatolia estaba dividida, de acuerdo con su configuración geográfica, en ciudades-estado gobernadas por un príncipe o princesa; el príncipe heredero ocupaba un alto puesto en la administración (con el título de «Gran señor de la Escalera»). Naturalmente podemos suponer que estos reinos y territorios se combatían o aliaban, y que podían alcanzar, como en el caso de Burushkhanda, una cierta supremacía bajo un «Gran príncipe». Una carta hallada en 1955 en Kültepe da un fiel testimonio de la situación histórica: «Así habla Anumkhirbi, príncipe de Mama, a Warshama, príncipe de Kanish: tú me has escrito de esta manera: "El (hombre) de Taishama es mi esclavo, yo le haré callar. Pero ¿harás tú callar al (hombre) de Sibukha, tu esclavo? Si el (hombre) de Taishama es tu (perro) ¿por qué actúa (por cuenta propia) frente a otros soberanos? El (hombre) de Sibukha (es perro) mío ¿acaso él actúa (por cuenta propia) frente a otros soberanos? ¿Acaso el príncipe de Taishama se ha de convertir en el tercer príncipe entre nosotros? Cuando mi enemigo me derrotó, el (hombre) de Taishama cayó sobre mi país, destruyó doce ciudades mías y robó sus ganados y sus ovejas"»[19].

El resto del texto también hace referencia a relaciones pacíficas, ya que en la época de Inar, padre de Warshama, se firmó un pacto entre los dos estados y se creó un correo diplomático regular.

Con el nombre del autor de esta carta, Anumkhirbi, se manifiesta un nuevo elemento étnico, los hurritas, que estaban establecidos desde hacía siglos en Mesopotamia superior y se extendieron a comienzos del segundo milenio hacia Siria del nor-

te, y Asia Menor probablemente en relación con el comercio asirio. La ciudad de Mama se hallaba en la ruta sur, que conducía desde el Éufrates hasta Kanish, es decir en pleno Tauro, en la región del actual Elbistan.

Según el testimonio del soberano asirio Shalmanasar III, que reinó aproximadamente mil años más tarde, en la sierra Adalur (¿Amán?) se erguía un monumento conmemorativo dedicado a Anumkhirbi, en la ruta misma que atravesaba la montaña. Un texto primitivo hitita contiene un relato histórico de sus luchas con la ciudad de Zalpa. Ambos testimonios hacen suponer la existencia de un príncipe de nombre hurrita, quizá miembro de este pueblo en expansión, que crearía en este territorio, aprovechando probablemente un periodo de decadencia del comercio asirio (que coincidiría con el final de kārum Kanish II)[20], un Estado de breve duración que abarcaría desde la meseta de Anatolia hasta la costa del golfo de Iso.

Para nuestra imagen histórica es importante saber que Kanish puede ser identificada con Nesha, la ciudad citada en los textos hititas posteriores (con lo que *ka-* sería un prefijo de formación protokhatti)[21]. Nesha estuvo, como veremos más adelante, estrechamente relacionada con los comienzos de la historia hitita; el príncipe Pitkhana y su hijo Anitta establecieron su residencia en la recién conquistada Nesha.

Entre las tablillas primitivas asirias procedentes de excavaciones piráticas, que en su totalidad pertenecen a los archivos comerciales (estrato II) se encuentra un certificado «de la mano del príncipe Pitkhana y del gran Señor de la Escalera Anitta». Así, pues, encontramos en documentos antiguos asirios los nombres de ambos príncipes, con lo que queda demostrada la existencia histórica de estas personalidades, contemporáneas del establecimiento comercial asirio. De momento no se puede determinar si el documento fue redactado en la propia Kanish o fue llevado allí desde otro lugar.

De Alişar (el nombre antiguo, Ankuwa quizá, no es seguro) provienen dos tablillas con certificados parecidos «de la mano del príncipe Anitta» y «de la mano del Gran Príncipe Anitta y del Gran Señor de la Escalera Beruwa». Tenemos ante nosotros una dinastía que consiguió conquistar parte de Capadocia y que al adoptar el título de Gran Príncipe pretendía una posición de supremacía[22]. El ascenso de esta dinastía a potencia dominante en Anatolia se relata en una inscripción histórica, conservada en varias tablillas de barro, en parte de escritura relativamente moderna y en parte de escritura antigua. La inscripción no tiene las características de la época paleoasiria, pero constituye un testimonio válido de los comienzos de la historiografía hitita, cuyos autores fueron capaces de ver los acontecimientos en orden cronológico y en relación lógica. Se trata, junto a una descripción fabulosa recién encontrada de la ciudad de Zalpa, del primer ejemplo de un estilo narrativo que va dando forma a los acontecimientos construyendo el relato desde los comienzos hasta el clímax histórico y narrativo. Citaremos, por esta razón, dicho documento:

«Anitta, hijo de Pitkhana, rey de Kushshara, habla: era amado por el dios de la tempestad del cielo, y cuando fue amado del dios de la tempestad, entonces el rey de Nesha (fue) prisionero del rey de Kushshara. El rey de Kushshara (descendió) de la ciudad con gran poder y c(onquistó) la ciudad de Nesha durante la noche por asalto. Capturó al rey de Nesha, pero no hizo (mal) a ninguno de los habitantes de Nesha, (sino que) los convirtió en madres (y) padres. Después de (Pit)khana, mi padre, en el mismo año, llevé yo la lucha […]. Por segunda v(ez) vino Piyushti, rey de Khatti, y a aquéllos de sus aliados que trajo los derroté junto a la ciudad de Shalampa. Todos los países de Zalpuwa junto al mar interior […]. Anteriormente Ukhna, rey de Zalpuwa, había llevado la estatua del dios Shiushummi de Nesha a Zalpuwa, después, yo, Anitta, Gran Rey, he llevado a Shiushu-

mmi de Zalpuwa a Nesha. Y a (Kh)uzziya, rey de Zalpuwa, lo traje vivo de Nesha. Y la ciudad de Khattusha fue atacada por el hambre y así la dejé. Pero, cuando el hambre la asoló, Shiushummi se la dio al dios Khalmash(uitta); y por la noche la tomé por asalto. En su suelo sembré malas hierbas. ¡Quién sea rey después de mí y colonice Khattusha de nuevo sea maldito por el dios del tiempo del cielo! En Nesha construí la fortificación de la ciudad. Detrás de la fortificación erigí la casa del dios de la tempestad del cielo y el templo de Shiushummi. Construí la casa del dios Khalmashuitta, la casa del dios de la tempestad (mi señor) y la casa de Shiushummi. Con todos los bienes que traje de la incursión las adorné. Hice una ceremoniosa oración… En el mismo día conduje dos leones, setenta jabalíes, tres cerdos salvajes, ciento veinte osos, y ya sean leopardos, ya sean leones, ya sean ovejas salvajes, ya sean ovejas salvajes grandes, ya sean… a la ciudad de Nesha, ante mis dioses. En el año siguiente emprendí la guerra (contra el príncipe de Shalatiw)ara. Cuando fui a la batalla, vino a mí el señor de Burushkhanda a honrarme y me trajo de regalo trono y cetro de hierro. Cuando volví a Nesha llevé conmigo al hombre de Burushkhanda. Cuando entre en la Cámara Interior, aquél estará sentado a mi derecha».

Tanto el estado como la monarquía estaban bajo la protección de la divinidad. Con su ayuda conquistó Pitkhana de Kusshara la ciudad de Nesha. Su príncipe fue destronado, pero la ciudad y sus habitantes fueron tratados bien. Si tenemos en cuenta que de Nesha deriva el nombre antiguo de lo que llamamos hoy lengua «hitita», es decir, lengua «nesita», nos inclinamos a creer que Nesha fue la avanzadilla de los inmigrantes indoeuropeos. Si identificamos a Nesha con Kanish, habremos conseguido una localización de los hititas primitivos en el sureste de la meseta, y al mismo tiempo podremos utilizar la tesis de que la fundación del Estado se desarrolló a partir del centro

del comercio interior a gran escala, aprovechando así las relaciones comerciales de éste.

El camino político hacia la supremacía en el ámbito anatólico no transcurrió sin reveses, como la destrucción de kārum Kanish II y la ciudad adyacente por un ataque enemigo. Sin embargo, parece que el comercio volvió a restablecerse después de una breve interrupción. En Asur gobernaba la enérgica personalidad de Shamshiadad (1815-1782)[23] y, en Anatolia, Anitta fue contemporáneo de kārum Kanish Ib, como demuestran claramente los hallazgos de los últimos años en la propia Kanish, en Alişar y en Khattush(a).

Anatolia estaba aún dividida políticamente. Tenemos datos sobre luchas armadas con muchas ciudades. Parece que Khattusha, en el norte, fue un enemigo particularmente poderoso al que costó grandes esfuerzos someter. El hambre debilitó por fin su capacidad de resistencia y un ataque nocturno condujo a la victoria. La ciudad fue destruida y se maldijo a todo aquel que en lo sucesivo la colonizara de nuevo. Por lo que hace a las actividades pacíficas, sabemos que Nesha fue ampliada y adornada con templos, erigidos en acción de gracias a los dioses que habían concedido la victoria en las guerras precedentes. Entre estos dioses se encontraban antiguas deidades protokhatti, como Khalmashuitta, y también dioses con nombres indoeuropeos, como Shiushmi/Shiushummi, «nuestro Dios», cuyo nombre se deriva del apelativo hitita *shiu-*, «dios», y constituye un testimonio más de la posición dominante que los inmigrantes indoeuropeos ocupaban en Nesha. Es interesante la creencia de que la ciudad queda sin protección en el momento en que las imágenes de los dioses salen de ella. La existencia de un jardín zoológico parece haber correspondido a las necesidades de una corte real.

Tuvo lugar una guerra más (párrafo 70, no transcrito aquí). En ella el ejército estaba formado por catorce mil soldados y

cuarenta carros de combate. Por tanto, ya en fuentes muy tempranas aparecen mencionadas estas unidades de combate que en época posterior serían decisivas por su velocidad, agilidad táctica y potencia. Muy en especial, el empleo de los carros de combate en ataques nocturnos exigía un entrenamiento a fondo del conductor y del caballo, con lo que surgió una especie de clase profesional de conductores de carros de combate. En la primitiva «Crónica de Palacio» hitita se habla expresamente de tales luchas.

De todas las luchas salió victoriosa la dinastía de Kushshar(a), la cual consiguió, por fin, el reconocimiento político de la supremacía que había conquistado al recibir de manos del soberano de Burushkhanda, el único hasta entonces en llevar el título de «Gran Príncipe» (junto al título correspondiente a Kanish), los atributos del poder (labrados en hierro, el nuevo y valioso material); éste recibió a cambio un puesto honorífico en el palacio de Nesha. Al mismo tiempo la tradición confirma que la supremacía de una ciudad correspondía a la idea histórica de unidad política de Anatolia.

La destrucción de Khattusha por Anitta se advierte en un estrato carbonizado que cubre los barrios residenciales del período asirio antiguo; también el asentamiento que se halla en la fortaleza (estrato IVd), y que corresponde a la residencia del príncipe Piyushti, ofrece las mismas huellas de destrucción. No disponemos en este caso de documentos en inscripciones de los antiguas príncipes de Khattusha. Por tanto, nos tenemos que basar en meras conjeturas, incluso en lo que se refiere a su dominación protokhatti[24]. El origen étnico de la dinastía de Kushshara es desconocido[25], aunque parece que dicha dinastía fomentó el asentamiento de inmigrantes indoeuropeos en Anatolia.

Quedan sin aclarar las razones por las que al poco tiempo Khattusha se transformó, a pesar de la destrucción y de la mal-

dición que sobre ella pesaba, en la capital reconstruida de una Anatolia reunificada. De momento parece que el hundimiento del poder asirio, a la muerte de Shamshiadad (1782), provocó graves disturbios en Anatolia: la destrucción de la mencionada colonia de Alişar y la de kārum Kanish Ib, marcan el fin de la actividad comercial asiria. Con ello dejó de utilizarse en Anatolia la escritura asiria, y no volvió a usarse ningún tipo de escritura hasta que, un siglo más tarde, se adoptó una babilónica que generalizó de nuevo el uso oficial de la escritura cuneiforme en Anatolia.

II. EL IMPERIO PALEOHITITA O IMPERIO ANTIGUO HITITA

Para la descripción de este período seguiremos un texto de la última época de este imperio antiguo hitita que duró, más o menos, un siglo. Se trata del texto del rey Telipinu, que nos ofrece en su preámbulo una recapitulación de los acontecimientos, en los que la unidad de la familia reinante contribuye a la consolidación del Estado. La crónica se inicia cuatro o cinco generaciones antes de la época de Telipinu: «Así (habla) Tabarna (= soberano) Telipinu, Gran Rey: antiguamente fue Gran Rey Labarna. Entonces estaban unidos sus hijos, sus hermanos y sus familiares, las gentes de su tribu y sus tropas. Tierra había poca. Pero a donde quiera que él fuera a luchar, vencía con brazo poderoso al país enemigo. Él devastaba (una y otra vez) el país; él desarmaba al país. Él los convertía en fronteras (¿vecinos fronterizos?) del mar. Cuando él regresa de sus campañas, cada uno de sus hijos va a un país. (Las ciudades de) Khupishna, Tuwanuwa, Nenashsha, Landa, Zallara, Parshukhanta, Lushna, las administraban ellos; las grandes ciudades estaban (en su mano).

»Después fue rey Khattushili. Entonces estaban unidos sus hijos, sus hermanos, sus familiares, las gentes de su tribu y sus

tropas. Pero a donde quiera que él fuera a luchar, también vencía con brazo poderoso a aquel país enemigo. Él devastaba (una y otra vez) el país. Él desarmaba al país. Él los convertía en fronteras (¿vecinos fronterizos?) del mar. Cuando él regresa de sus campañas, cada uno de sus hijos va a un país. En sus manos se hallaban las grandes ciudades. Pero cuando después los siervos del príncipe se volvieron falaces, comenzaron a devorar (¿administrar mal?) sus casas, a conspirar (una y otra vez) contra su señor y derramar (una y otra vez) su sangre».

El resumen es escueto, como corresponde a su finalidad. Sin embargo, llaman la atención las repeticiones, que no pueden interpretarse simplemente como giros formularios. Se ha intentado dar la siguiente explicación: hasta la época de Khattushili no hubo textos históricos (anales), y éstos fueron utilizados posteriormente para reconstruir en forma de cliché el período más antiguo de Labarna[26]. Es otra la explicación[27] que podrá deducirse de un texto bilingüe hallado en 1957 en Boğazköy, cuya introducción en lengua acadia comienza así: «El Gran Rey Tabarna reinó en Khattusha, hijo del hermano de Tawananna», mientras que la traducción hitita se atiene a fórmulas más conocidas: «(Así Tabarn)a, Khattushili, Gran Rey, (rey de Khattusha), hombre de Kushshar: En el país de Khattusha (reinó como monarca)». En estos textos se afirma claramente que la dinastía del antiguo reino hitita se remonta a los príncipes de Kushshara, aunque no se mencione una relación de parentesco con Anitta[28]. También resulta claro que el soberano, llamado Tabarna en la versión acadia, aparece como Khattushili en el texto hitita, y que su derecho al trono deriva únicamente de su condición de sobrino de la reina.

Si a esto añadimos que en las listas de sacrificios en honor de los reyes hititas[29] contenidas en el texto B también aparecen Tawananna y Labarna (de acuerdo con el texto mencionado arriba, la reina y su sobrino), y que el texto A comienza con La-

barna, sin mencionar después a Khattushili, podemos concluir que Labarna/Tabarna es el antiguo nombre del monarca, mientras que Khattushili es un apelativo que se le dio por haber reconstruido Khattusha y haber instalado allí su residencia. Según esta interpretación del texto de Telipinu, su autor debió confundir la tradición de Labarna, conservada seguramente por escrito, con la de Khattushili, nombrando dos figuras reales donde en realidad sólo había una. La mención que hace Khattushili en su inscripción bilingüe de una campaña contra Arzawa y el hecho de que en el pacto de Alakshandu, posterior, sólo se cite una campaña de Labarna contra esos territorios sin que aparezca una segunda expedición de Khattushili, hacen verosímil la identidad de los dos personajes. Los nombres de Labarna y Tawananna están documentados también en épocas más antiguas, al igual que los nombres de Kantuzili, Tutkhaliya, Pu-sharruma y Pawakhtelmakh contenidos en la lista de sacrificios (texto C). Esto demuestra que la dinastía y su tradición se remontaban hasta el siglo XVII, aunque es imposible reconstruir históricamente la época y los acontecimientos. Podemos suponer la existencia de una organización política de pequeños Estados, y, basándonos en el texto de Telipinu, iniciar el período de formación de un gran Estado con Labarna/Khattushili (aprox. 1650-1620).

A esta época pertenece la leyenda hitita del toro que abrió con sus cuernos un camino a través del Tauro para el rey y su ejército, que de este modo pudieron cruzar el mar y llegar a Khalpa-Alepo. La conquista de las fronteras marítimas constituye el acontecimiento más importante del resumen histórico del texto de Telipinu y es lugar común en una oración hitita antiguo-protokhatti: «El rey tenga salud; también la reina, los príncipes y sus tropas y tenga su país como fronteras a un lado el mar y el mar al otro lado».

La leyenda describe con adornos mitológicos este acontecimiento decisivo para la posterior formación del Imperio; el soberano de la meseta de Anatolia se abrió paso al mundo mercantil de Asia anterior y provocó con la conquista de las ciudades costeras de Cilicia y de las ciudades comerciales de Siria septentrional una transformación de las relaciones de poder[30].

El eje de la política hitita se trasladó hacia el sureste, lo que quizá explique en parte por qué las excavaciones de Anatolia occidental (como Gordion, Ayas, Bitik, etc.) descubren sólo restos hititas antiguos[31], como si la penetración cultural no hubiera sido tan intensa en época posterior y los dominadores se hubieran contentado con un sometimiento formal, en contraste con las primeras conquistas, en las que las provincias sometidas acusaban el impacto de la cultura hitita y los príncipes de la dinastía reinante encabezaban la administración (como atestigua el documento de Telipinu).

El texto bilingüe de Labarna-Khattushili, citado anteriormente, da un panorama detallado de la actividad política de la época[32]. Después de una introducción y la descripción de las primeras expediciones militares, el texto continúa: «Al año siguiente marché contra Alalakh y la destruí… A mi regreso devasté el país de Urshu y llené mi casa de tesoros. Al año siguiente marché contra el país de Arzawa, les arrebaté reses y ovejas. A mi espalda el enemigo del país de Khanigalbat penetró en mis tierras y todos los países me abandonaron. La ciudad de Khattusha fue la única que quedó. Al Gran Rey Tabarna, al amado del dios del sol: Sobre su regazo le instaló, su mano tomó y marchó delante de él en la batalla… Al año siguiente marché contra la ciudad de Zaruna y destruí Zaruna. Marché contra la ciudad de Khashshu. Frente a él (el Gran Rey), formó el (enemigo) y tropas de Khalap (estaban) con él. En las montañas de Adalur preparé su derrota. En (aquellos) días se puso en marcha, como un león cruzó el Gran Rey el río Puran, y venció

a la ciudad de Khashshu(wa) como un león con su zarpa. Sobre ella amontonó el polvo y con sus tesoros llenó Khattusha. La plata y el oro no tenían principio (ni) fin. Al dios de la tempestad, señor de Armaruk, al dios de la tempestad, señor de Khalap, Allatum, Adalur (y) Liluri, dos toros de plata, tres estatuas de plata y oro mandé subir a la diosa del sol de Arinna. Para la hija de la diosa Allatum, Khepat, mandé subir al templo de Mezulla tres estatuas de plata, dos estatuas de oro. Yo, el Gran Rey Tabarna, marché contra Zippashna y (aplasté) como un león la ciudad de Khakhkhu. Destruí la ciudad de Zippashna y conduje a sus dioses ante la diosa del sol Arinna. (Entonces) marché contra Khakhkhu y ataqué tres veces la puerta de la ciudad y destruí (la ciudad). Sus bienes los llevé a Khattusha, mi ciudad… El Gran Rey Tabarna quitó las manos de sus esclavas de la piedra de molino y quitó las manos de sus esclavos de su labor. Liberó sus cuerpos. Los transporté al templo de la diosa del sol de Arinna y bajo el cielo declaré su libertad. Nadie había cruzado aún el Éufrates. Yo, el Gran Rey Tabarna, lo crucé a pie y mis tropas detrás de mí lo cruzaron a pie. Sargón lo había cruzado también así, derrotando las tropas de Khakhkhu, no había echado fuego, no había hecho ningún (mal) a la ciudad de Khakhkhu, no había echado fuego, no había dejado elevarse el humo hasta el dios de la tempestad. Pero yo, Gran Príncipe Tabarna, he derrotado al rey de Khashshu, al rey de Khakhkhu, echado fuego (en las ciudades) y dejado elevarse el humo a la divinidad del sol del cielo y al dios de la tempestad. Y enganché al rey de Khakhkhu al carro».

La dicción y la estructura, parecida a la de los anales, demuestran que el texto constituye uno de los ejemplos más tempranos de la historiografía hitita. En este caso no se trata de una justificación ante los dioses, como ocurre a menudo con las inscripciones reales asirias. Las hazañas del soberano están en primer plano y son el tema de la inscripción. El párrafo final lo

atestigua claramente. Con su expedición al Éufrates, Khattushili había entrado con su joven Estado en la política mundial. La mención de Sargón conjura la gran figura de la tradición histórica[33]. El Gran Rey hitita seguía las huellas de aquel emperador de Akkad. Las ruinas carbonizadas de dos potentes ciudades, invencibles hasta aquella fecha y que habían sido centros importantes del comercio asirio, jalonan la ruta triunfal del ejército hitita; el rey de la ciudad vencida fue enganchado a los carros, como muestra de humillación extrema.

El poder del rey comenzó sobre bases pequeñas. El texto de Telipinu sólo cita, en la lista de conquistas de Labarna, ciudades de Asia Menor suroriental, de lo que más tarde sería la región de Tyanitis. En su crónica, en cambio, el rey habla de grandes expediciones; sin embargo, en momentos de crisis, como, por ejemplo, durante la invasión de los khurri (así reza el texto, en vez de Khanigalbat), cuando el rey se hallaba luchando al suroeste, las conquistas se perdían con gran rapidez. Únicamente el núcleo del reino quedaba a salvo de invasiones enemigas. Quizá fuera esta situación político-militar lo que provocó el traslado de la capital al territorio central, situado en el arco que forma el Delice Irmak y centrado en torno a Khattusha.

En Anatolia, el botín principal de las campañas era el ganado; las grandes conquistas posteriores en Siria septentrional permitieron acumular oro y plata en grandes cantidades. Estos metales, así como los objetos de culto, se transportaban a Khattusha. De este modo, ya en época muy temprana las formas extranjeras (hurritas) ejercieron su influencia sobre el culto hitita, al menos en lo que se refiere a las imágenes divinas.

La lucha por Siria septentrional contra el poder hegemónico de Khalpa-Alepo constituye el núcleo de la crónica. La ruta que siguió el ejército hitita que marchaba contra Alalakh debió pasar por los puertos del Tauro y por Cilicia. La destrucción de Alalakh, conocida a través de las excavaciones de sir Leonard

Woolley, como las del Tell Açana, debería reflejarse en los resultados arqueológicos y probablemente corresponda al estrato carbonizado situado sobre el VII, cuyo final se fecha, según indicios arqueológicos y argumentos históricos, entre el 1650 y el 1630 a. C.[34]

Ni en la conquista de Alalakh, ni en la marcha que le siguió contra Urshu (que se ha localizado al norte de Karkemish en la orilla derecha del Éufrates) se hace mención de Khalpa. Parece que el rey hitita aprovechó un periodo de debilidad de su enemigo del norte de Siria para su primera invasión. Hasta la segunda campaña contra Siria, concretamente contra Khashshu, en Comágene, no aparecieron las tropas aliadas de Khalpa, que fueron vencidas en la sierra de Adalur, seguramente en un paso montañoso hacia Siria.

El mismo suceso está descrito en una narración histórica redactada en lengua y escritura paleohititas, que, por tanto, puede considerarse auténtica: «(El Príncipe) de Khashshu vino al Rey en son de guerra… Zaludi, el Grande de los guerreros *manda* (y) Zukrashi, el general (del rey de) Khalpa acudieron con sus tropas y carros de combate desde la ciudad de Khalpa»[35].

La existencia del general Zukrashi está documentada por un escrito de Alalakh, estrato VII. Con esto se establece una importante sincronía que permitiría situar la campaña de Khattushili contra Alalakh en el período final de este estrato.

Un relato acadio sobre el sitio de Urshu constituye un ejemplo más de la fuerte tendencia a la narración histórica que caracteriza la primera época de formación del imperio hitita. El relato no fue incluido en las crónicas, quizá porque tuvo lugar en un período posterior, durante el que el rey dirigía las operaciones desde lejos y no llegaba a la capital más que un débil reflejo de las victorias del ejército hitita. Las operaciones militares delante de las murallas de la ciudad estuvieron dominadas

por la desidia y la traición. Urshu recibió el apoyo de Karkemish, Khalpa y los hurritas. Es interesante la mención que se hace de un ariete y de una torre de sitio en la lucha por la fortaleza.

En el mismo tono está redactada la lista, conservada en varias copias, que enumera las faltas de unos funcionarios y oficiales desleales que fueron castigados severamente. Como no existían reglamentos de servicio escritos, la lista debió tener un carácter didáctico. También nos demuestra que la imagen ideal de los «buenos tiempos pasados» que transmite el texto de Telipinu no es en gran medida sino ficción.

Lo mismo manifiesta un último texto de Khattushili, redactado como testamento político en dos lenguas y dictado por el rey en su lecho de enfermo, en Kushshara. Dos hijos se habían rebelado contra el padre, una hija había participado en una intriga; este comportamiento desleal y descastado hizo que el rey retirara la designación de su sobrino Labarna como heredero y anulara la adopción. En lugar de ello dice: «He aquí, que ahora Murshili es mi hijo. A éste es a quien debéis reconocer, sentar sobre el trono, pues (la divinidad) ha llenado (su corazón de ricos dones). La divinidad colocará sólo a un león en el puesto de un león».

El estilo de este documento, con sus imágenes expresivas, es vivo y personal: «Y sea vuestra gente como la manada del lobo». Los hombres responsables de la educación del príncipe no han de permitirle todo, como a rey futuro. Ni los grandes deben rivalizar entre ellos ante el soberano, ni los ciudadanos de Khatti y de otras ciudades perseguir sus intereses locales. La historia de los últimos acontecimientos muestra cómo las intrigas en torno al príncipe Khuzziya trajeron consigo secesión, saqueo y asesinato (véase el pasaje correspondiente en el documento de Telipinu).

Sin embargo, Khattushili no pagará con igual moneda; el exilio de los culpables será castigo suficiente. Y a pesar de las decepciones sufridas, la confianza se refleja en sus palabras: «Hasta ahora ninguno (de mi familia) ha cumplido mi voluntad (pero tú eres mi hijo). Murshili, hazlo tú. Cumple las palabras de tu padre. Mientras lo hagas comerás (pan) y beberás agua. Cuando llegue el momento de la madurez, come dos o tres veces al día y cuídate bien, pero si llega la vejez a entrar en tu corazón, bebe hasta saciarte. Ahora sois mis siervos supremos. Y debéis cumplir mis palabras, las palabras del rey. Entonces comeréis pan y beberéis agua. Así la ciudad de Khattusha se erguirá y mi país descansará en paz, pero si no cumplís las palabras del rey, no permaneceréis en vida, estáis perdidos».

Se debe ofrecer a los dioses sacrificios diarios; cualquier omisión provocaría las antiguas desgracias. Todos los meses la tabla ha de recitarse delante del joven príncipe, para que las palabras de la sabiduría se graben en su corazón. Por primera vez aparece en este texto el término *panku-* («comunidad de nobles»), órgano que en determinados casos funciona como consejero junto a la voluntad del rey. Parece que, precisamente en épocas difíciles de transición y sucesión, se intentó utilizar la «comunidad de nobles» como factor estable; así consta más tarde en el edicto de Telipinu sobre la sucesión.

No sabemos si el lecho de enfermo, en Kushshara, fue el lecho de muerte del viejo rey. Su muerte pudo haber sido causada por una herida que sufrió en la guerra contra Khalpa; dos textos, que al mismo tiempo dan una síntesis de la política hitita frente al enemigo de Siria septentrional, apoyan esta tesis: «Antes los reyes del país de Khalpa poseían el título de "Gran Rey", pero su realeza fue "colmada" por el Gran Rey Khattushili, rey del país de Khatti. Después de la muerte de Khattushili, rey del país de Khatti, el Gran Rey Murshili, nieto del Gran Rey Khattushili, ha hecho desaparecer la realeza del país de Khalpa y el

país de Khalpa». Y continúa en otro contexto: «Murshili marchó contra Khalpa y vengó la sangre de su padre; porque Khattushili encargó a su hijo la ciudad de Khalpa, el rey de Khalpa tuvo que expiar; (las ciudades) de los hurritas, todas las destruyó»[36].

Aquí se ve claramente la conciencia de continuidad en una empresa política. Después de las disensiones con Khalpa (y quizá de un acuerdo pasajero), el futuro exigía una decisión en la política siria, que por fin condujo a la destrucción de Khalpa y a la desaparición del reino de Yamkhad. Naturalmente, estos hechos son tema de la introducción histórica del texto de Telipinu: «Cuando Murshili reinaba en Khattusha, sus hijos, sus hermanos, sus familiares, las gentes de su tribu y sus tropas estaban unidas. Mantuvo vencido al país enemigo con brazo poderoso. Desarmó al país; los convirtió en fronteras (¿vecinos fronterizos?) del mar. Entonces marchó contra Khalpa. Destruyó Khalpa y trajo los prisioneros y los bienes de Khalpa a Khattusha. Después marchó contra Babilonia y destruyó Babilonia. Venció a los hurritas y guardó los prisioneros y los bienes de Babilonia en Khattusha. Y Khantili era escanciador. Su esposa era Kharapshili, la hermana de Murshili. Zidanta se unió a Khantili y ambos cometieron un crimen. Mataron a Murshili y cometieron un asesinato».

Si, como hemos visto, la política del joven rey en Siria septentrional fue la decidida continuación de la política de su antecesor, no podemos aceptar que la expedición a Babilonia fuera simplemente una aventura en busca de botín. Habrá que buscar la explicación y la motivación en el terreno político, a pesar del silencio que guardan los textos en este punto.

Con la conquista de Khalpa, el rey hitita hacía suyas las pretensiones hegemónicas del antiguo Estado; entre otras, sus intereses políticos en la misma Babilonia, como podemos deducir, con cierto asombro, del archivo de Mari. En una carta del

rey de Alepo se dice[37]: «A Yashubyakhad habla Yarimlim, su hermano, del siguiente modo: ¡el dios del sol vea y resuelva mis (asuntos) y los tuyos! Como padre y hermano me porto contigo. Tú, en cambio, te portas conmigo como un malvado y un enemigo. ¿Para qué llevar a cabo una buena acción, salvando la ciudad de Babilonia con las armas de Addu y de Yarimlim, dando la vida a tu país y a ti? Sin Addu y Yarimlim hubieras sido barrido hace quince años de tu ciudad de Dēr como si fueras paja. Yo ni siquiera lo hubiera notado y no hubieras podido hacerme lo que has hecho. Ciertamente Singamil, rey de Diniktum, me ha pagado como tú con enemistad y maldades (y eso que) hice anclar 500 barcos en el puerto de Diniktum. Doce años he… su país… Ahora tú, como él, me pagas con enemistad y maldades. He jurado por Addu, dios de mi ciudad, y Sīn, dios de mi cabeza. "¡Maldito sea si descanso hasta que te destruya a ti y a tu país!". Ahora, con el comienzo de la primavera, me pondré en marcha e invadiré el interior de tu ciudad. Y te dejaré ver las afiladas armas de Addu y Yarimlim».

Vemos cómo el rey de Alepo amenaza con defender por las armas sus intereses en Babilonia que, según parece, era fácil de alcanzar por la ruta del Éufrates no sólo para las caravanas comerciales y las embajadas políticas, sino también para un ejército, máxime si éste tenía asegurado el apoyo de las tribus beduinas seminómadas.

En efecto, parece que ésta fue la situación en la que se encontró Murshili al emprender la guerra contra Babilonia. Los príncipes casitas, que se habían hecho fuertes en la región de Mari y Khana, así como en la desembocadura del Khābūr, hicieron causa común con los hititas[38]. Y a pesar de que la crónica babilonia relata que «en la época de Samsuditana el hitita invadió Akkad», la realidad es que fueron los casitas quienes sacaron mayor provecho de la empresa, convirtiéndose en los sucesores de la dinastía de Hammurabi (1594 a. C.).

También exige confirmación la noticia según la cual el rey casita Agum (II) llevó a Babilonia las estatuas de los dioses Marduk y Ṣarpanitu, que se hallaban en el país de los khaneos. Probablemente se trataría de estatuas para el culto que Murshili llevó consigo en su retirada, como Khattushili solía llevarse las estatuas de las divinidades de las ciudades vencidas por Khattusha.

Quizá fueran los hurritas, mencionados en el texto de Telipinu, los que obstaculizaron la retirada y obligaron al rey a abandonar parte del botín en Khana, a medio camino.

Los datos del reinado de Murshili son muy escasos. Esto explica que en la reconstrucción histórica moderna de los acontecimientos haya intervenido la fantasía y que se haya supuesto que Khantili sedujo a la esposa de Murshili mientras éste estaba en la guerra (los signos de «hermana» y «esposa» son casi idénticos en la escritura cuneiforme) y que cuando éste regresó de Babilonia ambos lo mataron al igual que en la leyenda griega de Egisto y Agamenón.

Esta tesis no puede mantenerse, ya que la esposa de Murshili llevaría seguramente otro nombre (Kāli) que la esposa de Khantili (Kharapshili). El grado de parentesco aparece en el texto de Telipinu simplemente para justificar las pretensiones al trono del usurpador. Parece, sin embargo, que el principal protagonista fue Zidanta, yerno de Khantili. Sus intrigas sumieron a la monarquía en una cadena de violencias y asesinatos y condujeron al Estado, al menos en el sector de la política exterior, al borde de la catástrofe (comienzos del siglo XVI a. C.).

Khantili intentó con sus expediciones a Siria conservar las posesiones hititas, pero una invasión de los hurritas y la muerte violenta de la reina Kharapshili y de los príncipes debieron ser interpretadas como un cambio del destino y como una señal de castigo divino[39].

Los textos del Imperio Nuevo sitúan la invasión de los Kashka al norte de los territorios centrales hititas durante el reinado de Khantili. Importantes santuarios, como Nerik, cayeron en sus manos y no fueron reconquistados por los hititas hasta trescientos años más tarde, en época de Khattushili III. Khantili erigió fortificaciones en todo el país para mantener la frontera antigua. Khattushili III notifica brevemente que «Labarna y Khattushili fueron los primeros que no dejaron cruzar el río Kumeshmakha (quizá el Scylax-Çekerek) a los kashka». La incursión kashka cortó al imperio hitita el acceso al mar Negro[40], por lo cual no vuelve a aparecer en los documentos la imagen de la posesión de las dos orillas marinas.

Incluso Khattusha pudo estar amenazada por la invasión kashka, a juzgar por lo que cabe inferir de un texto que reza: «Nadie ha construido en el país de Khatti ciudades fortificadas. Yo, Khantili, he levantado ciudades fortificadas en todo el país y también he construido (= fortificado) la ciudad de Khattusha». En todo caso, este párrafo da datos sobre la situación general y sobre la actividad del rey. Por el contrario, es difícil relacionarlo con los informes arqueológicos de las excavaciones de Boğazköy[41]. Las realizadas en el castillo real han descubierto, en efecto, en el estrato IVc, asentamientos que pueden pertenecer al siglo XVII/XVI. Pero la cuestión de si la fortificación de Büyükkale o el llamado muro de las poternas, que en época más antigua formaban el límite sur de la ciudad, pueden relacionarse con Khantili y fecharse a comienzos del siglo XVI, no puede resolverse hasta que se publique el informe completo de la excavación[42].

El reinado del ya anciano rey tuvo un final violento. De nuevo intervino Zidanta matando esta vez al hijo del rey, Pisheni (según otra interpretación, Kashsheni), y a otros miembros de su familia, para subir él mismo al trono. Pero los dioses vengaron la sangre derramada y convirtieron a su propio hijo en pa-

rricida. A estos sucesos siguió un período de malas cosechas, de secesión política y derrotas militares. A la muerte de Zidanta prosiguieron los asesinatos en la familia real. Khuzziya fue coronado rey, pero fue asesinado por su cuñado Telipinu cuando intentaba a su vez matarlo.

Hasta aquí el resumen que da el texto de Telipinu. Independiente de éste, las listas de sacrificios nombran sólo a Murshili (con su esposa Kāli), a Khantili (con Kharapsheki/Kharapshili) y a Ammuna (con Tawananna), es decir, exclusivamente a los reyes que según el texto de Telipinu llevaron a cabo verdaderas empresas. Faltan Zidanta y Khuzziya, que, por los acontecimientos narrados, quizá sólo gobernaron unos días. Los datos que damos al final del capítulo en la lista de reyes hititas deberán entenderse como indicaciones generales para salvar el período que abarca desde la destrucción de Babilonia por Murshili I (hacia 1595) hasta el reinado de Telipinu, hacia finales del siglo XVI.

No tenemos hasta hoy ningún documento que pertenezca a los reyes que reinaron entre Khantili y Telipinu. Los textos que nombran a Zidanta se refieren quizás a Zidanta II y lo mismo ocurre con Khuzziya. En cuanto a los datos históricos acerca de cierto rey Ammuna, creemos haber detectado a un soberano del mismo nombre de época anterior.

Al comienzo del reinado de Telipinu, el territorio hitita se hallaba reducido casi exclusivamente a Anatolia: la defección de Adaniya (Adana) supuso la pérdida de Cilicia, y la rebelión en los territorios de Arzawa la retirada de Anatolia sudoriental. El nuevo rey intentó mantener la posición de los hititas en el curso superior del Éufrates, emprendiendo una expedición contra Khashshu(wa) que partió de Lawazantiya, en el Tauro septentrional.

Indudablemente, el derecho al trono de Telipinu se basaba en su matrimonio con Ishtapariya, la hermana mayor de Khuzziya. Por tanto, la fórmula que emplea: «Cuando subí al trono de mi padre», es un lugar común que alude a una sucesión legal al trono. No hay que olvidar que la restauración de un orden legal estable fue el objetivo primordial de su texto. Quien faltaba a sus mandatos era desterrado. En la familia real no debía derramarse más sangre. Ésa era la voluntad de los dioses. Todo el que actuaba en contra de ella era juzgado por la asamblea de nobles. Hasta el rey mismo podía ser condenado a muerte por un veredicto legal. No obstante, no existía la responsabilidad familiar en el nuevo orden.

La subordinación del rey a la jurisdicción de los nobles era una innovación que se limitaba a los casos de asesinato en la familia real. También era nuevo el orden de sucesión al trono, que recaía sobre el descendiente directo y no, como hasta entonces, sobre el heredero más digno elegido por el soberano, como sucedió en los casos de Khattushili y Murshili que ya hemos visto. En una asamblea convocada en Khattusha se decidió: «Rey será el príncipe primogénito. Si no hay vivo ningún príncipe primogénito, será rey un hijo segundo. Si no hay sucesor masculino, se dará marido a la hija primogénita y éste será rey».

Este orden de sucesión, que reconocía los derechos de la hija primogénita, entró en función seguramente gracias a una concesión de la nobleza. Para Telipinu dependía de ella la existencia misma de su dinastía, ya que la reina y su hijo (Ammuna) habían muerto. Solamente la sucesión de su hija Kharapshili mantendría sobre el trono a su familia.

El resto del texto trata de la defensa militar del país y de la construcción de fortalezas y centros de abastecimiento; también se dan órdenes sobre la agricultura, mencionándose por primera vez los grupos deportados de países conquistados o

NAM.RA. Cierran el texto dos decretos según los cuales en caso de hechicería haría justicia el tribunal real, que se reunía en el portal del palacio. En cambio: «Quien cometa un crimen de sangre, siempre lo que diga el "el señor de la sangre" (¿ = el pariente más próximo de la víctima?); si dice: tiene que morir, morirá; si dice: debe pagar una indemnización, pagará una indemnización. El rey no puede intervenir».

Se ha pensado atribuir también al rey Telipinu la redacción de los códigos hititas, que contienen alrededor de 200 artículos. El nombre del autor no aparece en ellos; una de las tablillas está firmada simplemente «por el padre del sol» (título de la majestad real). «El padre de rey» aparece a su vez en relatos anecdóticos de la época Khattushili-Murshili. A esto se añade que algunos ejemplares antiguos de las leyes hititas (por ejemplo, KBo VI 2) están redactados en un tipo de escritura que podemos fechar en la época de estos reyes.

Por tanto, es posible que la fijación escrita de las leyes sea más antigua de lo que se ha supuesto hasta ahora, a lo que se añade que, junto a la ley vigente en ese momento, se cita a menudo una ley más antigua. También del contenido se podría sacar alguna conclusión: el citado ejemplar antiguo KBo VI 2 no contiene ningún artículo sobre la disolución unilateral del contrato matrimonial, después de haberse pagado el precio de la novia, mientras que la versión más tardía sí lo contiene, al igual que el código de Hammurabi.

Es probable que la intervención del Estado hitita en el mundo babilónico bajo Murshili I provocara influencias del derecho mesopotámico sobre el propio derecho codificado. Es lógico que se tomaran en cuenta y se adoptaran precisamente disposiciones de derecho matrimonial, ya que entonces pasaron a Khattusha muchas mujeres de las prósperas ciudades-estado babilónicas, como sabemos sucedió en la época del Gran Imperio. Por tanto, habrá que situar las versiones y redacciones más

antiguas mucho antes de la época de Telipinu y, a lo sumo, suponer una nueva redacción durante su reinado.

En el sector de la política exterior y la diplomacia destaca el primer tratado estatal, que fue firmado por Telipinu con Ishputakhshu de Kizzuwatna. El texto, redactado en las lenguas acadia e hitita, está mal conservado, pero un catálogo posterior enumera entre los textos de la biblioteca: «Una tablilla, tratado: cuando Ishputakhshu, rey de Kizzuwatna, y Telipinu, rey de Khatti, hicieron un pacto completo».

El propio rey Telipinu aparece nombrado en una bula sellada, de barro, que fue descubierta en las excavaciones americanas efectuadas en Tarso; esto permite localizar Kizzuwatna en la región que más tarde fue Cilicia. El anillo en escritura cuneiforme llama a Ishputakhshu Gran Rey, hijo de Pariyawatri, y la forma de sus signos permiten atribuirle una gran antigüedad, con lo cual podemos relacionarlo sin reservas con el rey Telipinu, el otro miembro del pacto. El dueño del sello subraya con su título su posición independiente; el pacto debió ser un tratado entre dos estados independientes.

El sello mismo tiene importancia por contener nombres grabados junto a los signos simbólicos de lazadas y triángulos. Después de los hallazgos de sellos de Sedat Alp, en Kara Hüyük, cerca de Konya, que pueden datarse en tiempos de la actividad comercial paleoasiria, constituye uno de los ejemplos más tempranos de la llamada escritura ideográfica hitita[43], la cual, contra lo que implica su actual denominación, no fue creada por los hititas, sino que proviene de la parte sur de Asia Menor, con lo que encuentran explicación los paralelismos existentes entre estos signos y los jeroglíficos egipcios o los sistemas mediterráneos de escritura por imágenes. En la medida en que los textos jeroglíficos hititas son descifrables, están escritos en lengua luvita, idioma diferente del hitita pero también indoeuropeo. A la misma época de la bula sellada de Ishputakhshu po-

drían pertenecer los primeros documentos con sello real de Boğazköy. Estos llevan la inscripción cuneiforme: «Sello de Tabarna, Gran Rey; quien lo altere morirá». En uno de estos sellos la impresión aparece en negativo; ni los dos círculos de escritura ni el campo central están delimitados, lo que quisiéramos interpretar como rasgo arcaico. También parece primitiva la ordenación de los símbolos (lazada, triángulo y roseta de ocho pétalos).

El otro sello, que debe considerarse posterior por razones de composición, lleva la roseta de ocho pétalos aislada en medio del campo central enmarcado. El doble círculo de escritura cuneiforme, positiva en la impresión, contiene el nombre del rey, pero por falta de espacio lo reparte torpemente en los dos círculos: «Sello del Gran Rey Tabarna Alluwamna; quien (lo) altere morirá». El sello, que por las mismas razones se considera más tardío, delimita los dos círculos de escritura y el campo central por medio de líneas circulares; la ordenación del texto se equilibra añadiendo palabras al círculo interior: «Sello de Tabarna, el Gran Rey Khuzziya; quien altere su palabra morirá».

Así, pues, los sellos con la denominación general de Tabarna son anteriores a los que citan los nombres propios Alluwamna y Khuzziya, que pertenecen a una etapa de desarrollo posterior.

Los textos están redactados en escritura antigua y son documentos de donaciones de tierras, escritos según fórmulas fijas. Servían para atestiguar las donaciones reales. Éstas fueron hechas, en parte, en la ciudad de Khankhana, y citan tierras en Tukhuppiya y Sharishsha, que hemos localizado en la región fronteriza del norte, limitando con los kashka. Cómo llegaron estas tablillas a Khattusha y por qué se guardaron más tarde en un almacén de la fortaleza y en las colecciones de tablillas del Gran Templo no ha podido ser aclarado.

Esta digresión era necesaria para poder utilizar como eje de la exposición histórica un grupo de textos cuya valoración se discute. Se trata de las listas de sacrificios en honor de reyes hititas fallecidos y divinizados; las diferentes versiones están mal conservadas y es difícil establecer si la cita de los nombres reales guarda, en líneas generales, un orden cronológico.

Una de estas listas cita en orden consecutivo a Alluwamna y su esposa Kharapshili, Khantili, Zidanta con Iyaya, Khuzziya con Shummiri (seguidos de Tutkhaliya y Arnuwanda como antecesores de la dinastía de Shuppiluliuma). La ordenación de estos nombres se facilita gracias a otra lista de sacrificios, que incluye las iniciales de T(elipinu)-I(shtapariya), Al(luwamna)-Khar(apshili) y Khan(tili).

El nombre de Alluwamna es único dentro de la lista de los reyes hititas; por tanto, su situación como sucesor de Telipinu puede considerarse segura (hacia 1490). Como ya vimos, Alluwamna está documentado en dos textos originales con su sello, hallados en Boğazköy. Lo mismo cabe decir de Khuzziya. Éste podría ser, según la ordenación estilística de su sello, más joven que Alluwamna; por tanto, no sería idéntico al Khuzziya I citado brevemente en el texto de Telipinu. Con esto se obtendría un testimonio claro sobre los sucesores de Telipinu en el trono de Khattusha. No hay ninguna razón para eliminar de la tradición a estos reyes del llamado «Imperio Medio». Sobre todo hay que abandonar la tesis según la cual los nombres reales del período de desastres anterior a Telipinu no se repitieron en la familia real en época posterior. El hijo de Telipinu, sin ir más lejos, llamado Ammuna en el edicto de sucesión, lleva el mismo nombre que aquel desventurado rey que subió al trono después de asesinar a su propio padre. Quizá la adopción de estos nombres fue considerada un acto de expiación.

La situación actual de las fuentes no permite exposición histórica alguna, por breve que fuera. Los documentos de dona-

ciones territoriales parecen reflejar una situación interna en la que los soberanos intentan ganarse por medio de ellas a personalidades distinguidas, aunque los documentos no citan obligaciones expresas por parte de los beneficiarios. Quizá los reyes pensaran en una explotación económica más intensa, y con ello en un afianzamiento político de los territorios fronterizos. En todo caso, la forma del documento sellado y el nombramiento de funcionarios como testigos de la ejecución demuestran la existencia de un aparato administrativo diferenciado. La palabra del rey se consideraba inviolable, por un eco de la antigua creencia de que el rey gobernaba en nombre de su dios: «El país pertenece al dios de la tempestad; cielo y tierra (así como) las gentes pertenecen también al dios de la tempestad. Él convirtió a Labarna, el rey, en su regente y le dio todo el país de Khatti. Así, pues, que Labarna gobierne todo el país con su mano». Podemos suponer que la nueva ley de sucesión crearía las bases para una reorganización interna estable. Sobre la filiación de los reyes enumerados no sabemos nada. Como tres de ellos están relacionados con el nombre de una Tawananna (título de la reina, correspondiente a Tabarna), tenemos que contar tres generaciones, y alcanzamos con los últimos reyes el comienzo del siglo XV.

Es prácticamente imposible reconstruir la historia política. Las relaciones con Kizzuwatna son las únicas que se destacan con claridad. Parece que este Estado de más allá del Tauro mantuvo, a través de pactos siempre renovados, una relación amistosa con Khatti, conservando, sin embargo, su independencia nacional. Ya hemos citado el pacto entre Telipinu e Ishputakhshu. De un pacto posterior de fecha incierta se han conservado las primeras frases, que atestiguan el respeto mutuo a las leyes vigentes en cada país: «La Majestad, el Gran Rey Zidanta, rey del país de Khat(ti, y Pilliya), rey del país de Kizzuwatna, han firmado un tratado (de paz). Han acordado lo si-

guiente: las ciudades conquistadas por Pilliya volverán a pertenecer a la Majestad; aquellas de Pilliya, conquistadas por mí, volverán a pertenecer a Pilliya». Este tratado se conserva en lengua hitita antigua. Existen además dos tratados redactados en lengua acadia, el de Paddatishshu de Kizzuwatna con un rey hitita que no se nombra y el realizado por Ekheya con Takhurwaili de Khatti, por lo que cronológicamente se podría pensar en el siglo XV a. C. En los párrafos conservados se discute también el canje de fugitivos. El contexto aclara que en parte se trataba de elementos seminómadas de las regiones fronterizas que cruzaban con sus tiendas, familias y ganado la frontera a la que siempre consideraron artificial.

Un ritual de Kizzuwatna se refiere a Palliya/Pilliya, lo que demuestra que existieron relaciones culturales. Hicimos mención de ellas al hablar de la llamada escritura pictográfica hitita; la adopción de textos religiosos subraya el fenómeno.

En las excavaciones de Tell Açana (estrato IV) ha sido hallada una tablilla sellada en la que se contiene el tratado entre Pilliya e Idrimi de Alalakh, que acordaba el canje de fugitivos. Por tanto, el territorio de Pilliya limitaba con Alalakh, y Pilliya es el mismo rey Pilliya de Kizzuwatna citado anteriormente. Esto, a su vez, permite un sincronismo Zidanta II-Pilliya-Idrimi. La tablilla de Alalakh hace al final una referencia a un juramento que hicieron Idrimi y Paratarna de Khurri. Este suceso se puede fechar con seguridad a comienzos del siglo XV.

Pronto el país de Khurri y el país de Khatti se enfrentaron seriamente. Según el material de que disponemos, la situación se refleja claramente en la actitud del país de Kizzuwatna, situado entre las dos potencias. Shuppiluliuma comenta en la retrospectiva histórica que da de su tratado con Shunashshura: «En tiempos pasados, antes del tiempo de mi abuelo, el país de Kizzuwatna fue parte del país de Khatti. Más tarde el país de Kizzuwatna se separó del país de Khatti y se unió al país de

Khurri». Nuestra exposición histórica tendrá que analizar ahora la historia de Khurri-Mitanni.

III. LOS HURRITAS. EL ESTADO DE MITANNI

Mesopotamia superior perteneció durante la dinastía de Akkad a este primer gran imperio de Asia anterior y estuvo protegida por poderosas fortificaciones contra ataques procedentes del este y del norte. Con el final de este período coincide la primera consolidación de Estados hurritas (*khurritas*), documentada por una tablilla de piedra calcárea que contiene una inscripción hurrita de un rey Tishari (Tishatal) de Urkish y por una inscripción religiosa en acadio del rey Arishen (o Atalshen), de la misma ciudad[44]. Como Urkish aparece también en la tradición religiosa como sede del rey de los dioses, Kumarbi, podemos considerarla como el primer centro de dominio hurrita en la región del Tigris oriental, es decir, en el curso superior del Khābūr, y situar su origen en la segunda mitad del tercer milenio antes de Cristo. Un texto hurrita de Boğazköy transmite la idea de imperio universal, relacionándolo con los nombres de la dinastía de Akkad (Manishtūshu, Sharkalisharrī) y con los países de Elam, Lullu y el propio Khurri.

La expansión de los hurritas en los siglos posteriores se determina gracias a nombres propios de la época de Ur III (hacia 2000) en la región del Tigris oriental. En los textos de Kültepe aparecen como comerciantes en Asia Menor y como soberanos de algunas ciudades-estado (Anumkhirbi). En Mari, en el curso medio del Éufrates, han aparecido textos religiosos hurritas (hacia 1800); en Alalakh aparecen ya en el estrato VII (hacia 1650) términos hurritas para designar los meses y nombres no ya en la onomástica popular, sino hasta en la cortesana. Lo mismo cabe decir de Alepo (compárese el nombre del general Zukrashi) y de Khashshu(wa), situada más al norte. En la época sub-

siguiente la expansión va unida a una casta superior indoeuropea, que formaba la aristocracia militar, *maryannu*. Su lengua indoeuropea determinó la terminología del entrenamiento de los caballos y su denominación según el color. Avanzaron hasta Palestina y en parte provocaron la invasión de los hicsos en Egipto.

En cambio, no puede establecerse con seguridad una eventual actividad hitita en Siria-Palestina. Algunos historiadores la deducen de la campaña de Tid'al, rey de los Paganos, y Amrafel de Senaar (Génesis, 14) contra el primer rey Tutkhaliya (anterior a Labarna).

Siria y Mesopotamia superior formaron de momento dominios políticos flexibles, atribuidos generalmente en los textos de Boğazköy a «los hurritas» o a «los reyes de los hurritas». La versión acadia de los anales de Khattushili contiene ya la denominación «enemigo del país de Khanigalbat». En el caso de que esta denominación no haya sido incluida en una copia posterior, sería la más antigua de este Estado, y al mismo tiempo demostraría la consolidación de un poder político en Mesopotamia superior ya en la mitad del siglo XVII. Los documentos considerados hasta ahora como los más antiguos procedían de Nuzi (en la región de Kirkūk) y Alalakh (estrato IV). El documento de Alalakh trata un asunto jurídico acerca de *Khanigalbatūti* («la pertenencia de Khanigalbat»). Pero en este caso, como en el de las cartas de Tushratta donde aparece junto a la denominación oficial «rey de Mitanni» el nombre de Khanigalbat, es evidente que ambos términos se usaban como sinónimos, aunque Khanigalbat era el más antiguo del país y el estado.

La proximidad de dos grupos de población tan heterogéneos (hurritas e indoeuropeos) fue, según las fuentes, tan estrecha que se ha caracterizado como simbiosis. La fusión política tuvo lugar en el estado de Mitanni en la segunda mitad del siglo XVI; el sello dinástico con la inscripción «Shuttarna, hijo de Kirta,

rey de Maitani» constituye el documento escrito más antiguo. Parece que Shuttarna fue considerado el primer padre de la casa real y por eso su sello continuaba en uso en un pleito jurídico anterior a Saushsatar[45].

Saushsatar, hijo de Parsatatar, rey de Maitani (como proclama la leyenda de su sello de Nuzi), es, según los documentos de Boğazköy, un personaje histórico. Residió en Washshukanni, conquistó Asur y trasladó una valiosa puerta de oro y plata a su palacio.

A una generación posterior perteneció probablemente Baratarna. En Nuzi, la fecha de su muerte servía como punto de referencia en las dataciones: «en el tiempo en que murió y fue incinerado el rey Baratarna»; éste es el testimonio escrito más antiguo sobre la incineración, muy poco practicada hasta entonces en Asia anterior. En el oeste, Idrimi de Alalakh le reconoce por señor con el título de «poderoso rey, rey de las tropas hurritas». Debido a este título se ha dudado en incluir a Baratarna y a Saushsatar en la misma dinastía real. Por otro lado, Tushratta llevaba alternativamente ambos títulos en sus cartas, pero generalmente el «rey de Mitanni» y el «rey de Khurri» son dos personajes rivales, aunque las clases dirigentes de ambos países pertenecieran a la misma comunidad lingüística indoeuropea. Sin embargo, la alternancia entre la autotitulación «rey de Mitanni» y el título que le daban los extranjeros, «rey de las tropas de Khurri», no tiene nada de extraño. Por tanto, hay que considerar también a Baratarna como rey de Mitanni.

Su reinado sobre un territorio que se extendía desde Nuzi hasta Alalakh debió coincidir con un período de decadencia del imperio hitita. Idrimi de Alalakh se vanagloria en la inscripción de su estatua de haber conquistado y saqueado siete ciudades fortificadas, entre ellas Zaruna, la ciudad mencionada en su tiempo por Khattushili, sin haber encontrado una resistencia seria. La expansión del poder de Mitanni tuvo lugar antes de

las expediciones militares de Thutmosis III a Siria, pues las campañas del faraón a Megiddo (Mageddo) y Kadesh, junto al Orontes, donde ya su abuelo Thutmosis I había erigido una estela triunfal, debieron significar duros golpes para la posición de Mitanni. Sin embargo, no hay evidencia de que tuviera lugar una batalla decisiva. El informe de campaña del año 35 de Thutmosis III, que cita diez prisioneros, sesenta carros y ciento ochenta caballos es bastante claro. Mitanni no quedó debilitado fundamentalmente y comenzó por su parte la reconquista de Siria.

La idea que tenemos de la historia de Mitanni es extremadamente vaga, porque disponemos de pocos datos y éstos siempre proceden del exterior, sobre todo de la correspondencia de Tell el-Amarna y de las introducciones históricas de varios tratados hallados en Boğazköy. Se ha intentado, sin éxito, repetidas veces dar con la capital antigua, Washshukanni, que se supuso situada en Fecheriya (junto a las fuentes del Khābūr)[46]. Carecemos notoriamente de documentos pertenecientes a la historia y la cultura del reino de Mitanni. A los hititas se les planteó el enfrentamiento con Mitanni durante el siglo XV, en la lucha por los territorios fronterizos de Kizzuwatna y Khalpa, como ya dijimos al final del capítulo II basándonos en la introducción histórica de un tratado de Kizzuwatna. En el caso de Khalpa existe otro tratado: «Cuando Tutkhaliya, el gran rey, subió al trono, el rey de Khalpa firmó con él un pacto de paz, pero después le abandonó. Y el rey de Khalpa se puso el contacto con el rey del país de Khanigalbat. Por ese motivo ha destruido al rey del país de Khanigalbat y al rey del país de Khalpa con todas sus tierras y la ciudad de Khalpa». Bajo Khattushili II, Khalpa volvió a rebelarse y tuvo que ser sometida de nuevo; el tratado formal que Khalpa había firmado con Khanigalbat se consideró un grave «pecado».

Todos los datos parecen confirmar que Mitanni fue hacia la mitad del segundo milenio la potencia política dominante en el Próximo Oriente, aunque su hegemonía en Siria septentrional no era absoluta. La influencia cultural que se extendió a través de Kizzuwatna hasta Anatolia fue considerable. Su prestigio en la política internacional también fue importante. En las cartas de el-Amarna consta que Artatama de Mitanni no envió a su hija a la corte egipcia hasta que Thutmosis IV hubo mandado pedir su mano siete veces, subrayando así de modo inusitado la independencia política del reino de Mesopotamia superior, que a partir de ese momento mantuvo durante tres generaciones un intercambio amistoso de cartas y obsequios con la corte egipcia.

En semejante ámbito, Khatti no podía aspirar a una posición de gran potencia. En una carta posterior de Amenofis III se describe con las siguientes palabras la debilitación del reino hitita: «Y también el país de Khattusha está dividido». Interesa señalar que esta carta estaba dirigida al rey de Arzawa, aquella región del suroeste de Asia Menor que alcanzó su independencia bajo Ammuna y estuvo provocando hasta el siglo XIII la intervención armada de los reyes hititas.

En Siria la situación se consolidó, después del avance del ejército egipcio bajo Thutmosis III, a favor de Mitanni. La costa fenicia, hasta Ugarit, quedó bajo control egipcio, y el valle inferior del Orontes en manos de Mitanni; el país de Amurru (en torno a Kadesh, en el curso superior del Orontes) permaneció bajo el poder egipcio.

La época de agotamiento militar bajo los faraones Amenofis III y IV mantuvo el equilibrio de las relaciones de fuerza en Siria, ya que Mitanni también tenía que hacer frente a dificultades internas. A la muerte de Shuttarna fue asesinado el heredero y subió al trono su hermano Tushratta, aún menor de edad. Estos desórdenes provocaron una ruptura de relaciones con

Egipto, cuya reanudación pudo haber sido impulsada por el ataque de Shuppiluliuma de Khatti, citado en la misma carta. Del botín conquistado, Tushratta envió al faraón un carro de combate con dos caballos, un muchacho y una muchacha. Como los vasallos egipcios de Siria también temían una invasión de los hititas y los príncipes de Amurru, Abdiashirta y Aziru, conspiraban con ellos, la alianza más estrecha de las dos antiguas grandes potencias contra el nuevo Estado ascendente debió corresponder a sus propios intereses.

La situación resulta menos clara en la propia Mesopotamia superior. Asiria parece haber pertenecido a Mitanni, ya que la imagen de la diosa Ishtar de Nínive fue enviada dos veces al Nilo para curar al faraón, enfermo, que estaba unido a la casa real de Mitanni por un matrimonio dinástico. Las cartas dirigidas a Amenofis III y IV contienen saludos de Tushratta a su hija Tadukhepa.

Una carta de Shuppiluliuma cita junto a Tushratta, rey de Mitanni, con el que se hallaba en pie de guerra, a Artatama, rey de los hurritas, con quien firmó un pacto, haciéndole así su aliado. Ya hemos visto lo próximos que están ambos términos: Mitanni y Khurri. En este caso, la oposición entre Mitanni hostil y Khurri aliado parece que apoya la conclusión de que se trataba de dos Estados separados. Sin embargo, es más probable una disensión dinástica, a raíz de la subida al trono de Tushratta, que Shuppiluliuma sabría aprovechar políticamente apoyando al pretendiente más débil.

Otro tratado firmado con Kizzuwatna concedió a Shuppiluliuma la supremacía sobre sus enemigos en un territorio disputado desde hacía tiempo. Su intervención, sobre todo en Siria, condujo a un aislamiento de las dos potencias, Egipto y Mitanni.

Una nueva campaña a través de Mesopotamia superior contra Washshukanni provocó el derrumbamiento del Estado de Mitanni; Tushratta huyó y más tarde fue asesinado; el país cayó en manos de Alshe (en el curso superior del Tigris) y Asur. Quizá pertenezca a este momento la carta de Ashshuruballiṭ a Amenofis IV, con la que se iniciaron las relaciones diplomáticas entre ambos estados. Babilonia envió en seguida su protesta al faraón, ya que Asiria era vasallo de Babilonia y no podía ejercer una política exterior propia; sin embargo, con la desmembración del estado de Mitanni se inició el ascenso del Imperio Medio asirio.

El reinado de Artatama, que subió al trono a la muerte de Tushratta, terminó a pesar del apoyo hitita en plena disolución. Los tesoros conquistados tuvieron que ser devueltos a Washshukanni, e incluso los grandes del reino fueron entregados al enemigo y ejecutados. Ante esta situación, un grupo de nobles huyó con doscientos carros de combate a Babilonia, donde no encontraron el asilo esperado. Por ello Mattiwaza (quizá deba leerse Shattiwaza e incluso Kurtiwaza) se presentó en calidad de refugiado ante el rey hitita y pidió que en cumplimiento del tratado firmado con Artatama le fuera concedido el derecho al trono de Mitanni. No sabemos hasta qué punto la decisión al respecto correspondía al rey hitita, o bien dependía éste de la actitud de los *maryannu*[47].

Shuppiluliuma recibió amistosamente al fugitivo, le prometió entregarle «el trono de su padre» y lo casó con su hija. Piyashshili, hijo de Shuppiluliuma, recibió la orden de conducir a Mattiwaza a Mitanni e imponerlo por la fuerza. El hijo de Artatama les salió al encuentro cerca de Kharrari y Washshukanni, contando con el apoyo de los asirios.

La reconstitución del estado de Mitanni se justifica en el tratado hitita con la fórmula «a causa de mi hija», pero seguramente se consideró importante para una política hitita a largo

plazo, en la que actuaría como contrapeso a la creciente potencia asiria en Mesopotamia superior. Todas las posesiones situadas en Siria septentrional pasaron, en cambio, a manos hititas; la frontera occidental la constituía el Éufrates.

La temprana muerte de Shuppiluliuma y la epidemia que resultó de las guerras en Siria y que paralizó durante veinte años la política hitita fueron las causas de que Mattiwaza no recibiera más ayuda de Khatti. De los acontecimientos posteriores no sabemos prácticamente nada. Un solo dato esclarece algo la situación interna: descubrimos que este rey de Mitanni (Mattiwaza) es el único que lleva dos nombres. El primero y más utilizado pertenece, como todos los nombres reales de la dinastía, al indoeuropeo, pero por la multivalencia de los signos cuneiformes resulta difícil saber si se trata de Mattiwaza, de Kurtiwaza o quizá de Shattiwaza; y, junto a este nombre que tan diversas interpretaciones permite, encontramos, en los títulos del tratado y también en un fragmento de anales hititas, el de Kili-Teshup; quizá el uso de este segundo nombre exprese una consideración creciente del elemento hurrita de la población.

Sin apoyo constante de los hititas, la existencia del Estado reconstituido fue relativamente breve. Hacia 1340 Ashshuruballiṭ emprendió una gran expedición de conquista por Mesopotamia superior. Los restos del Estado de Khanigalbat, gobernado por Shattuara, fueron conquistados hacia 1300 por Adadnarāri, mientras las disensiones con Egipto ataban de manos en Siria al rey hitita. Shattuara se convirtió en vasallo asirio. Su hijo Washashatta se sublevó de nuevo, pero no recibió la ayuda militar hitita que esperaba. La capital cayó en manos del conquistador asirio, que devastó las tierras situadas entre Ṭūr-ʻAbdīn y Kharrān.

Durante el reinado de Shattuara II los asirios atacaron de nuevo Khanigalbat (hacia 1270), que, según palabras de Shalmanasar, se defendió por todos los medios: «Un ejército de hi-

titas y de tribus arameas estaba allí. Cortó los puentes y las fuentes y abrevaderos. En vista de la sed y de la extenuación de mi ejército… arriesgué la batalla y les causé la derrota». A comienzos del primer milenio residían en esta región dinastas arameos (Tell Ḥalaf-Guzana).

Los elementos arios del estado de Mitanni se reflejan en los nombres propios de las clases dirigentes y, sobre todo, en los nombres de los dioses (Mitra, Varuna, Indra y los Nasatyas) que se hallan en el tratado de Mattiwaza. Probablemente se separaron de la gran ola migratoria indoeuropea y llegaron a Mesopotamia superior en el siglo XVI.

Por el contrario, los hurritas se relacionan estrechamente con los urarteos, que más tarde se establecieron en las montañas de Armenia. Quizá Urarṭu fuera en parte territorio de retirada hurrita. La lengua hurrita no es ni indoeuropea ni semita; actualmente se está estudiando con intensidad[48]. Desde el punto de vista cultural, los hurritas tuvieron una gran importancia como transmisores de la antigua cultura literaria y religiosa sumeria: citemos sólo el poema de Gilgamesh y los ciclos sobre el antiguo rey de los dioses, Kumarbi, que ejercieron una gran influencia sobre los mitos griegos de Cronos. También los cultos religiosos y las fiestas hurritas fueron asimilados en gran medida por los hititas, especialmente por los que vivían en la corte y la capital[49].

El arte hurrita de la época de Mitanni se ha conservado únicamente en sellos, que proceden principalmente de Nuzi y Alalakh; también en este caso muchos motivos provienen de Babilonia. Muy característica es la predilección por los seres mixtos. Otros motivos son la caza, la lucha en carro o a pie contra guerreros enemigos o animales salvajes y el tema del «árbol de la vida». Un típico ejemplo de este estilo es el sello de Saushsatar, en una tablilla de barro de Nuzi.

Reyes de Mitanni/Khanigalbat

	Khattushili I	(¿Estado de	
	(de Khatti)	Khanigalbat?)	
1600			
1550			(Egipto)
		Kirta	
		Shuttarna I	
1500	Idrimi		Thutmosis I
	(de Alalakh)	Baratarna	
			Thutmosis III
		Parsatatar	
1450			
		Saushsatar	
		Artatama	Thutmosis IV
1400		Shuttarna II	
			Amenofis III
		Tushratta	
	Shuppiluliuma I		Amenofis IV
	(de Khatti)		
1350		Artatama	
		Mattiwaza	
			(Asur)
1300	Muwatalli	Shattuara I	Adadnarāri I
	(de Khatti)		
		Washashatta	
		Shattuara II	Shalmanasar I

Salvo la enumeración de nombres de reyes que aparece en las listas de sacrificios, la documentación, bastante escasa, de la época no permite formarse un panorama histórico del final del Imperio Antiguo hitita. Telipinu fijó en un extenso edicto sobre la sucesión las líneas básicas del derecho para las generaciones posteriores. Teniendo en cuenta la regularidad de la línea sucesoria que se observa durante los siglos XIV y XIII, suponemos que también los sucesores inmediatos de Telipinu se atuvieron a la nueva legalidad. Los nombres reales de fines del Imperio Antiguo corresponden a los de los antecesores de Telipinu: un ejemplo más de lo vivo de la tradición y de la continuidad dinástica, esencialmente ininterrumpida hasta Khuzziya II. A partir de la mitad del siglo XV aparecen otros nombres: Tutkhaliya con su esposa Nikalmati, Arnuwanda con su esposa Ashmunikal, Khattushili, Tutkhaliya (padre de Shuppiluliuma). Por primera vez en la historia hitita las reinas llevan nombres de origen hurrita. Nikalmati pudo ser una princesa extranjera, pero Ashmunikal pertenecía a la casa real hitita. Sin embargo, cabe preguntarse si el conceder un nombre hurrita a una princesa sería una moda o si, por el contrario, la dinastía del Imperio Nuevo tuvo orígenes hurritas.

Para los reyes se utilizaron ampliamente los nombres reales del Imperio Antiguo, seguramente como muestra consciente de retorno a la tradición. Con Arnuwanda (y con Shuppiluliuma) aparecen nombres desconocidos hasta entonces en la dinastía, que no están basados en la lengua protokhatti de los autóctonos, sino en el idioma indoeuropeo (en Shuppiluliuma = «fuente ruidosa», está atestiguado). No será entonces una casualidad que de Arnuwanda se conserve el primer sello real hitita con escritura silábica del nombre en jeroglíficos[50]. El sello se halla en una tabla con una donación de tierras a Kuwatalla: «Sello de

Tabarna Arnuwanda, el Gran Rey, hijo de Tutkhaliya, sello de Tawananna Ashmunikal, Gran Reina… hija de Tutkhaliya». Otro sello lleva la siguiente inscripción: «Ashmunikal, Gran Reina, hija de Nikalmati». Estos datos coinciden con los de las listas de sacrificios y ofrecen más detalles sobre la filiación. Esta plantea algunos problemas, ya que presenta al rey como hijo de Tutkhaliya y a la reina (Tawananna) como hija también de Tutkhaliya y de Nikalmati. Se puede interpretar la titulación «hijo» de un modo más general, como refiriéndose a hijo adoptado o a hijo político, como en otros casos (en vista del desusado nombramiento de la madre en la genealogía de Ashmunikal, puede que ésta fuera la hija única del matrimonio principal entre Tutkhaliya y la tawananna Nikalmati), o en otro caso, interpretar que Tutkhaliya y Ashmunikal fueron simultáneamente tabarna (rey) y tawananna (reina), sin ser marido y mujer[51]. Creo, sin embargo, que los títulos que lleva una reina meramente consorte hablan en contra de esta segunda hipótesis.

El período de penalidades que tuvo lugar durante el reinado de esta pareja real, que se refleja en diversos textos, y los datos que da el llamado mito de Telipinu, según el cual el dios, enfurecido por Ashmunikal, había desaparecido llevando consigo el progreso y la prosperidad, parece indicar que, en efecto, la opinión pública veía alguna falta en la conducta de la reina.

La tabla nombra al final, imitando los antiguos documentos de donaciones territoriales, a diversos funcionarios de palacio que firmaron el documento al ser redactado en Khattusha. La donación no era obra sólo de la pareja real, sino también del *tukhukanti* Tutkhaliya. Era éste un príncipe real que ocupaba un alto cargo, sin que esto lo caracterice como príncipe heredero.

También figura el *tukhukanti* en la prestación de juramentos de los altos dignatarios, lo que constituye uno de los ejemplos más tempranos de juramento y de compromiso de fidelidad. Se

invocaba el castigo de los dioses para el caso en que «alguien nos envíe un mensajero y nos escriba cualquier palabra mala y no podamos apresarle, cegarle y conducirle ante la Majestad». Los deberes jurados se grababan sobre tablas de bronce y se guardaban en los templos de Khattusha y Arinna. Como en los demás casos en los que se grabaron textos sobre tablas de hierro o plata, aludiendo simbólicamente a su duración, no se ha conservado nada, al contrario de lo que ha ocurrido con textos grabados en tablillas de barro.

Estos «dignatarios» (como se les llamó por equivocación en la primera publicación) gobernaban ciudades en las regiones del norte. Debieron ser, según muestran también los testimonios de la onomástica, jefes de tribus kashka que entraban con este juramento al servicio del rey; se trataría de pueblos pacificados, al margen de la masa de los kashka que se mantuvo independiente, asolando el país con sus ataques y rapiñas. Sociológicamente representarían en los montes del Ponto el mismo elemento que los khapiru en la región siria[52].

Las dificultades del imperio hitita para llegar a un acuerdo satisfactorio con los kashka provenían sobre todo de la ausencia de poder central entre éstos y de la falta de un aliado dinástico. Ni grupo ni tribu alguna se sentían comprometidos por los pactos de su vecino; no puede extrañar, pues, que las guerras con los kashka continuaran en los dos siglos siguientes.

De la pareja real Arnuwanda y Ashmunikal (ninguna reina, excepto Pudukhepa, en época posterior, está atestiguada tan extensamente en los documentos), así como del *tukhukanti*, procede un extenso texto que contiene quejas contra las condiciones opresivas en que se hallaban la vida cotidiana y el culto, a pesar de que entonces se concedía a los dioses más veneración que en tiempos anteriores. Los enemigos saqueaban las tierras de Nerik, Khurshama, Kashtama, Zalpuwa, etc., des-

truían los templos y las estatuas y arrastraban a los sacerdotes al cautiverio.

En tales circunstancias se intentó mantener, al menos, el culto al dios de la tempestad en Nerik, haciendo regalos a los kashka para que no impidieran los sacrificios. Si no cumplían sus promesas, menospreciando la palabra de los dioses, y rompían el sello del juramento del dios de la tempestad, toda la culpa recaería sobre ellos. Este juramento fue aceptado por muchas ciudades con sus jefes.

Todos estos documentos hablan de los kashka como si estuvieran establecidos en peligrosa proximidad del núcleo territorial hitita. Sus incursiones en estos territorios eran expediciones de rapiña que provocaban, no obstante, importantes alteraciones territoriales. Sus jefes llevaban nombres que pertenecían a la onomástica autóctona; por consiguiente, no se trataría tanto de una invasión de nuevos pueblos migrantes como, más bien, de una reactivación militar de la población anatólica, hasta entonces rechazada hacia los montes del Ponto.

De manera parecida se llegó a un acuerdo con algunos jefes en el sureste de Anatolia, como muestra el tratado con las gentes de Ishmirikka, cuyo texto no se puede fechar con seguridad en el reinado de Arnuwanda I. También se renovaron regularmente los tratados con Kizzuwatna, aunque el contrayente hitita no figura en el texto fragmentario con su nombre. La introducción histórica de un tratado posterior nos comunica que Kizzuwatna pasó durante el reinado de Khattushili, sucesor de Arnuwanda, a formar parte del país de Khatti. Parece dudoso que se tratara de algo más que de una unión pactada, si se tiene en cuenta que más adelante se habla de la defección y unión con Khurri. Al perderse también Khalpa durante la época de Khattushili, el poder del reino hitita quedó limitado a Anatolia central. Falta una documentación propia de esta época. Incluso en la cuestión de la continuidad dinástica carecemos de datos.

La frase de Tutkhaliya II de que «subió al trono de la monarquía» podría interpretarse en el sentido de una usurpación. Tampoco la genealogía de la pareja Arnuwanda-Ashmunikal permite deducir una clara linealidad sucesoria. La gran importancia del elemento hurrita en la corte, en el culto y en la religión, atestiguada por los hallazgos de Boğazköy, no tendría entonces que interpretarse como una simple influencia cultural de las provincias surorientales del imperio hitita, sino como producto natural de una capa dirigente oriunda de estas regiones. Posteriormente, durante el reinado del padre de Shuppiluliuma, la situación del país en este tiempo fue descrita de la manera siguiente: «Los tierras de Khatti estaban casi completamente destruidas por los enemigos. De un lado vino el enemigo kashka, devastó las tierras de Khatti y convirtió Nenashsha en frontera. Por el otro lado, del país inferior vino el enemigo de Arzawa. Y también éste devastó las tierras de Khatti y convirtió Tuwanuwa y Uda en frontera. El enemigo también vino de Azzi, devastó el país superior y convirtió Shamukha en frontera. El enemigo de Ishuwa vino y devastó el país de Tegarama (y convirtió) la ciudad de Kizzuwatna (en frontera). También la ciudad de Khattusha fue incendiada y… sólo se salvó la casa *kheshta*». El enemigo había penetrado por todos los lados. De los nombres de los diversos lugares fronterizos se deduce que el Estado había quedado destruido, con excepción del núcleo situado en el arco del Halys. Incluso la capital fue incendiada, probablemente en el curso de una invasión enemiga, pues Murshili II relata: «Las tribus de los kashka, que en tiempos de mi abuelo (Tutkhaliya III) conquistaron por la fuerza las montañas de Tarikarimu, fueron un peligro para Khattusha. Vinieron, atacaron Khattusha y la asediaron rudamente».

Según la tradición histórica, la época del principio del reinado de Shuppiluliuma fue un período de extrema debilidad política. Hasta hace poco se creía a Tutkhaliya III padre de Shuppi-

luliuma, pero probablemente haya que eliminar este nombre de la lista de reyes hititas, ya que Shuppiluliuma es más o menos sucesor directo del antes citado Arnuwanda[52a].

Sobre las hazañas de su padre Shuppiluliuma habla expresamente Murshili II; la primera parte de las tablillas hace referencia a la historia anterior, ya que durante ella el príncipe Shuppiluliuma dirigió sus primeras empresas militares, sobre todo durante las frecuentes enfermedades de su padre: «Como mi abuelo aún estaba enfermo, mi abuelo preguntó: "¿Quién quiere ir a la guerra?". Entonces dijo mi padre: "¡Yo iré!". De este modo mi abuelo envió a mi padre a la guerra. Pero cuando mi padre llegó a campo abierto, el enemigo kashka, que había penetrado en el país de Khatti, había destrozado el país. Y el enemigo que mi padre halló en medio del país constaba de doce tribus. Los dioses ayudaron a mi padre y venció a aquellos enemigos kashka».

Otro texto hace durar veinte años la reconquista de Anatolia y la repoblación de los territorios devastados. A partir de ese momento, Shuppiluliuma, en edad ya madura, pudo dedicarse a los problemas de política exterior. Un texto posterior resume de la siguiente manera los acontecimientos: «Cuando mi abuelo Shuppiluliuma invadió el país de Khurri, venció a todos los pueblos de Khurri. Y en el lado aquel convirtió Kadesh y Amurru en frontera. Venció al rey de Egipto. En este lado, sin embargo, venció a los países de Irrite y Shuta y convirtió al Éufrates en frontera… Proclamó reyes a sus hijos, en el país de Khalpa hizo rey a Telipinu y en el país de Karkemish hizo rey a Piyashshili».

Estas campañas, que comprendieron la conquista de Siria septentrional, la guerra con Egipto y la destrucción del reino de Mitanni, abarcaron un período de seis años. Basándonos en la tradición, podemos añadir los siguientes detalles:

La carta del rey de Mitanni, Tushratta, a Amenofis III, redactada en los comienzos de su reinado, hablaba de una invasión hitita que había podido rechazarse. Posiblemente Shuppiluliuma, impresionado por la alusión evidente a su posición de inferioridad militar, emprendería el camino de las negociaciones diplomáticas. La fórmula y disposición externa de los tratados interestatales se había desarrollado durante los siglos XVI a XV; su importancia en la consolidación de las relaciones exteriores quedó demostrada en el caso de Kizzuwatna.

El primer tratado se firmó con el pueblo de Azzi-Khayasha, en la alta Armenia, que en época del padre de Shuppiluliuma había penetrado en territorio hitita. Posteriormente, Shuppiluliuma firmó un tratado con uno de los jefes de este país cediéndole el poder en Azzi y asegurándole el apoyo a sus sucesores si éstos le eran leales. Es característico que la cesión tuviera lugar en Khattusha; ello supone que probablemente el nuevo vasallo subió al trono con el apoyo de las armas hititas. Entre otras cosas, se comprometía a defender la legalidad en la casa real hitita, a contribuir con efectivos militares en caso de rebelión o guerra, a denunciar conspiraciones enemigas, a guardar en secreto las informaciones confidenciales del rey hitita y a devolver los prisioneros que aún se encontraran en su poder.

Para reforzar la unión de aquél, llamado Khukkanā, al poder central, Shuppiluliuma le dio por esposa a su hermana. Este matrimonio dinástico dio ocasión al rey para tratar brevemente de las diferencias de costumbres entre los dos países. Como ejemplo cita un caso del pasado próximo que comienza: «Lo que fue Mariya, ¿por qué ofensa encontró la muerte? ¿No pasó una dama de palacio y aquél la miró? El padre de la Majestad se asomaba en aquel instante a la ventana y le sorprendió con las palabras: "¿Por qué has mirado a esa mujer?". Y encontró la muerte por aquel suceso». Quiere decir que el yerno, estando de visita en la corte hitita, tenía que observar la mayor discre-

ción en las cuestiones de etiqueta. También estando en Azzi se pretendía que se atuviera a estas nuevas costumbres: «Si te visita alguna vez una hermana de tu mujer (o alguna pariente femenina), dale de comer y de beber. Comed, bebed y alegraos. Pero no se te ocurra desear tomarla sexualmente. Eso no está permitido; se castiga con la pena de muerte».

Sabemos poco del desarrollo posterior de los acontecimientos; un texto del oráculo menciona que se hizo a la divinidad la pregunta de «si Khukkanā, el hombre de Azzi» mantendría la fidelidad al rey.

De modo similar intentó Shuppiluliuma atraer por un tratado a Shunashshura de Kizzuwatna, que se había aliado con Mitanni. El tratado fue redactado en lengua hitita y acadia; la redacción en dos idiomas indica que Kizzuwatna pertenecía a la esfera cultural suroriental, determinada por la cultura babilónica. La onomástica descubre una intensificación de la colonización hurrita desde el siglo XV, con lo que recibe una explicación más el estrecho contacto con Khurri-Mitanni. Los nombres de las clases dominantes pertenecen en parte al indoeuropeo; así, el nombre de Shunashshura se ha interpretado como ind. *śunaśūra* = «héroe de salvación».

De la formulación del tratado se desprende claramente el deseo del rey hitita de acercarse a la otra parte y aceptar hasta la ficción de un tratado igualitario. «Los de Khurri llamaban a Shunashshura siervo, pero ahora la Majestad le ha nombrado rey legítimo… Cuando Shunashshura aparezca delante de la Majestad, los grandes de la Majestad deberán levantarse ante él, nadie permanecerá sentado». Hasta qué punto fue radical el giro que dio Kizzuwatna con este tratado se deduce de los artículos en los que Shuppiluliuma se compromete: «Cuando el hurrita oiga que Shunashshura se ha separado del rey de Khurri y se ha unido a la Majestad y entonces el rey de Khurri haga un regalo de salutación por Shunashshura, yo, la Majestad, no

aceptaré por Shunashshura el regalo de salutación del rey de Khurri». En lo que se refiere a la cuestión de tropas auxiliares en caso de guerra, se determinaron contingentes de cien troncos de caballos como tropas de carros de combate y mil soldados de infantería. Su sostenimiento corría a cargo del rey hitita. Para asegurar el intercambio diplomático se decidió que ninguna de las dos partes haría mal alguno al enviado del otro o actuaría contra él por medio de la magia. Además: «Si yo, la Majestad, te hago llegar una carta sobre una tablilla de barro en la que están escritas las palabras, y las palabras que te dice el enviado de su boca, si las palabras del enviado corresponden a las palabras de la tablilla, en ese enviado, Shunashshura, puedes confiar. Si las palabras de boca del enviado no coinciden con las palabras de la tablilla, en ese enviado, Shunashshura, no confíes. Y a causa de tales palabras no trames nada malo en tu corazón». Sigue la determinación de la frontera entre los dos estados y las disposiciones sobre la entrega de refugiados. En este caso aparece la por lo demás no habitual disposición punitiva: «Si un fugitivo va de Khattusha a Kizzuwatna, Shunashshura deberá apresarle y devolvérselo a la Majestad. Pero si alguien esconde al fugitivo y se le descubre en su casa, devolverá doce personas». Si el autor del delito no es solvente, puede ser castigado con la muerte.

Con estos dos tratados parece abierto el camino a una política de envergadura. Por eso quisiéramos incluir en esta época un tercer tratado entre Shuppiluliuma y Artatama, rey de Khurri, conocido únicamente a través de la actitud hostil con que fue recibido por Tushratta. Es posible que nos encontremos aquí ante una disputa dinástica por el trono de Khurri-Mitanni; tal vez Tushratta ocupara el trono después del asesinato del príncipe heredero y Shuppiluliuma interviniera en la disputa interna apoyando a un candidato adversario suyo.

Shuppiluliuma, más fuerte política y militarmente que en su primera invasión al territorio de Mitanni, consiguió entonces mayores victorias, y nos habla de sus saqueos en territorio sirio y de sus conquistas que llegaron hasta el Líbano. En esta ocasión fue probablemente sometido como vasallo Sharrupshi de Nukhashshe (entre Hamath y el Éufrates), pues al ser atacado posteriormente por Tushratta llamó en su ayuda al rey hitita.

El intento realizado por Mitanni de recobrar el terreno perdido contó seguramente con la simpatía de las ciudades-estado sirias, ya que sus soberanos eran, hasta muy al sur de Palestina, nobles y príncipes de nombres indoeuropeos. Éste era el caso de Kadesh, gobernada por Shuttarna (Shutatarra) y su hijo Aitakama hasta que este último se sometió al rey hitita y, aliado a Aziru de Amurru, fue apropiándose territorios sirios que estaban bajo la dominación egipcia. La correspondencia de el-Amarna da una buena idea de la evolución política durante la mitad del siglo XIV.

Mientras tanto, Shuppiluliuma había centrado en un movimiento amplio el ataque sobre el núcleo territorial del Estado de Mitanni. Cruzó el curso superior del Éufrates y sometió Ishuwa «por segunda vez», ya que esta región se había mostrado hostil a Khatti en el pasado reciente y había dado asilo a fugitivos hititas. Según las palabras del rey hitita, no se hizo otra cosa que reparar una antigua ofensa.

La expedición se dirigió a continuación hacia Alshe, en la región oriental del Tigris; los hititas conquistaron la fortaleza de Kutmar y la «donaron como regalo» al príncipe de Alshe, Antaratli. Después se dirigieron contra Washshukanni. Sin embargo, Tushratta quería evitar su enfrentamiento directo y emprendió la retirada. El Gran Rey hitita marchó entonces hacia el oeste, cruzando el Éufrates, ya que un levantamiento hacía necesaria su presencia en Siria; Khalpa y los Estados situados al sur fueron sometidos; Niqmadu II de Ugarit se unió al Gran Rey.

La situación debió resultar peligrosa en un momento dado, ya que Shuppiluliuma subraya en una de las primeras cartas la antigua fidelidad de Ugarit y promete, en caso de hostilidades, ayuda militar. Los adversarios también intentaron ganarse como aliado a Niqmadu, pero luego invadieron el reino de Ugarit y únicamente la intervención de contingentes hititas de infantería y carros de combate logró echarlos del país. El botín recayó sobre Niqmadu, pero éste supo recompensar generosamente a los grandes hititas. En la vecina Alalakh celebró un encuentro con el Gran Rey y firmó un tratado que le concedía para tiempo ilimitado un trazado de fronteras ventajoso. Se le impuso, como tributo a la Majestad, la entrega de 500 siclos de oro, un vaso de oro que pesara una mina y ropas y tejidos valiosos; asimismo debía hacer regalos dignos a la reina, a los príncipes y a los altos dignatarios.

Shuppiluliuma regresó a Khattusha con un rico botín. Con orgullo comunica a la posteridad la expulsión de Tushratta y el sometimiento de Siria septentrional hasta Kadesh, junto al Orontes, como las hazañas de un solo año. Al igual que los demás soberanos del Próximo Oriente, Shuppiluliuma mantuvo seguramente relaciones diplomáticas con Egipto y supo, por tanto, la subida al trono de Amenofis IV. Como saludo le envió figuras de animales de tres y cinco libras de plata y otros objetos de este metal que abundaba en Anatolia. La intervención de Shuppiluliuma en Siria provocó el conflicto con Egipto. Con ello se quebró también un acuerdo que permitía a elementos de la población de Asia Menor, concretamente de la ciudad de Kurushtama, establecerse en territorio egipcio. Pero parece que este acuerdo no duró mucho tiempo. Un rey hitita posterior llegó a culpar del comienzo de la guerra a su propio padre: «Cuando el dios de la tempestad de Khatti llevó a la gente de Kurushtama al país de Egipto, y cuando el dios de la tempestad de Khatti les hizo un tratado frente a las gentes de Khatti, éstas

estaban comprometidas por un juramento ante el dios de la tempestad de Khatti. Estando comprometidos los hititas y los egipcios ante el dios de la tempestad, sucedió que (a pesar de todo) las gentes de Khatti desertaron; así las gentes de Khatti faltaron a la palabra dada al dios. Mi padre envió entonces tropas y conductores de carros que atacaron la región fronteriza del país de Egipto, el país de Amka. Y los volvió a enviar y la volvieron a atacar…».

La intervención de Khatti en Siria planteaba una nueva situación a los príncipes indígenas. Para mantener su posición tenían que simular lealtad, vasallaje, a Egipto, pero al mismo tiempo complacer a los hititas. Desde esta perspectiva se entiende la política de Amurru durante el gobierno de Aziru. No todas las acusaciones de los príncipes vecinos de Amurru en la corte del faraón corresponderían a hechos concretos, pero Aziru fue llamado por fin a Egipto, para justificarse personalmente. Durante su estancia en la corte egipcia su hermano le envió cartas exigiendo su retorno en vista de la presencia de los hititas, conducidos por el general Lupakki, en Siria septentrional, en el país de Amka.

La ordenación cronológica de los acontecimientos está aún en discusión[53]. Así, por ejemplo, sucede con la fecha del tratado firmado por Aziru y Niqmadu de Ugarit, que se puede situar antes o después del viaje a Egipto de aquél. En este tratado Aziru garantiza la frontera sur de Ugarit y se declara dispuesto a enviar ayuda militar en caso de ataque por parte de una tercera potencia. A cambio se hace pagar 5000 siclos de plata.

También es difícil determinar la fecha del sometimiento oficial de Aziru a Shuppiluliuma. Durante muchos años había pactado con los hititas, pero solamente un desplazamiento decisivo en la relación de fuerzas le induciría a pasarse por completo al lado hitita. Una fecha relativamente tardía para la firma de este tratado se deduce de la fórmula que utiliza Shuppiluliu-

ma en la introducción histórica: «Lo añadí a sus hermanos», es decir, a los príncipes sirios ya sometidos.

La decisión tomada por el príncipe de Amurru fue duradera y Murshili II constató, resumiendo, en un tratado: «Aziru fue tu abuelo, (el abuelo) de Duppi-Teshup... Mi padre (Shuppiluliuma) le hizo volver a su servicio. Cuando los reyes de Nukhashshe y el rey del país de Kadesh se rebelaron contra mi padre, Aziru, tu abuelo, no se rebeló contra mi padre..., sino que luchó también contra los enemigos de mi padre, protegió (el país de Khatti) y no irritó de ningún modo a mi padre. Y también mi padre protegió a Aziru y a su país... 300 siclos de oro puro, de primera calidad, tributo que mi padre había impuesto a tu abuelo, pagó cada año».

Con esta descripción del desarrollo de Amurru nos hemos adelantado a los acontecimientos. Indudablemente el período posterior a la campaña de Shuppiluliuma en Siria está documentado insuficientemente. Las cartas de el-Amarna ofrecen dificultades de ordenación y desde el traslado de la residencia egipcia bajo Tutânkhamón desaparecen por completo. Las *Hazañas* de Shuppiluliuma grabadas en varias tablillas sólo dan fragmentos de las empresas de este período; parece que durante este tiempo el rey fue muy activo en Anatolia. Una epidemia en el ejército hitita motivó un ataque de los kashka, que se habían mantenido tranquilos durante un cierto tiempo; pero no pudieron hacer nada contra las fortalezas militares a pesar de sus ataques nocturnos.

En Siria dirigía las operaciones un hijo de Shuppiluliuma llamado Telipinu. Sometió gran parte de los territorios llanos, pero no pudo apoderarse de la poderosa fortaleza de Karkemish, junto al Éufrates. Telipinu volvió al lado del Gran Rey, quizá para recibir nuevas instrucciones, y Lupakki quedó atrás con varios centenares de hombres para mantener la posición. Este momento de aparente debilidad fue aprovechado por los hurri-

tas para un ataque y también los egipcios intentaron afirmarse de nuevo en el territorio de Kadesh, que acababan de perder. La aparición del Gran Rey en el campo de batalla de Siria septentrional restableció rápidamente la libertad de acción de los hititas.

Merece la pena leer las palabras que encontró Murshili para describir este momento de máximo apogeo en la vida de su padre Shuppiluliuma: «Mientras mi padre estaba abajo, en el país de Karkemish, envió a Lupakki y a Tarkhunta-zalma al país de Amka. Estos emprendieron la marcha para derrotar a Amka y trajeron prisioneros, ganado y ovejas a mi padre. Al tener noticia los egipcios de este ataque a Amka, tuvieron miedo. Como su señor Tutânkhamón había muerto, la reina de Egipto, la esposa principal, envió un mensajero a mi padre y le escribió de la manera siguiente: "Mi marido ha muerto; no tengo ningún hijo, pero a ti se te atribuyen muchos hijos. Si me das a uno de tus hijos, será mi marido. Nunca tomaré a uno de mis criados y le haré mi marido. Eso me repugna demasiado". Al oír esto mi padre convocó un consejo de estado y dijo: "¡No he visto un caso parecido en toda mi vida!". Así sucedió que mi padre enviara a Egipto a Khattushaziti como hombre de confianza con la orden: "¡Ve y tráeme las verdaderas noticias! Puede ser que me quieran engañar, quizá sí tiene un hijo de su marido. ¡Tráeme tú noticias ciertas!".

»(Mientras tanto) hasta que Khattushaziti volvió de Egipto, mi padre conquistó definitivamente la ciudad de Karkemish. La sitió durante siete días, al octavo libró una batalla que duró todo el día y después de un sangriento combate la tomó el mismo día. Mientras mi padre conquistaba la ciudad, por respeto a los dioses no dejó a nadie subir a la acrópolis, a los templos de la diosa (Kubaba) y del dios protector… La ciudad baja, por el contrario, con los habitantes y los objetos de plata, oro y bron-

ce la entregó al saqueo y la llevó a Khattusha. Pero los prisioneros que condujo al palacio real sumaban ya 3330».

El poder conseguido en Siria y la eficacia de las armas hititas en Amka fueron tan impresionantes que la reina viuda egipcia decidió que Shuppiluliuma era la garantía más segura para sus planes sobre la sucesión al trono de los faraones. La conquista de Karkemish completó el sometimiento de Siria septentrional y excluyó cualquier influencia de Mitanni. El límite del gran imperio hitita era desde ahora el Éufrates. Un hijo del Gran Rey, Piyashshili, que quizá llevara un segundo nombre hurrita (Sharrikushukh), en atención a la situación de Siria fue proclamado rey de Karkemish, con lo que la conquista militar y la institución de una nueva y firme administración hitita se sucedieron sin crear un vacío político. El Gran Rey retornó a Khattusha y pasó allí el invierno.

En la primavera volvió el mensajero con un enviado egipcio, que traía una nueva carta de la reina viuda. Shuppiluliuma decidió enviar como pretendiente al trono a su hijo Zannanza. Pero sus vacilaciones habían permitido a la corte egipcia realizar sus propios planes. El cortesano Ay, uno de los «aborrecidos criados», había subido al trono. El príncipe hitita no llegó a Egipto y fue asesinado en el camino. Gracias a la historia egipcia podemos fechar estos sucesos en los años 1338-1337.

La reacción del soberano hitita es comprensible, y, sin embargo, su hijo Murshili califica, en una plegaria por la peste, el comportamiento de su padre de culpable: «Pero mi padre enfureció y marchó contra el país de Egipto e invadió el país de Egipto. Venció a las tropas (y) a los carros de combate del país de Egipto. Y también entonces el dios de la tempestad de Khatti, mi señor, hizo por su decisión que mi padre fuera el más fuerte. Y venció a las tropas y a los carros de combate del país de Egipto y los derrotó. Y entre los prisioneros que hicieron, cuando volvían al país de Khatti, estalló la peste y comenzaron

a morir. Pero al entrar los prisioneros en el país de Khatti arrastraron la peste al país de Khatti; y desde aquel día reinaba la mortandad en el país de Khatti».

El rey sucesor se plantea ante este castigo divino la cuestión de la culpa y la expiación en la vida del hombre. Pero la suerte de las armas siguió favoreciendo a Shuppiluliuma tanto en esta empresa como en otras. Con el asesinato de Tushratta comienza la lucha decisiva por la sucesión y el poder en Mitanni. Mattiwaza se refugió por fin en el país del que hasta entonces había sido enemigo de su padre: «A orillas del río Marashshantiya (= Halys) me postré a los pies del Gran Rey, rey del país de Khatti. Éste me hizo levantar con su mano y se alegró de mi presencia. Me preguntó por la situación en el país de Mitanni... Cuando yo, Mattiwaza, el hijo del rey, llegué donde el Gran Rey, poseía tres carros, dos hombres de Khurri y dos acompañantes, un solo vestido, que llevaba puesto, y nada más. Y el Gran Rey tuvo compasión de mí y me dio un carro recubierto de oro, caballos, carros, arreos, una tienda de lino, criados, dos jarras de oro y plata con vasos de oro y plata, vajilla...».

Shuppiluliuma lo unió además a la casa real hitita por un matrimonio dinástico y le aseguró la vuelta al trono de Mitanni. La expedición salió de Karkemish bajo el mando de Piyashshili. La protección de Mesopotamia superior frente a los posibles ataques de Ashshuruballiṭ jugó seguramente un papel importante en la restauración de Mitanni. Los matrimonios dinásticos tuvieron gran importancia durante la época de el-Amarna. Shuppiluliuma no sólo casó a su hermana y a su hija con los reyes de Azzi y Mitanni, para asegurarse la amistad de aquellos vasallos, sino que él mismo siguió esta política dinástica en el caso de las tres reinas que aparecen a su lado, al menos en el caso de la última, una princesa de Babilonia. La historia de esta princesa da una idea del destino que suponía un matrimonio de éstos en el extranjero. Probablemente la princesa llegó

aún muy joven a la corte hitita, sobrevivió a su marido y durante el reinado del sucesor, Murshili II, fue una de las grandes intrigantes de la corte.

En los sellos de los convenios diplomáticos con Niqmadu II de Ugarit la reina figura junto a su marido llevando en la leyenda cuneiforme el título de tawananna, que se sustituye en las leyendas de jeroglíficos hititas por otro nombre, quizá *malnigala*. No se ha podido descifrar con exactitud este título, que aparece en sellos de Shuppiluliuma y de Murshili; uno de ellos lleva en leyenda cuneiforme el nombre de *malni* (*gal*), de composición sumamente extraña que podría explicarse por el carácter caprichoso de la tawananna, ya desaprobado por Murshili. Seguramente esta reina, de origen babilónico, llevó un nombre hurrita, como Nikalmati, Ashmunikal y las dos primeras mujeres de Shuppiluliuma, Dadukhepa/Dudukhepa y Khenti.

Del mismo modo que Shuppiluliuma había tomado las riendas de los asuntos militares cuando era príncipe, su hijo, el príncipe heredero Arnuwanda, pasó durante los últimos años de su vida al primer plano en las guerras con Egipto y Khurri. Debió ganar cierto renombre, como podemos deducir, a falta de otros documentos, de la introducción a los anales de Murshili: «Antes de subir al trono de mi padre todos los países enemigos vecinos me declararon la guerra. Al hacerse mi padre dios (= morirse), subió al trono de su padre mi hermano Arnuwanda. Pero él también enfermó. Al oír los enemigos que Arnuwanda había caído enfermo, comenzaron a ser hostiles. Al hacerse dios Arnuwanda, mi hermano, los países enemigos que hasta entonces no habían declarado la guerra iniciaron las hostilidades. Y los países enemigos vecinos dijeron: "Su padre, que fue rey de Khatti, fue un rey valiente y sometió a los enemigos. Ahora es dios. Su hijo, que subió al trono de su padre, también fue en un tiempo un héroe de la guerra. Pero cayó enfermo y se hizo dios. El que ahora ha subido al trono de su padre es pe-

queño. Y no podrá salvar el país de Khatti y las fronteras del país de Khatti"».

El reinado de Murshili II, hijo menor de Shuppiluliuma, comenzó hacia 1330 en condiciones desfavorables. Como sucede a menudo en los reinos orientales, el enemigo sometido intentó aprovechar la debilidad y la inseguridad provocada por el cambio de rey. No puede extrañar que después de la larga ausencia de Shuppiluliuma en Siria estallaran graves desórdenes precisamente en Asia Menor. En Siria, por el contrario, el joven rey disponía de un buen apoyo en la persona de su tío, Sharrikushukh, virrey de Karkemish. Hasta el séptimo año de su reinado no fue necesaria su presencia en Siria. Seguramente para hacer frente a un inminente ataque egipcio (bajo Horemheb), cuyas noticias provocaron la defección de Nukhashshe, al sur de Khalpa. Incluso Ugarit reanudó por un tiempo las relaciones con Egipto. Pero al saberse que el ejército egipcio había sido derrotado y se retiraba, se disolvió la tensión bélica.

La situación tomó un cariz más amenazador durante el noveno año del reinado de Murshili. El rey celebraba ceremonias sagradas en Kummanni (Comana Cappadociae), cuando recibió la noticia de la muerte de Sharrikushukh, tras breve enfermedad. Una nueva defección de Nukhashshe, apoyada por Aitakama de Kadesh, obligó al rey a enviar en seguida un general con la orden siguiente: «Como los de Nukhashshe son hostiles, vete y destruye su trigo y hostígales» (una táctica de guerra destinada a derrotar al enemigo económicamente destruyendo sus campos y huertas). Aitakama fue asesinado por su propio hijo. Como su defección rompía la palabra dada, Murshili pudo añadir: «Que los dioses de los juramentos se venguen, que el hijo mate a su padre, y el hermano al hermano, y que él mate a su propia (carne y sangre)». Con ayuda de estas intrigas también era posible hacer política.

Parece que, asimismo, en la corte de Murshili en Khattusha la situación empezó a empeorar. La reina-tawananna de su padre había conservado a la muerte de éste su posición y sus prerrogativas. Esta institución suponía un factor de continuidad durante el cambio de rey, pero también grandes dificultades cuando la tawananna intentaba imponer sus planes. No sabemos los detalles de lo que ocurrió; los reproches de Murshili II son los siguientes: «(Cuando mi padre) se hizo dios, ni Arnuwanda (mi hermano, ni yo) hicimos ningún mal a la tawananna, y tampoco la ofendimos. Así como había gobernado (el palacio) y el país de Khatti en vida de mi padre, así lo gobernaba (en vida de mi hermano). Al (hacerse dios) mi hermano, tampoco yo hice ningún mal a la tawananna (y tampoco) la (ofendí) en modo alguno. Así como había gobernado el palacio y el país de Khatti en (vida de mi padre y de mi) hermano (así gobernaba también ahora). Y lo que por costumbre (le correspondía respecto) de su marido (…), que por derecho no le pertenecía…».

A continuación se hace referencia en el texto, muy fragmentado, a diferencias de opinión existentes sobre todo en relación con el entierro del padre de Murshili: «¿No veis, oh dioses, cómo (ella) ha donado todas las posesiones domésticas de mi padre al "templo de los muertos" y al "Mausoleo"? Y lo que ha mandado traer de Babilonia ha sido regalado en Khattusha a toda la población, y no ha dejado nada».

Las intrigas de la reina se dirigieron contra la esposa de Murshili. «Día y noche está frente a los dioses» para maldecirla. Desde luego también la nuera intrigó con métodos poco nobles contra la reina, hasta que sucumbió a las maldiciones de su rival. La situación se agravó de tal manera que el Gran Rey decretó formalmente un proceso contra la tawananna, interviniendo de este modo en los decretos sagrados, como recuerda la generación posterior: «Cuando en el palacio surgió el proceso contra la tawananna, vuestra (divina) servidora, cuando mi

padre ofendió a la tawananna, a la reina…». No sabemos nada del proceso mismo y de su resultado, ya que generalmente son oraciones las que relatan con remordimiento estos tristes sucesos.

Los anales, que bajo Murshili constituían un género literario plenamente desarrollado, informan principalmente de los hechos bélicos. Las noticias sobre las campañas en Asia Menor podrían dar un panorama histórico excelente si fuera posible una localización exacta de las regiones y los lugares. En las circunstancias actuales sólo podemos reconocer grandes expediciones contra los kashka, los territorios de Arzawa y, de allí, contra la zona costera egea.

Con motivo de una campaña contra Arzawa se dice: «Marché hacia la sierra Arinnanda. Dicha sierra Arinnanda es muy escarpada, sobre el mar, además es muy alta, inaccesible, rocosa y es imposible subir con caballos. Pero los enemigos la mantenían toda ocupada… Y como era imposible subir a caballo, Su Majestad fue a pie, encabezando el ejército y subió a pie la sierra Arinnanda».

Los anales relatan lo siguiente de una batalla contra los kashka: «Además Pikhkhuniya no reinaba a la manera de los kashka. Sino que de pronto (no siendo habitual en Kashka el gobierno de uno solo) dicho Pikhkhuniya reinó a la manera de la monarquía. Entonces Su Majestad marchó contra él y yo le envié un emisario y le dijo: “Devuélveme mis súbditos, que me has arrebatado y llevado a Kashka”. Pikhkhuniya, sin embargo, me contestó así: “No te devolveré nada. Y si vienes a luchar conmigo no te daré batalla en mi territorio. Te saldré al encuentro en tu país y te daré batalla en tu país”».

Este tipo de embajadas formaban parte de las formalidades que precedían a la guerra. Asimismo recibimos noticia de algunas fórmulas observadas durante la marcha (consulta a los orá-

culos sobre los resultados de la empresa o maniobras de sorpresa): «Su Majestad hacía marchar el ejército en orden de batalla. Y como el enemigo tenía centinelas si yo hubiera intentado cercar precisamente Pittaggatalli, como me hubieran visto sus centinelas, éste no me hubiera esperado y hubiera huido. Entonces me dirigí en dirección contraria contra Pittapara. Pero nada más caer la noche, di la vuelta y marché contra Pittaggatalli. Y anduve toda la noche y se me hizo día en los límites de Shapidduwa. Cuando se levantó el sol marché con él a la batalla. Y aquellos 9000 hombres que mandaba Pittaggatalli me dieron la batalla y luché contra ellos. Pero los dioses estaban de mi parte».

También Azzi-Khayasha, que bajo Shuppiluliuma había firmado un tratado con Khatti, se encontraba entre los rebeldes: «Cuando las gentes de Azzi vieron que yo me preparaba a tomar por la fuerza ciudades fortificadas, tuvieron miedo las gentes de Azzi que ocupaban las ciudades fortificadas y altas montañas, lugares escarpados. Así salieron a mi encuentro los ancianos del país y se postraron a mis pies y me dijeron: "¡Señor, no nos destruyas! Acéptanos, señor, como vasallos y nosotros pondremos desde ahora a la disposición de nuestro señor tropas y conductores de carros. También le entregaremos los súbditos de Khatti que están con nosotros". Entonces yo, la Majestad, no los destruí. Acepté su vasallaje y les hice vasallos. Y como el año se me había hecho muy corto no ordené el país de Azzi, pero tomé juramento a las gentes de Azzi. Luego volví a Khattusha y pasé el invierno en Khattusha».

La nueva ordenación de los países de Asia Menor a través de campañas, tratados y reestructuración de la administración, y el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, constituían la ocupación principal del rey. Tenemos noticias detalladas de Asia Menor occidental, principalmente por los tratados firmados con los príncipes de Arzawa, que se comprometieron a

guardar fidelidad al rey y al mismo tiempo a ser leales entre sí. Uno de ellos, Mashkhuiluwa, había huido en un tiempo a la corte de Shuppiluliuma, que le había acogido y casado con su hija Muwatti. Sus compromisos en Siria septentrional impidieron al rey una mayor intervención a su favor. Murshili restauró, por fin, al fugitivo en el trono de su padre. Pero incluso esta dependencia absoluta no pudo evitar la defección, que el Gran Rey de Khatti intentaba impedir estacionando tropas propias en el país. Como generalmente, incluso en el caso de una alianza de varios enemigos, se trataba de pequeños territorios, no existía un peligro serio para el rey hitita, aunque se viera obligado a menudo a intervenir con su ejército en insurrecciones y ataques.

En Siria fue renovado el tratado firmado en su día con Aziru. Esta vez el pacto se firmó con Duppi-Teshup. La situación fronteriza de Amurru y la situación política en general se define claramente en la orden siguiente: «¡Y no vuelvas tus ojos a los demás! Tus padres pagaron tributo al país de Egipto, pero tú no lo pagues». Podemos inferir de esto que los príncipes sirios se esforzaban por mantener, a manera de reaseguro, las buenas relaciones con la gran potencia del Nilo, máxime cuando ésta había iniciado con la XIX Dinastía (1309 a. C.) una política más activa en Siria.

Los ricos archivos de Ugarit nos transmiten más datos sobre la situación política de la época. En un tratado se establece que en caso de guerra del Gran Rey contra Khanigalbat (Mitanni), Egipto, Karduniash (Babilonia), Alshe o cualquier otro país enemigo, el vasallo está obligado a mantener su palabra y prestar ayuda militar. Este vasallo, Niqmepa, acaba de subir al trono gracias a una intervención de Murshili. En el tratado firmado con él se confirmaron las antiguas fronteras establecidas en su tiempo por Shuppiluliuma. Alteraciones menores en la línea fronteriza se consignaban en actas separadas, concedién-

dose especialmente al virrey hitita de Karkemish una cierta ampliación de su territorio. Al mismo tiempo Ugarit perdía algunos derechos en la posesión de las salinas. Por esta razón Niqmepa pidió una reducción correspondiente de su tributo anual, que el Gran Rey concedió.

Los textos citados demuestran la fuerte intervención de la metrópoli hitita en los asuntos de los estados vasallos. Asimismo nos muestran lo que significaba en determinadas situaciones un documento firmado por el Gran Rey; quizá así se explique el singular hallazgo de un sello del Gran Rey (no de un sello impreso en un documento) en Ugarit. Todo parece confirmar que se trata de una falsificación, sin duda de tiempo antiguo. Un documento de Niqmepa da algunos datos sobre este asunto, citando a tres personas «que han cometido un gran crimen al confeccionar una reproducción del gran sello real y forjar (con él) falsos documentos en Ugarit».

Quizá surgieran estas actividades durante un cambio de rey, cosa que provocaba ciertas alteraciones en la administración. No podemos reconstruir el final del largo reinado de Murshili; los resultados de la investigación sobre su hijo y sucesor Muwatalli son muy heterogéneos.

En Ugarit no se ha hallado ningún texto con su nombre, pero sabemos por las crónicas egipcias que en la batalla de Kadesh entre Muwatalli y Ramsés II luchó asimismo un contingente de Ugarit.

También en Khattusha se ha encontrado poca documentación sobre él, quizá debido a que el rey trasladó su residencia, primero al país inferior y luego a una ciudad cuyo nombre generalmente se ha interpretado como «Dattashsha». No sabemos nada de los motivos que le indujeron al cambio. Puede ser que la amenaza de los kashka hubiera aumentado o que se juzgara más oportuno acercarse a los escenarios de guerra en Asia

Menor occidental y, sobre todo, en Siria. La antigua capital quedó en manos de un fiel funcionario de la administración.

El orden cronológico de los acontecimientos es confuso. Pero se podrían situar las campañas en el oeste y el tratado con Alakshandu de Wilusha antes de las guerras de Siria. El príncipe Alakshandu (que ha adquirido importancia por la llamada cuestión de Akhkhiyawā —cf. cap. V—, ya que se ha relacionado su nombre con el griego Aléxandros o Alejandro) debió llegar al trono por adopción. Por tanto, tenía gran importancia la garantía de sucesión. El artículo sobre la ayuda militar determina con detalle en qué campos de batalla y en qué condiciones el vasallo debía contribuir con contingentes de infantería y con conductores de carros, estableciéndose una diferencia entre guerras localizadas y guerras con una gran potencia (Egipto, Babilonia, Khanigalbat y Asiria).

Con ello se preveía la posibilidad de conflicto con todas las grandes potencias de la época. Con toda seguridad el Gran Rey dedicó su mayor atención a Siria septentrional, donde estaban las posiciones clave de Karkemish y Khalpa.

Se ha conservado una parte del tratado con Talmi-Sharruma, que tuvo que ser redactado de nuevo ya que «una tablilla del tratado para Talmi-Sharruma, rey del país de Khalpa, fue extendida por mi padre Murshili, pero la tablilla ha sido robada. Yo, el Gran Rey, le he escrito una segunda tablilla, sellada con mi sello, y se la he entregado».

La fuerza que tenía el sentimiento de pertenecer a una dinastía aparece en la frase que hace referencia a la época en que Shuppiluliuma proclamó reyes de Khalpa y Karkemish a sus dos hijos: «Y nosotros, sucesores de Shuppiluliuma, el Gran Rey, seamos todos y nuestra familia uno. ¡Testigos sean los dioses del país de Khatti y los dioses del país de Khalpa!».

Con la subida al trono de Ramsés II (1290 a. C.) se inicia una nueva política egipcia en Siria. En su cuarto año fue erigida una estela en Nahr el-Kelb, al sur de Biblos, que como ciudad costera seguramente pertenecía al área de influencia egipcia. Pero el reino de Khatti estaba preparado para esta guerra, como hemos visto a través de los tratados estatales y las obligaciones contraídas por los aliados. Únicamente Amurru, en la frontera con Egipto, se separó de Khatti, por calcular erróneamente la relación de fuerzas: «Hemos sido siervos fieles, pero ahora ya no somos siervos». Según la interpretación hitita, la lucha se desencadenó por la defección de Amurru.

El Gran Rey hitita reunió numerosas tropas auxiliares. Los textos egipcios nombran a Arzawa, Masha, Lukka, Kashka, Kizzuwatna, Karkemish y todos los reinos asirios. También Ramsés había reunido un ejército considerable al emprender la marcha por los valles del Litani y del Orontes hacia el norte. Pero, desorientado en cuanto a las intenciones de su enemigo y a la posición del ejército hitita, el rey egipcio dejó marchar sus cuatro divisiones en formación desplegada sobre Kadesh. Patrullas hititas, que cayeron en manos de los egipcios, descubrieron a éstos que Muwatalli no se encontraba al norte y lejos, en el país de Khalpa, sino que estaba atrincherado con su ejército detrás de Kadesh. Antes de que los egipcios pudieran tomar posiciones para el combate, los hititas lanzaron al ataque a los carros de combate que en una amplia maniobra dejaron a un lado Kadesh y, cruzando los vados del río, cayeron sobre el flanco del ejército egipcio que aún estaba en marcha. Los documentos egipcios calculan en 2500 los carros de combate que participaron en esta primera carga. La cifra es impresionante, tanto en lo que se refiere a la potencia numérica del ejército hitita (alrededor de 3500 carros de combate y 35 000 hombres a pie), como en lo que se refiere a su empleo táctico.

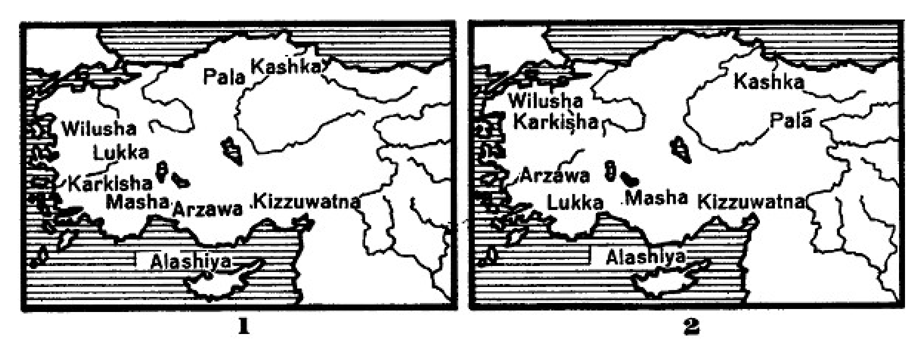


Fig. 3. Diferencias en la toponimia hitita según dos especialistas: 1, según Goetze; 2, según Garstang-Gurney.

Desconocemos el desarrollo posterior de la batalla. No disponemos de descripciones hititas; únicamente los acontecimientos posteriores permiten deducir el resultado de la batalla de Kadesh: el ejército hitita llegó hasta Damasco y devastó el país. Amurru volvió a ser vasallo hitita, el traidor Benteshina fue depuesto. Las siguientes expediciones de Ramsés II (hasta el décimo año de su reinado) parece que sirvieron sobre todo para asegurar el territorio egipcio. No llegaron a efectuar cambios en el terreno político.

Mayor importancia tuvo lo acontecido en el interior del país de Khatti, en torno a las relaciones de Muwatalli con su hermano menor Khattushili. Sólo disponemos de las crónicas posteriores de Khattushili, y hemos de completar leyendo entre líneas la información, seguramente unilateral, que nos proporciona.

Khattushili, en su extensa autobiografía, ve su vida dirigida por la voluntad de su divinidad, Ishtar de Shamukha. Ésta había ordenado a su padre en un sueño: «Para Khattushili los años son breves. Su salud es débil. Dámelo a mí, que sea mi sacerdote y vivirá».

A la muerte de su padre, Khattushili participó en asuntos militares y administrativos. Su hermano le encomendó la defensa de la frontera con los kashka y la repoblación de la provincia, despoblada desde hacía tiempo. El gobierno de Anatolia cen-

tral, sobre todo a partir del traslado de la residencia a Dattashsha, pasó, pues, a Khattushili. No sería extraño que esta posición destacada movilizara sus ambiciones personales; nuestras únicas noticias al respecto proceden del propio Khattushili: «Y empezaron a circular calumnias contra mí. Y mi hermano Muwatalli inició un proceso contra mí… Ya fuera (contra) una palabra del enemigo, una palabra del oponente ante el tribunal o una palabra de la corte, Ishtar, mi señora, me amparó y protegió en toda ocasión y me salvó. Mi señora Ishtar puso a mis enemigos y rivales en mis manos y yo los ejecuté. Cuando mi hermano Muwatalli investigó el asunto y no quedó ni la menor cosa mala contra mí, me acogió de nuevo (a su clemencia) y puso en mis manos el ejército y los conductores de carros del país de Khatti».

En su política contra los kashka, Khattushili parece haber triunfado completamente. En parte los sometió región por región, conquistando la importante ciudad sagrada de Nerik, y en parte llegó a acuerdos pacíficos con ellos. De este modo pudo auxiliar a su hermano en la batalla de Kadesh, acudiendo con importantes contingentes de Kashka: «Cuando sucedió que mi hermano marchó contra Egipto, llevé para la campaña de Egipto tropas de infantería y conductores de carros de las regiones que yo había repoblado».

Pero también en este caso hubo intrigas, que el texto define como hechicerías, y un nuevo proceso. Parece que éste se demoró bastante tiempo, pues mientras tanto Khattushili consiguió importantes victorias militares en el norte de Anatolia y se proclamó rey de Khakmish. Nada sabemos en detalle del motivo de la acusación y del proceso mismo; el texto comunica al final el resultado: el demandante (un noble desbancado por Khattushili en la administración del país superior) fue acusado de hechicería. La diosa había conseguido que perdiera el proceso.

Los motivos políticos de la controversia radican, probablemente, en la peculiar actitud de Khattushili frente al príncipe de Amurru. Él mismo dice en la introducción histórica al tratado firmado más tarde con dicho príncipe: «Después de mi padre (Murshili), Muwatalli, mi hermano, subió al trono de la monarquía… Muwatalli, mi hermano, expulsó a Benteshina, rey del país de Amurru del trono del país de Amurru, y lo llevó prisionero al país de Khatti. Yo entonces pedí a Muwatalli que me entregara a Benteshina y me lo entregó. Lo llevé al país de Khakmish y le di una casa. No vio nada malo (pues) yo lo protegí. Cuando Muwatalli, el Gran Rey, siguió su destino, yo, Khattushili, subí al trono de mi padre. Entronicé a Benteshina por segunda vez en el país de Amurru, le aseguré la casa de su padre y el trono… Mi hijo Nerikkaili tomó en matrimonio a la hija de Benteshina del país de Amurru. Yo he casado en el palacio real del país de Amurru a Benteshina con la princesa real Gashshuliyawiya».

No se necesita mucha fantasía para descubrir en esta actitud de Khattushili, poco después del gran enfrentamiento con Egipto, amplios planes del propio príncipe. Máxime si Muwatalli, que murió años después, no dejaba heredero de su matrimonio principal.

Indudablemente seguiría vigente en semejante caso el régimen de sucesión establecido por Telipinu, pero Khattushili celebra su manera de actuar como si se tratase de un mérito personal, y en seguida surgen las dudas acerca de su lealtad: «Pero como en aquel tiempo mi hermano (no tenía) un hijo legítimo, tomé a Urkhi-Teshup, hijo de una mujer del harén, y le (entronicé) en el país de Khatti para reinar (y puse todo el país de Khatti) en sus manos».

La situación del sobrino al lado de su ambicioso tío no debió ser fácil ya desde el primer momento. Khattushili afirma haber mantenido la lealtad al joven rey en memoria de su hermano

fallecido, pero hay que notar que siempre le llama Urkhi-Teshup, negándole su nombre real, que, según las leyendas de su sello recientemente descubiertas, fue Murshili (III).

A falta de documentos específicos, los sellos ayudan a reconstruir los sucesos políticos. Parece que el joven soberano, apoyándose en la autoridad de su difunto padre, intentó dar más peso a su palabra al adoptar el nombre tradicional de Murshili[54].

También habrá que interpretar el traslado de la corte y del culto en general a la antigua capital como otro intento de consolidar su poder. A menudo las medidas tomadas por el rey se dirigían contra su tío, como éste atestigua en su autobiografía: «Hasta los países que yo había repoblado estando vacíos me quitó y me empequeñeció. Sin embargo no me arrebató Khakmish por orden de la divinidad; porque yo era (allí) sacerdote del dios de la tempestad de Nerik, por eso no me la arrebató. Y nunca hice nada malo en la estima de mi hermano; y me sometí siete años. Pero él trataba de destruirme por orden de (su) divinidad y siguiendo el consejo humano».

Parece que Urkhi-Teshup, más tarde Murshili III, empezó por destituir a su tío en la administración de las provincias que se hallaban bajo su gobierno. Luego intentó expulsarlo de los territorios de Khakmish y Nerik que éste había conquistado. Khattushili respondió a las intrigas de su sobrino con una actitud contemporizadora que, según él, duró siete años, aunque debe tratarse de una cifra redonda, equivalente a «mucho tiempo», y no de un dato histórico concreto. Ya vimos cómo en el tratado de Benteshina no cita para nada a su sobrino el rey, sino que se autocalifica sucesor directo de su hermano en el trono de su padre.



Fig. 4. Sello de Murshili III.

Quizá el periodo en que Khattushili decidió actuar fuera más breve. La fuente principal sigue siendo su autobiografía. Según ésta, Khattushili pasó a la rebelión abierta contra el Gran Rey. Murshili intentó sublevar contra Khattushili al país superior utilizando a la familia del antiguo gobernador, depuesto a favor de Khattushili. Este último tuvo, sin embargo, más éxito en sus conspiraciones. Los grandes del país se pusieron de su parte por orden de la divinidad, como subraya la autobiografía. «Y también esta vez conocí en gran medida las obras de Ishtar. Al no dejar ir a Urkhi-Teshup a ninguna parte, lo encerró en la ciudad de Shamukha como a un cerdo en su pocilga. Las gentes

de Kashka que me habían sido hostiles tomaron partido por mí, también todo Khattusha se puso de mi lado». Urkhi-Teshup cayó prisionero de Khattushili, que lo desterró a Siria septentrional. Al menos esto nos comunica la autobiografía. Sin embargo, parece indicarse entre líneas, que Urkhi-Teshup pudo escapar al poder de su tío y refugiarse en Egipto. La correspondencia sobre su extradición se mantuvo durante largo tiempo sin ningún resultado.

Los acontecimientos citados se siguieron con tanta rapidez que no tuvieron consecuencias políticas considerables. En el interior del país debieron darse todas las condiciones necesarias para una insurrección. En épocas posteriores se pudo ver conscientemente la ilegalidad de estos procedimientos. El propio hijo de Khattushili se distanció expresamente de ello en un tratado y expuso la actuación de su padre y de los grandes que le siguieron como un crimen.

En el desarrollo de los hechos pudo haber tenido cierta importancia el matrimonio de Khattushili con Pudukhepa, hija de un sacerdote de Kizzuwatna, mediante el cual Khattushili se ganó el apoyo de amplios círculos sacerdotales. En la autobiografía se trata exclusivamente el lado personal de este matrimonio, y ello con un tono afectivo desacostumbrado en las esferas cortesanas: «Y entonces tomé en matrimonio a Pudukhepa, hija de Pentipsharri, sacerdote, por orden de la divinidad. Y vivimos en matrimonio y la divinidad nos regaló el amor del esposo y de la esposa y engendramos hijos e hijas».

Khattushili reafirmó su poder con ricos dones a los templos y generosas recompensas a sus fieles seguidores. Para este fin se confiscaron los bienes y las posesiones de los antiguos enemigos políticos. La magnífica reconstrucción de la capital, descubierta en las excavaciones de Boğazköy, se ha fechado con seguridad durante su reinado, incluso después del intervalo del traslado de capital. Sobre todo habrá que situar en su época la

construcción del templo doble dedicado al dios de la tempestad y a la diosa del sol de Arinna (templo I de la ciudad baja) y la ampliación del castillo real (Büyükkale).

Consciente de su subida ilegal al trono, Khattushili redactó una apología en forma autobiográfica, según la cual su subida al trono estaba desde un principio determinada por la divinidad y en todas sus acciones se reflejaba el poder de ésta[55]. Como monumento literario y como documento de síntesis histórica, la autobiografía de Khattushili ocupa un lugar eminente. Comparada con los relatos antiguos de Anitta y Khattushili I, con las Hazañas de Shuppiluliuma y con los anales de Murshili, constituye una admirable muestra de capacidad de comprensión histórica, cosa que no abunda precisamente en el Antiguo Oriente.

En los textos de introducción, haciendo hincapié sobre su genealogía, Khattushili intenta ocultar su condición de advenedizo, remontando su árbol genealógico hasta el primer Khattushili de los comienzos del Imperio Antiguo: «Así la Majestad, Khattushili, Gran Rey, rey del país de Khatti, hijo de Murshili, Gran Rey, rey del país de Khatti, nieto de Shuppiluliuma, Gran Rey, rey del país de Khatti, sucesor de Khattushili, el hombre de la ciudad de Kushshar».

La documentación sobre el reinado de Khattushili III es muy abundante, aunque la determinación temporal exacta de los acontecimientos ofrece las consabidas dificultades.

Respecto a Asur, gobernado por Shalmanasar I, la política hitita había adoptado una fórmula de reconocimiento, que, no obstante, no era ajena a la intriga, pero que suponía un cambio considerable comparada con aquella carta a Adadnarāri que el rey hitita (seguramente Muwatalli) envió con motivo de la conquista asiria de Mitanni: «Hablas una y otra vez de (tu victoria) sobre Washashatta y el país de Khurri. Has vencido con las armas. También me has vencido a mí (…) y te has proclamado

Gran Rey. Pero ¿por qué hablas constantemente de hermandad?… ¿Acaso tú y yo hemos nacido de la misma madre?». Ahora los emisarios viajaban de un país a otro. Ambos soberanos se aseguraban mutua amistad mediante envío de regalos.

Las relaciones con Babilonia bajo Kadashmanturgu se regían por un tratado que, según afirmaciones posteriores de Khattushili, contenía una cláusula sobre mutuo apoyo militar. Al enfrentarse la política hitita con Egipto con motivo de la huida de Urkhi-Teshup, el rey de Babilonia invocó dicha cláusula para romper las relaciones con Egipto y para prometer ayuda militar a los hititas.

Durante el reinado de Kadashmanenlil II, sucesor de Kadashmanturgu, la política de Babilonia siguió su propio camino. Volvió a establecerse la comunicación con Egipto, a través de emisarios, a pesar de que esto provocara la protesta de Khattushili. Incluso las «buenas» intenciones hititas al intervenir en la cuestión sucesoria motivaron la desconfianza del ministro babilónico. La ausencia de emisarios babilónicos en Khattusha se justificó aduciendo como causa los ataques de los bandidos akhlamū (arameos) o los conflictos con Asiria. Khattushili se burla de estas disculpas: «¿Qué es el rey de Asiria, que puede retener a tu emisario?». Es posible que el soberano hitita no se atuviera a la realidad en este enfoque de la situación, pero seguramente perseguía un objetivo determinado al escribir: «Yo he oído que mi hermano se ha hecho hombre y va a la caza. (Me alegro) mucho de que el dios de la tempestad ensalce el nombre de mi hermano Kadashmanturgu. (Ahora yo digo a mi hermano): "Vente y saquea el país enemigo ahora… ¡Marcha sobre el país enemigo y derrota al enemigo! (Has de saber que) marchas sobre un país frente al que eres tres o cuatro veces superior"». El nombre del enemigo no se cita, pero por las circunstancias no puede tratarse más que de Asiria. Esta tesis no sólo se basa en el hecho de que los hititas tenían un interés lógico en man-

tener vivo el antagonismo entre los dos rivales, sino también en un caso parecido, citado en una carta posterior al rey asirio Tukultininurta, con el consejo de atacar en su primera expedición militar a un país tres o cuatro veces inferior. De este modo se distraía el interés de Tukultininurta de la zona fronteriza entre Khatti y Asiria y se le dirigía sobre Babilonia.

En las relaciones con Egipto seguía vigente el problema fronterizo, incluso después de la batalla de Kadesh. A esto se añadía, y era una complicación más, que Urkhi-Teshup había buscado refugio en Egipto al huir de su tío Khattushili seguramente con la intención de pedir ayuda para recuperar el trono al enemigo más poderoso que entonces tenía Khatti. En estas circunstancias, Ramsés no cedió a las peticiones hititas de extradición. Ante el peligro de una intervención egipcia, Khattushili se alió con el rey de los casitas, Kadashmanturgu.

Al principio la subida al trono de Khattushili fue aceptada con reservas, como atestigua una carta, enviada a un destinatario desconocido (quizá el rey asirio): «Cuando subí al trono no me enviaste ningún emisario. Y, sin embargo, es la costumbre que los reyes del mismo rango envíen buenos regalos cuando otros reyes inician su reinado: un manto real y aceite fino para la unción. Hasta hoy tú no has hecho nada de todo esto».

En el caso de Egipto ambas potencias deseaban llegar a un reconocimiento del *statu quo*. Así, Ramsés contestó al rey hitita cuando éste se quejó de ser tratado como un inferior:

«Ciertamente, eres Gran Rey de Khatti. La diosa del sol de Arinna y el dios de la tempestad te han concedido ocupar el trono de tu abuelo en el país de Khatti». Ramsés se refería a Shuppiluliuma y a la excelente relación que existía entre los dos países. Con el reconocimiento del rey hitita desaparecía el peligro de una intervención egipcia a favor de Urkhi-Teshup. Por tanto, las cartas hititas a la corte egipcia citan como testigo al

fugitivo, sin ningún rencor: «El palacio de Khatti, así como tú lo conoces, hermano mío, ¿acaso no lo conozco yo? El palacio ardió. Los restos los entregó Urkhi-Teshup a la divinidad. Pero como Urkhi-Teshup está allí, pregúntale si es cierto o no». A pesar de que Urkhi-Teshup estuviera más de diez años refugiado en la corte egipcia, el intercambio de emisarios y de embajadas continuó con motivo de un tratado de paz y del envío de una princesa hitita para ser esposa del faraón. El tratado fue firmado en el año 21 de Ramsés (1270) y tiene todas las características de un tratado interestatal, al modo establecido por la diplomacia hitita. Incluía un pacto de no agresión, regulaba la ayuda mutua en caso de ataques enemigos y de rebelión, la extradición de fugitivos, que en este caso no eran castigados, y aseguraba el apoyo a las pretensiones al trono.

El tratado fue muy celebrado en la correspondencia entre los dos reyes y las dos reinas (Pudukhepa se presentaba como tawananna legalmente y con los mismos derechos junto a su esposo). Las cartas constataban que ambos países estaban «en paz» y «eran hermanos para siempre» y que formaban incluso «una nación». El problema de limitación de fronteras no fue incluido en el tratado. Seguramente se arregló por separado. En todo caso Kadesh y Amurru permanecieron en el imperio hitita, mientras que la costa quedaba en poder de Egipto.

Al principio subsistirían ciertas discrepancias dentro de la relación amistosa, pero en el año 34 una princesa hitita fue presentada a Ramsés y recibida con gran pompa por los gobernadores egipcios en Siria. La llamada estela matrimonial de Abu Simbel conmemora su llegada a Egipto en compañía del «Grande de Khatti», es decir, de su padre Khattushili.

Sin embargo, dudamos que el rey viajara personalmente a Egipto, aunque existe una invitación de Ramsés que quería acoger a su invitado en la frontera siria. Parece que el soberano hitita vaciló e incluso preguntó por qué era necesario tal viaje.

Ramsés le respondió: «El dios del sol y el dios de la tempestad (permitirán) a mi hermano ver a su hermano, y quiera mi hermano realizar su proyecto de venir a verme, y que cada uno pueda mirar al otro su rostro».

Khattushili tenía dificultades para ello, como demuestra otro texto: «Cuando a la Majestad se le cure aquel ardor de los pies», se enviaría noticia a Egipto.

Una segunda princesa hitita parece haber emprendido el camino a Egipto, al harén de Ramsés II: «El príncipe de Khatti ordenó llevar mucho botín de Khatti, mucho botín del país de los kashka, mucho botín de Arzawa, mucho botín de Kode, tanto que no se podía escribir. Además muchas manadas de caballos, muchas manadas de ganado vacuno, muchas manadas de ovejas, muchas manadas de ganado menor, antes de su segunda hija, que mandó llevar a Ramsés II a Egipto por segunda vez»[56].

Con esto quedaba consolidado el poder hitita en Siria. Lo mismo nos comunican los documentos hallados en Ugarit, que nos dan, además, datos sobre la organización de la administración hitita. Así, sentencia Khattushili en una carta a Niqmepa de Ugarit: «En lo que respecta a lo que dijiste ante mí: "los habitantes de Ura, comerciantes, son un gran peso para el país de tu criado", yo la Majestad he tomado la siguiente determinación respecto a los habitantes de Ura y los habitantes de Ugarit: los habitantes de Ura podrán llevar a cabo sus transacciones comerciales en Ugarit durante la buena época del año. En el invierno, sin embargo, se les hará volver de Ugarit a su propio país. Así, pues, en invierno no pueden quedarse a vivir gentes de Ura en Ugarit, no pueden comprar casas ni tierras».

Los comerciantes gozaban, según este texto y otros, de la protección del rey hitita. Quizá el gran comercio internacional se concentraba en el palacio real. En el caso de Ura, identificada con la Olba de la antigüedad situada en la agreste Cilicia, la

medida afectaba a súbditos hititas, cuya libertad de movimiento quedaba limitada en el estado vasallo de Ugarit.

La orden fue dada, según el texto de introducción, por el Gran Rey; el documento aparece firmado con el sello de Khattushili y Pudukhepa. Incluso se da un caso, con motivo de una avería en un barco, en que el documento dice: «De acuerdo con mi Majestad…», pero está sellado únicamente con el sello de Pudukhepa.

De ninguna reina hitita estamos tan bien informados como de esta soberana que como sacerdotisa de Ishtar gozaba de alguna cultura y que, en todo caso, supo intervenir como Gran Reina gracias a su personalidad en los acontecimientos históricos: «Cuando la reina Pudukhepa ordenó a UR.MAKH.LÚ, escriba superior de tablas, buscar en Khattusha tablillas de barro de Kizzuwatna (su país natal), entonces él copió esta tablilla sobre la fiesta Khishuwa en aquel día».

A menudo aparece Pudukhepa en las oraciones rogando por la vida y la salud de su esposo y por la prosperidad del reino de Khatti. La protección dedicada al culto de los dioses y los esfuerzos por reconquistar la ciudad sagrada de Nerik se consideraron los grandes méritos de Khattushili. Un relieve sobre roca de Fraktin representa a la pareja real en una ceremonia de sacrificio.

Una forma especial de oración por la vida y la salud del rey aparece en el voto hecho a la diosa del infierno Lelwani. La reina prometía donar plata y oro, además de un retrato de Khattushili y objetos de culto. Al mismo tiempo cedía siervos al templo para sus posesiones agrarias, en su mayoría hombres, mujeres y niños de poblaciones deportadas. El documento citado nos da una idea de la estructura del país y de la importancia económica de los templos.

A la muerte de su esposo, Pudukhepa siguió ocupando el puesto de Gran Reina. Varios documentos de su hijo, Tutkhaliya IV, también se extendieron en su nombre, entre otros las grandes donaciones de tierras a un tal Shakhurunuwa y a sus herederos. En el documento figuran como testigos Nerikkaili, príncipe y *tukhukanti*, (Ulmi-Teshup), rey de Dattashsha, e Ini-Teshup, rey del país de Karkemish. El primero ya nos es conocido: es el hijo de Khattushili que casó con una hija de Benteshina. En el caso del segundo dignatario vemos que Dattashsha, en su día residencia de Muwatalli, conservó su posición predominante incluso después del traslado de la corte a Khattusha. Ini-Teshup era nieto de Sharrikushukh. Por tanto, la dinastía de Shuppiluliuma conservaba el poder en aquel reino. Creemos poder deducir de los documentos que Karkemish ejerció, cada vez en mayor medida, funciones independientes, reservadas hasta entonces a la metrópoli[57].

De este modo el rey hitita e Ini-Teshup, rey de Karkemish, dictaron sentencia contra los príncipes de Ugarit; los nobles de Ugarit habían intrigado contra el rey y se les desterraba con todas sus posesiones a Alashiya (Chipre).

En otro documento firmado también por Tutkhaliya IV e Ini-Teshup, se fallaba el divorcio de Ammistamru II y una hija de Benteshina, obligando a aquél a devolver la dote y a renunciar a sus derechos como príncipe heredero. La intervención del rey hitita se hacía necesaria por la cuestión de la sucesión al trono y por las dificultades que surgirían con el hermano de la repudiada, el rey de Amurru.

Los asuntos sirios adquirieron nueva importancia para la política hitita por razones económicas y sobre todo por la evolución de los acontecimientos en Asiria. La escasa correspondencia con Asur, que se conserva en su mayoría en el borrador hitita, contiene una carta de Tutkhaliya enviada a Shalmanasar con motivo de su subida al trono. Al sucesor Tukultininurta se

le describía más tarde la relación entre ambos como muy amistosa, e incluso se le decía: «Sois como (nacidos) de un padre y una madre».

Como en el caso de la visita oficial a Egipto planeada por su padre, el documento añade: «Si él hubiera venido (a mi país) yo hubiera ido a su país, hubiéramos comido cada uno el pan del otro». El joven Tukultininurta recibe, naturalmente, los mejores votos con ocasión de su subida al trono.

Al final Tutkhaliya expone el verdadero objeto de su carta advirtiendo al rey asirio que no ataque el país montañoso Papankhi, porque «las montañas son muy malas». En realidad el rey hitita deseaba mantener al ejército asirio lejos de la región fronteriza de Armenia, porque temía que constituyera un peligro para su propia posición. Tukultininurta, sin embargo, siguió sus planes y comunicó la deportación de «28 000 habitantes hititas de la otra orilla del Éufrates». Con ello la a menudo incómoda vecindad fronteriza se transformó en enemistad abierta. Tutkhaliya tenía que enfrentarse con una nueva situación política.

No es seguro que llegara a realizar una expedición militar, aunque sabemos que se consultó sobre este asunto al oráculo. Más concretas fueron sus maniobras políticas. Frente a la política de equilibrio entre las grandes potencias vigente hasta entonces, el rey hitita opuso a su contrincante asirio pretensiones hegemónicas, sobre todo cara a su vasallo sirio. Un sello con la inscripción hasta entonces inusitada: «Tutkhaliya, Gran Rey, Rey de la totalidad» constituye un claro testimonio.

La nueva situación se refleja a su vez en el nuevo tratado con el rey de Amurru, Shaushgamuwa, que se comprometía como sigue: «Y los reyes de mi rango, el rey de Egipto, el rey de Babilonia, el rey de Asiria; si el rey de Egipto (es) amigo de mi Majestad, que lo sea también de la tuya. Pero si es enemigo de mi

Majestad, que también lo sea de la tuya. Y si el rey de Babilonia es amigo de mi Majestad, que lo sea también de la tuya. Pero si es enemigo de mi Majestad, que también lo sea de la tuya. Como el rey de Asiria es enemigo de mi Majestad, que lo sea también de la tuya. Un comerciante tuyo no debe ir al país de Asiria, no debes dejar entrar en tu país a un comerciante suyo. Pero si entra en tu país, aprésale y envíale a mi Majestad. Este asunto debe estar bajo juramento divino. Y como yo, mi Majestad, he declarado la guerra al rey de Asiria, y yo, mi Majestad, movilizo ejércitos y carros… tú también debes movilizar ejércitos y carros…».

También Siria había sido movilizada ante el peligro de una guerra inminente con Asur y se habían reunido los contingentes fijados en los tratados. La prolongación de la situación dio paso a otra solución más ventajosa. Se decidió sustituir la ayuda militar por subsidios económicos. Existe el documento de uno de estos convenios: «(Ante) Ini-Teshup (hijo de Shakhurunuwa), rey de Karkemish, (la Majestad de Tutkhali)ya, Gran Rey, rey de Khatti, ha liberado (a Ammistamru, rey de) Ugarit (en lo que respecta a la prestación de ayuda con tropas y conductores de carros). (Hasta que finalice la situación de guerra con A)sur, las tropas y los conductores de carros (del rey de Ugarit) no marcharán en ayuda… El rey de Ugarit ha dado a mi Majestad 50 minas de oro…».

El peligro inminente desapareció, según parece, ya que Tukultininurta no emprendió durante la segunda mitad de su reinado ninguna acción militar en la frontera del Éufrates. Al final fue asesinado, durante las disputas con su hijo, por el partido de la oposición.

Es probable que durante el reinado de Merenptah se mantuvieran las buenas relaciones con Egipto. El faraón relata que en los primeros años de su gobierno envió trigo al reino de Khatti, donde había una epidemia de hambre. Puede ser que se tratara

de un desastre localizado, como sugieren los documentos de Ugarit.

Allí parece que el poder hitita tropezó con dificultades durante el reinado de Ibiranu. En un documento se dice: «Desde que has tomado el poder real en Ugarit, ¿por qué no te has presentado ante la Majestad? Y, ¿por qué no has enviado a tus emisarios? Ahora, la Majestad está muy irritada por este suceso». En cartas procedentes de Karkemish se anunciaba una inspección de tropas o la visita de un príncipe hitita que permanecería un tiempo en Ugarit. ¿Acaso la política hitita intentaba intervenir enérgicamente en vista de algún peligro inmediato? En cualquier caso la actividad militar de Tutkhaliya IV en el suroeste y oeste de Asia Menor no había de repercutir necesariamente en la política imperial. Es evidente que podría tratarse de conflictos locales. Sólo la expedición a los territorios de Ashshuwa (que coincidían con lo que más tarde sería la provincia romana de Asia) traspasó los límites del área de influencia hitita.

Por esta razón se han atribuido a Tutkhaliya IV y se han interpretado como monumentos conmemorativos o marcas fronterizas aquellos monumentos hititas que aparecen aislados, muy al oeste, especialmente la estatua del guerrero de Karabel, cerca de Nif, en la ruta de montaña que conduce desde el valle del Hermos al valle del Kaystros[58].

Tutkhaliya venció a los grupos enemigos, proclamando vasallo suyo a Kukkul, hijo del príncipe vencido y enviándolo a su país. Una segunda insurrección obligó a Tutkhaliya a intervenir en Ashshuwa, pero un ataque de los kashka al territorio central hitita interrumpió las operaciones. De las dimensiones de esta guerra en el oeste dan una idea los datos sobre el botín que hizo el rey hitita en su primera expedición, capturando 10 000 soldados y 600 carros de combate con sus caballos. La valoración de estos combates de Anatolia occidental depende de la

importancia que se quiera conceder a la mención del país de Akhkhiyawā/Akhkhiyā en los documentos. Precisamente un texto de Tutkhaliya IV (el tratado con Shaushgamuwa) nombraba en la lista de reyes del mismo rango al rey de Akhkhiyawā; aunque este nombre fue borrado del texto inmediatamente, alguna razón habría para que el escriba lo incluyera en su borrador.

Habrá que citar aquí la conocida acusación escrita contra Madduwatta, aunque hay dudas sobre la fecha. Lingüísticamente el texto parece pertenecer a una época anterior (a no ser que la lengua y la grafía hayan sido imitadas conscientemente). Parece que Attarishshiya (o Attarshiya), el «hombre de Akhkhiyā», había expulsado de sus territorios, en una de sus expediciones, a un tal Madduwatta, que se refugió en la corte del rey hitita. Éste le instaló como vasallo en la región fronteriza hitita, donde fue de nuevo atacado por Attarishshiya, el «hombre de Akhkhiyā»; pero esta vez recibió ayuda militar hitita y pudo rechazar el ataque. Al poco tiempo una conspiración desleal contra Khatti arrebató al poder hitita todo el suroeste de Asia Menor; Madduwatta se alió incluso con Attarishshiya para atacar Alashiya. A las protestas hititas respondió que Tutkhaliya nunca le había comunicado oficialmente que aquéllas fueran tierras hititas.

Tendremos que volver más adelante sobre este ataque a Alashiya, que Attarishshiya realizó por mar. Un intercambio de cartas anterior con el rey de Akhkhiyawā, nombraba un lugar, Millawanda, de donde había huido cierto personaje en un barco. La localización exacta del país no ha sido establecida (costa suroeste u oeste); sigue en pie, pues, la «cuestión de Akhkhiyawā», cuyo nudo es la posible relación de los aqueos con este país[59].

Tutkhaliya intentó seguramente restablecer el orden en occidente por los métodos habituales de la política hitita. Ahora

bien, es imposible determinar si los intentos de la nueva potencia, Akhkhiyawā, por expandirse a costa de la esfera de influencia hitita requirieron la intervención directa del Gran Rey. En todo caso, las extensas listas de sacrificios enumeran todos los países vecinos, Khurri, Arzawa, Masha, Lukka, Kashka, en cuyas montañas el rey cazaba y guerreaba.

Al margar de esto, el rey tomaba parte activa en la administración civil y en la organización de los cultos. Numerosos inventarios controlaban el estado de los templos, la actividad de los sacerdotes y la conservación del inventario cultural. Tal registro era efectuado por las bibliotecas. Allí se copiaban textos religiosos y se trasladaban los ritos de las ceremonias, grabados en tablillas de madera, a tablillas de barro. El rey también intervenía en la renovación de las leyes.

Las ruinas de Boğazköy, especialmente el castillo real, contienen numerosos testimonios de su afán constructor. Las puertas y las rampas fueron decoradas artísticamente; la planificación de la construcción, con rampa empedrada, patio y galerías circundantes, adquirió su forma definitiva. También la llamada «ciudad alta» fue, probablemente, construida en su mayor parte según sus deseos, ya que conocemos suficientes ejemplos, en la historia antigua del Oriente, de impresionantes residencias erigidas en breve tiempo (p. ej., Kar-Tukultininurta).

El escaso material conservado apenas nos permite atisbar la imagen del hijo y sucesor de Tutkhaliya, Arnuwanda III. Marchó a la guerra contra los países de los arzawa al lado de su padre, pero perdió más tarde todo el territorio suroeste, si es que se le puede atribuir la acusación contra Madduwatta que tal vez no fue respaldada con una acción militar. Una situación parecida debió existir, según una tradición, en el extremo oriental de Asia Menor. En este caso el elemento activo fue un tal Mita, que lleva el mismo nombre que aquel Mita de Mushki de los

anales hititas del siglo VIII (el Midas de Frigia de la tradición griega), con lo cual se podrían detectar nuevos movimientos de pueblos que participaron en la posterior conquista de Asia Menor.

Este trabajo sobre los acontecimientos históricos en la segunda mitad del siglo XIII a. C. redactado en 1965, debería ser revisado hoy (1971), pues en los textos que mencionan los nombres reales de Tutkhaliya y Arnuwanda hay motivos fundamentales para retrotraerlos a finales del siglo XIV, con lo que se modificaría la visión que hemos dado de la historia antigua en los orígenes del gran Imperio hitita y en especial las campañas de Arzawa y Ashshuwa, de Tutkhaliya y Arnuwanda, el enfrentamiento con Madduwatta, el personaje de Akhkhiyā y, finalmente, los intentos de dominio hitita sobre Alashiya[59a].

La constante actividad arqueológica en la capital hitita, cerca de Boğazköy, y la edición ininterrumpida de textos en tablillas de barro pone a disposición del historiador materiales nuevos. De este modo conocemos, desde hace sólo diez años, al rey Shuppiluliyama, hermano de Arnuwanda, el último rey hitita cuya existencia está documentada[60]. Podemos asegurar que se trata de un soberano distinto al Gran Rey de comienzos del Imperio Nuevo (Shuppiluliuma), gracias a una fórmula de juramento: «Yo protegeré solamente a los sucesores de mi señor Shuppiluliyama, no seguiré a otro hombre de la estirpe de Shuppiluliyama, el primero, estirpe de Murshili, estirpe de Muwatalli, estirpe de Tutkhaliya». A juzgar por el contenido nos hallamos ante un juramento de fidelidad a Shuppiluliyama prestado por un escriba de tablillas de madera llamado [...]-Sharruma. La descripción siguiente forma la introducción al documento: «Mi señor me ha acogido a mí, no a otra persona. Cuando Su Majestad, mi señor, consideró rebeldes a los habitantes de Khatti, entonces mi señor me arrebató a mis padres, de muy niño, y mi señor me crió como a un pequeño perro de

su (…). Mientras era rey el hermano de Su Majestad, mi señor, yo fui un Grande y a ése protegí. Nunca le ofendí. Pero a Su Majestad, mi señor, lo defendí con corazón verdadero… Cuando los habitantes de Khatti le crearon más dificultades, yo no le abandoné».

La impresión de inseguridad que debió reinar, sobre todo en la corte, aparece en muchos documentos y debe caracterizar la situación general. «(Los habitantes) de Khatti (faltaron) al rey: yo, por el contrario, nunca le falté. Si hubiera (tenido descendencia) (yo) no la hubiera ignorado, sino que, por el contrario, hubiera protegido a esa descendencia. Pero como no tenían descendencia, indagué por si había una mujer encinta; pero tampoco había una mujer encinta. Como Arnuwanda (no había dejado descendencia) ¿podía yo haber pecado ignorando su descendencia y haciendo señor a otro?».

Nos enteramos de que Arnuwanda murió sin dejar hijos y que tampoco en el harén se esperaba descendencia suya. En consecuencia los grandes podían proclamar rey, con toda lealtad, al hermano del fallecido, Shuppiluliyama. Los testimonios de lealtad son muy característicos de los documentos de esta época: «Así como llevas un vestido sobre el cuerpo, así has de llevar estos juramentos. Si haces algún mal bajo el sol contra Shuppiluliyama o el hijo de Shuppiluliyama, que en ese momento te aniquilen los mil dioses de los juramentos y el fuego del sol. Pero si lo llevas a cabo por la noche bajo la luna, que la luna te aniquile…, con tu mujer, tu descendencia, tu tierra…».

Entre los datos históricos concretos, los textos nos hacen saber: «Aquel enemigo del país de Asur, que desde hace años se rebela contra mí, pero luego espera, si aquél se levanta en armas contra mí o invade mi tierra…». El párrafo se refiere a la situación creada cuando Tukultininurta cruzó el Éufrates, tras su primera expedición militar a la que siguió la defección del

rey asirio, su asesinato y un periodo de debilidad del reino asirio.

Siria septentrional, defendida por la potente fortaleza de Karkemish, permaneció segura en manos hititas, como se infiere de dos tratados fragmentarios, que Shuppiluliyama firmó con Talme-Teshup, hijo de Ini-Teshup.

Este rey Talme-Teshup de Karkemish está atestiguado también por documentos de Ugarit en los que falla pleitos de propiedad territorial surgidos a raíz de la separación del heredero y la princesa hitita Ekhli-Nikkalu.

El rey hitita no aparece bajo su nombre, y la princesa hitita figura como «hija de la Majestad». El rey de Ugarit es Ammurapi, que en otra ocasión recibió una carta de la Majestad informándole de epidemias de hambre e invasiones enemigas.

La tablilla fue hallada en 1954 en el interior de un horno, lo que supone que iba a ser cocida e incluida en las actas. Antes de que pudiese llegar al archivo, Ugarit fue destruida[61].

Relacionada con estos sucesos está una carta de autor y destinatario desconocidos que ordena al rey de Ugarit que habilite barcos para el transporte de trigo a Ura, en Cilicia. La urgencia del asunto se subraya en la frase final: se trata de una cuestión de vida o muerte. También surgen reminiscencias de la inscripción de Merenptah en Kárnak: «He ordenado llevar trigo en barcos para los asiáticos, para mantener en vida al país de Khatti». La presencia política de la XIX Dinastía egipcia está atestiguada en Siria por el hallazgo en Ugarit de una espada con el nombre de Merenptah grabado en jeroglíficos (hacia 1220 a. C.).

Dos textos, que se pueden relacionar entre sí, nos informan sobre la fase final del dominio hitita en Siria septentrional. En el primero, el rey de Alashiya comunica al rey Ammurapi la llegada de barcos enemigos y le aconseja movilizar sus tropas y

reparar las fortificaciones. Sigue la respuesta del rey de Ugarit: «¿Acaso no sabe mi padre que todas mis tropas… están estacionadas en el país de Khatti y que todos mis barcos están en el país de Lukka?». El rey de Ugarit se enfrenta casi sin defensa a la invasión. Con toda claridad aparece la estrecha relación que existía entre la costa siria y Cilicia, por un lado, y por otro, Ura y Alashiya, que seguramente ha de identificarse con Chipre (o parte de Chipre); quizá se pueda deducir de todo esto la unidad política de los países del golfo de Iso.

El texto de Madduwatta alude ya a las pretensiones hititas sobre Alashiya. Recientemente se han encontrado fragmentos de un tratado sobre este asunto[62], que, entre otras cosas, obliga a los contrayentes a vigilar a los fugitivos y exiliados políticos. Con ello se confirman las noticias dispersas sobre exilios en Alashiya, hallados en Boğazköy y Ugarit.

Posiblemente Tutkhaliya IV conquistó la isla y la sometió al imperio hitita bajo pago de un tributo en oro y cobre. Como responsable del cumplimiento de las obligaciones contraídas se nombra, junto al rey de Alashiya, a un «comandante de la ciudad», como autoridad administrativa. La estrecha dependencia de la isla con respecto a Khatti, durante el último periodo, podría explicar la correspondencia de Ugarit sobre la llegada de barcos enemigos.

También Shuppiluliyama tuvo que salir al encuentro de éstos; al menos así podría interpretarse un párrafo de su inscripción: «Movilicé y (alcancé) rápidamente el mar, yo, Shuppiluliyama, Gran Rey. Los barcos de Alashiya se enfrentaron tres veces a mí en medio del mar. Los aniquilé, tomando los barcos e incendiándolos en medio del mar. Al llegar a tierra firme, los enemigos salieron a mi encuentro delante de Alashiya».

La empresa iba dirigida contra «los barcos del país de Alashiya» y los «enemigos del país de Alashiya». Sin conocer deta-

lles de los sucesos, podemos suponer que la situación entre tanto había cambiado en Chipre. La descripción, muy general, de la empresa hitita, que no dice nada sobre los contingentes de tropas que participaron en ella ni sobre la procedencia de la flota, permite no dar demasiada importancia a la denominación, también muy general, del enemigo. Sin embargo, como no se cita al «rey de Alashiya» en esta parte del texto, creemos que el «enemigo» no era un poder estatal unificado. En tal caso estos enemigos de Chipre pudieran ser grupos de los Pueblos del Mar, que entraron en acción durante ese tiempo.

Nuestra tesis se confirma al relacionarla con las cartas de Ras Shamra (Ugarit), en las que el rey de Alashiya avisa al rey de Ugarit de la llegada de barcos enemigos. Nada permite suponer que la isla estaba en guerra con Khatti. La ligazón de las noticias aisladas provenientes de distintos orígenes no resulta satisfactoria. Pero los textos de Boğazköy demuestran que el rey hitita veía con claridad la importancia de la lucha. Así como Murshili, en peligro extremo, había celebrado primero las fiestas de los dioses, antes de enfrentarse al enemigo, Shuppiluliyama erigió un monumento a su famoso padre en una roca sagrada. Hasta no haber cumplido con los obligados sacrificios de los manes, Shuppiluliyama no emprendió la lucha.

El monumento conmemorativo, con una imagen del rey fallecido y una lista de sus hazañas (las cuales fueron celebradas también en una inscripción grabada en la roca Niśantaś, en medio de la ciudad), ofrece rasgos comunes con el santuario de Yazilikaya, situado fuera de las murallas de la capital hitita. En una estrecha cámara aneja, a la que se accede por una entrada provisional, se encuentra el pedestal de una estatua, hoy desaparecida, que según la inscripción descubierta en la roca pudo pertenecer a Tutkhaliya.

En la misma cámara hay un relieve del rey, en actitud de caminar y en todo su esplendor, protegido por la figura, más alta,

de su dios protector Sharruma. La idea del rey protegido por su dios se halla muy a menudo desde la época de Muwatalli en los textos y en las obras de arte. El sello que llevaba el tratado con Ramsés II se describe con las palabras siguientes en la versión egipcia: «Lo que se halla en el centro de la tabla de plata, en su parte delantera, es una figura con la imagen del dios de la tempestad, abrazando un retrato del gran príncipe de Khatti…».

El documento citado de Shuppiluliyama, de finales del Imperio hitita, nos relata cómo el último rey hitita que conocemos, confiando en el orden establecido hasta entonces, que descansaba sobre una base religiosa y sagrada, emprendió la lucha contra los invasores, los cuales atacaron la costa sur de Asia Menor. El curso de la lucha queda determinado por dos hechos: las últimas órdenes escritas, que el Gran Rey envió al rey de Ugarit apenas habían llegado a su destino y habían sido copiadas para el archivo (en lengua y escritura de Ugarit) cuando la catástrofe se desencadenó sobre la ciudad. Ramsés III relata desde Egipto, en su octavo año: «Los extranjeros se unieron en una conjuración. De pronto los estados desaparecieron y fueron destruidos. Ningún país podía hacer frente a sus armas: Khatti, Kode, Karkemish, Arzawa, Alashiya, fueron repentinamente segados».

El rey egipcio venció con grandes dificultades a estos pueblos trashumantes que se aproximaban a Egipto en carros tirados por bueyes y en barcos. Pero los países de Siria y Asia Menor sucumbieron ante el repentino ataque provocado por la debilitación del poder hitita en Anatolia suroccidental, las correrías de los grupos mercenarios y la presión ejercida por las tribus fronterizas. De este modo penetraron en Siria pueblos, como los luvitas, de Anatolia meridional, que durante siglos iban a dominar la vida de las pequeñas ciudades-estado hasta Hamath, a orillas del Orontes. Ignoramos si la caída del núcleo central de Khatti se produjo en este momento, o si, por el con-

trario, pudo aún mantenerse durante algún tiempo Khattusha o cualquier otra ciudad en un segundo término. Las huellas del incendio en las ruinas de Boğazköy hacen muy probable la total destrucción de la capital. Llama la atención el hecho de que en el santuario de Yazilikaya, próximo a la ciudad, apenas fueran destruidos los relieves con imágenes de los dioses, como si los invasores hubieran retrocedido ante el sacrilegio. ¿Fueron quizá grupos de pueblos establecidos durante un tiempo en Anatolia, como, por ejemplo, los colonos campesinos deportados por las expediciones militares, los que destruyeron el antiguo orden en Anatolia inferior? La ruptura fue profunda y decisiva, pues puso fin a un imperio dirigido desde Anatolia central que había sometido a su poder gran parte de Asia anterior y que había creado sobre la base de la escritura cuneiforme babilónica y su tradición una cultura imperial unificada. Sólo se han podido señalar algunas de las fuerzas históricas que participaron en este proceso. En consecuencia, la descripción de la historia hitita se ha orientado por los relatos oficiales de sus reyes; a continuación damos el orden de sucesión de éstos, incluyendo las fechas aproximadas de comienzo y fin de sus respectivos reinados:

LISTA DE REYES HITITAS

Imperio Antiguo:

Labarna-Khattushili I	hacia 1650
Murshili I	hacia 1620
Khantili I	hacia 1590
Zidanta I	hacia 1560
Ammuna	hacia 1550
Khuzziya I	hacia 1530
Telipinu	hacia 1525
Alluwamna	hacia 1490
Khantili II	hacia 1475
Zidanta II	hacia 1460
Khuzziya II	hacia 1440

Gran Imperio:

[Tutkhaliya II]	
[Khattushili II]	
Tutkhaliya II/III	hacia 1420
Arnuwanda I	hacia 1400
Shuppiluliuma	hacia 1370
Arnuwanda II	hacia 1330
Murshili II	hacia 1329
Muwatalli	hacia 1300
Urkhi-Teshup (Murshili III)	hacia 1280
Khattushili III	hacia 1275

Tutkhaliya IV	hacia 1250
Arnuwanda III	hacia 1220
Shuppiluliyama	hacia 1200

3. Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio

I. INTRODUCCIÓN: GEOPOLÍTICA E HISTORIA DE LA CULTURA

Hacia mediados del segundo milenio tuvieron lugar en la historia del Próximo Oriente importantes cambios étnicos, culturales y políticos que ejercieron una fuerte influencia sobre el territorio sirio-palestino. En Siria y Palestina, divididas en innumerables pequeños estados (herencia del sistema feudal de la época de los hicsos), penetraron en medida creciente hurritas e indoeuropeos, los cuales se hicieron con el poder en la mayoría de las ciudades-estado, gracias a la superioridad tecnológica y militar que debían en gran medida a la introducción del caballo como animal de tiro de los carros de combate[1].

La nueva capa dominadora no-semita formó una simbiosis étnica y cultural con la población básica semitaoccidental de los cananeos, superiores en número. Se mantuvieron la lengua y la religión cananeas, pero los nuevos pueblos determinaron la cultura material y el orden social.

Por lo que se refiere a las transformaciones políticas, Egipto se convirtió en la potencia principal en Siria y Palestina con la fundación del Imperio Nuevo, en el siglo XVI. Su hegemonía sobre los territorios situados entre la frontera egipcia y la Siria media, es decir, más allá de la península del Sinaí y el Canaán propiamente dicho, duró, con breves interrupciones, hasta mediados del siglo XII. Por otro lado, el reino de Mitanni, fundado en Mesopotamia superior, llegó a su máximo poder en el si-

glo XV y extendió su influencia hacia el suroeste. Durante la primera mitad del siglo XVI fue sustituido, como principal poder en Siria, por el reino hitita, que dominó este territorio hasta su hundimiento en 1200. La zona situada entre el Éufrates y la península del Sinaí, de situación geopolítica delicada, fue primero motivo de discordia entre Egipto y el reino de Mitanni y, más tarde, entre los reinos de los faraones y de los hititas, ya que únicamente el dominio sobre este territorio permitía a cada uno de estos estados mantener su posición de gran potencia.

La historia de Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio consiste en una serie ininterrumpida de expediciones de conquista y medidas de represión de las grandes potencias contra sus habitantes y, además, en una lucha constante entre esas mismas potencias para mantener sus posiciones. Esta lucha provocó a su vez roces adicionales entre los reyes locales, cuyas relaciones ya eran muy tensas de por sí. El derrumbamiento del imperio hitita y la decadencia del poder egipcio consiguieron crear en los últimos siglos del segundo milenio condiciones favorables a la independencia política de los pueblos de Siria y Palestina, así como a la consolidación nacional de grupos nuevos, como las tribus de Israel en el sur y las de los arameos en el norte. Estos cambios permitieron también el asentamiento de los Pueblos del Mar en la franja costera y, hacia 1100, el avance del ascendente reino asirio hasta el Mediterráneo.

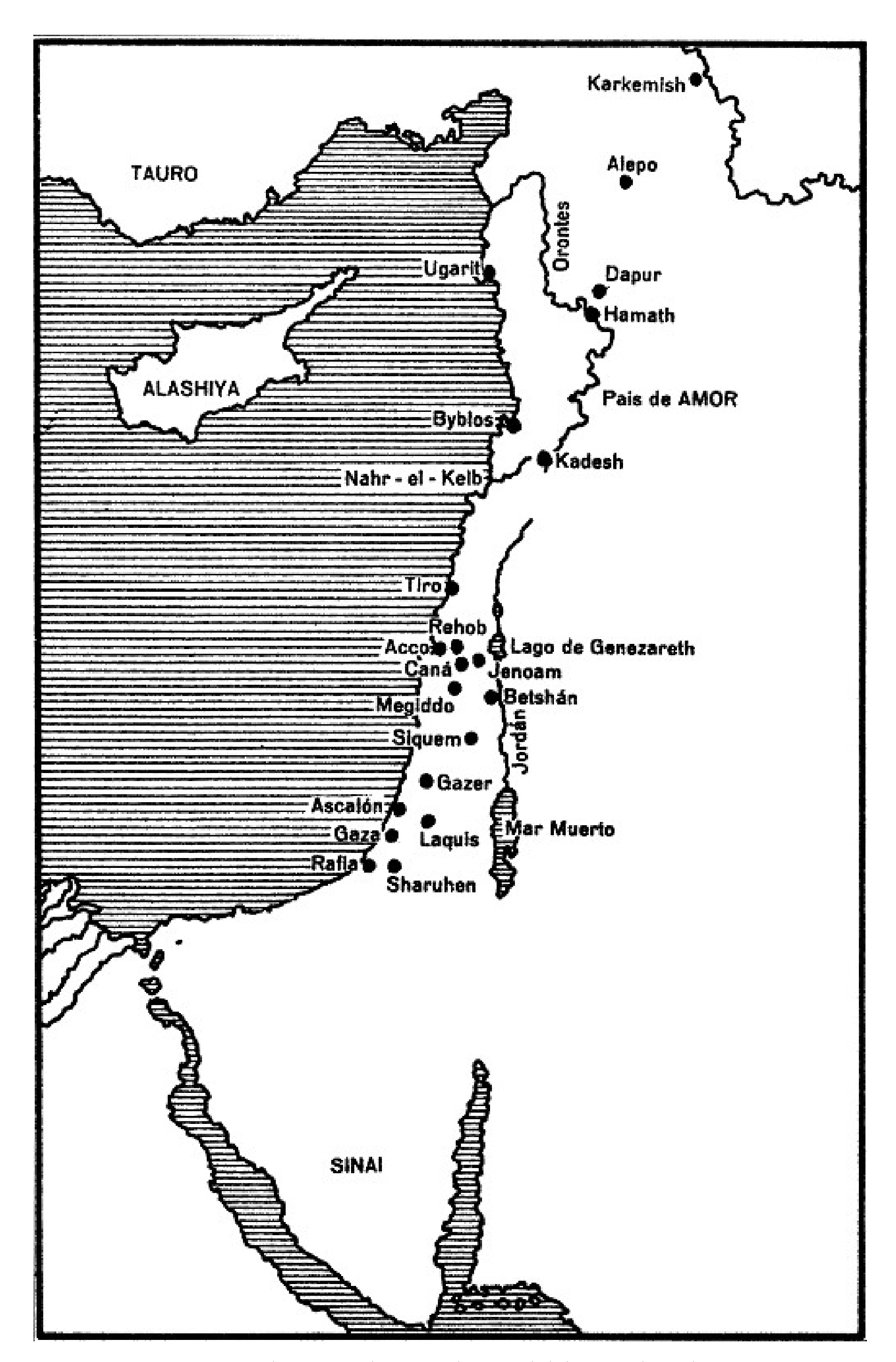


Fig. 5. Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio a. C.

Sobre los sucesos históricos en Siria y Palestina disponemos de algún testimonio directo pero muy esporádico a pesar de que este territorio fue la cuna de uno de los mayores descubrimientos de todos los tiempos, el alfabeto, que no aparece en su forma completa hasta finales del segundo milenio. De épocas anteriores únicamente disponemos de restos dispersos de inscripciones lineales alfabéticas («protocananeas»), que tienen poco valor para la investigación histórica dado su carácter lacónico. Por tanto, también en este caso nos vemos reducidos a tablas con escritura cuneiforme y a inscripciones jeroglíficas, que son muy escasas en Palestina y la costa fenicia. Parece ser que la falta de material se debe principalmente a que este territorio se hallaba en el ámbito de la escritura egipcia y, con ello, del uso del papiro, que no se conserva en el clima palestino. Sin embargo, en Siria, que pertenecía a la esfera cultural del norte en la que se usaba normalmente la escritura cuneiforme acadia, se han encontrado importantes restos de archivos de los siglos XV a XIII en Ugarit, y otros menores en Alalakh y Qatna[2].

Estos archivos constituyen casi exclusivamente las fuentes que nos permiten formarnos una idea de la estructura sociológica y política interior, de la situación jurídica y económica y de la vida intelectual de las ciudades-estado sirio-palestinas. Junto al monarca, cuyo poder en cuestiones de política interior era absoluto, se encontraba la aristocracia perteneciente a la clase dominante indoirania, los llamados *maryannu*, expertos guerreros, conductores de los carros de combate, que formaban el eje militar y administrativo de la monarquía. El rey podía conceder la nobleza hereditaria a un vasallo como recompensa. La clase media la constituían los llamados *ekhelena* o *purina*, propietarios de tierras que vivían como campesinos y artesanos, mientras que los pertenecientes a la clase libre más baja, los *sabē namē*, formaban la población campesina sin tierra, que a su vez se dividía en *khaniakhkhe* y *khupshe*, según trabajaran

en los latifundios o en los palacios reales. Estos grupos sociales, que constituían la masa del ejército, subordinada a los oficiales *maryannu*, nos son conocidos a través de las listas de censo. Además disponemos de extensas listas de gremios: de los albañiles, herreros, curtidores, alfareros, tejedores, panaderos, lavanderos, farmacéuticos, etc., cuyo oficio, generalmente, pasaba de padres a hijos. También los comerciantes (*tamkāru*) y las personas dedicadas al culto estaban reunidas en una especie de gremio profesional, subordinado al rey como supremo magnate del comercio y supremo sacerdote.

Las obras literarias de Ugarit, redactadas en escritura cuneiforme alfabética en un idioma especial semitaoriental, datan de los siglos XIV y XIII, aunque se remontan a tradiciones centenarias, y nos dan por primera vez una visión directa del mundo de los dioses sirio-cananeos, de su mitología y su literatura épica, conocida hasta ahora solamente a través de fuentes secundarias y tardías. El panteón estaba presidido por la pareja divina Il y su esposa principal Athirat, conocidos a través de la Biblia como El y Ashera. A su lado, como figuras centrales, se encuentran sus hijos Baal (idéntico al sirio Hadad), dios de la tempestad y de la lluvia encargado de la fertilidad de la tierra, y su rival, Moth, dios de la muerte y del más allá. Junto a éstos juegan un papel importante la hija guerrera de Il, la «joven» Anath, esposa de su hermano Baal, y Kothar, el Hefesto cananeo, desconocido hasta ahora. La rica literatura de Ugarit, en cuyo centro se halla el mito de la vegetación del ciclo Baal-Moth-Anath, es muy importante para la comprensión del origen y la esencia de la lengua y poesía bíblicas[3].

Si los hallazgos esporádicos de archivos nos informan insuficientemente sobre las cuestiones sociales y las espirituales y culturales, la intensa actividad arqueológica realizada en Siria y Palestina nos proporciona una imagen más completa de la cultura material. Junto a las ciudades sirias ya nombradas, Ugarit,

Alalakh y Qatna, son importantes para el período que tratamos los estratos pertenecientes a la primera Edad del Bronce de Biblos, en la costa mediterránea, y de Hazor, Megiddo (Mageddo en la Vulgata) y Betshán (Bēt Shĕan), en Palestina central y del sur, para sólo nombrar los puntos más importantes. La ciudad estaba dominada, como ya nos muestran los relieves egipcios de ciudades cananeas, por el palacio real, el castillo y las construcciones del templo, que a menudo se unían en un complejo arquitectónico grandioso: la acrópolis, a la que rodeaba un fuerte cinturón de murallas con portal fortificado, como exigía la situación precaria de la ciudad-estado.

Los hallazgos de excavaciones, p. ej., las tallas de marfil de Ugarit, Alalakh y Megiddo, nos dan un testimonio valioso de las diversas ramas artesanales y, sobre todo, del comercio que florecieron durante este período. Habría que destacar dentro de ellas la industria textil y las tinturas de púrpura de las ciudades fenicias, a las que Fenicia, es decir, Canaán, debían su fama[4]. Junto a la célebre madera del Líbano formaban, gracias a una navegación comercial muy desarrollada, la base de la riqueza de las ciudades costeras que sostenían un tráfico intenso no sólo con Egipto, sino también con el mundo egeo. Así el ámbito cultural mediterráneo y micénico viene a añadirse a Mesopotamia, Anatolia y Egipto como factor de influencias.

A pesar de la importancia que pueden tener las fuentes siriopalestinas para determinados períodos o regiones, no permiten reconstruir una imagen general y menos una totalidad histórica coherente. Para esto disponemos principalmente de las ricas y diversas fuentes egipcias y también de los escritos hititas de Boğazköy, que contienen documentos en lengua hitita y acadia. Para la historia de Palestina en los últimos siglos del segundo milenio se añaden las fuentes bíblicas, que aunque tienen como tema central el pueblo de Israel, ofrecen también datos sobre sus vecinos y reminiscencias del mundo antiguo de Canaán.

a) Las primeras incursiones de Egipto en Asia durante el Imperio Nuevo

Una vez liberados del dominio hicso, los primeros faraones de la XVIII Dinastía emprendieron importantes expediciones a Asia para prevenir el peligro que amenazaba a Egipto desde las bases de los hicsos situadas en esos territorios y para restablecer allí la posición de poder que habían mantenido durante el Imperio Medio. Ya Ahmosis I, fundador de la XVIII Dinastía, condujo los ejércitos egipcios después de la conquista de Tanis, capital de los hicsos, contra Sharuhen (citada en Jos. 19, 6), actual Tell el-Far'ah, una de las fortalezas de los hicsos en el Negev occidental que dominaba la ruta de Palestina a Egipto. Al igual que otros largos asedios de ciudades cananeas mantenidos por faraones de la XVIII Dinastía, el de Sharuhen, que duró tres años, demuestra que la técnica defensiva de estas ciudades superaba en mucho a los métodos de sitio de los ejércitos egipcios. La conquista de Sharuhen dio a los egipcios una cabeza de puente en territorio cananeo, lo que les permitió repetidas incursiones a Asia.

Una gran expedición de este tipo fue llevada a cabo a finales del siglo XVI por Thutmosis I, nieto de Ahmosis, que no sólo penetró en el país de Retenu, es decir, en Canaán, sino que llegó hasta el país de Naharina (una de las denominaciones que se dan al reino de Mitanni)[5] y el Éufrates. Siguiendo la costumbre de los grandes conquistadores del antiguo Oriente, el faraón erigió en la orilla izquierda del río una estela triunfal para marcar el límite extremo del terreno conquistado y conmemorar su audaz empresa, que sólo su nieto, Thutmosis III, se atrevió a repetir (Thutmosis III erigió una estela en el mismo lugar). En Si-

ria septentrional, en el país de Nii, luchó también Thutmosis II, hijo de Thutmosis I. Probablemente se refieren a esta expedición las noticias sobre sus campañas contra los shasu o shosu, tribus beduinas, que aparecen documentadas aquí por primera vez, las cuales vagaban por los territorios periféricos al sur y este de Canaán amenazando constantemente al poder egipcio durante el Imperio Nuevo. Pero todas estas expediciones, que eran ante todo expediciones de rapiña, no condujeron a una conquista duradera de Siria y Palestina, lo que sólo se consiguió en la primera mitad del siglo XV bajo Thutmosis III.

b) Las expediciones de Thutmosis III y la creación de las provincias egipcias en el Próximo Oriente

Thutmosis III, creador del Imperio egipcio, comprendió que para convertir a Egipto en un factor político de primer orden necesitaba incorporarle a Palestina y Siria como partes integrantes. Consiguió su objetivo gradas a la conquista sistemática del territorio asiático hasta el Éufrates y la instauración de una administración egipcia en los países conquistados. Sin embargo, las ciudades-estado de Siria y Palestina hicieron todo lo posible por conservar su soberanía y formaron, dejando a un lado sus divergencias, grandes coaliciones bajo el mando del estado de Kadesh (Tell Nebi Mend), a orillas del Orontes, y con el apoyo del reino de Mitanni. Thutmosis III tuvo que emprender, según sus anales, diez expediciones a Asia, en parte para extender su poder hacia el norte, pero, sobre todo, para aplastar las continuas rebeliones de los reyes locales.

La base de todas las conquistas subsiguientes fue su primera campaña (1469), sobre la que encontramos amplia información, que fue emprendida probablemente como medida preventiva contra cualquier movimiento de agresión de los monarcas si-

rios y palestinos contra Egipto[6]. De este modo se comprende la amplia coalición, al frente de la cual figuraban los reyes de Kadesh y Megiddo[7], que se enfrentó a los egipcios en Megiddo, cuando apenas había pasado un mes desde la entrada del ejército egipcio en territorio asiático. Ésta fue la mayor coalición que se formó contra Egipto antes de que dicho país estuviera en condiciones de romper el frente unificado de sus enemigos; según la inscripción de Jebel Bárkal, pertenecieron a ella 330 reyes.

El ejército egipcio, que al principio había avanzado 25 km por día, se vio obligado a avanzar más despacio por la resistencia de la población cananea al norte de Gaza. El levantamiento de las ciudades palestinas comenzó en Jurza, al norte de Sharuhen, donde estaba acantonado un ejército de ocupación egipcio, y se extendió «hasta el fin de la tierra». Parece que en el transcurso de la campaña un oficial de Thutmosis III, llamado Thuti, conquistó el puerto de Jaffa, según un relato popular en el que se narra que, gracias a un ardid que recuerda la historia de Alí Babá, los soldados egipcios se introdujeron en la ciudad, lo que demuestra la superioridad técnica de las fortificaciones. El hecho de que ni Jaffa ni Gaza aparezcan en las listas geográficas egipcias de ciudades asiáticas conquistadas durante los reinados posteriores demuestra el dominio indiscutible de Egipto en este sector de la costa a partir del reinado de Thutmosis III. A continuación, Thutmosis prosiguió su marcha a través de la llanura costera hasta Jehem, al sur de la entrada del Uadi Ara. En contra de los consejos de sus generales, Thutmosis eligió, basándose en el principio de la sorpresa, el paso estrecho y peligroso entre el Carmelo y la Sierra de Manasés, y atacó Megiddo, la fortaleza clave para toda Palestina septentrional, donde se encontraban los principales contingentes cananeos. Después de un sitio de siete meses se rindió esta ciudad, cuya toma significaba, según palabras de Thutmosis, «la

conquista de mil ciudades», y los monarcas sitiados tuvieron que aceptar la hegemonía egipcia[8].

Tras la caída de Megiddo, y quizá ya durante el sitio, el ejército egipcio conquistó Jenoam, junto al lago Tiberíades, y otros lugares más al norte. Un índice completo de las ciudades sometidas por el faraón en su primera campaña se halla en la llamada lista «breve» de ciudades cananeas, que contiene 119 ciudades de Palestina y Siria meridional[9], entre las cuales figuran en primer lugar Kadesh (Cades), a orillas del Orontes, que no fue conquistada de momento, pero cuyo rey se sometió al faraón, y Megiddo, que fue convertida en base egipcia. La mayoría de las ciudades enumeradas se encontraban en la *via maris*, la «vía marítima» que conducía de Egipto hasta Mesopotamia, y en sus múltiples ramificaciones, es decir, en la zona costera, en la llanura de Jezrael y Betshán y en la depresión del Líbano; también había algunas en Galilea y Transjordania septentrional. Estos eran los territorios sobre los que se extendía el poder egipcio. Sin embargo, faltan casi por completo en ésta, como en las listas posteriores de los faraones, las ciudades del interior de Palestina central y meridional y las de Transjordania meridional, territorios poco importantes para Egipto y en los que sólo ejercía un poder nominal.

En las expediciones posteriores, Thutmosis penetró en Siria y conquistó por fin el núcleo principal de la resistencia: Kadesh y la zona costera fenicia, con las importantes ciudades de Biblos, Ullaza y Sumur, que fueron durante toda la dominación egipcia bases importantes. El dominio sobre las ciudades fenicias, en las que se almacenaban los productos de la agricultura cananea y que servían de centros de aprovisionamiento para el ejército egipcio, fue decisivo para el mantenimiento de la administración egipcia en Siria, al tiempo que aseguraba la comunicación con Egipto mismo[10]. Su importancia para las posteriores expediciones de Thutmosis al norte de Siria y al Éufrates

creció sobre todo durante la octava campaña, que constituyó el cenit no sólo de todas las empresas militares de este monarca, sino de todas las realizadas por los faraones.

Esta vez su objetivo fue el reino de Mitanni, el rival de Egipto en la pugna por la supremacía en Siria. El ejército egipcio marchó a través de Qatna a Siria central, penetró en la región de Alepo y Karkemish y cruzó el Éufrates. El rey de Mitanni tuvo que retroceder. La expansión territorial del Imperio egipcio se refleja en la llamada lista geográfica «larga», con los nombres de 350 ciudades, principalmente de Siria central y septentrional, entre otras Karkemish, Emar y la bíblica Pethor a orillas del Éufrates. Gran parte de los lugares se encuentran entre el valle inferior del Orontes y Alepo, y aparece también en los documentos de Alalakh, conquistada temporalmente por Thutmosis[11]. Pero la posición egipcia en estos territorios lejanos no era estable. En los años siguientes el rey de Mitanni volvió a constituir un frente antiegipcio con los soberanos de Kadesh y Tunip.

Thutmosis echó las bases para la provincia egipcia de Siria y Palestina, que, aunque bajo las generaciones posteriores perdió terreno en su frontera norte, conservó su constitución administrativa y militar hasta el fin de la hegemonía egipcia en Asia. Thutmosis creó un sólido aparato de gobernadores y comandantes militares, de funcionarios de hacienda y agricultura, que vigilaban los asuntos del gobierno y la recaudación del tributo apoyados por pequeñas guarniciones en las ciudades más importantes. Además construyó fortalezas en los puntos estratégicos, como demuestran los descubrimientos en Megiddo y Betshán, y también en la región del Líbano, como él mismo declara con orgullo en sus inscripciones. La base central desde la cual los egipcios vigilaban las posesiones asiáticas se encontraba en Gaza, que seguramente fue sede administrativa de un comisario general. En general, Thutmosis mantuvo en sus privilegios

a los soberanos locales que se sometían a su poder, y únicamente condujo a sus hermanos e hijos a Egipto. Con esto conseguía, según su propia expresión, un doble fin: por un lado servían de rehenes en caso de que los vasallos se rebelaran y, por otro, volvían como sucesores de aquéllos, educados en la corte faraónica en el espíritu de la cultura egipcia y de la lealtad hacia Egipto. De este modo Palestina y Siria vivieron intensamente la influencia egipcia.

En las posesiones egipcias de Asia se fue creando una sistemática dominación colonial que ofrecía a Egipto las mayores ventajas políticas y económicas. Los egipcios aprovechaban el potencial económico de estas regiones en todos los sentidos, como podemos deducir de las listas de botín de Thutmosis y de sus funcionarios, de los relieves de los templos egipcios y de las múltiples pinturas funerarias, que constituyen una fuente inagotable[12]. Enormes cantidades de mano de obra se empleaban en trabajos forzados dentro de la misma provincia, y se deportaban esclavos y esclavas como propiedad de los templos, del palacio real o de los altos funcionarios. Anualmente se recogían tributos en especie, lo que nos da una imagen clara de los productos de Siria y Palestina. En primer lugar había que entregar productos agrarios (trigo, aceite, especias) y, en segundo, madera del Líbano, metales, sobre todo grandes cantidades de cobre, piedras semipreciosas, objetos artísticos y suntuarios y, naturalmente, armas. Aparte de esto, se transportaba a Egipto ganado en grandes cantidades, especialmente caballos, en cuya cría destacaban las regiones periféricas de Siria y Palestina. Incluso animales exóticos de estos países, como el oso y el elefante de Siria septentrional, y diversas clases de plantas desconocidas en Egipto, pasaron a los jardines zoológicos y botánicos reales para realzar el prestigio de los faraones y subrayar las dimensiones ilimitadas de su poder.

c) *Las campañas asiáticas de Amenofis II y Thutmosis IV*

Thutmosis III marcó el camino a sus sucesores con sus empresas bélicas y sus métodos administrativos. Sin embargo, la carga de los tributos tenía que conducir necesariamente a constantes intentos de la población siria-palestina por sacudir el yugo de la dominación egipcia. Ya su hijo, Amenofis II, tuvo que emprender en el tercer, séptimo y noveno año de su reinado varias expediciones a Asia[13].

La primera expedición tuvo por objeto reducir un levantamiento en el país de Tahsi, el Tahas bíblico (Gén. 22, 24), un estado en el valle superior del Orontes, al sur de Kadesh, gobernado por siete jefes de tribu. Más adelante Amenofis se dirigió a Siria septentrional que, apoyada probablemente por Mitanni, se había sublevado contra Egipto. Llegó hasta Nii, pero debió fracasar en el intento de reconstruir el dominio egipcio sobre Alalakh, Alepo y la región del Éufrates. A la vuelta capturó el importante puerto de Ugarit y pasó por Kadesh y los bosques de Labu, el Lebo-Hamath bíblico, en la salida norte de la depresión del Líbano. Al final del relato de esta campaña aparece un detalle interesante: el episodio de cómo Amenofis capturó en la llanura de Saron (que se extiende junto a la costa desde el Carmelo hasta el río Jarkon) a un emisario del rey de Mitanni que llevaba en el cuello inscrita una carta en escritura cuneiforme. De este hecho deducimos que la amplia actividad diplomática y conspiradora del rey de Mitanni contra Egipto se extendía hasta Palestina meridional. La última campaña de Amenofis fue una expedición de castigo contra la población cananea sublevada en la llanura de Saron y Jezrael. La llanura de Saron estaba parcialmente habitada por tribus semi-nómadas, que vivían en poblados compuestos por tiendas. En el camino de vuelta el faraón hizo un alto «en los alrededores de Megiddo», adonde invitó a uno de los vasallos rebeldes de la región del Carmelo,

sustituyéndolo, según el eficiente método egipcio, por otro fiel al faraón[14].

Tanto los hallazgos arqueológicos como las tablillas de barro encontradas en Taanac[15], a 7 km al sureste de Megiddo, confirman la importancia de esta ciudad como base egipcia durante esta época. Entre dichas tablillas se encuentra una carta ordenando al rey de Taanac que envíe inmediatamente carros de combate a Megiddo. La carta fue redactada por un alto personaje egipcio llamado Amenhatpa. Él mismo escribió otra carta en la que reprocha al rey de Taanac no haber puesto tropas a disposición del ejército de ocupación egipcio y no haberse presentado ante él en Gaza. Es posible que aquí hable el faraón Amenofis II en persona, ya que durante su expedición a Palestina había exigido refuerzos para su ejército a los soberanos de aquellas ciudades que se encontraban en su ruta[16].

El archivo hallado en Taanac, a pesar de constar sólo de doce tablillas de barro, constituye hasta ahora el más importante de los hallazgos de escritura cuneiforme realizados en Palestina y refleja de forma interesante los problemas cotidianos de los reyes cananeos y sus relaciones, que no se reducían a sus vecinos más próximos (como demuestran, por ejemplo, los contactos del rey de Taanac con la región de Betshán). Los nombres propios que aparecen en las tablillas expresan la compleja estratificación étnica de la población, en la que domina el componente semitaoccidental, aunque ofrece importantes elementos hurritas e indoarios. Aparecen mencionadas diversas clases sociales: los llamados *hermanos* del rey, que probablemente son los mismos que forman la aristocracia de los carros de combate (los *maryannu* que aparecen en otros documentos); los vasallos militares (*khanaku*), los prisioneros de guerra (*ashīru*) obligados a trabajos forzados y los siervos (*khupshe*). A través de las listas de prisioneros de Amenofis II, que están ordenadas, o desde el punto de vista social o desde el étnico, llegamos a conocer di-

versos grupos de la población sirio-palestina. La primera lista nombra 550 *maryannu*, 240 mujeres de éstos, 640 cananeos (como aquí se llama a la clase económica dominante), 232 hijos y 323 hijas de príncipes, 270 cantantes cortesanas. La segunda lista nombra 127 soberanos de Retenu, 179 *hermanos* de los príncipes, 3600 apiru (idénticos a los khapiru de las tablas de escritura cuneiforme), 15 200 beduinos shasu, 36 000 hurritas, 15 070 hombres de Nukhashshe (sirios del norte) y 30 652 familiares suyos.

Aunque no poseemos descripciones detalladas de las campañas asiáticas de Thutmosis IV, hijo de Amenofis II, como sucede en el caso de sus antecesores, sabemos algo de sus conquistas a través de datos dispersos en las inscripciones suyas y de sus funcionarios[17]. Sus contemporáneos le llamaron «conquistador del país de Kharu», es decir, Siria y Palestina. Sobre la carrocería del carro de combate hallado en su tumba, en Tebas, están representadas escenas de las guerras que emprendió contra los pueblos de Asia a las que se añade una lista de las ciudades conquistadas hasta Naharina; entre otras, Tunip, Kadesh y Taḥsi. También aparecen mencionadas las tribus shasu, que se oponían con violencia creciente a la dominación egipcia. En una inscripción de la tumba de Thutmosis IV encontramos una alusión a la conquista de la ciudad de Gazer (Gezer) y al traslado de sus habitantes a Egipto, que coincidiría con el contenido de una carta hallada en dicha ciudad, enviada quizá por el faraón en la época de su campaña al soberano de Gazer, reclamando la sumisión de éste y el pago de tributos a Egipto[18].

La correspondencia de Tell el-Amarna nos proporciona indirectamente otros datos sobre las expediciones asiáticas de Thutmosis IV. En las cartas dirigidas a Amenofis III por el príncipe de Biblos, éste declara que Thutmosis IV, padre de Amenofis III, se presentó en la costa fenicia para mantener el orden en los territorios dependientes de Egipto. Este dato

coincide con una de las inscripciones de Thutmosis IV en la que él mismo relata cómo «cortó cedros en el país de Retenu» (seguramente refiriéndose al Líbano). También el soberano de Nukhashshe y los oligarcas de Tunip, en Siria septentrional, atestiguan que fueron sometidos por un faraón, aunque no se puede establecer con seguridad si éste fue Thutmosis III o IV.

Thutmosis IV fue el último faraón de la XVIII Dinastía que emprendió una campaña en Asia. Sus sucesores, Amenofis III[19] y Tutânkhamón, se limitaron a gobernar desde lejos sus territorios asiáticos hasta que el dominio egipcio en estas regiones se derrumbó definitivamente.

d) Los pequeños estados en la época de Tell el-Amarna

Gracias al descubrimiento de un gran archivo estatal de la época de Amenofis III y del rey hereje Amenofis IV en el actual Tell el-Amarna, en Egipto central, lugar que da su nombre a esta época[20], tenemos una imagen de Siria y Palestina durante el segundo cuarto del siglo XIV más completa que la de ningún otro período del segundo milenio. La correspondencia gubernamental, que abarca más de 350 cartas, está redactada en su casi totalidad en escritura cuneiforme y en lengua babilónica, usada durante siglos como lengua franca en las relaciones internacionales del Próximo Oriente, aunque de cuando en cuando, y sobre todo en documentos procedentes de Palestina, se encuentren vestigios de la lengua popular cananea. Una parte de los escritos la constituye la correspondencia de los faraones con las grandes potencias de la época: Mitanni, Babilonia, el reino hitita y Arzawa en Asia Menor, y Alashiya, es decir, Chipre, y nos da una idea de la extensión de las relaciones internacionales y del desarrollo la actividad diplomática. La parte más

importante la forma la correspondencia con los vasallos o semivasallos de los faraones en Palestina y en la costa fenicia.

Estas cartas transmiten la impresión de debilitación progresiva en la posición de dominio egipcio en Asia que se refleja en la situación inestable de la provincia egipcia, en los asaltos repetidos a las caravanas, en la impotencia frente a las tribus nómadas y, sobre todo, frente a las bandas de bandoleros apiru que recorrían los territorios entre las ciudades-estado sirviendo como mercenarios a sus príncipes. A pesar de que Egipto alcanzó durante el reinado de Amenofis III su máximo esplendor en muchos sectores, este faraón y, en mayor grado, su sucesor, Amenofis IV, que dedicó toda su energía a la reforma religiosa interior, descuidaron sus posesiones asiáticas. Ambos mantuvieron su autoridad por el eficaz método del *divide et impera*, fomentando a través de sus agentes las intrigas y disputas entre los príncipes locales. Las cartas dan muchos detalles sobre la situación en los diversos estados de Siria y Palestina y sus complicadas relaciones internas, así como sobre su asociación en nuevos complejos nacionales más amplios.

Una comparación entre la correspondencia de el-Amarna, los documentos del archivo estatal hitita de Boğazköy, que datan del mismo tiempo, y los documentos del archivo de Ugarit, muestra claramente lo precaria que era la posición de los estados sirios por los que luchaban, por un lado, Mitanni y el pujante reino hitita y, por otro, los hititas y los egipcios. La situación conducía a constantes intrigas militares, al juego político ambiguo y a intentos de chantaje frente a las grandes potencias. Shuppiluliuma, el poderoso rey hitita cuyas grandes campañas militares en Siria hasta Damasco y en la depresión del Líbano hasta el país de Amqi desbancaron a Mitanni en Siria[21], se convirtió en el rival de Egipto. Muchos estados Sirios prefirieron el dominio hitita al egipcio, porque los hititas mostraban mayor habilidad y elasticidad en sus relaciones políticas con los

estados vasallos y además prometían una protección militar más eficaz. Un testimonio de la atmósfera de conspiración y de las orientaciones políticas discrepantes nos lo da, por ejemplo, la carta que Akkizi, príncipe de Qatna, dirigió a Amenofis IV quejándose de su vecino el rey de Kadesh: «Yo amo a mi señor, pero Aitakama, rey de Kadesh, marcha contra mí y amenaza mi vida. Ahora Aitakama ha enviado un emisario y ha dicho: "Ven conmigo al rey de Khatti". Pero yo dije: "Aunque tuviera que morir, no iría con el rey de Khatti"» (EA53, 8-14; texto completado parcialmente). Akkizi comunica al faraón que el rey de Kadesh y los hititas intentan apoderarse de la región de Damasco (llamada Upe), hecho que nos permite deducir que la influencia hitita se extendía hasta Palestina.

A instancias de Mitanni y de Egipto, los antiguos rivales, que ahora utilizaban un lenguaje común, los estados periféricos de Siria septentrional, como Alalakh, Nii y Nukhashshe, se unieron contra el reino hitita, cuyas amenazas iban dirigidas principalmente contra ellos. El príncipe de Nukhashshe pidió ayuda a Amenofis IV aduciendo que su dinastía había sido instaurada por Egipto y que, por tanto, Egipto era responsable de su seguridad. El rey de Ugarit, por el contrario, se negó a formar parte de la coalición antihitita, y quizá la destrucción parcial de su ciudad, que el príncipe de Tiro comunica al faraón, se debió a una expedición de castigo de los aliados. En todo caso, el reino de Ugarit constituye un buen ejemplo de equilibrio eficaz entre los dos bloques utilizando la táctica de la doble lealtad. Sus reyes hicieron al faraón y a los monarcas hititas las mismas declaraciones de fidelidad. En Ugarit también se han encontrado los tratados políticos que Niqmadu II, su soberano más importante durante esta época, se vio obligado a firmar con Shuppiluliuma, que, aunque le exigía ayuda militar y el pago de tributos, le concedía modificaciones de la frontera a costa de los vecinos de Ugarit. Un vaso de alabastro encontrado en Ugarit, con una

inscripción jeroglífica y la imagen de Niqmadu II junto a una princesa egipcia, confirma las relaciones políticas de este rey con el lejano Egipto.

Gracias a sus hábiles maniobras entre las grandes potencias durante los siglos XIV y XIII y a su situación geográfica favorable, Ugarit pudo mantener un intenso tráfico mediterráneo con centros comerciales tales como Biblos, Tiro, Acco, Asdod y Ascalón en el sur[22], Ura en la costa cilicia y Chipre y Creta, sin mencionar las grandes potencias, que le proporcionó inmensas riquezas y le otorgó un carácter cosmopolita. En una situación menos ventajosa entre Egipto y el reino hitita se encontraba el estado de Amurru, que se había consolidado en el norte del Líbano poco antes de la época de el-Amarna y que durante muchos decenios fue un estado-tapón entre los dos grandes reinos. Durante el gobierno de los reyes Abdiashirta y Aziru, apoyados por las bandas de los apiru, Amurru siguió una política de agresión contra sus vecinos, expansionándose a su costa, y dominó los puertos de la costa mediterránea, entre ellos la base egipcia de Sumur, desde Biblos a Ugarit. El último fue obligado a pagar fuertes tributos. Aunque durante la época de el-Amarra Amurru se había encontrado en el área de influencia de Egipto, más tarde socavó su poder y estableció relaciones con los hititas que condujeron a un pacto y al reconocimiento de la hegemonía hitita[23].

La costa fenicia ocupa un importante lugar en la correspondencia de el-Amarna, donde aparecen una serie de puertos, de norte a sur: Arwad, Sumur, Ullaza, Biblos, Beirut, Sidón, la isla de Tiro y Usu (Palaityros), situado en tierra firme, y, finalmente, Acco. En general, las ciudades costeras fenicias mantuvieron la fidelidad al faraón. Sus príncipes, enemistados entre sí, pedían a menudo ayuda a Egipto para combatir a sus vecinos, sobre todo al reino de Amurru y a las temidas bandas de los apiru. El vasallo más fiel del faraón fue Rib-Addi, de Biblos. Las

dificultades a las que estaba expuesto como vasallo egipcio y la impotencia de su señor, que al final no pudo impedir que Rib-Addi tuviera que huir y abandonar su ciudad, se reflejan en sesenta cartas. También Abimilki, príncipe de Tiro, puso toda su fe en Egipto, llegando a llamar a su ciudad «Ciudad de Mayati» en honor de la princesa egipcia Meritatón, hija mayor de Amenofis IV y esposa de su sucesor[24].

También Palestina, al igual que la costa fenicia, permaneció bajo la dominación egipcia, lo que le proporcionó ventajas a la par que responsabilidades, como reflejan las palabras de Burnaburiash II, rey de Babilonia, a Amenofis IV después del ataque que sufrió su caravana comercial en las proximidades de Acco: «Canaán (escrito Kinakhkhi) es tu tierra y sus reyes son tus siervos. En tu tierra he sufrido violencia». Incluso los hititas reconocían el límite norte de la depresión del Líbano como frontera del poder egipcio en Asia. Por esta razón, la historiografía hitita considera la incursión de Shuppiluliuma en el país de Amqi, al sur de este límite, como violación del territorio egipcio, ya que fue causa de una grave peste que asoló el país de los hititas[25]. El aumento del poder hitita en Siria y el declive de la posición egipcia tuvieron repercusión en los acontecimientos de Palestina al fomentar la rivalidad entre los príncipes y favorecer las actividades de los apiru, con los que pactaron algunos príncipes, deseosos de sustraerse al yugo de la administración egipcia.

Así se enfrentaron en el norte las dos ciudades más importantes: Astarot, en el Basán, cuya área de influencia llegaba hasta Pella en el valle central del Jordán, y Hazor, que ambicionaba apoderarse de territorios al este, más allá del Jordán, y al oeste, hacia la costa mediterránea, y cuyo príncipe fue el único que se atrevió entre todos los príncipes de Canaán a llevar el título de rey (*sharru*) ante el faraón. En la llanura de Jezrael, el poder egipcio sufrió pocas conmociones, ya que podía apoyarse allí

en las dos bases de Betshán y Megiddo, cuyo príncipe Biridiya realizaba con esclavos los amplios proyectos agrícolas de la administración egipcia. En la región montañosa central, situada al sur, surgió, sin embargo, un enemigo acérrimo de Egipto, Labaya, que desde su sede en Siquem se apoderó de territorios considerables, sitió a Megiddo con ayuda de los apiru e incluso avanzó sobre la llanura de Saron hasta el río Jarkon. Unidos al príncipe de Gazer, Milki-Ilu, antiguo enemigo de su padre, los hijos de Labaya atacaron Jerusalén y otras ciudades situadas más al sur, como Laquis y Ascalón. Jerusalén siguió siendo una isla más o menos fiel al faraón. Su soberano, Abdi-Khepa (quizá deba leerse Puti-Khepa), que tomó el título de oficial egipcio, insistió en sus cartas al faraón para que Egipto mandara rápidamente ayuda militar a fin de hacer frente a los ataques de sus enemigos y a las correrías de los apiru si no quería perder el país. Sobre las relaciones muy ramificadas de los estados de Canaán y las coaliciones temporales nos da noticia el envío a Puti-Khepa de Jerusalén y a Shuwardatta, quizá príncipe de Hebrón, de un contingente de carros de combate desde Acco y Akhsaph, en Palestina septentrional, para apoyarles en su lucha contra los apiru.

La correspondencia de el-Amarna es la fuente principal de nuestros conocimientos sobre la organización y la administración egipcias en los territorios sometidos[26]. Estos quedaron divididos en tres provincias: la provincia norte, Amurru, con la capital en Sumur; la provincia occidental que abarcaba el territorio de Upe con la sede central en Kumidi, ciudad difícil de localizar hoy, y, finalmente, la provincia sur, con la capital en Gaza, que se extendía hacia el norte, a lo largo de la costa, hasta Tiro. Las tres provincias estaban gobernadas por comisarios egipcios que llevaban el título acadio de *rābisu* (en cananeo, *sōkinu*) y estaban subordinados directamente al faraón. A los comisarios se subordinaban a su vez los príncipes locales, que a

menudo llevaban el título de *khazannu* (alcalde), conocido en Mesopotamia, y que gobernaban sus territorios reconocidos por los egipcios. Para mantener el dominio egipcio disponían de guarniciones militares, aunque eran reducidas. Las empresas militares de mayor envergadura corrían a cargo del ejército de expedición egipcio (*ṣabē pidati*, ejército de los arqueros), cuyo núcleo estaba formado por carros de combate y al que los príncipes de las ciudades llamaban a menudo para defenderse contra sus enemigos.

e) Palestina y Siria en el siglo XIII

Las luchas en Egipto y la debilitación progresiva de su poder en Asia al final de la XVIII Dinastía permitieron la consolidación de la posición hitita en Siria, pero también permitieron la entrada por el este de elementos nómadas y semi-nómadas que se establecieron en las regiones cultivadas. El sucesor de Shuppiluliuma, Murshili II, intentó, como muestran los tratados que firmó con Niqmepa II de Ugarit y Duppi-Teshup de Amurru, subordinar a los intereses hititas aún en mayor medida los estados del norte de Siria[27]. En la disputa de Duppi-Teshup con otros príncipes de Siria septentrional, Murshili II aparece como árbitro supremo. Su contemporáneo Horemheb, que acaudilló los ejércitos de los últimos faraones de la XVIII Dinastía y que luego se hizo con el poder en Egipto, intentó restablecer por la fuerza la influencia egipcia en Asia, pero fracasó en Siria septentrional y, al parecer, también en Canaán.

Los faraones de la XIX Dinastía, que plantearon una reorientación política frente al Oriente y en cuya época llegó a su cénit la influencia cananea en el mismo Egipto, consiguieron restablecer el dominio egipcio en Asia, aunque no en la magnitud pasada. Ya Sethi I (1308-1290) penetró a comienzos de su

reinado en Canaán y emprendió diversas campañas para someter a los príncipes rebeldes y a las tribus nómadas de los shasu, que aparecieron sobre todo en las regiones periféricas del sur y en las montañas. Al mismo tiempo contuvo la expansión del poder hitita hacia Siria meridional. Sobre estas expediciones, especialmente sobre las que tuvieron lugar en el primer año de su reinado, nos dan noticia las estelas erigidas en Siria y Palestina, las listas geográficas de ciudades cananeas conquistadas y una serie única de relieves con inscripciones hallada en el templo de Amón en Kárnak[28].

En la parte conservada de los relieves aparece detallada la ruta militar egipcia que conducía a través de la parte norte de la península de Sinaí hasta Gaza, con sus veinte castillos y pozos fortificados, así como escenas de la conquista de la ciudad de Jenoam (Tell ʼAbidiyeh o Tell el-Naam), a orillas del Jordán, a su salida del lago Tiberíades, y de la conquista de la ciudad de Kadesh (no se sabe aún si se trata de la Kadesh situada a orillas del Orontes o de una ciudad importante del mismo nombre de Galilea superior). Junto a reproducciones de fortalezas cananeas con sus alrededores típicos, los relieves ofrecen representaciones características de los diferentes grupos étnicos, por ejemplo, de los beduinos shasu, de los cananeos, de «los grandes príncipes del Líbano» y hasta de los hititas, con los que quizá se enfrentó Sethi.

Las listas de ciudades conquistadas, que deben referirse a la primera campaña de Sethi, hacen suponer que éste sometió de nuevo al poder egipcio a Betshán, Galilea y la franja costera fenicia hasta Ullaza.

Dos estelas triunfales halladas en Betshán dan detalles interesantes sobre la situación política y militar de esta región. En la llamada «estela grande», del primer año de su reinado, Sethi hace referencia a una insurrección del príncipe de Hamath, 15 km al sur de Betshán, que atacó dicha ciudad y la sitió con la

ayuda de gentes de Pehel en Transjordania (más tarde Pella) y Rihob (Tell es-Sarem, al sur de Betshán). La estela menor fue erigida para conmemorar la victoria sobre los apiru, que se habían parapetado en los montes de Galilea inferior, donde amenazaban a la población indígena. Con esto disponemos de un testimonio sobre las incursiones en Galilea de grupos nómadas que pueden considerarse como precursores de las tribus israelitas en Palestina septentrional, sobre todo si se recuerda que en las listas topográficas de Sethi aparece por primera vez el nombre de Aser, que posteriormente se aplicó a una de las tribus de Israel.

Durante el reinado de Ramsés II (1290-1224), sucesor de Sethi I, se agudizó la lucha por la supremacía en Siria entre Egipto y el reino hitita. Sin embargo, poco después empiezan a mejorar las relaciones entre las dos grandes potencias. En el cuarto año de su reinado, Ramsés emprendió una campaña en la costa fenicia, como atestigua su estela en la desembocadura del río Nahr el-Kelb (entre Beirut y Biblos), con el fin de hacer retroceder las posiciones avanzadas hititas. Incluso consiguió que Benteshina, rey de Amurru, se pusiera de su parte. La conmoción ocasionada en el inestable equilibrio de Siria por la defección de Amurru marcó el preludio de la lucha por Kadesh, a orillas del Orontes, que tuvo lugar en el quinto año de reinado del faraón (1285). La batalla de Kadesh fue el encuentro más violento de los que enfrentaron a egipcios e hititas. Ramsés celebra repetidas veces la batalla de Kadesh como la mayor de sus victorias, tanto en las inscripciones como en los numerosos relieves colocados sobre los muros de los templos egipcios; gracias a ellos podemos reconstruir exactamente el desarrollo de la lucha e informarnos detalladamente sobre los aliados y la magnitud de las fuerzas que se enfrentaron[29]. A pesar de todo, Egipto terminó sufriendo una derrota. Kadesh no fue conquistada y los hititas recobraron su influencia sobre Amurru y lle-

garon a penetrar, más hacia el sur, en la región de Damasco (Upe), que durante breve tiempo fue sede de un gobernador hitita.

El fracaso de Egipto en la lucha por Kadesh hizo tambalearse su poder en Palestina. Ya en el octavo año de su reinado Ramsés se vio obligado a una campaña en Galilea superior para someter a las ciudades rebeldes, entre otras Merom, en cuyas aguas parece que luchó años más tarde Josué. Otras conquistas de Ramsés en el norte están atestiguadas por algunos relieves, como el que representa la conquista de Acco y de otras ciudades en Galilea occidental, y, sobre todo, por las estelas de Biblos, Tiro, Sheikh Saʻad, al este del lago Tiberíades, y Betshán[30]. Ramsés también tuvo que sofocar insurrecciones en el sur del país, como demuestra el relieve de la conquista de Ascalón y las listas topográficas que mencionan la costa palestina y hacen suponer choques con las tribus shasu del Negev y del país de Seir. Las excavaciones de Jaffa informan sobre la destrucción y la reconstrucción de esta ciudad en la época de Ramsés II, cuyas inscripciones fueron halladas en fragmentos en los pilares que flanquean la puerta de acceso a la ciudad[31]. Una serie de relieves acompañados de texto, descubiertos hace poco en Lúxor, proporciona datos sobre una expedición de Ramsés contra Moab, donde se apoderó, entre otras ciudades, de la fortaleza de Dibón, al norte del río Arnón. Por primera vez se menciona en estos relieves una campaña egipcia en aquellos lejanos territorios. Esto explicaría también el hallazgo en Balu'a, al sur de Dibón, de una estela con relieves de estilo egipcio que representan a un monarca moabita flanqueado por dos figuras divinas y con inscripciones parecidas a los jeroglíficos[32].

El papiro Anastasi I[33], que contiene una viva descripción del paisaje, de las diversas capas de la población, de la red de comunicaciones y de las ciudades más importantes, desde Sumur en el norte y Damasco en el este hasta Jaffa al sur, constituye la

fuente más importante para documentar la historia de Canaán durante la segunda mitad del reinado de Ramsés II, a quien pertenecían personalmente las tres ciudades citadas. El papiro da datos sobre las dificultades a las que se tenía que enfrentar el gobierno egipcio y sobre la inseguridad de las montañas, debida principalmente a las bandas de los shasu, entre las que probablemente se incluían ya las tribus de Israel, que por aquel tiempo comenzaban a asentarse en aquella región. Bajo este aspecto es interesante la mención de una hazaña del jefe de la tribu de Aser (*isr*), que es seguramente la tribu israelita de Aser, que recuerda las proezas heroicas contenidas en el Libro de los Jueces bíblico.

La guerra fría entre Egipto y los hititas, que duró aún un tiempo después de la batalla de Kadesh, concluyó con un tratado de paz y un pacto de no-agresión entre Ramsés II y el rey hitita Khattushili III (1269). Las relaciones amistosas se reforzaron mediante el matrimonio diplomático del faraón con una hija, o quizá varias, del rey hitita. El tratado detallado, que se conserva en la copia de los dos firmantes, no menciona la línea fronteriza marcada por las dos grandes potencias, pero evidentemente ésta debió coincidir con la frontera norte de Canaán que aparece en la Biblia (Núm. 34) y que los israelitas debieron encontrar al conquistar el país[34]. La frontera estaba situada al norte de Biblos, partiendo de la costa mediterránea hacia el este, y atravesaba Lebo-Hamath, en la estribación norte de la depresión del Líbano. De este modo la región de Damasco se hallaba aún en poder egipcio, mientras que Amurru quedaba dentro del área de influencia hitita, que según datos de la Biblia (Jos. 1, 4) se extendía desde el Líbano hasta el Éufrates.

La división de Siria y Palestina y, en general, la relación pacífica entre Egipto y los hititas se mantuvo durante la época del faraón Merenptah (1224-1214) y del rey hitita Tutkhaliya (hacia 1250-1220) hasta la caída del Imperio hitita. Los lazos que

unían a las dos grandes potencias se estrecharon ante el peligro común que constituían los Pueblos del Mar. Tutkhaliya IV conservó en Siria septentrional la supremacía que le disputaba el pujante reino asirio, como atestiguan el sello de Tutkhaliya hallado en Boğazköy, en el que lleva el título de *shar kishshati*, es decir, «rey de la totalidad»; los documentos de Ugarit y el tratado de vasallaje entre Tutkhaliya y Shaushgamuwa, rey de Amurru. Los pueblos de Canaán, por el contrario, intentaron sacudir el yugo egipcio a la muerte de Ramsés II. Merenptah tuvo que sofocar a principios de su reinado un levantamiento general. En una canción de victoria del quinto año de su reinado hallada en la llamada «estela de Israel» (que contiene la primera mención del pueblo de Israel en una fuente que no es bíblica) el faraón celebra su triunfo de la siguiente manera: «Los príncipes están vencidos y dicen: *shalom* (paz). Azotan a Canaán todos los males; se ha tomado Ascalón y sometido Gazer; se ha hecho que Jenoam parezca no haber existido nunca; Israel está asolado y no tiene grano; Kharu ha pasado a ser viuda de Egipto». La restauración del poder de Merenptah en Canaán y las estrechas relaciones con centros de la costa como Gaza y Tiro, y hasta con ciudades de la región montañosa, están documentadas por los fragmentos del diario de un funcionario egipcio (Papiro Anastasi III) que estuvo estacionado en la frontera entre Egipto y la península de Sinaí.

Pero aun después de la muerte de Merenptah, al decaer de nuevo el poder egipcio en Canaán, continuó el contacto con Egipto, como demuestran los hallazgos de Tell el-Far'ah (Sharuhen), en el Negev occidental, e incluso los de Deir'Allah en la desembocadura del Jaboc en Transjordania, en los que aparece el nombre de Sethi II y de su esposa Tausert[35]. A la misma época pertenece el informe de un funcionario fronterizo egipcio (Papiro Anastasi VI) sobre una tribu beduina edomita que cruzó la frontera empujada por el hambre. Este hecho recuerda

ciertos relatos semejantes de la tradición patriarcal del pueblo de Israel. Hacia 1200 la XIX Dinastía se extinguió, en medio de una total anarquía, cuando se apoderó del trono un usurpador extranjero, descrito como kharu, que, en consecuencia, debió de ser de origen asiático. Es posible que haya que relacionar la aparición de un monarca asiático en Egipto con la tradición bíblica sobre Kḥusán Risathaim de Aram Naharaim (Siria septentrional), que fue el primer opresor de Israel en la época de los Jueces. Según Jueces 3, 8, éste penetró en el reino de Judá. Pero es de suponer que una expedición de tales dimensiones tenía como objetivo la conquista de Egipto y que, por tanto, la guerra con la tribu de Judá fue sólo un episodio secundario[36].

f) Los Pueblos del Mar, el fin del dominio egipcio en Canaán y la aparición de Asiria en Fenicia[37]

A principios del siglo XII se intensificó la acometida de los Pueblos del Mar en todo el Mediterráneo oriental. Provocaron la caída del Imperio hitita y atacaron a Egipto por tierra, a través de Siria y Palestina, y por mar. Las huellas de la destrucción total causada por los Pueblos del Mar se encuentran en las excavaciones de ciudades situadas a lo largo de la costa sirio-palestina o en sus proximidades, desde Alalakh y Ugarit en el norte, hasta Jaffa, Asdod y Ascalón en el sur. Las primeras nunca se recobraron de la catástrofe, mientras que las segundas fueron reconstruidas al poco tiempo como centros filisteos. El puerto de Dor, en la costa del Carmelo, se convirtió en la capital de los *zekkere*, un grupo de los Pueblos del Mar, como relata Wenamun. Una tradición posterior que se conserva en Justino, según la cual el rey de Ascalón (seguramente un príncipe filisteo) destruyó la ciudad de Sidón un año antes de la guerra de Troya, se refiere probablemente a la destrucción de las ciudades egipcias.

Según esta tradición, los habitantes de Sidón «fundaron» la ciudad de Tiro, también destruida. El dramatismo de la catástrofe que asoló las ciudades costeras se refleja intensamente en la correspondencia del archivo de Ugarit, que, poco antes de la destrucción de la ciudad da noticias de la proximidad de barcos e incluso del desembarco de tropas enemigas.

Las incursiones de los Pueblos del Mar transformaron radicalmente el mapa político y etnográfico del Próximo Oriente no sólo por las colonias que establecieron en la costa, y a veces también en el interior, como en el caso de Megiddo (estrato VI) y otros lugares en la región montañosa palestina, sino también porque provocaron una inmigración de elementos de Anatolia en Siria que condujo a la creación de estados neohititas. Los Pueblos del Mar no llegaron a entrar en Egipto mismo, ya que Ramsés III, de la XX Dinastía (1182-1151), opuso una enérgica resistencia. El choque más importante con estos pueblos tuvo lugar durante el octavo año de su reinado al derrotar Ramsés III, en una batalla naval en el delta del Nilo, a cinco de los Pueblos del Mar que habían formado una confederación. A continuación emprendió una expedición por tierra hasta Amurru, destruida por los pueblos invasores. A pesar de ello, los Pueblos del Mar, principalmente los filisteos y los zekkere, intensificaron su presión hacia el sur. Ramsés no tuvo otro remedio que permitir las nuevas colonias en la costa sur de Palestina y utilizarlas como instrumentos de la dominación egipcia en Canaán. Según las fuentes bíblicas, los filisteos habitaron precisamente en los centros que habían estado en poder de Egipto, como, por ejemplo, Gaza y Betshán, donde se han hallado sarcófagos antropoides filisteos. Se supone que los filisteos servían en aquellas regiones como tropas mercenarias del ejército egipcio y que colaboraban en la represión de elementos rebeldes locales. Al derrumbarse el poder egipcio, los filisteos actuaron

como herederos de los egipcios en su lucha con el pueblo de Israel.

Durante el reinado de Ramsés III Egipto consiguió por última vez en su historia la supremacía en Palestina. Ramsés venció a los shasu en la zona periférica de Seir, reduciendo la fuerte presión que éstos venían ejerciendo sobre la frontera egipcia, y fortificó diversas ciudades cananeas, en primer lugar las situadas en la ruta principal de comercio, la *via maris*, entre ellas una que llevaba su nombre, «Migdal Ramsés». Al igual que sus antecesores, erigió en Betshán, donde se ha encontrado también una estatua del faraón, dos santuarios, que quizá correspondan a los templos de Astarot y Dagón mencionados en la Biblia (I Sam. 31, 10; I Par. 10, 10). Ningún faraón construyó tantos templos en Canaán como Ramsés III. Estos no sólo estaban destinados al culto de los dioses egipcios, sino en gran parte al de los dioses cananeos, probablemente para imprimir el sello de legitimidad al poder egipcio en este territorio. Los santuarios tenían una gran importancia económica, ya que guardaban las ofrendas y los impuestos que los habitantes de Canaán tributaban a Egipto. El papiro Harris nombra nueve ciudades del país de Kharu, es decir, Canaán, como posesiones del dios Amón; éstas eran, como las ciudades levíticas y sacerdotales que conocemos de época posterior a través de la Biblia, ciudades-santuario. A la muerte de Ramsés siguió la decadencia del dominio egipcio en Canaán. Una última prueba de su existencia la constituye la estela de Ramsés IV en Megiddo, que data de mediados del siglo XII. El relato del viajero egipcio Wenamun, que a principios de la XXI Dinastía, hacia 1080, emprendió un viaje por mar a Biblos, describe detalladamente hasta qué punto había decaído el prestigio egipcio incluso en la costa fenicia que durante siglos había estado bajo su poder. La disminución de la influencia egipcia fue provocada, entre otros motivos, por el auge de Asiria y el ataque del emperador Tiglatpi-

leser I (1114-1076) a la región del Líbano y las ciudades costeras fenicias, entre las que hizo tributarias a Arwad, Biblos y Sidón. Esto explicaría el menosprecio que sufrieron Wenamun y otros embajadores egipcios en la corte de Zakar-Baal, el príncipe de Biblos. A pesar de todo, los poderosos comerciantes de las ciudades costeras fenicias siguieron manteniendo estrechas relaciones comerciales con Egipto. En este sentido, Wenamun menciona importantes sindicatos comerciales que poseían en Biblos alrededor de veinte naves y en Sidón cincuenta embarcaciones costeras. Dichas cifras pueden parecer insignificantes si se comparan con las de la antigua flota de la ciudad de Ugarit, que en su día contó con nada menos que 150 barcos. Egipto intentó también establecer relaciones con el floreciente reino asirio, como lo atestigua el envío de un cargamento de animales exóticos del país del Nilo al rey asirio como muestra de amistad.

La campaña de Tiglatpileser I hacia el oeste fue un episodio aislado. Aún habrían de pasar doscientos años hasta que Asiria consiguiera afianzarse en la costa mediterránea. El obstáculo más importante que se oponía en el oeste a Tiglatpileser I y a sus sucesores lo constituían las tribus arameas, que desde fines del siglo XII invadían Siria y la región del Éufrates hasta Babilonia. La resistencia de este enemigo, que por primera vez aparece mencionado en las inscripciones de Tiglatpileser, se refleja en más de 28 guerras que éste tuvo que emprender contra los arameos y que le llevaron hasta la ciudad de las caravanas, Tadmor, más tarde Palmira, e incluso hasta los montes del Líbano. Aproximadamente un siglo más tarde los arameos, organizados en estados, lucharían con los reyes israelitas Saúl y David por la hegemonía en el Líbano y Transjordania septentrional.

En Canaán, donde el poder egipcio había desaparecido y Asiria aún no era el factor decisivo, se desencadenó violentamente la lucha entre las fuerzas locales, en la que el pueblo de

Israel jugó un papel de primer orden. Israel tuvo que enfrentarse primero a la población autóctona cananea y a los Estados periféricos de Transjordania y más tarde a los filisteos.

III. HISTORIA ANTIGUA DE ISRAEL

a) *Los comienzos de Israel*

La tradición bíblica da por supuesto un amplio periodo histórico anterior a la cristalización de Israel como magnitud histórica en la región cultivada. Dicho período se refleja en los relatos de los patriarcas que contiene el Génesis y en la descripción del cautiverio en Egipto y del éxodo que se halla en el resto del Pentateuco. El problema fundamental que hace que las opiniones de los investigadores sean divergentes lo constituye la valoración histórica de esta tradición y su ordenación cronológica. Según la interpretación, muy extendida entre investigadores alemanes, que mantiene una posición de reserva frente a la tradición bíblica, el pueblo de Israel surgió en territorio cananeo no antes del siglo XII, al unirse paulatinamente varias tribus no afines en principio que constituyeron un sistema de doce tribus. De este modo la forma de organización israelita suele definirse, según el ejemplo délfico, como «anfictionía», es decir, como una alianza de carácter sacro entre tribus que veneraban a un dios común, Yahvé, en un santuario central, situado primero en Siquem, luego en Béthel y finalmente en Silo. Según esta versión las tribus de Israel no habrían tenido un pasado común anterior a su asentamiento en Palestina y los patriarcas serían una especie de jefes de tribus autónomas que vagaban al borde del desierto y que fueron «nacionalizadas» por tradiciones bíblicas posteriores e incluidas en un sistema genealógico. De este modo perderían toda validez las tradiciones

sobre una era patriarcal y sobre la estancia de Israel en Egipto y la conquista de Palestina tal como las describe la Biblia. De hecho estas descripciones se han interpretado, por un lado, como leyendas etiológicas y, por otro, como reflejo de hechos posteriores, acaecidos en la época de los Jueces e incluso en la de los Reyes[38].

Sin embargo, aún sin aceptar totalmente la posición fundamentalista y conscientes de que la tradición prehistórica de Israel contiene numerosos elementos posteriores y anacronismos, podemos aducir importantes argumentos en favor de una consideración más positiva de la tradición bíblica teniendo en cuenta que ésta se ve consolidada por nuevo material arqueológico y documental. Ya trataremos extensamente más adelante el tema del éxodo y de la conquista de Palestina. Aquí nos limitaremos a indicar que también en las historias de los Patriarcas se han revelado como auténticos más de un hecho o de un dato, por ejemplo los nombres propios, que en su mayoría no vuelven a aparecer en fuentes bíblicas posteriores pero que a menudo tienen sus equivalentes en los documentos del Próximo Oriente durante la primera mitad del segundo milenio, y, asimismo, algunas costumbres o el ambiente social general, que ofrecen amplias concordancias con el orden jurídico de los documentos de Nuzi (siglo XV), aunque no coinciden con las formas de vida posteriores.

De hecho, sobre todo en América, amplios círculos de investigadores enjuician actualmente el testimonio de la Biblia de un modo más positivo, aunque en grado diverso. En general sitúan el éxodo y la conquista de Palestina en el siglo XIII, pero sus opiniones difieren en cuanto al comienzo de la época patriarcal. Los historiadores partidarios de una datación tardía proponen una equiparación con la época de el-Amarna (siglo XV) apoyándose, entre otros documentos, en los registros de generaciones de la Biblia según los cuales Moisés perteneció a la cuarta gene-

ración después de Jacob (Ex. 6, 13). Otros, por el contrario, sitúan la época de los Patriarcas mucho antes, en la mitad de la media Edad del Bronce, es decir, en la primera mitad del segundo milenio. Sin embargo, no se puede hablar de la época de los Patriarcas como de una época concreta y definida. Más bien parece que las narraciones bíblicas han comprimido un proceso de varios siglos, que pudo haberse iniciado en conexión con las invasiones semito-occidentales de principios del segundo milenio[39], en un período de tres generaciones (las de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob). Estos aparecen descritos a la vez como típicos seminómadas que vagan entre las ciudades cananeas de Siquem, Béthel, Hebrón, Bersheeba (Bersabé) y Gerar (Negev septentrional) estableciendo contacto con sus habitantes, y como fundadores de un culto, portavoces de la revelación de un dios anónimo, que les ha prometido el país de Canaán y una numerosa descendencia.

Podemos suponer que a la conquista de Palestina precedió una larga etapa de vida nómada en la que los hebreos se consolidaron como nación. En el proceso de nacionalización jugaron un papel destacado ciudades como Penuel, en la desembocadura del Jaboc, en Transjordania, donde según la tradición bíblica surgió el nombre de Israel (Gén. 32, 29), y Kadesh Barnea, en el noroeste de la península de Sinaí donde Moisés dio «leyes y estatutos» a Israel (Ex. 15, 25).

b) El Éxodo

La falta de noticias directas que no procedan de la Biblia sobre el éxodo y la conquista de Palestina no constituyen un argumento suficiente para rechazar la tradición bíblica. Probablemente estos hechos no tuvieron resonancia internacional suficiente como para dejar huellas en las fuentes contemporá-

neas. Sin embargo, la tradición sobre la liberación de Israel «de la casa de la esclavitud» en Egipto, no sólo es uno de los pilares del Pentateuco, sino que está profundamente enraizada en las otras fuentes bíblicas, por ejemplo en los Profetas (Os. 11, 1; Am. 9, 7; Jer. 2, 6) y en los Salmos (S. 78, 12-13; 81, 6)[40].

Según los datos cronológicos de I Reyes 6, 9 el éxodo tuvo lugar 480 años antes de la construcción del templo de Salomón (hacia 970 a. C.). El autor calculó seguramente doce generaciones, ya que en la Biblia una generación abarca cuarenta años. Si calculamos, de una manera más realista, unos veinticinco años por generación resultan 300 años en vez de 480, con lo que el éxodo habría tenido lugar en la mitad del siglo XIII. Obtendríamos la misma fecha si nos basáramos en la observación que el juez Jefté hace al rey de los amonitas (Jueces 11, 26) subrayando que el establecimiento de los israelitas en Transjordania databa (en 1100) de hacía 300 años. Según nuestro cálculo anterior, el éxodo se situaría en la primera mitad del siglo XIII.

En varias fuentes no bíblicas y en hallazgos arqueológicos de Palestina y Transjordania, se han encontrado datos que permiten localizar en el siglo XIII los hechos principales del éxodo y la conquista de Palestina. La aparición, desde el siglo XV, de los apiru en el país del Nilo puede servir de apoyo indirecto a la historicidad de la estancia israelita en Egipto. Los apiru corresponden a los khapiru de las fuentes acadias y es posible que se relacionen con los hebreos (*ibri*), con cuyo nombre tienen semejanza. La denominación «apiru», que como el término «khapiru» designaba una capa inferior de apátridas que no tenían cabida en el marco social normal, se aplicaba a elementos semitas-cananeos, entre los que se contaban los israelitas, que habían venido de Egipto como semiesclavos o clientes del gobierno[41]. En relación con esto es muy interesante un documento de la época de Ramsés II (1290-1224) sobre el empleo de trabajadores apiru en obras arquitectónicas, que inmediata-

mente nos recuerda los trabajos forzados de los israelitas en la construcción de las ciudades-almacén Pithom y Ramsés (Éxodo 1, 11). En efecto, ambas ciudades, situadas en el delta oriental del Nilo (el bíblico país de Gosen habitado por los israelitas), fueron reconstruidas por el faraón. La primera es Pi-Atón, «casa del dios Atón» y la segunda la nueva residencia faraónica llamada «casa de Ramsés, el amado de Amón». De esto podemos deducir que Ramsés II fue el faraón del cautiverio y que los israelitas salieron de Egipto durante su largo reinado durante el gobierno de su sucesor Merenptah. Coincidirían con esto los datos de la «estela de Israel», según los cuales Merenptah se enfrentó con el pueblo de Israel en Canaán y no en la península de Sinaí. De este hecho, que hay que situar hacia 1220, debe partir toda reconstrucción del proceso de conquista de Palestina por las tribus de Israel. La descripción bíblica del éxodo tiene todas las características de la narrativa popular y está poblada de hechos milagrosos. No obstante ofrece rasgos decididamente históricos, por ejemplo la oposición egipcia a que tropas extranjeras abandonaran el país y la huida israelita por la noche, que, teniendo en cuenta la fuerte vigilancia fronteriza descrita en documentos de la segunda mitad del siglo XIII, parece muy plausible. También la marcha del pueblo de Israel por el desierto de Sinaí, aparentemente sin objetivo fijo, y el hecho de que no eligiera el camino más directo a Canaán, el llamado «camino de los filisteos», «porque Dios se dijo que el pueblo podría arrepentirse si temía luchas y deseaba volver a Egipto» (Ex. 13, 17), es comprensible si se recuerda la eficaz defensa de esta ruta internacional que desde un punto de vista militar podría haber sido una trampa para los israelitas. A pesar de los itinerarios detallados que dan el libro del Éxodo y el de los Números, no podemos reconstruir con seguridad la ruta del pueblo de Israel a través de la península de Sinaí, ya que los altos en la marcha fueron en su mayoría campamentos temporales

que son difíciles de identificar. Lo mismo cabe decir del monte divino del Sinaí, que según una tradición tardía de época bizantina correspondería al Jebel Musa, en el sur de la península, pero que ciertas opiniones recientes localizan en la parte norte del Sinaí, cerca de Kadesh Barnea[42].

El fenómeno del éxodo y de la conquista de Canaán encaja como tal en el proceso histórico general de aquel tiempo; proceso de consolidación de grupos étnicos que fueron tomando conciencia de constituir unidades nacionales en busca de un marco territorial-nacional. Así surgieron, a principios del siglo XIII, como demuestran los hallazgos arqueológicos, los estados edomita, moabita y amonita, que según la tradición bíblica estaban emparentados desde la época de los Patriarcas con el pueblo hebreo[43]. En contraste con Israel, que se constituyó en reino a finales del siglo XI, aquellos pueblos fueron reinos ya en época muy temprana. Ya mencionamos la conquista de territorios y la formación estatal de los arameos durante los siglos XII y XI.

Otra expresión de la conversión de Israel de federación de estados en nación la constituye el acto religioso revolucionario que la Biblia asocia a la figura de Moisés, considerando la revelación divina en el Sinaí como parte integral del éxodo. La religión monoteísta, fenómeno original israelí no determinado por el mundo pagano circundante, se apoya en una concepción polarizada de Yahvé como divinidad nacional y al mismo tiempo cósmico-universal. La fe monoteísta no fue, como pretende hoy la interpretación evolucionista que predomina en la crítica de la Biblia, producto del pensamiento intelectual-teológico, sino que actuó desde que Israel entró en la Historia como el factor histórico decisivo que animó a las tribus que irrumpieron en la tierra prometida de Canaán[44].

c) Invasión de Palestina y asentamiento de las tribus de Israel

La tradición oficial bíblica sobre la conquista de Palestina no deja lugar a dudas: el territorio, a una y otra orilla del Jordán, fue conquistado en una acción conjunta de duración relativamente corta en la que participó la confederación de las doce tribus israelitas bajo el mando de Moisés y, más tarde, de Josué. Cada miembro de las tribus recibió su lote de tierras directamente de manos de Moisés o de sus sucesores. Esta interpretación simplificadora y tendenciosa no resiste, sin embargo, la crítica profunda. El proceso histórico fue seguramente mucho más complicado (en las mismas fuentes bíblicas aparecen ya discrepancias y contradicciones) y los historiadores israelitas de épocas posteriores probablemente redujeron varias acciones de conquista diversas y prolongadas a un solo proceso unificado, colocando en el centro de la acción a Moisés y a Josué.

Los datos bíblicos y no bíblicos confirman que hubo dos fases principales en la conquista del país y que éstas pudieron haber estado separadas por un período de tiempo relativamente corto[45]. El punto de partida de las diferentes oleadas inmigratorias se hallaba en el oasis más fértil del norte de Sinaí, en Kadesh Barnea, donde se podía mantener un contingente numeroso de tribus nómadas. Los israelitas no podían penetrar en Canaán por el camino más directo del sur ya que los puntos de acceso situados en las laderas meridionales estaban protegidos por un cinturón de fortificaciones, como la ciudad de Horma (al este de Bersheeba) donde los invasores procedentes de Egipto fueron rechazados por el rey de Arad (Núm. 14, 45; Deut. 1, 44). Por tanto, se vieron obligados a efectuar grandes maniobras de rodeo a través de Transjordania para penetrar en Palestina occidental cruzando el Jordán.

La primera oleada inmigratoria parece que alcanzó sin encontrar obstáculos los territorios de Moab, frente a Jericó, cru-

zando tierras moabitas y edomitas, como se desprende de los datos tipográficos facilitados en Núm. 33. Los israelitas cruzaron el Jordán, conquistaron Jericó y la región montañosa de Béthel (Jueces 1, 22-26) y se asentaron en la sierra, que más tarde fue denominada «Efraimita», con centro en Siquem. Los relatos de los Patriarcas dan noticia de la destrucción de Siquem, que podría tener un fondo histórico (Gén. 34), pero no existe ningún documento bíblico ni arqueológico sobre acciones militares durante esa época. Por tanto, podemos suponer que los israelitas encontraron en estas regiones una población predispuesta en su favor y que Siquem se insertó pacíficamente en el sistema de tribus israelitas. La tradición bíblica describe precisamente una ceremonia de alianza con Yahvé, que en la vida de las tribus de Israel representa un acto constitutivo de primer orden, celebrada por Josué en Siquem. Desde tiempos antiguos Siquem había sido una ciudad de tradiciones sagradas, centro del culto de Baal-Berith o El-Berith, «dios de la alianza» (Jueces 9, 4 y 46). Un recinto sagrado con templos, descubierto en excavaciones, confirma los relatos bíblicos[46].

Aunque la primera oleada inmigratoria, a la que probablemente pertenecieron las tribus de Raquel encabezadas por la familia de José, tuvo lugar antes de la fundación de los reinos de Edom y Moab en la primera mitad del siglo XIII, casi todas las fuentes bíblicas dan por supuesta la existencia de estos reinos, que impidieron a los israelitas la entrada en sus tierras. La segunda expedición de conquista, formada por las tribus restantes (las tribus llamadas Lea, con Judá a la cabeza), debió producirse en consecuencia, en época posterior, hacia la mitad del siglo XIII. Las tribus israelitas se vieron esta vez obligadas a dar un gran rodeo para evitar el choque con Edom y Moab (Núm. 20, 14-21; 21, 4 y 11-20; Deut. 2, 1-3 y 9, 13; Jueces 11, 17-18). También tropezaron con la línea fronteriza fortificada del país de Amón (Núm. 21, 24), es decir, con la cadena de for-

talezas (Rugm el-Malfuf) que rodeaban Rabbat Amón al este y al norte. Entre Moab y Amón había surgido poco antes, durante el reinado del primer rey moabita, el estado-tapón del rey Sehón, que residía en Hesbón. Los israelitas forzaron el camino a través de este reino del rey Og en Basán, en el norte. Una parte de las tribus de Rubén y de Gad y en época posterior, también la mitad de la tribu de Manasés, se estableció en el amplio territorio que se extiende entre el río Arnón al sur, la frontera del reino de Sehón y Transjordania septentrional (Núm. 21, 22 y 32). Quizá se encuentre un reflejo de la posterior expedición a Jordania occidental en Jueces 1, donde aparecen datos de las conquistas de diversas tribus, concretamente sobre las ciudades no tomadas por ellas. Según Jueces 1, una parte de las tribus encabezada por Judá cruzó el Jordán en un lugar situado al norte de Jericó, siguió en dirección sur y destruyó la ciudad-estado de Bezec (Hirbert-Ibziq), una base estratégica al este de Siquem. Más adelante incendió Jerusalén, reconstruida poco después, y conquistó las importantes ciudades de Hebrón, Debir e incluso Horma, en el extremo sur, que no había podido ser conquistada en los intentos que hicieron las tribus israelitas por el sur.

De cualquier modo que se reconstruya el proceso de ocupación de Palestina occidental, queda claro que aunque cayeron numerosas ciudades cananeas en manos israelitas, otras, como la serie de fortalezas desde Megiddo a Betshán en la llanura norte y las ciudades de la línea Gazer-Jerusalén en el sur, se mantuvieron durante generaciones como cuñas entre los grupos tribales. El libro de Josué relata dos encuentros decisivos con los cananeos, uno al sur y otro al norte, y atribuye la victoria total en ambos a Josué. La primera batalla tuvo lugar en Gabaón (el-Jib), en lo que más tarde sería el país de Benjamín, y fue una reacción al pacto de paz establecido entre los israelitas y la confederación de las cuatro ciudades gabaonitas, que deja-

ba descubierto el flanco noroeste del reino de Jerusalén. La coalición de cinco ciudades-estado cananeas bajo el mando del rey de Jerusalén sufrió una derrota. A continuación cayeron Maceda, Libna, Laquis y Eglón en la región montañosa occidental (Jos. 10). El choque con la coalición del norte encabezada por Jabín, rey de Hazor, tuvo lugar en las aguas de Merom, en el nordeste de Galilea y condujo a la destrucción de Hazor (Jos. 11, 1-13).

Los hallazgos arqueológicos atestiguan, en efecto, la destrucción de varias ciudades mencionadas por la tradición bíblica durante la segunda mitad del siglo XIII, entre otras Debir (probablemente la actual Tell Bet-Mirsim) y Laquis (Tell ed-Duweir) en el sur y Hazor en el norte[47]. Hazor, que se componía de una ciudad alta y una ciudad baja y ocupaba una superficie de 820 000 m^2 (según la Biblia, Jos. 11, 10: «antiguamente Hazor fue la cabeza de todos estos reinos»), fue totalmente destruida en su parte baja, que no volvió a ser reconstruida. Sin embargo, en la parte alta y otros puntos surgieron humildes núcleos israelitas y, poco a poco, también ciudades que aunque estaban amuralladas no llegaban a alcanzar el poder y la cultura material de las antiguas ciudades cananeas. Así finalizó la Edad del Bronce y dio comienzo la Edad del Hierro.

Como hemos visto, no puede aceptarse la versión bíblica de la conquista de Palestina sin una crítica, pero tampoco se puede negar que las tribus de Israel conquistaran Canaán por la fuerza o, como pretende una tesis[48] muy extendida que modifica la tradición bíblica, explicar la conquista como la última fase de un largo proceso de infiltración pacífica en el transcurso de un cambio de terrenos de pastoreo.

El hecho de que las tribus seminómadas de Israel procedentes del desierto pudieran rivalizar con los habitantes de las regiones cultivadas que poseían una antigua tradición militar, co-

nocimientos tecnológicos y potentes fortificaciones, se debe a varios factores que favorecieron una conquista israelí relativamente rápida. En primer lugar, el empobrecimiento de Canaán y las continuas disputas entre sus príncipes debidas a la política de explotación colonial egipcia. Exceptuando las dos coaliciones mencionadas anteriormente, que tuvieron una amplitud relativa, las ciudades-estado cananeas se enfrentaban aisladamente a las tribus israelitas invasoras sin llegar nunca a concertar sus acciones. Israel también supo sacar provecho de la heterogeneidad de la población de la región cultivada, reflejada en la enumeración que hace la Biblia de siete y hasta diez pueblos originales de Canaán (Gén. 15, 19-21), y utilizó el antagonismo natural existente entre los diversos grupos étnicos y nacionales. El tratado de paz separada que firmaron los israelitas con los gabaonitas, que pertenecían al elemento hurrita y se diferenciaban de los cananeos por su orden social patriarcal encabezado por «ancianos», constituye un buen ejemplo del modo de actuar de los israelitas. En relación con este tratado añadiremos que los habitantes de Siquem, que fue tomada pacíficamente por los israelitas, debieron ser igualmente de origen hurrita (Gén. 34, 2).

En la derrota del poder cananeo jugaron, además, un papel muy importante las técnicas bélicas especiales que utilizaron las tribus israelitas y que pueden deducirse indirectamente de la descripción bíblica en la conquista de Palestina[49]. Parece que los israelitas disponían de un servicio muy desarrollado de espionaje e información, como atestiguan las órdenes dadas a doce emisarios en Núm. 13, 18-20 para que investiguen los factores económicos, demográficos y militares, o en el envío de emisarios a Jericó y Hai, la víspera del ataque a estas ciudades. Supieron aprovechar los factores logísticos como a la hora de decidir la fecha para la conquista de Canaán, que fue fijada en la primavera para poder alimentar a las tropas «con los frutos de

la tierra de aquel año» (Jos. 5, 12). Pero uno de los factores decisivos fue la llamada «táctica indirecta» que consistía en evitar los ataques frontales a fortalezas cananeas y los choques directos con contingentes de carros de combate y en reducir las operaciones a estratagemas tácticas y a movimientos hábiles. También supieron aprovechar el factor sorpresa, por ejemplo, en las batallas de Gabaón y sobre las aguas de Merom (nótese la fórmula repetida: «… de pronto… apareció Josué…», en Jos. 10, 9; 11, 7), y las emboscadas y las maniobras de división, tal como están descritas en el relato de la batalla de Hai (Jos. 8) y más tarde en la conquista de Gabaa, que pertenecía a la tribu de Benjamín, por las restantes tribus (Jueces 20, 30-34) y las incursiones secretas en una ciudad, como en la conquista de Béthel (Jueces 1, 22-25). En el caso de las batallas de Hai y Gabaón y en las guerras posteriores de Saúl y Gedeón sabemos que se luchó de noche.

A pesar de todo, las conquistas se redujeron a la región montañosa, ya que era la única donde los israelitas podían medirse con los cananeos; la llanura permaneció inasequible a sus tropas porque «todos los cananeos que habitan en el valle tienen carros herrados» (Jos. 17, 16; compárese con Jueces 1, 19). A esto se añade que las montañas, cubiertas de bosque, estaban escasamente pobladas. Los lugares de asentamiento de los israelitas se concentraron, pues, en principio, en las regiones «vacías» en las que había que talar el bosque para hacer posible una colonización de masas, como muestra el consejo que Josué dio a la familia de José (Jos. 17, 14-18). La roturación de extensas tierras montañosas deshabitadas fue posible gracias a la expansión de la técnica que caracteriza los comienzos de la Edad del Hierro. Los hititas conocían, ya en el siglo XIV, los métodos de obtención y transformación del hierro. Sus conocimientos se difundieron al derrumbarse el imperio hitita por otros países en los siglos XII y XI, entre otros a Siria y Palestina que se desta-

caron en la producción de armas y herramientas para la agricultura.

En el transcurso del tiempo la población israelita se fue extendiendo hacia los valles próximos partiendo de los núcleos colonizadores. Los movimientos centrífugos hacia los territorios periféricos se produjeron como consecuencia del aumento de población, o porque determinados grupos tribales no fueron capaces de mantenerse en sus tierras. En este sentido es sintomática la emigración parcial de la tribu de Dan, que a la larga no consiguió establecerse firmemente en sus tierras, en el límite con la región montañosa judeo-benjaminita, donde sufría la presión amorrea (Jueces 1, 34). La tribu de Dan buscó un nuevo lugar de asentamiento en el norte de Palestina, en la antigua ciudad cananea de Lais, cuyo nombre fue sustituido después de la conquista por el de Dan (Jueces 17-18). A pesar de que las crónicas transmiten sólo una imagen estática de los territorios de dada tribu y un sistema fronterizo esquemático, se puede reconstruir hasta cierto punto la dinámica del proceso de establecimiento gracias a datos indirectos de la Biblia y, sobre todo, gracias a las listas genealógicas de cada tribu. Estos datos descubren que hubo un movimiento de emigración de grupos tribales, especialmente de las montañas centrales de Palestina, a regiones lejanas. Así grupos de la tribu de Isacar emigraron a las llanuras de Jezrael y Betshán, y a Galilea inferior. Otros grupos, que más tarde fueron absorbidos por la tribu de Aser, se instalaron en Galilea occidental y en la llanura costera vecina. Importantes grupos de la tribu de Manasés, que según el poema de Débora (Jueces 5, 14), aún habitaban en Jordania occidental, emigraron a Transjordania acaudillados por Maquir. Hubo familias de benjaminitas que se trasladaron hasta Galaad en el norte, lo que quizá explique la ausencia de gentes de Galaad en la expedición de castigo de todas las tribus israelitas contra Benjamín y la ayuda que prestó a esta ciudad el benjaminita

Saúl. Por otro lado, los registros de las familias demuestran que determinada parte de la población autóctona fue absorbida por las tribus israelitas, principalmente por las tribus de José y de Judá que no sólo absorbieron grupos emparentados racialmente con ellas (como los calebitas, jerachmelitas y kennizitas), sino también muchos elementos cananeos y hurritas.

d) La época de los Jueces

Para establecer una panorámica de los hechos acaecidos durante la época de los Jueces disponemos casi exclusivamente de la colección de relatos contenida en el Libro de los Jueces, redactado según una concepción pragmático-teológica de repetición de los ciclos históricos. El ciclo se inicia con la caída del pueblo en la idolatría, que trae consigo una dominación extranjera como castigo; el pueblo retorna a Yahvé y éste envía un «salvador», que libra al pueblo de sus sufrimientos. El ciclo se cierra con un período de paz[50]. Erróneamente se llamó a estos «salvadores» jueces, aunque el término hebreo *shopheṭīm* subraya más su función de caudillos que su papel en la administración de justicia, como también ocurre con los términos *shāpiṭū*, en los textos de Mari del siglo XVIII, y *shpṭ* y *sufetas*, en las inscripciones fenicias y púnicas posteriores. La función de los Jueces ha sido caracterizada con razón como «caudillaje carismático»[51]. En tiempos de crisis surgía un «salvador», que podía ser de cualquier estirpe y cuya autoridad no era hereditaria. Él mismo se consideraba elegido de dios y, como tal, también del pueblo que le seguía voluntariamente, lleno de fervor nacional y religioso. Junto a las figuras de los «Jueces-salvadores» que aparecen de vez en cuando y a las que pertenecen Otoniel, Aod, Gedeón, Débora, Jefté, Sansón (que es un caso único) y quizá Samgar, el Libro de los Jueces incluye otro tipo de «salvador», los llamados «jueces menores», que no tenían rasgos carismáti-

cos (Jueces 10, 1-5; 12, 8-15). Sin embargo, es posible que la diferencia entre ambos tipos de jueces se base en la diversidad literaria de las fuentes y que en realidad los «jueces menores», cuyos hechos fueron compilados en crónicas familiares, también fueran autores de proezas, como, por ejemplo, las de Jair de Galilea que aparece como conquistador de tierras en el norte de Transjordania en tradiciones que no pertenecen al Libro de los Jueces (Núm. 32, 41; compárese 1 Par. 2, 22).

En la época de los Jueces la sociedad israelita tenía un acusado carácter tribal y patriarcal. La autoridad dentro de cada tribu se hallaba en manos del jefe de familia. El órgano central estaba constituido por los ancianos. Al hacerse las tribus más sedentarias y asimilar la cultura ciudadana cananea el orden patriarcal se debilitó. El principio territorial se impuso al de los lazos de sangre. Por tanto, no es necesario interpretar la tradición bíblica que muestra la sustitución progresiva de la unidad tribal y nacional por la fragmentación, típica de la época de los Jueces, como resultado de una tendencia historiográfica posterior. Por el contrario este proceso refleja el paso histórico del Estado nómada, en que el individuo o el pequeño grupo no pueden afirmarse fuera de la tribu, al Estado sedentario que trae consigo la debilitación de las relaciones interfamiliares e intertribales, pero asimismo un proceso de nuevas fusiones familiares y tribales.

Cada relato del Libro de los Jueces representa la lucha con una categoría diferente de enemigos y muestra la problemática específica de cada choque. La confrontación de mayor envergadura que registra la época de los Jueces fue la guerra de Débora y Barac contra los cananeos. Este episodio plantea difíciles problemas históricos y cronológicos ya que está relatado en dos versiones, una lírica y otra en prosa, contenidas las dos en el Libro de los Jueces, capítulos 4 y 5, que se relacionan con la destrucción de Hazor y con la batalla sobre las aguas de Merom[52].

La crónica de los dos últimos hechos se conserva en el libro de Josué, capítulo 11. Las tribus galileas de Neftalí y Zabulón llevaron el peso principal de esta guerra; el caudillo Barac pertenecía a la tribu de Neftalí. A ellas se unieron las tribus de Maquir, Efraím y Benjamín, procedentes de las montañas centrales, donde Débora actuaba como «juez» femenino. Gracias a su personalidad carismática Débora había conseguido levantar a las tribus en una guerra de liberación. Fueron precisamente las tribus montañesas, que apenas sufrían bajo la dominación extranjera, las más dispuestas a la lucha mientras que las tribus de la llanura se veían obligadas en gran medida a someterse al poder cananeo. El poema de Débora refleja el máximo de solidaridad nacional alcanzado por las tribus israelitas durante la época de los Jueces frente a la opresión extranjera. Sin embargo, no condujo a una acción totalmente unificada, ya que hay que destacar la ausencia de la tribu de Judá[53].

El principal problema militar que se planteaba a las fuerzas israelitas que no formaban un ejército profesional, era el de las formidables formaciones de carros de combate de que disponía el caudillo cananeo Sísara. Los israelitas resolvieron el problema aprovechando los factores topográficos y climáticos. Eligieron como base de sus operaciones el monte Tabor, que quedaba fuera del radio de acción de los carros de combate cananeo al mismo tiempo que permitía observar los movimientos del enemigo. Esto les dejaba la iniciativa para determinar el momento del ataque. Según la crónica bíblica éste se inició al comenzar la lluvia, que convirtió el terreno del valle en un barrizal y limitó la capacidad de maniobra de los carros de combate, los cuales tuvieron que retirarse y fueron arrastrados por las aguas crecidas del torrente Cisón. Sísara tuvo que huir a pie y encontró la muerte en el campamento de un grupo quineo, que había abandonado su tribu en Palestina, se había establecido en el valle de

Jezrael y mantenía buenas relaciones con la población cananea y con los israelitas.

La victoria de Débora y Barac fortaleció la posición de las tribus de Israel en el valle de Jezrael y en sus estribaciones; al mismo tiempo aseguró la continuidad territorial entre las tribus del norte y del centro del país. Pero la debilitación del poder cananeo, a la que se añadió la de la dominación egipcia, trajo consigo la afluencia de tribus del desierto a la región cultivada, un fenómeno habitual en época de inestabilidad en Palestina. Las fuentes bíblicas registran varios choques con tribus nómadas, como los amalequitas y los agarenos (Salmos 83, 7; 1 Par. 5, 10 y 19-20) que fueron por fin controladas por el poder más estable de la monarquía israelita. Al frente de la invasión nómada durante la época de los Jueces estaban los madianitas, que forman el telón de fondo histórico del relato de Gedeón (Jueces 6-8), que podemos situar hacia fines del siglo XII. La organización tribal de los madianitas había alcanzado por aquella fecha su máximo desarrollo gracias a la domesticación del camello, que les aseguraba un medio de vida en el desierto de Arabia septentrional y, además, les servía en la guerra. Siguiendo la costumbre nómada, los madianitas invadieron la región cultivada durante la época de cosecha para así apoderarse del trigo. Lógicamente los habitantes israelitas dedicados a la agricultura fueron los que más sufrieron bajo la invasión en aquellas tierras. Gedeón, de la tribu de Manasés, que era conocido bajo el nombre de Jerobaal, inició la guerra de liberación. La Biblia relaciona el nombre del «salvador» y el acto religioso y reformador que Gedeón llevó a cabo en su ciudad natal, Ofra, al desterrar de ella el culto de Baal.

La lucha se desarrolló principalmente «al norte de la colina, en el valle» (Jueces 7, 1), es decir, en una de las ramificaciones septentrionales de la llanura de Jezrael, cerca de Endor (Salmos 83, 11), al pie del monte Tabor, que Gedeón había alcanza-

do partiendo de su campamento en la montaña de Gelboé (Gilboa), más allá de la fuente de Harad. Esta vez el problema principal no lo constituía solamente la superioridad numérica del enemigo sino sus tropas montadas en camellos, que desmoralizaron al ejército israelita. La solución clásica, por la que optó Gedeón, consistió en atacar de noche, siguiendo, como confirma un análisis minucioso del relato bíblico, todas las reglas que hasta hoy tienen validez en esta clase de empresas[54]. La oscuridad restó valor a la superioridad numérica de los madianitas e hizo que parecieran más numerosas las tropas de Gedeón; el enemigo, desmoralizado, emprendió la retirada al desierto, siguiendo la táctica habitual de los nómadas. Gedeón, sin embargo, estaba dispuesto a sacar el mayor provecho de su victoria. Tras una larga persecución a través de Transjordania, derrotó por completo al ejército madianita, haciendo prisioneros incluso a los reyes enemigos Zebaj y Salmana.

Los israelitas ofrecieron la corona real a Gedeón, en muestra de agradecimiento. Pero éste la rechazó (Jueces 8, 23), aunque gozó de gran prestigio incluso fuera de su propia tribu. Su hijo, Abimelec, aprovechó las relaciones familiares por parte de su madre, nacida en Siquem, para heredar a la muerte de Gedeón su posición privilegiada y eliminar a sus hermanos, que le cerraban el camino al poder (Jueces 9). Abimelec se hizo coronar precisamente en la ciudad cananea de Siquem, de antiquísima tradición monárquica, cuyos notables le apoyaron por cálculo político. Al poco tiempo surgieron disensiones entre la aristocracia local de Siquem y Abimelec. Éste decidió incendiar la dudad, como atestiguan los hallazgos arqueológicos[55], y continuó la guerra para aplastar la sublevación que se había extendido a otras ciudades de las montañas centrales de Palestina. Murió durante el sitio de la ciudad de Tebas. La monarquía de Abimelec, que se apoyaba en una tradición extranjera, fue un epi-

sodio pasajero. Aún no había llegado el momento de la monarquía de Israel.

La tensión entre las tribus de Israel, cada vez más afianzadas, y sus vecinos estalló no sólo en Palestina occidental sino también en Transjordania. En estas regiones se desarrolló un proceso regular, que abarcó a todas las tribus israelitas y a sus vecinos, en el que uno de los contrincantes se fortalecía siempre a costa del otro. De este modo alcanzó Moab su máximo esplendor bajo el rey Eglón, que se apropió territorios al norte del río Arnón y desde allí sometió a la orilla occidental del Jordán, haciendo tributaria a la tribu de Benjamín (Jueces 3, 12-30). El caudillo benjaminita, Aod, mató al rey Eglón en su palacio y encabezó un levantamiento del pueblo que expulsó al ejército de ocupación moabita de Palestina occidental. Durante esta guerra se empleó una táctica típica de la época de los Jueces, que consistía en ocupar los vados del Jordán, cortando de esta manera la retirada del enemigo a Transjordania. Esta táctica fue empleada asimismo por los efraimitas que acudieron en apoyo de Gedeón durante la persecución de los moabitas, y en la guerra fratricida israelita de la época de Jefté. La derrota de Moab fortaleció indirectamente a su vecino del norte, el reino de Amón, que había tenido que prestar ayuda militar a los moabitas (Jueces 3, 13), pero que ahora se expansionaba a costa de Moab, como confirma la disputa entre Jefté y el rey amonita. Al mismo tiempo los amonitas invadieron los campos feraces de Galaad, al sur del curso inferior del Jaboc, donde estaban asentadas las tribus de Gad y Manasés, amenazando incluso a los israelitas establecidos en la orilla occidental del Jordán (Jueces 10-12). En tales circunstancias los ancianos de Galaad pidieron ayuda al jefe de guerrilleros Jefté, que poco antes había sido expulsado del país, y les nombraron «jefe y caudillo de todos los habitantes de Galaad» (Jueces 11, 11) aceptando todas sus condiciones. La Biblia contiene una interesante tradición, según

parece auténtica, que relata una conversación diplomática entre Jefté y el rey amonita, poco antes de que Jefté se decidiera por la acción militar. Según Jefté, los israelitas no habían arrebatado el territorio discutido al sur del Jaboc a los amonitas, sino al rey amorreo Sehón, y, por tanto, tenían derecho a él. Al fracasar las negociaciones Jefté pasó a la acción y conquistó veinte ciudades amonitas al sureste de Rabbat Amón. Sin embargo, sus victorias no tuvieron resultados duraderos pues medio siglo más tarde, en época del rey Saúl, los amonitas penetraron de nuevo en los territorios situados al norte del Jaboc, llegando hasta Galaad.

Una de las consecuencias de la guerra con los amonitas fue la lucha fratricida entre los habitantes israelitas de Galaad y los efraimitas inmigrados posteriormente, que se conoce como «episodio del *shibbolet*». Los efraimitas fugitivos, que intentaban pasar el Jordán para unirse a sus hermanos de raza asentados en la orilla occidental, fueron identificados por sus perseguidores porque no sabían pronunciar bien la consigna «*shibbolet*» y fueron aniquilados. Este episodio hace suponer que existían diferencias dialectales en la lengua hebrea de las diferentes tribus de Israel.

Pero el «episodio del *shibbolet*» no fue el único choque intertribal en el que estuvieron envueltos los efraimitas. Ya en tiempos de Gedeón tuvo lugar un suceso parecido. Los efraimitas se quejaron entonces de que no se les había concedido un papel bastante importante en las luchas contra los madianitas, los enemigos de aquel momento. También parece que fueron la causa, o al menos la fuerza motriz, de la mayor guerra intertribal de la época de los Jueces, descrita en el relato bíblico del «crimen de los gabaítas» (Jueces 19-21)[56]. En esta guerra todas las tribus israelitas aliadas se enfrentaron a la tribu de Benjamín a causa de un crimen que había sido cometido en una de las ciudades benjaminitas. La verdadera causa, sin embargo, era

la pugna por la hegemonía que mantenían las tribus de Israel. Desde los tiempos de la conquista de Palestina la tribu de Efraím se consideraba con derecho a la supremacía, como refleja la tradición bíblica que relata la transferencia a Efraím del derecho de primogenitura (Gén. 48, 7; Par. 5, 1-2). Al crecer el poder de las tribus circundantes gracias a las victorias de Gedeón (de la tribu de Manasés), de Jefté (de Galaad) y de Aod (de la tribu de Benjamín), Efraím temió perder su posición dominante. Este temor explicaría las disensiones constantes.

La crisis más grave que atravesó Israel fue provocada por los filisteos, con los que mantuvo una lucha a vida o muerte. Como vimos anteriormente, los filisteos eran uno de los Pueblos del Mar que invadieron la costa palestina a comienzos del siglo XII. Algunos términos filisteos conservados en la Biblia pueden ayudarnos a establecer su origen étnico todavía muy discutido. Así, por ejemplo, la denominación *filistea* del monarca: *seren,* es equiparable al término prehelénico «tirano» (τύραννος) y también lo son algunos nombres propios, como el del rey de Gat, *Akhis* (en los Setenta «ankhus» — ’Aγχούς) parecido al nombre homérico Anquises (’Aγχίσχς). Es posible que los filisteos descendieran de pueblos ilirios, lo cual no está necesariamente en contradicción con la extendida tesis que los relaciona con los pelasgos[57].

La historia de Sansón y los relatos del primer libro de Samuel, así como los hallazgos arqueológicos de cerámica, característicos de los filisteos, nos dan datos sobre la extensión del territorio filisteo cuyas principales ciudades se hallaban en la llanura costera de Palestina meridional. Se han hallado grandes cantidades de cerámica de tipo micénico tardío (época III B), cuyas técnicas de fabricación fueron importadas por los filisteos, en las ciudades de la llanura costera, pero también en Gazer y Bet-Semes, en la ladera de las montañas e incluso en lugares de la región montañosa judeo-benjaminita, como Tell Bet-

Mirsim (Debir), Bet Zur y Tell en-Nasbeh (Mizpa)[58]. Los hallazgos hechos en estos territorios atestiguan la profunda penetración de los filisteos tierra adentro y coinciden con los datos bíblicos sobre gobernantes y guarniciones filisteas en ciudades benjaminitas a finales del siglo X (1 Sam. 10, 5; 13, 3; 2 Sam. 23, 14).

En el transcurso del tiempo los filisteos se organizaron en una «pentápolis», dirigida por cinco monarcas llamados *seren*. Tres de las ciudades estaban situadas en la costa o en sus proximidades (Gaza, Ascalón y Asdod o Azoto) y las demás en el interior (Gat y Accarón o Ecrón [Tell el-Muqanna]) (Jos. 13, 2-3; Jueces 3, 3; 1 Sam. 6). La pentápolis no era una organización rígida y su centro de gravedad pasaba de una ciudad a otra, por lo menos en lo que atañe a la guerra con Israel. Al principio parece que fue Gaza, la antigua sede de la administración egipcia, la que poseía la hegemonía, como hace suponer el relato de Sansón. Más tarde, durante la primera mitad del siglo XI la hegemonía pasó a Asdod, que fue la instigadora de la guerra de Afec. El Arca de la Alianza, conquistada a los israelitas, fue transportada como trofeo de guerra al templo de Dagón de esta ciudad. En la segunda mitad del siglo XI el primer puesto fue ocupado por Gat, que en la época de Saúl y David fue el centro filisteo de mayor importancia. Los primeros choques entre los filisteos e Israel, cuyo eco perdura en el relato de Sansón, ocurrieron con la tribu de Dan y sobre todo con Judá, ya que los filisteos ocupaban parte de su territorio (Jueces 15, 11). La federación de tribus israelitas sufrió una derrota decisiva a mediados del siglo XI en la batalla de Eben-Ezer y de Afec (Ras el-Ain; 1 Sam. 4), base filistea. Una de las consecuencias de esta batalla, en la que Israel estuvo acaudillada por la familia de José, fue la destrucción de Silo, el santuario nacional y religioso de las tribus israelitas en las montañas de Efraím. Durante casi medio siglo los filisteos dominaron la mayor parte de Palestina occi-

dental. Su superioridad sobre los israelitas e incluso sobre los restos de los Estados cananeos radicaba en una excelente organización militar dirigida por una minoría aristocrática guerrera y en una técnica muy evolucionada, sobre todo en el sector de la transformación del metal. Los filisteos se aseguraron el monopolio de la transformación del hierro, impidiendo de este modo que los israelitas se armasen y desarrollaran su industria (1 Sam. 13, 19-22) mientras ellos equipaban eficazmente a sus propias tropas, como demuestra la descripción de las armas y de la armadura de Goliat. Pero a pesar de su superioridad política y cultural, los filisteos asimilaron en poco tiempo la cultura cananea, perdieron su propia lengua y adoptaron los dioses locales, como, por ejemplo, el dios Dagón.

El hecho de que los filisteos amenazaran la existencia misma del pueblo de Israel provocó una radical transformación de la vida de la nación israelita. La necesidad de una forma estatal estable, que resistiera la presión del enemigo, condujo a la instauración de la monarquía israelita en el último cuarto del siglo XI.

4. El Imperio Nuevo en Egipto

I. LA XVIII DINASTÍA (HACIA 1550-1314)

El paso de la XVII a la XVIII Dinastía de los reyes de Egipto, parece haber sucedido sin crisis, sin siquiera un cambio de linaje. El rey Ahmosis, al que Manetón (sacerdote egipcio que escribió una historia del país en griego) ha tratado como fundador de una nueva dinastía, seguramente era un pariente próximo (puede que un hermano) de su predecesor Kames (Kamose), quien había rechazado a los hicsos desde el principado de Tebas hasta los mismos muros de Avaris, su capital. La conquista de esta capital (alrededor de 1550) por Ahmosis, es la que permite fijar el comienzo de la nueva era.

No es cierto que el régimen de los hicsos provocara una catástrofe tan radical como la que se podría imaginar al leer las terroríficas narraciones de Manetón. En este caso Manetón se hacía eco de una representación imaginaria del enemigo extranjero, debida en su mayor parte a la propaganda desarrollada contra los persas y que, por otra parte, se remontaba a una maniobra de los amónidas para caracterizar su denominación como una victoria del orden sobre el caos. De hecho, hasta bajo los últimos hicsos se había cultivado la literatura nacional. Pero tanto en el norte como en el sur una significativa decadencia había afectado a las artes mayores: lo que los tebanos hicieron para Amón de Kárnak, su dios dinástico, en edificios y esculturas reales, representa bastante poco y, aunque la pobreza de restos arqueológicos en el Bajo y Medio Egipto nos impide pre-

cisar la obra de los hicsos, se debe señalar lo mediocre de las inscripciones monumentales y de los trabajos que llevan sus nombres. Sin duda los reyes de Tebas y de Avaris instauraron un cierto orden y una cierta prosperidad en sus dominios respectivos, pero la larga guerra que condujo a la eliminación de los primeros contribuyó a causar serios estragos durante dos o tres generaciones en gran parte del país.

Además, el Medio y el Bajo Egipto habían aceptado mucho tiempo la dominación de los extranjeros. Por tanto, correspondía a los tebanos llevar a cabo la pacificación interior y la reorganización de la tierra de Egipto.

Nos gustaría saber más de la obra interior de los primeros reyes del Imperio Nuevo, Ahmosis (1552-1527) y Amenofis I (1527-1506). Al parecer la continuidad dinástica quedó asegurada por Ahmosis mediante una coronación anticipada de Amenofis en los últimos años de su reinado (estela de Gebelein). Sin duda, la calma interior no se restableció en un momento. Ahmes, hijo de Abana, un oficial cuya autobiografía es prácticamente nuestro único testimonio sobre la guerra de Ahmosis, hace alusión a ciertas operaciones de represión de las que al menos una, y quizás dos, debieron tener lugar en el Alto Egipto. Por otra parte, los materiales a partir de los cuales se puede reconstruir, bien que mal, la organización burocrática del Estado, sólo se conservan en número apreciable a partir de Hatshepsut. Al menos, se puede atribuir a los vencedores de los hicsos la iniciativa de aquellas disposiciones que caracterizan toda la historia de la dinastía, tales como la redistribución de tierras a favor de la corona, de los militares, y, sobre todo, del dios de Tebas. Un papiro de Abusir indica, aparentemente, que la abuela de Ahmosis y una hija de Kames recibieron posesiones cerca de Menfis. El relato de un proceso que tuvo lugar durante la XIX Dinastía cuenta cómo Ahmosis había gratificado a Neshi, jefe de su flotilla, con tierras situadas al sur del nomo

menfita, en una ciudad nueva, que tenía como patrón a Amón, bajo su forma guerrera de león con cabeza de carnero. Es bastante probable que los diversos establecimientos consagrados a este tipo de representaciones bélicas de Amón (como «Amón profeta de la victoria de la ciudad de Saka») en el Medio Egipto, donde había predominado Seth, patrón de los hicsos, no se remonten al período de la reconquista. Con la XVIII Dinastía importantes ciudades del Delta se convierten en centros dedicados a Amón, principalmente la antigua ciudad del Trono (Behdet) que, marcando el extremo norte de Egipto, recibe el nombre de «Unión del Trono»… En tiempo de los Sesostris y de los Amenemhat, Amón no era más que el segundo dios de la Tebaida, después de Montu, señor de Hermonthis. Con la XVII Dinastía, el señor de Kárnak se había confirmado como el protector más importante de la monarquía del sur. La difusión de su culto por los vencedores de los hicsos se acompañaba con donaciones de tierras cultivables, siervos, pastos y ganado; el dios se convirtió en amo de una parte considerable de los recursos de Egipto, incluso por delante del rey.

Hacia el fin de su reinado, Ahmosis hizo abrir en Tura nuevas explotaciones de caliza con el fin de construir templos en Heliópolis, Menfis y Lúxor; construyó un cenotafio en Abidos. A juzgar por los restos de edificios encontrados, Amenofis I realizó sus proyectos de embellecimiento principalmente en templos de la Tebaida: el-Qab, Abidos y, sobre todo, Kárnak. Los relieves que aparecen en la arquitectura, y que a veces se inspiran directamente en monumentos del Imperio Medio, muestran una calidad de dibujo que no se veía desde hacía tiempo. Amenofis I, que no figura como príncipe ilustre en la Historia nacional, fue considerado, en cambio, por las gentes de Tebas como uno de los santos fundadores de su ciudad. Fue el dios de diferentes templos y oratorios conservados en las dos orillas de la ciudad y se le adoraba junto con su madre Ahmo-

sis-Nefertari, su padre Ahmosis, su abuela Akhhotep, su hermana-esposa Ahmosis-Meritamun y otros príncipes y princesas. No se saben a ciencia cierta las razones que llevaron a la divinización de esta «familia numerosa», como dice el «Ritual de Amenofis». Cabe preguntarse si intervino en ello la labor realizada por la prestigiosa Ahmosis-Nefertari y por su hijo en la organización teológica, ritual y temporal de la preeminencia de Amón. Uno de los rituales de ofrendas de Kárnak, que fue adoptado para el servicio del culto del propio Amenofis, podría remontarse a su reinado. En Kárnak, una serie de dependencias y almacenes periféricos, un magnífico monumento de alabastro que nos proporciona la primera imagen de la barca procesional de Amón y un pórtico monumental constituyeron las primeras de aquellas ampliaciones sucesivas, mediante las cuales la XVIII Dinastía iba a transformar en un prestigioso palacio divino el modesto templo del Imperio Medio.

Amenofis destinó para su sepultura la colina de Dra Abul-Najja, justo enfrente de Kárnak, al pie de la cual reposaban los reyes de la XVII Dinastía en pequeñas capillas rematadas por pirámides. Él coronó la colina con una gran pirámide, pero, a diferencia de sus predecesores, instaló su lugar de culto funerario más abajo, cerca de las tierras cultivadas. Fue el primero de los grandes «templos milenarios» construidos en la orilla izquierda de Tebas, mal llamados «templos funerarios» ya que, fundados para Amón, dios supremo a quien el rey se asociaría eternamente al morirse, funcionaban en vida del soberano.

Son numerosos los monumentos oficiales de principios de la dinastía en los que el faraón está representado en compañía de su primera esposa, de su madre o aun de su abuela. La reina Akhhotep es alabada por haber reagrupado en un momento crítico a las tropas desbandadas impidiendo una sublevación de sus súbditos. Podría decirse que el poder de esta reina, así como el de Ahmosis-Nefertari se debe simplemente al hecho de que

ejercieron una especie de regencia, pues la sociedad egipcia, al contrario de otras sociedades antiguas, admitía perfectamente que una mujer participase algo en la vida pública. Esta posición de la mujer se manifiesta igualmente en las relaciones que se establecen entre la monarquía y el dios Amón. Uno de los favores concedidos por Ahmosis a su gran esposa Ahmosis-Nefertari fue el de procurarle el título de «segundo profeta de Amón». Esta reina ya era por entonces titular de la función de «esposa del dios», título que designaba a una sacerdotisa especial que tenía un papel fundamental en ciertas ceremonias de consagración y de conjuración practicadas en el templo de Amón (y no, como a menudo se cree, a la mujer destinada a proporcionar, por obra y gracia del dios, un heredero al trono).

En el Imperio Medio, la función de «esposa (o adoratriz) divina» era ejercida por mujeres que no eran de la realeza, pero al final de la XVII Dinastía le correspondió a una cierta princesa Ahmose (quizás una hermana de Ahmosis) y durante mucho tiempo se transmitió entre las parientes más próximas del faraón.

Una originalidad notable de la familia real, al final de la XVII Dinastía y principio de la XVIII, fue la práctica del matrimonio consanguíneo durante tres o cuatro generaciones. Ahora bien, pese a una idea muy extendida entre los profanos, tales uniones, incluso las efectuadas entre hermanastros y hermanastras, fueron extremadamente raras entre los egipcios. Entre los reyes no llegaron a ser una regla estable hasta los Ptolomeos, que siguieron, sin duda, una inspiración greco-macedonia; entre el vulgo no se generalizaron hasta la época romana.

Se habría esbozado, hacia la época de la expulsión de los hicsos, una doctrina que tiende a fundamentar la legitimidad del trono sobre una eugenesia (que pretendería garantizar la «pureza de la sangre del sol» al exigir que el heredero del poder naciera de la «gran esposa real» y que ésta misma fuera hija de

una gran esposa real). La existencia de tal doctrina ha sido prácticamente admitida como un hecho establecido por generaciones de historiadores, y supone particularmente la idea de que los reyes nacidos de esposas secundarias debían «legitimar» su soberanía tomando como esposa a una princesa nacida de un rey anterior y su gran hermana-esposa. Este postulado pareció confirmar la existencia de tendencias de base matriarcales en las instituciones egipcias. Y, curiosamente, la teoría de la pureza de la raza del sol, asegurada por la consanguinidad, no está reñida con la teoría de la «teogamia» deducida de los célebres relieves de los templos de Deir el-Bahari y de Lúxor: en ellos una serie de imágenes con leyenda nos cuentan cómo Amón elige a la joven reina y se informa sobre su persona, cómo toma la apariencia del joven rey para hacerle madre del futuro soberano, cómo manda al dios Khnum, portador de la vida, que modele a este niño excepcional y al dios Thot que haga una especie de anunciación a la futura madre. Estas escenas, que reproducen de acuerdo con antiguos prototipos un drama mítico de alcance universal (y no son, como se ha creído, obras de propaganda ocasional), no dan a entender en ninguna parte que Amón haya hecho su elección en función de los orígenes de la joven y contradicen el supuesto de una teoría racial o matriarcal de la legitimidad. Cuanto sabemos de los principios que rigen la transmisión del trono de Egipto no implica que la madre transmita algunos derechos fundamentales. Los factores de la legitimidad del faraón son, desde el punto de vista teológico, la libre elección de la divinidad que predestina a tal o cual príncipe, formado «en proyecto» para acceder a la realeza, y, desde el político, la designación eventual como heredero, incluso la plena asociación de uno de los hijos, efectuada por el soberano reinante, la revelación oracular por el dios de su elección inicial, la toma efectiva del poder por el pretendiente, que la liturgia de la coronación confirma, y, por fin, la adhesión, querida

por el dios, del pueblo sobrecogido de fervor. El rango distinguido que tienen las «madres reales», de todas maneras inferior al de la gran esposa real, se explica por el reconocimiento retrospectivo del papel insigne que la providencia les ha hecho tener.

Al primer Amenofis sucedió Thutmosis, nacido de un tal Senseneb. Se ignora si este Thutmosis era hijo, hermano, o primo de su predecesor. También se desconoce el origen de Ahmosis, su gran esposa (los textos la llamaban «hermana del rey», pero no «hija del rey»). Un indicio permite creer que fue asociado al trono en vida de Amenofis. Thutmosis I (1506-1494) dio a la joven dinastía su dimensión nacional e internacional. Sobre la orilla izquierda de Tebas este soberano inaugura una nueva forma de inhumación real. Es el primero que se excava una tumba en la depresión mundialmente conocida como «El Valle de los Reyes». También es quien instala en Deir el-Medineh, la aldea de los «servidores del lugar de Maât» encargados de cavar los hipogeos reales. En Kárnak, el templo de Amón se enriquece con un patio anterior y con una fachada precedida por un par de obeliscos gigantescos.

No obstante, como lo atestiguan estos obeliscos, se afirma resueltamente en el dogma tebano la influencia de la mitología de Heliópolis, mientras que, en la economía y la administración, Menfis alcanza el rango de segunda capital. Thutmosis instala allí una importante residencia personal y por primera vez se verá a un hijo real, su efímero asociado Amenmose, visitar la antigua Esfinge de Gizeh, la cual adoraba el pueblo bajo el nombre de Harmaquis y consideraba un ídolo particular del dios sol. Esta promoción de la región menfita no se puede separar, indudablemente, de un desplazamiento del centro de gravedad de la monarquía. Se verá que Thutmosis comienza una política de expansión que lleva a su ejército hasta el Éufrates, por el norte.

Thutmosis II, hijo de Thutmosis I, también combatió algo, aunque su reinado fue muy corto (1494-1490). Nacido asimismo de una esposa secundaria, Mutnefert, tomó como esposa principal a Hatshepsut, «esposa del dios», su hermanastra, hija primogénita de Thutmosis I y de Ahmosis. Pese a su nacimiento, Hatshepsut no se hizo atribuir más dignidad ni poder del que era habitual en la época. Cuando el rey murió, dejando inacabado su sarcófago y su pequeño templo de Medinet-Habu, el hijo que le sucedió, Thutmosis III, también era hijo de una esposa secundaria. Según lo que hará saber luego, fue confirmado públicamente como heredero por el oráculo de Amón y puede ser que incluso asociado formalmente al trono. La poca edad de Thutmosis III, apenas un adolescente, dejó el campo libre a la viuda que se asoció, «como esposa del dios», a su hija primogénita Nefrure'.

Según cuenta Ineni, un antiguo funcionario de Thutmosis I, «Hatshepsut, esposa del dios, se encargó de los asuntos del país. Se trabajaba bajo sus órdenes y Egipto le rendía homenaje». Al principio, la regente se mostró discreta: no sobrepasa en exceso los límites impuestos por la costumbre cuando, conservando los ropajes y los títulos de reina, se hacía representar oficiando sola delante de Amón, o cuando preparaba para su sepultura un sarcófago de tipo real, pero haciendo cavar su tumba bajo el acantilado de Deir el-Bahari y, por tanto, fuera del Valle de los Reyes. Como no faltaban precedentes de que una mujer reinara con los títulos de un rey (por ejemplo Sebeknenufre', al final de la XII Dinastía), Hatshepsut se sintió lo bastante fuerte como para hacerlo mejor que estas predecesoras. En el año 2 de su sobrino (1489) Amón la invitó a despojarse de sus insignias de «esposa del dios», para tomar las del faraón, articulando una serie de oráculos en el curso de las ceremonias de Kárnak. Debidamente coronada, la reina revelará su destino providencial tomando a su cargo el mito tradicional de la «teogamia» y con-

memorará su juventud en una de estas «historietas ilustradas» cuya acción se sitúa en los confines del sueño mítico y de la aventura histórica: su padre Thutmosis I, en asamblea solemne, la había presentado como su heredera ante la corte reunida, e hizo proclamar con anticipación el protocolo que llevaría. En efecto, Hatshepsut adoptó, como todo faraón de esta época, un protocolo oficial de cinco títulos seguidos de cinco nombres; tanto los títulos como los nombres iban en femenino. En lo sucesivo, Egipto tuvo oficialmente dos soberanos. La era oficial siguió siendo la de Thutmosis III, pero, durante más de veinte años, la mayor parte de los edificios fueron firmados con el nombre de Hatshepsut y, cuando se dignaba asociar a su joven sobrino en las escenas de los templos y las inscripciones, la reina Hatshepsut de ordinario tenía preferencia sobre el rey Thutmosis. Por supuesto, se preparó una nueva sepultura para la soberana en el Valle de los Reyes.

En adelante, Hatshepsut fue representada en los relieves y las estatuas con la anatomía de un hombre y el vestido tradicional de los reyes, barba postiza incluida. Es difícil imaginarse el efecto que esta iniciativa, tan extravagante a nuestros ojos, pudo causar en sus contemporáneos. Se cree que las imágenes de los reyes en los templos no eran retratos personales en el sentido actual del término, sino que encarnaban esencialmente la función ideal que desempeñaba el soberano, que sólo se identificaba como persona individual mediante los rasgos, muy idealizados, de su rostro y las inscripciones. En este caso, Hatshepsut asumía íntegramente una indispensable imaginería ritual sin renunciar por ello a su feminidad (el título de «toro poderoso» conferido a sus predecesores fue eliminado de su protocolo). Por otra parte, una estatua, única en su género, ha sabido expresar la personalidad original de nuestro rey femenino, no por yuxtaposición, sino por una maravillosa síntesis: las finas proporciones de los miembros, el bosquejo de un busto y de un

talle hacen saber que este faraón es una joven. El rostro, que recuerda al de los otros tutmósidas, es bastante agradable, aunque seguramente está retocado, porque se conoce otra cabeza de la reina, más realista, de la que se deduce mejor la fuerza, pero no la generosidad del carácter. La ausencia, casi total en la documentación egiptológica, de testimonios íntimos, impedirá conocer exactamente la personalidad de los reyes de Egipto. Se adivina en Hatshepsut un alma ambiciosa y enérgica, pero no se sabría determinar cuál fue la influencia de su medio y, principalmente, la de Senmut. Éste fue el administrador de las propiedades de la Divina Esposa y, cuando ésta llegó a ser reina, fue elevado a «gran mayordomo» y «mayordomo de los bienes de Amón», sirviendo de preceptor a la joven Nefrure'. Sus funciones le conferían un papel importante en el embellecimiento de los monumentos tebanos y el favor de la reina le permitió obtener privilegios extraordinarios: «por favor real» pudo hacer pintar su imagen en unos setenta nichos del famoso templo de la reina en Deir el-Bahari y hacerse excavar un hipogeo semejante al de la reina en el patio de este templo. Esta tumba no llegó a terminarse, se rompió el sarcófago y se cegó el acceso a él un año o dos antes de la desaparición de Hatshepsut. Esta desgracia del favorito fue, seguramente, un episodio de las luchas personales y de partidos que debieron ser características de los años de la corregencia.

Se sabe que después de la desaparición, natural o provocada, de la extraordinaria reina-rey, Thutmosis III, único amo, se encarnizó contra la memoria de su predecesora: estatuas rotas, cómplices condenados a la nada, inscripciones y escenas que ilustraban la divina legitimidad de la reina minuciosamente borradas y nombres arrancados de los cartuchos y reemplazados por los de Thutmosis I, Thutmosis II o Thutmosis III. Y, sin embargo, durante el reinado común había sido reconocida la dignidad real del sucesor varón de Thutmosis II y al parecer

habían coexistido dos mansiones reales (dos grandes mayordomos, dos tesoreros, etc.). Inferimos la existencia de una enemistad entre los dos reyes, no porque se disponga de una información contemporánea de la corregencia que lo demuestre, sino por la venganza ulterior de Thutmosis. Resulta irritante no poder alcanzar más aspectos de un ambiente fértil en ocasiones de traiciones sigilosas, de interesados compromisos, de chaqueteos desvergonzados y de veleidades de fortuna. No debe olvidarse una cosa que indica la solidez adquirida por la monarquía en menos de un siglo, desde la expulsión de los hicsos: la querella de los tutmósidas no comprometió casi, por lo que parece, la marcha de los servicios públicos. El primer dignatario del Estado, el visir Woseramun, llamado por el joven Thutmosis (año quinto) para suceder a su padre, llevó durante quince años la dirección general de la administración bajo el reinado conjunto de la terrible madrastra y del rencoroso sobrino, y supo permanecer en su cargo aún mucho tiempo. La obra monumental y artística, reflejo habitual de la buena marcha del país, toma una amplitud considerable bajo el impulso de la reina y de sus favoritos. Los santuarios de la región hermopolitana (de Cusae a Hebem) fueron restaurados sistemáticamente, se erigieron templos de cierta importancia en Nubia (Buhen, Semnah) y la capital se enriqueció prodigiosamente (las grandes capillas de los nobles, pintadas o esculpidas, se multiplican en la necrópolis de Gurna). En Kárnak se erigió un nuevo monumento, la «capilla roja», un edificio prefabricado de cuarcita y de granito negro, adornado con escenas que resumen el ritual diario y las fiestas anuales de Amón, y dos pares de obeliscos levantados en las extremidades orientales y occidentales del templo. Se adosó al alto acantilado de Deir el-Bahari un maravilloso «castillo milenario», sucesión ascendente de vastos patios porticados. Este edificio de caliza fina, uno de cuyos realizadores fue Senmut, en su planta y en su decoración efectuaba la nueva y única sín-

tesis de los mejores hallazgos del arte egipcio, inspirándose directamente en ciertos detalles de los prototipos del Imperio Antiguo y Medio. El gobierno de Hatshepsut consolidó la dominación egipcia en Nubia. No obstante, la operación exterior en la que más interés puso la reina fue una expedición naval que se dirigió al país de Punt (hacia el cabo Guardafui) para obtener allí mediante trueque una gran cantidad de *anty* (mirra e incienso) y algunos árboles de incienso destinados a ser trasplantados en el templo de Amón. Las detalladas representaciones de extraños peces del mar Rojo, de la aldea indígena, de sus bueyes y de sus palmeras, de la reina del país portentosamente gruesa y su asno, de los grandes navíos donde saltan los monos, maravillan todavía a los visitantes de Deir el-Bahari. Las narraciones que acompañan a estas imágenes nos persuadirían de que los egipcios establecieron entonces su primer contacto directo con las tierras de las hierbas aromáticas. De hecho desde el Imperio Antiguo se habían realizado varias misiones similares y, teniendo en cuenta la importancia concedida a dicho suceso por varios contemporáneos, se debe atribuir a Hatshepsut el mérito de haber reanudado a gran escala una tradición ya establecida. El cuidado que se tuvo en conmemorar esta hazaña con el lujo debido responde, en un principio, al deseo de poner a disposición de Amón, instigador místico de la expedición, el incienso de Punt, indispensable para su culto, pero quizá responda también a la necesidad de sustituir con un tema pacífico los temas guerreros habituales para proclamar la dominación del dios y de la reina sobre el universo. Una constatación susceptible de hacer ver una de las implicaciones políticas del asunto Hatshepsut es el repudio aparente de las expediciones de conquista iniciadas en Asia por los dos primeros Thutmosis. Al decir que la reacción, favoreciendo la cultura del escriba, a expensas de la fidelidad del guerrero, se afirmó en el ámbito de Amón en contra de los militares, se formularía una hipótesis

admisible. En todo caso, al emanciparse Thutmosis en el año 22 de su reinado (1468) iniciará la primera de sus diecisiete campañas en Asia.

La vida política, la economía y la cultura de la XVIII Dinastía están muy determinadas por su imperialismo.

Las victorias de Kames y de Ahmosis contenían esta expansión en germen: poco a poco la guerra de liberación llevó a los tebanos fuera del territorio egipcio propiamente dicho. El recuerdo del Imperio de Sesostris estaba presente en su memoria. Tanto al norte como al sur, los pueblos vecinos no eran capaces de oponerse mucho tiempo a un estado que había vuelto a encontrar su monarquía centralizadora, su administración eficaz y una tranquila y alta conciencia nacional reforzada por el principio teológico que hacía del faraón el representante del demiurgo organizador. Una consecuencia de esta política belicosa fue la aparición a orillas del Nilo de un ejército profesional.

Al parecer, los conquistadores del Imperio Medio constituían sus fuerzas ofensivas armando a los mejores elementos de su propio distrito y a los jóvenes de provincias en caso de necesidad. Los adversarios de los hicsos debieron recurrir, en cierta medida, al mismo procedimiento, pero se perfila bajo su reinado la constitución de una clase militar hereditaria. Aparece un arma nueva, los carros de combate, que los hicsos habían recibido de los principados hurritas de Palestina. La necesidad de crear y mantener un parque de caballos y la de formar técnicos preparados para manejar una máquina de guerra frágil y costosa también llevaba a la constitución de fuerzas permanentes. Es probable que la organización de cuadros militares fuera obra del gran Thutmosis I, en todo caso ya está muy perfeccionada bajo Thutmosis III. En adelante se pasa de padre a hijo el oficio de infante, remero, conductor o combatiente de carros de guerra; se puede ascender de grado al llegar a «abanderado» de

una compañía de peones o de infantes de marina, según un hábil sistema de escalafón. Un cuerpo de escribas controla las unidades y se ocupa de los servicios logísticos, especialmente de las caballerizas y de los arsenales. Para un guerrero es una suprema distinción llegar a ser asistente de armas o escudero del rey. El reclutamiento de los cuadros superiores se mantiene ecléctico: los altos dignatarios que participaron en las campañas reales o que fueron «delegados del rey en diferentes países extranjeros» hicieron, sin embargo, casi toda su carrera en servicios civiles.

Hacia el sur, en la época de la XVII Dinastía, el reino local del «soberano de Kush», cuya capital era Buhen, junto a la segunda catarata, se había establecido en una parte del territorio que había pertenecido anteriormente a la XII Dinastía. Durante el Segundo Periodo Intermedio se habían mantenido entre Nubia y Egipto relaciones comerciales, y parece que, desde el tiempo de los hicsos, los colonos egipcios establecieron postas permanentes en este estrecho valle donde la disminución progresiva de las crecidas del Nilo y una creciente saharización disminuían aún más las escasas posibilidades agrícolas y provocaban la decadencia de los aborígenes sedentarios. Al lado de los cementerios indígenas, que revelan una cultura arcaica propiamente sudanesa (grupo C, Kerma tardío), hay sepulturas que revelan la implantación de grupos de una genuina cultura faraónica. Lo mismo que los indígenas, estos grupos proporcionaron el personal dirigente del principado de Buhen, y aunque el «soberano de Kush» fuese realmente un nubio, como afirma Kames, los notables de Buhen han dejado de hecho inscripciones y estelas típicamente egipcias. La hipótesis recientemente emitida de que los tebanos pudieron anexionar sin violencia una tierra ya ocupada por los suyos (como los yanquis hicieron con Texas) no se puede mantener. Ahmosis, una vez que hubo expulsado a los hicsos y se asentó en Asia, emprendió militar-

mente la anexión de los países meridionales. La primera campaña no fue decisiva, contraatacó un jefe cuyo poder se extendía río arriba de las regiones anexionadas y Amenofis I debió dirigirse, a su vez, hacia Kush. Ahmosis ya había instalado su administración en Buhen y quizá había impuesto su poder hasta la isla de Sai. Amenofis, mientras se ocupaba de recibir los tributos de oro de los desiertos de Etbaye (estela de Ibrin), conservó sólidamente a Sai, donde ha dejado monumentos. Thutmosis I iba a llegar más al sur que cualquiera de sus antecesores: una ostentosa inscripción en piedra, cerca de la fortaleza que hizo construir en Tombos, proclama su presencia en la tercera catarata; una inscripción oficial y algunas otras hechas por sus compañeros indican que llevó su frontera hasta Kurgus, al norte de la quinta catarata.

Desde los tiempos de Ahmosis, la administración de los territorios conquistados se confiaba a un «gobernador de los países del sur» que tenía categoría de «hijo real» (se le llamará «hijo real de Kush» a partir del reinado de Thutmosis IV). Esta administración se fue perfeccionando y diferenciando poco a poco: división del país en dos zonas (Uauat, entre las dos primeras cataratas, y Kush, más allá), creación de contingentes militares especiales, los «arqueros de Kush», y de servicios administrativos particulares que dirigían principalmente la extracción del «oro de Kush» y aseguraban el cobro de los tributos anuales.

Los arqueólogos han observado que las tumbas indígenas y las tumbas egipcias que conservan sus tipos respectivos escasean en la segunda mitad de la XVIII Dinastía: ello significa que los nativos habrían ido desapareciendo progresivamente mientras que los miembros de los cuerpos de ocupación iban a morir a Egipto. La despoblación, el empobrecimiento, la acentuada escasez de recursos y la reducción del régimen colonial a un simple sistema de explotación, todo ello consecuencia de la disminución del caudal del Nilo y de un sistema tributario que

gravaba incluso al trigo y contribuía al desmonte fue el destino de Nubia y Dongolah bajo las ahmósidas. Esta evolución no se llevó a cabo sin algunas convulsiones. Bajo Thutmosis II, un cuerpo expedicionario enviado por Egipto tuvo que sofocar una revuelta organizada: un reyezuelo vasallo de la baja Nubia y dos hijos de un antiguo príncipe de Kush habían dividido Nubia en tres zonas de insurrección. Hatshepsut (es la única campaña que se conoce de su reinado) debió dirigirse allí para aniquilar a los jefes nubios. La deportación de ciertos cautivos importantes que se educaban en la corte permitió mantener pequeñas dinastías fieles, como esas tres generaciones de Debira, contemporáneos de los Thutmosis, cuyos hipogeos pintados son del más puro estilo tebano. La incorporación fuera de Nubia de los mejores guerreros en ciertos cuerpos de élite del ejército egipcio, la exportación de servidores y de trabajadores agrícolas y, según se cree, un éxodo por retorno al nomadismo y huida hacia las estepas meridionales de pequeñas comunidades de pastores-campesinos, transformaron Kush y Uauat en una tierra de nadie. Un factor de inseguridad, muy débil a decir verdad, residía en los miserables nómadas de los desiertos marginales, pobres bandas capaces sólo de inquietar a los buscadores de oro o de robar el ganado. En el apogeo del Imperio, Thutmosis IV, y después Amenofis III, debieron mandar a sus tropas para quebrantar la agresividad de los beduinos de la baja Nubia. Al sur de la tercera catarata, en las regiones esteparias donde los egipcios entraban en contacto con los pastores y cazadores negros, se efectuaron periódicamente operaciones que proporcionaban esclavos e intimidaban a las poblaciones revoltosas; por ejemplo, el paseo durante el cual Thutmosis III capturó un rinoceronte y grabó una nueva inscripción sobre la roca de Kurgus.

En definitiva, carecía de importancia que los países meridionales se despoblasen; la ocupación tendía esencialmente a ase-

gurar las postas gracias a las cuales se conseguía madera para los transportes fluviales, esclavos negros y ganado, cueros curtidos y sin curtir, piedras semipreciosas y diversos productos suntuarios (pieles de pantera, plumas y huevos de avestruz, colas de jirafa, monos y curiosidades zoológicas). Mientras tanto, la dogmática exigía que los faraones afirmasen mediante sus edificaciones y sus armas la gloria universal de su imperio; así se explica sin duda que las proclamaciones, las imágenes, las listas de pueblos que conmemoraban su dominio sobre la pobre Nubia presentaran el mismo énfasis y la misma abundancia que las manifestaciones similares relativas a la expansión de Egipto en Asia, donde tenía que enfrentarse con un adversario más poderoso.

Los confines occidentales, en esta época, apenas presentaban problemas. Desde el reinado de Amenofis I, los oasis libios, propiedad egipcia desde el Imperio Antiguo, estaban debidamente administrados; sus vergeles seguían enviando cada año sus tributos de vinos selectos. Los pueblos llamados tjehenu, instalados cerca de la Marmárica, eran de escasa importancia. Por tanto, por lo que respecta a esta zona (no sucederá lo mismo bajo los Ramsés), se estaba en libertad de maniobrar en el este y el norte.

En el momento en que los confines arábicos del delta estuvieron completamente limpios de elementos rebeldes, Ahmosis (hacia 1530) pasó a Asia; en el camino persiguió sin duda a los dirigentes hicsos (palestinos o hurritas de origen) que se replegaban de grado o por fuerza hacia la cuna de sus padres. Sharuhen fue sitiada durante tres años y su toma permitió a Egipto la libre disposición del camino costero, que, partiendo de Kantara, permitía la entrada en Palestina. Al parecer este éxito no fue apenas explotado. Ahmosis, que hacia 1530 utilizó en la cantera de Tura bueyes y esclavos capturados en Asia, operó al menos una vez más en terreno palestino. Del único documento

que relaciona a Amenofis I (1527-1506) con Asia, la mención sobre un fragmento de vaso encontrado en su tumba del país de Qedom (Transjordania), no se puede sacar gran cosa. La situación se precisa con Thutmosis I. Su estela de Tombos, fechada en su segundo año (1505), muestra que su frontera norte llegaba hasta el Éufrates. Para inaugurar venturosamente su reinado, Thutmosis hizo una campaña en la que llegó prácticamente a los límites más lejanos que jamás han alcanzado los ejércitos faraónicos, y con ella penetró muy profundamente en los territorios dependientes de Mitanni. Después de su campaña en Nubia, aún hizo una nueva incursión en Asia, derrotó al rey de Mitanni y a sus carros en su propio territorio y cazó elefantes en la región de Niya (Apamé). La configuración política de Palestina y Siria prefiguraba lo que sería en tiempos de Thutmosis III y de Amenofis III. Poblaciones sedentarias de etnias muy mezcladas (cananeos, amorreos, elementos hurritas) se dedicaban a la agricultura y a la industria alrededor de los puertos y de las ciudades fortificadas del interior bajo la dirección de reyes locales de tendencias autónomas, aunque a menudo deseosos de dominar a sus vecinos. Amenazando a los sedentarios, hordas irregulares (los apiru) y clanes beduinos (los shasu de los textos egipcios) frecuentan las zonas desérticas o se infiltran en las abruptas montañas.

Las tierras interiores sirio-palestinas, industriosas y prósperas, pero políticamente inestables y divididas, ofrecían una víctima que tentaba a todo gran Estado que se formaba en sus límites y sus afinidades étnicas y culturales apenas significaron nada, según podemos apreciar, en las empresas de las potencias y en las maniobras de los ambiciosos príncipes locales. Las inexactitudes cronológicas impiden por el momento precisar si las lejanas empresas de Thutmosis I fueron facilitadas por la ausencia de serios adversarios, ya que los hurritas de Siria y de Mesopotamia habían quedado desmantelados recientemente

por el ataque del rey hitita Murshili o si representaban un esfuerzo por quebrantar de golpe la amenaza que Mitanni suponía para el imperialismo egipcio. Thutmosis II (1494-1490), siguiendo en algo la política de su padre, pacificó a los beduinos shasu. Estas campañas de ambos Thutmosis bastaron para hacer que parte del terreno sirio-palestino pasara a integrarse en el dominio egipcio: en una tumba preparada para Senmut en el reinado de Hatshepsut aparece la primera pintura que conocemos de la presentación solemne de los tributos. Una crítica aceptable nos permite suponer que este tipo de representaciones se remonta de hecho al reinado de Thutmosis I; la presencia de delegados egeos entre los «tributarios» nos demuestra que, a través de Asia, los faraones ya estaban en contacto con las colonias de Creta y las islas egeas.

Hatshepsut no renunció seguramente a su dominio teórico sobre Asia, pero es evidente que el Imperio se desmoronó y que mientras tanto Mitanni consolidaba sus posiciones. Cuando Thutmosis III se emancipó (1468), Palestina había sacudido el yugo e incluso Sharuhen había sido evacuado (?). El ambicioso rey de Kadesh había formado una coalición que agrupaba a más de trescientos príncipes locales cuyas tropas se concentraron en Megiddo. El intento de Thutmosis habría sido un golpe maestro: la narración de los «Anales» y diferentes alusiones cuentan el efecto de prestigio que el rey quiso obtener de su primera batalla. Inspirado por Amón y contra el consejo de su estado mayor, condujo al ejército por un camino montañoso bastante difícil, retrasando peligrosamente el avance de sus tropas. Su aparición en un punto donde no se le esperaba intimidó al enemigo y le permitió la concentración de sus fuerzas. A la mañana siguiente, el rey derrotó a los aliados, que se dispersaron. El retraso que se produjo al saquear el campo permitió al rey de Megiddo encerrarse en su ciudad; ésta se rindió después de siete meses de asedio. El botín fue enorme y los aliados vencidos

prestaron el juramento de fidelidad. Esta sumisión general fue evidentemente precaria.

Desde 1466 a 1448 el rey fue casi cada año a Asia para mostrar su fuerza y sofocar rebeliones más o menos extendidas, especialmente en los confines de sus posesiones. Una organización racional y eficaz de las comunicaciones imperiales reforzó la rapidez y la eficacia de estas intervenciones. En Menfis se había creado un poderoso arsenal, se construyó una importante flota empleando la madera del Líbano y del Sudán y una parte del tributo anual se almacenaba en las ciudades costeras de Fenicia, donde ya había un vislumbre de vocación naval. En el interior, los puntos estratégicos estaban protegidos por guarniciones permanentes… Quedaba por vencer el rival mitanio. En 1457, el ejército real conquistó Qatna y, al unírsele las tropas que habían pacificado el Negev, libró una batalla cerca de Alepo y después tomó Karkemish, junto al Éufrates. Franqueando el Líbano, carros de bueyes especialmente construidos para ello habían transportado barcos en piezas desmontables desde la costa. Se atravesó el Éufrates y, después de los primeros encuentros, el rey de Mitanni se replegó al interior de su reino. A su regreso, Thutmosis derrotó a algunas fuerzas rebeldes y cazó elefantes en Niya. Por brillante que fuera, la incursión al otro lado del Éufrates no podía quebrantar largo tiempo al rey de Mitanni, que contraatacó; dos años después Thutmosis lo expulsó sin gran esfuerzo de los territorios egipcios y diez años después, cuando conquistó Tunip y las aldeas dependientes de Kadesh, capturó allí a guarniciones mitanias, lo que demuestra que el enemigo había vuelto a asentarse en el valle del Orontes. Por su notable obstinación, Thutmosis se impuso en el mundo asiático. Finalmente, hacia 1448, se firmó un tratado por el cual Mitanni aceptaba que Egipto extendiera su dominio hasta el Orontes medio y las montañas amorreas. En los años precedentes aquellas potencias interesadas en el debilitamiento de

Mitanni habían ido reconociendo poco a poco la preeminencia egipcia: Asiria (1468), los hititas y Babilonia (1457) y, más tarde, Azzi y Alalakh. Los egeos enviaron regularmente regalos al faraón.

Y, sin embargo, en la primera mitad de su reinado, Amenofis II (1438-1412), hijo y sucesor de Thutmosis, tuvo que volver a combatir duramente. En 1428 sofocó la rebelión de siete jefes, a los cuales sacrificó con su propia mano. En 1421 se desplazó a Siria septentrional, exponiendo su propia persona en distintas ocasiones. Dos años después tuvo que intervenir en el norte de Palestina. Estas grandes campañas permitieron deportar a Egipto millares de cautivos, tanto nómadas como sedentarios, e hicieron que Mitanni, los hititas y Babilonia enviasen embajadas conciliatorias. La frontera norte se mantuvo «hasta Naharina» (Mitanni), pero, considerando el área donde posteriormente se desarrollaron las campañas reales, parece que esta frontera se retrasó un poco respecto a la que había fijado Thutmosis III. De las hazañas militares de Thutmosis IV (1412-1402), hijo y sucesor de Amenofis II, quedan pocos documentos; sabemos que tuvo que reducir Gazer, en Palestina meridional, y que se enfrentó con Mitanni. Su tiempo coincide con un apaciguamiento general: una princesa mitania entró en el harén de Thutmosis y se firmó un nuevo tratado, que sin duda indica un repliegue egipcio, en el cual la frontera se establecía entre Kadesh y Qatna. Las empresas de los Thutmosis en Asia parecen la tela de Penélope. Cuando llegan a las fronteras de Mesopotamia, deben sofocar varias revueltas en el interior de Palestina. Esta ausencia de frente, que marca los avances y repliegues de la conquista, se explica por la originalidad geográfica y política de las tierras interiores sirio-palestinas; las rivalidades locales de las ciudades, y la codicia de las bandas armadas y de los beduinos, ofrecen a la diplomacia de los estados rivales inagotables posibilidades de intervención (es revelador

el que Amenofis, al volver de su campaña triunfal por Siria, capturara un emisario mitanio que iba a Palestina). El vigor relativo de los reyes urbanos y de los jeques, la densidad geográfica y el dinamismo económico de las poblaciones disuadieron a los egipcios de gobernar directamente sus tierras de Asia. Les bastaba el juramento de fidelidad de los príncipes, pero esto era precario: la muerte de un reyezuelo, una querella dinástica local, una incursión irregular, una maniobra diplomática de Mitanni y la ciudad se había perdido. Las campañas reales, debido a la importancia de los efectivos, a la presencia de los mejores funcionarios de la corte y al prestigio personal del rey, restablecieron la comprometida situación. La carta de un general de Ugarit es muy significativa respecto a esto: «El rey de Egipto tomó las armas y si llega no le venceremos, pero si sólo tenemos que habérnoslas con la guarnición local acabaremos derrotándola». En el intervalo que separaba a las campañas reales, las limitadas salidas de las guarniciones egipcias y la intervención más o menos eficaz de los comisarios egipcios permitían la recaudación de tributos en las mejores condiciones y conservar ciertas posiciones, pero la solidez del Imperio dependía en último término de las intervenciones personales del rey. Thutmosis III, cuyas campañas conmemoran dos narraciones de la época de los Ramsés, y Amenofis II habían sido hombres capaces de mostrarse obstinados. Apreciaban los ejercicios físicos (caza, remo, tiro con arco, carro) y amaban la guerra, el segundo con una marcada propensión a las maldades exhibicionistas, cosa excepcional en un faraón.

Bajo Thutmosis y Amenofis, la organización refinada y la riqueza de la XVIII Dinastía se manifiesta en todo su esplendor. El poder político está teóricamente sólo en manos del rey, que designa por sí mismo a los más altos dignatarios militares, sacerdotales y civiles. La administración es un organismo ejecutor, no un ministerio con capacidad de decisión. El rey es

aconsejado por quien él quiere; se ve por ciertas carreras que el rango oficial y la influencia real de un particular no va forzosamente a la par: Senmut y Amenhotep, hijo de Hapu, favoritos célebres, dejaron a otros las funciones de visir, es decir, de jefe de la burocracia. Para realizar su función, la burocracia evoluciona de una manera compleja. En adelante hay dos visires, uno para el alto y otro para el bajo Egipto. Aparte del tesorero que administra las reservas personales del rey y del «gran mayordomo» que administra las propiedades territoriales, el «director del tesoro» y los «directores de los graneros» coordinan la producción y los impuestos. Una jerarquía muy diferenciada se ocupa de las casas de las reinas, de los grandes y pequeños templos y del todopoderoso Amón. El dominio indirecto del poder sobre los bienes de los templos está asegurado, mediante la asignación de las altas funciones sacerdotales, a los mejores amigos del rey. Esto no significa que no haya existido alguna contradicción peligrosa, lo que parece indicarse con la proscripción póstuma de ciertos príncipes (un hermano de Thutmosis IV) y de varios altos funcionarios de Thutmosis III (Puiemre') o de Amenofis II (Usersatet, hijo real de Kush). No es difícil imaginar que la riqueza de las propiedades de Amón inspiraría envidia a los sacerdotes de los otros dioses, pero, en conjunto, la participación de casi todos los jefes de la administración en la gestión y en los beneficios de estas propiedades hace que la explotación de éstas parezca producirse en régimen de cooperación con el poder real, a manera de una «industria nacionalizada autónoma», sin poder oponerse a él.

Una intensa política constructora responde a esta prosperidad. El rey es el director máximo de las obras y participa en principio en la elaboración de los proyectos: los técnicos (maestros de albañil y escribas sagrados) proporcionan los datos básicos, pero es el faraón quien da las instrucciones a los diversos funcionarios que designa como «directores de los trabajos»

y también quien decide los dioses que han de ser honrados. Con Thutmosis III y Amenofis II, algunos templos provinciales del Saíd, pero sobre todo los del Delta, se benefician con el programa de reformas. Tebas tiene preferencia sobre Heliópolis y Menfis, pero Kárnak continúa engrandeciéndose. Bajo Thutmosis se revisa la planificación interior y se multiplican los pequeños pilonos y los pórticos, se erige un nuevo par de obeliscos en la fachada y un santuario de granito reemplaza a la capilla de Hatshepsut. Un «templo milenario» de tipo único se erige detrás del Sancta Sanctórum; una gruesa muralla se adosa al templo, y en su fachada oeste se abre a la devoción del pueblo de Tebas un santuario «del dios cuya oreja escucha». Hacia el sur se prosigue el ornamento de la avenida triunfal que lleva hacia Lúxor, especialmente con el acabado y reagrupamiento de los colosos de diversos reyes antiguos. Se disponen dos lagos sagrados a ambos lados del templo. Amenofis II erige a su vez los obeliscos de la fachada, adorna el atrio con relieves de granito que narran sus brutales hazañas, embellece con finas columnas el templo de Montu, construye un quiosco jubilar sobre la avenida del sur y un «lugar de recreo» de cerámica. Thutmosis IV dispone a continuación un gran patio anterior cuyos relieves muestran el pintoresco desfile de gruesos bueyes, y en la parte oriental construye una nueva capilla de bienvenida donde «Amón, el que escucha las plegarias», se presenta a la ciudad bajo la forma de un obelisco único. A la ostentación de las construcciones polícromas, doradas por algunas partes, rodeadas de bellos vergeles, respondía la ostentación de los objetos rituales y de las efigies, cuya entrega solemne el día primero del año se conmemoró en las tumbas de los dignatarios. Trasponiendo a la piedra ciertos gestos y ropajes rituales, grandes estatuas de piedra de tipo cada vez más diverso pueblan los patios y columnatas.

Al occidente de Kárnak, en diferentes puntos de los contrafuertes de la montaña, hay una inmensa necrópolis de nobles cuyas capillas en forma de hipogeo, muy parcialmente conservadas, constituyen hoy un prodigioso museo de pintura. Como el material, poco resistente, de las pendientes tebanas no se presta, salvo en raras ocasiones, a la talla de relieves, los cortesanos más importantes se contentan con una decoración pintada sobre yeso, pero los artistas saben ponerse a su altura refinando su sentido del dibujo y de los colores, yendo de un clasicismo un poco frío a una gracia más bien barroca. Las diferentes actividades de los señores y del pueblo reviven ante nosotros. La tumba del gran visir Rekhmire', ministro de Thutmosis III, contiene una especie de enciclopedia de las actividades del país; las capillas más modestas de Nakht y de Menna recuerdan sus carreras de «escriba de los campos»; la de Nebamun conmemora algunos episodios de la vida de los militares acuartelados, etc. Hay escenas que reproducen los misteriosos rituales de inhumación que practicaban los reyes de antaño; otros, más alegres, muestran a muertos y vivos sacrificando y festejando en la capilla los días en los que la barca de Amón venía a la orilla izquierda a visitar los templos milenarios.

Las tumbas reales que penetran en el subsuelo del Valle de los Reyes responden, como es costumbre, a la posición sin par del faraón. Los tesoros perdidos que rodean a estos reyes acostados en sus finos sarcófagos de cuarcita debían tener la sobria riqueza y la calidad clásica de las alhajas de tres favoritos de Thutmosis III que han llegado hasta nosotros y debían exceder en cantidad a las del pequeño Tutânkhamón. Las paredes de las habitaciones llevaban una imitación perfecta y agrandada de un papiro donde figura el *Libro de la Sala Escondida* (o *Am-duat*): una serie de escenas con leyendas escritas que representan el viaje del sol durante las doce horas de la noche, presentan las extravagancias surrealistas de un sueño místico y dan a cono-

cer los misterios de la regeneración del astro. Otra composición de las tumbas reales, la *Letanía del Sol,* enumera especialmente por medio de singulares imágenes y de una colección de setenta y un calificativos, el mismo misterio divino. Resueltamente pagana, la teoría y la práctica religiosa no eran el cúmulo de ingenuidades contradictorias en el que haría creer, en principio, un examen superficial. La religión de Egipto, por la multiplicidad de los niveles en que se expresa, presenta una imagen difícil de captar por un hombre actual. En cada ciudad, el dios mayor local, asimilado al sol, se considera como el creador y el motor del universo. Era conveniente protegerlo detrás de los altos muros del templo y suministrar mediante ofrendas y dotaciones la energía indispensable del mundo. La diosa asociada al dios mayor personifica regularmente el rayo solar, a la vez benéfico y temible. Los sacerdotes sabían que el dios era el mismo Re', el sol, así como todos los otros dioses, un ser divino, único e inefable. En las divinidades locales se combinan atributos míticos y trazos iconográficos; el ritual de las diosas mayores es idéntico en todas partes al ritual diario del dios. Los aldeanos encuentran en la imagen tradicional de su patrón un protector familiar al que, por mediación de una pequeña estela, pedían salud y éxito. La distancia que separaba a las divinidades de los humildes mortales y, por tanto, la piedad personal, disminuyó bajo la XVIII Dinastía. En la primera época no figuraba ninguna imagen divina en las tumbas privadas: ahora el muerto reza normalmente frente a Osiris, Hathor y Anubis, señores del más allá. Hay estatuas que representan a los hombres importantes con la imagen del genio-serpiente Ermuthis; otras colocaban a los escribas bajo la protección del mono de Thot. Algunos antiguos lugares de la región menfita (la Gran Efigie, la capilla de Sekhmet en Abusir) se convierten en centros de peregrinación, mientras que la veneración familiar de determinados animales, especialmente la del carnero de Amón, señalan las

primeras etapas de esa ingenua zoolatría que repercutirá entre los egipcios de la época tardía. Por otra parte, se inician ciertas tendencias espiritualistas en la devoción de los más ilustrados: bajo Amenofis III aparecen estatuas de particulares representados con la apariencia de sabios meditabundos, mientras que algunos himnos rituales y otros escritos sobre los monumentos de los nobles (estela de Suti y Hor) adoptan un tono panteísta para hablar del sol. Este paganismo egipcio, uno en su esencia y múltiple en sus manifestaciones, se encontraba en disposición de responder a las necesidades de todos; cubría las instituciones económicas útiles, federaba las provincias y se prestaba tanto a la superstición como al misticismo. Se expresa de manera fastuosa bajo el reinado de Amenofis III (1402-1364).

La paz reina sobre el imperio, desde Karaoy (región de Napata) hasta los confines de Naharina (Mitanni). Hostigado por sus vecinos asirios e hititas, Mitanni enviará sucesivamente a dos princesas (Gilukhepa y Tadukhepa) al harén de Amenofis, y se vinculará a la alianza egipcia. Aparecen entonces en el mar de Siria los *sharden*, los primeros viajeros de los Pueblos del Mar, que hostigan a las fortalezas marítimas construidas para proteger las costas de los piratas y controlar el comercio. Se realizan unas capturas entre los libios y en los textos aparece el nombre de los *mashauash* de la Marmárica, cuyos jefes llegaron a ser faraones unos quinientos años más tarde. Pero estas nuevas amenazas que abrumarán a los Ramsés todavía son demasiado débiles para suscitar una reacción consciente en un Egipto satisfecho. Deportista, si se le juzga por las matanzas de leones y toros salvajes que hizo, Amenofis III, aunque proclamando bien alto su vocación de dominador del universo, apenas es belicoso. La explotación de Asia es un asunto rutinario: cuando se rodea un templo de aldeas sirias, cuando se pueblan las prisiones de los dioses bárbaros virtualmente capturados por Su Majestad, se trata de deportados remitidos por los comisarios

egipcios, por los reyes tributarios o por el aliado mitanio o el asociado hitita. De hecho, ninguna de las inscripciones de Amenofis relata ninguna campaña real en Asia. La riqueza de Egipto en oro, las relaciones diplomáticas y el control directo o indirecto de los puertos fenicios bastan para asegurar la llegada de los productos asiáticos. La administración interior no plantea graves problemas. El equilibrio entre Tebas y la provincia está asegurado. Menfis, administrada ahora por un «gran mayordomo» particular y en la que los nobles locales repueblan con bellas tumbas la necrópolis de Saqqarah, es una segunda capital. El poder se va distanciando discretamente del pesado patrocinio de Amón (la función de «esposa del Dios», por ejemplo, no vuelve a asumirla una reina). El dios de Kárnak se conserva majestuosamente al frente del panteón, pero la omnipotencia de su prestigio se compensa con la elección ocasional de dos hijos del rey para la dirección de los sacerdotes de Menfis y de Heliópolis y por la transferencia del título de «director general de los profetas» a los pontífices de Menfis.

La vida de esta corte engalanada con amplias vestimentas sabiamente plegadas es más refinada que nunca. Los talleres fabrican una multitud de encantadores objetos familiares, la industria del vidrio y de la cerámica conocen un desarrollo sin precedentes. La gracia femenina de las artes menores contrasta con la poderosa inmensidad de la obra monumental. Ciertos edificios están todavía impregnados de aquella moderada elegancia característica del arte tutmósida, como, por ejemplo, las maravillosas columnatas que bordean el patio del templo de Lúxor. El relieve plano, única aportación del arte egipcio, conoce uno de sus momentos de apogeo en las tumbas de Ramose y de Kheruf. Sin embargo, se va afirmando una nueva tendencia: el gigantismo en la arquitectura. En Lúxor, una formidable fila de columnas umbeliformes viene a constituir un orgulloso atrio, asimismo adornado por numerosos colosos de granito,

que más tarde usurpará Ramsés II. En Kárnak un pilono de considerable altura constituye una nueva fachada; delante de la avenida del sur se colocan nuevos pilonos, precedidos por colosos de cuarcita. El templo de Montu se renueva. La parte meridional de la orilla izquierda de Tebas se recubre con inmensos complejos monumentales. El mayor «templo milenario» que jamás se haya visto se instala a la derecha de la colina de Gurnet-Marei, donde se abre un nuevo cementerio para los nobles. Este templo, consagrado a Amón y que incluía también un gran santuario para Socaris, el dios de los muertos de Menfis, fue espléndido: había altas estelas con enfáticos textos, centenares de estatuas de la diosa-leona Sekhmet para conjurar las múltiples formas de esta peligrosa diosa, grandes esfinges e inmensas efigies de perros y estatuas y colosos reales por decenas. Dos de estos colosos todavía permanecen en el mismo lugar y uno de ellos, cuya mole quebrada hacía oír un crujido cuando el sol evaporaba el rocío de la noche, fue célebre más tarde con el nombre de Memnón. Barrios populares y talleres se instalaron entre el templo del favorito Amenhotep y el pequeño templo tutmósida de Medinet Habu, que fue dotado de una nueva muralla. La fachada del templo de Amenofis II se renovó con ocasión de los jubileos de Amenofis III. Dos kilómetros más al sur, una ciudad residencial, «La Casa del Disco Resplandeciente», al lado del inmenso lago-pantano que es Birket Habu, comprendía el palacio del rey y de sus esposas, las dependencias administrativas, la «Casa de Jubilación», donde se celebraban los jubileos y un santuario donde se erigió un Amón de diorita de cuatro metros y medio de alto. La máxima ostentación de estos lugares debió tener lugar con ocasión de los jubileos reales, que acompañaron a la aparatosa celebración de la fiesta de Socaris y que fueron la ocasión para hacer tallar en granito gris grandes imágenes de las divinidades mayores y menores de todo el país. A la fantástica proporción de las arquitecturas correspon-

de la asombrosa multiplicación de los colosos, traduciendo el deseo de proporcionar al pueblo imágenes tangibles de la divinidad del faraón: ciertos gigantes que se transportaron de Asuán o de Jebel Ahmar (cerca de Heliópolis) y que se erigieron derrochando tesoros de imaginación, representan hipóstasis del *genius* real, dioses particulares cuyos nombres, «el sol de los soberanos», «el soberano de soberanos», «Montu de los soberanos», son todo un programa. La provincia se benefició igualmente con grandes trabajos (especialmente Bubastis, en el Delta), así como Nubia, donde, en el emplazamiento de Soleb, una nueva ciudad, en la que Amón-Re‘ y Amenofis, considerado como una divinidad lunar, se dividían el patronazgo, se encontró dotada con un inmenso templo al final de toda una serie de mejoras. No se acabaría nunca de enumerar la obra de los treinta y ocho años de reinado. El gigantismo egocéntrico y la incontinencia monumental que caracterizaron a Ramsés II se inspiraron directamente en el ejemplo de Amenofis III.

En la corte destacaron dos personajes. Por una parte, la reina Tiyi, hija de nobles de Akhmîm. Su nombre está casi siempre asociado al de su esposo en los pequeños objetos de lujo. Representada con frecuencia en los monumentos oficiales, vio edificar en Sedeinga, al norte de Soleb, su propio templo de eternidad, y sus padres recibieron sepultura en el Valle de los Reyes. Por otra parte, Amenhotep, hijo de Hapu, al que las generaciones posteriores transformaron sucesivamente en santo y en dios. Originario de Atribis, en el bajo Egipto, este escriba militar se especializó en la fabricación y erección de colosos de cuarcita. Amigo de las mejores familias de la corte, fue un consejero atendido, quizá una eminencia gris en materia de artes y cultos y, en esta época en que iba adquiriendo peso la piedad personal, se las dio de mediador místico entre Amón y la humanidad. Amenhotep, a lo que parece, fue el primero al que se confirió la extraordinaria dignidad de príncipe (*erpâ*), que será

la de los presuntos herederos después del episodio amarniense. Su señor le hizo construir, y es otra distinción única, un templo funerario cerca del suyo. Después de vivir más de ochenta años, el hijo de Hapu murió pasado el primer jubileo del rey (1372), cuyo fausto dirigió. Era experto en materia de inscripciones antiguas y libros rituales (además, una tradición atribuirá a la época de Amenofis III el redescubrimiento en Abidos de los viejos rituales funerarios de las pirámides). Su formación literaria se manifiesta en las citas que hace en sus monumentos de ciertos clásicos egipcios (*Instrucciones a Merikare‘,Aventuras de Sinuhé*). El empleo de la lengua del Imperio Medio («medio egipcio») era obligatorio en la redacción de los textos lapidarios desde el principio de la restauración ahmósida; estaba recomendado en la reelaboración de las cartas administrativas y privadas (aunque la correspondencia presenta de hecho una mezcla de la lengua clásica y de «neoegipcio», la lengua hablada). Todo en la figura dominante del hijo de Hapu confirma la impresión que se impone al examinar el conjunto de los monumentos de Amenofis III y de sus contemporáneos: el reinado señala el apogeo de la religión, el arte y la cultura faraónica en sus formas más tradicionales. Apenas se puede prever la subversión radical que el hijo y sucesor de Amenofis III, Amenofis IV-Akhenatón (1364-1347), iba a desencadenar.

Los egiptólogos no acostumbran a conservar la indiferencia objetiva que conviene al historiador para hablar de este extraordinario período que fue la herejía llamado «amarniense», nombre derivado de el-Amarna (Tell el-‘Amārna), el lugar donde se encuentra la capital del rey-profeta. Produciendo inquieta hostilidad en unos y entusiasmo en otros, lo extraño del acontecimiento y la singularidad insólita de las obras de arte llegan a emocionar. El encanto del extraordinario busto de Nefertiti que se conserva en el museo de Berlín y los tesoros de Tutânkhamón han hecho célebres a estos personajes de los que se

desearía, acumulando hipótesis en torno a ellos, saber mucho más de lo que la documentación permita.

La palabra *atón*, en su origen, no designa un dios, una persona a la que se rinde un culto, sino que designa el objeto «sol» que se ve en el cielo bajo la forma de un disco lenticular llameante. Este objeto, cuya carrera aparente circunscribe la totalidad del universo, procede evidentemente de la divinidad y la palabra *atón* se puede emplear metafóricamente en lugar del nombre Re' para hablar del astro del día considerado como potencia eterna y vivificante. Según una tradición, Re' «reside en su disco»; según el *Libro de la Sala Escondida,* el disco es el elemento estable, pero pasivo, del ser solar y se mueve por el misterioso «cuerpo carnal de Re'» que se regenera cada noche por la acción de fuerzas cósmicas permanentes. Así, pues, la naturaleza del *atón* preocupó a los teólogos y algunos dedujeron de ello aparentemente una especie de «positivismo»; intentaron captar la esencia de lo divino, no profundizando en los misterios de la imaginería mitológica tradicional, sino por una especulación sobre la naturaleza del disco visible, dato inmediato de la experiencia, directamente accesible al conocimiento místico. Estos desconocidos antecesores de los amarnienses no necesitaban reconocer en Amón al dios escondido por excelencia que se manifestaba bajo la forma de Amón-Re'. Sin embargo, el ritual y la piedad de la XVIII Dinastía, aun acentuando la transfiguración solar del dios tebano, no parece conceder una particular importancia a su forma de *atón* y, en la medida en que la religión común se distancia de la omnipotencia amoniana, lo hace favoreciendo otros aspectos mayores de la divinidad, Re'-Harakhte-Atón de Heliópolis o Ptah de Menfis. La mayor parte de los datos en los que se ha creído descubrir los síntomas precursores directos de la revolución atonista son o inventados o carentes de significación decisiva: el hecho de que Ahmosis III se denominara a sí mismo «Disco Resplandeciente» no es más

revelador que su calificación de «Sol de los Soberanos». No obstante, Amenofis IV veneró especialmente a su padre y a su abuelo y habla en una de sus proclamas de «perversas conversaciones» que éstos habrían oído antes que él; pese a la mutilación del texto, puede admitirse que las discutidas manifestaciones de la política religiosa de estos reyes eran su propio interés llevado a una doctrina según la cual Atón no era ya una simple forma, sino una persona.

Esta doctrina debió nacer en los medios eruditos de Heliópolis. En efecto, en esta ciudad la herejía adoptará la designación específica de su pontífice, el nombre de cierto santuario («El Castillo de Betilo») e incluso el culto del toro Mnevis, encarnación animal del Sol. Al final del reinado de Amenofis al lado de otras antiguas o nuevas formas del dios solar, se veneraba a una figura llamada «Re‘-Harakhte, quien se alegra en el horizonte bajo su nombre de luz que está en el Disco». Este recién llegado podría haber tenido un lugar al lado de las formas tradicionales o recientemente inventadas de Amón y de Re‘. Divinidad personal del príncipe Amenofis, iba a ser proclamado dios mayor y, muy pronto, dios único durante el nuevo reinado. Nada permite captar del natural lo que pudieron ser las actividades del joven Amenofis en la tan tradicional corte de su padre. Algunos autores han visto en la reina Tiyi el cómplice e incluso la instigadora de la herejía; lo cierto es que esta reina conservó sus prerrogativas bajo el reinado de su hijo y se asoció al culto de Atón, pero al mismo tiempo consagró monumentos a su difunto esposo en las formas osirianas ortodoxas y, cuando todo promotor de la herejía fue maldito, su santa memoria fue venerada por los contemporáneos de los Ramsés. Al menos una persona compartió absolutamente la fe del príncipe, su esposa Nefertiti. Son tantos los cortesanos de Amarna que proclaman que el Señor los ha sacado de nada, que se puede pensar que el rey profeta reclutó lo mejor de los suyos entre hombres nuevos.

La originalidad radical de las creencias, del arte y de la literatura atonistas confirma además otra afirmación de estos cortesanos: la revolución fue el fruto del pensamiento del mismo soberano y lleva, por tanto, la marca de su personalidad. Esta personalidad se intenta captar a través de sus retratos. Al principio del reinado los relieves representan a Amenofis IV bajo el aspecto clásico, idealizado, que el arte clásico daba a su padre, pero muy pronto la estatuaria y el dibujo confieren a su cuerpo una apariencia asombrosa: un torso de mujer enferma, una enorme pelvis, un vientre abultado, unas piernas delgaduchas. El rostro también es extraño: cráneo alargado, cara prognata con las mejillas hundidas, mentón deforme y gruesa boca cuya sensualidad contrasta con la mirada soñadora de los alargados ojos. Amenofis IV heredó de su padre una conformación menuda de miembros y una cierta tendencia a la adiposidad del vientre, pero de todas formas no se podrían interpretar las formas de grotesca androginia que le atribuye el nuevo arte como la expresión realista de una enfermedad endocrina que habría afectado, y necesariamente dejado estéril, al soberano ebrio de Dios. Esta sorprendente iconografía revela sin duda un simbolismo exagerado presentando al que era la «imagen de Atón» con los atributos de dios universal, «padre y madre» de las criaturas. El rostro, que algunos retratos esculpidos presentan de una manera verdaderamente realista, no es seguramente el de un joven pletórico de salud, pero la degeneración que parece reflejar puede ser la propia de los genios. Este físico de enfermo se acompañaba de una sensibilidad extrema, de una voluntad de místico, poco propicia a la gran paciencia que requiere la política. Por absoluta que fuera, la autocracia de los faraones procedía de una tradición comúnmente aceptada, que trascendía a la voluntad de cada rey y por este mismo hecho respetaba la pluralidad de creencias y garantizaba los intereses adquiridos. Aprovechando el absolutismo, el rey-profeta sustituyó esta

monarquía tradicionalista, ajustada en sus leyes fundamentales por un suave totalitarismo personal. ¿Tuvo Amenofis IV intenciones políticas? ¿Habría abdicado del arrogante imperialismo de sus padres y pensado que un monoteísmo permitiría reunir en una sola nación a todos los pueblos del imperio? De hecho la teología atonista, de una complejidad absolutamente egipcia, estaba lejos de poseer la simplicidad doctrinal que dio la fuerza al Islam; por otra parte, al principio del reinado se llevó a cabo una represión brutal en la baja Nubia, el desfile de los tributarios se celebró en el-Amarna y los temas decorativos que mostraban al rey hollando a negros y sirios formaron parte de la decoración de los palacios amarnienses. ¿Quiso Amenofis IV anular el poder temporal de Amón en provecho de la corona? De hecho, durante cuatro o cinco años toleró el culto del Señor de Tebas y mantuvo el puesto de primer profeta de Amón, absteniéndose, por tanto, de entablar un conflicto brutal con el dios y sus servidores. Se abstuvo asimismo de fundar su metrópoli sobre un territorio perteneciente ya a alguna divinidad. Finalmente se tiene la impresión de que una mística pura, bastante indiferente a las contingencias temporales, sirvió de empuje a la revolución atonista: una teología que se va haciendo progresivamente más sutil en el pensamiento del profeta encerrado en su sueño y enclaustrado en su corte, propuso una serie de revelaciones a un país sorprendido, pero pasivo.

En efecto, la herejía se desarrolló por etapas. Antes del quinto año, los monumentos muestran a Amenofis rindiendo homenaje a las divinidades clásicas (templos de Soleb y de Sesebi); incluso se le llama, ¡oh ironía!, «el que Amón ha escogido entre miríadas». Los servidos oficiales no han recibido aún instrucciones tajantes ordenándoles repudiar el pluralismo de cultos. Sin embargo, hizo una innovación proclamándose «primer profeta de Re‘-Harakhte que alegra en el horizonte con su nombre de luz a quien está en Atón» y atribuyéndose un epíte-

to especial que indica que sería «grande durante su vida». Una nueva era comienza. A modo de un nombre real, el nombre dogmático del dios se encuentra en cartuchos e, incluso en los textos cursivos, la palabra *atón* se incluirá paralelamente en un cartucho. Así se proclamó el advenimiento terrestre del dios. Pronto la efigie tradicional de Re'-Harakhte, un hombre con cabeza de halcón, es sustituida por una representación más positivista, la de un disco del cual descienden rayos que se terminan en unas manos que tienden el símbolo de la vida. Se erige apresuradamente en Kárnak una «Casa de Atón», conjunto de templos de un tipo inédito; el principal se llama «Atón es descubierto». Un arte nuevo, de pronto, aparece; las siluetas de la reina y de los súbditos reproducen más o menos el extravagante dibujo adoptado para representar el cuerpo del rey. Las composiciones que, sobre las paredes de los patios abiertos al gran sol, muestran los oficios atonistas, los desfiles fastuosos de la corte, la alegría de los fieles y la vida de la naturaleza, abandonan gran parte de la rigidez solemne propia del arte de los antepasados y, rápidamente imaginadas y ejecutadas por una joven escuela de escultura, hacen brotar una feliz fantasía. Se toman medidas para dotar las tierras necesarias para las oblaciones de esta «Casa de Atón» que coexiste insolentemente con el mundo antiguo que personifica la «Casa de Amón».

En el año cuarto, Amenofis decide alejarse de este mundo reprobado; no lejos de Hermópolis comienza a construir su residencia de Tell el-Amarna, en la que se instalará en el año sexto. Este «Horizonte del Disco» se puebla en la ribera derecha con varios barrios, con palacios suntuosos donde la alegría de vivir se expresa en los nuevos decorados campestres pintados sobre los enlosados, con bellas quintas de cortesanos, con templos de techo descubierto cuyos patios contienen centenares de altares para presentar al Sol las ofrendas del rey y del pueblo y cuyas paredes están alegremente decoradas como las de los santua-

rios atonistas de Kárnak. El arte herético se reafirma perdiendo su carácter caricaturesco y encuentra en ciertos escultores la combinación de cierto realismo y de espiritualidad que se nos muestra en los famosos retratos de Nefertiti. El neoegipcio es la lengua adoptada para redactar las inscripciones públicas y privadas, y se maneja con finura y claridad. En las tumbas privadas excavadas en la montaña oriental, imágenes y textos hacen vivir la vida espiritual y material de esta comunidad en la que Akhenatón y Nefertiti, que, repudiando el formalismo anterior, se hacen representar en el descuido familiar de su vida cotidiana, quisieron vivir su sueño. Hemos dicho Akhenatón (literalmente, «Útil para el Disco») porque a partir del año quinto el rey se llamó así y no volvió a llamarse Amenofis, mientras que Nefertiti recibió el nombre de Nefer-neferu-Atón, proclamando la realización perfecta de la revelación. El nombre de Amenofis significaba «Amón está satisfecho». Así, pues, ahora la ruptura con el culto mayor de la dinastía se ha consumado, por reacción contra las «perversas conversaciones» renovadas por sus sacerdotes. Se toman nuevas medidas que despojaron a Amón de sus inmensos bienes (se conoce el caso de un «administrador de los bueyes de Amón» que llegó a ser «administrador de los bienes de Atón»). La doctrina que difunden los bellos himnos inspirados por el rey y los discursos humildemente conformistas de los cortesanos reina sola en principio. El sol Re', bajo el aspecto de Atón, crea y recrea el mundo cada día; dando el Nilo y las lluvias, haciendo crecer las plantas, etc., es la providencia; los difuntos, gracias al soplo que les dispensa, gozan diariamente de los placeres de el-Amarna, bajo la forma de «almas vivas». Único objeto de culto en el cielo, el sol (Re'), visible por su único disco (Atón), del cual emana la luz, se reencarna aquí bajo la forma de su único hijo, su imagen consustancial cuyo genio, asociado al de la reina, es adorado en el oratorio de cada casa. Ya es la predicación de Akhena-

tón la que fundamenta la ley y la moral, y no la tradición consultada por un hijo de Re' reconociendo implícitamente la distancia que le separa del misterioso dios trascendente. Nunca se había afirmado de forma tan rotunda el dogma de la divinidad del faraón. Una confianza romántica en la bondad de dios, una piedad entusiasta, un lirismo espontáneo y el rechazo del aparato mitológico en el elogio de los dioses constituyen, aun en nuestros días, el atractivo del atonismo. Los delegados egipcios en las cortes cananeas supieron hacer sentir este atractivo en el extranjero, de manera que el himno real, traducido al cananeo y transmitido a través de las generaciones, inspiró indirectamente el Salmo 104 de la Biblia. Se nos dice que el poder del rey se volverá contra el que no le siga, pero, en conjunto, la propia idea del mal se olvida en el dogma amarniense: no más serpientes monstruosas amenazando el orden cósmico, no más angustia ante los peligros que hace correr al hombre la llameante diosa del fuego, no más conjuros hábiles como aquellos por los cuales los Libros de los Muertos intentaban mantener la vida de ultratumba.

A condición de imitar a los amarnienses y olvidar que una venerable cultura, razón de ser de una nación, era traicionada y que un imperio se derrumbaba, aún nos sorprendemos hoy ante la comunicativa alegría de los fieles, aunque éstos, como Ay, anciano preceptor de Nefertiti, sean conocidos por haber abjurado después de la muerte de su señor. En cambio tenemos que reconocer que se nos escapan las sutilezas teológicas de este último: los egiptólogos se entregan, con gran refuerzo de distingos filosóficos y de especulaciones ideológicas, a discusiones bizantinas para comprender lo que quería decir exactamente el primer nombre dogmático de Re'-Harakhte-Atón y adivinar lo que, más allá de una eliminación manifiesta de toda terminología «pagana», significa la nueva dogmática revelada en el año noveno: «El soberano del horizonte que alegra en el horizonte

en su nombre de Re', el padre que viene en Atón». Las reflexiones doctrinales y el entusiasmo en la piedad no impidieron que el-Amarna sufriera crisis internas (pudiera ser que provocadas precisamente por unas y otro). Se sabe que después del año duodécimo Nefertiti cayó en desgracia y que Meritatón, hija mayor de la pareja real, llegó a ser la primera dama del país. Akhenatón no había tenido de su gran esposa ningún hijo varón. Un personaje de ascendencia aún desconocida (¿quizá un hijo de Amenofis III?), llamado Semenkhare', fue asociado al trono hacia 1350; se casó con Meritatón, pero, por una de esas extravagancias propias de la época, le fue transferido el sobrenombre de Neferneferu-Atón que antes había usado Nefertiti.

Entre tanto, ¿qué fue de Egipto a lo largo de los diecisiete años del reinado «ebrio de Dios»? Según las apariencias, la administración funcionó con regularidad: hasta el fin del reinado los productos del Delta llegaron hasta el-Amarna. Durante todo el reinado funcionaron importantes templos de Atón en Menfis y Heliópolis. Hubo pequeños santuarios atonistas en Nubia (Sedeinga, Kawa, Amada) y en algunas ciudades de provincia (Elefantina). Se han encontrado fragmentos de edificios atonistas en la Tebaida (Tod, Hermonthis, Medamud), en el medio Egipto (Matmar, Asyut, Tuna, Hermópolis, Antinoe, Sharuna, Heracleópolis) y en el bajo Egipto (Bubastis, Sebenito), pero parte de ellos fueron evidentemente llevados allí, bajo los ramésidas, de los centros atonistas ya sin culto, de manera que es difícil confeccionar un esquema de la implantación de la herejía en los nomos. El nombre y la imagen de Amón fueron borrados de casi todos los edificios públicos y privados de Tebas, de los grandes templos del país y, esporádicamente, de las estelas privadas colocadas en lugares santos de la provincia. Estas destrucciones, ejecutadas por obreros mandados por el rey o bien por los fanáticos de su causa, tendían sin duda a negar la realidad espiritual del dios «escondido». Igualmente quedaron

proscritos Mut, compañera de Amón, y la diosa-buitre, Nekhabit. En algunos textos se borraron las palabras «los dioses», pero generalmente las figuras y los nombres de las pequeñas divinidades locales no se vieron afectadas por la persecución. Los atonistas se abstuvieron prudentemente de enfrentarse con las creencias particularistas de los provincianos y se contentaron con desinteresarse de ellas. Los templos continuaron funcionando, bien que mal, gracias al fervor de los pueblos, que no podían renunciar a su devoción habitual. Es divertido ver las jarras de vino entregadas en el-Amarna por los campesinos afectados por el padrinazgo de Ptah, Horus y el mismo Amón, y aún lo es más encontrar en las mismas casas de Amarna un cierto número de objetos que atestiguan que algunos habitantes del «horizonte de Atón» veneraban todavía en privado al mono de Thot o al cocodrilo de Sobek. En las provincias hay individuos que rezan al Atón único junto a Osiris-Socaris o Khumi-carnero. La religión revelada, lejos del profeta, se arriesgaba a quedar sumergida en el marasmo del pluralismo de cultos. En el tercer año de su reinado (1348), Semenkhare', sin renunciar a sus títulos atonistas, había puesto en funcionamiento un «templo milenario en el dominio de Amón». Por esta fecha Akhenatón había muerto (o lo haría muy pronto). El príncipe que a continuación subió al trono (1384) era un muchachito frágil, cuya ascendencia aún no se conoce con seguridad. Llamado Tutânkhatón, había sido educado en la herejía y estaba casado con Ânkhesenpaatón, tercera hija de Akhenatón. La joven pareja real, rebautizada con los nombres de Tutânkhamón y Ânkhesenamón, debió abjurar y en el año cuarto se dio un decreto en Menfis que denunciaba el mal ocasionado a Egipto por el olvido a los dioses tradicionales, enriquecía a Ptah y restablecía solemnemente el culto a Amón. La restauración fue realizada con éxito por los militares: un renegado, Ay, que en el-Amarna había sido jefe de la división de carros, se encargó sin

duda del sur; Horemheb, soldado oriundo del Medio Egipto, fue nombrado príncipe (*erpâ*), «gran mayordomo» y general en jefe inmediato a Tutânkhamón, e, instalándose en Menfis, se encargó del norte y de los asuntos exteriores. Cuando murió el pequeño rey, después de diez años de reinado (1347-1338), se reveló el contraste entre la mentalidad de los medios atonistas y el fiero nacionalismo egipcio por un episodio inaudito: la viuda pidió al rey hitita, Shuppiluliuma, que le enviase uno de sus hijos con el fin de desposarlo y hacerle rey de Egipto. El pretendiente hitita fue asesinado. Ay (1338-1334) subió al trono, acaparó el templo funerario de Tutânkhamón después de haberle inhumado, con la ostentación que se sabe, en una pequeña sepultura, excavada apresuradamente en el Valle de los Reyes. Horemheb debió esperar la muerte del viejo renegado para subir al trono. Aprovechándose de los servicios prestados como guerrero y como administrador, limpio de cualquier compromiso con el atonismo, este predestinado de Amón fue coronado en Tebas. Sustituyó el nombre de sus dos predecesores por el suyo en todos los monumentos de la capital. Las listas oficiales de los reyes, bajo Ramsés, ignorarían a Ay y a Tutânkhamón tanto más cuanto que el «enemigo de el-Amarna», Horemheb, era considerado como el heredero directo del gran Amenofis III.

Verdadero fundador de la XIX Dinastía, ya que el que escogió como visir y *erpâ* era el futuro Ramsés I, Horemheb (1334-1309) publicó un edicto legislativo para reprimir el abuso de poder que se había hecho habitual entre los agentes del fisco, los magistrados y la soldadesca gracias a las crisis. Se restableció la economía de los templos y se reconstruyó la jerarquía eclesiástica escogiendo a los titulares «entre lo mejor del ejército». Se erigió un alto pilono que cerraba un gran patio en honor de Amón, en la explanada de Kárnak, y otros dos completaron la avenida del Sur. Según la costumbre, se emplearon

bloques de piedra procedentes de los templos de Atón, así como piedras de las construcciones hechas bajo Tutânkhamón y Ay, pero no hay que creer que el restablecimiento de Amón en su gloria fuera acompañado de una persecución sistemática del nombre de Atón (cuyos cartuchos dogmáticos rara vez fueron destruidos). El aparato ceremonial ritual de inhumación de Tutânkhamón conserva fórmulas de cariz amarniense y normalmente figuran las tradicionales menciones de Atón en las inscripciones contemporáneas a Horemheb y a los Ramsés. El «castillo de Atón», en Menfis, funciona todavía bajo Sethi I. La teología oficial se contentó con olvidar las expresiones propiamente atonistas. Bajo Horemheb apareció el *Libro de los pórticos* al lado del *Libro de la Sala Escondida*; insistía en el carácter contingente del disco, en la profundidad incognoscible del misterio divino. Evidentemente la crisis había obligado a toda una generación a replantearse su fe. La insistencia explícita sobre la unidad de Dios y sobre la permanencia de su acción, la atribución al Sol de la creación del género humano, el entusiasmado reconocimiento de su providencia, y la piedad personal se vuelven a encontrar en los escritos post-amarnienses. Estas nociones sólo se habían expresado antes muy ocasional e implícitamente; los egipcios aprendieron a formularlas por reacción contra la herejía. El abandono en que el régimen atonista tuvo a las antiguas costumbres imperiales había paralizado las escuelas de escribas: pese a la restauración de las humanidades clásicas, el neoegipcio siguió siendo la lengua de las cartas y de las inscripciones. En las artes plásticas, la reacción fue relativamente rápida. Los talleres amarnienses habían sido mediocres en las provincias y en centros como Menfis su influencia permaneció limitada. Los artistas de Tutânkhamón empezaron a representar figuras humanas con vientres menos hinchados y caras menos prognatas, y se afanaron por volver a los cánones de tiempo de Amenofis III, pero sabiendo conservar en ciertos

casos algunos rasgos de la ágil fantasía atonista: la tumba que Horemheb, aunque aún era general, se hizo construir en Saqqarah, proporciona una demostración perfecta de su habilidad.

Había nacido un nuevo Egipto, pero ahora debía defender sus posiciones en Asia. Algunos años antes de la muerte de Amenofis III los hititas, guiados por Shuppiluliuma, comenzaron a unificar Anatolia, para invadir a continuación Siria septentrional, donde se enfrentaron con Mitanni, aliado del faraón. Entablaron una larga lucha con este reino, que finalmente redujeron al grado de vasallo insignificante, y una lucha de desgaste con Egipto, absteniéndose por todos los medios de enfrentarse directamente con él. Ciertos aliados se encargaron de socavar la dominación egipcia en el valle de Orontes y en Fenicia. En Kadesh, un candidato ayudado por los hititas se opone al candidato del faraón, mientras que Abdiashirta y su hijo Aziru, aunque nominalmente seguían siendo súbditos del lejano Egipto, tratan mediante la violencia y el doble juego de conseguir un principado en Amurru. Los agentes de Amenofis III apenas reaccionaron ante estas amenazas. Si el viejo rey hubiese tenido como sucesor a un guerrero emprendedor, quizás algunas campañas reales hubieran restablecido el prestigio egipcio.

Diecisiete años de teología llevaron al desastre. Los comunicados diplomáticos de los archivos de el-Amarna, después de hacernos asistir a la deplorable pasividad de las oficinas de Amenofis III, nos hacen ver cómo se descompone un imperio. Ciertamente, los súbditos de Egipto agravan las amenazas que pesan sobre ellos y admiten la presencia de algunos soldados egipcios entre ellos, pero se quejan, con razón o sin ella, de la duplicidad de los comisarios del faraón y del escaso celo que ponen para reprimir los asaltos de las bandas irregulares y de los príncipes rebeldes. Palestina se precipita en la anarquía y los asuntos se complican aún más al norte de Galilea. Finalmente,

Shuppiluliuma somete definitivamente el puerto de Ugarit y el valle del Orontes. Aziru de Amurru cada vez presiona más al rey Ribaddi de Biblos que envía continuadas súplicas a el-Amarna; Biblos, puerto clave de Egipto desde tiempos inmemoriales, expulsa a su rey y pasa al enemigo. Reaccionando al fin, el-Amarna convoca a Aziru, lo retiene en Egipto y, después, lo pone en libertad; una vez liberado el príncipe de Amurru entrará oficialmente a formar parte de la alianza hitita. Palestina, donde Horemheb iría a implantar el orden bajo Tutânkhamón, quedó entera para Egipto, ahora rechazado al sur de una línea Biblos-Damasco, frontera a la que debió dedicar, en un momento dado, un tratado en buena y debida forma firmado con Shuppiluliuma. Egipto, que se rehacía, rompió pronto la paz: fue enviado un ejército, sin éxito, contra Kadesh, en el momento en que los hititas se enfrentaban a la resistencia encarnizada del desfallecido reino de Mitanni. El asesinato del esposo solicitado por la viuda de Tutânkhamón fue seguido de un asalto hitita a Palestina. Más tarde, Horemheb envió fuerzas hacia Siria, cuando Murshili II, sucesor de Shuppiluliuma, comenzó a tener dificultades con sus tributarios. Pero finalmente ni el faraón, que debía continuar restaurando su dominio, ni Murshili, al que retenían los sucesos de Anatolia, hicieron un esfuerzo militar considerable. Cuando Ramsés I pasó a ser rey, Egipto y los hititas permanecerían enfrentados.

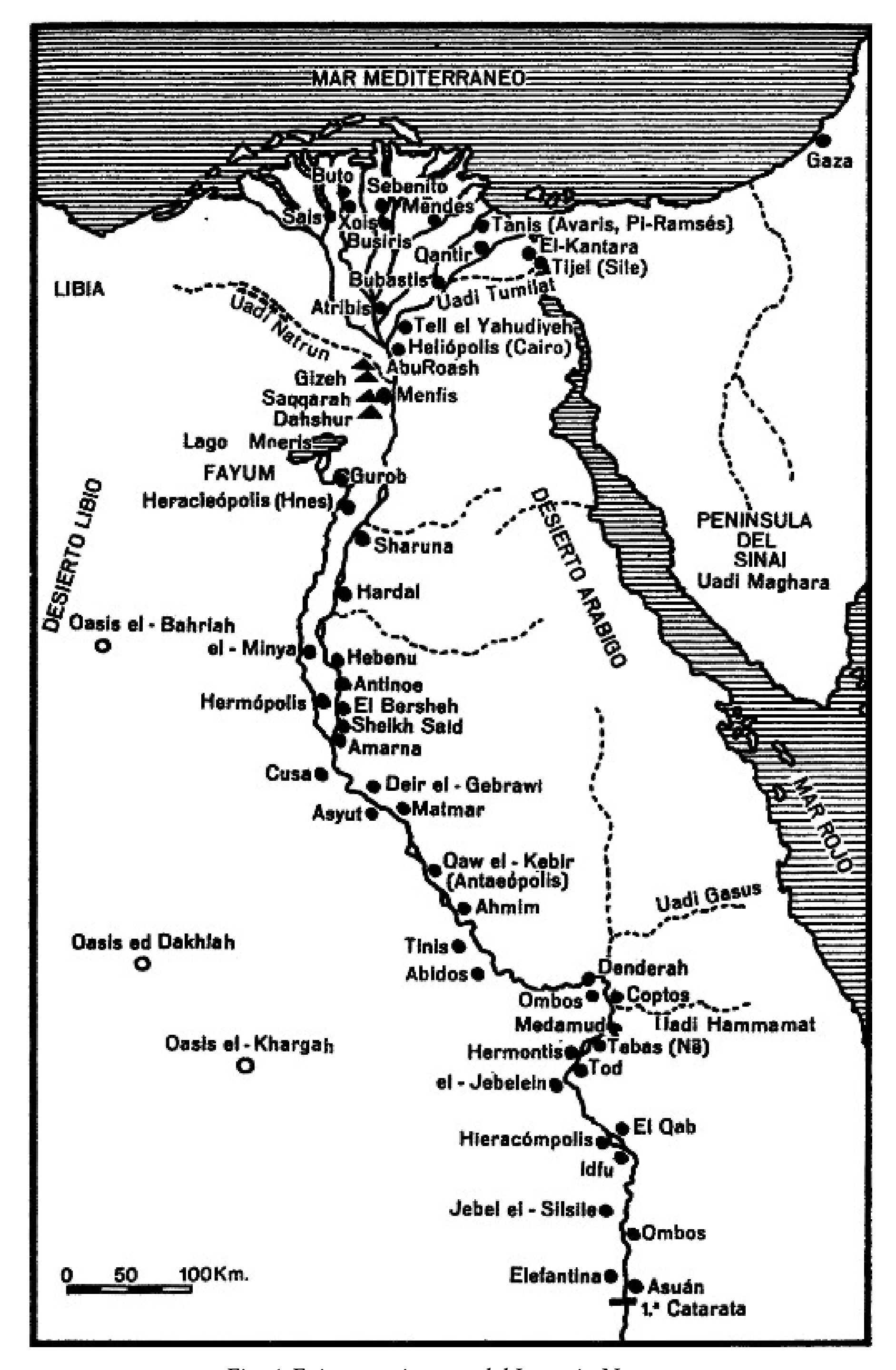


Fig. 6. Egipto en tiempos del Imperio Nuevo.

a) Comienzos de la Dinastía XIX: Ramsés I y Sethi I

Cuando Horemheb, antes general, pasó a ser rey, puso su confianza en Paramsés, oficial también del ejército y apenas algo más joven que él. La carrera de Paramsés se puede reconstruir con todo detalle gracias a las inscripciones de dos estatuas, en las que está representado en cuclillas y leyendo, que por merced real se le permitió colocar frente al décimo pilono del templo de Kárnak, junto a las estatuas del respetado visir y sabio Amenhotep, hijo de Hapu, de tiempos del rey Amenofis III. También contribuyen a esta reconstrucción las inscripciones de dos sarcófagos (el interior de granito rojo y el exterior de granito gris oscuro) que Paramsés proyectó para un cementerio cerca de la actual Gurob, próximo a la entrada del oasis del Fayum. Las estatuas todavía revelan que Paramsés, aunque en principio no fue sino un «jefe de arqueros», ya había avanzado a través de varios grados militares hasta el cargo de visir, portador de las plumas a la derecha del rey, lugarteniente de Su Majestad en el alto y bajo Egipto y príncipe hereditario en todo el país. En una fecha más tardía se hicieron modificaciones en los dos sarcófagos que muestran que ya había sido honrado por entonces con el título de hijo del rey, y que ya omitía el artículo definido, demasiado coloquial, con el que comenzaba su nombre, dejándolo en Ramsés, y enmarcándolo con el cartucho real, añadiéndole, incluso, el epíteto *miamūn*, «amado de (el dios) Amón». En lugar del epíteto funerario habitual «de palabra verdadera» tras de su nombre se indicaba ahora solamente «señor de la humanidad», que por lo demás sólo se empleaba como epíteto del propio dios Osiris. En resumen, no sólo era el primer personaje de Egipto después de Horemheb, sino también el presunto heredero del trono.

Así, pues, el futuro rey era, de nuevo un hombre de ascendencia no real, ya que el título de «hijo del rey» era puramente honorífico: Ramsés no era hijo de Horemheb ni de ningún otro rey, sino de un «jefe de arqueros», llamado Sethi, cuyo nombre dio Ramsés al hijo que tuvo con su mujer Tiu, insignificante cantora del dios Reʿ. La familia era oriunda de la parte nordeste del Delta, que, desde tiempo inmemorial, era la región del culto al impopular dios Seth, hermano y asesino del dios Osiris. El nombre de Sethi que llevaban el padre y el hijo de Ramsés no es sino una abreviatura del de aquél; probablemente la pronunciación egipcia del nombre era Setoye, de donde proviene la forma griega Sethos que aparece en la historia de Manetón. Parece que la familia consideró posteriormente a Seth como su primer antepasado. Tanto Ramsés como su hijo fueron durante algún tiempo comandantes de la fortaleza de Tjel (Sile en tiempos griegos), que defendía a Egipto por el nordeste, y se sabe que Sethi hijo fue sacerdote de varias divinidades del Delta.

Al igual que antes, en el caso de Horemheb, las razones de que el heredero al trono sea un soldado resultan obvias. Se trataba de la necesidad de una persona enérgica que se enfrentara a los inquietos vecinos orientales de Egipto en Palestina y Siria. Sin embargo, cuando murió Horemheb, tras un reinado bastante largo, Ramsés (el Ramsés I de los historiadores modernos) era demasiado anciano para atender a sus muchos deberes y tuvo que delegar parte de sus funciones en su hijo, como más tarde manifiesta Sethi en la dedicatoria que ordenó poner en la capilla funeraria que construyó para su padre en Abidos. No está claro cuánto territorio poseyó Ramsés I en Palestina o en Siria. Es cierto que en un templo de Betshán, cerca del mar de Galilea, se encontró un depósito de fragmentos de cerámica para cimientos que llevaban el cartucho de Ramsés, pero es posible que se pusieran allí una vez que la plaza se reconquistó durante el reinado de Sethi.

Que el reinado de Ramsés I fue muy breve, queda insinuado en la nueva tumba que como rey se hizo preparar en el tradicional lugar de enterramiento de los reyes de la XVIII Dinastía, el «Valle de los Reyes», en Tebas. La tumba es pequeña; contiene una cámara, ya que otras varias sólo se empezaron a construir. Tanto la decoración de la cámara mortuoria como la del nuevo sarcófago de granito, aunque muy cuidadas, son sólo pictóricas y no esculpidas. La antigua tumba de los dos sarcófagos de Gurob había quedado abandonada; los huesos encontrados en el sarcófago de granito rojo pertenecían a un jorobado menor de treinta años, razón por la que no podían ser los de Ramsés I, un hombre mayor con un hijo ya crecido y que había sido oficial. Sigue siendo inexplicable por qué el sarcófago interior fue transportado a Tebas, ya que se encontró oculto, enterrado fuera del rincón noroeste del muro que cercaba el templo de Medinet Habu.

De hecho la única inscripción fechada que poseemos del reinado de Ramsés I es una estela que se halló en un nicho a la izquierda de la puerta del pilono del templo de Buhen (cerca del actual Uadi Halfa). Está fechada en su «año 2, segundo mes de la estación de invierno, día 20», y conmemora la instauración de ofertas en el templo. Sin embargo, sus últimas líneas revelan que quien erigió realmente la estela fue su hijo y sucesor en el trono, Sethi I. Su texto es prácticamente idéntico al de otra estela situada a la derecha de la puerta; ambas son simétricas, pero esta última lleva la fecha de «año 1, cuarto mes de verano, último día», de Sethi I. Por esta razón parece que ambas estelas fueron erigidas en la misma época y que sus dos fechas son muy próximas, con mayor probabilidad dentro del mismo año del calendario. Si ello es así, Ramsés I murió en el segundo año de su reinado.

La importancia de Ramsés I se debe menos a las realizaciones de su breve reinado que al hecho de haber llevado al poder

una nueva dinastía. Esta dinastía, la decimonona en la estimación de Manetón, se esforzó enérgicamente en restaurar el imperio fundado por sus predecesores y en preservarlo de ataques procedentes del exterior.

Es igualmente posible que el prenombre de Menpehtire', nombre que adoptó Ramsés I cuando subió al trono, sea el origen de Menofres, con el cual el astrónomo griego Teón de Alejandría da comienzo a una era a la que llama «apó Menophreōs». Normalmente se coincide en considerar que no se trata sino del periodo sotíaco que comienza en el 1320 a. C. Si los nombres de Menpehtire' y Menofres realmente fueran idénticos se podría obtener una datación astronómica válida en torno a la cual se podría fijar con bastante seguridad el reinado de Ramsés I. Los especialistas aceptan hoy como fecha de su muerte la de 1309 o 1304, obtenida por otros medios. La existencia de un nuevo período sotíaco cuyo comienzo coincidiera con el del reinado de Sethi I esclarecería asimismo la razón de que los dos primeros años de este reinado reciban el nombre de «Repetición del Nacimiento» y la de que el propio rey adoptara la expresión «Repetidor del Nacimiento» como uno de sus nombres o títulos: el llamado de las «Dos Damas». Todo ello se referiría en tal caso a la nueva era y sería entonces bajo el reinado de Ramsés I cuando durante cuatro años, a principios del período sotíaco, la estrella Sirio (Sothis) apareció al amanecer en el mismo momento que el sol.

Pero aun cuando se llegara a demostrar que la hipótesis aquí expuesta era inaceptable, el nombre «Repetidor del Nacimiento» debe de alguna forma darnos a entender la decisión del nuevo faraón de hacer partir de su reinado un nuevo período de la historia egipcia con miras a recuperar el primitivo poderío y gloria de la nación. Como llegó al trono poco después de los cincuenta años, tuvo la suficiente energía y vigor para poner en práctica su decisión, y a su muerte, ocurrida unos quince

años más tarde, transmitió a su sucesor un imperio que igualaba en extensión cualquiera de los conquistados anteriormente por un soberano egipcio. Sin embargo, para alcanzar tales objetivos, hubieron de tener lugar grandes combates en las tres fronteras del país.

Los relieves e inscripciones de los muros exteriores septentrional y oriental de la gran sala hipóstila del tempo de Kárnak, son la fuente más extensa sobre las guerras de Sethi I. Sus escenas de batallas a gran escala son las primeras muestras existentes de un género que fue más tarde imitado por algunos de los sucesores de Sethi. Estos relieves se complementan últimamente con las listas de las ciudades y países conquistados, del tipo de las que los faraones acostumbraban a poner en sus monumentos desde tiempos del gran conquistador Thutmosis III. Por último, algunas estelas de Sethi I encontradas en distintos lugares de Palestina, Siria y Nubia, a las que volveremos a referirnos individualmente, han aportado nuevos pormenores.

Los relieves de Kárnak están colocados en los muros de una manera casi desordenada, y para que den una descripción de las campañas deben, en primer lugar, ordenarse de acuerdo con lo que parece ser su orden lógico. Actualmente constan de veinte escenas separadas, ya que algunas otras de la hilera superior se han perdido.

Tan pronto como Sethi I ascendió al trono se puso en marcha (o, mejor dicho, condujo su carro de combate) por el camino que llevaba desde la fortaleza fronteriza egipcia de Sila (hoy Tell Abu Safah, cerca de el-Kantarah), y a través del desierto de la península del Sinaí a poca distancia del Mediterráneo, hasta Rafia (actual Rafa) en la frontera de Palestina. El camino está flanqueado por algunos pozos, excavados con el fin de que abastecieran del agua necesaria durante la travesía del desierto; todos ellos están fortificados, precaución necesaria contra los merodeadores shasu, nómadas semitas. No está suficientemen-

te claro si la incursión contra éstos y su derrota tuvieron lugar en este momento o al regreso del norte. La última de estas hipótesis parece más probable; los shasu, aunque eran molestos, no eran, sin embargo, lo suficientemente peligrosos como para impedir que el rey se dirigiera con rapidez hacia Palestina.

Hay otras tres escenas que se refieren a la campaña. La primera representa la toma de una ciudad fortificada de Canaán, que no se nombra; parece que estuvo situada cerca del término del camino del desierto y podría tratarse de la importante ciudad de Gaza. La segunda escena describe otra batalla y la posterior rendición de la ciudad de Jenoam. Evidentemente a esto siguió la sumisión de los reyes del Líbano que se muestra en la tercera escena. Los reyes se esfuerzan en ganarse las simpatías de su conquistador mediante la adulación y la tala de cedros de los que tan urgente necesidad tenían los egipcios para la construcción de sus grandes embarcaciones y de los mástiles de éstas. La ciudad de «Zeder de la tierra de Hinnom» aparece junto al bosque de cedros; ni la ciudad ni el país nos son conocidos por otras fuentes. Existen muchas probabilidades de que pueda identificarse con la moderna Tell el-Naam, a nueve kilómetros al suroeste del mar de Galilea, lo que por sí solo constituiría una prueba de que, ya en su primer año de reinado, Sethi I penetró hasta la frontera septentrional de Palestina. Afortunadamente esto queda confirmado por dos estelas que erigió en Betshán y que amplían con numerosos detalles la escasa información geográfica de los relieves de Kárnak. La primera de estas estelas, también fechada en el año 1 y bastante bien conservada, narra cómo el enemigo establecido en Hamath había reunido un gran ejército y había tomado Betshán, y cómo habiéndose aliado con los habitantes de Pahal impidió al rey de Rahab salir de su ciudad. El faraón, cuyo cuartel general no se menciona, envió tres destacamentos de su ejército contra Hamat, Betshán y Jenoam, que tomaron en un solo día estas tres ciudades. Pahal

(actual Fahal) se encuentra al este del Jordán. La parte superior de una estela de Sethi I en la actual Tell el-Shihab, a bastante distancia al este del Jordán, atestigua las conquistas de Sethi en estos lugares. Rahab está situada enfrente, junto al margen occidental del río, y Betshán, donde se descubrió la estela, a cierta distancia de Rahab por el norte. Sin embargo, el combate tuvo lugar al suroeste del mar de Galilea, y Betshán había sido, y siguió siendo, una vez recuperada, uno de los puntales de la ocupación egipcia en la zona. La otra estela de Betshán es sólo un fragmento y la fecha está rota. Pese a ello, la escritura de su inscripción sigue una dirección poco habitual, de izquierda a derecha, lo que hace suponer que esta estela estaba situada simétricamente frente a la primera estela completa y que por esta razón, como esta última, estaba también fechada en el año 1. Un estudio detenido de su muy desgastada superficie ha sacado a relucir el relato del enojo del faraón cuando se le informó de que los apiru de la montaña de Yarmatu unidos a los tayaru estaban atacando a los habitantes de Ruhma. Envió a la infantería y a los carros de combate que rápidamente restablecieron la paz y regresaron en el término de dos días. Los lugares mencionados en esta segunda estela aún no pueden identificarse, pero no deben estar muy lejos de Betshán. Piensan algunos autores que los apiru son los hebreos nómadas y seminómadas que, desde hacía unos cincuenta años, habían ido penetrando en Palestina desde el este y que se habían establecido allí, haciendo la guerra a la población aborigen. Las dos estelas de Betshán muestran que la causa de la intervención egipcia fue una inquietud general en el país que estaba acompañada por luchas locales, más que cualquier hostilidad sentida por el pueblo hacia los egipcios.

Se ha admitido que Sethi I siguió en su guerra asiática la estrategia antes adoptada por Thutmosis III en su conquista de Palestina y Siria. Por tanto posiblemente Sethi I, una vez con-

quistada esta primera, siguió en dirección oeste hasta el mar con el fin de dejar seguros los puertos antes de volver a aventurarse por el interior de Siria. No cabe duda de que tuvo lugar una campaña semejante a lo largo de las costas, aunque quizá no en el primer año de su reinado. Desgraciadamente se han perdido los relieves de la hilera superior de Kárnak, que se supone hacían referencia a esta parte de las guerras de Sethi I. Sin embargo, la lista de países y ciudades que conquistó contiene un buen número de nombres que pueden, con una cierta garantía, identificarse con localidades modernas que se extienden aproximadamente entre Betshán y la costa de Acco, ya que fueron seguidas por otras durante la marcha hacia el norte a lo largo de la costa, hasta más allá de Tiro.

Desde la costa (y quizá también en este caso en un periodo posterior de su reinado) Sethi I penetró en el interior de Siria, ya que el único relieve conservado en la hilera superior de la derecha de la puerta de la sala hipóstila habla de la conquista de la tierra de Amurru y de la ciudad de Kadesh más al norte del río Orontes. De hecho se ha confirmado que Sethi I tomó esta ciudad gracias al fragmento de una estela que lleva su nombre encontrado en Tell Nebi Mend, emplazamiento de la antigua Kadesh. Cerca de allí hubo de tener lugar la batalla que Sethi I libró contra los hititas que, procedentes del norte, habían penetrado en Siria. Él, desde luego, presenta la batalla como una victoria. Esto puede haber sido cierto, pero los acontecimientos del reinado de su hijo y sucesor demuestran que no se trató de un éxito en modo alguno definitivo.

En fecha desconocida, Sethi I combatió también en la frontera occidental de Egipto, y entre los relieves de Kárnak figuran dos batallas victoriosas contra los libios, y una estela de su cuarto u octavo año, encontrada en Amara, en el Sudán occidental, relata su campaña contra una desconocida tierra nubia de Irem. No obstante es probable que el poder de los egipcios

en Nubia no fuera objeto en ningún momento de amenazas serias. En Jebel Barkal se encontró una estela del undécimo año de Sethi I que es la última conocida de su reinado, y, aunque está muy dañada, se lee en ella una referencia a «La Montaña Sagrada», nombre egipcio de Jebel Barkal, lo que prueba que la estela se hallaba en su emplazamiento originario.

Sethi I, para hacer más fácil el viaje a través del árido desierto hasta las minas de oro próximas al Mar Rojo, mando cavar un pozo a unos 56 kilómetros al este de Idfu, en el alto Egipto, y cerca de él se excavó en la roca un pequeño templo. Una inscripción de su noveno año, sobre los muros del templo, narra el nombramiento de «lavadores de oro» en las minas con el fin de proporcionar oro para el templo de Abidos. Este templo de dos pilonos, dos patios, dos salas hipóstilas y numerosos santuarios dedicados a distintos dioses en su parte trasera, está construido enteramente de piedra caliza y adornado con relieves que figuran entre los ejemplares más bellos del arte egipcio. Estos relieves son verdaderos relieves y no los «relieves en hueco» de los sucesores de Sethi I; aunque no tan vigorosos como los relieves de los Imperios Antiguo y Medio, superan a éstos en delicadeza de línea y en la fina elaboración del detalle. Detrás del templo hay una curiosa construcción subterránea de la que se piensa que es un cenotafio de Sethi I. Éste no llegó a concluir el templo ni el cenotafio y en particular su decoración se llevó a término bajo sus dos sucesores inmediatos.

La auténtica tumba de Sethi I en el «Valle de los Reyes», en Tebas, es la mayor de aquel lugar, pues sus corredores y salas penetran en la roca unos 100 metros. La decoración, inscripciones y representaciones de las delgadas capas de estuco que cubren las paredes son de una calidad tan alta como las del templo de Abidos, si bien no están todas en relieve; algunas de las paredes no están terminadas y su decoración está aún sólo delineada.

Sin embargo, el templo funerario de Tebas, que Sethi I construyó para su padre y para él en Kurnah, está construido completamente con piedra arenisca, aunque es mucho menos perfecto que el templo de piedra caliza de Abidos. La piedra arenisca para el templo de Kurnah, igual que la de la grandiosa sala hipóstila que Sethi I comenzó en Kárnak (en cuyo muro exterior se encontraron los relieves de batallas), procedía de las canteras de Jebel el-Silsile, como atestigua una estela del año sexto de este lugar. El tamaño en que se proyectaron estas construcciones era excesivamente grande para que pudieran concluirse en su relativamente corto reinado. Cuando Sethi I murió a sus sesenta y tantos años, aún fuerte y bien conservado, tocó a su hijo y sucesor, Ramsés II, la tarea de terminar las obras con éxito.

b) Ramsés II

El nuevo rey hubo de resolver muy a comienzos de su reinado un importante problema: el nombramiento de un alto sacerdote de Amón en Tebas. Éste era el cargo sacerdotal de más peso en el país, y quedó vacante a la muerte del alto sacerdote Nebentēr, cuyo hijo Paser había sido visir desde tiempos de Sethi I, con lo que ocupaba el segundo puesto en la administración, inmediatamente tras el rey. Ramsés deseaba apartar del alto sacerdocio a esta poderosa familia tebana. Consiguió que ocupara el cargo un hombre nuevo, Nebuenenef, que había sido alto sacerdote de Onuris (Enhūre) en Tinis, cerca de Abidos. El nombramiento tuvo lugar durante la celebración del festival tebano de Opet al que asistió personalmente Ramsés II. Nebuenenef fue presentado oficialmente como el elegido del propio dios Amón-Reʿ. Cuando la estatua del dios era llevada en procesión por la capital se había ido sometiendo a su elección los nombres de varias personas, entre las cuales figuraban corte-

sanos, soldados y sacerdotes. El dios no hizo el menor signo de aprobación hasta que se mencionó el nombre de Nebuenenef. Parece indudable que se atendió con ello al deseo del rey, el cual hizo un alto en su viaje hacia el norte de Tebas para dar en persona la noticia a Nebuenenef e imponerle las insignias de su nuevo cargo. Con este motivo Ramsés visitó el cercano Abidos, donde ordenó completar el templo funerario de su padre, que quedó inconcluso a la muerte de Sethi I.

Se dice que, desde Abidos, Ramsés se dirigió hacia el norte a Pi-Ramsés-miamūn, «Casa de Ramsés miamūn», ciudad del nordeste del Delta que había sido elegida como residencia. Está en la parte de Egipto de donde procedían los antepasados de Ramsés; su situación cerca de Palestina y Siria, posesiones que pronto tuvo que defender Ramsés, la hacían mucho más adecuada para residencia y capital que la apartada Tebas. Es evidente que si ya en los primeros años del reinado se hacen referencias a la ciudad, es porque no era una ciudad de nueva planta, sino que debía tratarse de un antiguo asentamiento al que Ramsés puso un nuevo nombre, Ramsés-miamūn, es decir, «Ramsés amado de Amón», que era entonces la forma completa de su nombre de rey. Más tarde, tras las campañas asiáticas, el nombre de la ciudad se alargó: «Casa-de-Ramsés-amado-de-Amón-Grande-en-las-Victorias»; en los reinados siguientes se hace referencia a ella como «Casa-de-Ramsés-ralamün-el-Gran-Espíritu-del-Sol-Horus-en-el-Horizonte». Aunque no caben dudas sobre el emplazamiento aproximado de la ciudad, su posición exacta ha sido objeto de múltiples controversias y aún no se ha establecido ni mucho menos. Se ha propuesto identificarla con una ciudad próxima al mar en la frontera de Asia, que posteriormente se llamó Pelusio; algunos especialistas, en cambio, afirman que estaba un poco al oeste de Pelusio y que era simplemente la Avaris de los hicsos, la Tanis de los tiempos posteriores a la XXI Dinastía. Otras hipótesis más difí-

cilmente justificables señalan a la actual Kantir, a unos 20 kilómetros al sur de Tanis. La mejor atribución parece ser Tanis, tanto porque el tamaño de sus ruinas, actualmente en San-el-Hagar, es lo bastante importante para una capital norteña, como porque aún hoy el lugar está plagado de restos de numerosos monumentos de Ramsés II.

Ramsés II, antes de pasar a ocuparse de Asia, tuvo que hacer frente a un ataque de los piratas sharden, luego habitantes de Cerdeña, a la que dieron nombre, si bien probablemente en aquella época estuvieran establecidos en las islas del mar Egeo. Ramsés logró aplastar con éxito el desembarco de los sharden y debió hacer gran número de cautivos que quedaron incorporados al ejército egipcio. La derrota se menciona en una inscripción del año 2, razón por la que es evidente que tuvo lugar a comienzos del reinado. Algunos años más tarde los belicosos sharden figuran como guardia personal del rey, de la mayor confianza de éste. Parece verosímil que el ataque marítimo de los sharden se acompañara o coincidiera con una invasión de los libios, vecinos occidentales de Egipto, como volvió a suceder posteriormente, durante el reinado del sucesor de Ramsés II. Sea como fuere, las guerras libias se nombran en el fragmento de una estela de Ramsés II encontrado en el-Alamein, donde Ramsés construyó una fortaleza para proteger sus fronteras occidentales.

Una vez seguros el norte y el oeste del Delta, Ramsés pudo concentrar su esfuerzo en responder a la situación mucho más grave que tenía planteada en el este, pues los hititas, cuyo avance en Siria había detenido temporalmente Sethi, volvían a reanudarlo hacia el sur bajo el rey Muwatalli. Tres estelas de piedra de Ramsés II, una de ellas claramente fechada en su año cuarto, encontradas en la desembocadura del río, hoy llamado Nahr-el-Kelb (al norte de Beirut), muestran que en aquel tiempo los egipcios tenían asegurada la posesión de la costa de

Amurru. Esto era un factor de gran importancia, ya que el río Nahr-el-Kelb permitía el transporte rápido de los abastecimientos traídos por mar. Sin embargo, Ramsés II, en su quinto año, emprendió con su ejército la marcha por el norte hasta Siria, partiendo de la fortaleza fronteriza de Tjel. Probablemente no encontró resistencia a su paso por Palestina, ya que un mes más tarde los egipcios estaban en el valle del río Orontes, en una posición desde la que tenían al alcance de la vista a la ciudad de Kadesh, que se había convertido en aliada de los hititas.

Sobre la batalla que entonces iba a comenzar tenemos más información que sobre cualquier otro hecho de la historia militar egipcia. Procede aquélla de una obra literaria, antes considerada erróneamente un poema, y de unos relieves de batallas acompañados de leyendas muy detalladas. Una y otros se encuentran en las paredes de varios templos de Egipto y Nubia; con ello se puede obtener una idea bastante clara de los distintos momentos de la batalla.

El ejército egipcio, cuyas fuerzas se calculan en unos 20 000 hombres, había penetrado en el valle del Orontes desde la costa y a través del Líbano y continuaba avanzando hacia el norte en cuatro divisiones. Estas divisiones llevaban los nombres de los principales dioses egipcios, ya que se conocían como las divisiones de Amón, Re', Ptah y Seth, y guardaban este orden en la marcha con un intervalo entre ellas. Ramsés, con su guardia personal, marchaba al frente de la división de Amón. Un poco antes de que, en Shabtuna (actual Ribleh), cruzara el río Orontes desde su banda derecha a la izquierda, se unieron a los egipcios dos beduinos que dijeron ser desertores del ejército hitita. Según ellos dicho ejército estaba a unos 160 kilómetros al norte, cerca de Alepo. Efectuado el paso del Orontes, Ramsés con su comitiva cruzó rápidamente la llanura y se detuvo para acampar al noroeste de la fortificada Kadesh. Mientras que la división de Amón seguía atravesando la llanura, la de Re' estaba

a punto de cruzar el Orontes, y las otras dos aún estaban mucho más al sur, y no se divisaban todavía. Para atacar la ciudad, Ramsés tenía que esperar la llegada de sus divisiones, y fue entonces, a primera hora de la tarde, cuando se capturó a dos espías hititas en las proximidades del campamento; golpeados con palos, revelaron noticias sorprendentes: el rey hitita, con un poderoso ejército cuyos componentes había reunido por toda Asia Menor, estaba oculto al otro lado de Kadesh, al nordeste de la ciudad. A Ramsés no le sirvió de nada regañar a sus oficiales por haber explorado mal el campo; más útil le fue, sin embargo, enviar al visir y a otro mensajero en carros para que apresuraran el avance de las tropas. Mientras tanto los hititas se habían trasladado con rapidez al sur de la ciudad, allí cruzaron por otro vado e inmediatamente atacaron a la división de Re', que aún estaba en plena marcha y sin la menor preparación para la lucha. La división fue derrotada y comenzó a huir hacia el campamento y el lugar donde estaba el faraón. Ramsés, en su carro de combate, se precipitó en la batalla, «solo, cuando nadie estaba con él», según solía decir después. Esto no parece probable que sea completamente cierto; su guardia personal debió ayudarle a abrir brecha entre los carros de combate hititas, que según él eran 2300. Sea como fuere, es un hecho que mostró un gran valor, pero lo que vino a salvar la situación fue el retraso con que los hititas comenzaron el saqueo del campamento egipcio después de haber penetrado en él. Ello permitió que un destacamento egipcio de reclutas que venía del noroeste, de la costa de Amurru, los sorprendiera y destruyera. La lucha abierta en la llanura debió durar varias horas; finalmente los componentes del cuerpo de carros hititas fueron muertos o rechazados hacia el Orontes, donde muchos de ellos se ahogaron, mientras que su rey, que los veía desde la otra orilla del río, se encontraba en la imposibilidad de ayudarlos. El relato egipcio contiene los nombres de varios distinguidos guerreros hititas

que perdieron la vida en la batalla, pero las pérdidas egipcias no fueron menos graves. La mejor prueba de ello es que no se dice que Kadesh fuera reconquistada; es evidente que Ramsés se retiró hacia el sur con el fin de reorganizar su ejército. Al menos las posteriores relaciones amistosas entre los hititas y la gente del territorio de Amurru parece que lo sugieren así, si bien las fuentes egipcias presentan los acontecimientos bajo un prisma diferente. Según éstas, por la mañana se reanudaron los combates victoriosos que continuaron hasta que el rey hitita envió una carta en la que ofrecía la sumisión y la paz. Ramsés leyó el mensaje a sus oficiales, que no vieron el menor inconveniente en aceptar la oferta, y, con la aprobación de éstos, Ramsés se retiró con su ejército a Egipto y a su residencia del Delta. Quizá podamos interpretar estos hechos como una tregua momentánea ya que continuaron los choques intermitentes contra los hititas, pues el relieve que presenta a Ramsés luchando al frente de sus tropas contra Dapur, «ciudad de hititas» próxima a Tunip, a medio camino entre Kadesh y Alepo, debe referirse a un momento posterior. También aquí Ramsés dio muestras de su valor personal, pues sólo se puso su armadura después de dos horas de lucha. Se podría fijar la fecha de esta hazaña en el caso de que la Dapur allí citada fuese la Dapur de la tierra de Amurru que figura en una lista de ciudades que en su mayoría conquistó Ramsés II en su octavo año. Otros nombres de la lista pertenecen, al parecer, a ciudades más meridionales; entre ellas figura Caná de Galilea. En cualquier caso es evidente que tres años después de la batalla de Kadesh aún había guerra en el norte de Palestina.

No se firmó un tratado de paz entre Egipto y los hititas hasta el año vigésimo primero del reinado de Ramsés. Dos mensajeros enviados por el rey Khattushili llegaron a la residencia del Delta llevando una tablilla de plata en la que figuraba el texto del tratado en lengua babilónica y en escritura cuneiforme.

Partes de la versión babilónica se conservan en fragmentos de dos tablillas de arcilla que se encontraron en la capital hitita (actual Boğazköy), y dos copias de la traducción al egipcio, una de ellas completa, han llegado hasta nosotros en grandes estelas de dos templos de Tebas.

Las dos partes, Ramsés II y Khattushili, recuerdan en primer lugar la paz anterior y la guerra reciente, a continuación declaran válido el nuevo tratado para su tiempo y el venidero, renuncian a cualquier posterior conquista territorial, y se prometen ayuda frente a los enemigos exteriores, así como la mutua extradición de los refugiados y emigrantes políticos. Se pone por testigos a varios dioses egipcios e hititas, se profieren maldiciones contra cualquiera que, en el futuro, violare el tratado y se bendice al que lo observare.

Por desgracia, en el tratado no se especifican las fronteras, por lo que no se conoce con seguridad la extensión del poder egipcio en Siria; por supuesto, Palestina nunca había sido objeto de disputa y estaba sin discusión en manos egipcias; aunque es posible que esporádicamente fuera preciso intervenir en ella.

La paz se confirmó trece años más tarde, cuando el rey hitita envió a su hija mayor, acompañada por una larga comitiva portadora de regalos, para esposa del ya entrado en años Ramsés II. Todo esto se narra, junto con el correspondiente elogio de Ramsés, en una larga inscripción de la que se han encontrado cuatro ejemplares a bastante distancia, dos en Egipto y dos en Nubia. Y algo más tarde se envió a Egipto a la hermana más joven de la princesa hitita, también con muchos regalos; el texto que narra este episodio está suficientemente fragmentado como para que no pueda saberse con seguridad si el fin del viaje fue el matrimonio con Ramsés II o sólo una visita a su hermana.

El reinado de Ramsés II tuvo la inusitada duración de sesenta y seis años. Durante este tiempo el faraón llevó a cabo realizaciones arquitectónicas con una actividad de la que es difícil darse idea. Muchas de sus construcciones, especialmente las de su residencia del Delta, han desaparecido completamente, pero aún más al sur, en el alto Egipto y Nubia, difícilmente se encuentra una ciudad a la que no dotara de algún monumento. En Abidos y Tebas, no sólo terminó los templos funerarios de su padre, sino que construyó otros dos para él. La calidad de la ejecución y la decoración del de Abidos puede casi parangonarse con la de su padre, pero el arte del templo de Tebas (el Rameseo) es claramente inferior. Pese a ello su tamaño y decoración impresionaron al historiador griego Diodoro, o a la fuente de éste, que llama al edificio la tumba de Osimandias, voz que no es más que una forma desfigurada de Usimare‘, prenombre de Ramsés II. Las grandes escenas de batallas de Ramsés II, tanto las de este lugar como todas las otras, contribuyeron en buena medida a configurar el heterogéneo personaje de Sesostris, el gran rey conquistador egipcio de los autores clásicos.

Ramsés terminó en Kárnak la gran sala hipóstila del templo de Amón, ampliándola hasta una extensión de algo más de 5500 metros cuadrados donde se contiene un bosque de 134 columnas dispuestas en dieciséis hileras. Las columnas de las dos filas centrales, con sus capiteles, miden más de 24 metros de altura y las otras más de 12.

En Nubia se excavaron, total o parcialmente, seis templos en las piedras areniscas del estrecho valle del Nilo en los actuales Beit el-Wali, Garf Husein, es-Sebua, Derr y Abu Simbel. Todos ellos estaban consagrados a los tres grandes dioses egipcios: Amón-Re‘, de Tebas; Ptah, de Menfis, y Harakhte, de Heliópolis; sólo un pequeño templo de Abu Simbel estaba dedicado a la diosa Hathor y a Nefertari, primera reina de Ramsés. Los dos templos de Abu Simbel están excavados en la piedra completa-

mente; a ambos lados de la entrada del mayor de ellos hay dos pares de colosales estatuas sedentes de Ramsés II, también talladas en la roca, cada una de las cuales mide más de 19 metros de altura. No siendo el terreno adecuado para una excavación de este tipo por falta de quebradas, tres templos situados más al sur (en Aksha, en Amara y también probablemente en Jebel Barkal) fueron construidos con bloques de piedra y gran parte de ellos ha desaparecido.

c) *Merenptah y la invasión libia*

Los doce hijos mayores del prolífico Ramsés II murieron antes que su padre; por ello fue el treceavo, Merenptah (Mineptah) quien subió al trono en el año 1223 a. C. Difícilmente puede ser casual el que no se conserven escenas de batallas comparables a las de su padre y su abuelo; como tampoco hay grabados de ningún hecho histórico que se le pueda atribuir, es probable que él no guiara personalmente a su ejército, sino que dirigiera las operaciones desde su residencia del Delta, llamada ahora (después de la muerte de su padre) «Casa-de-Ramsés-Amado-de-Amón-el-Gran-Espíritu-de-Re‘-Harakhte».

Los hititas, por el extremo norte, no eran ya un peligro; su poder estaba en declive. Durante el reinado de Ramsés II sus campos se habían visto azotados por años de malas cosechas y Merenptah hubo de enviarles de nuevo barcos con cargas de grano. El peligro que esta vez amenazaba a Egipto procedía del oeste. Durante generaciones, los libios habían ido cruzando la frontera occidental e introduciéndose como emigrados en el Delta, donde los egipcios habían abandonado grandes terrenos de pastos dejándolos a los recién llegados. En el reinado de Merenptah la penetración libia alcanzó el canal que parte del Nilo, desde Heliópolis, en dirección nororiental. Ahora había tiendas

libias plantadas frente a la ciudad de Bubastis, e incluso Heliópolis y Menfis corrían peligro de quedar sumergidas por oleadas de libios.

Durante el quinto año de Merenptah hubo noticias de un vasto movimiento del pueblo de Libu, que más tarde dio su nombre a Libia y que con ello aparece por primera vez en la historia. Los mandaba su jefe Marayey, hijo de Did, al que acompañaban sus doce mujeres y sus hijos, lo que indica a todas luces su intención de establecerse permanentemente en Egipto. Con él estaban aliados no sólo los meskhenet, otra tribu libia que ya conocían los egipcios por anteriores choques, sino también las gentes de Luka, Sharden, Akiwasha, Tursha y Sheklesh. Los luka y sharden ya habían sido aliados de los hititas contra Ramsés II en la batalla de Kadesh, y por aquel entonces debieron habitar las costas meridionales de Asia Menor. Al igual que los akiwasha, tursha y sheklesh, en este momento se dirigían hacia el oeste cruzando el Mediterráneo, con el fin de unirse a los libios en un intento de invasión de Egipto. Debido a la semejanza de sus nombres se cree que los luka son los primitivos licios, y los sharden, akiwasha, tursha y sheklesh se han identificado con los sardos, aqueos, tirsios (esto es, etruscos) y sicilianos. Esta identificación ha sido puesta en duda por algunos especialistas, pero tan gran semejanza de nombres difícilmente puede ser fortuita.

Las primeras noticias de esta amenaza procedente del oeste llegaron a Merenptah durante el segundo mes de la estación de verano; inmediatamente comenzó éste a reunir un gran ejército, tanto de infantería como de carros. El primer día del tercer mes del verano ya estaba el enemigo en la frontera occidental de Egipto, cerca de la ciudad de Pi-ire, cuya posición exacta no se ha logrado fijar aún. El ejército egipcio le atacó dos días más tarde y tras seis horas de batalla le derrotó. El jefe Marayey pudo escapar, pero abandonando todas sus posesiones, incluso

sus sandalias, su arco y su carcaj. Sus mujeres fueron capturadas y seis de sus hijos perecieron en la batalla. En cuanto a él, al abrigo de la noche, pasó ante la «Fortaleza del Oeste» y volvió a su país, pero más tarde el comandante de la fortaleza notificó que los libios habían nombrado jefe a uno de sus hermanos y que no se sabía si él estaba vivo o muerto.

El descontento de los libios con Marayey es muy comprensible si sus pérdidas y las de sus aliados corresponden a las que dan los egipcios. Según estos últimos, fueron capturados unos 9000 hombres y unos 6000 cadáveres cubrieron el campo de batalla. A la residencia del faraón se llevaron las manos y órganos genitales de los muertos y al salir aquél a la ventana se le presentaron como prueba de la victoria. Esto confirma nuestra conjetura de que el rey no había tomado parte activa en la batalla.

Una año más tarde el virrey de Nubia, Mesuy, el «Hijo del Rey de Kush» según título oficial, hizo componer y grabar una inscripción laudatoria de la victoria de Merenptah sobre los muros a la entrada de los templos de toda su provincia. Nos han llegado cuatro versiones fragmentarias de esta inscripción en los templos de Vadi es-Sebua, Aksha y Amara; se puede reconstruir el texto prácticamente completo, y gracias a él hemos conseguido algunos detalles complementarios, especialmente en lo que se refiere al cruel destino de los prisioneros, que fueron empalados al sur de Menfis. No es probable que se les trasladara a tanta distancia con este solo objeto y quizá podríamos suponer por esta razón que el campo de batalla de Pi-ire no se encontraba lejos de allí. En tal caso, los libios no llegaron a Egipto desde el oeste del Delta, sino que, evitando las fortalezas fronterizas, atravesaron el desierto y entraron en Egipto por algún lugar situado entre el Fayum y Menfis. El trato inhumano dado a los prisioneros, sin paralelos en la historia egipcia, sólo se puede explicar como castigo por los crímenes cometidos

contra la pacífica población campesina egipcia «cuando (éstos) pasaban su tiempo yendo de un lado a otro de la tierra en la lucha cotidiana por llenar sus cuerpos» como pone en la inscripción de Merenptah en Kárnak.

El panegírico de Mesuy contiene referencias a las medidas punitivas que se adoptaron en Nubia, probablemente con motivo de rebeliones locales, pero no da más detalles. Más importante es el calificativo que da a Merenptah de «sojuzgador de Gazer», ciudad de Palestina; la intervención militar de Merenptah en este país está confirmada por la estela de granito del rey descubierta en 1896 en el templo funerario de Merenptah, en Tebas. Aunque la finalidad principal de la inscripción es exaltar la victoria del rey sobre los libios (está fechada el mismo día de la batalla de Pi-ire) las frases finales contienen interesantes referencias a la situación en Asia: «Azotan a Canaán todos los males, se ha tomado Ascalón y sojuzgado Gazer, se ha hecho que Jenoam parezca no haber existido nunca, Israel está asolado y no tiene grano, Kharu (o sea, Palestina y Siria) ha pasado a ser viuda de Egipto». Por contener la mención más antigua fechada del nombre de Israel, única conocida hasta ahora en los textos egipcios, la inscripción se ha hecho famosa como «Estela de Israel», tanto más cuanto que muchos especialistas habían pensado que Merenptah era precisamente el faraón del éxodo. Se ha intentado explicar de diversas formas la presencia de Israel en Palestina en los primeros años del reinado de un rey del que se dice en la narración bíblica que murió con su ejército cuando perseguía a los israelitas que abandonaban Egipto. Como cabe esperar que a algunos lectores les interese saber la opinión de los egiptólogos sobre el relato bíblico, tal vez no estén de más algunas líneas al respecto.

Sobre la estancia de los israelitas en Egipto y sobre su éxodo no hay en las fuentes egipcias ni información ni siquiera alusiones a ella. Como en el relato bíblico se dice que los judíos tra-

bajaron en la construcción de la ciudad de Ramsés (que evidentemente recibió este nombre de un rey Ramsés) se solía concluir que el faraón opresor era el gran constructor Ramsés II, y su sucesor Merenptah el faraón del éxodo. Se vio claro que éste no podía haber muerto en el mar cuando en 1898 se encontró una momia depositada en la tumba número 35 (de Amenofis II) del Valle de los Reyes de Tebas. El nombre de la ciudad, Ramsés, claramente idéntico al de la residencia del Delta Pi-Ramsés, sólo prueba que la narración bíblica se compuso después del reinado de Ramsés II; otros nombres egipcios contenidos en la historia de José son sumamente tardíos y muestran que la historia no pudo escribirse con anterioridad a los siglos X o IX a. C. Por tanto, los especialistas del Antiguo Testamento y los egiptólogos, según sus creencias religiosas, mantienen posturas que van desde la aceptación del relato bíblico en todos sus detalles como literalmente cierto, hasta la de considerarlo un puro invento. Aquí, como sucede con frecuencia, la verdad parece estar en algún punto intermedio. Aunque no es posible aceptar el relato al pie de la letra, es igualmente difícil descartarlo enteramente por falta de base histórica. Parece que la presencia de los hicsos, un pueblo de evidente origen asiático, y su expulsión a comienzos de la XVIII Dinastía, constituye una base suficiente para la posterior elaboración de la historia de la estancia en Egipto y del éxodo de los israelitas. En la Biblia no hay más rastro del reinado de Merenptah que dos referencias al nombre de un lugar al noroeste de Jerusalén «fuente de las aguas de Neptoah» en donde estaba la «fuente de Mineptah», olvidada e ignorada durante mucho tiempo; en la época de Merenptah la guardaba una guarnición egipcia.

Merenptah dejó muy poco en el propio Egipto, excepción hecha de una tumba en Tebas; su templo funerario ha desaparecido prácticamente. En muchos lugares se contentó con aña-

dir su nombre a monumentos que ya existían. Su reinado duró algo más de diez años.

d) El final de la XIX Dinastía

Después de la brillante era de sus primeros reyes, la Dinastía termina en un período oscuro y escasamente documentado. Su historia se ha desentrañado parcialmente, pero sólo después de algunas discusiones. La falta de documentos parece indicar, como es frecuente en Egipto, disensiones en la dinastía reinante.

En el cementerio real del Valle de los Reyes se pueden asignar a este periodo con seguridad tres tumbas reales: la de Amenmes, la de Sethi II y la de Merenptah-Siptah, los cuales reinaron probablemente en este orden. Además de estos tres, hubo dos personajes a quienes se les permitió el enterramiento en el Valle; se trata de la reina Tuosre y del canciller Bay, y el privilegio que se les otorgó muestra que debieron ser personas de importancia excepcional, muy superior a la de su rango.

La posterioridad sólo reconoció a Sethi II como faraón legítimo y corrió un tupido velo tanto sobre Amenmes y Merenptah-Siptah como sobre Tuosre. Sethi II debía su legitimidad al hecho de ser hijo de Merenptah. Es más: se trata a todas luces del mismo «príncipe hereditario, escriba del rey, gran comandante del ejército, hijo mayor del rey Sethi-Merenptah» que aparece a veces en compañía de su padre durante el reinado de éste. Su madre fue evidentemente la reina de Mereptah, Esenofre῾, «la gran esposa del rey».

El reinado de Sethi II no fue largo: sabemos con seguridad que murió durante el sexto año de aquél. Su nombre se encuentra a menudo en diversos lugares, desde Abu Simbel, en Nubia, hasta el Delta. Sin embargo, sólo una de las inscripciones de estos monumentos está fechada, en Jebel el-Silsile, y ésta es de su

segundo año. Parece que allí se extraía piedra arenisca, quizá con destino al pequeño templo que construyó en el primer patio del templo de Amón-Re', en Kárnak. Hay noticias de que en este mismo segundo año estuvo en su palacio de Menfis y ciertas anotaciones sobre lascas de piedra caliza que los escribas que supervisaban las obras de su tumba en el Valle de los Reyes arrojaban tras haber concluido sus informes para la autoridad superior, revelan que este trabajo comenzó poco después de su subida al trono, y que aún proseguía poco antes y después de la fecha de su muerte en el año sexto.

En estos documentos no hay nada que señale ningún acontecimiento importante durante su reinado, y, sin embargo, existen ciertas pruebas indirectas que muestran que éste debió verse interrumpido durante un corto período por el gobierno de un usurpador, el rey Amenmes. Noticias de dos pleitos fechados en el sexto año de Sethi informan del robo de ciertos utensilios de cobre enterrados «después de la guerra». Además, en el primer año del rey, uno de los dos capataces que dirigían a los trabajadores de las obras de la tumba del rey es Neferhotep, cuyo lugar ocupa el sexto año el capataz Pnēb. Este cambio se debe a la muerte de Neferhotep, de quien se dice que fue muerto por «el enemigo». Es evidente que aquí no nos encontramos con un enemigo externo fuera de Egipto, sino con luchas en Tebas, situadas muy probablemente entre los años segundo y quinto de Sethi II, años de los que no tenemos documentos fechados. Naturalmente, el trabajo de la tumba de Sethi se había interrumpido; éste explicaría el que aún se estuvieran realizando en el año sexto, cuando el trabajo de una tumba real no tardaba en llevarse a cabo generalmente más de los dos primeros años de un reinado.

El papiro en el que se conserva la información respecto a la muerte violenta del capataz Neferhotep es una acusación que hace el hermano de éste a su sucesor, Pnēb. Enumera varios de-

litos de ese último, entre ellos sus amenazas de matar a Neferhotep; éste se quejó al visir Amenmose, que castigó a Pnēb, pero Pnēb acusó al visir ante Mose el cual lo destituyó. Como el visir ocupaba el cargo más elevado de la administración, la decisión de destituirlo sólo pudo tomarla el rey. En otras palabras, Mose es un nombre poco respetuoso que se daba al rey de aquel tiempo; la única explicación posible parece ser que Mose es un apodo del rey Amenmes, lo que no es sorprendente si se trataba de un usurpador, que, parece claro, estaba buscando un pretexto para librarse de un visir poco complaciente ya que recurría contra él a la queja injustificada de un simple trabajador. El nombre de Amenmes se encuentra añadido aquí y allá en monumentos de las regiones de Tebas y Armant, y en Nubia, por lo que su gobierno parece haberse limitado al sur del país. Fue un gobierno corto, pero sí lo suficientemente largo como para permitirle tener su propia tumba excavada y decorada en el Valle de los Reyes; ésta es de regulares dimensiones, aunque está sin terminar. Sin embargo, su decoración es bastante sencilla. No se sabe con seguridad si llegaron a enterrarle en ella, pero tenía que estar muy oculta bajo los escombros del Valle ya que una veintena de años más tarde los obreros que excavaban la tumba del rey Sethnakht, desconociendo su presencia, picaron directamente sobre ella. Probablemente fue entonces cuando la decoración de la tumba saltó en pedazos y se blanquearon las paredes, aunque no de forma tan completa que quedaran borradas las figuras y el nombre de cierta Takhaʻe, madre del rey, evidentemente la madre de Amenmes. Se conoce a una princesa de este mismo nombre como hija de Ramsés II en los últimos años de éste. Quizá sea la misma dama que aparece como madre de Amenmes, quien podría en tal caso justificar su aspiración al trono como nieto de aquel gran gobernante.

El hijo de Sethi II, Sethi-Merenptah, quien figuraba junto a su padre como heredero al trono en los relieves de su triple se-

pulcro en Kárnak, no llegó nunca a ser rey. O bien murió antes que su padre o bien fue desplazado por Ramsés-Siptah; la subida al trono de este último fue paulatina. Ramsés-Siptah sólo puede haber sido un segundón, un hijo más joven de Sethi II; sin duda tuvo que superar alguna oposición ya que de otra forma su contemporáneo, el canciller Bay, no hubiera tenido motivos para atribuirse jactanciosamente el sobrenombre «el que estableció al rey en el trono de su padre». Bay fue bajo Sethi II «escriba del rey y despensero del rey», y ahora, bajo Ramsés-Siptah, era «canciller» o «(gran) canciller de todo el país». Unas tablillas de cerámica con su nombre se pusieron junto con las del rey en los depósitos de cimiento del templo funerario real de Tebas, privilegio sin paralelo, y dos jarras que se encontraron en el templo habían contenido vino de las «propiedades del canciller de todo el país», pese a que, por lo general, los viñedos eran propiedad de los templos o del trono. Ya hemos mencionado que tenía una tumba, aunque pequeña, en el Valle de los Reyes, lo que también es completamente excepcional.

En los depósitos de cimiento, lo mismo que en otros lugares, Ramsés-Siptah aparece con su nuevo nombre de Merenptah-Siptah que adoptó por motivos desconocidos algo antes del tercer año de su reinado. También encontramos otro de los nombres de Bay, el de Ramsés-khaenter, que probablemente se le dio más tarde en la corte, en un relieve de Asuán en el que Bay está representado de pie detrás del rey, el cual está recibiendo a Sety, virrey de Nubia. La forma de este nuevo nombre, similar a otros que llevaban en este periodo despenseros reales, unida al hecho de que el propio Bay fue despensero del rey bajo Sethi II, sugiere que, como la mayoría de los despenseros reales de esta época, también él era de origen extranjero, muy probablemente asiático.

Merenptah-Siptah no era más que un niño cuando ocupó el trono; su momia atestigua que a su muerte, tras diez años de

reinado, aún era muy joven. Por esta razón es comprensible que necesitara el protector que encontró en la persona de Bay.

Era precisa tal protección para enfrentarse a otro poderoso personaje de este tiempo: la reina Tuosre, la «gran esposa del rey» Sethi II. También ella tenía tumba en el Valle de los Reyes, en el cual algunos egiptólogos antiguos dicen haber visto el título: «Heredera del trono». De ser ello cierto tuvo que tratarse de una hija de Ramsés II o, lo que es más probable, de la hija de Merenptah, hermana del propio Sethi II. Siendo viuda, puso en su tumba el título «gran esposa del rey», y el rey en cuya compañía está representada es Merenptah-Siptah. Tras la muerte de éste, ella cambió en todas partes su nombre por el nombre de su marido difunto, Sethi II. Es evidente que no era la madre de Merenptah-Siptah, de otra forma podría haberse dado el nombre de «madre del rey» y no haber borrado su nombre. Merenptah-Siptah no dejó herederos. La propia Tuosre se hizo cargo del gobierno, se dio a sí misma el nombre de «rey del Alto y Bajo Egipto», «Señor de las Dos Tierras» e incluso «hijo de Re‘». También adoptó un segundo cartucho de Sitre‘-meramūn, además de su antiguo cartucho que contenía el nombre de Tuosre. En estas nuevas funciones aparece en los depósitos de cimiento de su propio templo funerario de Tebas; por tal motivo la construcción de este último comenzó algo después de que se acabara la tumba. El hecho de que su nombre aparezca en Kantir, en el Delta, revela que su poder alcanzó a todo Egipto, y su recuerdo se conserva hasta en la historia de Manetón, quien da como último rey de la XIX Dinastía a Thuoris, lo que es sin lugar a dudas una corrupción de su nombre. No se sabe nada acerca del destino de Bay durante el reinado de Tuosre; da la impresión de que ésta acabó con su poder.

Dado lo insuficiente del material disponible es difícil reconstruir la historia de la XIX Dinastía después de la muerte de Merenptah. Fue, a todas luces, un período poco brillante de luchas

intestinas, pero no, desde luego, como quisieron hacer creer posteriormente los reyes de la XX Dinastía, una serie de años de anarquía completa. Según aquéllos a los años de anarquía siguió el reinado de un usurpador sirio y sólo la XX Dinastía volvió a implantar el orden en el país.

e) Sethnakht y Ramsés III

Nada se sabe acerca de la transición entre las Dinastías XIX y XX, salvo el simple hecho de que inmediatamente después de los débiles reinados de Merenptah-Siptah y de Tuosre vino el de Sethnakht, cuya firme mano restableció el orden interior en el país. Las condiciones eran similares entonces a las imperantes cuando Horemheb asumió el poder a fines de la XVIII Dinastía, por lo que quizá pueda conjeturarse que también Sethnakht fuera un oficial del ejército cuyo gobierno se aceptó cuando todo el mundo llegó a admitir que el peligro exterior que amenazaba a Egipto requería una persona enérgica en el trono. Difícilmente puede su reinado haber durado más de dos años; la última fecha documentada de éste es el del año segundo. Los trabajadores que, poco después de comenzar su gobierno, excavaban su tumba en el Valle de los Reyes tropezaron con la tumba de Amenmes, por lo que el lugar tuvo que ser abandonado. Evidentemente no tuvo tiempo de preparar una tumba en otro sitio por lo cual Sethnakht fue enterrado en la tumba de la reina Tuosre, usurpada con este objeto.

Su hijo, Ramsés III, estaba decidido a emular a su ilustre tocayo de la XIX Dinastía, ya que no sólo llevaba su nombre, sino que también dio a sus hijos los nombres de los hijos de Ramsés II. Su actividad constructora alcanzó a todo el país, aunque es muy poco lo que de ello se ha conservado. Por fortuna, su templo funerario de Medinet Habu, en el extremo sur de la lar-

ga fila de templos funerarios situados en la margen izquierda del Nilo, en Tebas, resulta ser el templo egipcio de los tiempos faraónicos mejor conservado, y nos permite vislumbrar, aunque de forma insuficiente, las proezas militares de su reinado.

El templo, casi con las mismas características que el templo funerario de Ramsés II, se erigió en medio de un terreno rectangular de 210 por 315 metros. Adjunto a él por su lado sur se construyó un palacio real. Señalaba el recinto un muro de ladrillo que lo convertía en una sólida fortaleza preparada para albergar la administración de la región entera, a cuyo fin, entre el muro y el templo, había unas dependencias, así como casas para los sacerdotes y para la mayoría de la población.

Casi todo el templo se construyó en los primeros años del reinado. Ciertas inscripciones en las canteras de piedra arenisca de Jebel el-Silsile, fechadas en el año quinto, hablan de trescientos hombres empleados en extraer y transportar bloques con destino al templo. También de este año es la más antigua inscripción fechada del templo. Apenas puede decirse que tales inscripciones sean históricas, ya que contienen sólo un puñado de sucesos dispersos a lo largo de una extensa alabanza poética del rey y sus victorias. Afortunadamente vienen a completarlas cierto número de relieves a gran escala que representan escenas de batallas y de triunfos que nos permiten componer un insuficiente relato de los acontecimientos del reinado.



Fig. 7. Batalla naval de Ramsés III contra los pueblos del País del Mar.

Las tres escenas de la guerra de Nubia con toda probabilidad no son más que representaciones simbólicas tradicionales y no se refieren a ningún hecho bélico real, ya que Nubia había estado en manos egipcias durante varias generaciones. Sin embargo, los otros relieves, cuyas leyendas están fechadas en los años quinto, octavo y undécimo, se refieren a tres campañas de una considerable importancia histórica.

La primera de ellas, del año quinto, tuvo lugar contra los libios, que desde la derrota que les infligió Merenptah se habían ido infiltrando de nuevo en el Delta y habían llegado hasta el mismo centro de éste, devastando las ciudades y el campo del nomo de Xois. En esta ocasión aparecía, junto a los libu y a los mashauash, una nueva tribu, la de los seped, acerca de la cual carecemos de otros datos. La lucha contra el enemigo, que esta vez avanzaba por junto a la costa, tuvo lugar cerca de la ciudad de «Usimareʻ-miamūn-protege-de-los-temeh»; temeh es el nombre de otro pueblo libio, y Usimareʻ-miamūn el prenombre de Ramsés III. La batalla, en la cual combatieron del lado egip-

cio mercenarios extranjeros, principalmente sharden, fue apenas un preludio de la guerra mucho más importante que tuvo lugar seis años más tarde, aunque, según las fuentes egipcias, las pérdidas del enemigo se remontaron a la considerable cifra de 12 535 muertos.

Los relieves de la guerra libia debieron ser tallados en el muro algún tiempo después de que se desarrollaron los acontecimientos, ya que la inscripción que los acompaña contiene ciertas alusiones a un enemigo que se iba aproximando a la frontera egipcia por el norte; otro testimonio indica que el conflicto con este nuevo enemigo no se manifestó hasta el octavo año de Ramsés III. Este avance septentrional, procedente de Asia Menor y de las islas del Egeo, hasta Siria y Palestina, formaba parte de un vasto movimiento de pueblos emigrantes, entre los cuales los más numerosos y famosos eran los peleset, tocados de plumas, y los tjeker, con sus yelmos de cuerno. Asolaron y ocuparon la costa de Amurru y pusieron fin al gobierno egipcio en Siria. Aunque se dice que Ramsés III avanzó hasta Palestina para encontrarse con ellos, no cabe duda de que en realidad Egipto estaba completamente a la defensiva y que las batallas decisivas contra los septentrionales se libraron, en última instancia, muy cerca de la frontera egipcia. Dos riadas de enemigos se aproximaban a Egipto: una por tierra en carros tirados por caballos, con las familias en carretas de bueyes, y otra por mar en una flota que penetraba por las bocas del Nilo. Ambas fuerzas enemigas fueron derrotadas. No se dice mucho de la batalla en tierra, pero los relieves de la batalla naval, la primera de este tipo que se conoce en la historia, contienen algunos detalles interesantes. Los egipcios, prevenidos del avance del enemigo a través de Palestina y a lo largo de la costa, tuvieron suficiente tiempo para reunir y equipar una armada con la que preparar una emboscada a los invasores. Cuando el enemigo había penetrado en una de las bocas del Nilo y, con las velas plegadas, es-

taban a punto de tomar tierra con el fin de sorprender a la población, como acostumbraban a hacer en sus expediciones piráticas, encontraron de pronto que la armada egipcia, formada en orden y dispuesta para la batalla, les había cortado la retirada. Las tripulaciones enemigas fueron presa del pánico, y los egipcios, utilizando garfios de rezones para desgarrar las velas de los invasores, rompieron los mástiles del enemigo e hicieron oscilar sus embarcaciones, que estaban adornadas en sus extremos con una cabeza de pájaro. Pronto los navíos naufragaron, las armas quedaron esparcidas por el agua y, junto a la costa, los cuerpos de los guerreros enemigos muertos. Aquellos que lograron escapar a tierra fueron muertos o hechos prisioneros por el ejército egipcio de tierra que estaba aguardándolos.

La victoria terrestre y la naval permitieron a Ramsés III expulsar a los peleset y a los tjeker del territorio propiamente egipcio, pero evidentemente los egipcios no contaban con las fuerzas suficientes como para expulsarlos de Palestina y Siria. Los peleset se establecieron en la costa de Palestina y dieron a dicho país su nombre; llamados filisteos, fueron posteriormente una continua fuente de inquietud para los israelitas. Aun hacia fines de la Dinastía XX vio Wenamun, ante la costa de Siria, embarcaciones tjeker.

Los peleset capturados fueron marcados con el nombre de Ramsés III e incluidos en el ejército egipcio o reducidos a la esclavitud. En el año onceavo del reinado del rey encontramos a éstos luchando junto con las tropas sharden y las nativas egipcias, en un intento de evitar un segundo asalto libio. Esta segunda invasión, a juzgar por las cifras de 2715 libios muertos y 2052 capturados, incluyendo mujeres y niños, fue de dimensiones menores que la primera. No hay ningún motivo para dudar de la exactitud de unas cifras tan precisas, pero la de unas cuarenta y dos cabezas de ganado que cayeron como botín en poder de los egipcios parece algo pequeña.

Por otra parte, el principal contingente de las fuerzas libias parece que estaba formado por hombres de la tribu mashauash que, conducidos por Meshesher, hijo de Keper, y con cinco jefes subordinados suyos, avanzaron desde el lejano oeste e invadieron, en primer lugar, el territorio de otra tribu, los tehen, antes de llegar a Egipto. Aparecen utilizando carros de combate, y entre sus pérdidas figuran sus espadas, que tenían la longitud casi increíble de uno y medio a dos metros. Los egipcios persiguieron al enemigo derrotado durante unas diez millas, entre la ciudad de «Ramsés que está sobre la montaña de Up-ta» y la ciudad de Hasho («Mansión-de-las-arenas»), por alguna región próxima a la costa occidental de Egipto, y tuvieron éxito, ya que capturaron incluso al propio jefe Meshesher. Keper, el padre de éste, llegó posteriormente a suplicar la paz e interceder por la vida de su hijo, pero no tenemos información sobre cuál fuera la suerte de Meshesher.

No se sabe con seguridad a qué período del reinado de Ramsés III corresponden los relieves de Medinet Habu que representan al rey al frente de sus tropas atacando a las ciudades de Arzawa en Cilicia y de Amurru y Tunip en Siria. Por otra parte, podrían corresponder a acontecimientos reales producidos durante un intento que llevó a cabo Ramsés III de recuperar parte del territorio perdido de manos de los peleset y tjeker. Sin embargo, también es posible que sean, como otras decoraciones murales de Medinet Habu, simples copias de relieves más antiguos que representaban las hazañas de Ramsés II en estos lugares, tanto más cuanto que en ninguna parte hay una clara referencia a que Ramsés III tomara parte personalmente en ninguna de las batallas de su reinado.

Estas guerras ocuparon completamente el primer tercio del reinado de Ramsés III. Considerando sus resultados, se puede decir que fueron permanentes en el este. No vuelven a tenerse noticias de amenazas en estas fronteras hasta el ataque sirio del

siglo VIII a. C., aunque las posesiones asiáticas se perdieron bajo Ramsés III o bajo sus inmediatos sucesores. No obstante, en el oeste la tranquilidad fue sólo temporal y la presencia de los libios en Egipto se menciona repetidamente más tarde, en el curso de la XX Dinastía.

Sobre las condiciones internas del país bajo Ramsés III, y principalmente sobre las condiciones económicas, arroja mucha luz el llamado Gran Papiro Harris del British Museum. Se cree que este largo documento es un manifiesto que leyó su sucesor el día de su elevación al trono en presencia de los sacerdotes reunidos para tal ocasión. Su objeto era asegurar el apoyo de éstos poniendo ante sus ojos los favores que Ramsés III había concedido a los dioses y a sus templos durante su reinado. El papiro enumera, en efecto, las donaciones del rey, que el nuevo rey confirma en aquel momento.

Se ha calculado, a partir de las listas del papiro, que Ramsés III dio a los templos aproximadamente un 6 por 100 de la población total y un 10 por 100 de la tierra cultivable, propiedades que se sumaron a las que aquéllos ya poseían. De este modo los templos habían obtenido en aquel tiempo alrededor de un 30 por 100 de la tierra cultivable y de un 20 por 100 de los habitantes del país. El principal beneficiario, junto a los templos de Menfis y Heliópolis, era el dios Amón-Reʻ de Tebas. Con ello el rey creó en la persona del gran sacerdote de Amón-Reʻ un peligroso rival del poder real; sintieron el influjo de este alto dignatario todos los sucesores de Ramsés III hasta fines de la XX Dinastía.

De un interés especial es un grupo de tres papiros que nos da alguna información sobre una conspiración de harén contra Ramsés III. La naturaleza del hecho es de tal género que nunca se reveló ni aludió a ella en las inscripciones oficiales de los monumentos. Es cierto que el «crimen» de los principales conspiradores, muchos de ellos funcionarios y mayordomos

del harén real, no se especifica. Sin embargo, en uno de los documentos se habla de Ramsés III con el título de «el gran dios», epíteto que en este período no se aplicó nunca a un rey vivo, por lo cual debemos llegar a la conclusión de que Ramsés III estaba muerto en la época de este juicio. Lo más probable es que su muerte fuera la consecuencia de un atentado contra su vida promovido por los conspiradores. Antes de su muerte tuvo tiempo de reunir un tribunal de doce altos dignatarios judiciales, encomendándoles que realizaran una investigación cuidadosa e imparcial. Se demostró la culpabilidad de veintiséis hombres y de seis mujeres, y «les alcanzó el castigo», es decir, fueron ejecutados, aunque a algunos se les permitió el suicidio. Unos habían sido conspiradores activos, mientras que otros sólo conocían los planes, pero no los habían denunciado. A otros cuatro, que se habían unido a las mujeres durante los hechos o después de ellos y habían participado en fiestas con ellas, se les cortaron las orejas y narices. Sólo uno de los hombres quedó absuelto, aunque no se libró de una severa amonestación.

No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron la causa y el designio de la «rebelión» contra el señor, el rey. Sólo se menciona por su nombre a una mujer del harén, Teye, y a su hijo Pentuēr que conspiraba con ella; se suele considerar que se trataba de una esposa secundaria del rey que conspiró contra él para elevar a su hijo al trono en lugar del heredero legítimo.

Fue un triste final para el gran rey en su trigesimosegundo año de gobierno.

f) Desde la muerte de Ramsés III hasta el final de la XX Dinastía.

El resto de la XX Dinastía son ocho reyes, todos los cuales se llaman Ramsés, aunque cada uno con un prenombre distintivo. El primero de ellos, Ramsés IV, el único en todo este período

cuyo reinado puede fijarse, reinó durante seis años; de los restantes, Ramsés IX y Ramsés XI reinaron respectivamente diecisiete y veintisiete años como mínimo, mientras que los reinados de todos los demás fueron de corta duración. La duración completa de toda la dinastía, incluyendo a Sethnakht y a Ramsés III, se calcula aproximadamente en unos ciento quince años. Todos ellos tienen tumbas en el Valle de los Reyes, exceptuando a Ramsés VIII, cuya tumba es bastante improbable que pudiera haber escapado a la atención de los excavadores; evidentemente, se trata de un rey efímero que nunca fue enterrado allí.

No parece que el reinado de Ramsés IV careciera de esplendor. Su actividad constructora podría haber sido considerable si hubiera tenido tiempo para llevar a buen término sus proyectos, de los que nos da una remota idea el hecho de que enviara varias grandes expediciones a las canteras de pudinga gris de Uadi Hammamat para extraer piedra para los monumentos del rey en Coptos, Tebas y Armant. Prácticamente no queda nada de estos monumentos, si es que llegaron a ser construidos realmente. El gran templo funerario cercano a Deir el-Bahari, que había de superar incluso al construido por su padre en Medinet Habu, apenas había avanzado en la época de su muerte más allá de los depósitos de cimiento y de las primeras capas de los muros. Su nombre se encuentra en numerosos edificios de todo el país, pero siempre añadido a monumentos erigidos por sus predecesores. Estas inscripciones, lo mismo que las de sus sucesores inmediatos (de Ramsés V al VIII), no mencionan acontecimiento alguno de los respectivos reinados, pero suplen esta deficiencia ciertos documentos administrativos de papiro, a juzgar por los cuales las condiciones internas del país no eran precisamente satisfactorias.

Así un papiro de Turín, que contiene una larga acusación contra un sacerdote de Elefantina, registra una larga serie de delitos de éste que se prolongan desde tiempos de Ramsés III

hasta un período avanzado del reinado de Ramsés V. El hecho de que su actividad pudiera prolongarse durante unos quince años atestigua la ineficacia de la administración y de la justicia durante los reinados en cuestión.

Otro documento, el llamado Papiro Wilbour, uno de los más largos papiros egipcios que han llegado hasta nosotros, es el único ejemplar que se conserva de un tipo de documentos del que debieron redactarse muchos anualmente. Registra los resultados de una medición de tierra y del tributo impuesto en la parte del país que se extendía desde la entrada del oasis del Fayum hasta el lejano el-Minya, en el Egipto medio. El papiro, fechado en el año cuarto de Ramsés V, confirma que gran parte de la tierra pertenecía a los templos, en particular al de Amón-Re' de Tebas. Los principales cargos sacerdotales del servicio de Amón-Re' estaban en manos de una poderosa familia. Durante los reinados de Ramsés IV hasta el VI, el gran sacerdote es Ramesenakht; su padre había sido el principal administrador de contribuciones y su hijo no sólo ocupó este cargo, sino también el de mayordomo de Amón de los bienes del templo del dios y el de administrador de gran parte de la tierra real. De esta manera el faraón dependía financieramente en buena medida del gran sacerdote de Amón-Re'.

Hay indicios de disensiones en la familia real. Ramsés VI, del que sabemos que era hijo de Ramsés III, fue contrario a los reinados de sus predecesores. En un cierto número de monumentos puso su nombre en lugar del de Ramsés IV, y usurpó, sin más, la tumba de Ramsés V, al que incluso es posible que destronara. En relación con esto, de algún modo, podrían estar los sucesos registrados el año primero de un rey al que no se nombra: hasta Tebas llegaron noticias de que un pueblo enemigo había alcanzado la ciudad llamada Per-nebyt, destruyéndola y quemando a sus habitantes. Como consecuencia, se concentró en Tebas la policía de las inmediaciones para proteger la tumba

del rey y se ordenó a los obreros que trabajaban en ella que no abandonaran sus aldeas hasta que pasara el peligro. Cabe la posibilidad de que estas hostilidades tengan relación con el período de transición entre Ramsés V y Ramsés VI.

Otras varias alusiones ponen de manifiesto que la victoria de Ramsés III sobre los libios de ningún modo había puesto fin a las incursiones de éstos. La presencia de «habitantes del desierto», a los que a veces se da el nombre de libu o de mashauash, se menciona repetidas veces en la región de Tebas; sólo puede tratarse de hordas nómadas de libios y, aunque nunca se habla de luchas con ellos, debieron haber constituido una fuente de temores para la población. La mayor parte de estas incursiones tuvieron lugar durante los reinados de Ramsés IX y X, hasta que los intrusos se establecieron finalmente en los alrededores de la ciudad de Hnes, al sur del Fayum, que llegó a ser la cuna de la XXII Dinastía libia.

En el decimosexto año de Ramsés IX salió a la luz pública un gran escándalo cuando llegó a oídos de las autoridades, o, mejor dicho, cuando éstas se vieron obligadas a advertir que se estaban cometiendo robos en la necrópolis de Tebas; llegó un momento en que no pudieron seguir desentendiéndose de lo que estaba ocurriendo en la parte de la capital que se extiende al oeste del Nilo, donde estaban situados grandes cementerios, tanto reales como privados. Se han conservado varios extensos documentos en los que abundan detalles complicados de la investigación y en los que se contiene una información interesante sobre la vida y las condiciones de las clases bajas de Tebas. Más apasionante es, sin embargo, la forma en que comenzó todo el asunto. La Tebas de aquella época estaba dividida en dos distritos administrativos: Nē, la ciudad al este del río que incluía los templos de Amón-Reʿ y de las divinidades locales, y la ciudad al oeste del río, «Al oeste de Nē», con la necrópolis, los templos funerarios reales, y una densa población de obreros, de

artesanos y de miembros del bajo sacerdocio empleados en los templos y cementerios. Cada lado del río estaba regido por un alcalde; en el año antes citado, el alcalde del lado oriental era Pesiur y el del occidental, Puero.

Cada uno de ellos desconfiaba del otro, por lo que no es sorprendente que Pesiur recibiera a dos escribas de «Al oeste de Nē», que llegaron a su oficina para notificarle ciertos robos perpetrados en el cementerio en el otro lado del río. Él estaba a punto de comunicar la información al faraón cuando se le anticipó Puero, que se vio forzado, dadas las circunstancias, a escribir e informar administrativamente al visir y a dos de los mayordomos del rey. Estos dignatarios enviaron inmediatamente una comisión compuesta por el escriba del visir y el escriba de la tesorería del faraón, el propio Puero, algunos funcionarios menores y la policía. La comisión investigó diez tumbas reales y las encontró intactas todas excepto una, la tumba y pirámide de Sebekemsaf, un rey de la XVIII Dinastía. Sin embargo, se encontraron con que muchas de las tumbas privadas habían sido forzadas y saqueadas por ladrones. Se envió un informe al visir y a los dos mayordomos, junto con una lista de ladrones arrestados e interrogados.

Al día siguiente el visir Khaemuese y Nesamun, uno de los mayordomos del rey, fueron al Valle de las Reinas a inspeccionar las tumbas de las damas reales; éstas se encontraron intactas, y se absolvió al calderero que había sido acusado de los robos. Nesamun y el visir enviaron a Nē una multitud de trabajadores de la necrópolis con la noticia del satisfactorio resultado de la inspección. La multitud se manifestó ante la casa de Pesiur, que discutió con ellos; él conocía varios delitos que habían sido cometidos en el otro lado del río y dijo que informaría de ello al rey. Al oír esto, Puero envió una queja escrita al visir y solicitó una investigación, diciendo también que los escribas de la necrópolis no debían haber informado a Pesiur, sino directa-

mente al visir, como era costumbre. El alto tribunal que a consecuencia de ello se reunió en Tebas decidió que las acusaciones de Pesiur carecían de fundamento, pues el visir que presidía el tribunal manifestó que había inspeccionado las tumbas señaladas por Pesiur y que las había encontrado intactas. El tribunal dio la libertad al calderero sospechoso de los robos.

Aunque Puero fue absuelto de la acusación de negligencia, nadie podía negar que la tumba del rey Sebekemsaf había sido robada efectivamente y que era preciso detener al ladrón o ladrones. Puero tuvo éxito, ya que los descubrió y arrestó casi inmediatamente. Ocho hombres estaban complicados en ello; también se sabe que su jefe, el albañil Amenpnūfe, fue destituido. Se conserva un vívido relato del saqueo del enterramiento de Sebekemsaf y sus reinas. Sin embargo, también se nos dice que todo esto había ocurrido tres años antes y que fue entonces cuando se detuvo a Amenpnūfe, pero que éste consiguió la libertad sobornando a un escriba del distrito con su parte del botín. Entonces se presentó al rey un informe del juicio y los ladrones fueron entregados a Amenhotep, el gran sacerdote de Amón-Reʿ, para su castigo.

Amenhotep, cuyo nombre figura con cierta frecuencia en estos juicios, era hermano de Ramesenakht al que sucedió en el gran sacerdocio de Amón-Reʿ, tras un corto intervalo durante el cual ocupó el cargo su hermano mayor, Nesamun. Dicho personaje estaba muy enterado de los asuntos de Tebas, sobre todo porque el rey vivía casi siempre en su residencia del Delta. A partir de Ramesenakht el poder del gran sacerdote había ido aumentando continuamente. Cuando Ramsés IX, en el décimo año de su reinado, otorgó a Amenhotep magníficos presentes en oro, plata y joyas, como recompensa por la construcción que el gran sacerdote había erigido a Amón-Reʿ en nombre del rey, Amenhotep hizo esculpir en relieve el acto de esta donación en las paredes del templo de Kárnak. Al elegir su emplazamiento

en el relieve, el gran sacerdote asumió una prerrogativa real (ya que el rey era protocolariamente la única persona que aparecía junto al dios en los muros de los templos) y, no contento con esto, se representó a sí mismo de igual tamaño que el rey, mientras que los otros funcionarios que asistían a la ceremonia sólo aparecen a la mitad del tamaño del rey y del gran sacerdote.

El creciente poder de Amenhotep se vino abajo durante el año duodécimo del reinado de Ramsés XI, en el curso de una guerra entre el alto sacerdote y el virrey de Nubia, Pinehas o Panehesi, el «hijo del rey de Kush». Sólo podemos conjeturar la causa del conflicto. Nubia, en aquel tiempo completamente absorbida por Egipto, era de una gran importancia para Egipto no sólo por ser territorio a través del cual tenía que pasar todo el comercio con el Sudán y los países aún más meridionales, sino también, y esto era mucho más importante, porque sus minas de oro entre el Nilo y el mar Rojo producían una gran cantidad de dicho material. Estas minas, si bien estaban en el territorio regido por el virrey, durante siglos habían sido consideradas por los altos sacerdotes, al menos en teoría, «países del oro de Amón». Parece ser que cuando Amenhotep, en la cúspide de su poder, intentó sojuzgar a Nubia y a su virrey, Pinehas se negó a aceptar este cambio y no sólo resistió al gran sacerdote, sino que se aventuró a una ofensiva. No tenemos información directa sobre cuál de los dos dignatarios contaba durante esta guerra con las simpatías de Ramsés XI; es posible que éste se declarara partidario del enérgico virrey con el fin de poner tasa al poderío, ya nada agradable, del gran sacerdote. Nosotros apenas percibimos un eco distante de los acontecimientos en los interrogatorios de ladrones y sospechosos durante un nuevo juicio por robo de tumbas que tuvo lugar en Tebas unos siete u ocho años más tarde. Sabemos que Pinehas, con su ejército nubio, avanzaba hacia Egipto desde Nubia; sus tropas asaltaron el templo fortificado de Medinet Habu, que era en aquel tiempo

un importante centro administrativo de la región de Tebas. Pinehas, en el duodécimo año de Ramsés XI, controlaba Tebas y proyectaba permanecer en ella, ya que comenzó a repartir tierra entre sus soldados extranjeros. Amenhotep había escapado hacia el norte perseguido por Pinehas, cuyas tropas incendiaron incluso la ciudad de Hardai, situada en el Egipto medio, mucho más al norte.

Tras esta guerra civil no se sabe nada más de Amenhotep; probablemente murió o fue muerto en el conflicto. Su sucesor fue Herihor, un oficial del ejército de alta graduación. Pinehas volvió a su provincia y, en el año diecisiete, el rey le escribió recomendándole a su mayordomo Yenes, al que había enviado a una misión, pidiendo que ambos hombres cooperaran. Pero dos años más tarde se trata a Pinehas como enemigo y a su pasada guerra contra Amenhotep como «transgresión». Ya se había declarado una nueva guerra, esta vez entre Herihor y Pinehas. El mando del ejército egipcio se confió a Piânkhi, hijo de Herihor, que consiguió evitar que Pinehas invadiera el territorio propiamente egipcio, pero fue incapaz de deponer por sí mismo a Pinehas, aunque tal vez realizara algunas incursiones sin consecuencia a su provincia. A partir de entonces Nubia dejó de ser una provincia egipcia.

Las aspiraciones de Herihor comenzaron allí donde se habían detenido las de Amenhotep. Sobre las paredes del templo de Khonsu en Kárnak, al que mientras que Herihor ocupó el cargo se añadió una sala hipóstila y un patio delantero, está aquél representado en distintas funciones sacerdotales, primero a la misma escala y al lado del rey, pero posteriormente (en el patio delantero) solo. Con anterioridad había asumido las funciones de visir, o había sido designado para ello, por lo que tenía también en sus manos la administración civil. Cuando finalmente se apropió de los títulos reales y se otorgó cinco nombres enmarcados en cartuchos, no hizo más que proclamar

abiertamente lo que en realidad venía sucediendo: a saber, que era él quien mandaba en Tebas. Evidentemente, su reivindicación de la realeza radicaba en el hecho de ser gran sacerdote de Amón-Re‘, ya que nunca renunció a dicho título, que incluso constituía su prenombre real en un cartucho. Hay que añadir, sin embargo, que esta aspiración al trono se limitaba a las paredes del templo de Khonsu, no se sabe de ninguna otra parte en la que se diga que Herihor fuera rey.

Aunque en Tanis otro personaje, Nesubanedjeb, adquirió un gran poder sobre el Delta, fue Ramsés XI, que probablemente residía en Menfis, quien nominalmente siguió siendo faraón, gobernante supremo. Es cierto, sin embargo, que Herihor había introducido en Tebas una nueva era llamada «Repetición del Nacimiento», antigua expresión que significa aproximadamente «Aumento de Riqueza», y los años se fecharon de acuerdo con ella. Cuando Herihor murió en su séptimo año, se dejó de hacer así. Ramsés XI continuó reinando durante algún tiempo, sin que por ello dejara de existir el mencionado estado sacerdotal, pese a que el sucesor de Herihor, Piânkhi, nunca aspiró de hecho a la realeza. La gran fuerza del estado sacerdotal de Tebas radica exclusivamente en su tradición religiosa; era el centro del culto al supremo dios Amón-Re‘ y la sede de su gran sacerdote. Este estado dentro del estado era económicamente débil, ya que había perdido la rica provincia de Nubia y estaba separado por el resto del país, especialmente por el Delta, del Mediterráneo y del comercio exterior. La verdadera situación queda descrita con viveza en el informe de Wenamun, un mensajero que Herihor envió a Biblos para que comprase madera para la barca sagrada de Amón-Re‘. La moneda de Wenamun fue robada en el camino y cuando llegó a Biblos trató sin éxito de obtener la madera sin pagarla. El rey de Biblos admitió de buena gana que Amón era un dios poderoso y que Egipto era el centro de la civilización, pero insistió en que Wenamun tenía

que enviar un mensajero a Egipto para pedir prestado dinero a Nesubanedjeb de Tanis, y sólo se le entregó la madera cuando hubo llegado el dinero. Se desprende de esta información que el prestigio y el gobierno egipcio habían dejado de contar en Palestina y Siria, provincias que había perdido Egipto poco después de la muerte de Ramsés III. La ventajosa posición geográfica de Nesubanedjeb le permitió mantener un comercio floreciente con las anteriores colonias egipcias. Cuando murió Ramsés XI, y fue el último rey que se enterró en el Valle de los Reyes, el nuevo faraón no fue el gran sacerdote de Tebas, sino Nesubanedjeb (Smendes): el fundador de la XXI Dinastía tanita.

CUADRO CRONOLÓGICO

XIX DINASTÍA (1309-1194)

Ramsés I	1309-1308
Sethi I	1308-1290
Ramsés II	1290-1224
Merenptah	1224-1214
Sethi II Amenmes	1214-1208
Ramsés-Siptah	1208-1202
Tuosre	1202-1194

XX DINASTÍA (1184-1080)

Sethnakht	1184-1182
Ramsés III	1182-1151
Ramsés IV	1151-1145
Ramsés V	1145-1141
Ramsés VI	1141-1134
Ramsés VII Ramsés VIII	1134-1127
Ramsés IX	1127-1110
Ramsés X	1110-1107
Ramsés XI	1107-1080

5. El mundo egeo

I. INTRODUCCIÓN

El mundo egeo presenta en general un aspecto de unidad. El mar Egeo era un camino por el que hombres e ideas viajaban ya en tiempos neolíticos; siguieron haciéndolo con mayor intensidad en la Edad del Bronce y, luego, en los mejor conocidos períodos históricos antiguos. En un momento dado, toda la zona, que abarca la tierra firme griega, las islas (Creta y Chipre incluidas) y la costa occidental de Anatolia, adoptó la cultura griega y tendió también hacia la vinculación y la unificación políticas, en un proceso que llegaría a término bajo el Imperio Romano. La zona presentaba toda ella, en buena medida, un clima similar, un terreno y unos recursos similares y, por tanto, una cultura material similar. No obstante, antes y durante el milenio que fundamentalmente abarca este capítulo, son patentes diferencias considerables que no deben ocultarse con generalizaciones fáciles acerca del mundo egeo. Por ejemplo, Creta y Grecia (denominación que en este capítulo se aplicará sólo a la península griega) tuvieron historias distintas hasta que ambas culturas entraron en un contacto particularmente activo hacia el año 1600 a. C. Lo mismo sucedió con Grecia y el litoral de Anatolia, aparte de que en ésta se da el caso excepcional de Troya, que parece haber quedado al margen de la esfera de influencia hitita y haber tenido un desarrollo bastante peculiar.

En Grecia, la Edad del Bronce se inició hacia el 3000 antes de C. o poco después, como consecuencia de los progresos téc-

nicos producidos al este del Egeo y no de hallazgos independientes. Hoy por hoy no está establecido, y es objeto de numerosas discusiones, si intervinieron en ello movimientos de población de alguna entidad. En cualquier caso, tras la llegada de los metales se encuentran más de tres mil años de poblamiento y de crecimiento. En Nueva Nicomedia (Macedonia), ciertas excavaciones comenzadas en 1961 han revelado una comunidad que cultivaba trigo, cebada, lentejas y guisantes, que había domesticado ovejas, cerdos, cabras y ganado bovino, que elaboraba cuatro estilos diferentes de cerámica y que conocía el arte de la cestería, todo ello antes del 6000 a. C. (fecha establecida con seguridad por medio del carbono 14). No se ha hallado por el momento ninguna fase precerámica en Nueva Nicomedia, a diferencia de lo que sucede en Sesclo (Tesalia), un yacimiento posterior quizá en quinientos años. Esta sola variación basta para mostrar la necesidad de considerar la prehistoria griega (y no digamos la egea) como un complejo formado de muchas culturas locales. Cada nueva excavación apoya esta tesis.

Los milenios que median entre Nueva Nicomedia y la primera Edad del Bronce fueron años de crecimiento y desarrollo en muchos aspectos: más evidente en la proliferación de variedades de alimentos, el perfeccionamiento y la especialización de utensilios y armas, cerámica, medios de transporte y arquitectura. También parece haberse producido, al menos hacia el final del período, un considerable aumento de la población. No es fácil juzgar cuál fue el efecto que entonces, en las primeras fases, tuvo la introducción del metal. Durante un tiempo muy largo los utensilios y las armas metálicos fueron muy escasos; tampoco aparecieron simultáneamente en todas partes. Los materiales más usados siguieron siendo la piedra, el hueso y la madera. Si los metales dieron lugar a consecuencias sociales o políticas importantes, éstas, dado el tipo de datos de que disponemos, se nos escapan inevitablemente. Parece que surge un

nuevo género de asentamiento, en Grecia al menos, con «ciudades», no ya aldeas, construidas en bloque, preferentemente en promontorios o colinas próximas al mar o a lagos del interior. Pero no hay ningún vínculo lógico obvio entre estas construcciones y la primera aparición de los todavía raros metales.

Es, desde luego, tentadora la idea de sacar deducciones de los progresos, más o menos contemporáneos, habidos en Egipto o Mesopotamia, pero es preciso rechazar con firmeza semejante tentación. Basta con una ojeada a los testimonios arqueológicos para percatarse de cuán rápida y totalmente las civilizaciones del Próximo Oriente sobrepasaron, en su escala, a las del Egeo, tanto por lo que se refiere a las comunidades individuales (y a lo que éstas construyeron) como en la rápida ampliación del poder exterior de una comunidad determinada. Ni siquiera Troya constituye una excepción válida; hay que llegar a los grandes palacios cretenses, posteriores al 2000 a. C., para dar con algo realmente grandioso en el mundo egeo. Y, por encima de todo, cuéntese con la ausencia de cualquier forma de escritura, con todo lo que esto implica. Incluso cuando, finalmente, la escritura hizo su aparición, tal vez unos mil años después del hallazgo de la cuneiforme y de los jeroglíficos egipcios, su extensión fue lenta y muy incompleta (nunca alcanzó a Troya, por ejemplo) y su uso sumamente limitado.

Las consecuencias de tal ausencia, total o parcial, de escritura, de cara a las sociedades mismas tanto como a sus historiadores modernos, no deben juzgarse pequeñas. En toda la prehistoria egea los «acontecimientos» pueden contarse con los dedos; sólo se conocen por mitos y tradiciones muy posteriores y, como vamos a ver, altamente problemáticos en el mejor de los casos. La arqueología revela cataclismos aquí y allá, pero no puede decirnos sus circunstancias ni tan sólo quiénes participaron en ellos, aunque en algunos casos importantes cabe sacar deducciones de amplio alcance con un alto grado de

probabilidad. También faltan los personajes no sólo a causa de la naturaleza de los escasos textos escritos, sino también de la muy notable ausencia de documentación monumental. No hay estatuas ni pinturas murales individualizadas en palacios o tumbas comparables a las de los ubicuos gobernantes, nobles, guerreros, escribas y dioses del Próximo Oriente. Los gobernantes de Cnosos, Micenas y Troya rehusaron pasar a la posteridad. Uno es libre de creer en Minos, Agamenón o Príamo si quiere, pero nadie los ha encontrado *in situ* bajo forma alguna, ni siquiera la de su nombre en una losa o un sello.

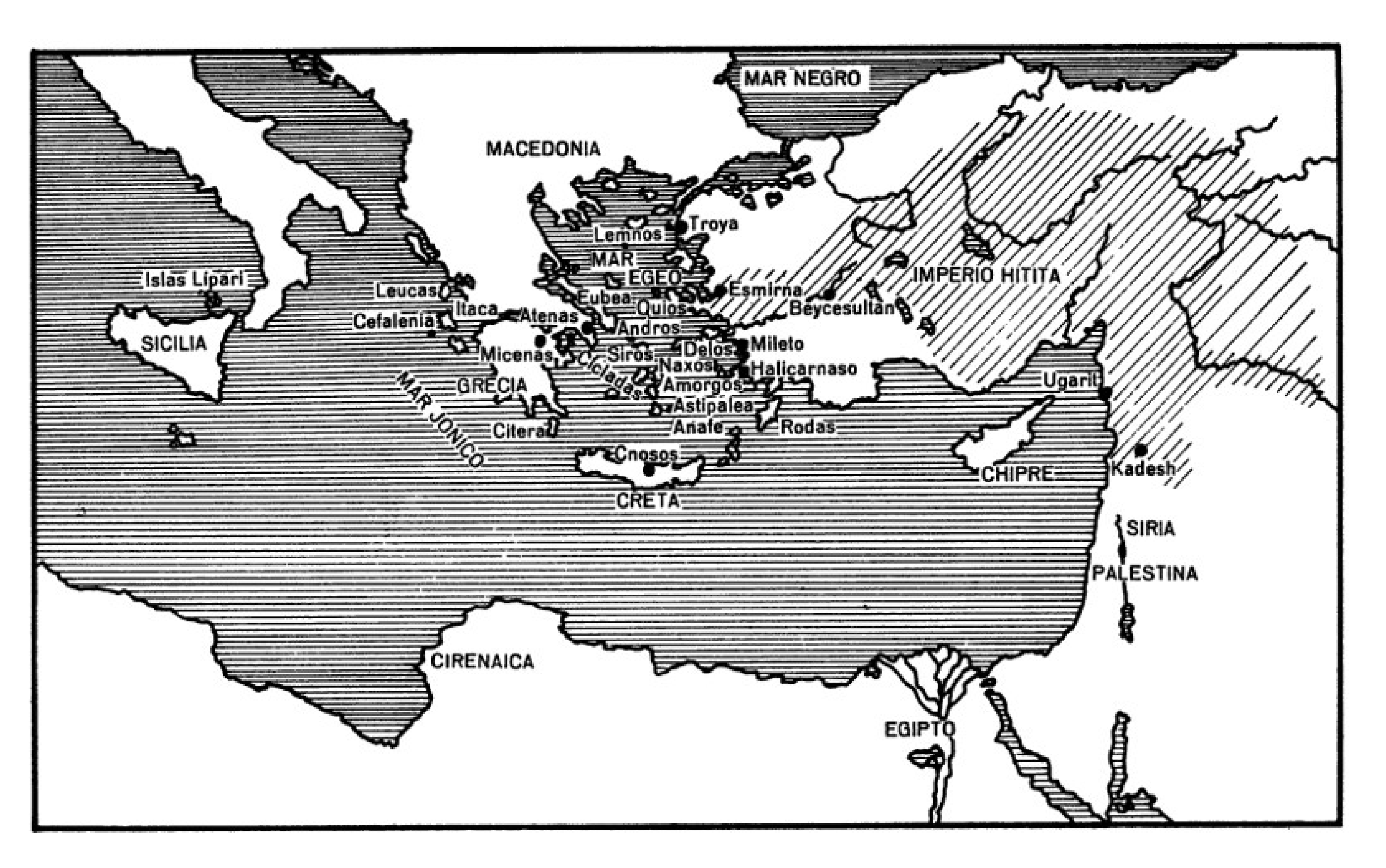

MAR NEGRO
MACEDONIA
Troya
Lemnos
MAR
EGEO
IMPERIO HITITA
Islas Lipari
Leucas
Itaca
Eubea
Esmirna
Quios
Beycesultan
Cefalenia
Atenas
Andros
SICILIA
Micenas
Siros
Delos
Mileto
Naxos
Halicarnaso
Cicladas
GRECIA
Amorgos
Ugarit
MAR JONICO
Astipalea
Citera
Anafe
Rodas
Cnosos
CHIPRE
Kadesh
CRETA
SIRIA
PALESTINA
CIRENAICA
EGIPTO

Fig. 8. El mundo egeo.

Una de las consecuencias de tanta negativa es la serie de trampas que tiende y la incertidumbre que provoca la cronología. No hay un solo objeto fechado en el mundo egeo que no sea de importación, y éstos mismos son muy escasos. Todas las fechas son arqueológicas. Es decir, se han calculado en función de las secuencias de estilos cerámicos y de capas de depósitos de las ruinas en yacimientos individuales, fijándose jalones mediante sincronización con unas pocas fechas conocidas de fuera del Egeo. En esquema, el método básico consiste en extender cierto número de estilos cerámicos (llamados, por ejemplo, Micénico III A, B y C) a lo largo de un período determinado estratigráficamente. La evolución arquitectónica sirve luego de piedra de toque adicional. El punto más débil (e inevitable) de este método es la imposibilidad de fijar con precisión el tiempo de duración o el ritmo de cambio tanto en los estilos como en los estratos. Siempre hay que dejar un margen de error, y aunque un margen de cien años, pongamos, pueda parecer mínimo cuando se está hablando de un milenio o de más tiempo aún, equivale a tres generaciones humanas completas. De manera que un fallo de este orden puede llevar a ideas muy erróneas sobre el crecimiento, el cambio o la migración, además de que los riesgos se multiplican cuando se ponen en relación dos o más culturas. Es de destacar que el acre debate que se inició en 1960 sobre la fecha de la destrucción de Cnosos (en base a un desacuerdo de doscientos o doscientos cincuenta años) no está resuelto con carácter definitivo precisamente porque no existen criterios suficientemente convincentes o seguros. Por la causa que sea, no se han obtenido fechas por carbono 14 para este período de Cnosos, y ni siquiera este procedimiento científico, si pudiera aplicarse, daría la fecha con una aproximación superior a los sesenta y cinco o setenta y cinco años. Cuando los arqueólogos, por tanto, dan fechas tan precisas como 1425

o 1270 a. C., están pasándose de los límites de lo razonable y envolviendo sus cálculos con un halo de certeza engañoso.

CUADRO CRONOLÓGICO

a. C.	Grecia continental	Cnosos	Troya
3000	HA I		I
2500		MA I	II
		MA II	
	HA III		III
		MA III	IV
2000		MM I	
	HM I		V
		MM II	VI
		MM III	
	HT I	MT I	
1500	HT II	MT II	
	HT III A	MT III	
	HT III B		VII a
1200	HT III C		VII b

Una vez comprendidos sus límites, las fechas aproximadas son útiles y hasta indispensables. El cuadro anterior muestra una sincronización de Grecia, Creta y Troya. No pretende sino representar un esquema que muchos arqueólogos admitirían como razonable dado el estado actual de nuestros conocimientos. Una convención inofensiva llama a los «períodos» de Grecia *Heládicos*, *Minoicos* a los de Creta y *Cicládicos* a los de las islas del Egeo central. Otra convención muy desafortunada los divide luego en tríadas: Antiguo, Medio y Tardío, subdivididos a su vez en I, II y III. Esta construcción puede resultar estéticamente atractiva, pese a las diferencias de ritmo entre el Heládico, el Minoico y el Cicládico, pero carece de base en los yacimientos mismos y ha sometido muchos datos al lecho de Procrustes sólo para adaptar los testimonios, cada vez más numerosos e incompatibles con ella, a una periodización creada en los primeros tiempos de la arqueología egea. Es preferible el procedimiento adoptado por los excavadores de Troya y otros lugares, consistente en numerar sucesivamente las capas a partir del I en adelante.

II. LA «LLEGADA DE LOS GRIEGOS»

Para el estado actual de los problemas, la insuficiencia de la excesivamente simétrica periodización convencional se acusa sobre todo en torno al comienzo del segundo milenio. En muchos yacimientos no hay una ruptura decisiva en los testimonios arqueológicos entre el Heládico Antiguo (HA) y el Heládico Medio (HM), o al menos nada comparable con la ruptura, mucho más difundida y marcada, entre HA II y HA III. En una fecha que los expertos fijan alrededor del 2200 a. C., se advierte una destrucción más o menos completa en buen número de yacimientos importantes de la Argólida (Lerna, Tirinto, Asine, Ziguries y, probablemente, Corinto); el Ática y las Cícladas pare-

cen haber pasado por algo parecido. Por el momento se ignora hasta dónde puede haberse extendido en Grecia la devastación. No fue universal, desde luego, pero coincide de forma llamativa, al otro lado del Egeo, en Anatolia, con el desastre más o menos simultáneo de Troya II y posiblemente también, más al sur, con el de Beycesultán, cerca de las fuentes del Meandro o Menderes.

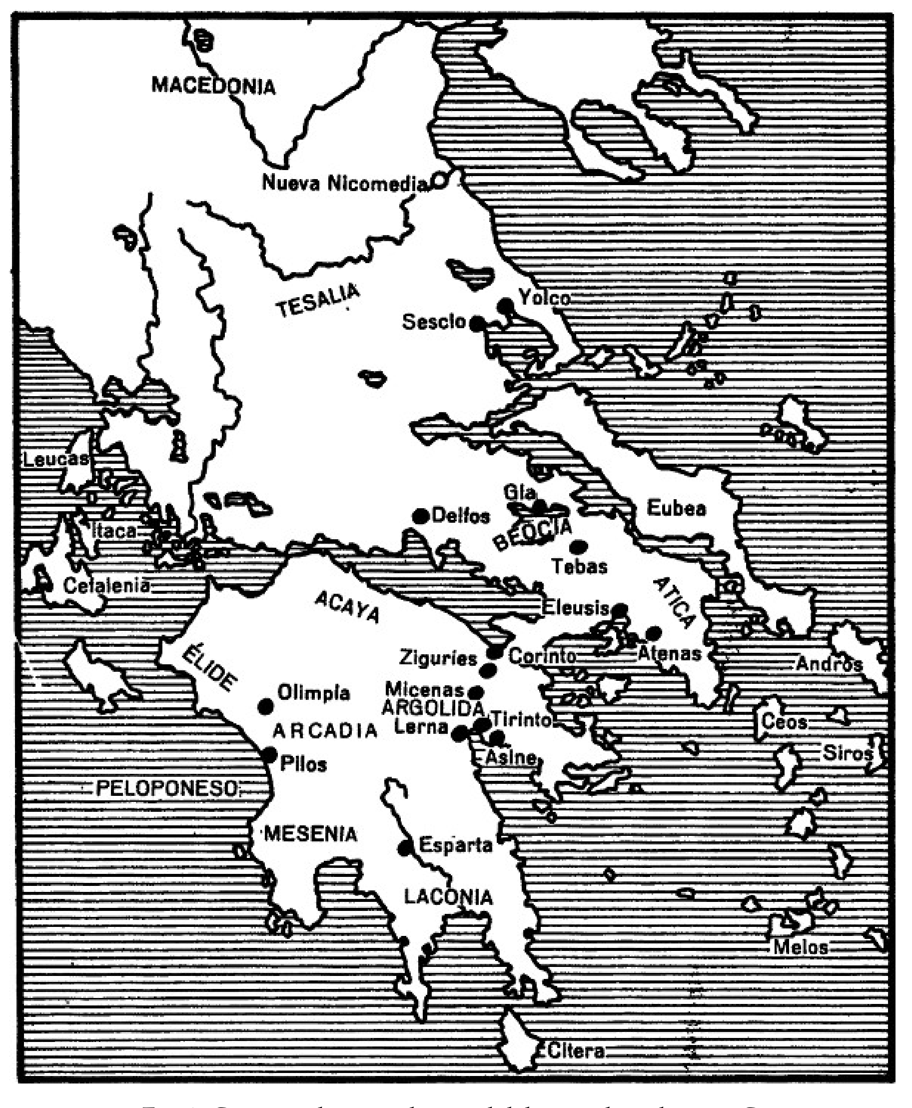


Fig. 9. Grecia en la segunda mitad del segundo milenio a. C.

La voz «ruptura» debe entenderse aquí en su acepción más enérgica. Los testimonios arqueológicos están plagados de cambios de toda índole, pero no es frecuente algo tan masivo y abrupto como lo que parece haber sucedido en este momento. En Grecia no había de volver a ocurrir nada comparable hasta finales de la Edad del Bronce, unos mil años más tarde (y no, es preciso indicarlo, entre el HM y el HT). Centros que, para su tiempo, eran ricos y poderosos, y que habían tenido una larga historia de estabilidad y continuidad, se derrumbaron literalmente, y lo que los siguió fue inconfundiblemente distinto en escala y en condición. La arqueología, normalmente, no está en condiciones de dar nombres a las gentes ni significado a los desastres, pero en esta determinada combinación de acontecimientos no es ilegítimo preguntarse si no existe una relación con la simultánea llegada de gentes que hablaban griego (o lo que había de ser el griego) a un lado del mar Egeo y de pueblos que hablaban otras lenguas indoeuropeas emparentadas entre sí (hitita, luvita y palaíta o palaico) a la orilla oriental.

Un planteamiento tan directo de la cuestión suscita comprensibles reticencias. La confusión entre raza y lengua ha trastornado el estudio de la prehistoria y de la historia durante un siglo. Los estudiosos serios han abandonado la concepción romántica (o algo peor) del «pueblo indoeuropeo», dotado de temperamento, maneras e instituciones características que habría barrido la tierra reemplazando las culturas que encontraba por la que traía consigo de algún hogar de origen hipotético. Ni en Grecia ni en Anatolia hay testimonios dignos de este nombre de que haya sucedido nada parecido. El gran poderío y la gran cultura hititas de la segunda mitad del segundo milenio, acerca de los cuales disponemos de documentación considerable, y la cultura presumiblemente uniforme de buena parte de Grecia en el período HT (en especial el HT III o Micénico) son, casi con certeza, producto de perfeccionamientos acaecidos en

Anatolia y Grecia, respectivamente, no algo preexistente e importado en el área por una única inmigración de conquistadores.

Pero cuando se dice aquello se toca un núcleo de hechos reales con los que todavía hay que contar. Llegó un momento en que Grecia y las islas estaban completamente unificadas lingüísticamente, con diferencias meramente dialectales que se desarrollaron relativamente tarde y que son fáciles de explicar. La lengua griega pertenece a la familia indoeuropea, que ya en la Antigüedad se hablaba desde las orillas del Atlántico hasta Armenia y el norte de la India. Hay testimonios convincentes de que estas lenguas no eran indígenas desde tiempo inmemorial, o al menos de que tenían rivales dentro de sus propios territorios durante toda la Edad del Bronce, y en algunos casos hasta bien entrados los tiempos históricos. Al final no es posible escamotear la conclusión de que hubo algún movimiento de población en ello, no de una vez, sino en varias a partir de centros diferentes y en diversas direcciones. Ninguna otra cosa podría explicar, por ejemplo, la estrecha afinidad, dentro de la familia indoeuropea, entre el sánscrito y el lituano.

La hipótesis que sugerimos aquí es que este movimiento se refleja en las grandes destrucciones de Grecia, Troya y, posiblemente, todas las regiones anatolias anteriores al comienzo del segundo milenio a. C.[1] Actualmente no hay manera de demostrar esta hipótesis. Los testimonios arqueológicos a menudo no arrojan luz directamente sobre la historia de las lenguas y los dialectos, ni siquiera sobre migraciones que se conocen merced a otras fuentes o por deducciones seguras. Por ejemplo, no se conserva ninguna huella arqueológica indiscutible de los dorios, bien durante su emigración o después de su llegada a la Grecia propiamente dicha. Como tampoco, por citar un caso muy posterior, la arqueología centroeuropea ha identificado claramente a los hunos. Y, sin embargo, es obvio que alguien

tuvo que introducir el dialecto dorio, igual que sabemos sin lugar a dudas que los hunos hicieron una incursión devastadora por Europa. Aumenta nuestras dificultades lo imprevisible del comportamiento de una lengua después de la conquista. Pese a lo completo de su conquista y de su poder en Inglaterra, los normandos no consiguieron imponer el francés normando en la isla, mientras que el magiar, lengua uraloaltaica, ha sobrevivido hasta nuestros días cómo isla lingüística rodeada de hablas indoeuropeas.

Es, por tanto, necesario definir con mayor exactitud lo que implica la sugerencia de que los hablantes de indoeuropeo aparecieran en el Egeo antes del 2000 a. C., igual que lo que no implica. Por de pronto hay que rechazar toda implicación en materia de razas: no tiene pies ni cabeza la idea de que hubiera ya «griegos» poseedores de alguna misteriosa afinidad con Safo o Pericles mil quinientos años o más antes de éstos. Ni siquiera es necesario pensar que en el momento de su entrada hablaran una lengua que pudiera identificarse como griego. Más probable resulta que lo que llamamos griego tomara forma definitiva en la propia Grecia, luego de que el habla de los antiguos pobladores de la península influyera en la de los recién llegados. Apareció, como muy tarde, en el período Micénico (según muestran las tablillas del Lineal B), cuando dos, o quizá tres, dialectos griegos estrechamente emparentados parecen haberse difundido por toda la zona, excepto por las regiones montañosas aisladas del noroeste en las cuales se desarrolló el dialecto dorio. La clásica estructura dialectal perfectamente definida (jónico, aqueo y dorio, con sus variantes y subcategorías, como el ático) debe, pues, atribuirse al período que siguió al hundimiento del mundo micénico, esto es, pasado el 1200 a. C.

Semejante cuadro del desarrollo lingüístico elimina la necesidad de oleadas sucesivas de inmigrantes de lengua griega, cada una con su dialecto propio, amplia (e ingenuamente) admiti-

da. No excluye la posibilidad de que hubiera más migraciones después del 2200 o 2100 procedentes del otro lado del Egeo, por ejemplo, pero al menos para la historia del lenguaje muestra que no son precisas. Aquí topamos con la más notoria dificultad que acarrea la interpretación de datos arqueológicos. Es evidente en todo el territorio que durante el segundo milenio estuvieron llegando a Grecia nuevos impulsos y rasgos culturales. Pero ¿cómo llegaron? ¿Gracias a mercaderes o a artesanos viajeros o por migración y conquista? La segunda explicación es la fácil, demasiado fácil. Tomemos por ejemplo la llamada cerámica miniana, un estilo característico, hecho con torno y de textura «jabonosa», cuyo prototipo eran los utensilios metálicos. Estaba notablemente difundida por Grecia, las islas y parte de la Anatolia occidental desde aproximadamente 1900, o sea desde principios del HM I, y muchos especialistas la consideran una característica destacada de una cultura nueva traída por inmigrantes que a menudo se identifican con los griegos. Sin embargo, se ha hallado en Lerna y otros lugares cerámica de torno del HA III que no se distingue claramente de la miniana salvo por ser una variedad anterior y más primitiva. En realidad, no es preciso achacar la gran popularidad de que gozó la cerámica miniana a partir del 1900 a. C. a una migración, por lo mismo que no era necesario suponerlo para explicar las enormes cantidades de cerámica ateniense halladas en tumbas etruscas del milenio siguiente.

Aparece una nueva costumbre funeraria, muy dispersa, a principios del HM. Se cavan tumbas en forma de caja poco profundas, las llamadas cistas, a veces recubiertas con piedra y con guijarros esparcidos, tapadas con una losa, cada una de las cuales contiene un solo cuerpo. Al principio tendían a ser tan pequeñas que los cuerpos se colocaban en ellas contraídos, en posición fetal, sin acompañamiento de bienes. Acabaron siendo más amplias y ricas. Ninguno de estos rasgos es nuevo, ya esta-

ban extendidos en las Cícladas siglos antes, pero sí lo es la costumbre de situar las cistas de los niños, y esporádicamente las de los adultos, dentro de las casas, bajo el suelo o detrás de las paredes. Ello indica una actitud nueva. Pero ¿exige esto una migración? De ser así, los nuevos pobladores tenían que haber sido extraordinariamente numerosos, y grandes conquistadores, para poder imponer una práctica funeraria nueva tan rápidamente, y no deja de ser curioso que todavía sigan predominando los enterramientos de adultos en cementerios fuera de las aldeas. El hecho es que en la zona del Egeo, a través de la Edad del Bronce, al igual que en tiempos históricos, hubo una asombrosa variedad de prácticas funerarias que a menudo coexistieron durante largos períodos en una misma comunidad. Los cadáveres se enterraban por separado o en grupos familiares en diversos recipientes; a veces se exhumaban después de la descomposición para volver a enterrar los huesos; ocasionalmente se practicaba la cremación. Los criterios que dictaban estas variaciones y las frecuentes modificaciones de los usos suelen escapársenos, pero una cosa es segura: que la mayor parte de los cambios se produjeron sin necesidad de inmigración. Luego no hay razón para pensar que la introducción del enterramiento intramuros implique de por sí una migración.

El Egeo siempre fue un vehículo de ideas, técnicas e instituciones, tanto a principios del segundo milenio como en otras épocas. Es curiosa la costumbre de no conceder al pueblo que se estudia ninguna originalidad, haciéndolo siempre beneficiario de préstamos de innovadores remotos. De todos modos, la originalidad no supone creación de la nada, y no es menos valiosa ni decisiva cuando parte de una idea tomada del exterior. Si, según parece, fue la Argólida el centro de la destrucción que los intrusos trajeron consigo hacia el 2200 antes de C., ello implica también que fue en esta región fértil y bien irrigada donde se desarrolló, extendiéndose desde ella, la cultura de los perío-

dos HA III y HM, de la que a su vez surgió la civilización del HT o micénica. Este cuadro es muy distinto de aquel romántico donde una conquista cubría todo el territorio de Grecia, o su mayor parte, de un solo golpe. La «llegada de los griegos», en otras palabras, significó la llegada de un elemento nuevo que se mezcló con sus predecesores para crear lentamente una nueva civilización y extenderla cómo y por dónde pudieron.

La destrucción de los centros de poder, como la muy fortificada Lerna, no supone el exterminio de sus habitantes ni destrucciones semejantes en el interior. Durante períodos más o menos largos, algunas poblaciones fueron abandonadas; otras no lo fueron. Además, la Edad del Bronce griega no se limitaba a las ciudades fortificadas, fueran la Lerna del HA II o la Micenas del HT. Como el número de yacimientos excavados es aún una mínima parte del conjunto, y como los arqueólogos tratan, naturalmente, de consagrar su escaso tiempo y limitados recursos a yacimientos que prometen ser fructíferos al máximo, se produce una ilusión de grandeza. Constituye una lección de sobriedad la lectura de un catálogo, publicado recientemente, de lugares que hoy se sabe fueron habitados en el suroeste del Peloponeso. En este pequeño ámbito, limitado por el río Alfeo, el monte Taigeto, el golfo de Mesenia y el mar Jónico, puede haber hasta 116 yacimientos del HT y 51, tal vez, del HM, según datos actuales sin duda incompletos. La mayor parte de ellos fueron aldeas y muchos quedaron definitivamente abandonados a fines de la Edad del Bronce[2]. Estos datos reflejan a la vez la «colonización interna» de Grecia a partir de varios centros y un rápido incremento de la población en cifras absolutas. Tratar de separar a los recién llegados de sus predecesores en semejante desarrollo carecería de sentido si fuera posible, pero no lo es. Y lo mismo cabe decir de sus contribuciones respectivas a la cultura o, mejor, al complejo cultural que comenzaba a desarrollarse. En suma, todos contribuyeron de un modo u

otro, incluso gentes de fuera de Grecia: de Creta, las Cícladas y Anatolia.

Por desgracia, es poco lo que puede decirse de la nueva cultura hasta el repentino estallido de poder y lujosa opulencia que revelan los sepulcros de corredor de Micenas, los cuales aparecen después del 1600 a. C. Durante quinientos o seiscientos años, desde el principio del HA III hasta la fase HM, los restos materiales muestran siempre tal grado de pobreza que no nos preparan para la brillante era que vino tras ellos. Claro que la arqueología, como siempre que no hay escritura, es incapaz de indicarnos el desarrollo de la organización social y de las ideas que ha de servir de base a la organización micénica posterior. Sólo la difusión de los acontecimientos y el aumento de población que ello supone dan una idea de que estaba sucediendo algo significativo. Las aldeas (pues ahora ni siquiera Lerna puede apenas recibir otro nombre) tienen un aspecto en general uniforme: no fortificadas, desordenadas, situadas normalmente en montículos o colinas bajas, carecen de edificios realmente grandes y de arquitectura monumental. Se hace difícil creer que tales lugares pudieran ser sedes de un poder que alcanzara más allá de las tierras de cultivo inmediatas. Sin embargo, ya en el HA III existían contactos entre la Argólida y las islas occidentales de Ítaca y Léucade, por ejemplo, a juzgar por los hallazgos de cerámica, que incluso llegaron quizá hasta las islas Lípari, al norte de Sicilia[3]. Estas últimas eran un importante centro productor de piedra de alta calidad, la cual seguía usándose mucho en utensilios. Los utensilios y armas metálicos eran deplorables, y estas últimas, en extremo raras. El hecho aislado tal vez más significativo que revela la arqueología es el de que, desde el principio mismo del HM, aparecen objetos e influjos cretenses.

En una fase más temprana, el grupo de pequeñas islas llamadas Cícladas desempeñó un papel de importancia en la historia de la Edad del Bronce griega. Las Cícladas, que se extienden en dirección sureste desde Ceos y Andros, cerca de los extremos meridionales de Ática y Eubea, respectivamente, hasta Tera (hoy también Santorini), Anafe y Astipalea, forman el puente central sobre el Egeo, entre Grecia y Asia. Su tamaño varía entre el de Naxos (442 km^2) y el de pequeños promontorios rocosos casi a nivel del mar, y su aspecto inhóspito resulta más bien decepcionante. Sus costas rocosas, que con raras excepciones son impracticables para los barcos modernos, ofrecían puertos algo mejores a los de la Edad del Bronce, fueran pacíficos o piratas. Y muchas tenían un interior bastante fértil; la mayor parte de sus habitantes vivían de la agricultura, del pastoreo de animales pequeños y de la pesca, más que de los viajes por mar, aunque sean éstos los que den a las islas, por lo que aquí nos concierne, su importancia histórica.

Aparte de una racha de entusiasmo a principios de este siglo y de otra en los últimos años, apenas se ha excavado en las Cícladas. No obstante, se sabe de ellas lo bastante para mostrar, según podía deducirse con sólo la geografía, cómo recibieron y fundieron impulsos, y probablemente gentes, tanto de Asia Menor como de Grecia, y cómo desarrollaron rasgos culturales inconfundiblemente propios. Careciendo de fase neolítica importante, florecieron repentinamente en la antigua Edad del Bronce hasta llegar a un apogeo que nunca volvieron a alcanzar en tiempos prehistóricos. En la medida en que podemos afirmarlo, lo consiguieron sin tener apenas grandes asentamientos (comparables, por ejemplo, al de Lerna en la Argólida) ni grandes concentraciones de población. El caso de Melos tiene una explicación particular: esta isla era la mejor fuente de obsidiana, cristal volcánico negro y duro muy apreciado para la fabri-

cación de los utensilios más pequeños y delicados. Aunque el trabajo de la obsidiana pudo haberse iniciado por parte de gentes de tierra firme, los nativos de Melos (quienesquiera que fuesen) se hicieron cargo de él, y uno de sus centros, Filacopi, se convirtió en el asentamiento cicládico más importante que conocemos hasta ahora. Otras islas, Siros, Amorgos, tal vez Naxos, también tenían especialidades en piedras o en el trabajo de los metales. Es de suponer que las excavaciones irán aclarando estas diferencias y características particulares. Hoy por hoy poco más puede hacerse que registrar unas cuantas de ellas e indicar los lugares de la tierra firme griega o asiática, o los puntos próximos a una de ellas, con los cuales el contacto era más estrecho; en Grecia los puntos más importantes eran las regiones costeras del Ática y la isla de Eubea.

Igual de oscuras permanecen hoy las causas de la decadencia de las Cícladas después de la temprana Edad del Bronce. En realidad, su historia, a través de los períodos prehistórico, arcaico y clásico, no muestra soluciones de continuidad. Así, el mármol de Naxos y Paros mantuvo su prestigio muchos siglos; Tera fue luego un centro dorio lo bastante importante como para encargarse del asentamiento griego en Cirene (hoy Qurēna, Libia); Naxos y Melos habían de ocupar un lugar especial en la concepción de Tucídides sobre el desarrollo del imperio ateniense en el siglo V a. C. y, más tarde aún, Melos nos dio la más famosa quizá de las estatuas griegas, la «Venus de Milo», ahora en el Louvre. Así, pues, en todos los aspectos de interés, la historia de las Cícladas forma parte integrante de la historia de Grecia desde los comienzos de la Edad del Bronce, sin que podamos narrarla si no es en términos de incidentes aislados que puntean el curso de los acontecimientos del continente.

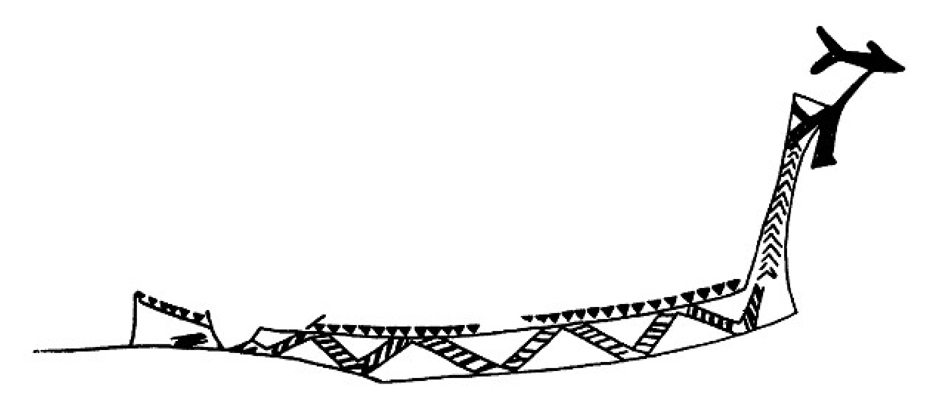


Fig. 10. Barco cicládico.

Existe, sin embargo, un rasgo de su antigua Edad del Bronce que merece destacarse. De las Cícladas partió la producción de unas figurillas humanas muy estilizadas y despersonalizadas que se distribuyeron ampliamente, además de por las islas, por la península y Creta. De un tamaño que oscila entre unos pocos centímetros y, en uno o dos casos, metro y medio, estas estatuillas aplanadas, a menudo poco pudorosas, parecen haber sido hechas sobre todo para acompañar a los muertos en sus tumbas y haber atendido alguna necesidad muy difundida. A diferencia de las conocidas figuras neolíticas, las esculturas femeninas se representaban sin exagerar las nalgas, los pechos y los genitales, de modo que la interpretación habitual de las estatuillas neolíticas como «diosas de la fertilidad», aun cuando fuera correcta para el período anterior, no podría aplicarse a estos objetos cicládicos. Es obvio que estos «ídolos», como suelen llamarlos los autores modernos, eran dioses funerarios de importancia muy considerable en la antigua Edad del Bronce. Más que esto no cabe decir, por el momento, con demasiadas garantías.

A diferencia de las Cícladas, Chipre, si llegó a integrarse en el ámbito griego, lo hizo en realidad efímeramente. Con sus 9250 km^2, era la isla más grande del Mediterráneo oriental (un poco mayor que Creta), y su situación la vinculaba con Asia Menor, con Siria sobre todo, dándole a la par las ventajas pro-

pias de una etapa importante en los desplazamientos desde Egipto y Siria hacia Occidente. Aparte de la estrecha faja montañosa del lado norte y de las extensas montañas del oeste y el suroeste, Chipre tenía mucha tierra arable y buenas comunicaciones interiores, cualidad esta última muy rara en el Egeo. También tenía cobre abundante, que se venía trabajando desde muy antiguo, y su costa ofrecía puertos aceptables por tres lados. Tenía, en resumen, todas las condiciones físicas necesarias para una civilización floreciente. Se conocen ya más de cien yacimientos en la fase final del Neolítico, entre 3000 y 2500 a. C., aproximadamente (la más antigua etapa precerámica se remonta al sexto milenio); la Edad del Bronce fue de rápido crecimiento hasta la destrucción que Chipre, junto con buena parte del mundo egeo, sufrió poco después del 1200.

Como de costumbre, la historia de los movimientos de población es oscura. Hay rastros de una escritura influida por el Lineal A de Creta en torno al 1500 a. C., lo cual revela un contacto de importancia, cuando menos, y también hay testimonios concluyentes del dialecto y la escritura griegos del periodo clásico, desde antes del 500 hasta los siglos II o III a. C. El griego que se hablaba entonces en Chipre estaba sobre todo relacionado con el de Arcadia y, algo más remotamente, con el griego micénico de las tablillas del Lineal B. La escritura, varios siglos después de que el resto del mundo griego comenzara a emplear un auténtico alfabeto, no sólo era todavía silábica, sino que conservaba varios signos del Lineal B y otros que eran modificaciones de esta escritura, por lo demás extinguida. Todo esto significa que el dialecto y la escritura griegos en Chipre se establecieron en la era micénica, antes de que todo el Peloponeso hubiera adoptado un dialecto griego occidental y que el Lineal B hubiera dejado de usarse. Por otra parte, el nombre de la isla en el segundo milenio, que conocemos por documentos egipcios, hititas, del norte de Siria y de otras regiones del Pr-

óximo Oriente, parece haber sido Alashiya, no Chipre. «Alashiya» está documentado por última vez hacia 1100 a. C. Los asirios parecen haberle dado más tarde el nombre de Yadnana, y finalmente recibió el de Chipre. El nombre definitivo es, desde luego, el que se da al cobre en muchas lenguas indoeuropeas modernas (Kupfer, cuivre), pero no en griego, lo que añade a la historia una última complicación. Con toda certeza, el griego no era la única lengua hablada en la isla de la Edad del Bronce, igual que no lo ha sido desde entonces hasta nuestros días.

Los testimonios arqueológicos sugieren que a principios de la Edad del Bronce Chipre estaba más orientado hacia el Levante que hacia Occidente. Confirman (y en parte explican) este hecho referencias del siglo XVIII a. C., en textos cuneiformes, a exportaciones de cobre y bronce con destino a Mari, junto al río Éufrates. Los siglos siguientes presenciaron un rápido incremento de la población y, en particular, asentamientos sensiblemente más ricos en las costas meridional y oriental, todo ello en clara relación con el comercio hacia el este. Luego, durante los siglos V y IV, los influjos y los objetos egeos parecen desplazar gradualmente a los levantinos, tanto que a finales de la Edad del Bronce puede decirse que Chipre pertenece al ámbito egeo. No cabe duda de que esta mutación guarda relación con el florecimiento de la península griega en la llamada era micénica, aunque, dada la falta de textos, los detalles no nos son accesibles.

El incremento en población y riqueza afectó a la estructura del poder de un modo que puede haber sido comparable con lo sucedido en Grecia, lo cual no era posible en las pequeñas islas Cícladas. Ya a mediados de la Edad del Bronce había armas en las tumbas y se construían asentamientos y promontorios fortificados, cuya distribución «indica un estado interno de inseguridad crónica»[4]. Hacia el final de la Edad del Bronce había un rey de Alashiya. No sabemos lo seguro que era su poder, ni

tampoco qué extensión de la isla abarcaba, pero era una figura importante, que podía plantar cara a las mayores y mejor conocidas potencias del Próximo Oriente. Se dirigía al faraón egipcio llamándole «hermano mío». El rey de Ugarit (hoy Ras Shamra), en el norte de Siria, le llamaba «mi padre». Era un estorbo, y a veces algo más, para los gobernantes hititas, que quizá lo redujeran algo y temporalmente, pero no por mucho tiempo, y contra los cuales podía defenderse bien en contiendas navales[5]. Lo de «hermano mío» era, por supuesto, mera cortesía diplomática y es difícil imaginar que Alashiya pudiera aun remotamente ponerse en un plano de igualdad con el imperio hitita o con Egipto. Pero constituía una potencia real, hasta que los Pueblos del Mar acabaron con ella junto con muchos otros núcleos de Siria y Asia Menor.

IV. CRETA.

La otra gran isla del Mediterráneo oriental, Creta (8275 km^2), tuvo un desarrollo muy diferente. Hoy es una tierra inhóspita, y en gran parte baldía, víctima del pésimo trato del hombre. Si uno la aborda por el sur, su aspecto es áspero pero espectacular, pues las montañas acaban en el mar mismo. Las Montañas Blancas, al oeste, son casi inaccesibles. Pero en la antigüedad Creta gozaba de una justa reputación por sus prados y sus pastos de tierra alta, sus aceitunas y sus vinos, sus encinas y cipreses, sus puertos en las orillas septentrional y oriental (que son, más exactamente, playas protegidas a las que pueden subirse los barcos cuando el tiempo es malo). Sin embargo, se distinguía de Chipre en no tener recursos minerales de importancia, y su situación era menos favorable al tráfico marítimo hacia o desde Asia Menor, Siria y Egipto.

Durante cerca de 4000 años Creta no dio señas del notable florecimiento que había de presenciar en la Edad del Bronce.

Los asentamientos neolíticos más antiguos se remontan al 6000 a. C. aproximadamente, y se encuentran preferentemente en las cuevas de las montañas que puntean la isla, cientos de las cuales guardan restos de la actividad humana, entre ellos enterramientos y culto[6]. El cobre, y luego el bronce, aparecieron muy tarde, en comparación con la península: nunca en abundancia antes del 2300. Por esta fecha los pobladores habían salido de sus cuevas (sin abandonarlas en absoluto), habían incrementado considerablemente su número y habían progresado mucho en cuestión de técnica. Los principales asentamientos se encontraban en el extremo oriental de la isla al principio, pero luego se produjo un desplazamiento hacia el centro.

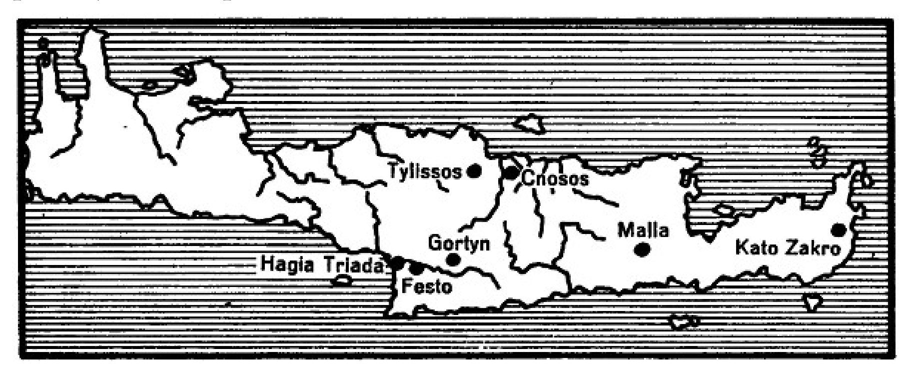


Fig. 11. Creta en la segunda mitad del segundo milenio a. C.

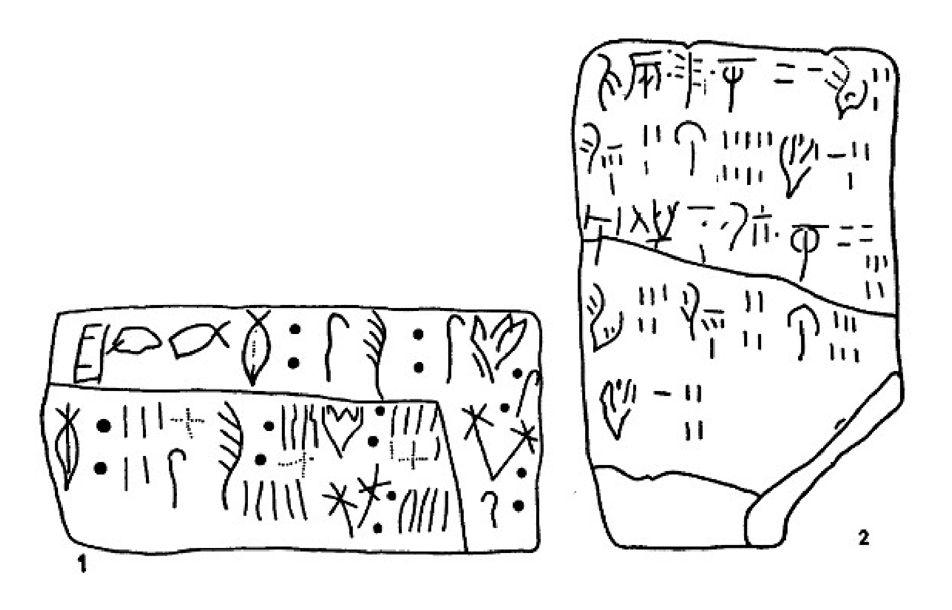
La evolución desde la Edad de Piedra hasta la del Bronce no se ha comprendido aún claramente ni mucho menos. En Cnosos, sir Arthur Evans no vio ningún corte abrupto, y juzgó que la base Minoica Antigua, de 2500 a 2000 a. C., más o menos, era un periodo de transición. Más recientemente los arqueólogos han puesto esta opinión en tela de juicio, especialmente al tener en cuenta los testimonios arqueológicos, a menudo muy distintos, de otros yacimientos como el de Festo I[7]. Creta había entrado en el complejo de la Edad del Bronce egea con visibles influencias en Grecia y Macedonia, de las Cícladas, del Asia Menor en particular, de Siria e incluso, indirectamente, de Egipto. La urbanización, o al menos el asentamiento de aldeas,

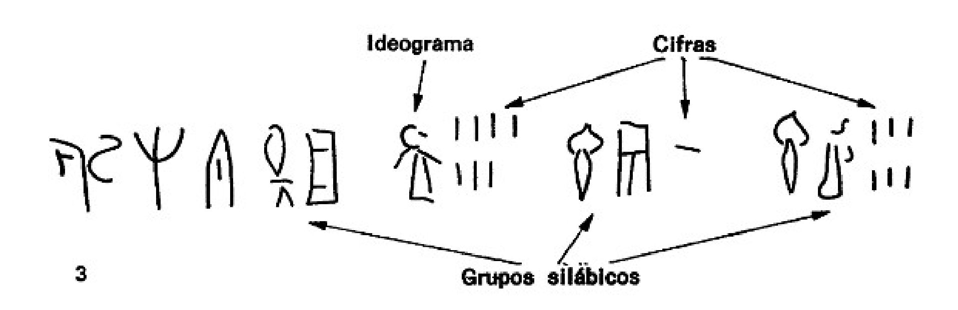
era un elemento nuevo importante. Otro era la desaparición de las estatuillas femeninas esteatopígicas de terracota (y, durante algún tiempo, prácticamente de toda representación humana en cualquier forma artística). Un tercer elemento fue la aparición, en embrión, del típico estilo cretense de arquitectura, con su estructura celular y aglutinada, que había de culminar en el laberíntico palacio de Cnosos, que cubre, con sus patios, unos 17 000 m^2 de terreno. Pero, tras estas pocas generalidades, queda aún mucha incertidumbre y materia de controversia. La tendencia de Evans a imponer un sello de Cnosos a toda la isla era, a todas luces, un error. Creta no tenía en esta época, como tampoco Grecia, una cultura monolítica.

Mostraba, en cambio, inconfundibles signos de originalidad. Ésta se advierte ante todo, aparte de la arquitectura, en los vasos y otros objetos pequeños, los cuales, incluso allí donde es más patente el préstamo exterior, son objeto de reformas en forma y dibujo, no simplemente copiados o imitados. Luego vino un brusco despertar, que marca el período Minoico Medio, entre 2000 y 1600 o 1550, la edad de oro cretense durante la cual se acabó de realizar la «revolución urbana», se edificaron los grandes complejos palaciegos, decorándolos con frescos asombrosos, las artes menores (vasos, joyería, sellos) alcanzaron su punto más alto de perfección, con un estilo y aire que se reconoce inmediatamente y, por fin, se creó una sociedad que, al menos en su cumbre, tenía una psicología y unos valores muy diferentes de todos los demás de su tiempo (y aun de la antigüedad entera).

La manifestación más notable de la originalidad cretense quizá sea la que se da en la escritura. Si se piensa en el pequeño número de sistemas de escritura que se han inventado en todo el mundo y en toda la historia, la contribución cretense, realizada en un período relativamente breve, parece incomprensible. Vino primero una especie de pictografía modificada que

Evans llamó «jeroglífica» por analogía con la escritura egipcia. Se desarrolló después un sistema más artificioso, que llamó «Lineal A», en el cual la mayor parte de los signos representan una sílaba cada uno, y que se difundió ampliamente por la isla. Del Lineal A salió en Cnosos finalmente el Lineal B. Este último no se ha hallado por el resto de Creta, pese a que se empleaba también en la península griega, a diferencia de los anteriores sistemas cretenses (un pequeño disco hallado en Festo revela un cuarto sistema de escritura, pero dicho objeto puede ser de importación y, en tal caso, no ser pertinente el hecho). Semejante exhibición de inventiva es ya de por sí bastante extraña; se hace más inexplicable todavía si pensamos que, junto con los otros préstamos, los cretenses podían fácilmente haber adoptado la escritura cuneiforme, que no sólo estaba bien asentada en el Próximo Oriente, sino que había demostrado su flexibilidad por lo fácilmente que se adaptaba a lenguas nuevas cuando era preciso. He aquí, pues, un ejemplo clásico de obstáculo a la difusión, y un ejemplo de cómo la extensión de un rasgo cultural requiere algo más que disponibilidad de éste y comunicación. Actualmente es imposible decir por qué los cretenses se negaron a aceptar la escritura cuneiforme (y se trata realmente de una negativa). No deja de ser por ello un hecho decisivo.





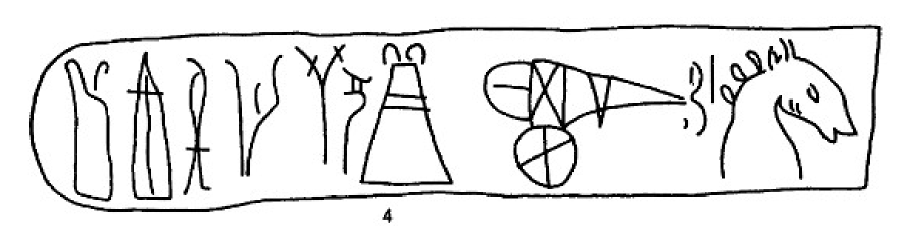


Fig. 12. Tablillas con inscripciones. 1. Tablilla jeroglífica de Festo; 2. Tablilla lineal A de Hagia Tríada; 3. Tablilla de Pilos Aa 6_2; 4. Tablilla de Cnosos (con el nombre de un hombre, un coche completo con ruedas y una coraza de caballo).

Aparte de algunos signos grabados o rascados sobre piezas de cerámica o piedras de sello, sólo conocemos la escritura cretense a través de algo menos de cuatrocientas tablillas de arcilla

en forma de hoja, meros fragmentos muchas de ellas. Si se emplearon también materiales perecederos, como cera o papiro, no quedan huellas del hecho. Incluso las tablillas de arcilla han sobrevivido casualmente. No se cocían antes de usarlas y se tiraban cuando ya no eran necesarias; sólo los grandes incendios que acompañaron la destrucción de los palacios preservaron todas las tablillas que entonces estaban usándose. Consiguientemente, lo que tenemos es algo así como un corte celular en una preparación microscópica, carente de profundidad, esto es, del menor síntoma de desarrollo o cambio, del elemento temporal. Y los textos mismos son breves y de muy corto alcance: se componen de listas de distintas clases, o de registros crípticos de relaciones de propiedad, racionamientos y temas similares. Aun cuando todas las tablillas conocidas pudieran leerse y traducirse con absoluta certeza, lo cual no sucede, pronto se agotarían, en cuanto fuentes de información, documentos como los siguientes de Cnosos: «En Lasunthos (?): dos amas, una muchacha, un muchacho» o «Amnisos: Una jarra de miel a Eleuthia. Una jarra de miel a todos los dioses. Una jarra de miel…».

La lengua de las tablillas en Lineal B, la última de las escrituras, es, según sabemos hoy, griega: volveremos sobre ello. Pero hasta la fecha todos los esfuerzos realizados para descifrar el Lineal A o el sistema jeroglífico anterior han sido infructuosos. En parte se debe a la escasez de textos (hay más de diez textos en Cnosos de Lineal B por cada tablilla de Lineal A de toda Creta), pero sobre todo a que la lengua de éstos no es desde luego griego ni, probablemente, ninguna otra lengua conocida. Carece de base la suposición de que sea una lengua semítica. La más verosímil, según la cual se trata de luvita, apoyada en topónimos como Cnosos y Tiliso, no ha conducido siquiera a un desciframiento parcial. Todo lo que puede citarse, por tanto, es que la lengua de los textos en Lineal A era la del pueblo que

creó la edad de oro minoica, y que la escritura silábica se inventó en principio para esta lengua y adaptó después al griego, para el cual no era muy adecuada. Nuestra ignorancia alcanza incluso a topónimos importantes. Si bien Cnosos, Gortina y Festo, aunque hubieran perdido importancia, siguieron existiendo y, por tanto, conservando sus nombres durante toda la historia antigua de Grecia, otros centros fueron destruidos y abandonados en la Edad del Bronce. Hagia Tríada y Kato Zakro, por ejemplo, han recibido sus nombres de la toponimia contemporánea: los que tuvieron son aún desconocidos.

Las tablillas, en suma, han proporcionado una información complementaria importante, y nueva en parte (especialmente de cara a la historia de la lengua griega), pero nuestra fuente básica sigue estando formada por los vestigios materiales. La aportación más importante de las tablillas quizá estribe en que refuerzan lo que, respecto del poder en Creta, implica la arqueología. Puede afirmarse que las necesidades del poder impulsaron el desarrollo de la escritura con mucha más fuerza que las exigencias intelectuales o espirituales. Entre el Neolítico tardío y el período Minoico Medio se dio un rápido incremento de los recursos humanos y naturales y una concentración social y geográfica del poder que había de emplearlos. En otro caso no se hubieran edificado, y no hubieran servido de nada, los palacios. No hay una sola tablilla que registre compra y venta de mercancías; no hay siquiera palabras que designen estas actividades. Hay, en cambio, muchos inventarios y listas de racionamiento y personal. Ello implica que toda la sociedad estaba dirigida desde el palacio y que éste organizaba, administrativamente, el menor detalle de la economía interna, distribuyendo hombres y bienes, desde las materias primas hasta los productos acabados, sin recurrir a la moneda o a un mecanismo de mercado. Algo de esto viene a confirmarse con la reciente demostración de que las numerosas tablillas de Cnosos con

listas de ovejas y lana (todas ellas, conviene recordarlo, del año de la destrucción del palacio) registran un censo anual de rebaños, de esquileos y de los pastores encargados de unos y otros. Los animales eran unos 100 000 en total y, en la medida en que cabe identificar los topónimos, parece que pastaban por todo el centro y el este de Creta. Resulta, pues, que el palacio de Cnosos tenía una especie de monopolio de las ovejas y la lana que abarcaba, al menos, la mitad de la isla[8].

Puede entonces pensarse que la lana tal vez resuelva el antiguo problema sobre cómo pagaban (u obtenían, por el medio que fuese) los cretenses el oro, el marfil y el resto de las importaciones que necesitaban. Ahora tenemos parte de la respuesta, cuando menos, en la lana (material que, desde luego, no puede descubrir la arqueología). Y se da la circunstancia de que los cretenses (llamados *keftiu*) representados en los frescos egipcios llevan a veces telas plegadas. Pero también llevan oro, plata, marfil y varias otras cosas que no son productos de Creta, de manera que este pequeño dato concreto en favor de la importancia de la lana como mercancía preferente se ve un tanto impugnado. A este respecto las tablillas guardan un silencio decepcionante y sorprendente. No tratan para nada en absoluto del mundo exterior: según su testimonio, podía perfectamente no haber existido. Y la arqueología, con sólo sus propios medios (nunca se repetirá lo suficiente), rara vez puede descubrir los mecanismos de las relaciones exteriores, ni siquiera cuando saca a la luz grandes cantidades de productos extranjeros o inspirados por el extranjero.

Otro criterio de los estudiosos modernos acentúa la importancia del imperio y el tributo, de la llamada talasocracia (gobierno de los mares) minoica, a la cual se refieren algunos escritores griegos posteriores. No cabe discutir la riqueza y el poder de Cnosos, ni tampoco el hecho de que practicara la navegación. Parece que hubo asentamientos «minoicos» en varias

islas próximas, en particular Citera, al norte, cuyo apogeo tuvo lugar en el Minoico Tardío I, no mucho antes del abandono del asentamiento (donde no hay rastro de destrucción). No obstante, el paso de ahí a un imperio marítimo de vasto alcance, en cualquier sentido que se tome el término imperio, ni es sencillo ni es evidente; puede decirse que toda esta concepción tiene un fundamento muy tenue y se ha admitido con excesiva facilidad. Los primeros griegos que mencionan la talasocracia son Heródoto y Tucídides, en la segunda mitad del siglo V a. C., es decir, demasiado tarde como para que el dato se tome en serio por sí mismo. Por lo demás, las leyendas griegas tardías acerca de la Creta prehistórica nos dan una imagen muy diferente, con la notable excepción de la historia de Teseo y el Minotauro[9]. Suele decirse que ésta refleja en forma mítica la sujeción ateniense al señorío de Creta y su posterior emancipación. Es curioso, sin embargo, que precisamente Atenas no muestre restos arqueológicos de influencia cretense, cuando se conservan tantos en todo el resto de la península, y que en las innumerables representaciones cretenses de animales reales y fabulosos no pueda reconocerse nada semejante a un minotauro. El toro es omnipresente, ya como protagonista de fiestas, ya como animal sacrificatorio, pero no a la inversa, como ser al que se ofrendan víctimas. Además, los abundantes ejemplos históricos y legendarios de aniquilamiento de une soberanía imperial no suelen ofrecer esta forma curiosamente disfrazada.

Queda el extrañísimo carácter abierto de los palacios cretenses, ninguno de los cuales es en rigor una ciudadela, sino que constituyen amplios complejos «civiles», sin fortificar, Todo visitante se asombra del contraste que ofrecen con las fortalezas peninsulares como Micenas y Tirinto. Con todo lo frecuentemente que se haya propuesto, la talasocracia minoica no es la explicación. Las amenazas por mar no han sido nunca la única causa de las fortificaciones, ni siquiera la principal. Ciertamen-

te no explican a Micenas o Tirinto, como tampoco explican los castillos medievales. ¿Es que no hubo nunca peligros ni conflictos entre los palacios? ¿No fue nunca necesaria la represión o la protección interna? Por todas partes predomina en Creta una tónica pacífica. Las tablillas de Lineal B de Cnosos se refieren a armas, armaduras y carros, pero todo ello brilla por su ausencia en los monumentos figurativos, de cualquier clase o tamaño que sean. Hasta en las tumbas son raros estos objetos; sólo tras la ocupación por parte de hablantes de griego procedentes de la península puede hablarse en rigor de tumbas de guerreros.

Cualquiera que sea la explicación de este fenómeno, constituye una razón para afirmar la originalidad de Creta. La sociedad centrada en el palacio y sus registros obsesivamente detallados recuerdan al norte sirio y a la Mesopotamia contemporáneos. Pero, como ya se ha dicho, la psicología y los valores de los privilegiados eran radicalmente distintos en muchos aspectos, independientemente de lo que sucediera con la masa de la población, de la cual no sabemos nada. A pesar de que no existe una sola línea escrita, en Creta o entre la documentación, mucho más abundante, de sus vecinos próximos o remotos, que trate explícitamente del pensamiento de la Edad del Bronce cretense, o de las ideas de entonces sobre cualquier asunto, es legítimo sacar de los vestigios materiales ciertas deducciones seguras sobre sus diferencias con las otras sociedades centralizadas de su tiempo.

Los gobernantes babilonios, egipcios e hititas llenaron sus tierras de exhibiciones monumentales de su poder y del poder de sus dioses. Nada semejante, ni en sus palacios ni en sus tumbas, hicieron los cretenses. La sala del trono de Cnosos no tiene nada de mayestático, ni en sus dimensiones ni en su decoración (de animales míticos y de dibujos florales, pero sin un solo retrato). El propio trono no tiene especiales atributos de realeza. No existe una sola pintura que reproduzca un acontecimiento

histórico, o que revele actividad administrativa, judicial o cualquier otra que manifieste el poder político en acción. En cuanto a los dioses y diosas, son sumamente difíciles de descubrir. Aunque se concebían y representaban antropomórficamente, no se albergaban en templos, de forma que no era preciso el culto de las imágenes, tan característico de las civilizaciones contemporáneas del Próximo Oriente como de la griega posterior. Se insistía, en cambio, en las epifanías, en la aparición temporal de una divinidad en respuesta a la plegaria, al sacrificio o, de modo más característico y original de Creta, a la danza ritual. En muchas escenas se destaca más el éxtasis de los adoradores que la divinidad; es más, a veces se representan los actos preparatorios sin la epifanía misma. El lugar de ésta puede ser un árbol sagrado, una columna u, ocasionalmente, una fachada arquitectónica (pero nunca un edificio propiamente dicho). Dado el carácter humano de estas escenas, y prescindiendo de muy pocos frescos y de un sarcófago aislado, lo adecuado era grabarlas en anillos, sellos y pequeños objetos de cerámica. Y cuando por fin, bajo el influjo oriental, surgió mucho más tarde la costumbre de dedicar figuras esculpidas de dioses y diosas, se mantuvo con rigor la pequeña escala. Hasta los altares son pequeños: no se ha encontrado ninguno lo bastante grande para el sacrificio de un toro. La paradoja final es que los griegos posteriores convinieran en que Zeus, nada menos que el gran rey del panteón olímpico, había nacido y crecido en Creta. Si así fue recorrió un largo trecho hasta conseguir albergarse en sitios tales como el famoso templo de Olimpia o el colosal de Acragante (Agrigento), en Sicilia.

Esta ausencia de monumentalidad concuerda oportunamente con la falta de manifestaciones externas de guerras o espíritu guerrero, y con las cualidades y tono peculiares de las obras de arte cretenses. Ni siquiera los grandes frescos son realmente monumentales (fuera de Cnosos, de todos modos, son infre-

cuentes y casi siempre carecen de figuras humanas). Tienen una ligereza y una movilidad que son originales y raras, si no únicas, en su tiempo: cualidades logradas con magnífica pericia técnica en los vasos, las alhajas y los pequeños bronces (en este último caso, en los de Tiliso en particular). Pero propenden, con sus temas altamente estilizados, y en el tratamiento de detalles como el vestido y la actitud, a un convencionalismo monótono, a un preciosismo y a un primor inadecuados a su tamaño. La vida se reduce a juegos y ritos, no revela pasión, alegría o sufrimiento. Parecen decir que la vida es un tintineo sin profundidad. De aquí que las artes menores sean el mayor éxito de los cretenses, aparte de las comodidades burguesas del alcantarillado y las instalaciones sanitarias, de la iluminación y la ventilación de los palacios.

Sacamos la impresión, desde luego mera especulación, de que a principios del Minoico Medio la sociedad cretense quedó fijada en lo institucional y lo ideológico, de que halló un equilibrio que durante siglos no sufrió amenazas serias, seguro en todos los sentidos, quizá demasiado pasivamente. Después de estas fechas, se refinaron las técnicas, aumentó la población, se ampliaron los palacios, pero, por así decirlo, siguiendo una línea horizontal, fundamentalmente. Por eso es posible describir este mundo sin casi referirse a cambios entre el Minoico Medio y el Tardío. Aunque arqueológicamente es válido admitir, sobre todo en la cerámica, esta ruptura, el tipo de vida parece haberse alterado muy poco. Muchas zonas de Creta fueron dañadas seriamente por un terremoto durante el MM III, pero después de la catástrofe no sólo se reedificó inmediatamente, sino que siguió el desarrollo, se produjeron nuevos asentamientos y aumentaron los contactos con la península griega; en cambio no hubo nada que señale innovaciones sociales o psicológicas de importancia.

Llegó un momento en el que, de algún modo, hablantes de griego de la tierra firme se hicieron con el poder en Cnosos y, merced a ello, en buena parte de la Creta oriental y central. La demostración decisiva de este hecho consiste en la lengua griega de las tablillas de Lineal B en Cnosos (que no se distingue de la de las tablillas peninsulares). Por desgracia, como queda dicho, todas las tablillas datan del momento de la destrucción, de forma que no proporcionan información sobre la fecha de la conquista. Todo parece indicar, sin embargo, que ésta tuvo lugar a principios de la fase MT II de Cnosos (alrededor de un siglo después del comienzo del HT en la península), época en que se da un cambio cualitativo en las tumbas, entre otros síntomas, según modelos peninsulares, y aparecen por primera vez en Creta tumbas de guerreros. Por las mismas fechas, centros como Festo y Malia dejaron de ser «residencias reales», y el gran palacio de Kato Zakro, en el extremo oriental de la isla, el cuarto de Creta por sus dimensiones, fue abandonado por completo tras un terremoto (sólo volvió a descubrirse en 1961). Puede deducirse que los nuevos gobernantes de Cnosos adquirieron algún género de soberanía sobre una parte considerable de la isla, sin dispersarse ellos mismos por otros centros (lo que explica el que perdurara el Lineal A en todo el resto). De esta forma se comprendería por qué no puede descubrirse una fase «independiente» de MT II fuera de Cnosos.

El MT II presenció el apogeo del poder de Cnosos. Desde Evans se viene fechando el final de este período alrededor del 1400 a. C.: fue, por tanto, una era relativamente breve, que acabó con una catástrofe completa en toda la isla. El terremoto puede haber sido un factor de ésta, pero no proporciona una explicación suficiente, pues esta vez, a diferencia de las anteriores, no hubo recuperación. La vida siguió en Creta, desde luego (hacia el final de la Edad del Bronce produjo el MT III), pero la era del poder y los palacios había desaparecido para siempre.

En lo sucesivo sería la tierra firme la que ocupara el centro de la escena en todos los aspectos. Ya en el MT II, como muestra la distribución de la cerámica exportada en el Egeo nororiental y oriental, dominaba el comercio. Es posible que al gran desastre natural, si es que éste se produjo, siguiera una expulsión de los señores griegos por obra de una especie de levantamiento popular, el cual también hubiera barrido los restos de poder local que los intrusos griegos habían debilitado seriamente como un siglo antes. Pero todo esto son especulaciones que carecen de base firme y que probablemente no la tendrán nunca. También perderían verosimilitud, es preciso añadirlo, si se confirman las recientes afirmaciones de que la caída de Cnosos debe retrasarse hasta el 1200 o incluso el 1150 a. C., coincidiendo con el final de la civilización de la Edad del Bronce en el continente. Pero los datos y la mayor parte de los expertos apoyan la conservación de la fecha tradicional[10].

V. LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

En una fecha que cae dentro de los periodos de los grandes palacios cretenses, es decir, hacia el final del MM III, sucedió algo en la tierra firme griega que dio un giro radicalmente nuevo al curso de los acontecimientos de esta zona y, en general, a la historia del Egeo. Permanece en el misterio lo que pueda haber sido exactamente, dando pie a continuas especulaciones y a controversias que no llevan a acuerdos, pero sus consecuencias visibles son bastante claras. Micenas se convirtió repentinamente en el centro poderoso y rico de una civilización de guerreros sin parangón en esta región. Pronto surgieron otros centros importantes en el centro y el sur de Grecia, desde donde irradiaron influjos hacia las islas egeas y las costas de Asia Menor y Siria por el este, y hacia Sicilia y el sur de Italia por el oeste. Los 400 años siguientes, poco más o menos, revelan tal uni-

formidad en los testimonios arqueológicos, tanto de la tierra firme como de muchas islas egeas, que una convención desafortunada ha llevado a aplicar el término «micénica» a toda la civilización. Tal cosa no es peligrosa si se conserva la expresión en un sentido abstracto, como el de «Islam», pero es preciso evitar el error de creer que alude a una autoridad política centralizada, a una sociedad repartida por una extensa zona y gobernada desde Micenas como el imperio asirio, por ejemplo, era regido desde Asur. No existen, como vamos a ver, indicios que respalden esta interpretación política.

Sólo en Micenas se muestra algo del notable preludio de esta civilización. Se trata tan sólo de dos enterramientos circulares, uno más antiguo, cuya fecha aproximada es 1600, descubierto en 1951 por arqueólogos griegos y conocido ahora como Círculo B, y otro quizá posterior en un siglo (Círculo A), que Schliemann descubrió en 1876 cuando comenzaba a esclarecer la historia de la Edad del Bronce en Grecia. Ambos círculos formaban parte de un cementerio más grande, situado presumiblemente fuera del asentamiento. Tres rasgos son especialmente dignos de mención: primero, los círculos estaban deliberadamente señalados con intención de destacarlos; segundo, contenían abundantes objetos funerarios lujosos, instrumentos guerreros algunos de ellos; en tercer lugar, la idea de conmemorar el poder y la autoridad se da exclusivamente en estas tumbas, pues no se han hallado vestigios del asentamiento, lo que ha de significar que no tenían ni murallas, ni fortificaciones ni palacios propiamente dichos de piedra. Los cadáveres estaban repartidos irregularmente dentro de los círculos, en tumbas corrientes, en cistas o en profundos corredores funerarios (hay unos 24 cuerpos en el Círculo B y sólo 6 en el Círculo A, estos últimos enterrados todos en corredores).

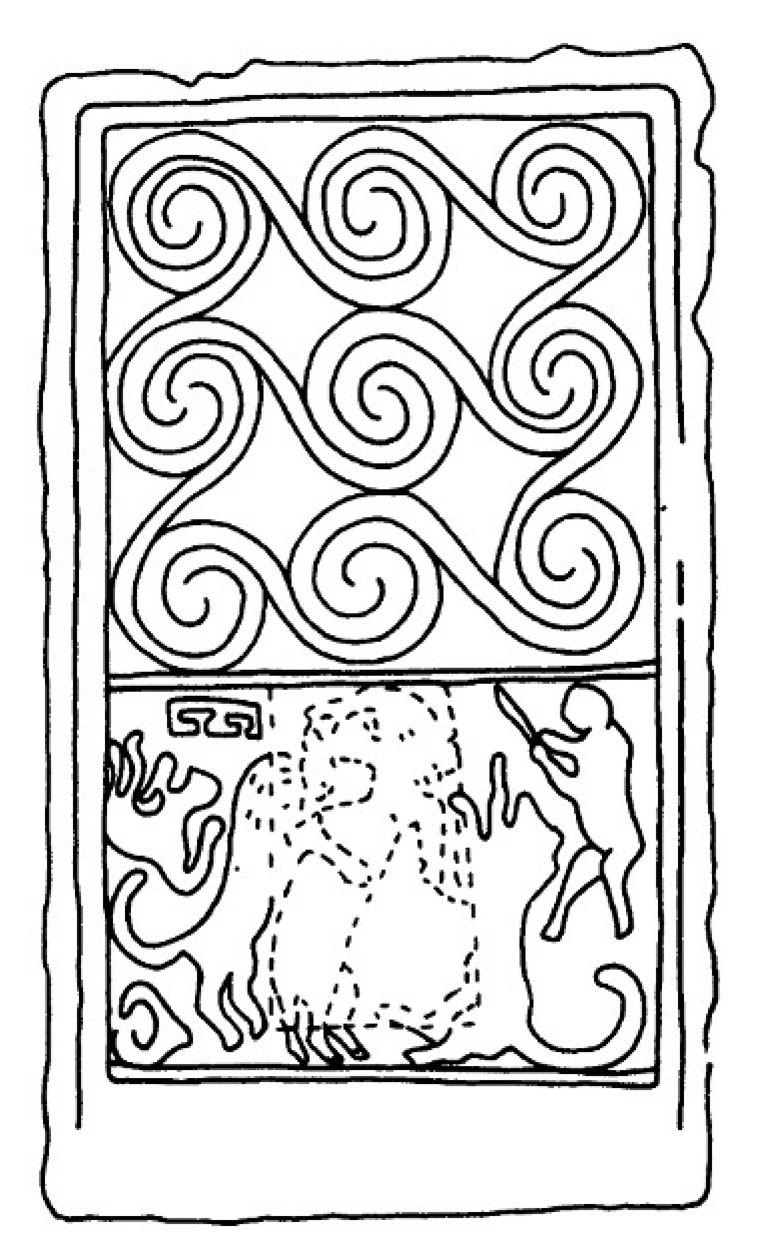


Fig. 13. Estela de tumba micénica.

Los enterramientos no suponen una modificación radical de las prácticas anteriores, como tampoco lo suponía la costumbre de apartar sin ceremonias los huesos y objetos primeros para dar cabida a nuevos cadáveres. Pero todo lo demás era nuevo.

La superficie de las tumbas estaba señalada con losas verticales, muchas de ellas con incisiones decorativas que a veces representan animales o escenas militares o de caza (pero nunca llevan un nombre, un retrato o cualquier otro indicio de vínculo con un personaje determinado, con lo que siguen la tradición de la Edad del Bronce del anonimato del poder). El círculo ha debido tener algún significado sagrado que sobrevivió largo tiempo. En el amplio programa de construcciones de la ciudadela posterior a 1300, cuando se construyó la muralla circundante de 900 metros, el Círculo A quedó dentro de la ciudad como terreno «sagrado» y se marcó con una complicada fila doble de losas calizas. No tenemos idea de lo que pudieran saber o pensar los constructores de este período acerca del círculo funerario, pero sus creencias los llevaban bastante lejos, pues por aquel entonces la superficie originaria estaba harto recubierta de tierra y les hubiera sido mucho más fácil ignorarla.

Harían falta páginas y páginas para dar una idea exacta del contenido de las tumbas más ricas, las III, IV y V del Círculo A, que se exhibe actualmente en el Museo de Atenas. Sólo el catálogo de Karo de la Tumba III incluye 183 entradas numeradas, cifra inferior a la de objetos, puesto que muchas de las entradas incluyen más de uno de éstos; en un caso, «64 discos de oro con mariposas»[11]. Se empleaban todos los materiales suntuarios tradicionales, el oro sobre todo, y éste en tal cantidad y tan bien trabajado que sólo tiene parangón, en la antigüedad, con los hallazgos funerarios escitas, posteriores en más de mil años. En medio de muchos ornamentos de todas clases, trabajados en hoja de oro y filigrana de forma delicada, femenina incluso, hay cantidades de espadas y otros atributos guerreros. Lo que falta es algo semejante a los «ídolos» cicládicos, algo que no sea evidentemente utilitario en sentido terrenal (armas, utensilios y ornamentos). Tanto en los materiales empleados como en las técnicas y estilos artísticos, hay reminiscencias, o préstamos, de

otras civilizaciones. Sin embargo, en lo fundamental, el conjunto es original en trabajo y estilo, creación de los gobernantes de Micenas y de sus artesanos.

Quienesquiera que fuesen los hombres y mujeres enterrados en estas tumbas especialmente preparadas, estaban en la cumbre de una estructura del poder de la comunidad diferente a todo lo que Grecia había conocido hasta entonces. Resulta tentador relacionar su aparición con la del carro de combate y la espada larga. Es preciso obrar con cautela, sin embargo, pues las primeras tumbas del Círculo B parecen algo anteriores a la introducción del carro en Grecia, y el uso adecuado de estos vehículos requiere no sólo un terreno aplanado sino también un red de caminos, cuyos orígenes en la Grecia de la Edad del Bronce permanecen enteramente ignorados (y apenas comienzan a estudiarse)[12]. En todo caso, los carros desempeñaban un papel destacado en las obras de arte de las sepulturas de corredor más tardías, como también en las tablillas, todavía posteriores, de Lineal B de Cnosos y Pilos. El carro era, desde luego, un objeto importado, o al menos lo era su concepción, pero no por ello hay que concluir que quienes aprovecharon esta nueva arma fueran a su vez inmigrantes. Tampoco lo indica necesariamente la abundancia de oro, que puede ser fruto de servicios mercenarios (en Egipto, por ejemplo, como creen algunos especialistas) o bien de incursiones afortunadas, del comercio o de las tres cosas a la vez. Por el momento debemos confesar que las causas de este repentino poder y de la posesión de los tesoros nos son pura y simplemente desconocidas, como también las de que sólo en Micenas la transición entre el HM y el HT venga marcada por enterramientos de corredor colocados de manera ritual.

Las sepulturas de corredor y su contenido revelan un constante incremento de la pericia técnica y artística, así como de la concentración del poder. Un desarrollo similar se produjo en

muchos lugares de la Grecia central y del Peloponeso durante el HT I y II (subdivisiones difíciles de distinguir entre sí), pero fuera de Micenas (y al final también allí) su símbolo visible era un tipo de cámara funeraria muy distinto, la espectacular *tholos*, o tumba de bóveda. Se trata de cámaras circulares abiertas en la ladera de un promontorio, con un camino especial para conducir a ellas (*dromos*), techadas mediante la construcción cuidadosa de una estructura cupular de piedras dispuestas en anillos decrecientes hasta una clave de bóveda situada más arriba de la altura natural del promontorio, todo ello cerrado y cubierto con tierra, dejando sólo visible una importante elevación del terreno. Pueden dar una idea de su tamaño las dimensiones del más grande y uno de los más tardíos, el llamado popularmente «tesoro de Atreo», en Micenas: 14,5 m de diámetro, 13,2 de altura (ambos medidos por el interior), un *dromos* de 36 m de largo y un dintel sobre la puerta de entrada que pesa unas 100 toneladas. Nada nos había preparado para encontrarnos con tales tumbas. No hay construcciones precursoras ni en Grecia ni en otra parte alguna. Pero toda duda de que indiquen, no ya poder, sino una situación más o menos única en la jerarquía, monarquía en realidad, queda disipada por la contigüidad de muchos enterramientos en cámaras que contienen bienes funerarios ricos y pertenecen a familias importantes, pero no reales. La extensión y posición geográfica de las nuevas dinastías en la Grecia central y meridional puede determinarse en un mapa de acuerdo con las *tholoi* erigidas, las cuales se construyeron en gran número sobre todo en el siglo XV (HT III). Justifica el término «jerarquía» el testimonio de enterramientos sucesivos que abarcan varias generaciones (y que también tiene lugar en las tumbas de cámara simple), cada uno de los cuales requiere el considerable esfuerzo de volver a abrir y cerrar la cámara. Hay que añadir que no hay manera de saber si las dinastías pertene-

cían o no a una sola familia: no se distingue a los usurpadores de sus tumbas.

El período de las *tholoi* es también la época en que la actividad de la península repercute fuera de ésta, en forma de amplios hallazgos de cerámica, al principio sobre todo en Occidente (Sicilia y sur de Italia), pero hacia fines del HT II también en otros lugares, en Rodas, en Chipre, en Mileto (Asia Menor) y por doquier, hasta el apogeo de esta actividad en la fase final de la Edad del Bronce, en el HT III A y B. Aquí es donde las limitaciones de las tablillas de Lineal B resultan especialmente exasperantes. Se han encontrado cantidades considerables de las mismas en Micenas y Pilos, y unas pocas en Tebas en 1964; hasta la fecha faltan en todo el resto del continente. Su lenguaje y su contenido son comparables a los de Cnosos: tampoco tratan de comercio o asuntos exteriores, tampoco tienen la menor amplitud temporal, pues datan igualmente del momento de la destrucción y del incendio. Si es correcta la fecha de 1400 en que suele situarse la caída de Cnosos, los hablantes de griego tomaron allí el poder en el apogeo del período de las *tholoi*. Pero no sabemos de qué parte de Grecia llegaron. Es gratuito suponer que de la propia Micenas. Tampoco sabemos en qué punto del continente apareció por vez primera la escritura con el sistema Lineal B. Para acabar de empeorar las cosas, la cerámica «micénica» tendía a mostrar tal uniformidad de estilo y técnica que, con escasas excepciones, es imposible distinguir los lugares de origen[13]. Por tanto, cuando un autor moderno habla de «cerámica micénica» hallada, por ejemplo, en las islas Lípari, se refiere a una cerámica procedente de algún punto del mundo micénico, el cual acabó incluyendo lugares como Rodas y Chipre, no necesariamente de Micenas misma (de hecho, la cerámica micénica encontrada en Siria, Palestina y Egipto parece ser casi en su totalidad de fabricación rodia o chipriota, y en el III B Chipre la monopoliza prácticamente). Añádase que

la uniformidad es máxima en el caso de las formas más importantes, las correspondientes al periodo HT III B, en las cuales es tan difícil distinguir la fecha (dentro de un margen de aproximadamente un siglo) como el lugar de origen.

La cuestión de las relaciones entre los centros continentales y los otros lugares en que se han producido hallazgos de cerámica particularmente concentrados es, por tanto, en extremo espinosa. Puede darse por seguro que existió un amplio comercio (y que incluso antes de 1400 el continente comenzaba a desplazar a Creta), aunque no sabemos absolutamente nada de cómo operaba. Productos tales como el ámbar y el marfil y, probablemente, otros como el oro, el cobre y el estaño, no hubieran llegado a Grecia en otro caso. Pero, ¿cómo puede decidirse, según hacen algunos autores, que Rodas y Mileto eran «colonias micénicas»? Es difícil dar con un criterio satisfactorio. Cierto que los vestigios materiales de estos dos lugares resultan plenamente «micénicos», pero tal cosa no implica nada respecto a sus relaciones con la península. Si tampoco tuviéramos otra información que ésta acerca de Rodas y Mileto en la época clásica, podríamos considerarlas «colonias» con igual seguridad y, desde luego, nos equivocaríamos. Además, desde el punto de vista arqueológico Cnosos difería tanto de la Grecia continental como Troya: nadie diría que era una «colonia», y, sin embargo el desciframiento del Lineal B reveló que había caído en poder de hablantes de griego. No se sabe si esta toma del poder condujo a alguna forma de dependencia o sujeción con respecto a alguna potencia peninsular, ni tampoco se conocen las relaciones políticas que mantuvieron entre sí los núcleos continentales.

Ya queda indicado el hecho tan notable como desconcertante de que las *tholoi* no están acompañadas de una arquitectura doméstica con parecidas características de solidez y perdurabilidad. Los excavadores de Pilos han hallado indicios de un am-

plio asentamiento, en la ciudad baja, anterior a la construcción del gran palacio. Pero no pueden remontar su historia muy atrás en el tiempo, y esto es lo que en general sucede en toda Grecia. Sabemos que la población había aumentado considerablemente y que estaba agrupada en «aldeas», habitualmente sobre altozanos que dominaban la tierra de cultivo (se han localizado en el continente unos 400 asentamientos micénicos). Y sabemos que esta sociedad había llegado a estratificarse jerárquicamente bajo el gobierno de una clase de guerreros sujeta a caudillos o reyes. Luego, después de 1400 (y en muchos lugares sólo hacia 1300), tuvo lugar un cambio espectacular: de la dedicación a las grandes cámaras funerarias se pasó a erigir palacios-fortalezas. Lugares como Tirinto y Micenas en el Peloponeso, la Acrópolis de Atenas, Tebas y Gla en Beocia, Yolco en Tesalia, se asemejaban ahora más a las ciudades fortificadas medievales que a los complejos abiertos y aglutinantes de Creta. Todavía se producía un crecimiento de tipo celular, pero su núcleo era el tipo de casa llamado *mégaron,* compuesto de un porche anterior con columnas o un vestíbulo, una larga habitación principal y, tras ella, una cámara destinada a almacén.

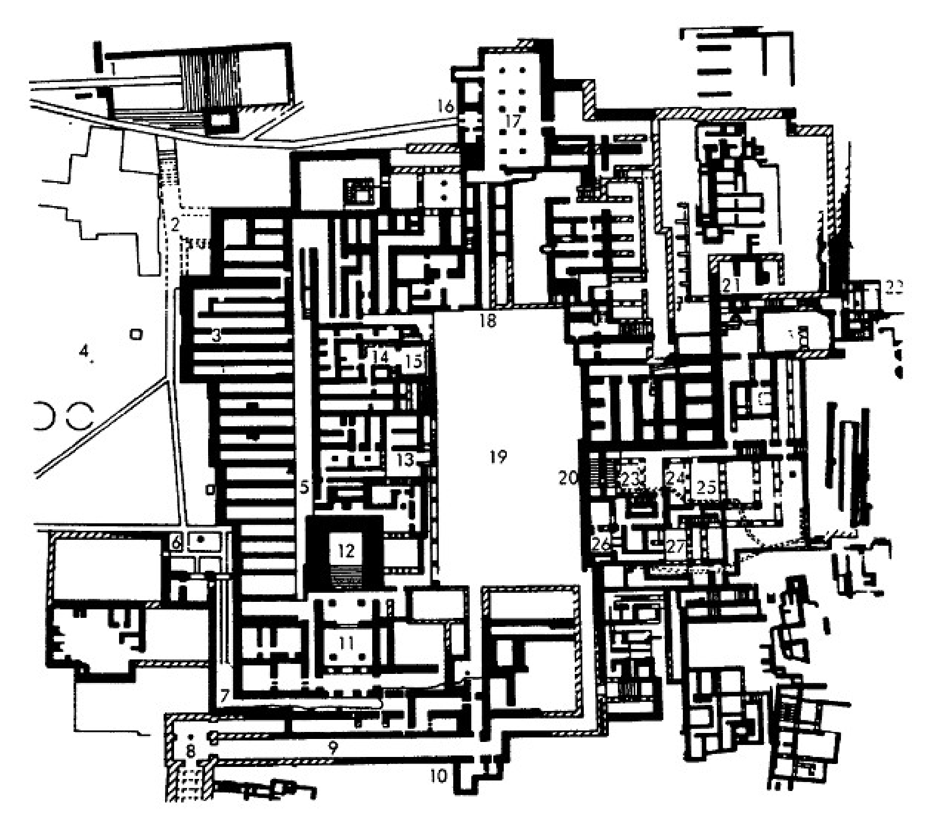


Fig. 14. Plano del palacio de Cnosos. 1. Escalinata; 2. Escalera noroccidental; 3. Almacenes; 4. Patio occidental; 5. Pasillo de los almacenes; 6. Vestíbulo; 7. Pasillo con el fresco de la procesión; 8. Entrada suroccidental; 9. Pasillo sur; 10. Entrada sur; 11. Vestíbulo de la gran escalinata; 12. Escalera principal; 13. Capilla; 14. Sala del trono; 15. Depósito; 16. Entrada norte; 17. Vestíbulo de los pilares; 18. Paso al patio central; 19. Patio central; 20. Escalera de acceso a las viviendas; 21. Almacén con grandes tinajas; 22. Fuerte oriental; 23. Patio de las columnas; 24. Patio interior; 25. Vestíbulo de las hachas dobles; 26. W.C.; 27. Habitación de la reina.

Esta insistencia en la fortificación y lo bélico no puede haber sido mera cuestión de gusto. Algún aspecto de la situación obligaba a ello, de igual manera que no debía ser necesario, no al menos en igual medida, en Creta. Sin embargo, las tablillas de Lineal B no dan indicaciones valiosas: revelan el mismo esquema de control y administración palaciegos sobre la comunidad que se daba en Cnosos y, con toda la extensión territorial que pueda haber alcanzado esta autoridad, las mismas actividades y el mismo tipo de inventarios. Tampoco ayuda más el arte de los

palacios. Es una pura derivación, con la misma afición a la decoración abstracta y floral, las mismas monótonas procesiones, la misma convencionalidad estática de sus prototipos cretenses. Es el mismo en todo el mundo micénico, igual que pasaba con la cerámica; nunca, por ejemplo, se representa a un extranjero que muestre serlo en el aspecto físico, el pelo, la barba o el atuendo, ni siquiera en las escenas de batalla. Estas últimas, como era de prever, constituyen tal vez lo más peculiar del arte micénico, por comparación con el cretense. Pero en el continente tampoco la pintura o la escultura eran monumentales, hecho especialmente llamativo cuando se recuerda lo largo y continuo que fue el contacto mantenido en el siglo XIII con Anatolia y Egipto a la vez. Aparte de la Puerta de los Leones de Micenas, la única excepción de importancia a esta regla es un grupo de grandes estatuas femeninas hallado hace poco en la isla de Ceos, del cual no podemos dar explicación. Si representaban diosas, como naturalmente se ha sugerido, constituyen una excepción doble, pues en lo arqueológico la religión de Micenas se muestra con una parquedad increíble, mucho mayor que la de Creta: hay altares y representaciones de divinidades y ritos sobre joyas y sellos, en su mayor parte de origen material cretense, sin rasgos especiales que las distingan como micénicas, pero ni hay santuarios claramente identificables ni tan siquiera cámaras especiales aparte en los palacios y casas. Sin embargo, las tablillas de Lineal B contienen abundantes nombres de dioses y diosas, así como listas de lo que parece ser personal a un servicio u ofrendas destinadas a ellos, y en Eleusis y Delos (ninguno de los cuales era un centro de poder) hay vestigios de edificios de culto.

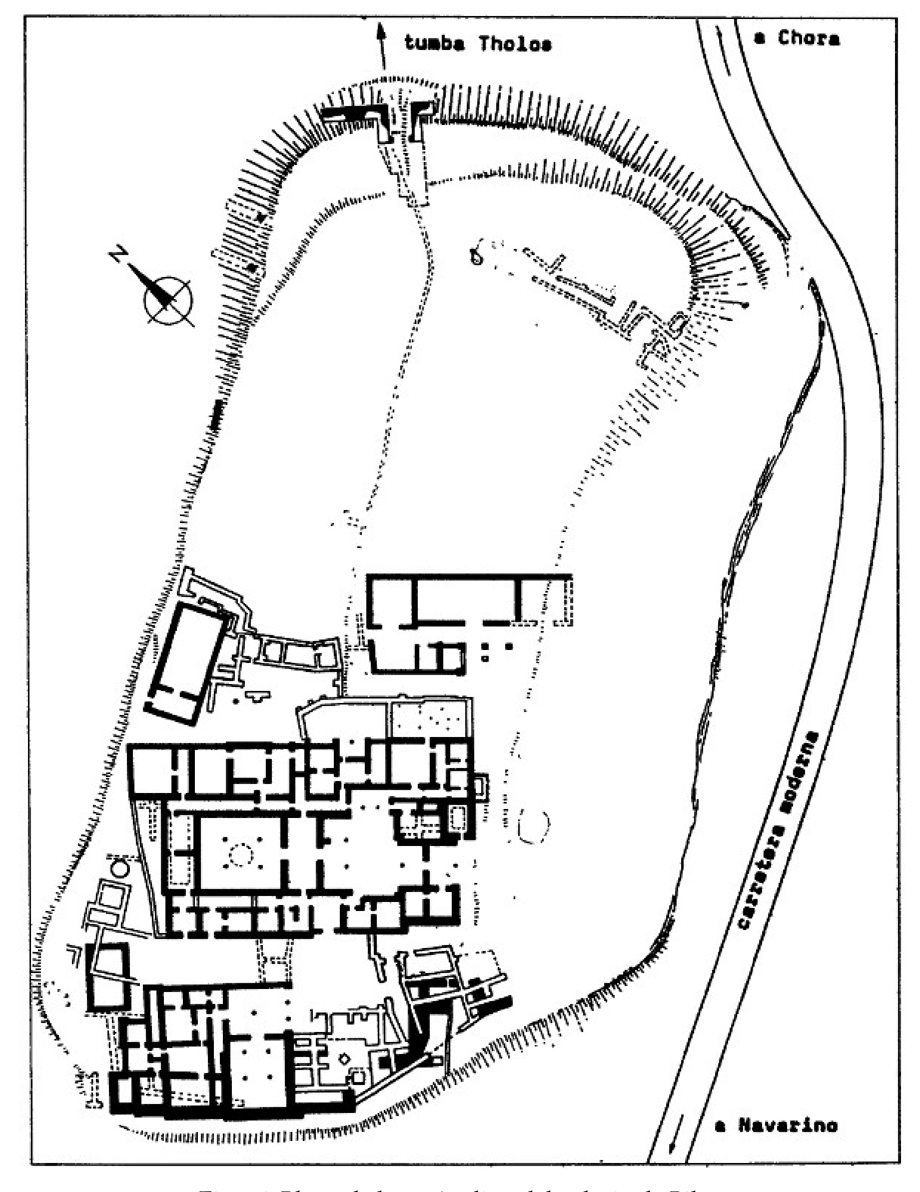


Fig. 15. Plano de la acrópolis y del palacio de Pilos.

Todo esto oscurece aún más el problema de las fortalezas macizas. Sólo cabe hacer suposiciones. Pilos tiene unas fortificaciones menos imponentes que las de Micenas o Tirinto. Puede que todo ello se deba a conflictos interdinásticos: parece que Pilos no tuvo rivales en aquella parte de la Mesenia, mientras que en la Argólida y la zona que rodea a Corinto abundaban las

fortalezas. Es difícil imaginar que Micenas y Tirinto, por ejemplo, estuvieran de acuerdo en repartirse la llanura de Argos. Es de suponer que, en los siglos transcurridos desde las primeras *tholoi*, guerras e incursiones continuas condujeran a unas pocas dinastías a posiciones de extraordinario poder, mientras que las jefaturas menores o derrotadas eran destruidas en unos casos y, en otros, sobrevivían bajo alguna forma de subordinación o dependencia. Hay indicios en varios lugares (Micenas, Tirinto y Tebas, por ejemplo) de serias destrucciones e incendios, seguidos de modificaciones en los conjuntos de edificios y las fortificaciones, que parecen ser consecuencia de guerras. No cabe duda de que habría matrimonios interdinásticos que, como siempre ocurre, complicarían las alianzas y la sucesión. Más allá ni siquiera es posible suponer nada. Los intentos de salvar las lagunas recurriendo al modelo del feudalismo medieval no se apoyan en dato alguno, como asimismo carece de justificación la creencia en una autoridad suprema de Micenas sólo porque en la tradición homérica Agamenón es el comandante en jefe de un ejército de coalición (no muy respetado, conviene recordarlo) o a causa de la ya indicada uniformidad de los restos materiales. Seguramente Pilos no debía nada a Micenas y no existe razón conocida para que sucediera otra cosa en el caso de Tebas o Yolco.

VI. EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE

En los archivos hititas se conservan unos veinte textos, que van desde fines del siglo XIV a alrededor del 1200 a. C., referentes a un cierto reino de Akhkhiyawā. Desde que se descifraron por vez primera estos documentos, hace más de una generación, se viene intentando reconocer en los pobladores de Akhkhiyawā a los aqueos, la denominación que más frecuentemente aplican los poemas homéricos a los griegos que partici-

pan en la guerra de Troya y, por tanto, probablemente, el nombre, o uno de los nombres, con que se designaban a sí mismos en lo que hemos dado en llamar época micénica (aunque no en los tiempos históricos de Grecia). Los argumentos con que se apoya esta tesis son de carácter técnico, bastante complejos y no absolutamente concluyentes, pero la mayoría de los especialistas acepta hoy la identificación[14]. Los textos muestran que Akhkhiyawā era completamente independiente de los hititas y que ello constituía una fuente de problemas para éstos, sobre todo hacia el final, cuando el imperio hitita estaba empezando a perder poderío exterior. Pero ¿dónde estaba ese reino? Aunque algunos creen que los hititas se enfrentaban a aqueos de la propia Grecia (y no es posible negar que, de ser verdad, tal cosa contribuiría a resolver muchos embrollos), todas las probabilidades están en contra de esta opinión. Akhkhiyawā parece haber estado mucho más cerca del territorio hitita, quizá en la isla de Rodas.

En todo caso, los datos de origen hitita no nos informan sino de que las gentes de Akhkhiyawā, fueran o no griegos micénicos, tomaban parte en las hostilidades y actos de piratería que se producían, en la segunda mitad del siglo XIII, en las fronteras del ámbito de influencia hitita. El imperio hitita fue destruido hacia 1200 o 1190; aunque no tenemos testimonios textuales sobre la identidad del pueblo que lo destruyó, aparece cada vez más probable que su ruina esté de algún modo vinculada con las devastadoras incursiones por el Egeo oriental que llevó a cabo una vaga coalición de pueblos, mencionados por dos veces en fuentes egipcias, de las cuales procede su equívoca denominación de «Pueblos del Mar»[15]. La indicación más antigua se refiere a una incursión en el delta del Nilo realizada por libios y mercenarios en el reino de Merenptah hacia el 1220 a. C.; entre los mercenarios figuraban los akiwasha, que también sugieren una identificación con los aqueos a pesar de que el texto se de-

tiene a reseñar que estaban circuncidados, costumbre ajena a los griegos de los tiempos históricos y no atestiguada tampoco en la Edad del Bronce. La segunda referencia es mucho más seria. A principios del siglo XII Ramsés III detuvo una invasión a gran escala de los Pueblos del Mar, que estaban bajando sobre Egipto por tierra y por mar desde Siria, y su jactanciosa crónica de la victoria indica que se trataba de una invasión combinada con una migración, análoga a la de las tribus germánicas bajo el Imperio Romano. Estos triunfos que se atribuyen los faraones no son de fiar ni mucho menos, pero todo indica que debe admitirse lo esencial del relato. En esta ocasión no se cita a los akiwasha y, como de costumbre, los especialistas discrepan en cuanto a la identificación de los pueblos citados, con la única excepción de los peleset, o filisteos, que tras la derrota se asentaron en la costa palestina.

Casi desde el momento del asentamiento los yacimientos filisteos están llenos de cerámica micénica del período III C, pero carecen de muestras del III B. Este hecho tiene importancia porque el paso del III B al III C señala en todas partes, en tierra firme, en las islas y aun en Troya, el fin de la última fase de brillantez de la Edad del Bronce. Este final fue más abrupto que el de la mayor parte de las civilizaciones antiguas. Desde Tesalia, en el norte, a Laconia, en el sur, hay al menos una docena de fortalezas arrasadas, entre ellas Yolco, Crisa (cerca de Delfos), Gla, Pilos, Micenas y la que, cerca de Esparta, se encuentra junto a las ruinas del Meneleo de los tiempos clásicos. Otros asentamientos fortificados, e incluso cementerios, fueron abandonados. Arqueológicamente debe fecharse tanta destrucción en una misma fecha aproximada, hacia el 1200 a. C., y es difícil imaginarla independiente de los actos de los Pueblos del Mar y los destructores del imperio hitita. Sería una coincidencia en exceso curiosa, sobre todo habida cuenta de que se registraron trastornos en una región tan alejada por el este como Mesopo-

tamia y también, al oeste, en Italia y Sicilia. Ello indica un amplio movimiento humano no organizado o concertado al modo de una auténtica coalición, sino provocado por alguna causa que expulsara a toda aquella gente de algún lugar. Un grupo de especialistas sitúan el centro originario de estos movimientos en la región carpático-danubiana de Europa. Otros, con menos probabilidades a su favor, prefieren el Asia Menor. Hasta ahora, ni los datos arqueológicos ni las deducciones hechas a partir de la extensión, todavía mayor, de las lenguas indoeuropeas ofrecen una respuesta decisiva.

Por lo que se refiere a los pueblos de Grecia, el ataque vino del norte, fuesen cuales fuesen sus orígenes remotos. Fue quizá entonces cuando se construyó una sólida muralla a lo largo del istmo de Corinto, de la que aún quedan restos en el extremo sureste. En tal caso no sirvió de nada. Los intrusos penetraron con éxito y consiguieron destruir tanto las fortalezas del Peloponeso como la organización política que éstas defendían. Como el sur de Grecia (y Creta) fue en siglos posteriores la sede del dialecto dórico, muchos historiadores creen que estos invasores fueron «dorios», una «rama» de la inmigración de lengua griega que se había asentado en la parte noroccidental de la península, quedando allí, durante mil años tal vez, al margen de la corriente principal de la civilización de la tardía Edad del Bronce, para luego caer sobre Grecia destruyendo todo a su paso hasta ir a detenerse en el Peloponeso. No hay vestigios arqueológicos que identifiquen a los dorios, pero, como hemos visto, esto no constituye una objeción decisiva a la teoría anterior. Otra dificultad supone el que la tradición griega posterior sobre los dorios, muy escasa de todos modos, hable del «*retorno* de los heráclidas», lo cual no concuerda fácilmente con una llegada al Peloponeso por vez primera. En suma: toda la cuestión de los destructores del mundo micénico sigue abierta a la especulación.

La existencia de Troya en el extremo noroeste de Asia Menor complica aún más el panorama. Esta ciudadela, situada sobre una cadena de promontorios a pocos kilómetros del mar Egeo y de los Dardanelos, que dominaba y gobernaba una fértil llanura, carece de fase neolítica conocida. Aparece ocupada por primera vez a comienzos de la Edad del Bronce, hacia el 3000 a. C., y ya desde entonces es una fortaleza. Durante toda su larga fase de la Edad del Bronce antigua, hasta quizá el 1800, la arqueología troyana revela una notable continuidad cultural. No es que los tiempos fueran enteramente pacíficos: hubo catástrofes periódicas que dan lugar a la división en cinco períodos bien delimitados, pero a cada ruptura parece haber seguido una reconstrucción inmediata que no muestra indicios de la aparición de elementos nuevos en la población. Troya II fue el más rico de los períodos, con unos trabajos en oro bastante impresionantes (el «tesoro» de Schliemann), al menos seis siglos anteriores a las tumbas micénicas. Arqueológicamente, la más antigua cultura de Troya está relacionada con los yacimientos contemporáneos de las islas del Egeo septentrional y las Cícladas, de Tracia y Macedonia y, curiosamente, de las islas Lípari, pero en absoluto con los hititas o con los sirios, aunque es muy posible que nuevas excavaciones en el noroeste de Asia Menor conduzcan a hallazgos más próximos geográficamente. No disponemos de ninguna otra ayuda, pues en Troya no se ha encontrado el menor fragmento escrito y no hay crónica contemporánea, del lugar que sea, que la mencione.

Luego, hacia el 1800 a. C., vino Troya VI, una nueva civilización que aparece sin previo aviso, como ya hemos visto que sucede por todo el Egeo con innovaciones importantes similares. Fue con mucho la fase más poderosa de Troya y culminó en un período de técnica militar avanzada, con murallas complejas y arquitectura en general perfeccionada, pero desprovisto de tesoros y de toda obra estéticamente interesante en los demás te-

rrenos. No es una coincidencia el que las ruinas de Troya VI estén llenas de huesos de caballo, pues fue el caballo lo que dio a los nuevos ocupantes una ventaja militar decisiva sobre sus predecesores. Las cantidades de cerámica miniana, y luego de la micénica del III A, indican una íntima vinculación a Grecia, hasta el extremo de que los excavadores han lanzado la hipótesis nada desdeñable de que en aquel momento Troya estaba en manos griegas o al menos en las de una clase dirigente griega. Quinientos años más tarde Troya VI fue destruida por una catástrofe tan enorme que es más razonable atribuirla a un movimiento sísmico que a causas humanas. La reocupación inmediata, Troya VIIa, no revela cambios culturales, pero sí una escala muy reducida y modesta en todos los aspectos, igual que sucedió tras Troya II. Esta ciudad disminuida es la que coincide con la última gran fase de Grecia, el III B micénico, que comienza hacia el 1300. Por tanto, la fecha de su caída está en relación con todos los problemas del final del mundo micénico que estamos considerando.

Fue el hombre quien destruyó Troya VIIa: la arqueología lo muestra claramente. La fecha de este acontecimiento sólo puede determinarse en función de los hallazgos de cerámica; concretamente, a partir del hecho de que Troya VIIa sólo tiene cerámica micénica del III B mientras que predomina la del III C en el breve período VIIb (aunque, por desgracia, las cantidades encontradas no son suficientes como para permitir responder a la cuestión de en qué momento del VIIb hizo su aparición el nuevo estilo). Si ningún otro dato viene a modificar este cuadro, puede deducirse, provisionalmente al menos, que la caída de Troya VIIa forma parte del cataclismo general que sacudió hacia el 1200 la región del Egeo. Pero hay otros datos, debido a la tradición griega sobre la Guerra de Troya, sobre la gran coalición que partió de Grecia para invadir y saquear Troya. Si hay algún núcleo histórico en esta tradición, la Guerra de Troya,

por parte griega, sólo pudo haber tenido lugar en el período III B y, por tanto, contra Troya VIIa. La mezquindad de las ruinas por comparación con la gran ciudad homérica de Príamo no es objeción seria; hay que admitir este grado de exageración en toda tradición oral. La fecha, sin embargo, es un problema grave. Es obvio que no pudo organizarse una invasión micénica de Troya después de 1200, pues las propias potencias griegas estaban entonces sufriendo un ataque, si no destruidas. Se atajaría la dificultad retrasando la guerra una o dos generaciones, pero ello requiere dar cabida a bastantes arbitrariedades en la datación de las reliquias troyanas mismas. Una reducida minoría de estudiosos propone, en vista de esto, prescindir de la tradición griega, considerándola fundamentalmente mítica, y, en consecuencia, desplazar a Troya del lugar único que ocupa en la historia de la Edad del Bronce tardía de Grecia e incluso de todo lugar destacado en ella[16].

Hablar así como así del fin o de la destrucción de una civilización supone enredarse en ambigüedades, a no ser que se analice el concepto en cuestión y se especifiquen los distintos aspectos del mismo. La destrucción supuso, por de pronto, el derribo de los palacios y de sus conjuntos de fortificaciones. Tenemos derecho a pensar que con ellos se vino abajo la peculiar estructura social piramidal de la cual habían surgido en un principio. De este modo desaparecieron las *tholoi*, salvo unas pocas excepciones un tanto misteriosas y marginales. Lo mismo sucedió con el arte de la escritura. Tal cosa puede parecer increíble, pero no lo es si se tiene en cuenta que la única función de la escritura en el mundo micénico, según nuestros datos, era la de satisfacer las necesidades administrativas del palacio. Cuando éste desapareció, la necesidad y la escritura le siguieron. Y el palacio desapareció tan por completo que no había de reaparecer en la posterior historia de la Grecia antigua. Lugares como Micenas, Tirinto y Yolco estaban todavía habita-

dos en el período III C, después del 1200, pero no se reconstruyeron sus palacios y ni en Micenas ni en ningún otro sitio se han encontrado tablillas en Lineal B de este período.

Un cambio tan drástico, obra de una población invasora, tenía por fuerza que alterar el cuadro general de los asentamientos. No sólo se dio una decadencia global de los asentamientos a finales del III B, sino que se produjeron desplazamientos que continuaron durante largo tiempo. Algunos lugares, como Pilos o Gla, fueron abandonados completamente. Otros (Atenas, Tebas, puntos de la isla de Eubea) siguieron habitados bajo una tónica general más modesta. Otras regiones por último, el Ática oriental, Ásine en la costa argiva, el distrito de Aquea en el golfo de Corinto (cuyo centro es actualmente Patrai), la isla de Cefalonia en el mar Jónico, vieron incrementarse su población. Algunas de estas irregularidades se debieron, indudablemente, a nuevos conflictos y expulsiones, tras la colisión inicial. Y es fácil suponer que las comunidades subordinadas y menores recibirían un trato diferente al de los principales centros de poder. Bajo esta situación nueva, parece además que las comunidades se replegaron de algún modo sobre sí mismas. La cerámica del III C procede directamente, tanto en estilo como en técnica, de la del III B, pero, a diferencia de ésta, se escindió rápidamente en estilos locales de marcada diversidad. Es de presumir que ello provino de la eliminación de los palacios en cuanto regidores de la economía dentro de sus ámbitos de poder, así como de una reducción considerable de la comunicación y el comercio interregionales.

Fuera de la cerámica, los testimonios arqueológicos relativos a los dos o tres siglos siguientes son muy escasos y revelan muy pocos rasgos positivos. Este carácter negativo permite, sin embargo, algunas deducciones. La población era mucho menor y más pobre que antes; esto no significa que fueran más pobres los campesinos y los artesanos corrientes, sino que lo eran las

clases superiores. No lo niegan la inferioridad técnica y artística de los hallazgos, la ausencia de tesoros y, sobre todo, de grandes construcciones, fueran palaciegas, militares o religiosas. La sociedad micénica estaba decapitada y los supervivientes, junto con los nuevos elementos invasores, procedieron a edificar un tipo distinto de sociedad. Precisamente este proceso es el que la arqueología por sí sola puede esclarecer poco. No obstante, el que se trataba de una sociedad enteramente nueva queda demostrado más adelante, cuando la escritura vuelve a Grecia y empezamos a enterarnos de su economía y de su organización social y política. Hay que evitar que una atención excesiva a la técnica y a los vestigios materiales oculte la amplitud de la ruptura que se había producido. Las gentes, por supuesto, siguieron cultivando la tierra, apacentando el ganado, haciendo cerámica y utensilios según unas técnicas iguales en lo esencial a las anteriores (pero recurriendo cada vez más al hierro, el metal nuevo, disponible entonces por primera vez). También siguieron adorando a sus dioses y realizando los actos rituales necesarios, y es de suponer que en este terreno hubo continuidad a la par que cambios. Pero la sociedad se organizaba de un modo diferente, entraba por un camino de desarrollo muy distinto e iba creando nuevos valores.

Los siglos de formación de este nuevo mundo son para nosotros siglos muy oscuros. Quisiéramos saber cómo la población de súbditos se adaptó a la eliminación de sus superiores y a la aparición de un pueblo invasor. ¿Se organizaron acaso en «comunidades aldeanas»? Hay razones para creer, basándose en las tablillas en Lineal B, que dentro del sistema monárquico general del período micénico funcionaba alguna suerte de organización a nivel de aldea, aunque los detalles, e incluso los rasgos generales, de la actividad de ésta apenas se muestran en la información insuficiente, e imperfectamente comprendida, que ofrecen las tablillas[17]. Existen ejemplos de ello en otras so-

ciedades antiguas igualmente centralizadas y autoritarias. Y no hay por qué pensar que las aldeas, en cuanto unidades organizadas, fueron destruidas junto con los grandes centros de poder. O bien, dando un salto hacia adelante de unos dos siglos, ¿cómo se acumularon los recursos y se manejaron los procedimientos que condujeron a las primeras migraciones postmicénicas a la costa de Asia Menor, iniciadas hacia el 1000 a. C. (e identificadas en recientes excavaciones, en Esmirna la Vieja principalmente)?

Por desgracia, los documentos postmicénicos más antiguos de que disponemos son la *Ilíada* y la *Odisea* y los poemas de Hesíodo, de los cuales la *Ilíada* debe fecharse hacia el 750 antes de C. y el resto algo después. Ello deja una laguna de cuatro siglos desde la gran oleada destructora, en la cual sucedieron demasiadas cosas como para que podamos reconstruirlas adecuadamente por inferencias y especulaciones. Por mucho que la *Ilíada* y la *Odisea* pretendan referirse a un pasado distante, el sistema social que reflejan difiere cualitativamente del mundo de las tablillas en Lineal B y de los palacios fortificados. Incluso la terminología social y administrativa se había modificado radicalmente. Y el mundo de Hesíodo ya estaba en el umbral de la civilización griega clásica, basada en la *polis* o ciudad-estado, con sus asambleas y funcionarios elegidos, sus templos y estatuas de culto. En tiempos de Hesíodo ya hacía un siglo o más que había vuelto la escritura a Grecia, en forma de un auténtico alfabeto adaptado del fenicio y empleado con fines que el mundo micénico desconocía y, en cambio, nunca usado en la propia Grecia, como lo fue el Lineal B, por una clase de escribas profesionales dedicados a registrar la omnipresente actividad de palacio.

Esta civilización nueva tenía sus raíces en el final de la Edad del Bronce, por muy incapaces que seamos de reconstruirlas. Mientras no se destruya la vida misma en una región, tiene que

darse en ésta alguna forma de continuidad. En este sentido, la historia griega fue una continuación de su Edad del Bronce. Pero un aprovechamiento excesivo de esta perogrullada supondría insistir sobre todo en lo accesorio, olvidando hasta qué punto había de ser nueva la nueva sociedad. Los griegos mismos no guardaban tradición de una ruptura y, por tanto, no tenían idea de que hubiera una civilización diferente en el milenio anterior al suyo, si bien sabían de forma imprecisa que en Grecia y las islas se habían hablado otras lenguas. Su «edad heroica», con la cual los poemas homéricos y un sinfín de leyendas (como la historia de Edipo) los habían familiarizado, no era sino una etapa temprana de la historia griega. Probablemente ni siquiera tenían conciencia de que había habido una Edad del Bronce; Heródoto al menos suponía que las pirámides egipcias se habían construido con herramientas de hierro. Ni lo que ignoraban ni lo que «sabían» constituye necesariamente una autoridad para el historiador actual[18]. La arqueología moderna ha desvelado un mundo con el que los griegos históricos no habían soñado nunca. Si no es posible conciliar los datos arqueológicos con los mitos griegos, el historiador ha de sacrificar estos últimos, no los datos.

Bibliografía

CAP. 1: BABILONIA BAJO LOS CASITAS Y EL IMPERIO ASIRIO MEDIO

a) Cronología

Los problemas cronológicos de esta época son tan complejos que aquí sólo están esbozados. Para más detalles se pueden consultar los estudios siguientes:

GOETZE, A.: «The Kassite and Near-Eastern Chronology», en *Journal of Cuneiform Studies,* vol. XVIII, 1964, pp. 97-101.

LEWY, H.: «On some Problems of Kassite and Assyrian Chronology», *Mélanges Isidore Lévy, Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves,* vol. XIII, 1953, pp. 241-291.

SCHMIEDTKE, F.: *Der Aufbau der babylonischen Chronologie,* Münster, 1952.

SMITH, S.: *Alalakh and Chronology,* Londres, 1940.

— *Compte-rendu de la Seconde Rencontre Assyriologique Internationale,* pp. 67-70.

TADMOR, H.: «Historical Implications of the Correct Rendering of Akkadian dâku», en *Journal of the Near-East Studies,* vol. XVII, 1958, pp. 129-141.

THUREAU-DANGIN, F.: *La Chronologie de la Première Dynastie babylonienne,* Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, vol. 43, fasc. 2, París, 1942.

b) Babilonia

BALKAN, K.: *Kassitenstudien*, I, *Die Sprache der Kassiten*, American Oriental Series, vol. 37, New Haven, 1954.

BERNHARDT, I., y JUSSI, A.: «Mittelbabylonische Briefe in der Hilprecht-Sammlung», en *Wissenschaftliche Zeitschrift der Friedrich-Schiller Universität Jena*, vol. VIII, 1958-59, pp. 565-574.

BRINKMAN, J. A.: «A preliminary catalogue of written sources for a political history of Babylonia: 1160-722 B. C.», *Journal of Cuneiform Studies*, vol. XVI, 1962, pp. 83-109.

EDZARD, D. O.: «Die Beziehung Babyloniens und Ägyptens in der Mittelbabylonischen Zeit und das Geld», en *Journal of Economic and Social History of the Ancient Orient*, 1960, pp. 40-55.

ELWALLY, F.: «Synopsis of Royal Sources of the Cassite Period», en *Sumer*, vol. IX, pp. 21-34.

GURNEY, O. R.: «Texts from Dur-Kurigalzu», en *Iraq*, vol. XI, pp. 131-149.

— «Further Texts from Dur-Kurigalzu», en *Sumer*, vol. IX, pp. 21-34.

JARITZ, K.: *Quellen zur Geschichte der Kassu-Dynastie*, Mitteilungen des Instituts für Orientforschung Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, vol. V, 1957.

LABAT, R.: «Elam c. 1600-1200 B. C.», en *The Cambridge Ancient History*, edición revisada, vol. II, cap. XXIX, Cambridge, 1963.

— «Elam and Western Persia c. 1200-1000 B. C.», en *The Cambridge Ancient History*, vol. II, cap. XXXII, Cambridge, 1964.

LAMBERT, B. W.: *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960.

— «The reign of Nebuchadnezzar I», en McCullough: *The Seed of Wisdom,* Toronto, 1964, pp. 3-13.

c) Asiria

Andrae, W.: *Das wiedererstandene Assur,* Leipzig, 1938.

Ebeling, E.: «Urkunden des Archivs von Assur», en *Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft,* vol. VII, fasc. 1 y 2, 1933.

Ebeling, E.; Meissner, B., y Weidner, E. F.: «Die Inschriften der altassyrischen Könige», *Altorientalische Bibliothek* I, Leipzig, 1926.

Fine, H. A.: *Studies in Middle-Assyrian Chronology and Religion,* Cincinnati, 1955.

Finkelstein, J. J.: «Cuneiform Texts from Tell Billa», en *Journal of Cuneiform Studies,* vol. VII, 1953, pp. 111-176.

Frankena, R.: *Tākultu De Sacrale Maaltijd In Het Assyrische Ritueel,* Leiden, 1954.

Koschaker, P.: «Neue keilschriftliche Rechtsurkunden aus der El-Amarna-Zeit», *Abhandlungen der philologisch-historischen Klasse der Sächsischen Akademie der Wissenschaften,* vol. XXXIX, fasc. 5, Leipzig, 1928.

Labat, R.: «Le Caractère Religieux de la Royauté Assyro-Babylonienne», *Études Assyriologiques,* vol. II, París, 1939.

Lewy, J.: «The Middle Assyrian Votive Bead Found at Tanis», *Ignace Goldziher Memorial,* vol. I, pp. 313-327, Budapest, 1948.

Luckenbill., D. D.: *Ancient Records of Assyria and Babylonia,* vol. I, Chicago, 1926.

Schumpeter, J.: *Social Classes-Imperialism* (trad. cast., *Imperialismo y clases sociales,* Madrid, Tecnos).

WEIDNER, E.: «Die Inschriften Tukulti-Ninurtas I und seiner Nachfolger», *Archiv für Orientforschung,* anejo 12, 1959.

— «Die Hof- und Harem-erlassen», *Archiv für Orientsforschung,* vol. XVII.

— «Aus den Tagen eines assyrischen Schattenkönigs», en *Archiv für Orientsforschung,* vol. X, pp. 1-52.

CAP. 2: HITITAS, HURRITAS Y MITANOS

a) Estudios de conjunto

AKURGAL, E., y HIRMER, M.: *Die Kunst der Hethiter,* 1961.

BITTEL, K.: *Kunst und Kultur der Hethiter,* 1961.

The Cambridge Ancient History. Ed. rev., 1965: LEVY, H.: «Anatolia in the old Assyrian period»; GOETZE, A.: «The struggle for the domination of Syria (1400-1300 B. C.)». «Anatolia from Shuppiluliumash to the Egyptian war of Muwatallish». «The Hittites and Syria (1300-1200 B. C.)».

DELAPORTE, L.: «Les Peuples de l'Orient Méditerranéen I», en *Le Proche-Orient Asiatique,* 1938.

GARSTANG-GURNEY: *The Geography of the Hittite Empire,* 1959.

GOETZE, A.: *Das Hethiter-Reich,* 1928.

— *Kulturgeschichte des Alten Orients: Kleinasien,* 2.ª ed., 1957.

GURNEY, G. R.: *The Hittites,* 1962.

Historia. Monografías, cuaderno 7, «Neuere Hethiterforschung» (1964), publicado por G. WALSER.

Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, 83, pp. 1951-1964.

SCHARFF-MOORTGAT: *Ägypten und Vorderasien im Altertum,* 1950.

SCHMÖKEL, H.: «Geschichte des Alten Vorderasien», en *Handbuch der Orientalistik* II, 3, 1957.

SODEN, W. v.: «Sumer Babylon und Hethiter bis zur Mitte des zweiten Jahrtausends v. Chr.; Der Nahe Osten im Altertum», en *Propyläen Weltgeschichte,* vols. I y II, 1961-62.

b) Fundación del Estado hitita e Imperio Antiguo

BALKAN, K.: *Letter of King Amum-khirbi of Mama to King Waršama of Kamiš,* 1957.

BITTEL, K.: *Grundzüge der Vor- und Frühgeschichte Kleinasiens,* 2.ª ed., 1950.

GARELLI, P.: *Les Assyriens en Cappadoce,* 1963.

GURNEY, O. R.: «Anatolia c. 1750-1600 B. C.», en *The Cambridge Ancient History,* 1962.

HARDY, R. S., «The Old Hittite Kingdom», en *American Journal of Semitic Languages and Literatures,* 57, 1941.

KAMMENHUBER, A.: «Die hethitische Geschichtsschreibung», en *Saeculum,* I.

OTTEN, H.: *Das Hethiterreich,* en SCHMÖKEL, H.: *Kulturgeschichte des Alten Orient,* 1962; FALKENSTEIN-SOMMER: *Die Hethitisch-Akkadische Bilingue des Khattušili I (Yabarna II),* 1938.

c) Los hurritas. El Estado de Mitanni

BITTEL, K.: «Nur hethitische oder auch hurritische Kunst?», en *Zeitschrift für Assyriologie,* serie nueva, 15, 1938.

GELB, I. J.: *Hurrians and Subarians,* 1944.

GOETZE, A.: *Hethiter, Churriter und Assyrer,* 1936.

KAMMENHUBER, A.: *Die Arier im Vorderen Orient,* 1968.

MOORTGAT, A.: *Archäologische Forschungen der Max Freiherr von Oppenheim-Stiftung im nördlichen Mesopotamien,* 1955 y 1956; 1957 y 1959.

O'CALLAGHAN, R. T.: *Aram Naharaim,* 1948.

SPEISER, E. A.: «The Hurrian Participation in the Civilizations of Mesopotamia, Syria and Palestine», en *Cahiers d'Histoire Mondiale,* 1953-54.

d) El gran imperio hitita

NAUMANN-BITTEL, *Boğazköy-Khattuša,* 1962.

BITTEL, K., y otros: *Boğazköy* III, 1957.

EDEL, E.: «Die Abfassungszeit des Briefes KBo I 10 und seine Bedeutung für die Chronologie Ramses II», en *Journal of Cuneiform Studies,* 12, 1958.

GÜTERBOCK, H. G.: «The Deeds of Šuppiluliuma», en *JCS,* 10, 1956.

HELCK, W.: *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.,* 1962.

HELCK, W.: «Urḫi-Tesup in Ägypten», en *JCS,* 19, 1963.

HOUWINK TEN CATE, PH. H. J.: *The Records of the Early Hittite Empire (c. 1450-1380 b. C.),* 1970.

KEMPINSKI, A., y KOŠAK, S.: «Der Ishmeriga-Vertrag», en *Welt des Orients,* tomo V, 1970, pp. 191-217.

KITCHEN, K. A.: *Šuppiluliuma and the Amarna Pharaohs,* 1962.

KLENGEL, H.: «Aziru von Amurru und seine Rolle in der Geschichte der Amārnazeit», en *Mitteilungen des Instituts f. Orientforschung,* vol. X, cuaderno 1, 1964.

— *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v. u. Z.* Parte I; *Nordsyrien*; Publicación del *Institut für Orientforschung,* núm. 40. Berlín, 1965.

LAROCHE, E.: «Šuppiluliuma II», en *Revue d'Assyriologie,* 47, 1953.

OTTEN, H.: «Korrespondenz mit Tukulti-Ninurta I aus Boğazköy», en WEIDNER, E.: *Archiv für Orientforschung,* 12, 1959.

— «Ein Brief aus Khattuša an Bâbu-aḫu-iddina», en *Archiv für Orientforschung,* 19, 1959-60.

— «Der Weg des hethitischen Staates zum Grossreich», en *Saeculum,* 1964.

ROWTON, M. B.: «The Background of the Treaty between Ramsses II and Khattušiliš III», en *JCS,* 13, 1959.

STEINER, G.: «Die Ahhijawā-Frage heute», en *Saeculum,* 1964.

CAP. 3: SIRIA Y PALESTINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SEGUNDO MILENIO

a) Estudios generales y de conjunto

ABEL, F. M.: *Géographie de la Palestine,* vols. I-II, 1933-38.

AHARONI, Y.: *The Land of Israel in Biblical Times - A Geographical History,* 1962.

ALBRIGHT, W. F.: *Archaeology of Palestine,* 2.ª ed., 1956.

— «The Role of the Canaanites in the History of Civilization», en *The Bible and the Ancient Near East,* publicado por G. R. WRIGHT, 1961, pp. 328-362.

ALT, A.: *Kleine Schriften,* vol. I, 1953; vol. III, 1959.

BARRCIS, A. G.: *Manuel d'archéologie biblique,* vols. I-II, 1939-53.

BILABEL, F.: *Geschichte Vorderasiens und Ägyptens vom 16.-11. Jahrhundert v. Chr.,* 1927.

BOSSERT, H. T.: *Altsyrien,* 1951.

O'CALLAGHAN, R. T.: *Aram Naharaim,* 1948.

DUSSAUD, R.: *L'art phénicien du IIème millénaire,* 1949.

EISSFELDT, O.: *Kleine Schriften,* vol. II, 1963.

GRAY, J.: *The Canaanites*, 1964.

HELCK, W.: *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, 1962.

JIRKU, A.: *Geschichte Palästina-Syriens im orientalischen Altertum*, 1963.

KENYON, K.: *Archaeology in the Holy Land*, 1960 (hay trad. cast.).

LIVERANI, M. *Storia di Ugarit*, 1962.

MAAG, V.: «Syrien-Palästina», en *Kulturgeschichte des Alten Orients*, publicada por H. SCHMÖKEL, 1961, pp. 448-604.

MAISLER, B.: *Untersuchungen zur alten Geschichte und Ethnographie Syriens und Palästinas*, 1930.

MALAMAT, A.: *The Aramaeans in Aram Naharaim and the Rise of their States*, 1952.

MEYER, E.: *Geschichte des Altertums*, vol. II, 3ª. ed., 1953.

The Military History of the Land of Israel in Biblical Times, publ. por J. LIVER, 1964.

MOSCATI, S.: *Geschichte und Kultur der semitischen Völker*, 1958.

OLMSTEAD, A. T.: *History of Palestine and Syria*, 1931.

SCHAEFFER, C. F. A.: *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie Occidentale*, 1948.

SCHMÖKEL, H.: *Geschichte des Alten Vorderasiens*, 1957.

YADIN, Y.: *The Art of Warfare in Biblical Lands*, vols. I-II, 1963.

WRIGHT, G. E.: *Biblische Archäologie*, 1958.

b) Historia antigua de Israel

ALBRIGHT, W. F.: *The Biblical Period from Abraham to Ezra*, 1963.

AUERBACH, E.: *Wüste und gelobtes Land,* vol. I, 1931.

BRIGHT, J.: *A History of Israel,* 1959.

— *Altisrael in der neueren Geschichtsschreibung,* 1961.

BURNEY, C. F.: *Israel's Settlement in Canaan,* 1918.

GARSTANG, J.: *Joshua-Judges,* 1931.

GORDON, C. H.: *Geschichtliche Grundlagen des Alten Testaments,* 2.ª ed., 1961.

KRAUSS, H. J.: «Israel», en *Propyläen Weltgeschichte,* vol. II, 1962, pp. 237 y ss.

MAISLER, B.: *Die Geschichte Palästinas,* vol. I, 1962, pp. 237 y ss.

MALAMAT, A.: «The Period of the Judges», en *The World History of the Jewish People,* vol. II (en hebreo e inglés).

NEHER, R. y A.: *Histoire biblique du peuple d'Israel,* vol. I, 1962.

NOTH, M.: *Geschichte Israels,* 3.ª ed., 1956.

PEDERSEN, J.: *Israel, Its Life and Culture,* vols. I-IV, 1926-40.

RAD, V. G.: *Theologie des Alten Testaments,* vol. I, 1957.

SMEND, R.: *Jahwekrieg und Stämmebund,* 1963.

VAUX, R. de: *Les institutions de l'Ancien Testament,* vols. I-II, 1958-60.

Views of the Biblical World, vols. I-II, compilados por M. AVI-YONAH, A. MALAMAT, B. MAZAR y S. TALMON, 1959-60.

CAP. 4: EL IMPERIO NUEVO EN EGIPTO

a) La XVIII Dinastía

N. B. La cronología adoptada es la propuesta por E. HORMUNG. Las fechas absolutas dadas a título de indicación no son válidas sino con algunos años de aproximación.

ALDRED, C.: *New Kingdom Art in Ancient Egypt during the XVIII Dynasty,* 2.ª ed., Londres, 1961.

BARGUET, P.: *Le Temple d'Amon-Rê à Karnak. Essai d'exégèse,* El Cairo, 1962.

DESROCHES-NOBLECOURT, Chr.: *Vie et mort d'un pharaon. Toutankhamon,* París, 1963.

CAMPBELL, E. F.: *The Chronology of the Amarna Letters,* Baltimore, 1963.

DRIOTON, E., y VANDIER, J.: *L'Egypte* (Clio II), 4.ª ed., París, 1962 (trad. cast. de la 3.ª ed., por Y. DE VÁZQUEZ-PRESEDO: *Historia de Egipto,* Buenos Aires, Eudeba, 1964).

GARDINER, A. H.: *Egypt of the Pharaohs,* Oxford, 1961.

HÄYES, W. C.: *The Scepter of Egypt,* Parte II: *The Hyksos Period and the New Kingdom,* Nueva York, 1959.

HAYES, W. C.: *Cambridge Ancient History,* edición revisada, vol. II, cap. IX, partes 1-2: *Internal Affairs from Tuthmosis I to the death of Amenophis III,* Cambridge, 1962.

HELCK, W.: *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.,* Wiesbaden, 1962.

HELCK, W.: *Zur Verwaltung des Mittleren und Neuen Reichs,* Leiden-Colonia, 1958.

HORNUNG, E.: *Untersuchungen zur Chronologie und Geschichte des Neuen Reiches,* Wiesbaden, 1964.

SMITH, W. S.: *The Art and Architecture of Ancient Egypt,* Londres, 1958.

VANDIER, J.: *Manuel d'Archéologie égyptienne,* vol. II-V, París, 1954-1964.

b) Los ramésidas

GARDINER, SIR ALAN: *Geschichte des Alten Ägypten,* Stuttgart, 1965, pp. 272-350.

HAYES, WILLIAM C.: *The Scepter of Egypt*, vol. II, Cambridge (Mass.), 1959, pp. 326-434.

MEYER, EDUARD: *Geschichte des Altertums*, vol. II, 1, 2.ª ed. Stuttgart-Berlín, 1928; pp. 426-486, *Die neunzehnte Dynastie. Ägypten und das Chetiterreich*; pp. 486-511, *Die Kultur der Ramessidenzeit*; pp. 567-607, *Merenptah-Ende der XX. Dynastie*.

CAP. 5: EL MUNDO EGEO

a) Estudios de conjunto

Cambridge Ancient History: edición revisada de los vols. I y II, que se está publicando por fascículos sueltos a medida que están preparados los distintos capítulos.

HUTCHINSON, R. W.: «Prehistoric Crete», *Penguin Books*, 1962.

MARITANOS, S., y HIRMER, M.: *Crete and Mycenae*, Londres, 1960.

MATZ, F.: *Kreta, Mykene, Troja*, 2.ª ed., Stuttgart, 1956.

SCHACHERMEYR, F.: *Die ältesten Kulturen Griechenlands*, Stuttgart, 1955.

TAYLOUR, LORD W.: *The Mycenaeans*, Londres, 1964.

VERMEULE, E.: *Greece in the Bronze Age*, Chicago y Londres, 1964.

b) Estudios monográficos

ALIN, P.: *Das Ende der mykenischen Fundstätten auf dem griechischen Festland*, Lund, 1962.

BLEGEN, C. W.: *Troy and the Trojans*, Londres, 1963.

CASKEY, J. L.: «The Early Helladic Period in the Argolid», en *Hesperia*, 29 (1960), pp. 285-303.

CHADWICK, J.: *The Decipherment of Linear B*, Cambridge, 1958.

DESBOROUGH, V. R. d'A.: *The Last Mycenaeans and Their Successors,* Oxford, 1964.

GRAHAM, J. W.: *The Palaces of Crete,* Princeton, 1962.

MATZ, F.: «Göttererscheinung und Kultbild im minoischen Kreta» en *Akad. d. Wiss. u. d. Lit. Mainz, Abh. d. geistes- u. socialwiss. Kl.,* 1958, núm. 7.

MYLONAS, G. E.: *Ancient Mycenae,* Princeton, 1957.

— «The Cult of the Dead in Helladic Times», en *Studies Presented to David Moore Robinson,* ed. G. E. Mylonas (St. Louis, 1951), vol. I, pp. 64-105.

PENDLEBURY, J. S. D.: *The Archaeology of Crete,* Londres, 1939 (reimpreso en Nueva York, 1963).

REVERDIN, O., y HOEGLER: *La Crète, Berceau de la civilisation européene,* Lucerna, 1960.

SCHACHERMEYR, F.: *Die minoische Kultur des alten Kreta,* Stuttgart, 1964.

SCHLIEMANN, H.: *Mykonae,* nueva ed. de MEYER, E.: Darmstadt, 1964.

VENTRIS, M., y CHADWICK, J.: *Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, 1956.

VERCOUTTER, J.: *Essai sur les relations entre Egyptiens et Préhellènes,* París, 1954.

WACE, A. J. B.: *Mycenae,* Princeton, 1949.

ZERVOS, C.: *L'art des Cyclades du début à la fin de l'âge du bronze, 2500-1100 avant notre ère,* París, 1957.

Notas

CAP. 1: BABILONIA BAJO LOS CASITAS Y EL IMPERIO ASIRIO MEDIO

I. BABILONIA

[1] Ver al respecto, Thureau-Dangin, F.: *Revue d'Assyriologie,* vol. XI (1909), p. 91. <<

[2] Se tiene la impresión de que los mesopotámicos sólo tenían una vaga idea sobre la situación geográfica del país de los guteos. El territorio donde se los situaba varía según las épocas. <<

[3] Cf. Güterbock, H. G.: «Die historische Tradition und ihre literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hethitern bis 1200». *Zeitschrift für Assyriologie,* vol. VIII (XLII), p. 80, I, 17, 1934. <<

[4] Cf. Schmiedtke, F.: *Der Aufbau der babylonische Chronologie,* p. 84 y ss. <<

[5] Rowton, M. M.: *The Cambridge Ancient History,* edición revisada, vol. I. cap. VI, p. 32 y ss. presenta actualmente el tratamiento más preciso de esta intrincada cuestión. Este autor fija la muerte de Puzurashshur III alrededor de 1500. <<

[6] Balkan, G. K.: «Kassitenstudien», vol. I: *Die Sprache der Kassiten,* New Haven, 1954, pp. 95-96. <<

[7] Para Rowton, M. B.: *Op. cit.,* p. 37, el orden de sucesión entre Karaindash y Kadashmankharbe I debería estar invertido, ya que el segundo es en realidad padre, o hermano primogénito, del primero. Según el mismo autor, Kurigalzu I sería por tanto hermano o sobrino de Karaindash. <<

[8] Ver sobre la «divinización» de los reyes casitas Falkenstein, A.: *Archiv Orientalin*, vol. XVII (1949), pp. 212-213 y n. 6. <<

[9] Esta inscripción ha sido publicada por Boissier, en la *Revue d'Assyriologie*, vol. XXIX (1932), pp. 96 y ss. <<

[10] Cf. Boissier; *Op. cit.*, líneas 4-6 de la cara anterior; Balkan, K.: *Op. cit.*, p. 112, ha corregido la lectura realizada por Boissier, atribuyendo esta inscripción a Kurigalzu III. <<

[11] Markhashi es la denominación más reciente de la región de Barakhse o Warakhse. <<

[12] Se trata de una inscripción grabada sobre un *kudurru*, o *piedra-límite*, publicada por King, L. W.: *Babylonian Boundary Stone and Memorial Tablets in the British Museum*, Londres, 1912, n. 1. <<

[13] Según una carta de época casita publicada por Lutz, H. F.: *Selected Sumerian and Babylonian Texts* (University of Pennsylvania, The University Museum, Publications of the Babylonian Section), vol. 1, 2, n. 62, línea 4. <<

[14] Cf. Dossin, G.: *Iranica Antigua*, vol. II (1952), p. 151 y lám. XIII. <<

[15] Cf. Weissbach, F. H.: *Babylonische Miszellen*, 1903; p. 2, n. 11. Para otra opinión, ver Goetze, A.: *Journal of Cuneiform Studies*, vol. XVIII (1963), p. 99. <<

[16] Kurigalzu, por ejemplo, dona a Ishtar una propiedad importante; en la inscripción que relata esta donación (*Cuneiform Texts from Babylonian Tablets in the British Museum*, vol. XXXVI, núms. 6-7), se denomina a Ishtar «la dama superior que marcha al lado del rey, que mantiene el orden de sus tropas, que protege a sus súbditos y que destruye a sus enemigos». Cf. Ungnad, A., en *Archiv für Keilschriftforschung*, vol. I, pp. 29-30. <<

[17] Cf. Lambert, W. G.: *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960, pp. 176 y ss. <<

[18] Cf. Thureau-Dangin, *Une relation de la huitième champagne de Sargon*, París, 1912, pp. 2-3, líneas 6-7. <<

[19] El mes de Tammuz, como época en la que se inician las operaciones militares, también se menciona en una carta del rey Shamshiadad I de Asiria a Mari. El rey ya ha reunido sus tropas y espera para iniciar la campaña que se realice una purificación y se celebre la fiesta *eshsheshu*. Cf. Dossin, G.: *Archives royales de Mari*, vol. I (1950), *verso*, línea 11 y ss. <<

[20] Cf. Oppenheim, L.: «Ein Beitrag zum Kassitenproblem», *Analecta orientalia*, vol. XII (1935), pp. 267-274. <<

[21] Cf. Lambert, W. G.: «The Reign of Nebuchadnezzar I», en McCullough: *The Seed of Wisdom*, p. 3 y ss. <<

II. ASIRIA

[1] Cf. Cassin, E.: «L'influence babylonienne à Nuzi», en *Journal of Economic and Social History of the Orient*, vol. V, 1962, pp. 118 y ss. <<

[2] Cf. Knudtzon, J.: *Die El-Amarna Tafeln* (Vorderasiatische Bibliothek, vol. II, Leipzig, 1915), núm. 16. <<

[3] Driver, G. R.; Miles, J. C.: *The Assyrian Laws*, Oxford, 1935, pp. 428-431. <<

[4] Cf. historia universal siglo xxi, vol. II, nota 2. <<

[5] En una carta hallada en Nippur y publicada recientemente en *Archiv für Orientforschung*, vol. XVIII, p. 370, el rey Enlilnarāri se queja de no tener bastante estaño. Este documento, escrito en una lengua en la que se mezclan el babilonio y el asirio, atestigua que en aquel momento existían relaciones comerciales normales entre Babilonia y Asur. <<

[6] En la inscripción de Marduknādinakhkhē, escrita en el reinado de Ashshuruballiṭ, el rey lleva excepcionalmente un

único título: *shar kishshati*. <<

[7] Se trata de una costumbre muy extendida en esa época; ver en págs. posteriores. <<

[8] ¿Hay que insistir en que estas cifras deben manejarse con cuidado? Casualmente, el número de hititas deportados por Tukultininurta es el doble que el de hombres de Khanigalbat que dejó ciegos Shalmanasar. <<

[9] Cf. Driver, G. R. Miles, J. C.: *The Babylonian Laws,* Oxford, 1955, p. 12, líneas 4-5, y se añade: «Que hace nacer la luz sobre el país de Sumer y de Akkad» (líneas 6-9). <<

[10] Ver, por ejemplo, cómo estos aspectos morales del sol se enfatizan en el gran himno a Shamash (Lambert, B. W.: *Babylonian Wisdom Literature,* pp. 126-138). <<

[11] Tukultininurta toma en este momento el título de «rey de la ciudad de Sippar y de la ciudad de Babilonia», cf. Weidner, E.: *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas und seiner Nachfolger* (cf. Bibliografía). <<

[12] Cf. Weidner, E.: *Op. cit.,* p. 48. <<

CAP. 2: HITITAS, HURRITAS y MITANIOS

[1] *Anatolian Studies,* XII, 1962, p. 41 y ss.; XIII, 1963, p. 43 y ss.; cfr. HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 1, IV. <<

[2] Bittel, K.: *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts,* 74, 1959, p. 1 y ss. <<

[3] Véase HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 3, I, C. <<

[4] Bilgiç, E.: «Die Ortsnamen der kappadokischen Urkunden», en *Archiv f. Orientforschung,* 15, 1945-51, p. 1 y ss. (20 y ss.); *Am. Journ. of Arch.*, 67, 1963, p. 179. <<

[5] Weidner, E.: *Boghazköi-Studien,* 6, 1922, p. 65; cf. también H. G. Güterbock: «Ein neues Bruchstück der Sargon-Erzäh-

lung ‘König der Schlacht’», *MDOG* 101, 1969, 14 y ss., así como HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 3, I, C. <<

[6] Al referirse a las relaciones en la época antigua aparece la imagen de los mares como fronteras naturales entre estados. <<

[7] Akurgal, E., y Hirmer, M.: *Die Kunst der Hethiter*, 1961, láminas 94-96. <<

[8] Véase HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 3, I, C. <<

[9] Véase HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 5, V. <<

[10] Véase HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cuadro cronológico IV, para Sharumkēn y Puzurashshur II. <<

[11] Bittel, K.: *Historia* I, 1950, p. 289 y ss. <<

[12] Mayor información y bibliografía en *Revue Hittite et Asianique* XVIII, 1960, p. 45 y ss., e HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 5, V. <<

[13] Bilgiç, E.: *Die einheimischen Appellativa der kappadokischen Texte*, Ankara, 1954. <<

[14] Kronasser, H.: *Etymologie der hethitischen Sprache*, 1963, §§ 78 y ss. (p. 138 y ss.). <<

[15] Mellaart, J.: *American Journal of Archaeology*, 62, 1958, p. 9 y siguientes. <<

[16] *Hethiter und Hethitisch*, 1947, p. 1 y ss. <<

[17] Cf. Paul Garelli: *Les Assyriens en Cappadoce*, 1963, pp. 9 y ss., 47, 60 y ss., en su crítica a los resultados de las excavaciones, pero sin duda llegando demasiado lejos y sin tener en cuenta los hallazgos de Boğazköy (véase: *Mitt. d. Deutschen Orient-Ges.*, 89, 1957, p. 68 y ss.), y Fischer, Fr.: «Boğazköy und die Chronologie der altassyrischen Handelsniederlassungen in Kappadokien», *Istanbuler Mitteilungen*, vol. XV, 1965, p. 1 y ss. <<

[18] Observaciones a este propósito en *Anatolian Studies* XI, 1961, p. 18; XIII, 1963, p. 21 y ss., y también en Orthmann, V.:

Frühe Keramik von Boğazköy, 1963, p. 47. <<

[19] BALKAN, K.: *Letter of king Anum-hirbi of Mama to king Warshama of Kanish*, 1957. <<

[20] La carta citada fue encontrada en un «palacio» (BALKAN, K.: *Op. cit.*, p. 2 y ss.) que, según datos del excavador, es contemporáneo de kārum Kanish II y que también fue destruido por el fuego aproximadamente en la misma época (*Am. Journ. of Arch.*, 66, [1962], p. 73). Pero no se puede dar ninguna respuesta a la cuestión de si el propio Anumkhirbi participó en la destrucción de kārum Kanish II o si fueron tal vez las tropas de la ciudad que en el relato histórico recibe el nombre de Zalpa (cf. también más adelante el texto de Anitta). Los otros dos nombres reales de Khurmili y Zuzu, dados a conocer por K. BALKAN en la XIII Rencontre Assyriologique, julio 1964, podían pertenecer a principios del período Ib, del que se conocen más de 33 epónimos anuales. Tampoco es posible comprobar con hallazgos recientes la duración del asentamiento de Anitta. <<

[21] Cf. GÜTERBOCK, H. G.: *Eretz-Israel* V, 1958, pp. 46-50; ALP, S.: *Belleten*, XXVII, 107, 1963, pp. 377-386; LEWY, H.: *JCS*, XVII, 1963, p. 103 y ss. <<

[22] La traducción del título rubā'um por «príncipe», que repetimos, es sólo una de las posibles. En el diccionario de Boğazköy KBo I 45 se dice rubûm = LUGAL = ush = «rey». <<

[23] Véase HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 5, VI. <<

[24] A este respecto consultar de nuevo ORTHMANN, W.: *Frühe Keramik von Boğazköy*, 1963, p. 50. <<

[25] El nombre propio de Anitta se conoce por la onomástica de Nuzi de mediados del segundo Milenio. Cf. GELB-PURVES-MACRAE: *Nuzi Personal Names*, p. 21. Pitkhana aparece de nuevo en el norte de Siria y en la delimitación de fronteras de Ugarit en tiempos de Murshili II: *Palais Royal*

d'Ugarit, IV, 1956, pp. 66. Finalmente, respecto a la cuestión de un eventual dominio hurrita en la Anatolia antigua, téngase en cuenta que en una carta se habla, junto al «príncipe», de un *shinakhilum*, «segundo poder», empleando un término hurrita; Garelli, P.: *Les Assyriens en Cappadoce*, p. 343. <<

[26] Cf. Kammenhuber, A.: *Saeculum* IX, p. 142 y ss. <<

[27] Cf. Gurney, O. R.: «Anatolia ca, 1750-1600 B. C», en *Cambridge Ancient History*, 2.ª ed., 1962, p. 9 y ss. <<

[28] Después de Anitta parece haber sido designado todavía otro rey llamado Ammuna. Su inscripción va detrás de la de Anitta y, por tanto, no puede tratarse del mucho más tardío conquistador del texto de Telipinu. Por otra parte, el autor se llama «Gran Rey», como Anitta, pero no «Rey de Khatti»; también los topónimos citados por él son distintos de los de Ammuna (II) en el texto Telipinu. Cf. a este propósito *Atti X Congr. intern. di scienze storiche*, vol. X, p. 215 y ss. y la problemática apuntada por A. Kammenhuber: *Saeculum* IX, p. 144, nota 41. <<

[29] Cf. *Mitt. d. Deutschen Orient-Ges.*, 83, 1951, p. 47 y ss., pero sus conclusiones definitivas necesitan evidentemente ser modificadas. Una sinopsis en K. A. Kitchen: *Suppiluliuma and the Amarna Pharaohs*, 1962. <<

[30] Textos en *Zeitschrift f. Assyr*, serie nueva, 21, 1963, p. 156 y ss. Cf. también *Saeculum* XV, 2, 1964, p. 115 y ss. <<

[31] Cf. Fischer, Fr.: *Die hethitische Keramik von Boğazköy*, p. 87 y ss. <<

[32] Los textos siguientes en *MDOG*, 91, 1958, p. 75 y ss. <<

[33] Cf. Güterbock, H. G.: *JCS* XVIII, 1964, p. 1 y ss. <<

[34] *Bulletin of Am. Soc. Or. Res.*, 146, 1957, p. 20 y ss. (A. Goetze), 26 y ss. (W. F. Albright). <<

[35] Cf. *Mitt. d. Deutschen Orient-Ges.*, 86, 1952, p. 59 y ss.; Landsberger, B.: *JCS* 8, 1954, p. 52. <<

[36] Cf. Landsberger, B.: *JCS* VIII, 1954, p. 52 y ss. <<

[37] Dossin, G.: *Syria* XXXIII, 1956, p. 63 y ss. Para el archivo de Mari y su época cf. HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2. <<

[38] Landsberger, B.: *JCS* VIII, 1954, p. 62 y ss.; también Goetze, A.: *JCS* XI, 1957, p. 63 y ss. <<

[39] Goetze, A.: *JCS* XI, 1957, p. 55 y ss. <<

[40] Von Schuler, E.: *Die kaškäer*, 1965. <<

[41] Cf. la opinión de Fischer, Fr: *Die hethitische Keramik von Boğazköy*, p. 22 y ss. <<

[42] La breve noticia de Beran, Th.: *Anat. Stud.* XII, 1962, p. 24, no puede ser generalizada después de las excavaciones más recientes. Por ello mi comunicación con E. Von Schuler: *Die Kaškäer*, página 24, nota 68, debe revisarse en lo fundamental. <<

[43] Cf. S. Alp: *Zylinder und Stempelsiegel aus Karahöyük bei Konya* (p. 269 y ss.), y Th. Beran: «Die hethitische Glyptik von Boğazköy I», *WVODG* 76. <<

[44] Véase: HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, vol. 2, cap. 5, E, b). <<

[45] Goethe, A.: *JCS* XI, 1957, p. 66 y ss. <<

[46] Cf. Goetze, A.: *JCS* XI, 1957, p. 66 y ss., nota 139. <<

[47] Goetze, A.: *JCS* XI, 1951, p. 69, y Liverani, M.: *Oriens Antiquus* I, 1962, Roma, p. 252 y ss. <<

[48] Cf. también Friedrich, J.: *Handbuch der Orientalistik*, 1.ª parte, vol. 2. <<

[49] Speiser, E. A.: *Cahiers d'Histoire Mondiale* I, p. 315 y ss.; Güterbock, H. G.: *Ibídem*, II, p. 383 y ss. <<

[50] Cf. también Beran, Th.: «Boğazköy-Khattuša V: Die Siegel und Siegelabdrucke». <<

[51] Cf. Güterbock, B. G.: *Siegel aus Boğazköy,* vol. I, 1940, p. 37, y Von Schuler, E.: *Die Kaškäer,* 1965, p. 6 y ss. <<

[52] Véase p. 163 y cf. *ZA,* NF 18, p. 216 y ss. <<

[52a] H. Otten: *Die hethitischen historischen Quellen und die altorientalischen Chronologie,* 1968. <<

[53] Cf. Kitchen, K. A.: *Suppiluliuma and the Amarna-Pharaohs*; Klengel, H.: *Mitt. d. Inst. f. Orientf.* X, 1964, p. 57 y ss., así como *OLZ,* 1964. <<

[54] Por lo mismo, estos sellos muestran largas inscripciones en que constan datos prolijos sobre títulos y genealogías; cf. Beran, Th.: *Op. cit.,* notas 43 y 52. <<

[55] Para comprender su concepción de la voluntad divina es interesante la referencia 19 de la interpolación de KUB XXI, que al mismo tiempo suministra un nuevo dato histórico para la localización de Urkhi-Teshup: «Y lo coloqué en el trono. Pero fuera esto según vuestra voluntad divina o no fuera según vuestra [voluntad] yo lo he hecho en todo caso pensando en mi hermano». <<

[56] Helk, W.: *Die Beziehungen Ägyptens,* 1962, p. 233. <<

[57] Cf. Nougayrol, J.: *Palais Royal d'Ugarit,* IV, 1956, p. 113 y ss., 117. <<

[58] Cf. Bittel, K.: *Grundzüge der Vor- und Frühgeschichte,* 2.ª ed., 1950, p. 67; rechaza la interpretación de la inscripción jeroglífica Bossert, H. Th.: *Asia,* 1946, p. 72 y ss. Ver también Steinherr, Fr.: «Die hieroglyphenhethitische Inschrift des Reliefs A am Karabel», *Istanbuler Mitteilungen,* vol. XV, 1965, p. 17 y ss. <<

[59] Cf. Steiner, G.: *Saeculum,* XV, 4, 1964, p. 365 y ss. <<

[59a] H. OTTEN: *Sprachliche Stellung und Datierung des Madduwatta-Textes,* 1969; PHILO H. J. HOUWINK TEN CATE: *The Records of the Early Hittite Empire (1450-1380 b. C.),* 1970. <<

[60] Cf. LAROCHE, E.: *Revue d'Assyriologie,* 47, 1953, pp. 70-78, y Catálogo núms. 90-93. <<

[61] Cf. SCHAEFFER, F. A.: *Ugaritica,* IV, 1962, pp. 31 y ss., 39 y ss. <<

[62] Cf. *Mitt. d. Deutschen Orient-Ges.,* 94, 1963, pp. 1 y ss., 10 y ss.; STEINER, G.: *Kadmós,* I, 2, 1962, pp. 130 y ss. <<

CAP. 3. SIRIA Y PALESTINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SEGUNDO MILENIO

[1] SPEISER, E. A.: *AAOSR,* 13 (1933), pp. 13 y ss.; GINSBERG, H. L. MAISLER, B.: *JPOS,* 14 (1934), pp. 243 y ss.; NOTH, M.: *ZDPV,* 65 (1942), pp. 9 y ss. <<

[2] Para las colecciones de textos de Ugarit en escritura acadia; NOUGAYROL, J.: *Le Palais Royal d'Ugarit* (= *PRU*), vol. III, 1955, vol. IV, 1956; en escritura alfabética, HERDNER, A.: *Corpus de tablettes en découvertes 1929 à 1939,* 1963; Ch. VIROLLEAUD: *PRU,* II (1957), V (1964); GORDON, C. H.: *Ugaritic Textbook,* 1965. Para Alalakh, WISEMAN, D. J.: *The Alalakh Tablets,* 1953. Para Qatna, BOTTÉRO, J.: *RA,* 43 (1949), pp. 1 y ss., 137 y ss.; 44 (1950), pp. 105 y ss. <<

[3] JACOB, E.: *Ras Shamra-Ugarit et l'Ancien Testament,* 1960; KAELRUD, A. S.: *Ras Shamra Discoveries and the Old Testament,* 1963; CASSUTO, U.: *La diosa Anath,* 1951 (en hebreo). <<

[4] Sobre la voz *kinakhkhi/kinakhni,* en hebreo *kĕna'an* y en griego *phoinix* (= púrpura roja), ver SPEISER, E. A.: *Language,* 12 (1936), pp. 121 y ss.; MAISLER, B.: *BASOR,* 102 (1946), pp. 7 y ss. <<

[5] Otras denominaciones de los territorios asiáticos en el egipcio usual del Imperio Nuevo son *Djahi* (Palestina, incluyen-

do las costas fenicias) y *Kharu,* «el país de los hurritas» (desde las fronteras egipcias hasta la Siria actual). Para estos términos, ver Gardiner, A. H.: *Ancient Egyptian Onomastic,* vols. I-II (1947); Helck: Beziehungen, pp. 272 y ss. <<

[6] *ARE,* II, §§ 408 y ss. Aparte de en los anales, se encuentran también detalles significativos en la estela de Jebel Bárkal (ver Reisner, G. A. y M. B.: *ZAS,* 69 [1933], pp. 24 y ss.) y en la estela de Armant (ver Mond, R., y Myers, D. H.: *The Temples of Armant,* 1940, volumen de textos, pp. 182 y ss.). Para la ofensiva planeada contra Egipto, cf. Helck: Beziehungen, pp. 119 y ss. <<

[7] Tal vez el que en los escritos de inventario de Qatna recibe el nombre de «rey Durusha»; ver Epstein, F.: *JNES,* 22 (1963), pp. 242 y ss. <<

[8] Ver un análisis de la Batalla de Megiddo en Nelson, H. H.: *The Battle of Megiddo,* 1913; Faulkner, R.: *JEA,* 28 (1942), pp. 2 y ss.; Yeivin, S.: *JNES,* 1950, pp. 101 y ss. <<

[9] Para colecciones de listas de esta clase ver Jirku, A.: *Die ägyptischen Listen palästinensischer und syrischer Ortsnamen,* 1937; Simons, J.: *Handbook for the Study of Egyptian Topographical Lists, etc.,* 1937; cf. los estudios topográficos de Noth, M.: *ZDPV,* 61 (1938), pp. 26 y ss.; Yeivin, S.: *JEA,* 34 (1950), pp. 51 y ss. <<

[10] Alt, A.: *Kleine Schriften,* vol. III, 1959, pp. 107 y ss. <<

[11] Para una comparación de los topónimos de Alalakh con las listas egipcias de lugares, ver Astour, M. C.: *JNES,* 22 (1963), pp. 220 y ss. Un fragmento de estela egipcio procedente de Tell el'Oreime, junto al lago de Tiberíades, habla de una victoria sobre Mitanni que no puede relacionarse ni con la citada expedición a Siria ni con la posterior de Amenofis II; ver Albright, W. F., y Rowe, A.: *JEA,* 14 (1928), pp. 281 y ss. <<

[12] Wreszinski, W.: *Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte,* vol. I, lám. 4, vol. II, lám. 33a-b; Davies, N. G.: *The Tomb of Rekhmire‘ at Thebes,* 1943; íd., *The Tomb of Menkheperrasonb,* 1933, lám. 4. <<

[13] Edel, E.: *ZDPV,* 6069 (1953), pp. 97 y ss.; A. ALT, *ZDPV* 70 (1954), pp. 39 y ss. B. Mazar en *The Military History,* pp. 33 y ss.; para las citadas listas de prisioneros, ver también Janssen, J. J.: *Ex Oriente Lux,* 17 (1963), pp. 140 y ss. <<

[14] Aharoni, Y.: *JNES,* 19 (1960), pp. 182 y ss.; Malamat, A.: *Scripta Hyerosolimitana (Studies on the Bible),* 8 (1961), pp. 224 y ss. <<

[15] Editadas por Hrozny, B.: *Denkschiften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Phil. Hist. Klasse,* 52 (1906), pp. 36 y ss.; ver Albright, W. F.: *BASOR,* 94 (1944), pp. 12 y ss. <<

[16] Malamat, A.: *Scripta Hyerosolimitana,* 8, pp. 218 y ss. <<

[17] Sobre las inscripciones referentes a sueldos, ver *ARE,* II, §§ 816 y ss.; Bilabel: *Geschichte,* p. 47, nota 1; Carter, H., y Newberry, P. E.: *The Tomb of Thoutmosis,* vol. IV, 1904. <<

[18] Malamat, A.: *Scripta Hyerosolimitana,* 8, pp. 228 y ss.; sobre la tablilla de Gazer, ver Albright, W. F.: *BASOR,* 92 (1943), pp. 28 y ss. <<

[19] Sus listas geográficas de ciudades asiáticas no implican en todo caso expediciones de conquista a Asia. Una lista de Amenofis III descubierta hace poco en Soleb (Nubia) contiene determinados topónimos hasta ahora desconocidos, como el de Raphia, en la costa meridional de Palestina. De especial interés entre ellos es el de «Jhw’ (Yahvé) en el país de Shasu», cuyo nombre recuerda al del Dios de Israel. Algún pasaje de la Biblia dice expresamente que Yahvé procede de la región del sur de Palestina (cf. Deut., 33, 2; Jueces, 5, 4; Hab., 3, 3); ver Giveon: *VT* (1964), pp. 239 y ss. <<

[20] Publicación del archivo: Knudtzon, J.: *Die El-Amarna-Tafeln*, vols. I-II, 1939; con reproducción de las tablillas, S. A. B. Mercer: *The Tell el-Amarna Tablets*, vols. I-II, 1939 (en adelante, citado como *EA*). Otras tres cartas concernientes a Siria y Palestina: Gordon, C. H.: *Orientalia*, 16 (1947), pp. 1 y ss.; Millard, A. R.: *PEQ*, 97 (1965), pp. 140 y ss. Por último, se ocupan de los complicados problemas cronológicos Kitchen, K. A.: *Suppiluliuma and the Amarna Pharaohs*, 1962; Campbell, E. F.: *The Chronology of the Amarna Letters*, 1964. <<

[21] Sobre las expediciones de Shuppiluliuma en Siria véanse los diversos trabajos de A. Goetze, (primera) *Clio* 19 (1924), pp. 347 y ss. <<

[22] Schaeffer, C. F. A.: *Ugaritica*, IV (1962), XIX, pp. 140 y ss.; Virolleaud, C.: *PRU*, V, p. 81. <<

[23] Los tratados de vasallaje con Aziru se encontraban en Boğazköy tanto en versión hitita como en versión acadia; para esta última, ver Weidner, F.: *Politische Dokumente aus Kleinasien* (= BoSt 8-9), 1923, pp. 70 y ss.; Klengel, H.: *OLZ*, 59 (1946), pp. 437 y ss.; para la primera, ver Freydank, H.: *MIO*, 7 (1960), pp. 358 y ss. Para el tratado con Niqmadu II de Ugarit, ver *PRU*, IV, pp. 284 y ss. <<

[24] Para la correspondencia de Abimilki, que lleva el título honorífico de *rābiṣu*, ver Albright, W. F.: *JEA*, 23 (1937), pp. 190 y ss. <<

[25] Véase p. 127; Malamat, A.: *VT*, 5 (1955), pp. 1 y ss.; para la situación geográfica de Amqi, ver Aharoni, Y.: *IEJ*, 3 (1953), pp. 153 y ss. <<

[26] M. A. — Mohamed, K.: *ASAE*, 46 (1959), pp. 105 y ss.; Helck: *Beziehungen*, pp. 256 y ss. <<

[27] Para los tratados interestatales con Ugarit, ver *PRU*, IV, pp. 85 y ss.; con Amurru, ver Weidner: *Polit. Dokumente*, pp. 76

y ss. (versión acadia); Friedrich, J.: *MVAG*, 31 (1930), pp. 1 y ss. (versión hitita). Para el arbitraje entre Barga y Amurru, ver Klengel: *Orientalia*, N. S., 32 (1963), pp. 32 y ss. <<

[28] Para el relieve, ver Wreszinski: *Atlas*, vol. II, láms. 34-53a; Faulkner, R. O.: *JEA*, 33 (1947), pp. 34 y ss.; para las listas de lugares, ver Simons: *Handbook*, pp. 137 y ss.; Noth, M.: *ZDPV*, 60, (1937), pp. 213 y ss.; para la estela de Betshán, ver Rowe, A.: *The Topography and History of Beth Shan*, vol. I, 1930, pp. 24 y ss.; Albright, W. F.: *BASOR*, 125 (1952), pp. 24 y ss. <<

[29] Por lo que hace a los problemas militares y topográficos, ver Edel, E.: *ZA*, N. F., 15 (1949), pp. 204 y ss.; Yeivin, S.: *JNES*, 9 (1950), pp. 101 y ss.; Faulkner, R. O.: *MDAIK*, 16 (1958), pp. 93 y ss.; Schulman, A. R.: *JARCE*, 1 (1962), pp. 47 y ss.; Yadin: *Warfare*, vol. I, pp. 103 y ss. <<

[30] Las estelas de Tiro de Sethi I y de Ramsés II aún no han sido descifradas, ver Leclant: *Orientalia*, N. S., 30 (1961), p. 394. La estela de Sheikh Sa'ad, conocida como «piedra de Job», contiene un nombre de dios semítico, El-kon(e)-saphon, que es una variante del de Baal-saphon, el más frecuente en Ugarit.; ver Giveon, R.: *RSO*, 40 (1965), pp. 197 y ss. Sobre la estela de Betshán cf. Černy, J.: *Eretz-Israel*, 5 (1958), pp. 75 y ss. <<

[31] Kaplan, Y.: *Arqueología e historia de Tel Aviv-Jaffa*, 1959, pp. 55 y ss. (en hebreo). Las listas de lugares, hasta ahora sólo parcialmente descifradas, proceden de Amara-Oeste; ver Helck: *Beziehungen*, pp. 237 y ss.; Mazar, B.: *Yediot*, 27 (1963), pp. 139 y ss. (en hebreo). <<

[32] La inscripción de Ramsés fue publicada por K. A. Kitchen, en *JEA*, 50 (1964), pp. 47 y ss. Ver, por último, para la estela de Balu'a, Ward, W. A., y Martin, M. F.: *Annual Dept. Antiquities Jordan*, 8-9 (1964), pp. 5 y ss. <<

[33] Gardiner, A. H.: *Egyptian Hieratic Texts*, Serie I, Parte 1: *The Papyrus Anastasi I, etc.*, 1911; *ANET*, pp. 457 y ss.; *AOTAT*[2], pp. 101 y ss. <<

[34] Mazar, B.: *Bull. Jewish Palest. Expl. Soc.*, 12 (1945/46), pp. 91 y ss. (en hebreo); cf. mapa en *Views of the Biblical World*, vol. I, pp. 238-239. <<

[35] Para el hallazgo en Deir'Allah de la única inscripción egipcia hallada hasta la fecha en Transjordania al sur del río Jarmuk, ver Yoyotte, J.: *VT*, 12 (1962); de la misma época aproximada son tres tablillas de arcilla, encontradas allí mismo, de una escritura todavía desconocida; ver Franken, H. J.: *VT*, 14 (1964), pp. 377 y ss.; 15 (1965), pp. 150 y ss.; A. van den Branden: *Ibid.*, pp. 129 y ss. <<

[36] Malamat, A.: *JNES*, 13 (1954), pp. 231 y ss. Otra interpretación de lo acaecido en Egipto al final de la XIX Dinastía, en Drioton, E., y Vandier, J.: *L'Egypte*, 4.ª ed., 1962, pp. 655 ss. (trad. cast., Buenos Aires, Eudeba); Helck: *Beziehungen*, pp. 247 y ss. <<

[37] Para este capítulo cf. Malamat: «Der Niedergang der ägyptischer Herrschaft in Kanaan», en *The World History of the Jewish People*, vol. II (donde se da abundante bibliografía). <<

[38] Ver un estudio de conjunto en Noth: *Geschichte Israels*, 3.ª ed., pp. 54 y ss.; del mismo, *Das System der zwölf Stämme Israels*, 1930. En cambio, se pronuncia en favor de la tradición bíblica Kaufmann, Y.: *The Biblical Account of the Conquest of Palestine*, 1953. <<

[39] Ver una datación posterior en Gordon: *Geschichtliche Grundlagen*, pp. 108 y ss., y *Biblical and other Studies*, publicados por A. Altmann, 1963, pp. 3 y ss. Defienden una datación más temprana, en particular, los trabajos de W. F. Albright, última redacción, *BASOR*, 163 (1961), pp. 36 y ss.; De Vaux, R.: *Die he-*

bräische Patriarchen und die moderne Entdeckungen, 1961; Speiser, E. A.: *Genesis (The Anchor Bible),* 1964. <<

[40] Lubsczyk, H.: *Der Auszug aus Ägypter,* 1963. Sobre la tradición bíblica a la luz de los acontecimientos egipcios ver, por último, Hermann, S.: *LIS,* 91 (1964), pp. 63 y ss. <<

[41] *Le problème des Khabiru,* publ. por J. Bottéro, 1954; Greenberg, M.: *The Khap/biru,* 1955; Gräcy, M. P.: *HUCA,* 29 (1958), pp. 135 y ss. Para la etimología de la palabra, ver Borger, R.: *ZDPV,* 74 (1958), pp. 130 y ss. <<

[42] Wright, G. E., y Filson, F. V.: *The Westminster Historical Atlas to the Bible,* 1945, lám. V; Grollenberg, L. H.: *Atlas of the Bible,* p. 44; cf. también Cazelles, H.: *RB,* 62 (1955), pp. 321 y ss. <<

[43] Glueck, N.: *The Other Side of the Jordan,* 1945, pp. 125 y ss.; *Explorations in Eastern Palestine,* IV, *AASOR,* 25-28 (1951). <<

[44] Kaufmann, Y.: *The Religion of Israel,* 1960 (versión abreviada por M. Greenberg del original hebreo en siete volúmenes). <<

[45] Para las diferentes hipótesis sobre los nombres de países, ver especialmente Rowley, H. H.: *From Joseph to Joshua,* 1950; Mendenhall, G. E.: «The Hebrew Conquest of Palestine», *BAR,* 25 (1962), pp. 66 y ss.; Yeivin, S.: *The Military History,* pp. 59 y ss.; Mazar, B.: *Encyclopaedia Biblica,* vol. I (1950), pp. 694 y ss. (en hebreo); nuestra reconstrucción de ambas expediciones militares se basa en el último citado. <<

[46] Wright, G. E.: *Shechem,* 1965, pp. 80 y ss. <<

[47] Albright: *Archaeology of Palestine,* pp. 108 y ss.; Kenyon *Archaeology in the Holy Land,* pp. 214 y ss.; sobre Hazor ver el informe de las excavaciones de Y. Yadin y otros, Hazor, vols. I-IV, 1959-1964. Sobre Hazor en el segundo milenio, ver

Malamat, E.: *JBL*, 79 (1960), pp. 12 y ss. Cf., por otra parte, para las dificultades que trae consigo la comparación de los hallazgos arqueológicos con los topónimos conservados; Noth, M.: *VT*, Supl. 7 (1959), pp. 271 y ss. <<

[48] Fundamentándola, Alt, A.: «Die Landnahme der Israeliten in Palästina; Erwägungen über die Landnahme, etc.», en *KS*, vol. I (1953), pp. 89 y ss. <<

[49] Yadin: *Warfare*, pp. 226 y ss.; Malamat, A.: *La conquista de Palestina en tiempos de Josué* (en hebreo), 2.ª ed., 1954. <<

[50] Ver sobre el libro de los Jueces Eissfeldt, O.: *Einleitung in das Alte Testament*, 3.ª ed., 1964, pp. 342 y ss. (con bibliografía); Taeubler, E.: *Biblische Studien — Die Epoche der Richter*, 1958; Kaufmann, Y.: *El libro de los Jueces* (en hebreo), 1962. Sobre la época de los Jueces ver especialmente Malamat en *The World History of the Jewish People*, vol. II. <<

[51] Introdujo este concepto Max Weber; ver *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, vol. III, 1923, pp. 47 y ss. y 93 y ss.; *Wirtschaft und Gesellschaft*, 2.ª ed., 1925, pp. 140 y ss. y 753 y ss. (trad. cast., *Economía y sociedad* México, F. C. E., 2.ª ed., 1964). Sobre la judicatura ver también M. Noth, en *Festschrift A. Bertholet*, 1950, pp. 404 y ss., y, finalmente, W. Richter, *ZAW*, 77 (1965), pp. 40 y ss. <<

[52] La mención de Hazor, según los datos bíblicos ya destruida, y de su rey Jabín en relación con el canto de Débora condujo a Mazar y, siguiéndolo, a Aharoni (*The Military History*, pp. 91 y ss.) a situar la guerra de Débora antes que la batalla de Josué, es decir, aún en el siglo xiii. Por el contrario, la mayoría de los investigadores la sitúan en la segunda mitad del siglo xii. Albright, W. F.: *BASOR*, 62 (1963), pp. 26 y ss. (cf. *The Biblical Period*, nota 82) la sitúa en la época en que Megiddo estaba en ruinas (entre los estratos VII y VI), porque el canto de Débora

nombra entre los escenarios del combate las aguas de Megiddo, pero no la ciudad misma. <<

[53] En favor de la historicidad de una amplia participación tribal en esta acción, tal como se dice en el canto, frente a lo que afirma la narración en prosa (que sólo habla de que participaron Zabulón y Neftalí), se pronuncia nuevamente SMEND, R.: *Jahwekrieg und Stämmebund*, 1963, pp. 10 y ss., quien trata de las relaciones entre las dos instituciones citadas en el título de su trabajo (la guerra de Yahvé y la alianza de las tribus). Sobre cada tribu en particular, ver ahora ZOBEL H. J.: *Stammesspruch und Geschichte*, 1965. <<

[54] MALAMAT, A.: *PEQ*, 85 (1953), pp. 61 y ss., y, con más amplitud, en *The Military History*, pp. 110 y ss. <<

[55] NIELSEN, E.: *Shechem*, 1959, pp. 142 y ss.; WRIGHT *Shechem*, pp. 123 y ss. <<

[56] EISSFELDT, O.: *Festschrift G. Beer*, 1935, pp. 19 y ss. (= *Kleine Schriften*, vol. II, 1963, pp. 64 y ss.). <<

[57] De la abundante bibliografía sobre el origen de los filisteos, citemos aquí en especial las investigaciones de G. A. WAINWRIGHT (última redacción *JEA*, 47 [1961], 71 y ss.), quien les atribuye un origen anatolio. Para la atribución de una procedencia protohelénica cf. BONFANTE, G.: *AJA*, 50 (1946), pp. 251 y ss.; ALBRIGHT, W. F.: *Ibid.*, 54 (1950), pp. 162 y ss.; GEORGIEV, V.: *JKF*, 1 (1950-51), pp. 136 y ss., y LOCHNER-HÜTTENBACH, F.: *Die Pelasger*, 1960, pp. 141 y ss. <<

[58] Sobre la cerámica filistea, ver DOTHAN, T.: *Antiquity and Survival*, 2 (1957), pp. 151 y ss.; DESBOROUGH, V. R.: *The Last Mycenaeans, etc.*, 1964, pp. 207 y ss. <<

CAP. 5: EL MUNDO EGEO

[1] El profesor OTTEN, en su capítulo sobre los hititas, adopta una postura más agnóstica, pero compartimos algunas de sus

ideas generales sobre la etapa siguiente. <<

[2] McDonald, W. A., y Simpson, R. Hope: *Amer. Journal of Archaeology* (1964), pp. 229-45. <<

[3] Cavalier, M.: «Les cultures préhistoriques des îles éoliennes et leur rapport avec le monde égéen», *Bull. de correspondance hellénique,* 84 (1960), pp. 319-46. <<

[4] Catling, H. W.: «Patterns of Settlement in Bronze Age Cyprus», *Opuscula Atheniensia,* 4 (1962), p. 141. <<

[5] Ver la sección final del anterior capítulo sobre los hititas. <<

[6] Ver los artículos de P. Faure en el *Bulletin de correspondance hellénique,* 82 (1958), pp. 495-515; 84 (1960), pp. 189-220; 86 (1962), pp. 36-56; 87 (1963), pp. 493-508. <<

[7] Ver, p. ej., Doro Levi: «Per una nuova classificazione della civiltà minoica», *La Parola del Passato,* 15 (1960), pp. 81-121; Deshayes, J.: «A propos de Minoen ancien», *Bull. de correspondance hellénique,* 86 (1962), pp. 543-68. <<

[8] Killen, J. T.: «The Wool Industry of Crete in the Late Bronze Age», *Annual of the British School at Athens,* 59 (1964), pp. 1-15. <<

[9] Así lo admite Buck, R. J.: «The Minoan Thalassocracy reexamined», *Historia,* 11 (1962), pp. 129-37, en su réplica a Starr, C. G.: «The Myth of the Minoan Thalassocracy», *Historia,* 3 (1955), pp. 281-91. <<

[10] Palmer, L. R., y Boardman, J.: *On the Knossos Tablets* (Oxford, 1963), presentan por extenso los argumentos técnicos arqueológicos que aporta cada una de las partes en la controversia sobre la datación. <<

[11] Karo, G.: *Die Schachtgräber von Mykenai* (2 vols., Múnich, 1930-33), I, p. 43. <<

[12] Ver POWELL, T. G. E.: «Some Implications of Chariotry», en *Culture and Environment. Essays in Honour of Sir Cyril Fox* (Londres, 1964), pp. 153-69. <<

[13] Es posible que el estudio científico del barro empleado acabe por permitir las distinciones, pero tal estudio se está apenas iniciando. <<

[14] En favor PAGE, D. L.: *History and the Homeric Iliad* (Berkeley y Los Ángeles, 1959); en contra STEINER, G.: «Die Aḫḫijawa-Frage heute», *Saeculum*, 15 (1964), pp. 365-92. <<

[15] Ver MERTENS, P.: «Les Peuples de la Mer», *Chronique d'Egypte*, 35 (1960), pp. 65-88. <<

[16] Ver mi artículo «The Trojan War», con réplicas de CASKEY, J. L.; KIRK, G. S., y PAGE, D. L.: *Journal of Hellenic Studies*, 84 (1964), pp. 1-20. <<

[17] Los historiadores apenas han presentado atención a este problema básico del período inmediatamente postmicénico. Ver PAPAZOGLOU, P.: «Sobre la cuestión de la continuidad en la Grecia micénica y la homérica» (en ruso), *Vestnik Drevnij Istorii* (1961), núm. 1, pp. 23-41; cf. VERNANT, J. P.: *Les origines de la pensée grecque* (París, 1962), capítulos I-III. <<

[18] Ver un punto de vista totalmente diferente, que emplea las leyendas y los mitos griegos como fuentes históricas básicas, en los capítulos correspondientes de *A Companion to Homer*, publicado por WACE, A. J. B., y STUBBINGS, F. H. (Londres, 1962). <<

ÍNDICE